ALEJANDRO DUMAS

EL COLLAR DE LA REINA



EL COLLAR DE LA REINA

Alejandro Dumas

PROLOGO

I

«UN VIEJO GENTILHOMBRE Y UN VIEJO MAESTRESALA»

En los primeros días del mes de abril de 1784, aproximadamente a las tres y cuarto de la tarde, el viejo mariscal de Richelieu, antiguo conocido nuestro, después de haberse impregnado las cejas con un tinte perfumado, rechazó con la mano el espejo que sostenía su ayuda de cámara, sucesor, pero no sustituto, del fiel Rafté, y, moviendo la cabeza con aquel gesto que le era propio, dijo:
—Vamos. Ya estoy preparado.
Se levantó de su sillón y se sacudió con ademán juvenil las motas de polvo blanco que habían volado de su peluca a su pantalón azul celeste.
Seguidamente, y después de dar dos o tres vueltas por el cuarto de aseo a fin de desentumecer las piernas, dijo:
—Que venga mi maestresala.
Cinco minutos después, el maestresala se presentó en traje de ceremonia. El mariscal adoptó el gesto grave que requería la situación.
—Monsieur —dijo—, supongo que me habréis preparado un buen almuerzo.
—Por supuesto, monseñor.
—Os han entregado la lista de los convidados, ¿verdad?

—Recuerdo exactamente el número, monseñor. Nueve cubiertos, ¿no es eso?
—Hay cubiertos y cubiertos...
—Sí, monseñor, pero...
El mariscal interrumpió al maestresala con un breve movimiento de impaciencia, no exento, sin embargo, de majestad.
—«Pero...» no es una respuesta, monsieur. Y cada vez que oigo la palabra «pero», y estoy oyéndola muchas veces desde hace ochenta y ocho años..., cada vez que he oído esa palabra, ya estoy harto de decíroslo, precedía a una tontería.
—Monseñor...
—A ver: ¿para qué hora habéis dispuesto la comida?
—Monseñor, los burgueses comen a las dos, los letrados a las tres y la nobleza a las cuatro.
—¿Y yo, monsieur?
—Monseñor comerá a las cinco.
—¡Oh, a las cinco!
—Sí, monseñor; como el rey.
—Y ¿por qué como el rey?
—Porque en la lista que monseñor me ha remitido está el nombre de un rey.
—Nada de eso. Os equivocáis. Entre mis invitados de hoy sólo hay simples caballeros.
—Monseñor quiere divertirse con su humilde servidor, y le agradezco el honor que me hace. Pero como el señor conde de Haga, que es uno de los invitados de monseñor...
—¿Y qué?
—Pues que el conde de Haga es un rey.
—No conozco a ningún rey que se llame así.
—Que monseñor me perdone —dijo el maestresala, inclinándose—, pero había creído, había supuesto...
—Vuestra obligación no consiste en creer. Vuestro deber no es suponer. Lo que tenéis que hacer es leer las órdenes que os doy, sin añadir comentarios. Cuando quiero que se sepa una cosa, la digo, y cuando no la digo, es que deseo que se ignore.
El maestresala se inclinó por segunda vez, y ahora mucho más respetuosamente que si estuviese hablando con un rey.
—Por lo tanto, monsieur —continuó el viejo mariscal—, quisiera, puesto que sólo vienen caballeros a comer, que me sirvieseis la comida a la hora de costumbre, a las cuatro.
Al oír esta orden, la expresión del maestresala se nubló como si acabase de escuchar su sentencia de muerte. Palideció, encogiéndose bajo el golpe. Después se irguió con el valor de la desesperación.
—Que sea lo que Dios quiera —dijo—, pero monseñor comerá a las cinco.
—¿Por qué a las cinco? —exclamó el mariscal.
—Porque es materialmente imposible que monseñor coma antes.
—Monsieur —dijo el viejo mariscal, moviendo con altivez su cabeza todavía joven—, hace ya veinte años que estáis a mi servicio, ¿no es así?
—Veintiún años, monseñor, un mes y dos semanas.
—Pues a esos veintiún años, un mes y dos semanas no añadiréis ni un día más, ni siquiera una hora. ¿Comprendido? —replicó el anciano, pellizcándose sus finos labios y frunciendo las cejas pintadas—. Desde esta tarde os buscaréis un nuevo amo. No admito que la palabra «imposible» se pronuncie en mi casa. Y a mi edad ya no deseo aprenderla. No puedo perder el tiempo.
El maestresala se inclinó por tercera vez.

—Esta tarde —dijo— me despediré de monseñor, pero por lo menos hasta el último momento le serviré como es conveniente.
Retrocedió dos pasos hacia la puerta.
—¿A qué llamáis vos «como es conveniente»? Aprended, monsieur, que las cosas deben hacerse como a mí me convienen. He aquí la conveniencia. Pues bien, deseo comer a las cuatro, y cuando deseo comer a las cuatro, no admito que me sirváis a las cinco.
—Señor mariscal —dijo con sequedad el maestresala—, yo he servido de mayordomo al príncipe de Soubise y de intendente al príncipe cardenal Louis de Rohan; en casa del primero, Su Majestad el difunto rey de Francia comía una vez al año; en casa del segundo. Su Majestad el emperador de Austria lo hacía una vez al mes. Por lo tanto, sé cómo tratar a los soberanos, monseñor. En casa del príncipe de Soubise, el rey Luis XV se llamaba en vano barón de Gonesse, pero no dejaba de ser un rey. En casa del segundo, es decir, en casa del príncipe de Rohan, el emperador José se hacía llamar conde de Packenstein, pero no dejaba de ser un Emperador. Hoy, el señor mariscal recibe a un convidado, que en vano se hace llamar conde de Haga, pues no por eso deja de ser rey de Suecia. Me iré esta tarde de la residencia del señor mariscal, donde el conde de Haga será tratado como un rey.
—Eso es precisamente lo que os prohíbo, obstinado; el conde de Haga desea mantener el incógnito más severo. ¡Pardiez! En eso conozco vuestra estúpida vanidad, señores de la servilleta. No es precisamente a la corona a quien honráis, sino que os glorificáis a vosotros mismos con nuestros escudos.
—Supongo —observó con acritud el maestresala— que, cuando monseñor habla de dinero, no lo hace en serio.
—Por supuesto que no —dijo el mariscal, casi con humildad—. No. ¿Dinero? ¿Quién diablos os habla de dinero? No deis la vuelta a la cuestión, os lo suplico, y repito que no deseo que se hable aquí del rey.
—Pero, señor mariscal, ¿por quién me tomáis? ¿Pensáis que estoy ciego? Ni por un instante se hablará aquí de rey alguno.
—Pues no os obstinéis y servidme la comida a las cuatro.
—No, señor mariscal. Porque a las cuatro no habrá llegado lo que espero.
—¿Y qué esperáis? ¿Un pescado, como monsieur Vatel?
—Monsieur Vatel, monsieur Vatel...1 —murmuró el maestresala.
—¿Os extraña la comparación?
—No. Pero, por una cuchillada que monsieur Vatel se dio en el cuerpo, ya es inmortal.
—¿Y os parece, monsieur, que vuestro colega ha pagado muy barato la gloria?
—No, monseñor. Pero hay otros que sufren más que él en nuestra profesión y padecen dolores y humillaciones cien veces peores que una cuchillada, y, sin embargo, no son inmortales.
—Monsieur, ¿no sabéis que para ser inmortal es necesario pertenecer a la Academia o haber muerto?
—Monseñor, si es así, prefiero seguir vivo y cumplir con mi obligación. Yo no moriré y cumpliré con mi deber, al igual que habría hecho Vatel si el señor príncipe de Conde hubiese tenido la paciencia de esperar media hora.
—Me prometéis maravillas. Sois muy hábil.
—No, monseñor; no prometo ninguna maravilla.
—Entonces, ¿qué es lo que estáis esperando?
—¿Monseñor desea que se lo diga?
—Claro que sí. Soy muy curioso.
—Pues bien, monseñor: espero una botella de vino.

—¿Una botella de vino? Explicaos; el asunto empieza a interesarme.
—Se trata de lo siguiente, monseñor: Su Majestad el rey de Suecia... Perdón, he querido decir Su Excelencia el conde de Haga..., sólo bebe vino de Tokay.
—Y ¿qué? ¿Estoy tan mal provisto como para no tener Tokay en mi bodega? En ese caso habrá que despedir a mi bodeguero.
—No, monseñor. Aún quedan cerca de sesenta botellas.
—Y ¿creéis que el conde de Haga beberá sesenta botellas de vino en la comida?
—Paciencia, monseñor; cuando el señor conde de Haga vino a Francia por primera vez, sólo era príncipe real; entonces comió con el ahora difunto rey, que había recibido doce botellas de Tokay de Su Majestad el emperador de Austria. El primer Tokay se reserva para las bodegas de los emperadores, y los mismos soberanos únicamente lo beben cuando Su Majestad el Emperador tiene a bien enviárselo.
—Lo sé.
—Monseñor, de esas doce botellas que el príncipe real probó y encontró admirables sólo quedan dos. Una de ellas está todavía en la bodega del rey Luis XVI; la otra...
—Ah...
—Sí. A eso es a lo que íbamos —dijo el maestresala, con una sonrisa triunfante, dándose cuenta de que, después de la larga lucha que acababa de sostener, el momento de la victoria se acercaba—. La otra... ¡fue robada!
—¿Por quién?
—Por uno de mis amigos, monseñor. El bodeguero del difunto rey, que me debía muchos favores.
—Y él os la dio...
—En efecto, monseñor —dijo el maestresala, con orgullo.
—Y ¿qué hicisteis con ella?
—La deposité con sumo cuidado en la bodega de mi amo, monseñor.
—¿De vuestro amo? Y ¿quién era en aquel tiempo vuestro amo?
—El cardenal príncipe de Rohan, monseñor.
—Dios mío, ¿en Estrasburgo?
—En Saverna.
—¿Y habéis enviado a buscar esa botella para mí? —exclamó el viejo mariscal.
—Para vos, monseñor —respondió el maestresala, con un tono que se podía traducir por «ingrato».
El duque de Richelieu cogió la mano del viejo servidor, exclamando:
—Os pido perdón. Sois el rey de los maestresalas.
—Y vos me echabais —respondió éste, con un indefinible movimiento de cabeza y hombros.
—Os pago por esa botella cien pistolas.
—Que, con las cien pistolas que costarán al señor mariscal los gastos del viaje, sumarán doscientas. Pero monseñor estará de acuerdo conmigo en que es barato.
—Estaré de acuerdo con vos en todo lo que queráis, y desde hoy os doblo vuestros honorarios.
—Monseñor, no he hecho nada para merecerlo; únicamente he cumplido con mi deber.
—Entonces, ¿cuándo llegará vuestro correo de cien pistolas?
—Monseñor juzgará si he perdido el tiempo: ¿qué día me encargó monseñor la comida?
—Hoy hace tres días, creo.
—El correo necesita veinticuatro horas para ir y otras tantas para volver.
—Aún os quedan veinticuatro. ¿Qué habéis hecho con ellas, príncipe de los maestresalas?

—Desgraciadamente, las he perdido, monseñor. La idea no se me ocurrió hasta la mañana siguiente del día en que vos me disteis la lista de invitados. Ahora calculemos el tiempo que llevará la negociación, y veréis, monseñor, que, al pediros retrasar la comida hasta las cinco, no os solicito más que lo estrictamente necesario.
—¿Cómo? ¿La botella no está aquí todavía?
—No, monseñor.
—Dios mío... Y ¿si vuestro colega de Saverna es tan leal al señor príncipe de Rohan como vos lo sois conmigo?
—¿Qué, monseñor?
—Si él se niega a entregar la botella, ¿cómo os las arreglaréis vos?
—¿Yo, monseñor?
—Sí. Porque supongo que no serviréis una de las botellas parecidas que hay en mi bodega.
—Os pido humildemente perdón, monseñor. Pero si un compañero mío tuviese que cumplimentar a un rey y viniese a pedirme vuestra mejor botella de vino, se la daría al momento.
—¡Oh! —exclamó el mariscal, con una ligera mueca.
—Ayudando, se ayuda uno a sí mismo, monseñor.
—Así ya estoy más tranquilo —dijo el mariscal, suspirando—. Pero aún existe una desgraciada posibilidad.
—¿Cuál, monseñor?
—¿Y si la botella se rompe?
—Jamás se ha oído que un hombre rompa una botella de vino que valga dos mil libras.
—Convengo en que estaba equivocado; no hablemos más del asunto... ¿A qué hora llegará vuestro correo?
—A las cuatro en punto.
—Entonces, ¿qué es lo que nos impide comer a las cuatro? —volvió a preguntar el mariscal, terco como una mula.
—Monseñor, mi vino necesita una hora de reposo, y eso gracias a un proceso de mi invención, sin el cual necesitaría tres días.
Derrotado una vez más, el mariscal saludó a su maestresala.
—Por otra parte —continuó éste—, los convidados de monseñor saben ya que tendrán el honor de comer con el señor conde de Haga, y por lo tanto llegarán a las cuatro y media.
—Esa es otra.
—Sin duda, monseñor; ¿no son los convidados de monseñor el señor conde de Launay, la condesa du Barry, monsieur de La Perouse, monsieur de Favras, monsieur de Condorcet, monsieur de Cagliostro y monsieur de Taverney?
—¿Y bien?
—Procedamos por orden, pues, monseñor: monsieur de Launay viene de la Bastilla, y desde París aquí, a causa del hielo que hay en las carreteras, se emplean tres horas.
—Sí, pero saldrá nada más terminar la comida de los prisioneros, es decir, a mediodía; conozco muy bien eso.
—Perdón, monseñor, pero desde que monseñor dejó la Bastilla, la hora de la comida ha cambiado; ahora se come a la una.
—Todos los días se aprende algo, y os doy las gracias. Continuad.
—Madame du Barry viene de Louveciennes, y el camino está muy resbaladizo debido a la escarcha.
—Lo cual no le impedirá llegar con puntualidad. Desde que no es más que la favorita de un duque, sólo se las da de reina con los barones. Es necesario que lo comprendáis,

monsieur: había deseado comer pronto porque monsieur de La Perouse, que se marcha esta tarde, no deseará retrasarse.
—Monseñor, el caballero de La Perouse está en este momento con el rey; trata de geografía y cosmografía con Su Majestad. El rey no dejará marchar tan pronto a monsieur de La Perouse.
—Es posible...
—Es seguro, monseñor. Y pasará lo mismo con monsieur de Favras, que está en casa del señor conde Provenza, sin duda comentando la obra de Carón de Beaumarchais.
—¿Las bodas de Fígaro?
—Sí, monseñor.
—¿Sabéis que sois muy ilustrado, monsieur?
—En mis ratos perdidos, leo, monseñor.
—Tenemos a monsieur de Condorcet, que, en su calidad de geómetra, podría ser puntual.
—Sí, pero se enfrascará en un cálculo y, cuando lo haya resuelto, se encontrará con media hora de retraso. En cuanto al conde de Cagliostro, como se trata de un extranjero y vive en París desde hace poco tiempo, es muy probable que no conozca aún la vida de Versalles y se haga esperar.
—Veo —dijo el mariscal— que habéis nombrado a todos mis convidados excepto a Taverney, y con un orden de enumeración digno de Homero y de mi fiel Rafté.
El maestresala se inclinó.
—No he hablado de monsieur de Taverney porque es un viejo amigo que se conformará con lo que se disponga. Creo, monseñor, que son éstos los ocho cubiertos de esta tarde, ¿no?
—Perfectamente. ¿Dónde comeremos?
—En el comedor grande, monseñor.
—Nos helaremos.
—Hace tres días que está calentándose, monseñor, y he regulado la temperatura a dieciocho grados.
—Muy bien, pero ya suena la media.
El mariscal miró el reloj.
—Son las cuatro y media.
—Sí, monseñor, y un caballo está entrando en el patio; llega mi botella de vino de Tokay.
—Desearía ser servido de esa manera veinte años más —dijo el viejo mariscal, volviendo a su espejo mientras el maestresala corría al office.
—Veinte años más —dijo una alegre voz que interrumpió al duque en el preciso momento en que se miraba al espejo—. ¡Veinte años! Querido mariscal, os lo deseo, pero entonces, duque, yo tendré sesenta y seré ya muy vieja.
—¿Vos, condesa? —exclamó el mariscal—. ¡Vos la primera que llega! Dios mío, seguís tan bella y lozana como siempre.
—Decid, más bien, que estoy helada.
—Pasad al tocador, os lo ruego.
—¿Una conversación privada entre los dos, mariscal?
—Entre los tres —respondió una voz cascada.
—De Taverney —exclamó el mariscal. Y añadió al oído de la condesa—: ¡Peste de aguafiestas!
—¡Puaf! —murmuró madame du Barry con una carcajada.
Los tres pasaron a la estancia contigua.

II
LA PEROUSE

En el mismo instante, el rodar de muchos carruajes sobre el empedrado cubierto de nieve advirtió al mariscal que llegaban sus invitados, y poco después, gracias a la exactitud del maestresala, nueve convidados se sentaban alrededor de la mesa ovalada del comedor: también nueve lacayos, silenciosos como sombras, ágiles sin precipitación, atentos sin importunar, se deslizaban sobre las alfombras, pasaban entre los convidados sin rozar nunca sus brazos, sin tropezar con sus sillones, sillones hundidos en un mar de pieles, donde se sumergían hasta los tobillos, las piernas de los invitados.
Disfrutaban con todo esto los huéspedes del mariscal; y también con el dulce calor de las estufas, el humo de las carnes, el bouquet de los vinos y el runrún de las primeras charlas después de la sopa.
Ni un solo ruido fuera, pues los postigos de las ventanas tenían sordina; ni un solo ruido en el interior, excepto el que hacían los invitados. Los platos cambiaban de sitio sin que se los sintiese sonar, las bandejas iban del aparador a la mesa sin una sola vibración, y un maestresala, al que era imposible sorprender en un susurro, daba las órdenes con la mirada.
De este modo, al cabo de diez minutos, los invitados se sintieron completamente solos en el comedor; en efecto, unos servidores mudos, unos esclavos impalpables, tenían también por fuerza que ser sordos.
Richelieu fue el primero en romper el solemne silencio, que había durado tanto como la sopa, diciendo a su vecino de la derecha:
—¿El señor conde no bebe?
Estas palabras iban dirigidas a un hombre de treinta y ocho años, de cabellos rubios, bajo de estatura y ancho de espaldas. Sus ojos, de un azul claro, eran vivos a veces, y melancólicos con frecuencia; la nobleza estaba escrita con rasgos inconfundibles en su frente despejada y generosa.
—Sólo bebo agua, mariscal —respondió.
—Excepto en el palacio de Luis XV —dijo el duque—. Tuve el honor de comer allí con el señor conde, y aquella vez se dignó beber vino.
—Me traéis a la memoria un excelente recuerdo, señor mariscal; en efecto, fue en el 1677; era vino de Tokay de la cosecha imperial.
—Era hermano del que mi maestresala ha tenido el honor de verter en este momento en vuestra copa, señor conde —dijo Richelieu, inclinándose.
El conde de Haga levantó el vaso a la altura de los ojos y lo miró a la luz de las velas. El vino brillaba en el vaso como un rubí líquido.
—Es cierto, señor mariscal; gracias.
Y el conde pronunció la palabra «gracias» con un tono tan noble y grato, que los asistentes, electrizados, se levantaron a la vez, gritando:
—¡Viva Su Majestad!
—Es cierto —respondió el conde de Haga—. ¡Viva Su Majestad el rey de Francia! ¿No sois de mi opinión, monsieur de La Perouse?
—Señor conde —respondió el capitán con el acento a la vez adulador y respetuoso del hombre que está acostumbrado a tratar con cabezas coronadas—, he dejado al rey hace una hora, y el rey ha tenido tales bondades conmigo que nadie gritaría más alto que yo: ¡Viva el rey!. Lo que ocurre es que, como dentro de una hora he de tomar el coche de posta que me llevará al mar, donde me esperan los dos navíos que el rey pone a mi

disposición, una vez que haya salido de aquí, os pediré permiso para gritar: ¡Viva otro rey!, al que precisamente me gustaría mucho servir si no tuviese ya tan buen señor.
Levantando su vaso, monsieur de La Perouse saludó humildemente al conde de Haga.
—Ese saludo —dijo madame du Barry, sentada a la izquierda del mariscal— lo compartimos nosotros también. Pero sería preciso que el decano de esta reunión lo transmitiese al Parlamento.
—¿La proposición se dirige a vos, De Taverney, o a mí? —preguntó el mariscal.
—Yo no lo creo —dijo un nuevo personaje, situado frente al cardenal Richelieu.
—¿Qué es lo que no creéis, monsieur de Cagliostro? —dijo el conde de Haga, fijando su aguda mirada sobre su interlocutor.
—No creo, señor conde —dijo De Cagliostro, inclinándose—, que monsieur de Richelieu sea el mayor de nosotros.
—¡Bien dicho! —agregó el mariscal—. Según parece, el más viejo sois vos, De Taverney.
—Pues tengo ocho años menos que vos. Nací en 1704 —replicó el anciano caballero.
—Infame —exclamó el mariscal—. ¡Revelar mis ochenta y ocho años!
—Pero ¿de verdad tenéis ochenta y ocho años, señor duque? —preguntó De Condorcet.
—Dios mío, sí. El cálculo es fácil de hacer, y por lo mismo es indigno de una persona que cultiva el álgebra con la fortuna que vos, marqués. Pertenezco al otro siglo, el gran siglo, como ahora se le llama: nací en 1696. Hermosa fecha.
—¡Imposible! —replicó De Launay.
—Si estuviese vuestro padre aquí, señor gobernador de la Bastilla, no diría que es imposible. El me tuvo en pensión allí en 1714.
—El decano en este lugar, os lo aseguro —dijo De Favras—, es el vino que el conde de Haga vierte en este momento en su vaso.
—Un Tokay de ciento veinte años. Tenéis razón, monsieur de Favras —repuso el conde—. A este Tokay corresponde el honor de brindar por la salud del rey.
—Un instante, señores —dijo De Cagliostro, irguiendo por encima de la mesa su rostro deslumbrante de vigor y de inteligencia—; ese honor lo reclamo yo.
—¿Reclamáis el derecho de primogenitura sobre el Tokay? —replicaron a coro los invitados.
—Naturalmente —dijo el conde con calma—, ya que fui yo quien precintó la botella.
—¿Vos?
—Sí, yo, y precisamente el día en que Montecuccoli ganó la gran batalla a los turcos: en el año 1664.
Una gran carcajada acogió las palabras que De Cagliostro acababa de pronunciar con una gravedad imperturbable.
—Según estas cuentas, monsieur —dijo madame du Barry—, tenéis alrededor de los ciento treinta años, porque supongo que tendríais por lo menos diez años, pues de otro modo os habría sido imposible llenar de vino una botella tan grande.
—Tenía más de diez años cuando llevé a cabo esa operación, madame, ya que, al día siguiente, tuve el honor de recibir de Su Majestad el emperador de Austria el encargo de felicitar a Montecuccoli, quien, con la victoria de Saint-Gothard, había vengado la poca fortuna de D'Especk en Eslavonia, en la jornada en que los infieles derrotaron brutalmente a los imperiales, mis amigos y mis compañeros de armas, allá por 1536
Con la misma frialdad que De Cagliostro, habló el conde de Haga:
—Es lógico que tuvieseis entonces más de diez años, dado que tomasteis parte en tan memorable batalla.
—¡Una horrible derrota, señor conde! —dijo De Cagliostro, inclinándose.

—Menos cruel, sin embargo, que la derrota de Crecy —agregó De Condorcet, sonriendo.
—Desde luego, monsieur —repuso De Cagliostro, también sonriendo—. La derrota de Crecy fue una cosa horrible, pues no se derrotó únicamente a un ejército, sino a Francia entera. Pero debemos admitir que la derrota no fue una victoria muy leal por parte de Inglaterra. El rey Eduardo tenía cañones, circunstancia que Felipe de Valois ignoraba o, más bien, se negó a creer cuando le advertí que con mis propios ojos había visto las cuatro piezas de artillería que Eduardo había comprado a los de Venecia.
—¡Oh!... —aparentó sorprenderse madame du Barry—. ¿Conocisteis a Felipe de Valois?
—Madame, tuve el honor de ser uno de los cinco caballeros que le dieron escolta cuando abandonó el campo de batalla —respondió De Cagliostro—. Había llegado a Francia acompañando al viejo rey de Bohemia, que estaba ciego y que se hizo matar cuando le dijeron que todo estaba perdido.
—Monsieur —dijo De la Perouse—, ¡no sabéis cuánto lamento que, en vez de asistir a la batalla de Crecy, no estuvieseis presente en la de Actium!
—¿Por qué, monsieur?
—Porque hubieseis podido darme detalles náuticos que, a pesar de la hermosa narración de Plutarco, siempre he encontrado demasiado confusos9.
—¿Qué detalles, monsieur? Me sentiría satisfecho si pudiese seros de utilidad.
—¿Estabais allí?
—No, monsieur. Me encontraba entonces en Egipto. Había recibido el encargo de la reina Cleopatra de organizar la biblioteca de Alejandría, cosa que yo podía hacer mejor que cualquier otro, ya que conocía personalmente a los mejores autores de la antigüedad.
—¿Habéis visto a la reina Cleopatra, monsieur de Cagliostro? —gritó madame du Barry.
—Como ahora os veo a vos, madame.
—¿Era tan bella como se dice?
—Señora condesa, ya sabéis que la belleza es relativa. Encantadora reina de Egipto, Cleopatra no hubiera podido ser en París más que una adorable modistilla.
—No habléis mal de las modistillas, señor conde.
—Dios me libre.
—Así que Cleopatra era...
—Pequeña, menuda, viva, espiritual, de grandes ojos almendrados, nariz griega, dientes como perlas y una mano como la vuestra, señora. Una verdadera mano para sostener el cetro... Ved aquí un diamante que ella me dio y que heredó de su hermano Ptolomeo; ella lo llevaba en el pulgar.
—¿En el pulgar? —exclamó madame du Barry.
—Sí; era una moda egipcia. Y yo, según veis, apenas puedo hacerlo pasar por mi dedo meñique.
Y quitándose la sortija, la presentó a madame du Barry.
Era un magnífico diamante, que podía valer, tanto por su nitidez maravillosa como por su talla, que era perfecta, treinta o cuarenta mil francos. El diamante fue de mano en mano y volvió a De Cagliostro, quien lo colocó tranquilamente en su dedo.
—¡Ah!... Veo —dijo— que sois incrédulos. Incredulidad fatal que he tenido que combatir toda mi vida. Felipe de Valois no quiso creerme cuando yo le aconsejaba abrir una retirada a Eduardo. Cleopatra no me quiso creer cuando le dije que Antonio sería derrotado. Los troyanos no quisieron creerme cuando les dije, a propósito del caballo de madera: «Casandra está inspirada. Escuchadla».

—Pero eso es maravilloso —dijo madame du Barry, muerta de risa—. De verdad que jamás he visto a un hombre que sea a la vez tan serio y tan divertido como vos.
—Yo os aseguro —dijo De Cagliostro, inclinándose hacia ella— que Jonatán () era todavía más divertido que yo. Ah, aquel compañero encantador... Hasta el punto de que, cuando fue muerto por Saúl, yo creí que me volvería loco.
—Si continuáis así, conde —dijo el duque de Richelieu—, a quien vais a volver loco es al pobre De Taverney, que tiene tanto miedo a la muerte y que os mira con ojos espantados, creyéndoos inmortal. Veamos, francamente. ¿Lo sois o no?
—¿Inmortal?
—Inmortal.
—Yo no sé nada de eso. Sólo puedo afirmar una cosa.
—¿Cuál? —preguntó De Taverney, más ansioso que los otros oyentes del conde.
—Que he visto todas las cosas y he tratado a todos los personajes que he citado hace un momento.
—¿Conocisteis en verdad a Montecuccoli?
—Como os conozco a vos, monsieur de Favras, y aún más íntimamente, porque ésta es la segunda o tercera vez que tengo el placer de veros, mientras que con aquél viví casi un año en la misma tienda.
—¿Ya Felipe de Valois?
—Como tengo el honor de decíroslo, monsieur de Condorcet. Pero, cuando él volvía a París, yo abandonaba Francia para regresar a Bohemia.
—¿Cleopatra?
—Sí, señora condesa. Ya os he dicho que ella tenía los ojos negros, como vos. Y la garganta casi tan bella como la vuestra.
—Pero, conde, ¿sabéis cómo tengo la garganta?
—La tenéis parecida a la de Casandra, madame. Y para que nada falte a este parecido, ella tenía, como vos, o vos tenéis como ella, un pequeño lunar negro a la altura de la sexta costilla izquierda.
—Conde, creo que sois brujo.
—No, marquesa —dijo el mariscal de Richelieu, riendo—. Soy yo quien se lo ha dicho.
—¿Y vos cómo lo sabéis?
El mariscal frunció los labios.
—Es un secreto de familia.
—Está bien, está bien —dijo madame du Barry—. En verdad, mariscal, que hay que ponerse una doble capa de maquillaje cuando se viene a vuestra casa. —Y volviéndose hacia De Cagliostro, agregó—: Verdaderamente, monsieur, tenéis el secreto de rejuvenecer, porque a la edad de tres o cuatro mil años, como vos declaráis, parecéis apenas de cuarenta.
—Sí, madame; tengo el secreto para rejuvenecer.
—Oh, rejuvenecedme, entonces.
—No es necesario, madame. El milagro ya ha sido realizado. Se tiene la edad que se aparenta. Y todo lo más, vos tenéis treinta años.
—Eso es una galantería.
—No, madame, es un hecho.
—Explicaos.
—Es bien fácil. Habéis usado de mi procedimiento vos misma.
—¿Cómo es eso?
—Habéis robado mi elixir.
—¿Yo...?
—Vos, condesa. No lo habréis olvidado.

—Por ejemplo...
—Condesa, ¿os acordáis de una casa de la calle Saint-Claude? ¿Os acordáis de haber ido a esa casa para cierto asunto concerniente a monsieur de Sartines?¿Os acordáis de haber rendido un servicio a uno de mis amigos, a José Bálsamo? ¿Os acordáis de que José Bálsamo os hizo el presente de un pomo de elixir, recomendándoos tomar tres gotas todas las mañanas? ¿Os acordáis de haber seguido su recomendación hasta el último año, la época en que el pomo se agotó? Si no os acordáis de todo esto, condesa, no sería un olvido, sino una ingratitud.
—Oh, monsieur de Cagliostro... Me decís unas cosas...
—Que no son conocidas más que por vos; lo sé bien. ¿Pero dónde estaría el mérito de ser brujo si no se supieran los secretos del prójimo?
—¿Pero José Bálsamo tenía, como vos, la receta de ese admirable elixir?
—No, madame. Pero era uno de mis mejores amigos, y le di alguno de esos frasquitos.
—¿Y le queda alguno?
—Lo ignoro. Hace tres años que el pobre Bálsamo desapareció. La última vez que le vi fue en América, en las orillas del río Ohio; partía para una expedición a las montañas Rocosas, y después he oído decir que murió allí.
—Veamos, veamos, conde —gritó el mariscal—. Tregua de galanterías, por favor. ¡El secreto, conde, el secreto!
—¿Habláis en serio, monsieur? —preguntó el conde de Haga.
—Muy en serio, Sire. Perdón, quiero decir señor conde. —Y De Cagliostro se inclinó con un gesto que demostraba que el error que acababa de cometer había sido voluntario.
—Así pues —dijo el mariscal—, ¿madame du Barry es demasiado vieja para ser rejuvenecida?
—No, en conciencia.
—Bien. Entonces voy a presentaros otro sujeto. He aquí a mi amigo De Taverney. ¿Qué me decís de él? ¿No parece contemporáneo de Poncio Pilatos? Pero quizá es todo lo contrario, demasiado viejo para rejuvenecer.
De Cagliostro contemplaba al barón, y dijo:
—No.
—Ah, mi querido conde —gritó Richelieu—, si vos rejuvenecéis a ése, os proclamo discípulo de Medea.
—¿Lo deseáis? —preguntó De Cagliostro, dirigiendo la palabra al dueño de la casa y mirando atentamente a todo su auditorio.
Todos asintieron.
—¿Y vos también, monsieur de Taverney?
—Yo más que los demás, caramba —dijo el barón.
—Muy bien, es fácil.
Deslizó sus dedos en un bolsillo y sacó una botellita de forma octogonal. Después tomó un vaso de cristal, todavía limpio, y vertió en él algunas gotas del licor que contenía el frasquito.
Mezcló las gotas con la mitad de un vaso de champaña helado, y pasó la bebida así preparada al barón.
Todos los ojos habían seguido hasta sus menores movimientos. Todas las bocas estaban anhelantes. El barón cogió el vaso, pero en el momento de llevárselo a la boca, se le vio dudar.
Unos y otros, advirtiendo su duda, se rieron tan alegremente que De Cagliostro se impacientó.
—Despachadlo, barón, o vais a dejar perder un licor que vale cien luises cada gota.

—¡Diablo! —dijo Richelieu, intentando bromear—. Esto es algo distinto del vino de Tokay.
—¿Es preciso, pues, beberlo? —preguntó el barón, casi temblando.
—O pasar el vaso a otro, monsieur. Por lo menos que el elixir aproveche a alguno.
—Dádmelo —dijo el duque de Richelieu, extendiendo hacia él su mano.
El barón olió el vaso y, decidido sin duda por el olor vivo y balsámico y por el hermoso color rosado que las pocas gotas de elixir habían comunicado al champaña, se apresuró a beberse el licor mágico.
En el mismo momento pareció como si un terrible estremecimiento sacudiese todo su cuerpo e hiciese afluir a su epidermis toda la sangre vieja y lenta que circulaba por sus venas, desde los pies al corazón. Su arrugada piel se estiró, sus ojos, perezosamente cubiertos por el velo de los párpados, se dilataron de manera espontánea. La pupila se tornó viva y grande, el temblor de sus manos dejó lugar a un aplomo nervioso, su voz se afirmó, sus rodillas recobraron la elasticidad de los más bellos días de su juventud, y se robustecieron sus riñones, como si el licor, al bajar, hubiera regenerado su cuerpo de uno a otro extremo.
Un grito de sorpresa, de estupor, de admiración, retumbó en la sala. De Taverney, que comía con las encías, se sintió hambriento. Cogió con vigorosa decisión plato y cuchillo y se sirvió una ración de estofado que tenía a su izquierda. Y mientras parecía triturar los huesos de perdiz, aseguró que le renacían sus dientes de veinte años.
Comió, rió, bebió y gritó de alegría por espacio de media hora, durante la cual los convidados le contemplaban estupefactos. Luego, poco a poco, bajó como una lámpara en la cual el aceite empieza a faltar. Fue primero su frente, donde los antiguos pliegues, por un instante desaparecidos, ofrecieron nuevas arrugas, y sus ojos se velaron y oscurecieron. Perdió el gusto. Después, su espalda se encorvó. Su apetito había desaparecido. Sus rodillas volvieron a temblar.
—¡Oh...! —gimió.
—¿Y bien? —inquirieron todos los invitados.
—¿Y bien? ¡Adiós a la juventud!
Y exhaló un profundo suspiro, seguido de dos lágrimas que humedecieron sus párpados.
Instintivamente, ante este triste aspecto de viejo rejuvenecido, primero, y vuelto a envejecer después; ante este transitorio retorno de juventud, un suspiro igual al de De Taverney salió del pecho de cada invitado.
—Es muy simple, señores —dijo De Cagliostro—. Sólo he vertido en la copa del barón treinta y cinco gotas del elixir de vida, y por eso sólo ha rejuvenecido treinta y cinco minutos.
—¡Oh, un poco más! ¡Un poco más! —pidió el anciano, con avidez.
—No, monsieur. Porque una segunda prueba es casi seguro que podría mataros —respondió De Cagliostro.
De todos los invitados, era madame du Barry la que, conociendo la virtud del elixir, había seguido con mayor curiosidad los detalles de la escena.
A medida que la juventud y la vida dilataban las arterias del viejo De Taverney, la mirada de la condesa seguía en ellas la progresión de la juventud y la vida. Reía y aplaudía, y se rejuvenecía también contemplándole. Cuando el éxito del brebaje llegó a su apogeo, la condesa estuvo a punto de arrojarse sobre De Cagliostro para arrancarle el maravilloso frasquito. Pero, al ver que De Taverney había envejecido más rápidamente que había rejuvenecido, dijo con tristeza:
—¡Ay, bien se ve que todo es vanidad, todo es quimera! El secreto maravilloso ha durado treinta y cinco minutos.

—Es decir —repuso el conde de Haga—, que para concedernos una juventud de dos años sería necesario beber un río.
Todos se rieron con la ocurrencia.
—No —dijo De Condorcet—. El cálculo es simple: a treinta y cinco gotas por treinta y cinco minutos, sería una miseria de tres millones ciento cincuenta y tres mil seis gotas lo que haría falta beber para permanecer joven durante un año.
—Una inundación —dijo De la Perouse.
—Y sin embargo, según vuestra opinión, monsieur, no ha ocurrido así conmigo, puesto que una botellita cuatro veces más grande que vuestro pomo, y obsequio de vuestro amigo José Bálsamo, ha bastado para detener en mí la marcha del tiempo durante diez años.

—Justamente, madame. Y únicamente vos habéis puesto el dedo en la misteriosa realidad. El hombre que ha envejecido, y envejecido demasiado, tiene necesidad de esta cantidad para que se produzca un efecto inmediato y poderoso. Pero una mujer de treinta años como vos, madame, o un hombre de cuarenta años, como tenía yo cuando ambos comenzamos a beber el elixir de la vida, esta mujer o este hombre, llenos aún de días y de juventud, no tienen necesidad más que de beber diez gotas de este líquido en cada período de decadencia para encadenar eternamente la juventud y la vida al grado de encanto y energía que en ese momento poseen.
—¿A qué llamáis vos los períodos de la decadencia? —preguntó el conde de Haga.
—Los períodos naturales, señor conde. Normalmente, las fuerzas del hombre crecen hasta los treinta y cinco años. Llegado ahí, permanecen estacionarias hasta los cuarenta. A partir de los cuarenta comienzan a decrecer, pero casi imperceptiblemente, hasta los cincuenta. Entonces los períodos se aproximan y se precipitan hasta el día de la muerte. En estado de civilización, es decir, cuando el cuerpo ha sido gastado por los excesos, por las preocupaciones y las enfermedades, el crecimiento se detiene a los treinta y la decadencia comienza a los treinta y cinco. Entonces, sea un hombre del campo o un hombre de ciudad, es preciso actuar sobre la naturaleza en el momento en que se encuentra estacionaria, a fin de oponerse a su movimiento de decadencia en el mismo instante en que comience a producirse. El que, conociendo los secretos como yo, sepa combinar el ataque de modo que sorprenda y detenga la decadencia, éste vivirá como yo, siempre joven, o por lo menos lo bastante joven para lo que necesite hacer en este mundo.
—¡Dios mío! —exclamó la condesa—. ¿Por qué, entonces, ya que erais dueño de elegir vuestra edad, no habéis escogido veinte años en lugar de cuarenta?
—Porque, señora condesa —dijo sonriendo De Cagliostro—, siempre me ha convenido más ser un hombre de cuarenta años sano y completo que un joven incompleto de veinte años.
—¡Oh! —exclamó la condesa.
—Y es indudable, madame —continuó De Cagliostro—, que a los veinte años se agrada a las mujeres de treinta, y a los cuarenta se domina a las mujeres de veinte y a los hombres de sesenta.
—Me doy por vencida, monsieur —dijo la condesa—. Por otra parte, ¿cómo discutir con una prueba tan viva?
—Entonces —dijo, con tono plañidero, De Taverney—, yo estoy condenado; he llegado demasiado tarde.
—El duque de Richelieu ha sido más hábil que vos —manifestó De la Perouse, con su franqueza de marino—, y yo siempre oí decir que el mariscal poseía cierta receta...
—Es un rumor que las mujeres han propalado —dijo, riéndose, el conde de Haga.

—¿Es eso una razón para no creer en ello, duque? —preguntó madame du Barry.
El viejo mariscal enrojeció, él, que casi nunca enrojecía, y dijo a continuación:
—¿Quieren saber entonces en qué consiste mi receta?
—Sí, queremos saberlo.
—En cuidarme.
—¡Oh, oh! —exclamó la asamblea.
—Eso es todo —dijo el mariscal.
—Yo contestaría a esa receta —respondió la condesa— si no acabara de ver el efecto de la de monsieur de Cagliostro. Pero tened cuidado, brujo: no he terminado con mis preguntas.
—Hacedlas, señora, hacedlas.
—¿Decís que cuando hicisteis por primera vez uso de vuestro elixir teníais cuarenta años?
—Sí.
—Y que después de esa época, es decir, después del sitio de Troya...
—Un poco antes, madame.
—Conforme. ¿Habéis conservado vuestros cuarenta años?
—Lo estáis viendo.
—Entonces, vos nos probáis, monsieur —dijo De Condorcet—, más que lo que vuestra teoría demuestra...
—Y ¿qué os pruebo yo, señor marqués?
—Vos nos probáis, no solamente la perpetuación de la juventud, sino la conservación de la vida. Porque si teníais cuarenta años cuando la guerra de Troya, es que jamás habéis muerto.
—Es verdad, señor marqués; yo no he muerto jamás, os lo confieso humildemente.
—Sin embargo, vos no sois invulnerable como Aquiles, y esto no pasa de ser una inexacta comparación, puesto que al invulnerable Aquiles lo mató Paris, hiriéndole con una flecha en el talón.
—No, no soy invulnerable, y con gran disgusto mío —dijo De Cagliostro.
—¿Entonces, podéis ser asesinado, podéis morir de muerte violenta?
—¡Ay, sí!
—¿Cómo habéis hecho, pues, para escapar a los accidentes durante tres mil quinientos años?
—Es una suerte, señor conde; lo veréis si seguís mi razonamiento.
—Lo seguiré.
—Lo seguimos.
—Sí, sí —repitieron todos los convidados.
Y con señales de interés manifiesto, cada uno se acodó sobre la mesa y se puso a escuchar.
La voz de monsieur de Cagliostro rompió el silencio.
—¿Cuál es la primera condición de la vida? —dijo, al tiempo que desplegaba, con gesto elegante y fácil, dos hermosas manos blancas cargadas de sortijas, entre las cuales la de la reina Cleopatra brillaba como la estrella Polar—. La salud, ¿no es así?
—Sí, cierto —respondieron todas las voces.
—Y la condición de la salud es...
—El régimen —dijo el conde de Haga.
—Tenéis razón, señor conde; es el régimen lo que asegura la salud. Y bien, ¿por qué estas gotas de mi elixir no pueden constituir el mejor régimen posible?
—¿Quién lo sabe?
—Vos, conde.

—Sí, sin duda, pero...
—Pero no otros —dijo madame du Barry.
—Esto, madame, es una pregunta que trataremos de inmediato. Yo siempre he seguido el régimen de mis gotas, y como son la mejor realización del sueño eterno de los hombres de todos los tiempos; como son lo que los antiguos buscaban bajo el nombre de agua de juventud, lo que los modernos han buscado bajo el nombre de elixir de vida, he conservado constantemente mi juventud y, en consecuencia, mi salud y mi vida. Está claro.
—Sin embargo, todo se gasta, conde, y el más hermoso cuerpo igual que los otros.
—El de París como el de Vulcano —dijo la condesa.
—¿Sin duda habéis conocido a Paris, monsieur de Cagliostro?
—Exactamente, madame. Era un fuerte y atractivo muchacho, pero no mereció que Homero dijese que las mujeres se morían por él. En primer lugar, era pelirrojo.
—¿Pelirrojo? ¡Qué horror! —dijo la condesa.
—Por desgracia —añadió De Cagliostro—, Helena no era de vuestra opinión, señora; pero volvamos a nuestro elixir.
—Sí, sí —clamaron todas las voces.
—Vos pretendéis, pues, monsieur de Taverney, que todo se gasta. Sea. Pero vos sabéis también que todo se reajusta, todo se regenera o se reemplaza. El famoso cuchillo de san Humberto, que tantas veces ha cambiado de hoja y empuñadura, es un ejemplo, porque, a pesar de ese doble cambio, continúa siendo el cuchillo de san Humberto. El vino que conservan en su celda los monjes de Heidelberg es siempre el mismo vino, y sin embargo, se vierte cada año en el gigantesco tonel de la nueva cosecha. De ese modo el vino de los monjes de Heidelberg es siempre claro, vivo y sabroso, mientras que el vino precintado por Opimus y yo en ánforas de barro era, cien años después, cuando traté de beberlo, un barro espeso, que seguramente se podía comer, pero que no podía beberse. Así pues, en vez de seguir el ejemplo de Opimus, he adivinado el que debían dar los monjes de Heidelberg. Me entretuve vertiendo cada año nuevos elementos encargados de regenerar los viejos. Todas las mañanas, un átomo joven y fresco ha reemplazado en mi sangre, en mi carne y en mis huesos a la molécula usada e inerte.
»He reanimado los detritus mediante los cuales el hombre vulgar ve invadir insensiblemente toda la masa de su ser; he reforzado a todos los soldados que Dios dio a la naturaleza humana para defenderse contra la destrucción, soldados que las criaturas vulgares deforman o dejan paralizar en el ocio. Les he empujado a un trabajo continuo, que facilitaba, que ordenaba la introducción de un estimulante siempre nuevo. Y así resulta, de este estudio asiduo de la vida, que mi pensamiento, mis gestos, mis nervios, mi corazón, mi alma, no han olvidado sus funciones, y como todo se encadena en este mundo, como siempre tienen mayor éxito en una empresa los que se dedican por completo a la misma, me he encontrado mucho más hábil que los demás para evitar los peligros de una existencia de tres mil años, y eso porque he conseguido asimilar, de todo cuanto ocurre, tal experiencia que preveo los riesgos, los peligros de cualquier posición. Por lo tanto, no conseguiríais hacerme entrar en una casa a punto de derrumbarse. Desde luego que no. He visto demasiadas casas para que a la primera ojeada no distinga las buenas de las malas. No me haréis acompañar en la caza a un hombre que use con torpeza su arma. Desde Céfalo, que mató a su esposa Procris hasta el Regente, que hizo saltar el ojo del Príncipe, he visto demasiados torpes en mi vida. No conseguiríais que ocupase, en la guerra, tal o cual puesto que cualquier recién llegado aceptaría, puesto que en un instante habría calculado todas las líneas rectas y todas las líneas parabólicas que conducen de una manera fatal a ese lugar. Me diréis que es difícil prevenirse contra una bala perdida. Por favor, no hagáis gestos de

incredulidad, porque después de todo estoy aquí como una prueba viva. No os digo que sea inmortal; os digo solamente que sé lo que nadie sabe, es decir, evitar la muerte cuando viene de una manera accidental. Por ejemplo, por nada del mundo me quedaría un cuarto de hora aquí con monsieur de Launay, quien en estos momentos piensa que, si me tuviese en una de las mazmorras de la Bastilla, experimentaría mi inmortalidad con ayuda de mi hambre. Tampoco me quedaría con monsieur de Condorcet, porque en este momento piensa poner en mi vino el contenido del anillo que lleva en el índice de la mano izquierda. Y lo que contiene es veneno; todo, naturalmente, sin mala intención, sino para satisfacer una curiosidad científica, para saber, simplemente, si yo moriría.
Los dos personajes que el conde de Cagliostro acababa de nombrar hicieron un movimiento.
—Confesadlo con valor, monsieur de Launay. Después de todo, no estamos en una corte de justicia, y por lo tanto no se castiga la intención. Veamos, ¿habéis pensado en lo que acabo de decir? Y vos, monsieur de Condorcet, ¿tenéis en ese anillo un veneno que desearíais hacerme probar en nombre de vuestra muy amada señora la Ciencia?
—A fe mía —dijo monsieur de Launay, riendo y ruborizándose—, reconozco que tenéis razón, señor conde. Pero esta locura me pasó por la cabeza precisamente en el mismo momento en que me acusabais.
—Y yo —dijo De Condorcet— no seré menos franco que monsieur de Launay. Efectivamente, he pensado que si probáis lo que tengo en mi sortija no daría un cobre por vuestra inmortalidad.
En el mismo instante, un grito de admiración partió de la mesa.
Todo daba la razón, no a la inmortalidad, sino a la penetración del conde de Cagliostro.
—Ved bien —dijo tranquilamente De Cagliostro—, ved bien cómo lo he adivinado. En fin, es a esto mismo a lo que se debe llegar. El hábito de vivir me ha revelado, a la primera ojeada, el pasado y el futuro de la gente que veo. Mi infalibilidad sobre este punto es tal que se extiende a los animales, a la materia inerte incluso. Si subo a un carruaje, veo en el brío de los caballos y en el rostro del cochero si volcaremos o si me arrastrarán; si embarco en un navío, adivino si el capitán será un ignorante o un testarudo y, por consiguiente, si podrá o no querrá hacer la maniobra necesaria. Evito, entonces, al cochero y al capitán, y abandono los caballos y el navío. No niego el azar, pero lo limito; en lugar de dejar correr cien suertes, como hace todo el mundo, yo evito noventa y nueve y desconfío de la número cien. He aquí de lo que me ha servido haber vivido tres mil años.
—Entonces —dijo riendo De la Perouse, en medio del entusiasmo o de la desaprobación que originaron las palabras de monsieur de Cagliostro—, entonces, mi querido profeta, deberíais venir conmigo hasta las naves con las cuales debo dar la vuelta al mundo. Me rendiríais un estimable servicio.
De Cagliostro no respondió.
—Señor mariscal —continuó riendo el navegante—, puesto que el conde de Cagliostro, y yo le comprendo, no quiere abandonar tan buena compañía, es preciso que me permitáis que lo haga yo. Perdonadme, señor conde de Haga; perdonadme, madame, pero han dado las siete y he prometido al rey estar en la Bastilla a las siete y cuarto. Ahora, y puesto que al conde de Cagliostro no le tienta el venir a mis navíos, que me diga al menos lo que me ocurrirá de Versalles a Brest. De Brest al Polo se lo dispenso, porque es asunto mío, pero, por Dios, de Versalles a Brest sí me debe informar.
De Cagliostro miró una vez más a De la Perouse, y de un modo tan melancólico, con un aire tan dulce y triste a la vez, que la mayor parte de los convidados quedaron extrañamente impresionados. Pero el navegante no notaba nada y se despedía de los convidados. Los criados le ayudaron a ponerse una pesada hopalanda de pieles, y

madame du Barry deslizó en su bolsillo alguno de esos exquisitos cordiales que son tan dulces para el viajero, a los cuales, sin embargo, él no presta nunca atención y que le recuerdan a los amigos ausentes durante las largas noches de marcha en medio de un frío glacial.
De la Perouse, siempre riendo, saludó respetuosamente al conde de Haga y tendió la mano al viejo mariscal.
—Adiós, mi querido De la Perouse —le dijo el duque de Richelieu.
—No, señor duque; hasta la vista —repuso De la Perouse—. En verdad se diría que parto para la eternidad. Todo el mundo lo hace después de todo. Cuatro o cinco años de ausencia no son motivo para decirse adiós.
—¡Cuatro o cinco años! —gritó el mariscal—. ¡Eh, señor! ¿Por qué no decís cuatro o cinco siglos? Los días son años a mi edad; adiós os digo yo.
—Bah... Preguntadle al adivino —dijo De la Perouse, riéndose—; él os prometerá veinte años todavía. ¿No es así, monsieur de Cagliostro? Ah, señor conde, ¿cómo no me habéis hablado antes de vuestras mágicas gotas? A cualquier precio que fuera habría embarcado un tonel en el Astrolabe. Es el nombre de mi navío, señores. Madame, todavía un beso en vuestra hermosa mano, la más hermosa que, estoy seguro, encontraré a mi vuelta. Hasta la vista.
Y salió.
De Cagliostro seguía guardando el mismo silencio de mal augurio.
Se oían los recios pasos del capitán en los peldaños de la escalinata exterior, y su voz siempre alegre en el patio, así como sus últimos cumplidos a las personas reunidas para verle.
Después se oyó cómo las monturas sacudían las colleras, la portezuela de la silla se cerró con un ruido seco, y las ruedas rechinaron sobre el pavimento empedrado de la calle. De la Perouse acababa de dar el primer paso de ese viaje misterioso y del cual no debía volver.
Cada uno escuchaba, y cuando ya no se oyó nada, todas las miradas se concentraron, como movidas por una fuerza superior, sobre De Cagliostro. Había en aquel momento, en los rasgos del hombre, una iluminación profética que hizo sentir escalofríos a los convidados.
Un silencio extraño se prolongó durante algunos instantes; el conde de Haga lo rompió.
—¿Por qué no le habéis respondido?
Esta pregunta era la expresión de la ansiedad general. De Cagliostro se estremeció como si, al oírla, le hubiesen arrancado de su contemplación.
—Porque —replicó el conde— habría tenido que decirle una mentira o una crueldad.
—¿Cómo es eso?
—Porque habría tenido que decirle: «Monsieur de La Perouse, el duque de Richelieu ha tenido razón al deciros adiós y no hasta la vista.»
—¡Diablos! —exclamó Richelieu, palideciendo—. Monsieur de Cagliostro, ¿qué es lo que decís de monsieur de La Perouse.
—Tranquilizaos, señor mariscal —repuso vivamente De Cagliostro—. No es a vos a quien concierne este augurio tan triste.
—¿Cómo? —preguntó madame du Barry—. El pobre De la Perouse, que acaba de besarme la mano...
—No solamente no os la besará más, madame, sino que no volverá a ver a ninguno de los que se ha despedido esta tarde —dijo De Cagliostro, observando atentamente su vaso lleno de agua, en el cual, por la forma en que estaba colocado, se juntaban dos conchas luminosas de un color ópalo, y cortadas transversalmente por las sombras de los objetos circundantes.

Un grito de asombro salió de todas las bocas.
La conversación había llegado al punto en que cada minuto extrema el interés; se hubiera dicho, al ver el gesto grave, solemne y casi ansioso con que se interrogaba a De Cagliostro con la voz y con los ojos, que se trataba de predicciones infalibles de un antiguo oráculo.
En medio de esta preocupación, monsieur de Favras, resumiendo el sentimiento general, se puso en pie, hizo un gesto y fue de puntillas a ver si en la antecámara algún criado les espiaba.
Pero como ya hemos dicho, era una casa bien llevada la del mariscal de Richelieu, y monsieur de Favras sólo encontró en la antecámara a un viejo intendente que, severo como un centinela en un puesto perdido, defendía los límites del comedor a la hora solemne del postre.
Volvió, pues, a su lugar y se sentó haciendo una señal a los invitados de que estaban completamente solos.
—En este caso —dijo madame du Barry, respondiendo a la seguridad de monsieur de Favras como si hubiera emitido en voz alta su juicio—, en ese caso, contadnos lo que le espera al pobre De la Perouse.
De Cagliostro movió la cabeza.
—Veamos, veamos, monsieur de Cagliostro —dijeron los caballeros.
—Sí, os lo rogamos.
—Bien: monsieur de La Perouse parte, como él ha dicho, con la intención de dar la vuelta al mundo y continuar los viajes de Cook, del pobre Cook, que, como sabéis, fue asesinado en las islas Sandwich.
—Sí, sí lo sabemos —dijeron todos, más con la cabeza que con la voz.
—Todo presagia un feliz éxito en la empresa, pues monsieur de La Perouse es un buen marino. Por otra parte, el rey Luis XVI le ha trazado con habilidad el itinerario.
—Sí —interrumpió el conde de Haga—, el rey de Francia es un hábil geógrafo, ¿no es cierto, monsieur de Condorcet?
—Más hábil geógrafo de lo que conviene a un rey —respondió el marqués—. Los reyes no deberían conocer todo más que en la superficie. Entonces es posible que se dejasen guiar por los hombres que conocen el fondo.
—Es una lección, señor marqués —dijo sonriendo el conde de Haga.
De Condorcet, que enrojeció al oír las últimas palabras, dijo:
—¡Oh, no, señor conde! Es una simple reflexión, una generalidad filosófica.
—¿Entonces se va? —preguntó madame du Barry, empeñada en romper toda conversación particular y que pudiera desviar del camino que había tomado la conversación general.
—Parte de viaje —repuso De Cagliostro—, pero no creáis, por muy inmediato que os haya parecido, que va a partir tan pronto; yo le veo perdiendo mucho tiempo en Brest.
—Es una desgracia —dijo De Condorcet—. Es la época de hacerse a la mar, y resulta un poco tarde para ello. Habría sido mejor en febrero o marzo.
—Oh, no le reprochéis estos dos o tres meses, monsieur de Condorcet, porque por lo menos, durante ese tiempo, tendrá vida y esperanza.
—Se le ha dado buena compañía, supongo —dijo Richelieu.
—Sí —repuso De Cagliostro—. El que manda el segundo navío es un oficial distinguido. Pero es joven todavía y audaz; por desgracia es un valiente.
—¿Por desgracia?
—Eso. Un año después, busco a este amigo y ya no lo encuentro —dijo De Cagliostro con inquietud y mirando su vaso—. ¿Ninguno de ustedes es pariente o allegado del señor de Langle?

—No.
—¿Nadie lo conoce?
—No.
—Pues bien: la muerte comenzará por él. Ya no lo veo.
Un murmullo de espanto se escapó del pecho de los asistentes.
—¿Pero él..., él..., De la Perouse? —preguntaron muchas voces angustiadas.
—Navega, desembarca, vuelve a embarcar...; un año..., dos años de navegación feliz. Se reciben noticias. Y después...
—¿Y después?
—Los años pasan.
—¿Y qué?
—El océano es grande, el cielo está sombrío. Aquí y allá aparecen tierras inexploradas; acá y allá figuras espantosas, como los monstruos del archipiélago griego, acechan al navío, que huye perdido en las nieblas por entre los arrecifes, llevado por la corriente, y al fin la tempestad: la tempestad es más hospitalaria que la costa; después fuegos siniestros. ¡Oh, De la Perouse, De la Perouse! Si tú pudieras oírme, yo te diría: «Tú partes, como Cristóbal Colón, para descubrir un mundo. De la Perouse: ¡desconfía de las islas desconocidas!»
De Cagliostro enmudeció. Un escalofrío glacial se apoderó de la asamblea mientras en el ambiente vibraban todavía las últimas palabras.
—¿Pero por qué no le ha advertido? —preguntó, apenado, el conde de Haga, sufriendo como los demás la influencia de este hombre extraordinario que trastornaba los corazones a voluntad.
—Sí, sí —dijo madame du Barry—. ¿Por qué no correr, por qué no alcanzarle? La vida de un hombre como De la Perouse bien vale un correo, mi querido mariscal.
El mariscal comprendió y se levantó un poco para tocar la campanilla. De Cagliostro extendió el brazo y el mariscal volvió a caer en su sillón.
—¡Ay! —continuó De Cagliostro—. Todo aviso sería inútil; el hombre aunque prevea su destino, no lo cambia. De la Perouse se habría reído si hubiese oído mis palabras, como rieron los hijos de Príamo cuando profetizaba Casandra; pero ved cómo vos mismo os reiréis, señor conde de Haga, y la risa se contagiará a vuestros compañeros. No, no os contengáis, monsieur de Favras; nunca he encontrado un auditorio crédulo.
—¡Nosotros creemos! —gritaron madame du Barry y el anciano duque de Richelieu.
—Yo creo —murmuró De Taverney.
—Yo también —dijo cortésmente el conde de Haga.
—Sí —repuso De Cagliostro—, vos creéis, pero creéis porque se trata de monsieur de La Perouse, pero si se tratase de vos no creeríais.
—¡Oh...!
—Estoy seguro.
—Confieso que lo que me haría creer —dijo el conde de Haga— sería que monsieur de Cagliostro hubiera dicho a De la Perouse: «Guardaos de las islas desconocidas.» Y quizá se guardaría de ellas. Siempre sería un aviso.
—Yo os aseguro que no, señor conde, y si me hubiera creído, ved lo que esta revelación habría tenido de horrible para él. Entonces, en medio del peligro y ante el aspecto de estas islas desconocidas, que deberán serle fatales, el desgraciado, convencido de mi profecía, hubiera sentido aproximársele la muerte que le amenaza, sin poderla evitar. Entonces no sería una muerte; serían mil muertes las que él habría sufrido, porque es sufrir mil muertes marchar en la sombra con la desesperación como única compañera. La esperanza que le hubiera arrancado, y pensadlo bien, es el último consuelo que cualquier desgraciado guarda bajo el cuchillo, incluso cuando el cuchillo le toca, cuando

siente la mordedura del acero, cuando su sangre corre. Incluso cuando ve que se extingue, el hombre aún espera.
—Es verdad —dijeron en voz baja algunos de los asistentes.
—Sí —continuó De Condorcet—. El velo que cubre el fin de nuestra vida es el único bien real que Dios ha hecho al hombre sobre la tierra.
—En fin, sea lo que fuere —dijo el conde de Haga—. Pero si yo llegara a oír decir a un hombre como vos: «Desconfiad de tal hombre o tal cosa», tomaría el aviso por bueno y agradecería al consejero.
De Cagliostro movió dulcemente la cabeza, acompañando este gesto con una triste sonrisa.
—De verdad, monsieur de Cagliostro —continuó el conde—. Advertidme y os lo agradeceré.
—¿Queréis que os diga a vos lo que no he querido decir a De la Perouse?
—Lo deseo.
De Cagliostro hizo un movimiento como si fuese a hablar, pero se detuvo durante unos instantes, al cabo de los cuales añadió:
—¡Oh, no, señor conde! Os lo suplico.
De Cagliostro, al tiempo que denegaba con la cabeza, murmuró:
—Nunca.
—Cuidado —dijo el conde con una sonrisa—, porque entonces seré otro incrédulo.
—Vale más la incredulidad que la angustia.
—Monsieur de Cagliostro —advirtió con seriedad el conde—, olvidáis una cosa.
—¿Cuál? —preguntó respetuosamente el profeta.
—Que si bien ciertos hombres pueden, sin inconveniente alguno, ignorar su destino, hay otros que tendrían necesidad de conocer el porvenir, por la razón de que su destino no sólo les importa a ellos, sino a millones de hombres.
—Entonces —dijo De Cagliostro—, dadme una orden. No haré nada sin una orden.
—¿Qué queréis decir?
—Que Vuestra Majestad me lo ordene —dijo De Cagliostro en voz baja— y obedeceré.
—Os ordeno revelarme mi destino, monsieur de Cagliostro —volvió a decir el rey, con una majestad llena de cortesía.
Al mismo tiempo, y como el conde de Haga acababa de dejarse tratar como un rey y había roto el incógnito, al dar una orden, el duque de Richelieu se acercó a saludar al príncipe, a quien dijo, tras una gran reverencia:
—Gracias por el honor que el rey de Suecia ha hecho a mi casa, Sire; que a Vuestra Majestad le plazca tomar el puesto de honor. Desde este momento no puede pertenecer más que a vos.
—Continuemos, continuemos como estamos, señor mariscal, y no perdamos una palabra de lo que el conde de Cagliostro va a decirnos.
—A los reyes no se les dice la verdad, Sire.
—Bah, yo no estoy en mi reino. Volved a tomar vuestro lugar, señor duque; hablad, monsieur de Cagliostro; no os podéis evadir.
De Cagliostro fijó los ojos en su vaso; globos parecidos a los que atraviesan el champaña subían del fondo a la superficie, y el agua atraída por su poderosa mirada, parecía que se agitase bajo el influjo de su voluntad.
—Sire, decidme lo que queréis saber —dijo De Cagliostro—. Estoy dispuesto a complaceros.
—Decidme de qué muerte moriré.
—De un disparo, Sire.
Los ojos de Gustavo resplandecieron.

—Ah..., en una batalla —dijo—. ¡La muerte de un soldado! Gracias, monsieur de Cagliostro, cien veces gracias. Ah..., preveo batallas, y Gustavo Adolfo y Carlos XII me han enseñado cómo muere un rey de Suecia.
De Cagliostro bajó la cabeza sin responder. El conde de Haga frunció las cejas, murmurando:
—Entonces, entonces... ¿No se producirá ese disparo en una batalla?
—No, Sire.
—¿En una sedición? Sí, también es posible.
—Tampoco será en una sedición.
—¿Pues dónde ocurrirá eso?
—En un baile, Sire.
El rey enrojeció, y De Cagliostro, que se había levantado, se volvió a sentar y ocultó la cabeza entre sus manos.
Palidecieron todos los que rodeaban al autor de la profecía y al que era objeto de ella.
Monsieur de Condorcet se aproximó al vaso de agua en el que el adivino había leído el siniestro augurio, lo tomó por debajo, lo levantó a la altura de sus ojos y examinó minuciosamente sus brillantes facetas y el misterioso contenido.
Su inteligente mirada, fría y escrutadora, parecía buscar en el doble cristal, sólido y líquido, la solución de un problema que su razón reducía al valor de una especulación puramente física.
Efectivamente, el sabio sondeaba la profundidad, las refracciones luminosas y los juegos microscópicos del agua. Y se preguntaba cuál podría ser la causa de todo, la causa y el pretexto de un charlatanismo vertido sobre hombres de la valía de los que rodeaban la mesa, y por un hombre al cual no se podía negar un aspecto fuera de lo corriente.
Sin duda no encontró la solución de su problema, porque cesó de examinar el vaso, lo colocó sobre la mesa, y, en medio del estupor que originó el pronóstico de monsieur de Cagliostro, dijo:
—Bueno, yo rogaría a nuestro ilustre profeta que interrogase su espejo mágico. Por desgracia —añadió— yo no soy un señor poderoso, no tengo órdenes que dar, y mi oscura vida no pertenece a millones de hombres.
—Monsieur —dijo el conde de Haga—, vos mandáis en nombre de la ciencia y vuestra vida no solamente importa a un pueblo, sino a la humanidad.
—Gracias, señor conde, pero quizá vuestra opinión sobre el particular no es la de monsieur de Cagliostro.
Este volvió a levantar la cabeza, como hace un corcel al sentirse espoleado.
—Sí lo es, marqués —dijo con un principio de irritabilidad nerviosa, que en tiempos más antiguos se habría atribuido a la influencia del dios que le atormentaba—. Sí lo es. Vos sois un señor poderoso del reino de la inteligencia. Veamos, miradme de frente: ¿queréis también, deseáis en verdad que os haga una predicción?
—De verdad, señor conde —repuso De Condorcet—. Os lo juro por mi honor. De verdad.
—Bien, marqués —dijo De Cagliostro con voz ronca; y bajando los párpados añadió—: Vos moriréis del veneno que hay en esa sortija que tenéis en el dedo. Vos moriréis...
—¿Y si lo tiro? —interrumpió De Condorcet.
—Tiradlo.
—¿Confesáis que es así de fácil?
—Tiradlo, os digo.
—¡Oh, sí, marqués! —gritó madame du Barry—. Por favor, tirad ese maldito veneno; arrojadlo aunque no sea más que para dejar por mentiroso a este siniestro profeta que

nos atormenta con sus profecías. Porque si lo tiráis no podrá envenenaros, y como es lo que monsieur de Cagliostro pretende, entonces le dejaremos por embustero.
—La señora condesa tiene razón —dijo el conde de Haga.
—Bravo, condesa —dijo Richelieu—. Vamos, marqués, arrojad ese veneno; además, ahora que sé que lleváis en la mano la muerte de un hombre, temblaría cada vez que brindásemos juntos. La sortija puede abrirse sola, y...
—Dos vasos que se entrechocan están demasiado cerca el uno del otro —dijo De Taverney—. Tiradlo, marqués, tiradlo.
—Es inútil —aseguró, con la mayor tranquilidad. De Cagliostro—. Monsieur de Condorcet no lo hará.
—No —dijo el marqués—, no lo haré, es verdad, y no porque trate de ayudar al destino, sino porque Cabanis me ha preparado este veneno, que es único, una sustancia solidificada por efecto de un azar que seguramente no se repetiría si lo tirase; he aquí por qué no pienso hacerlo. Daos por ganador si lo deseáis, monsieur de Cagliostro; el destino...
—El destino —repuso De Cagliostro— encuentra siempre a gentes fieles que le ayudan a la ejecución de sus designios.
—Entonces, yo moriré envenenado —dijo el marqués—. Está bien. No muere envenenado quien quiere. Es una muerte admirable la que me predecís; un poco de veneno en la punta de mi lengua, y habré terminado. No es «más» la muerte; es «menos» la vida, como decimos en álgebra.
—Yo no discuto lo que vos sufriréis —indicó con frialdad De Cagliostro, e hizo un gesto en el que manifestaba su deseo de no seguir la discusión con monsieur de Condorcet.
—Monsieur —dijo entonces el marqués de Favras, quien se inclinó sobre la mesa, como para situarse mejor ante De Cagliostro—, he aquí un naufragio, un disparo y un envenenamiento que me producen envidia. ¿No me concederéis la gracia de predecirme a mí alguna muerte del mismo género?
—Señor marqués —dijo De Cagliostro, que comenzaba a animarse ante la ironía—, no tenéis necesidad de envidiar a estos señores, porque, por mi honor de gentilhombre, tendréis una muerte mejor.
—¿Mejor? —gritó De Favras, riendo—. Procurad no comprometeros demasiado. ¿Mejor que el mar, el fuego y el veneno? Lo veo difícil.
—Queda la cuerda, señor marqués —dijo, sonriendo, De Cagliostro.
—La cuerda... ¿Qué queréis decirme con eso?
—Os digo que seréis ahorcado —respondió De Cagliostro con una especie de ira profética que le fue imposible dominar.
—¿Ahorcado? —repitió la asamblea—. ¡Diablo!
—Olvidáis que soy un gentilhombre —dijo monsieur de Favras fríamente—, y si por casualidad quisiera pensar en un suicidio, os anuncio que me respeto lo bastante para, en el último momento, no servirme de una cuerda mientras tenga una espada.
—No os hablo de un suicidio, monsieur.
—Entonces, habláis de un suplicio.
—Sí.
—Sois extraño, monsieur, y debido a esta condición os perdono...
—Perdonarme, ¿qué?
—Vuestra ignorancia. En Francia se decapita a los gentilhombres.
—Vos arreglaréis ese asunto con el verdugo —dijo De Cagliostro, apabullando a su interlocutor con esta brutal respuesta.
Por un instante la perplejidad reinó en la asamblea.

—Sabed que en este momento estoy temblando —dijo De Launay—. Mis predecesores han elegido con tan triste éxito, que tengo miedo de adivinar un mal para mí, si se me ocurre registrar el mismo saco que ellos.
—Entonces, porque sois más razonable que los demás, no queréis conocer el porvenir.
—Tenéis razón. Bueno o malo, respetemos el secreto de Dios.
—Muy bien, monsieur de Launay —dijo madame du Barry—. Espero que tendréis tanto valor como estos señores.
—Yo también lo espero, madame —dijo el gobernador, inclinándose hacia ella.
Después, dirigiéndose de nuevo a De Cagliostro, le dijo:
—A ver, premiadme con mi horóscopo, os conjuro a ello.
—Es fácil —dijo De Cagliostro—, un hachazo sobre la cabeza, y ya está dicho todo.
Un ahogado grito de espanto resonó en la sala; el duque de Richelieu y De Taverney suplicaron a De Cagliostro que no fuese más lejos, pero la curiosidad femenina no podía detenerse.
—Realmente..., conde —le dijo madame du Barry—, según vos, el universo entero acabará de muerte violenta. Aquí somos ocho, y de los ocho, cinco ya han sido condenados por vos.
—Como comprenderéis, madame, aunque este asunto para él no tiene vuelta de hoja, nosotros, sin embargo, nos reímos de todo eso —dijo monsieur de Favras, tratando de quitar importancia a las predicciones del conde.
—Claro que nos reímos —dijo el conde de Haga—, sea todo verdadero o sea falso.
—Oh, yo me reiría también —dijo madame du Barry—, porque no debería defraudar a la asamblea con mi cobardía. Pero... yo no soy más que una mujer. Y no tengo el honor de estar a vuestra altura ante un desenlace siniestro. He aquí una mujer que muere en su cama. ¡Ay...! Mi muerte de mujer anciana, triste y olvidada, será la peor de las muertes. ¿No es así, monsieur de Cagliostro?
E incluso mientras decía estas palabras, dudaba; deseaba no solamente con sus frases, sino con su gesto, ofrecer un pretexto al adivino para que le diese esa seguridad; pero De Cagliostro no quiso dársela.
La curiosidad era más fuerte que su inquietud, y dominó a la dama.
—Vamos, monsieur de Cagliostro —dijo madame du Barry—, respondedme.
—¿Cómo queréis que os responda, madame, si no me habéis preguntado?
La condesa dudó al murmurar:
—Pero...
—A ver —preguntó De Cagliostro—, ¿me estáis interrogando, sí o no?
La condesa hizo un esfuerzo y, después de buscar estímulo en la sonrisa de la asamblea, contestó:
—Pues sí, me arriesgo. Decidme cómo terminará Juana de Vaubernier, condesa du Barry.
—En el cadalso, madame[9] —respondió el fúnebre profeta.
—Es una broma, ¿verdad, monsieur? —balbució la condesa, y su mirada era toda una súplica.
Pero había llevado a De Cagliostro a un límite, y éste no reparó en su mirada.
—¿Por qué ha de ser una broma?
—Porque para subir al cadalso hace falta haber matado, haber cometido un crimen, y según las probabilidades no creo que yo vaya a cometer ninguno. Es una broma, ¿verdad que es una broma?
—Dios mío, sí —dijo De Cagliostro—. Es una broma, como todo lo que he predicho.
La condesa lanzó una carcajada que un hábil observador habría encontrado demasiado estridente para ser natural.

—Vamos, monsieur de Favras —dijo—, tendremos que ir encargando nuestras carrozas fúnebres.
—Será inútil para vos, condesa —dijo De Cagliostro.
—¿Por qué, monsieur?
—Porque iréis al cadalso en una carreta.
—¡Qué horror! —gritó madame du Barry—. ¡Oh, qué mal hombre, mariscal! Para otra vez escoged convidados con distinto humor, o no volveré más a vuestra casa.
—Excusadme, madame —dijo De Cagliostro—, pero, lo mismo que los demás, vos lo habéis querido.
—¿Yo como los demás? Por lo menos me concederéis tiempo para elegir a mi confesor.
—Será un cuidado superfluo, condesa —dijo De Cagliostro.
—¿Cómo es eso?
—El último que subirá al cadalso con un confesor será...
—¿Será? —preguntó todo el auditorio.
—Será el rey de Francia.
De Cagliostro pronunció estas palabras con una voz tan opaca y lúgubre, que pasó como un soplo de muerte sobre los asistentes y les heló el corazón.
Siguió entonces un silencio de algunos minutos, durante el cual De Cagliostro rozó con sus labios el vaso de agua en el cual había leído sus sangrientas profecías, pero apenas lo tocó, una desgana invencible volvió a asaltarlo como si se tratase de un cáliz amargo. Mientras hacía ese movimiento, su mirada se detuvo sobre De Taverney.
—¡No! —gritó éste, creyendo que iba a hablar—. No me digáis lo que me va a ocurrir. Yo no os lo he pedido.
—Pues yo lo pido en su lugar —dijo Richelieu.
—Vos, señor mariscal —dijo De Cagliostro—, tranquilizaos, porque sois el único de todos nosotros que morirá en una cama.
—El café, señores —dijo el viejo mariscal, encantado con la predicción—, el café.
Todos se levantaron. Pero antes de pasar al salón, el conde de Haga, aproximándose a De Cagliostro, dijo:
—Monsieur, no pienso huir del destino, pero decidme de qué será preciso que desconfíe.
—De un manguito, Sire.
El conde de Haga se alejó.
—¿Y yo? —interrogó De Condorcet.
—De una tortilla.
—Muy bien. Renuncio desde ahora a los huevos.
Y se reunió con el conde.
—Y yo —dijo De Favras—, ¿qué es lo que debo temer?
—Una carta.
—Gracias.
—¿Y yo? —preguntó De Launay.
—La prisión de la Bastilla.
—Entonces me quedo tranquilo.
Y se alejó riéndose de lo que acababa de oír.
—Ahora yo, monsieur —dijo la condesa con cierta turbación.
—Vos, mi bella condesa, desconfiad del lugar que ocupáis al lado de Luis XV.
—¡Ay! —respondió la condesa—. Ya en una ocasión fui desterrada, y sufrí mucho. Sentí como si perdiese la cabeza.
—Pues ese día también la perderéis, condesa, pero ya no la encontraréis.

Madame du Barry lanzó un grito y corrió hacia el salón a reunirse con los demás invitados. De Cagliostro se dispuso a seguir a sus compañeros.
—Un momento —le dijo Richelieu—. No quedamos más que De Taverney y yo, a quien vos no habéis dicho nada, mi querido hechicero.
—Monsieur de Taverney me ha rogado que no dijera nada, y vos, señor mariscal, tampoco me lo habéis pedido.
—Pues os lo ruego ahora —repuso De Taverney juntando las manos.
—Pero antes probadnos el poder de vuestro genio; ¿no podríais decirnos una cosa que supiéramos únicamente los dos?
—¿Cuál? —preguntó De Cagliostro, sonriendo.
—Podría ser lo que ese honrado De Taverney acaba de hacer en Versalles en lugar de vivir tranquilamente en su bella tierra de Maison-Rouge, que el rey compró para él hace tres años.
—Nada más sencillo, señor mariscal —respondió De Cagliostro—. He aquí que hace diez años De Taverney quiso dar a su hija Andrea al rey Luis XV, pero no tuvo éxito.
—¡Oh! —murmuró De Taverney.
—Ahora, monsieur, quiere dar a su hijo, Felipe de Taverney, a la reina María Antonieta. Preguntadle si miento.
—A fe mía, no —dijo De Taverney temblando—. Este hombre es brujo, el diablo me lleve.
—Santo Dios —dijo el mariscal—, no habléis con tanta tranquilidad del diablo, mi viejo camarada.
—¡Es espantoso, espantoso! —exclamó De Taverney.
Y se volvió para implorar por última vez la discreción de monsieur de Cagliostro, pero éste había desaparecido.
—Vamos, De Taverney, vamos al salón —dijo el mariscal—. Tomarán café sin nosotros, o nosotros tomaremos el café frío, lo que sería peor.
Y corrió al salón, pero el salón estaba desierto; ni uno de los convidados había tenido el valor de volverse a ver de frente al autor de tan terribles predicciones.
Las bujías ardían en los candelabros, el café humeaba en su recipiente, el fuego crepitaba en el hogar...
Todo inútilmente.
—Me parece, mi viejo camarada, que vamos a tomar nuestro café solos... Está bien. ¿Dónde diablos te has metido?
Y Richelieu miró a todos lados, pero el viejecillo se había esfumado como los demás.
—Es igual —dijo el mariscal con una risa irónica, como habría hecho Voltaire, y mientras frotaba una contra otra sus manos secas y blancas, llenas de sortijas—. Yo seré el único de mis convidados que morirá en la cama. Bien, bien... ¡En la cama! Conde de Cagliostro, yo no soy un incrédulo. ¿En mi cama y lo más tarde posible? A ver, mi ayuda de cámara, ¿dónde están mis gotas?
El ayuda de cámara acudió con un frasco en la mano, y el mariscal, acompañado por él, entró en su dormitorio.

I
DOS MUJERES DESCONOCIDAS

El terrible invierno del año 784, un monstruo que devoró una sexta parte de Francia, aunque hubiese llamado a las puertas del palacio del duque de Richelieu, nosotros, encerrados en este comedor tan cálido y perfumado, no lo habríamos visto.

Un poco de hielo en los cristales era el lujo de la naturaleza unido al lujo de los hombres. El invierno posee sus diamantes, su polvera y sus bordados de plata para el rico, sumergido en sus pieles, o encerrado en su carroza, o envuelto en las sedas y los terciopelos de un cálido apartamento. Toda la escarcha es una pompa y toda intemperie un cambio de decorado, que el rico contempla, a través de los vidrios de sus ventanas, como una obra de ese grande y eterno arquitecto que se llama Dios.
En efecto, el que tiene calor puede admirar los árboles ennegrecidos y encontrar encanto en las sombrías perspectivas de las llanuras envueltas en el blanco sudario del invierno.
El que aspira el grato olor de la comida que le espera, puede percibir también, de tiempo en tiempo, a través de una ventana entreabierta, el áspero perfume del cierzo y el glacial vapor de las nieves que estimulan sus ideas.
El que, después de una jornada sin sufrimientos, cuando millones de sus conciudadanos sufren, se extiende bajo un edredón, entre sábanas finas y en un lecho bien caliente, éste, como el egoísta del que habla Lucrecio y que glorifica Voltaire, puede encontrar que todo está bien y que vivimos en el mejor de los mundos posibles.
Pero el que tiene frío no ve ninguno de estos esplendores de la naturaleza, tan enriquecida con su manto blanco como con su manto verde.
El que tiene hambre busca la tierra y huye del cielo, del cielo sin sol y, en consecuencia, sin sonrisa para el desgraciado.
Ahora bien, en esta época a la cual hemos llegado, es decir, hacia la mitad del mes de abril, trescientos mil desgraciados gemirán y morirán de frío y hambre en este París, donde, con el pretexto de que ninguna ciudad encierra más ricos, nada está previsto para impedir que los pobres perezcan de frío y de miseria.
Después de estos cuatro meses, un cielo de bronce hacía huir a los desgraciados de las aldeas hacia las ciudades, del mismo modo que el invierno empuja a los lobos hacia las aldeas.
Nada de pan, nada de combustible. Nada de pan para los que soportaban el frío, nada de combustible para cocer el pan.
Las provisiones que se habían podido conseguir, París las había devorado en un mes; el preboste de los mercaderes, poco previsor e incapaz, no sabía cómo hacer entrar en París, confiado a sus cuidados, doscientas mil cargas de leña disponibles en un radio de diez leguas alrededor de la capital.
Daba por excusa el hecho de que cuando helaba, el hielo impedía que los caballos pudieran andar, y cuando deshelaba, el número de carretas y de caballos resultaba insuficiente. Luis XVI, siempre bondadoso, siempre humano, siempre impresionado por las necesidades materiales del pueblo, cuyas necesidades sociales se le escapaban con mayor facilidad, empezó por aportar una suma de doscientas mil libras para conseguir carros y caballos, y después impuso una requisa que se quedó con los caballos y con los carros.
Sin embargo, el consumo continuaba importando los envíos, que resultaban insuficientes, y había que poner coto a los compradores. Nadie tuvo derecho a sacar del almacén general más que una carga de leña, y más tarde no más de media carga. Se vio entonces la cola de gente alargarse a la puerta de los almacenes, como más tarde se la vería crecer a las puertas de las panaderías.
El rey entregó toda la plata de su tesoro particular en limosnas, retiró tres millones de las sumas de impuestos y los aplicó al cuidado de los desgraciados, declarando que toda urgencia debía ceder y callarse ante la del frío y el hambre.
Por su parte, la reina, dio quinientos luises de sus propios recursos. Convirtió en salas de asilo los conventos, los hospitales y las instituciones públicas. Y cada puerta cochera

se abrió a la orden de sus dueños, a ejemplo de los palacios reales, para acoger en los patios a los pobres que acudían a hacinarse alrededor de un gran fuego.
Se esperaba ganar así los suaves deshielos. Pero el cielo era inflexible. Cada noche un velo de cobre rosado se extendía por el firmamento, las estrellas brillaban secas y frías como un farol muerto y la helada nocturna condensaba de nuevo, en un lago de diamantes, la nieve pálida que el sol del mediodía había derretido por un instante.
Durante el día, millares de obreros, la azada y la pala en la mano, apilaban la nieve y el hielo al lado de las casas, de modo que una doble muralla espesa y húmeda obstruía la mitad de las calles, ya demasiado estrechas la mayor parte de ellas.
Carrozas pesadas con ruedas resbaladizas y caballos vacilantes que caían a cada minuto, aplastaban contra estos muros helados al peatón, expuesto al triple peligro de las caídas, los choques y los atropellos.
Los montones de nieve y de hielo llegaron en seguida a ser tan grandes que las tiendas quedaron ocultas y los pasajes, cerrados. Hubo que renunciar a quitar el hielo, pues las fuerzas y los medios de acarreo eran insuficientes.
París, impotente, se declaraba vencido y dejaba hacer al invierno. Diciembre, enero, febrero y marzo transcurrieron de esta forma; algunas veces el deshielo de dos o tres días transformaba en un océano todo París, desprovisto de cloacas y de pendientes.
Algunas calles, en estos momentos, no se podían atravesar más que a nado. Varios caballos no salieron de allí, y se ahogaron. Las carrozas ya no se arriesgaban por aquellos lugares, ni siquiera al paso, y fueron sustituidas por lanchas.
París, fiel a su carácter, satirizaba, cantando a la muerte por el deshielo como antes había cantado a la muerte por el hambre. Se iba en procesión a Les Halles para ver a los pícaros despachar su mercancía y empujar las balsas cargadas de productos, con sus grandes botas de cuero y el mandil recogido hasta la cintura, siempre riendo, gesticulando y salpicándose los unos a los otros en la ciénaga donde vivían; pero como el deshielo no duraba, como el hielo era más sólido y como los lagos de la víspera se convertían en un cristal resbaladizo, a la mañana siguiente los trineos reemplazaban a las carrozas, empujados por patinadores o arrastrados por caballos herrados de manera conveniente, y corrían por las calles convertidas en espejos. El Sena, helado hasta una profundidad de varios pies, se había convertido en el lugar de reunión de los ociosos, que se entregaban al patinaje, o sea a la caída, a los resbalones, a los juegos de todo género, y recalentados por esta gimnasia, corrían al fuego más cercano cuando la fatiga los obligaba al reposo, para impedir que el sudor se les helase sobre la piel.
Se preveía el momento en que las comunicaciones por agua serían interrumpidas, en que las comunicaciones por tierra llegarían a ser imposibles; se preveía el momento en que los víveres no llegarían, y París, este cuerpo gigantesco, sucumbiría falto de alimentos, como esos monstruosos cetáceos que, habiendo acabado con todas las presas de su comarca, terminan acorralados por los hielos polares y mueren de inanición, sin poder escapar por las grietas, como los pececillos que han sido sus víctimas, para ganar zonas más templadas y aguas más propicias.
El rey, al llegar esta situación a tal extremo, reunió a su consejo. Y decidió que se exiliaran de París, es decir, rogó que volviesen a sus provincias los obispos, los abates y los monjes poco cuidadosos de su residencia; y lo mismo pidió a los gobernadores y a los intendentes de provincia que habían hecho de París el lugar de su gobierno, y, en fin, a los magistrados que preferían la ópera y el mundo a sus sillones flordelisados.
En efecto, estas gentes hacían un enorme gasto de madera en sus suntuosos palacios y consumían demasiados víveres en sus inmensas cocinas.
Quedaban todavía los señores feudales, a quienes se invitaría a encerrarse en sus castillos. Pero Lenoir, lugarteniente de policía, advirtió al rey que no todos ellos eran

culpables, que no se les podía obligar a abandonar París de la noche a la mañana, pues en su retirada pondrían una lentitud que sería el resultado de su mala voluntad, por una parte, y de la misma dificultad de los caminos, por otra, con lo cual el deshielo llegaría antes de que se sacase provecho de esa medida, que implicaría más inconvenientes que ventajas.
Sin embargo, la piedad del rey, que había vaciado sus cofres, y la misericordia de la reina, que había agotado sus ahorros, suscitaron el reconocimiento ingenioso del pueblo que consagró con monumentos, efímeros como el mal y como la bondad, la memoria de las caridades que Luis XVI y la reina habían vertido sobre los indigentes. Del mismo modo que en otros tiempos los soldados erigían trofeos al general vencedor con las armas del enemigo, del cual el general les había librado, los parisienses que sobre el campo de batalla luchaban contra el invierno, elevaron al rey y a la reina obeliscos de nieve y de hielo. Cada cual aportó su esfuerzo: la mano de obra daba sus brazos, el obrero su industria, el artista su talento, y los obeliscos se elevaron elegantes y sólidos en cada rincón de las principales calles, y el pobre hombre de letras, a quien la bondad del soberano había ido a buscar en su buhardilla, aportó la ofrenda de una inscripción, redactada más con el corazón que con la inteligencia.
A fines de marzo, el deshielo había llegado, pero desigual, incompleto, con nuevas heladas que prolongaban la miseria, el dolor y el hambre de la población parisiense, al mismo tiempo que conservaban en pie y sólidos los monumentos de nieve.
Jamás la miseria había sido tan grande como en este último período, ya que las intermitencias de un sol tibio hacían parecer más duras las noches de hielo y escarcha; las grandes capas de hielo se habían fundido y corrían al Sena, que se desbordaba en todos los lugares. Pero los primeros días del mes de abril, uno de esos recrudecimientos de frío de que ya hemos hablado, se manifestó en los obeliscos, a lo largo de los cuales corría ya ese sudor que presagiaba su muerte; los obeliscos, derretidos a medias, se solidificaron de nuevo, informes y disminuidos; una bella capa de nieve cubrió los bulevares y los muelles, y se volvió a ver los trineos con sus trotones.
Pero en las calles, las carrozas y los cabriolés rápidos llegaron a ser el terror de los peatones, que no los oían venir, y que a menudo, impedidos por las murallas de hielo, no podían evitarlos; en fin, que con frecuencia calan bajo las ruedas cuando trataban de huir de ellas.
En pocos días París se llenó de heridos y de moribundos. Aquí una pierna destrozada por una caída sobre el hielo, allá un pecho hundido por las varas de un cabriolé que, arrastrado en la rapidez de su carrera, no había podido pararse sobre el hielo. Entonces la policía comenzó a preocuparse de preservar de las ruedas a aquellos que habían escapado al frío, al hambre y a las inundaciones.
Se hizo, pues, pagar multas a los ricos que aplastaban a los pobres. Era el tiempo en que reinaba la aristocracia, y había aristocracia hasta en la manera de conducir los caballos; un príncipe de sangre real se dejaba arrastrar a rienda suelta y sin gritar «¡cuidado!»; un duque y un par, un gentilhombre y una cantante de ópera, al galope; un presidente y un financiero al trote; el pisaverde se portaba en su cabriolé como si estuviera cazando, y el lacayo, en pie detrás, gritaba «¡paso!» cuando ya el dueño había atropellado o derribado a un desgraciado transeúnte.
Y después, como decía Mercier, se salvaba quien podía; pero en resumen, con tal de que los parisienses viesen hermosos trineos con cuello de cisne correr por el bulevar; con tal de que admirasen dentro de sus pieles de marta o armiño a las bellas damas de la corte, llevadas como meteoros sobre los surcos brillantes del hielo; mientras las campanillas doradas, las bridas de púrpura y los penachos de los caballos divirtiesen a los niños que se encontraban al paso de todas estas bellas cosas, el burgués de París olvidaba la

incuria de los policías y las brutalidades de los cocheros, en tanto que el pobre, al menos por unos instantes, olvidaba su miseria: tal era ya su costumbre de ser protegido en aquellos tiempos por las gentes ricas o por los que presumían de serlo.
En estas circunstancias que acabamos de describir, ocho días después de la cena dada en Versalles por el duque de Richelieu, ocurrió que, mientras lucía un hermoso pero frío sol, vieron entrar en París cuatro elegantes trineos que se deslizaban sobre la dura nieve que cubría el Patio de la Reina y el extremo de los bulevares desde los Campos Elíseos.
Fuera de París, el hielo puede conservar durante largo tiempo su blancura virginal, pues las huellas de los transeúntes son escasas. Por el contrario en París, cien mil pasos por hora trituran rápidamente, ennegreciéndolo, el espléndido manto del invierno.
Los trineos que se habían deslizado sobre el hielo del camino hasta llegar a París, se detuvieron primero en el bulevar, o sea allá donde el barro sucedía a la nieve, pues el sol de la mañana había entibiado la atmósfera y el momentáneo deshielo empezaba, y decimos momentáneo porque la pureza del aire prometía para la noche ese cierzo glacial que en abril quema las primeras hojas y las primeras flores.
En el trineo que iba en cabeza viajaban dos hombres vestidos con una hopalanda de tela oscura con cuello doble; la única diferencia apreciable entre los dos trajes era que uno tenía botones y galones de oro, y el otro, galones y botones de seda.
Estos dos hombres, arrastrados por un caballo negro, cuyos belfos exhalaban un humo espeso, precedían a un segundo trineo, hacia el cual miraban de vez en cuando, como si lo vigilasen.
En este segundo trineo iban dos mujeres envueltas de tal modo en pieles, que nadie habría podido ver sus rostros. Incluso habría sido difícil asegurar a qué sexo pertenecían, de no ser por la altura de sus peinados, tocados con un pequeño sombrero sobre el cual se agitaban sus plumas.
De aquel original «edificio», adornado con lazos y joyas pequeñas, se escapaba una nube de polvo blanco como en el invierno se escapa una nube de escarcha de las ramas que el viento sacude.
Las dos damas, sentadas la una al lado de la otra y tan próximas que su asiento se confundía, hablaban sin prestar atención a los numerosos espectadores que las contemplaban desde el bulevar.
Nos olvidábamos ya de decir que, después de un momento de duda, continuaron su camino.
Una de ellas, la más alta y de porte majestuoso, se llevaba a los labios un pañuelo de fina batista bordada y mantenía su cabeza erguida y firme, a pesar del viento que azotaba el trineo en su rápida carrera. Acababan de dar las cinco en la iglesia de Sainte-Croix-d'Antin, y la noche empezaba a caer sobre París y, con la noche, el frío.
En este momento los viajeros acababan de llegar a la puerta de Saint-Denis.
La dama del trineo, la que se llevaba el pañuelo a la boca, hizo una señal a los hombres que la precedían, y éstos se alejaron del trineo de las dos damas, obligando al caballo negro a apresurar el paso. Después, la misma dama se volvió hacia los que la seguían.
Esta retaguardia estaba compuesta por otros dos trineos conducidos cada uno por un cochero sin librea, y los dos cocheros, obedeciendo su indicación, desaparecieron por la calle de Saint-Denis, en la que en seguida se perdieron de vista.
Como ya hemos dicho, el trineo de los hombres se adelantó al de las dos mujeres y desapareció entre las primeras brumas de la noche, muy espesas al acercarse al imponente edificio de la Bastilla.
El segundo trineo, una vez llegó al bulevar de Menil-Montant, se detuvo. Allí apenas había transeúntes, la noche les había alejado; en esta apartada zona, pocos burgueses se

aventuraban sin luz y sin escolta desde que el invierno había afilado los dientes de tres o cuatro mil mendigos sospechosos, convertidos de la noche a la mañana en ladrones.
La dama que daba las órdenes tocó con la punta de un dedo el hombro del cochero que conducía el trineo, el cual se detuvo.
—Weber, ¿cuánto tiempo necesitáis para conducir el cabriolé adonde vos sabéis?
—¿La señora toma el cabriolé? —preguntó el cochero con un acento alemán inconfundible.
—Sí, volveré por las calles para ver los fuegos, pero como hay más barro que en los bulevares, sería difícil ir en trineo. Además, he cogido un poco de frío. Vos también, ¿no es cierto, pequeña? —dijo la dama, dirigiéndose a su acompañante.
—Sí, madame.
—¿Habéis oído, Weber? Adonde ya sabéis y con el cabriolé.
—Bien, madame.
—¿Cuánto tiempo necesitáis?
—Una media hora.
—Bien; mira la hora, pequeña.
La más joven de las dos damas buscó entre sus pieles y miró la hora en su reloj con bastante dificultad, porque, como ya hemos dicho, la noche era a cada instante más cerrada.
—Las seis menos cuarto.
—Por lo tanto a las siete y cuarto, Weber.
A continuación, la dama saltó con agilidad fuera del trineo. Dio la mano a su amiga y ambas se alejaron cogidas del brazo, al mismo tiempo que el cochero, con gestos de respetuosa desesperación, murmuró lo bastante alto para que le oyese su dueña:
—¡Qué imprudencia! ¡Dios mío, qué imprudencia!
Las dos jóvenes se envolvieron bien en sus pieles, cuyos cuellos les cubrían hasta las orejas, y cruzaron el bulevar divirtiéndose en hacer crujir la nieve bajo sus pequeños pies, calzados con chapines forrados de piel.
—Vos que tenéis buenos ojos, Andrea —dijo la dama que parecía de más edad, pero que no tendría más de treinta a treinta y dos años—, intentad leer en ese ángulo el nombre de la calle.
—Es la calle del Pont-aux-Choux, madame —dijo la joven, riendo.
—¿Y cuál es la calle del Pont-aux-Choux? Dios mío, nos hemos perdido. La calle del Pont-aux-Choux. Me dijeron la segunda calle a la derecha. ¿No sentís, Andrea, qué buen olor a pan caliente?
—Naturalmente, estamos a la puerta de una panadería.
—Pues preguntemos al panadero dónde está la calle de Saint-Claude —dijo la dama de más edad, dirigiéndose a la puerta de la panadería.
—No, no entréis, madame —dijo en seguida la otra dama—; dejadme a mí.
—¿La calle de Saint-Claude, mis preciosas damas? —dijo una voz alegre—. ¿Deseáis saber dónde está la calle de Saint-Claude?
Las dos mujeres se volvieron a la vez y con un solo movimiento en dirección hacia la voz, y vieron, de pie y apoyado en la puerta de la panadería, al primer oficial panadero, con la gorra encasquetada y las piernas y el pecho descubiertos, a pesar del frío glacial que hacía.
—¡Oh, un hombre desnudo! —exclamó la más joven de las dos mujeres—. ¿Acaso estamos en Oceanía?
Y dio un paso atrás, escondiéndose detrás de su compañera.

—¿Buscáis la calle Saint-Claude? —volvió a preguntar el panadero, quien no comprendía la reacción de la más joven y que, acostumbrado a su vestimenta, estaba muy lejos de atribuirle la fuerza centrífuga cuyos resultados acabamos de ver.
—Sí, amigo; la calle de Saint-Claude —respondió la dama de más edad, reprimiendo sus ganas de reír.
—No es difícil encontrarla, y yo mismo os guiaré —respondió el alegre muchacho enharinado, quien en el acto dio rienda suelta a sus largas y delgadas piernas, embutidos los pies en unos chanclos en los que cabían otros mucho mayores que los suyos.
—¡No, no! —opuso la mayor de las dos mujeres, que sin duda no deseaba ser vista con semejante guía—. Indicadnos la calle sin moveros, y seguiremos vuestras instrucciones.
—La primera calle a la derecha, madame —respondió el guía, al tiempo que se retiraba con discreta elegancia.
—Gracias —dijeron, a la vez, las dos mujeres.
Y emprendieron la dirección indicada, sofocando la risa con sus manguitos.

II
UN INTERIOR

Hemos contado demasiado con la memoria de nuestro lector, o quizá podamos esperar que conozca ya esta calle de Saint-Claude, que linda por el este con el bulevar, y por el oeste con la calle de Saint-Louis; en efecto, el lector ha visto a más de uno de los personajes de esta historia recorrerla en otro tiempo, es decir, cuando el gran físico José Bálsamo habitaba allí con su sibila Laurence y su maestro Althotas.
En 1784, como en 1870, la calle de Saint-Claude era una honrada calle, poco iluminada, poco limpia, poco frecuentada y poco conocida. Pero tenía nombre de santo y su cualidad de calle de Marais, y como tal abrigaba, en las tres o cuatro casas que componían su efectivo, a unos cuatro pobres rentistas, a algunos pobres comerciantes y a otros pobres, pobres olvidados en los registros parroquiales.
Entre estas tres o cuatro casas había todavía, en un rincón del bulevar, un palacio que con su gran fachada en la calle de Saint-Claude hubiera podido presumir de fortaleza aristocrática, pero esta fortaleza, cuyas altas ventanas habían alumbrado, por encima del muro del patio, toda la calle en un día de fiesta con el simple reflejo de sus candelabros y sus metales resplandecientes; esta fachada, decíamos, era la más negra, la más muda y cerrada de todas las casas del distrito.
La puerta no se abría jamás; las ventanas, acolchadas por cortinajes, tenían sobre cada hoja, sobre cada alféizar, sobre cada hueco de las maderas, una capa de polvo a la que los físicos o los geólogos podrían atribuir diez años.
Cualquier transeúnte desocupado, un curioso o un vecino se podía acercar a la puerta de la cochera y, a través de su gran cerradura, examinar el interior del palacio.
Entonces no veía más que hierbas aplastadas entre el pavimento, macizos, verdín y musgo sobre las losas. A veces una gran rata, soberana de este dominio abandonado, atravesaba tranquilamente el patio y se metía en los sótanos, modestia desproporcionada cuando tenía a su disposición salones y gabinetes mucho más cómodos, donde los gatos no podían acosarla.
Si era un transeúnte o un curioso, después de haber comprobado la soledad de este palacio, continuaba su camino; pero si era un vecino, como el interés que le atraía al palacio era mayor, casi siempre dedicaba más tiempo a la observación, como para que otro vecino hiciera lo mismo, atraído por una curiosidad parecida a la suya; entonces casi siempre se establecía una conversación, de la cual daremos a conocer el fondo, ya que no los detalles.

—Vecino —decía el que no miraba al que miraba—, ¿qué veis vos en la casa del conde de Bálsamo?
—Vecino —respondía el que miraba al que no miraba—, veo la rata.
—¡Ah...! ¿Queréis permitirme?
Y el segundo curioso se instalaba, a su vez, en el agujero de la cerradura.
—¿La veis? —decía el vecino desposeído al vecino en posesión del agujero de la cerradura.
—Sí —respondía éste—, la veo. Monsieur, ha engordado.
—¿Lo creéis?
—Sí, estoy seguro.
—Claro, como nada la molesta.
—Y seguro que, como se suele decir, habrán quedado buenos mendrugos en la casa.
—¿Buenos mendrugos, decís?
—¡Por la virgen! Monsieur de Bálsamo ha desaparecido demasiado pronto para no haber olvidado alguna cosa.
—Vecino, cuando una casa arde a medias, ¿qué creéis que se olvida allí?
—En efecto, vecino; podríais tener razón.
Y después de una nueva mirada a la rata se separaban, espantados de haber dicho tanto sobre una materia tan misteriosa y tan delicada.
En efecto, después del incendio de esta casa, o más bien de una parte de la casa, Bálsamo había desaparecido, ninguna reparación se hizo y el palacio quedó abandonado.
Este viejo palacio, cerca del cual hemos querido pasar sin detenernos, como delante de un viejo conocido, lo dejamos destacar sombrío y húmedo en la noche, con sus terrazas llenas de nieve y su techo medio destruido por las llamas; después cruzaremos la calle de izquierda a derecha para mirar un pequeño jardín cerrado por un gran muro, una casa estrecha y alta, parecida a una larga torre blanca sobre el fondo azul y gris del cielo.
En efecto, en esta casa se eleva una chimenea como un pararrayos, y al final de la misma centellea una estrella.
El último piso de la casa se pierde en las sombras, sin un rayo de luz que ilumine ninguna de las tres ventanas de la fachada.
Los otros pisos son tétricos y sombríos. ¿Sus habitantes duermen ya? ¿Economizan bajo sus cobertores la lumbre tan cara y la madera tan rara este año? Los cuatro pisos no dan nunca señal de vida, mientras que el quinto no sólo vive, sino que resplandece con cierta ostentación.
Llamemos a la puerta, subamos esta escalera sombría que termina en ese quinto piso adonde nosotros queremos ir. Una simple escalera de mano apoyada contra el muro conduce al piso superior.
Hay una cornamenta de ciervo fija en el dintel, y una estera de paja y un perchero de madera adornan la escalera.
Por la primera puerta penetramos en una cámara oscura y desnuda, la única cuya ventana no está iluminada. Nos detenemos un momento en esta pieza que sirve de antecámara, pues el mueblaje y los detalles llaman nuestra atención.
Baldosas en lugar de entarimado, puertas toscamente pintadas, tres sillones de madera blanca guarnecidos de terciopelo amarillo, un viejo sofá cuyos cojines están casi vacíos a causa de los años.
Las arrugas y la flacidez son lo más destacable de un viejo y descolorido sillón: de joven, era muelle y orondo, en su vejez irrita a su huésped en vez de brindarle descanso, y cuando éste, vencido por la fatiga, intenta acomodarse en él, cruje.

Dos cuadros colgados del muro atraen en seguida las miradas. Una bujía y una lámpara, colocadas la una sobre el velador y la otra sobre la chimenea, combinan sus luces de manera que los dos retratos queden iluminados.
Una boina en la cabeza, un rostro largo y pálido, ojos apagados, barba puntiaguda y gorguera; el primero de los retratos resalta por su notoriedad; es una magnífica reproducción del rostro de Enrique III, rey de Francia y de Polonia.
Al pie, una inscripción en letras negras sobre un recuadro mal dorado nos permite leer: ENRIQUE DE VALOIS.
El otro retrato, de marco más reciente y pintura más fresca, representa a una mujer de ojos negros, nariz fina y recta, pómulos salientes y boca circunspecta. Aparece peinada o, más bien, aplastada bajo un edificio de cabellos y de bucles, al lado del cual la boina de Enrique III semeja una topera al lado de una pirámide.
Bajo este retrato se leía, igualmente en letras negras: JUANA DE VALOIS.
Y si se hubiera querido, después de inspeccionar la chimenea apagada, las gastadas cortinas de muselina del lecho, recubierto de damasco verde amarillo; si se quisiera saber qué relación tenían estos retratos con los habitantes de este quinto piso, nos sería necesario dirigirnos a una mesita de encina, sobre la cual acoda su brazo izquierdo una mujer, sencillamente vestida, que revisa varias cartas cerradas, fijándose en las direcciones.
Esta joven era el original del retrato.
A tres pasos de ella, en una actitud que revelaba curiosidad y respeto al mismo tiempo, una viejecilla de sesenta años, la doncella de servicio, vestida como una dueña de Greuze, atendía y miraba.
«Juana de Valois», decía la inscripción.
Pero entonces, si esta dama era una Valois, ¿cómo Enrique III, el rey sibarita, el voluptuoso engolado, soportaba, incluso en pintura, el espectáculo de una miseria parecida cuando se trataba no sólo de una persona de su raza, sino de su nombre?
Por otro lado, la dama del quinto piso no desmentía con su porte el origen que se le había dado. Tenía manos blancas y delicadas, que calentaba de vez en cuando bajo sus brazos cruzados. Poseía un pie pequeño, fino, alargado, calzado con una pantufla de terciopelo todavía coqueta y con la cual intentaba calentarse también, golpeando el pavimento, liso y frío como el hielo que cubría París.
Después, cuando el cierzo silbaba bajo las puertas y por las rendijas de las ventanas, la camarera sacudía con un gesto de tristeza los hombros y miraba la chimenea sin fuego.
En cuanto a la dama dueña de la casa, continuaba revisando las cartas y leyendo las direcciones.
Después de cada lectura, hacía un pequeño cálculo.
—Madame de Misery —murmuró—, azafata de Su Majestad. No puedo esperar de ella más que los seis luises que me ha dado.
Exhaló un suspiro.
—Madame Patrix, dama de cámara de Su Majestad, dos luises.
«Monsieur de Dormesson, una audiencia.
«Monsieur de Calonne, un consejo.
»Monsieur de Rohan, una visita. Trataremos de devolvérsela —dijo la joven, sonriendo—. Tenemos, pues —continuó en el mismo monótono tono—, ocho luises asegurados de aquí a ocho días.
Levantó la cabeza y dijo:
—Querida Clotilde, despabiladme esa vela.
La anciana, tras cumplir este ruego, volvió a su sitio y desde allí siguió observando.
Esta especie de inquisición pareció fatigar a la joven.

—Ved, querida mía —dijo—, si queda por ahí algún cabo de bujía. Me es insoportable la vela de sebo.
—No hay nada por ahí —repuso la vieja.
—Pero mirad.
—¿Dónde?
—Quizá en la antecámara.
—Hace mucho frío allí.
—Acaban de llamar a la puerta —dijo la joven.
—Madame se engaña —murmuró la vieja, obstinada.
—Yo creo que sí, Clotilde.
Al ver que la vieja se resistía, cedió, rezongando en voz baja, como hacen las personas que, por una causa cualquiera, han perdido el respeto de sus inferiores.
Después volvió a sus cálculos. «Ocho luises, de los cuales debo dos o tres en el distrito.»
Tomó la pluma y escribió.
«Tres luises, cinco prometidos a monsieur de la Motte por tener que soportar la estancia de Bar-sur-Aube.»
«¡Pobre diablo! Nuestro matrimonio no le ha enriquecido, pero paciencia.» Sonrió mientras se miraba en el espejo colocado entre los dos retratos.
«Ahora —continuó— desplazamientos de Versalles a París y de París a Versalles. Precio del carruaje de alquiler, un luis.»
Y escribió esta nueva cifra en la columna de los gastos.
«Durante ocho días tendremos que vivir con un luis.»
Agregó todavía:
«Gastos de tocador, coches de alquiler, gratificaciones a los suizos de las casas adonde acudimos en busca de ayuda: cuatro luises. ¿Está todo apuntado? Sumemos.»
Pero a la mitad de la suma se interrumpió.
—Llaman. Os lo había dicho.
—No, madame —respondió la vieja, que dormitaba ahora en su butaca—. No es aquí; es más abajo, en el cuarto.
«Cuatro, seis, once, catorce luises: seis menos de los que son precisos, todo un guardarropa que renovar y esta vieja insoportable a la que hay que pagar para poder despedirla.»
De pronto exclamó:
—Pero, si os he dicho que llaman —gritó enfurecida.
Esta vez, es preciso confesarlo, incluso un sordo habría oído que llamaban; la campanilla, agitada con fuerza, temblaba en su soporte y vibró tanto que los ecos se esparcieron por toda la mansión.
Mientras la vieja, despierta por fin con el ruido, corría a la antecámara, su dueña, ágil como una ardilla, recogió las cartas y los papeles esparcidos sobre la mesa, los metió en un armario y, después de echar una rápida ojeada alrededor para asegurarse de que todo estaba en orden, se sentó en el sofá, en la actitud humilde y triste de una persona infeliz pero resignada.
Sin embargo, sólo su cuerpo reposaba; con mirada atenta, ansiosa, vigilante, interrogaba al espejo que reflejaba la puerta de entrada, mientras aguzaba el oído para escuchar el menor ruido.
La dueña abrió la puerta y se la oyó murmurar algo en la antecámara.
Luego una voz fresca, suave y firme, pronunció estas palabras:
—¿Es ésta la casa donde vive la señora condesa de la Motte?
—¿La señora condesa de la Motte-Valois? —concretó con voz gangosa, Clotilde.

—Sí, mi buena señora. ¿Está en casa?
—Sí, madame. Sufre demasiado para salir.
Durante estas frases de las que no perdió una sílaba, la pretendida enferma, vio por el espejo a la mujer que preguntaba a Clotilde, y que esa mujer, según las apariencias, pertenecía a una clase elevada de la sociedad.
Abandonó inmediatamente el sofá y se hundió en el sillón, a fin de dejar el asiento de honor a la desconocida.
Mientras cambiaba de sitio, observó que la visitante se había vuelto en el descansillo de la escalera y le decía a otra persona que continuaba en la oscuridad:
—Podéis entrar, madame. Es aquí.
La puerta se cerró, y las dos mujeres a quienes vimos preguntar por la calle Saint-Claude penetraron en la casa de la condesa de la Motte-Valois.
—¿A quién debo anunciar ante la señora condesa? —preguntó Clotilde, paseando con curiosidad, aunque con respeto, la vela de sebo por delante de las dos mujeres.
—A una dama de las Buenas Obras —dijo la de más edad.
—¿De París?
—No, de Versalles.
Clotilde, seguida por las desconocidas, entró en la estancia de su ama, quien se levantó, tras un penoso esfuerzo, de su sillón, para saludar a sus dos visitantes.
Clotilde acercó los otros dos sillones, a fin de que las recién llegadas tuviesen donde sentarse, y se retiró a la antecámara con premeditada lentitud, que le permitía adivinar lo que ocurriría detrás de la puerta y la conversación que seguiría.

III
JUANA DE LA MOTTE-VALOIS

El primer cuidado de Juana de la Motte, en cuanto sus educados modales le permitieron levantar los ojos, fue fijarse en los rasgos de las damas que la visitaban.
La mayor de ellas, como ya hemos dicho, podría tener de treinta a treinta y dos años y era de una belleza notable, aunque el aire de altivez que se desprendía de su rostro restaba a su fisonomía una parte de su encanto. Por lo menos así lo juzgó Juana, basándose en lo poco que podía percibir de la fisonomía de la visitante.
En efecto, prefiriendo uno de los dos sillones al sofá, se había colocado fuera de la luz que la lámpara esparcía, en un rincón de la sala, y luego se había echado sobre la frente el borde de su manteleta, el cual, debido a esta disposición, proyectó una sombra sobre su rostro.
Pero su porte era tan altivo, la mirada tan viva y tan naturalmente dilatada, que todo detalle quedó borrado; la visitante revelaba, en conjunto, a la mujer de una hermosa raza, de una raza noble, sobre todo.
Su compañera, menos reservada en apariencia, aunque cuatro o cinco años más joven, no disimulaba su auténtica belleza. Un rostro admirable por sus líneas y el color de su cutis, un peinado que descubría las sienes y hacía resaltar el perfecto óvalo de la cara; dos grandes ojos azules, tranquilos y de mirada penetrante y limpia; una boca de suave dibujo, en la cual la naturaleza parecía haber imprimido el don de la franqueza; y la educación y la etiqueta, la discreción. Una nariz que por la forma, nada tenía que envidiar a la Venus de Médicis. Todo esto pudo observar Juana en su rápida ojeada.
Después, al fijarse en otros detalles, la condesa pudo notar en la más joven de las dos mujeres, un talle más fino y flexible que el de su compañera, un busto más delicado y escultural y una mano mejor modelada que la de la otra dama, que era más nerviosa y fina.

Juana de Valois hizo este balance en muy pocos segundos, es decir, en menos tiempo del que hemos empleado para expresarlo. Tras este rápido reconocimiento, preguntó con la mayor cortesía, a qué feliz circunstancia debía aquella visita. Las dos mujeres se miraron, y, a una señal de la mayor, dijo la más joven:
—Madame, vos estáis casada, según creo.
—Tengo el honor de ser la esposa del señor conde de la Motte, madame, un excelente caballero.
—Nosotras, señora condesa, pertenecemos al consejo superior de una fundación de buenas obras. Nos han dicho, referente a vuestra condición, cosas que nos han interesado, y deseamos conocer algunos detalles sobre vos y sobre todo lo que os concierne.
Juana se detuvo un momento antes de responder.
—Señoras mías —dijo, notando la reserva de la segunda visitante—. Ved ahí el retrato de Enrique III, es decir, del hermano de mi abuelo, porque yo llevo realmente en mis venas sangre de los Valois, como sin duda se os habrá dicho.
Y esperó una segunda pregunta con una especie de engreída modestia.
—Madame —interrumpió entonces la voz grave y dulce de la mayor de las dos damas—, ¿es verdad, como se dice, que vuestra señora madre fue portera de una casa llamada Fontette, situada cerca de Bar-sur-Seine?
Juana enrojeció ante este recuerdo; pero replicó sin turbarse:
—Es verdad, madame. Mi madre era la portera de una casa llamada Fontette.
—¡Ah...! —dijo su interlocutora.
—Como Marie Fossel, mi madre, era de una rara belleza —prosiguió Juana—, mi padre se enamoró de tal modo de ella que la hizo su esposa. Es, pues, de mi padre de quien me viene la nobleza de estirpe. Madame, mi padre era un Saint-Remy de Valois, descendiente directo de los Valois que han reinado.
—¿Cómo habéis descendido, pues, a este grado de miseria? —preguntó la misma dama que la había interrogado.
—Oh, es fácil de comprender.
—Os escucho.
—Vos no ignoráis que, después del advenimiento de Enrique IV, quien hizo pasar la corona de la casa de Valois a la de Borbón, la familia despojada tenía todavía algunos vástagos, oscuros sin duda, pero incontestablemente salidos del tronco común: los hermanos que perecieron de manera tan fatal.
Las damas hicieron un gesto que podía pasar por asentimiento.
—Entonces —continuó Juana—, los descendientes de los Valois, temiendo, a pesar de su oscuridad, hacer sombra a la nueva familia real, cambiaron su nombre de Valois por el de Remy, tomado de una tierra, y se les conoció, a partir de Luis XIII, bajo este nombre en la genealogía, hasta el penúltimo Valois, mi abuelo, quien, al ver afirmada la monarquía y olvidada la antigua rama, no creyó necesario privarse por más tiempo de un nombre ilustre, su única herencia. Volvió a tomar, pues, el nombre de Valois y lo arrastró, en la sombra y en la pobreza, por las tierras de su provincia, sin que nadie de la corte de Francia pensara que, fuera del esplendor del trono, floreciera un antiguo descendiente de nuestros antiguos reyes, si no de los más gloriosos, sí, por lo menos, de los más infortunados.
Juana se interrumpió. Había hablado con gran naturalidad, con una moderación que no pasó inadvertida.
—Sin duda tendréis vuestras pruebas en orden, madame —dijo la mayor de las visitantes, con delicadeza y fijando los ojos en la que se decía descendiente de los Valois.

—¡Oh, madame...! —repuso ésta con una sonrisa amarga—. Mi padre las hizo ordenar, y al morir me las legó todas a cambio de otra herencia; pero, ¿de qué valen las pruebas de una inútil verdad o de una verdad que nadie quiere reconocer?
—¿Vuestro padre murió? —preguntó la más joven de las damas.
—Ay, sí.
—¿En provincias?
—No, madame.
—¿En París, entonces?
—Sí.
—¿En este apartamento?
—No. Mi padre, barón de Valois, nieto del rey Enrique III, murió de miseria y de hambre.
—¡Imposible! —exclamaron a la vez las dos damas.
—No aquí —continuó Juana—; no en este pobre refugio, no en su lecho, aunque éste fuera un camastro. No. Mi padre murió en el Hótel-Dieu de París.
Las dos mujeres dieron un grito de sorpresa que más pareció de espanto.
Juana, satisfecha del efecto que había producido, del arte con que había conducido la conversación hasta su desenlace, continuó inmóvil, los ojos bajos y la mano inerte.
La mayor de las damas la examinaba con atención e inteligencia, y, al no ver en su dolor, tan simple y natural, nada que denunciase el charlatanismo o la ordinariez, volvió a tomar la palabra.
—Después de lo que me decís, madame, comprendo que habéis sufrido grandes desgracias, la muerte de vuestro padre, sobre todo...
—¡Oh...! Si os contase mi vida, veríais que no ha sido nada corriente.
—¿Cómo, madame? ¿Consideráis como una desdicha menor la muerte de un padre? —dijo la dama, frunciendo el ceño con severidad.
—Así es, madame, y al decir esto, me muestro como una hija piadosa, porque la muerte libró a mi padre de todos los males que llenaron su vida y continuaron persiguiendo a su desgraciada familia. Aunque su pérdida me causó un gran dolor, hoy me consuelo pensando que mi padre está muerto y que un descendiente de reyes no se vio reducido a mendigar su pan.
—«Mendigar su pan.»
—Oh, lo digo sin vergüenza, porque ni mi padre ni yo somos responsables de nuestras desgracias.
—Pero, ¿vuestra madre...?
—Así como agradecí a Dios el que llamara a mi padre, lamento que dejara viva a mi madre. Sí, os lo aseguro.
Las dos mujeres se miraron, asombradas por tan extrañas palabras.
—¿Sería una indiscreción pediros un relato más detallado de vuestras desgracias? —dijo la mayor.
—La indiscreción, madame, sería mía por fatigar vuestros oídos con una relación completa de dolores que sólo pueden seros indiferentes.
—Os escucho, madame —dijo la mayor de las damas, a quien su compañera dirigió una mirada de advertencia para invitarla a observar.
En efecto, a Juana de la Motte la había impresionado el acento imperioso de la dama, y la miraba con asombro.
—Os escucho —volvió a decir ella con voz menos acentuada—, si queréis hacerme el honor de contestarme.

Y cediendo a un movimiento de mala inspiración, por el frío sin duda, la que acababa de hablar con un estremecimiento de hombros, agitó su pie, que se helaba al contacto del húmedo pavimento.
La más joven le colocó entonces una especie de alfombra que había debajo de su sillón, atención que mereció una agradecida mirada de su compañera.
—Guardad esa alfombrilla para vos, amiga mía; estáis más delicada que yo.
—Perdón, madame —dijo la condesa de la Motte—; me dolería más el frío que vos sentís; la madera ha encarecido hasta seis libras, y el que la trae pide setenta libras por el carro, y mi provisión ha terminado hace ocho días.
—Decís —repuso la mayor de las visitantes— que os sentíais desgraciada a causa de que vuestra madre aún vive.
—Sí. Comprendo que tal blasfemia ha de ser explicada, ¿no es así? Pues he aquí la explicación, ya que habéis dicho que la deseabais.
La interlocutora de la condesa hizo un signo afirmativo.
—Ya he tenido el honor de deciros, madame, que mi padre había hecho una mala alianza.
—Sí, casándose con su portera.
—Pues bien, Marie Fossel, mi madre, en lugar de estar orgullosa y reconocida por el honor que se le hacía, empezó por arruinar a mi padre, lo que no era difícil, satisfaciendo con los restos de lo poco que poseía su marido la avidez de sus exigencias. Después de haberle obligado a vender el último trozo de tierra, le persuadió para que viniera a París y reivindicase los derechos que tenía de nuestro nombre. Mi padre fue fácil de seducir; quizá fiaba en la justicia del rey, y vino, habiendo convertido en dinero lo poco que poseía.
«Aparte de mí, mi padre tenía un hijo y una hija. El hijo, desgraciado como yo, vegeta en las últimas filas del ejército; la hija, mi pobre hermana, fue abandonada la víspera de la partida a París en la casa de un granjero, su padrino. Este viaje agotó el poco dinero que nos quedaba. Mi padre se fatigó en peticiones inútiles e infructuosas. Apenas se le veía en casa, donde traía miseria y encontraba miseria. En su ausencia, mi madre, que se creía una víctima, se enfurecía contra mí. Empezó por echarme en cara lo que comía. Yo preferí poco a poco no comer más que pan, e incluso no comer nada, antes que sentarme a nuestra pobre mesa, pero pretextos para castigarme le sobraban. A la menor falta, faltas que a veces hacen sonreír a otra madre, me azotaba. Los vecinos, creyendo hacerme un favor, informaron a mi padre de los malos tratos de que era objeto. Mi padre trató de defenderme ante mi madre, pero pronto comprendió que debido a su protección, cambiaba mi enemigo de un momento en una madrastra eterna. ¡Ay!, yo no podía darle un consejo en mi propio interés; era demasiado joven, demasiado niña. No me explicaba nada, experimentaba los efectos, sin tratar de adivinar las causas. Yo no conocía el dolor; esto es todo.
»Mi padre cayó enfermo, y pronto tuvo que recluirse en su habitación, y después en el lecho. Entonces se me obligaba a salir de la habitación de mi padre con el pretexto de que mi presencia le fatigaba, porque yo no sabía reprimir esa necesidad de movimiento que es el grito de la juventud. Una vez fuera de la alcoba, pertenecía como antes a mi madre. Ella me enseñó una frase a fuerza de golpes; después, cuando hube aprendido de memoria esta frase humillante que no quería retener, cuando mis ojos terminaron enrojecidos por las lágrimas, me hizo salir a la puerta de la calle y desde la puerta me lanzó al primer transeúnte de buen aspecto que pasaba, con la orden de decirle esa frase si no quería que me golpease hasta matarme.
—¡Oh, qué espanto! —murmuró la más joven de las damas.
—¿Y cuál era esa frase? —interrogó la mayor.

—Esa frase —continuó Juana— era: «Señor, tened piedad de una huerfanita que desciende en línea directa de Enrique de Valois».
—¡Oh!... ¿Eso hizo? —exclamó la mayor de las visitantes con un gesto de indignación.
—¿Y qué efecto producía esa frase a los que se la dirigíais? —preguntó la más joven.
—Unos me escuchaban con piedad —dijo Juana—; otros se irritaban y me amenazaban. Algunos, todavía más caritativos que los primeros, me advirtieron que corría un peligro pronunciando aquellas palabras, que podían llegar a oídos prevenidos, pero yo no conocía más que un peligro, el de desobedecer a mi madre, ni más que un temor, el de ser golpeada.
—¿Y qué se conseguía con todo eso?
—¡Por Dios, madame..! Se conseguía lo que mi madre esperaba: yo llevaba un poco de dinero a casa, y mi padre vio retrasarse durante algunos días la espantosa perspectiva que le aguardaba: el hospital.
Los rasgos de la mayor de las visitantes se contrajeron y las lágrimas asomaron a los ojos de la más joven.
—En fin, madame... A pesar de la ayuda que reportaba a mi padre este repugnante oficio, me sublevaba. Un día, en lugar de dirigirme a los transeúntes, de perseguirlos con mi acostumbrada frase, me senté en un mojón del camino, donde permanecí durante una parte del día, como aniquilada. Al anochecer volví a casa con las manos vacías. Mi madre me golpeó tanto que a la mañana siguiente estuve enferma. Fue entonces cuando mi padre, privado de toda clase de ingresos, tuvo que acogerse en el Hótel-Dieu, donde murió.
—¡Horrible historia! —murmuraron las dos damas.
—Y entonces, ¿qué hicisteis vos después de la muerte de vuestro padre?
—Dios tuvo piedad de mí. Al mes de la muerte de mi pobre padre, mi madre huyó con un soldado, su amante, abandonándonos a mi hermano y a mí.
—Quedasteis huérfanos.
—Oh, madame... Nosotros, al contrario que otros, sólo nos sentimos huérfanos cuando tuvimos una madre. La caridad pública nos adoptó, pero como mendigar nos repugnaba, no lo hacíamos más que en la medida de nuestras fuerzas. Dios manda a sus criaturas buscar la forma de sobrevivir.
—¡Dios mío!
—¿Qué os podría decir, madame? Un día tuve la dicha de encontrar una carroza que subía despacio por la cuesta del bulevar Saint-Marcel. Cuatro lacayos iban detrás; delante, una mujer bella y joven. Le tendí la mano, y ella me interrogó. Mi respuesta y mi nombre la estremecieron de sorpresa, pero luego creyó que todo era un embuste. Entonces le di mi dirección y todos los datos. A la mañana siguiente ella sabía que no había mentido. Entonces nos adoptó a mi hermano y a mí. A él lo colocó en un regimiento y a mí en un obrador de costura. Estábamos salvados del hambre.
—¿Esa dama no es acaso madame de Boulainvilliers?
—La misma.
—Ha muerto, según creo.
—Sí. Su muerte volvió a hundirme en el abismo.
—Su marido vive todavía; es rico.
—A su marido, madame, es a quien debo todas mis desgracias de muchacha, como debo a mi madre las de niña. Yo había crecido; quizá era algo bella... Lo cierto es que él se dio cuenta y quiso poner un precio a sus bondades. Rehusé. Fue en ese tiempo cuando murió madame de Boulainvilliers, y yo, a quien ella había casado con un bravo y leal militar, conde de la Motte, estaba alejada de mi marido, más abandonada después de la muerte de ella que lo que estuve después de la de mi padre.

»Esta es mi historia, madame. He suprimido los pormenores. Los sufrimientos son siempre tan extensos que se deben ahorrar los detalles a las gentes felices, aunque sean bienhechoras, como ustedes lo son.
Un largo silencio sucedió a esta última parte de la historia de Juana de la Motte. La mayor de las damas lo rompió.
—Y vuestro marido, ¿qué hace?
—Mi marido está en la guarnición de Bar-sur-Aube; sirve en la gendarmería, y también espera tiempos mejores.
—¿Pero no habéis solicitado ayuda de la corte?
—Sí.
—El nombre de Valois, justificado por sus títulos, ¿no ha despertado simpatías?
—Yo no sé cuáles pueden haber sido los sentimientos que mi nombre ha despertado, porque ninguna de mis demandas ha recibido contestación.
—Pero habréis visto a los ministros, al rey, a la reina...
—A nadie. Por todas partes, tentativas vanas —respondió madame de la Motte.
—¡Pero vos no podéis mendigar!
—Ya he perdido la costumbre de hacerlo. Sin embargo...
—Sin embargo, ¿qué?
—Yo puedo morir de hambre como mi padre.
—¿No habéis tenido hijos?
—No, madame. Y mi marido, haciéndose matar por el servicio al rey, encontrará un fin glorioso a nuestras miserias.
—¿Podríais vos, madame, y me disgusta tener que insistir sobre este punto, dar pruebas que justifiquen vuestra genealogía?
Juana se levantó. Registró un mueble y sacó de él algunos papeles que presentó a la dama. Pero como deseaba aprovechar el momento en que, para examinarlos, la dama se aproximaba a la luz, y descubriese sus rasgos, Juana dejó adivinar sus maniobras por el cuidado que puso en levantar la mecha de la lámpara para tener más claridad.
Entonces la dama de caridad, como si la luz hiriese sus ojos, volvió la espalda a la lámpara, y por consiguiente a madame de la Motte.
En esta posición leyó atentamente, examinando cada documento, uno después del otro. Luego, dijo:
—Esto son copias de las actas, madame de la Motte, y no veo ningún documento auténtico.
—Son copias, madame —repuso Juana—. Los documentos auténticos están depositados en lugar seguro y yo los adjuntaré...
—Si una ocasión importante se presentase, ¿no es así? —dijo, sonriendo, la dama.
—En efecto. Una ocasión importante es la que me procura el honor de veros, pero como los documentos de que habláis son tan preciosos para mí...
—Comprendo. No podéis entregarlos al primer desconocido.
—Oh, madame... —exclamó la condesa, que acababa de ver el rostro lleno de dignidad de su protectora—. Me parece que no me sois una desconocida.
Inmediatamente, abriendo con rapidez otro mueble, en el cual hizo funcionar un cajoncito secreto, sacó de él los originales de los documentos justificativos, cuidadosamente guardados en una vieja carpeta que llevaba el blasón de los Valois. La dama los cogió, y después de un atento examen, dijo:
—Tenéis razón, estos títulos están perfectamente en regla, y os estimulo para que no dejéis de dirigirlos a quien conviene.
—¿Y qué obtendré de ello?

—Sin ninguna duda, una pensión para vos. Un ascenso para el caballero de la Motte, a poco que este caballero se recomiende a sí mismo.
—Mi marido es modelo de hombre honorable. Y jamás ha faltado a los deberes de su servicio.
—No obstante, madame... —dijo la dama de caridad, echándose la manteleta sobre el rostro.
Juana de la Motte seguía con ansiedad cada uno de sus movimientos, y la vio registrar su bolsillo, del que sacó el pañuelo bordado con que se protegió el rostro cuando cruzaba en trineo los bulevares. Después sacó un pequeño rollo de una pulgada de diámetro por tres o cuatro de longitud, y lo dejó sobre el secrétaire, diciendo:
—La oficina de las buenas obras me autoriza, lo mismo que a mademoiselle, a ofreceros este pequeño socorro.
Juana de la Motte miró con rapidez el rollo.
«¿Dos monedas de tres libras? —se preguntó—. Quizá cincuenta libras, quizá ciento. Incluso puede haber ciento cincuenta, o trescientas, que nos caerían como llovidas del cielo. Sin embargo, para cien libras es más bien corto el rollo, y para cincuenta quizá demasiado largo.»
Mientras se hacía estas reflexiones, las dos damas habían pasado a la primera estancia, donde el ama Clotilde dormía en una silla cerca de una vela, cuya mecha roja y humeante se alargaba en el centro de una capa de sebo derretido. El olor acre y nauseabundo irritó la garganta de la dama de caridad que había dejado el rollo en el secrétaire. Se llevó la mano vivamente al bolsillo y sacó un frasquito de perfume. A la llamada de Juana, el ama Clotilde se despertó, y cogiendo con cuidado el resto de la vela, la levantó como un faro por encima de los oscuros escalones, guiando a las dos damas, a las que a la vez iluminaba y manchaba.
—Hasta la vista, hasta la vista, señora condesa —dijeron, y se precipitaron por la escalera.
—¿Dónde podré tener el honor de agradeceros esto? —preguntó Juana de Valois.
—Ya os lo haremos saber —dijo la mayor de las damas, descendiendo lo más rápidamente posible, y el rumor de sus pasos se alejó hacia los pisos inferiores.
Juana de Valois volvió a entrar en su casa, impaciente por comprobar si sus cálculos sobre el donativo eran justos. Pero al atravesar la primera estancia tropezó con un objeto que había en el suelo. Se inclinó rápidamente para recogerlo y corrió a la lámpara.
Era una cajita de oro, redonda, plana y grabada con sencillez. Contenía algunas pastillas de chocolate perfumado, pero aunque fuese tan plana era evidente que tenía un doble fondo, cuyo resorte tardó algún tiempo en localizar. Entonces lo hizo funcionar y apareció un retrato de mujer, severo y resplandeciente de belleza femenina y de imperiosa majestad.
Un tocado alemán, un collar magnífico, parecido al de una orden, le daban a su fisonomía un asombroso aire extranjero.
Una cifra compuesta de una M y de una C entrelazadas en una corona de laurel ocupaba la parte inferior de la caja. Juana de la Motte supuso, gracias al parecido de ese rostro con el de su bienhechora, que era un retrato de madre o abuela, y su primer impulso fue correr a la escalera para llamar a las damas. La puerta de la calle se había cerrado. Corrió después para llamarlas, pero ya era tarde.
En la extremidad de la calle de Saint-Claude, desembocando en la calle de Saint-Louis, un cabriolé fue lo único que ella vio desaparecer rápidamente.
Sin la esperanza de poder llamar a las dos protectoras, examinó una vez más la caja, prometiéndose hacerla llegar a Versalles; después, cogiendo el rollo abandonado sobre el secrétaire, dijo:

—No me engañaba; no hay más que cincuenta monedas.
Roto el papel, rodó sobre la mesa.
—¡Luises! ¡Dobles luises! —gritó la condesa—. ¡Cincuenta dobles luises! ¡Dos mil cuatrocientas libras!
La alegría y la avidez se pintaban en sus ojos, y el ama Clotilde, despierta ante el espectáculo de una cantidad de oro que no había visto jamás, permanecía con la boca abierta y las manos juntas.
—¡Cien luises! —repetía Juana de la Motte—. ¿Estas damas son, pues, tan ricas? ¡Oh, tengo que encontrarlas!...

IV
«PELUS»

Madame de la Motte no se había engañado al suponer que el cabriolé que acababa de desaparecer llevaba a las dos damas de la caridad.
En efecto, habían encontrado junto a la casa un cabriolé construido según la época, es decir, alto de ruedas, caja ligera, techo elevado y con una banqueta para el lacayo que iba detrás.
Ese cabriolé, tirado por un caballo de cola corta, grupa carnosa y color bayo, había sido llevado por la calle de Saint-Claude, y guiado por el mismo conductor del trineo, al cual la dama de caridad había llamado Weber, como hemos sabido anteriormente.
Weber sujetaba al caballo y trataba de moderar la impaciencia del fogoso animal, que removía con sus cascos nerviosos la nieve que se iba endureciendo poco a poco, a medida que anochecía.
Cuando las dos damas aparecieron, dijo Weber:
—Siñoga, quisiera haber traído a «Scibión», que es muy suave y fácil de llevar, pero «Scibión» cayó enfermo anoche; no haber más que «Pelus», y «Pelus» es díscolo.
—Pero no para mí; ya lo sabéis, Weber —repuso la mayor de las damas—. La cosa no tiene importancia; tengo mano firme y estoy acostumbrada a conducir.
—Yo sé que siñoga conducir bien, pero los caminos estar bien malos. ¿Dónde ir?
—A Versalles.
—¿Por los bulevares, entonces?
—De ningún modo, Weber; ha helado y los bulevares estarán llenos de un hielo homicida. Las calles deben ofrecer menos resistencia, gracias a los millares de transeúntes que aplastarán la nieve. Vamos, Weber, de prisa.
Weber sujetó al caballo mientras las damas subían rápidamente en el cabriolé. Después se colocó detrás y advirtió que había montado.
La mayor de las damas, dirigiéndose a su compañera, dijo:
—Andrea, ¿qué os parece esa condesa?
Seguidamente aflojo las riendas y el caballo partió como un relámpago y dobló la esquina de la calle de Saint-Louis.
Era el momento en que Juana de la Motte abría su ventana para llamar a las damas de la caridad.
—Pienso, madame —respondió la que se llamaba Andrea—, que madame de la Motte es pobre y muy desgraciada.
—Y bien educada, ¿verdad?
—Sin duda.
—Parece que te muestras fría cuando hablas de ella, Andrea.
—No sé, pero..., lo confieso, tiene cierta astucia en su fisonomía que no me agrada.

—Sois desconfiada, Andrea; ya lo sé. Y para que alguien os pueda agradar es preciso ser perfecto. Yo encuentro a esa condesita interesante y sencilla, en su orgullo como en su humildad.
—Es una fortuna para ella, madame, haber tenido la suerte de agradaros.
—¡Paso! —gritó la dama, apartando vivamente al caballo, que iba a atropellar a un mozo de cordel en la esquina de la calle Saint-Antoine.
—¡Paso! —gritó Weber.
Y el cabriolé continuó su carrera. Sólo se oían las imprecaciones del hombre que se había librado de la rueda y varias voces que, igual que un eco, le apoyaban con un clamor hostil contra el cabriolé.
Por algunos segundos, «Pelus» puso entre su dueña y los maldicientes todo el espacio que se extendía desde la calle de Sainte-Catherine a la plaza Baudoyer. Ahí, como se sabe, hay una bifurcación, pero la hábil conductora se arrojó resueltamente por la calle de la Pixeranderie, una calle muy transitada, estrecha y poco aristocrática.
A pesar de los «paso» que gritaba, a pesar de los rugidos de Weber, no se oían más que las rabiosas exclamaciones de los transeúntes.
—¡Oh, el cabriolé! ¡Abajo el cabriolé!
«Pelus» pasaba siempre, y su cochero, a pesar de la delicadeza de su mano, lo hacía correr rápidamente, y sobre todo hábilmente, sobre la alfombra de nieve líquida y entre los hielos más peligrosos, abriendo arroyos y charcos.
Sin embargo, como era de esperar, no sucedió ninguna desgracia; una linterna brillante enviaba sus rayos al frente, lo que era un lujo de precisión que la policía no había impuesto todavía a los cabriolés de aquel tiempo.
Ninguna desgracia, decimos, ocurrió, ningún carruaje aplastado, ni una rueda rota, ni un transeúnte tocado; era un milagro, y, sin embargo, los gritos y las amenazas se sucedían siempre.
El carruaje atravesó con la misma rapidez y seguridad la calle de Saint-Méderic. La calle de Saint-Martin, la calle Aubry-Boucher...
Quizá parezca a los lectores que aproximándose a los distritos más civilizados, el odio dirigido al coche aristocrático sería menor.
Apenas «Pelus» hubo penetrado en la calle de Ferronnerie, Weber, siempre perseguido por las vociferaciones del populacho, notó varios grupos al paso del cabriolé. Algunas personas hicieron ademán de correr detrás de él para detenerlo.
Sin embargo, Weber no quería inquietar a su dueña. Veía que ella desplegaba toda su sangre fría, conduciendo fácilmente, y que se deslizaba entre todos los obstáculos inertes o vivos, que son a la vez la desesperación y el triunfo de cualquier cochero de París.
En cuanto a «Pelus», firme sobre sus patas, no había resbalado ni una vez, ya que la mano que sostenía las riendas sabía prever para él las pendientes y los accidentes del terreno.
Ya no se murmuraba más acerca del cabriolé, se rugía; la dama que sostenía las riendas, apercibiéndose de ello y atribuyéndolo a cualquier causa banal, como el rigor del tiempo o la rebelión de los espíritus, resolvió abreviar la prueba.
Hizo, pues, chasquear su lengua, y a esta sola indicación, «Pelus» pasó del trote al galope.
Los vendedores ambulantes huyeron, los transeúntes se echaron a los lados, y los «¡paso, paso!» eran continuos.
El cabriolé rozaba casi el palacio real y acababa de pasar por la calle de Coq-Saint-Honoré, ante la cual el más bello de los obeliscos de nieve levantaba orgullosamente su

aguja, disminuida por los deshielos, como un palo de caramelo que los niños transforman en puntiagudos a fuerza de chuparlo.
El obelisco estaba rematado por un glorioso penacho de cintas un poco marchitas, cintas que tenían un escrito en el cual el escritor público del distrito había trazado en mayúsculas el cuarteto siguiente, que se balanceaba entre dos linternas:

Reina cuya belleza es un don del cielo,
con el don de ese rey que a ti, reina, ama:
Si este edificio es de nieve y hielo,
el corazón del pueblo, ante ti, es llama.

Fue aquí donde «Pelus» topó con la primera dificultad. El monumento, que estaba a punto de iluminarse, había atraído a buen número de curiosos, los cuales formaban grupos, y no se podía seguir adelante con el mismo trote.
Hubo que poner a «Pelus» al paso. Pero se le había visto llegar como un rayo; se habían oído los gritos que lo perseguían, y aunque ante la cercanía del obelisco fue reduciendo la marcha, la vista del cabriolé produjo en el gentío el peor de los efectos.
Sin embargo, se abrió camino. Pero después del obelisco apareció otro obstáculo: las verjas del palacio real estaban abiertas y en el patio unos grandes braseros calentaban a un ejército de mendigos a los que el duque de Orleáns distribuía sopa en escudillas de barro.
Pero los que comían y se calentaban, aunque eran muchos, eran menos que los que miraban calentarse y comer. Esto es muy propio de París: en cuanto hay uno que hace algo raro en la calle, en el acto tiene espectadores.
El cabriolé, después de vencer el primer obstáculo, tuvo que detenerse ante el segundo, como un navío en medio de los escollos.
En este instante, los gritos que hasta entonces las dos mujeres habían oído como un ruido vago y confuso, les llegaron más precisos en medio del tumulto.
—¡Abajo el cabriolé! ¡Abajo los asesinos!
—¿Gritan contra nosotras? —preguntó la dama que conducía a su compañera.
—Sí, madame, y tengo miedo.
—¿Hemos atropellado a alguien?
—¡Abajo el cabriolé! ¡Abajo los asesinos!
La tormenta aumentaba. Habían cogido al caballo por la brida, y «Pelus», irritado contra aquellas manos extrañas, piafaba y espumeaba.
—¡A casa del comisario! ¡A casa del comisario! —gritó una voz.
Las dos mujeres se miraron asombradas.
Mil voces repitieron:
—¡A casa del comisario! ¡A casa del comisario!
Las cabezas curiosas se acercaron al cabriolé.
—¡Toma, si son dos mujeres!
—¡Dos mujeres de Soubise! ¡Dos mujerzuelas de Haennin!
—Dos cantantes de la Ópera que se creen con derecho a atropellar a la gente pobre porque ellas tienen diez mil libras para pagar el hospital.
Un vítor furioso acogió este último insulto.
Las dos mujeres expresaron de distinto modo la conmoción. La una se hundía temblorosa y pálida en el cabriolé y la otra avanzaba resueltamente la cabeza, el ceño fruncido y los labios cerrados.
—Pero, madame... —gritó su compañera, tirando de ella hacia atrás—. ¿Qué hacéis?

—¡A casa del comisario! ¡A casa del comisario! —continuaba gritando la gente—. ¡Y que se sepa quiénes son!
—¡Oh, madame! ¡Estamos perdidas! —dijo la más joven.
—¡Valor! —repuso la otra.
—Pero os van a ver; sin duda os van a reconocer.
—Mirad por el cristal del fondo si Weber sigue detrás del coche.
—Intenta descender, pero no le dejan... Se defiende... ¡Ah!, aquí viene.
—Weber, Weber —dijo la dama en alemán—, ayúdanos a bajar.
Weber obedeció y, a pesar de la oposición de los asaltantes, consiguió abrir la portezuela, apeándose inmediatamente las dos damas.
Mientras, el gentío se había apoderado del caballo y del cabriolé y empezaron a reventar la caja.
—¿Pero qué es esto, en nombre del cielo? —continuó en alemán la mayor de las damas—. ¿Comprendéis el motivo?
—No, madame —dijo el servidor, prefiriendo hablar en su propia lengua que en francés y revolviéndose a patadas para defender a su ama.
—Esto no son hombres, sino bestias —continuó la dama, siempre en alemán—. ¿Por qué me atacan? ¡Huyamos!
En aquel instante una voz educada, que contrastaba con las amenazas y las injurias de que las damas eran objeto, respondió en el más puro idioma germano:
—Os reprochan, madame, desobedecer la orden de la policía que ha aparecido en París esta mañana y que prohíbe hasta la primavera la circulación de cabriolés, ya bastante peligrosos cuando el pavimento está bien, pero que ahora son mortales para los peatones, cuando el hielo hace patinar las ruedas.
La dama se volvió para ver de dónde salía esta voz cortés, en medio de las otras amenazas. Y vio a un joven oficial que, para aproximarse a ellas, tuvo que emplear tanto valor como Weber para seguir en su sitio.
La figura gentil y distinguida, la estatura elevada y el aire marcial del joven agradaron a la dama, que se apresuró a contestar en alemán:
—¡Dios mío! Ignoraba esta orden. La ignoraba por completo.
—¿Sois extranjera, madame?
—Sí, monsieur. Pero decidme, ¿qué debo hacer? Han destrozado mi cabriolé.
—Hay que dejar que lo destrocen por completo. El pueblo de París está furioso contra los ricos que no respetan su miseria, y debido a la orden dada esta mañana, se os conducirá a casa del comisario.
—¡Jamás! —gritó la más joven de las damas—. ¡Jamás!
—Entonces —repuso el oficial, riendo—, aprovechaos de la confusión que voy a promover entre el gentío para desaparecer.
Estas palabras fueron dichas con desenfado, lo que hizo comprender a las extranjeras que el oficial había oído los comentarios del pueblo sobre las entretenidas de Soubise y de Haennin, pero no era momento de andarse con miramientos.
—Dadnos el brazo hasta un carruaje de alquiler, monsieur —dijo la mayor de las damas, con voz autoritaria.
—Iba a hacer encabritar vuestro caballo, y con la confusión podríais haber huido, porque —agregó el joven, que lo que quería era declinar la responsabilidad de una azarosa protección— la gente se irrita al oírnos hablar en una lengua que no comprende.
—¡Weber! —dijo la dama, en voz alta—. Haz que «Pelus» se encabrite para que esa gente se asuste y se aparte.
—Y después, madame...
—Después sigue aquí, mientras nosotras desaparecemos.

—¿Y si destrozan el coche?
—¡Que lo destrocen! ¿Qué te importa? Salva a «Pelus», si puedes, y, sobre todo, sálvate tú. Es lo único que te recomiendo.
—Bien, madame.
En el mismo instante azuzó al irritable corcel, que rompió el cerco y avanzó por el centro del patio, arrastrando a los que se habían cogido a las bridas y a los costados. En este momento creció el terror y la confusión.
—Vuestro brazo, monsieur —dijo entonces la dama al oficial—. Venid, pequeña —agregó, dirigiéndose a Andrea.
—Vamos, vamos, mujer valerosa —dijo en voz baja el oficial, que dio con admiración su brazo a la que se lo pedía.
Sólo tardó unos minutos en conducir a las dos mujeres a la plaza vecina, donde varios coches de alquiler esperaban clientes, mientras los cocheros dormían en sus asientos y los caballos, con los ojos a medio cerrar y la cabeza baja, esperaban el humilde pienso de la noche.

V
CAMINO DE VERSALLES

Las dos damas estaban libres de la posible agresión, pero aún era de temer que algunos curiosos, habiéndolas seguido, diesen lugar a una escena parecida a la que acababa de ocurrir y de la que esta vez posiblemente no escaparían con tan buena fortuna.
El joven oficial comprendió esta alternativa. Se pudo advertir en la actividad que inmediatamente desplegó, despertando al cochero, más helado que dormido.
Hacía un frío tan horrible que, contrariamente al hábito de los cocheros que tratan siempre de robarse los clientes los unos a los otros, ninguno de ellos abrió la boca, ni siquiera aquel al que se dirigían.
El oficial cogió al cochero por el cuello de su raído abrigo y le sacudió tan rudamente que lo despertó en el acto.
—¡Eh! —le gritó el joven al oído, al ver que daba señales de vida.
—¡Listo, señor, listo! —dijo el cochero, despertando y vacilando en el asiento como un borracho.
—¿Adonde vamos, señoras? —preguntó el oficial, siempre en alemán.
—A Versalles —repuso la mayor de las dos.
—¿A Versalles? —gritó el cochero—. ¿Habéis dicho a Versalles?
—Sí.
—¡A Versalles! Cuatro leguas y media sobre el hielo.
—Se os pagará bien.
—Se os pagará bien —repitió en francés el oficial al cochero.
—¿Cuánto? —quiso saber éste desde lo alto de su asiento, porque no parecía tener mucha confianza—. Eso no es todo. Ved, mi teniente, que hay que ir a Versalles, y luego hay que volver.
—¿Un luis es bastante? —dijo la más joven de las damas al oficial, en alemán.
—Te ofrece un luis —indicó el joven.
—¿Un luis? —repitió el cochero—. Es muy justo, porque yo arriesgo romper las patas de mis caballos.
—¡Es divertido! ¡Tú no tienes derecho más que a tres libras por ir de aquí al castillo de la Muette, que está a mitad de camino! Ya ves que se ha calculado bien y que se te pagará la ida y la vuelta. No tienes derecho más que a doce libras, y en lugar de eso, vas a cobrar veinticuatro.

—¡Oh, no regateéis! —dijo la mayor de las damas—. Dos luises, tres luises, veinte luises. Conseguid que arranque al instante y que no se detenga en el camino.
—Un luis basta, madame —repuso el oficial. Después, volviéndose al cochero, le dijo—: ¡Vamos, granuja! Baja y abre la portezuela.
—Quiero que se me pague primero —dijo el cochero.
—¿Tú quieres...?
—Es mi derecho.
El oficial hizo un movimiento hacia delante.
—Paguemos por adelantado, paguemos —dijo la mayor de las damas.
Y registró rápidamente su bolsillo.
—¡Dios mío —susurró a su compañera—, no tengo mi bolsa!
—¿Cómo es eso?
—Y vos, Andrea, ¿tenéis la vuestra?
La joven se cercioró con la misma ansiedad.
—Yo... tampoco.
—Mirad bien vuestros bolsillos.
—¡Es inútil! —exclamó la joven, con angustia, pues veía que el oficial seguía con una mirada atenta el diálogo y que el cochero gruñía, diciéndose quizá que había sido precavido.
En vano las dos damas buscaron, pues no encontraron ni un cobre. El oficial las vio impacientarse, enrojecer y palidecer, comprendiendo que la situación se complicaba. Y cuando ellas se disponían a dar una cadena o una joya como garantía, el oficial, para evitar la humillación a que se exponían, sacó de su bolsa un luis y se lo tendió al cochero, quien lo examinó mientras una de las damas agradecía al oficial ese gesto. Después abrió la portezuela y las dos damas subieron.
—Y ahora, buen hombre, conduce a estas damas rápidamente y con tiento sobre todo. ¿Entiendes?
—No tenéis necesidad de recomendármelo, mi teniente.
Durante esas breves frases, las damas se consultaron, viendo con angustia que su guía, su protector, pronto las dejaría.
—Madame —dijo bajo la más joven a su compañera—, es preciso que no se vaya.
—¿Por qué? Preguntémosle su nombre y su dirección. Mañana le enviaremos un luis de oro, con unas líneas de agradecimiento que le escribiréis.
—No, madame, no. Retengámosle, os lo suplico. Si el cochero es de mala fe, si pone dificultades en la carretera... Con este tiempo, los caminos son malos. Y si ocurre algo, ¿a quién podremos pedir socorro?
—Tenemos su número y la nota de la administración.
—Está bien, madame. Y no os niego que más tarde le haríais volar en un instante, pero esperando que eso ocurra, no llegaréis esta noche a Versalles, ¿y qué se diría, gran Dios?
La mayor pareció reflexionar, y dijo:
—Es verdad.
Pero ya el oficial se inclinaba para pedir licencia.
—Monsieur —dijo en alemán Andrea—, escuchadme un momento, por favor.
—A vuestras órdenes, madame —contestó el oficial, visiblemente contrariado, pero conservando en su aire y en su tono, y hasta en su acento, la más exquisita cortesía.
—Monsieur —continuó Andrea—, no podéis rehusarnos una gracia, después de los servicios que ya nos habéis hecho.
—Hablad.

—Confesamos que tenemos miedo de este cochero que tan mal ha aceptado la negociación.
—No debéis alarmaros. Sé su número, 107. La letra de la administración es Z. Si os causara alguna contrariedad, dirigíos a mí.
—¿A vos? —dijo en francés Andrea, olvidándose de hablar en alemán—. ¿Cómo queréis que nos dirijamos a vos si ni siquiera sabemos vuestro nombre?
El joven dio un paso atrás.
—¿Vos habláis francés? —exclamó—. Habláis francés y me condenáis desde hace media hora a destrozar el alemán. Realmente, eso no está nada bien.
—Excusad, caballero —repuso la otra dama, acudiendo en socorro de su mal juzgada compañera—. Comprended que sin ser extranjeras nos encontramos desplazadas en París, y sobre todo en un coche de alquiler. Y sois lo suficiente hombre de mundo para comprender que la nuestra no es una situación natural. No protegernos más que a medias sería desampararnos. Ser menos discreto de lo que hasta ahora lo habéis sido sería pecar de indiscreto. Nos habéis juzgado bien, monsieur; así, procurad no juzgarnos mal. Y si no podéis rendirnos este servicio, decidlo sin reservas, o permitidnos agradeceros lo que habéis hecho y buscar otra ayuda.
—Madame —repuso el oficial, impresionado por el tono, a la vez noble y encantador, de la desconocida—, disponed de mí.
—Entonces, tomaos la molestia de subir con nosotras.
—¿En el coche de alquiler?
—Para acompañarnos.
—¿Hasta Versalles?
—Sí.
El oficial subió al carruaje y se asomó por la ventanilla para gritar al cochero:
—Arranca ya.
Las portezuelas cerradas, las mantas y las pieles compartidas, el carruaje tomó la calle Saint-Thomas-du-Louvre, atravesó la plaza del Carrousel y comenzó a rodar por los muelles.
El oficial se hundió en un rincón, frente a la mayor de las dos mujeres, y con el abrigo cuidadosamente extendido sobre sus rodillas. El silencio más profundo reinaba en el interior. El cochero, porque quisiera mantener fielmente la marcha, o porque la presencia del oficial le imponía un temor respetuoso, hizo correr a sus flacas monturas por el pavimento resbaladizo de los muelles y por el camino de la Conference.
Sin embargo, el aliento de los tres viajeros calentaba insensiblemente el coche. Un perfume delicado llevaba al cerebro del joven impresiones que poco a poco eran menos desfavorables para sus compañeras.
«Estas mujeres —pensaba él— se han retrasado en cualquier visita y tratan de llegar a Versalles; están un poco asustadas y también avergonzadas. No obstante, ¿cómo estas damas —continuaba pensando el oficial—, si son mujeres de alguna distinción, van en un cabriolé, y, "sobre todo", lo conducen ellas mismas?
»¡Ah! Para esto sólo hay una respuesta: el cabriolé era demasiado estrecho para tres personas, y dos mujeres no iban a molestarse haciéndole sitio al lacayo.
»¡Pero no tenían dinero ni la una ni la otra! Es algo extraño, y merece que se reflexione sobre ello.
»Sin duda el lacayo tenía la bolsa. El cabriolé debe estar ahora destrozado. Era elegante, y el caballo... Si sé algo de caballos, valía ciento cincuenta luises.
»Sólo unas mujeres ricas podrían abandonar un cabriolé y un caballo así, sin disgustarse. La falta de dinero no significa, pues, absolutamente nada.
»Sí, pero esta manía de hablar en una lengua extranjera cuando se es francés...

«Aunque esto prueba justamente una educación distinguida. No es natural en los aventureros hablar el alemán con una pureza germánica y el francés como un parisiense. Por otro lado, hay una distinción natural en estas mujeres. La súplica de la joven era enternecedora, y el requerimiento de la mayor, noblemente imperioso.
»Pues verdaderamente —continuaba el joven, colocando su espada de manera que no las incomodara—, ¿acaso hay peligro para un militar en pasar dos horas en un coche de alquiler con dos mujeres tan lindas? Lindas y discretas, porque no hablan, ni esperan que yo entable conversación.»
Sin duda, las dos mujeres pensaban del joven oficial lo mismo que él pensaba de ellas, pues en el momento en que él acababa de formular esta idea, una de las damas, dirigiéndose a la otra, le dijo en inglés:
—De verdad, querida amiga, que este cochero nos lleva como si fuéramos muertos; jamás llegaremos a Versalles. Creo que nuestro pobre compañero se aburre de muerte.
—Es que también —respondió, sonriendo, la más joven— nuestra conversación no es de las más divertidas.
—¿No encontráis que su porte es distinguido?
—Sí, madame.
—¿Habéis notado que lleva uniforme de marina?
—No conozco mucho sobre uniformes.
—Pues lleva uniforme de oficial de marina, y todos los oficiales de marina son de buena familia. El resto del uniforme le va bien. Es un hermoso caballero, ¿no os parece?
La joven iba a responder, y probablemente a abundar en el sentido de su interlocutora, pero el oficial hizo un ademán que la detuvo.
—Perdón, señoras —dijo, en excelente inglés—, pero creo un deber deciros que hablo y comprendo el inglés muy bien. En cambio, no conozco el español, y si vos lo sabéis, podéis estar seguras de que no comprenderé una palabra.
—Monsieur —repuso la dama, riéndose de la anécdota—, no queríamos decir nada malo de vos, como habéis podido advertir; también nosotras nos avergonzamos de ello, y no hablaremos más que en francés, si tenéis la bondad de decirnos cualquier cosa.
—Gracias por vuestra gentileza, madame, pero en el caso de que mi presencia os sea fastidiosa...
—No podéis suponer eso, monsieur, porque no os la hubiéramos pedido.
—Exigido incluso —dijo la más joven.
—No me confundáis, madame, y perdonadme mi momento de indecisión. Conocéis París, ¿verdad? París está lleno de peligros, de inconvenientes y decepciones.
—Entonces, vos nos habéis tomado... Hablad francamente.
—Monsieur nos ha tomado por peligrosas.
—¡Oh, señoras! —dijo el joven, humillándose ante ellas—. Juro que nada parecido ha pasado por mi mente.
—¿Qué es eso? El coche se ha detenido.
—¿Qué sucede?
—Voy a verlo, señoras.
—Creo que hemos encallado. Tened cuidado, monsieur.
La mano de la más joven se alargó con un brusco movimiento, clavándose en el hombro del oficial, lo que le hizo estremecer. Atraído con naturalidad, hizo el ademán de cogerla, pero ya Andrea, que había cedido al primer movimiento de temor, se había hundido de nuevo en el fondo del carruaje. El oficial, al cual nada retenía, salió y encontró al cochero ocupado en desenganchar uno de los caballos, por habérsele enredado los tirantes.

Era un poco antes del puente de Sévres, y gracias a la ayuda que el oficial prestó al conductor, el pobre caballo pudo seguir adelante, y el joven volvió a entrar en el coche. El cochero se felicitaba por tener un cliente tan amable, haciendo restallar alegremente el látigo con el doble fin de animar sus monturas y calentarse él.
Pero se diría que por la portezuela había entrado el frío, helando la conversación y la recién nacida intimidad, a la cual el joven empezaba a encontrar un encanto inexplicable. Se le pidió simplemente cuenta del accidente, y contó lo que había ocurrido. Esto fue todo, y el silencio volvió de nuevo a pesar sobre los viajeros.
El oficial, al cual la mano tibia y palpitante había impresionado, quiso por lo menos tener un pie a cambio.
Estiró, pues, la rodilla; mas, por muy sabiamente que lo hizo, no encontró nada, o sólo encontró el dolor de ver que le huía el pie que tenía más cerca.
Habiendo rozado el pie de la mayor de las dos mujeres, ésta le dijo:
—Os molesto mucho, ¿verdad, monsieur? Os ruego que me perdonéis.
El joven enrojeció hasta las orejas ante la ironía y se felicitó de que la noche fuese lo suficiente oscura para ocultar su vergüenza.
Así pues, todo estaba dicho, y allí terminó el diálogo.
Vuelto al silencio, inmóvil y respetuoso como si estuviese en un templo, temía respirar, y se sintió pequeño como un niño.
Pero poco a poco, y a su pesar, una impresión extraña invadía su pensamiento y todo su ser.
Sentía, sin tocarlas, a las dos encantadoras mujeres, y las veía sin verlas. Se acostumbró a estar cerca de ellas, y le parecía que una parte de su existencia acababa de fundirse con la suya. Habría querido reanudar la conversación, y no se atrevía porque temía caer en banalidades. Y le alarmaba parecer tonto o impertinente ante unas mujeres a las cuales una hora antes creía conceder demasiado honor dándoles la limosna de un luis y de una cortesía.
En una palabra, como en esta vida todas las simpatías se explican, por las relaciones de los fluidos puestos en contacto, un magnetismo poderoso emanaba de los perfumes, y el calor juvenil de estos tres cuerpos juntos por azar dominaba al joven y le invadía el pensamiento y le dilataba el corazón.
Así nacen a veces, viven y mueren, en el espacio de unos momentos, las más suaves, las más reales, las más ardientes pasiones. Tienen encanto porque son efímeras; tienen fuerza porque son reprimidas.
El oficial no dijo una palabra y las damas hablaban bajo entre sí.
Sin embargo, como su oído estaba incesantemente alerta, oía palabras sin ilación y que, sin embargo, prestaban un sentido a su fantasía.
He aquí lo que él entendía: la hora avanzada..., las puertas..., el pretexto de la salida.
El coche de alquiler se detuvo de nuevo. Esta vez no era ni un caballo caído, ni una rueda rota. Después de tres horas de valerosos esfuerzos, el bravo cochero se había calentado los brazos, es decir, había conseguido hacer sudar a sus caballos y alcanzado Versalles, donde las largas, sombrías y desiertas avenidas aparecían bajo las luces rojizas de algunas linternas blanqueadas por la escarcha, como una doble procesión de espectros negros y desolados.
El joven comprendió que se habían detenido. ¿Por qué magia el tiempo le había parecido tan corto?
El cochero se inclinó hacia el cristal de delante.
—¡Monsieur! Estamos en Versalles.
—¿Dónde hay que detenerse, señoras? —preguntó el oficial.
—En la plaza de armas.

—¡En la plaza de armas! —gritó el joven al cochero, y éste le preguntó:
—¿Es preciso ir a la plaza de armas?
—Claro, puesto que se os ha dicho.
—¿Y no habrá una pequeña propina? —dijo el auvernés.
—¡Id de una vez!
Los latigazos se reanudaron.
«Es preciso, sin embargo, que les hable —pensó para sí el oficial—. Voy a parecerles un imbécil después de haberles parecido un impertinente.»
—Señoras —dijo, dudando todavía—, estáis en vuestra casa.
—Gracias a vuestro generoso socorro.
—Cuánto trabajo os hemos dado —dijo la más joven.
—Ya está del todo olvidado, madame.
—Pero nosotras, monsieur, no lo olvidaremos. ¿Vuestro nombre, por favor?
—¿Mi nombre? Bah...
—Es la segunda vez que se os pregunta.
—Porque vos no querréis hacernos regalo de un luis, ¿verdad?
—Si es por eso, madame —dijo el oficial, un poco picado—, no me opongo. Soy el conde de Charny, y como habéis observado, madame, oficial de la marina real.
—Charny —repitió la mayor, con un tono como si hubiera querido decir: «Está bien, no lo olvidaré».
—Georges, Georges de Charny —agregó el oficial.
—Georges —murmuró la más joven.
—¿Y vos vivís...?
—En el hotel de los Príncipes y de Richelieu.
El coche se había detenido.
La mayor de las damas abrió la portezuela de su izquierda y ágilmente saltó al suelo, tendiendo la mano a su amiga.
—Por lo menos —pidió el joven, que se disponía a seguirlas— aceptad mi brazo; no estáis en vuestra casa, y la plaza de armas no es un domicilio.
—No digáis más —dijeron simultáneamente las dos mujeres.
—¿No debo hablar más?
—No, continuad en el coche.
—Pero no podéis quedaros solas, señoras, de noche y con este tiempo. ¡Es imposible!
—Vaya... Después de haber casi rehusado darnos protección, queréis protegernos demasiado —dijo, riendo, la mayor.
—Sin embargo...
—No insistáis. Sed hasta el final un galante y leal caballero. Gracias, monsieur de Charny, gracias de corazón. Y como vos sois un galante y leal caballero, como ya os he dicho hace un instante, no os olvidéis de vuestra palabra.
—¿De qué palabra?
—De cerrar la portezuela y decir al cochero que vuelva a París; es lo que vos vais a hacer, ¿no es cierto? Y sin mirar por dónde nos vamos.
—Tenéis razón, señoras; si no, mi palabra no sería de ley. Cochero, volvámonos.
Y el joven deslizó un segundo luis en la ruda mano del cochero.
El digno auvernés se estremeció de júbilo, diciendo:
—¡Por Dios! Los caballos pueden reventar si quieren.
—Yo también lo creo. Han sido bien pagados.
El coche de alquiler rodaba de prisa. Ahogado por el ruido de las ruedas, no se oyó el suspiro del joven, un suspiro voluptuoso, ya que el sibarita se había acostado sobre los dos cojines, en los que quedaba el perfume de las dos bellas desconocidas.

En cuanto a ellas, continuaron en el mismo sitio en que se apearon, y hasta que el coche de alquiler no hubo desaparecido, no se dirigieron hacia el palacio.

VI
UNA CONSIGNA

En el momento en que se pusieron en camino, las ráfagas de un viento fuerte trajeron al oído de las viajeras los tres cuartos que sonaban en el reloj de la iglesia de Saint-Louis.
—¡Dios mío, las doce menos cuarto! —exclamaron al unísono.
—Mirad, todas las verjas están cerradas —agregó la más joven.
—No me inquieta ese detalle, querida Andrea; si la verja estuviera abierta, entraríamos por el patio de honor; vayamos de prisa, de prisa, por los reservados.
Y se dirigieron hacia el lado derecho del castillo.
Todo el mundo sabe que hay en este lado un pasaje particular que conduce a los jardines, al que llegaron en seguida.
—La puertecilla está cerrada, Andrea —dijo, inquieta, la mayor.
—Vámonos, madame.
—No, llamemos. Laurent debe esperarme. Le he prevenido que quizá llegaríamos tarde.
—Entonces, llamemos.
Y Andrea se acercó a la puerta.
—¿Quién va? —preguntó una voz desde el interior, sin esperar que llamasen.
—¡Oh!... No es la voz de Laurent —dijo, espantada, la joven.
—No, en efecto.
La mujer se aproximó a su vez.
—Laurent —murmuró a través de la puerta.
Ninguna respuesta.
—Laurent —repitió la dama,
—Aquí no hay ningún Laurent —replicó rudamente la voz.
—Pero —dijo Andrea, con insistencia— seáis Laurent o no, abrid.
—Yo no abro.
—Pero, amigo mío, ¿no sabéis que Laurent tiene la costumbre de abrirnos?
—Yo no tengo nada que ver con Laurent. Cumplo mi consigna.
—¿Quién sois, pues?
—¿Quién soy?
—Sí.
—¿Y vos? —dijo la voz.
La pregunta fue un poco brutal, pero no se podía porfiar. Había que responder.
—Somos dos damas del séquito de Su Majestad. Nos albergamos en el castillo y queremos entrar en nuestra casa.
—Muy bien. Yo, señoras, como soy un suizo de la primera compañía Salischamade, haré todo lo contrario de Laurent y os dejaré en la puerta.
—¡Oh! —murmuraron las dos mujeres, mientras la una apretaba con indignación la mano de la otra.
Después, haciendo un esfuerzo para dominarse, dijo:
—Amigo mío, comprendo que observéis vuestra consigna; sois un buen soldado y yo no quiero haceros faltar a ella. Hacedme sólo el favor de avisar a Laurent, que debe estar cerca de ahí.
—Yo no puedo abandonar mi puesto.
—Enviad a alguien.
—No hay nadie.

—¡Por favor!
—Diablo, madame, acostaos en la ciudad. ¿No es ésa una bella aventura? Si me cerrasen la puerta del cuartel en la nariz, encontraría pronto otro lugar. Idos.
—Granadero, escuchad —dijo, con resolución, la mayor—. Veinte luises para vos si nos abrís.
—Y diez años de cárcel; gracias. Cuarenta y ocho libras por año no es bastante paga.
—Os haré nombrar sargento.
—Sí, y el que me ha dado la consigna me hará fusilar. Gracias.
—¿Quién os ha dado esa consigna?
—El rey.
—¡El rey! —repitieron las dos mujeres, con espanto—. ¡Oh! Estamos perdidas.
La más joven parecía casi enloquecida.
—Veamos, veamos —dijo la mayor—; ¿no hay otras puertas?
—No, madame; si han cerrado ésta, han cerrado las otras.
—Y si nosotras no encontramos a Laurent en esta puerta, que es donde suele estar, ¿dónde creéis que lo encontraremos?
—No lo sé.
—Es verdad, tienes razón, Andrea. El rey ha dado una horrible orden. ¡Dios mío!
Y la dama acentuó sus últimas palabras con un desprecio amenazador. La puerta de los reservados se abría en medio de una muralla, con una especie de vestíbulo. Había en cada lado un banco de piedra, y las damas se dejaron caer en uno de ellos, en un estado de desesperada agitación.
Se veía bajo la puerta una raya luminosa; se oía detrás el paso del suizo que de cuando en cuando dejaba en descanso su fusil. Detrás de este pequeño obstáculo de encina esperaba la vergüenza, el escándalo, casi la muerte.
—¡Oh! Mañana, cuando todo se sepa... —gimió la mayor.
—Pues diréis la verdad.
—¿La creerán?
—Tenéis las pruebas, madame. Además, el soldado no va a velar toda la noche —dijo la joven, que parecía recobrar valor a medida que lo perdía su compañera—. Dentro de una hora se le relevará y su sucesor será más complaciente. Esperemos.
—Sí, pero las patrullas van a pasar dentro de un minuto; se me encontrará delante de esta puerta, ocultándome. Es horrible. Ved, Andrea, la sangre me sube al rostro y me sofoca.
—¡Vamos! Valor, madame; vos, tan fuerte de costumbre, yo tan débil siempre, y soy yo quien os tiene que sostener.
—Hay un complot detrás de todo esto. Y nosotras somos las víctimas. Jamás me ha ocurrido algo semejante. Jamás la puerta me ha sido cerrada; esto me mata, esto me mata.
Y cubrió la cara con las manos, como si efectivamente se ahogase.
En el mismo instante, sobre este pavimento seco y blanco de Versalles que tan pocos pasos cruzan hoy día, sonaron unas pisadas. Al mismo tiempo una voz se hizo oír, voz ligera, alegre; era la voz de un joven que cantaba.
Cantaba una de esas canciones currilonas que pertenecían esencialmente a la época que nosotros tratamos de reflejar.

¿Por qué no puedo creerlo?
¿Es que no es para ser creído
lo que tú y yo entre las sombras
esta noche hemos sido?

Morfeo, cerrando mis ojos,
hizo de mí el hombre sin voz,
y vos erais una piedra imán
que me arrastraba cerca de vos.

—¡Esta voz! —gritaron al mismo tiempo las dos mujeres. —Yo la conozco —dijo la mayor. —Es la de...

Este dios, con su bella treta,
de este imán hizo un clamor.,.

—¡Es él! —dijo al oído de Andrea la dama en la cual la inquietud se había manifestado tan vivamente—. «Es él», «él nos salvará».
En este momento un joven embutido en un gran abrigo de pieles penetró en el pequeño vestíbulo, y al ver a las dos mujeres llamó a la puerta, diciendo:
—Laurent.
—Hermano mío —dijo la mayor de las mujeres, tocando el hombro del joven.
—¡La reina! —gritó éste, dando un paso atrás y con el sombrero en la mano.
—¡Silencio! Buenas noches...
—Buenas noches, madame; buenas noches, hermana mía; no estáis sola.
—No. Estoy con Andrea de Taverney.
—Ah... Buenas noches, mademoiselle.
—Monseñor —dijo Andrea, inclinándose.
—¿Salís, señoras? —dijo el joven.
—De ningún modo.
—¿Dónde vais, entonces?
—Queríamos entrar.
—¿No habéis llamado a Laurent?
—Sí, lo hemos hecho.
—¿Entonces?
—Llamad a Laurent, y veréis lo que pasa.
—Sí, llamad, monseñor, y lo veréis.
El joven, en quien se ha reconocido sin duda al conde de Artois, se aproximó y gritó, golpeando la puerta:
—¡Laurent!
—Bueno, la diversión va a repetirse —dijo la voz del suizo—. Os prevengo que si me molestáis más tiempo, voy a llamar a mi oficial.
—¿Quién es éste? —dijo el joven, volviéndose hacia la reina.
—Un suizo que ha sustituido a Laurent.
—¿Y quién lo ha hecho?
—El rey.
—¡El rey!
—Eso mismo hemos dicho nosotras hace poco.
—¿Y con una consigna?
—Feroz, por lo que parece.
—¡Diablo! Capitulemos.
—¿Y cómo?
—Démosle dinero a ese diablo.
—Ya se lo he ofrecido; ha rehusado.
—Ofrezcámosle unos galones.

—También se los he ofrecido.
—Y...
—No ha querido ni escuchar.
—No hay más que un medio, entonces.
—¿Cuál?
—Voy a hacer ruido.
—Vos no iréis a comprometerme, querido Charles; os lo suplico.
—Yo no quiero comprometeros por nada del mundo.
—¡Oh...!
—Poneos a resguardo. Yo golpearé como un sordo, gritaré como un ciego, terminará por abrirme y pasaréis delante de mí.
El príncipe llamó de nuevo a Laurent, después gritó, después hizo tal ruido con el puño de la espada que el suizo le gritó enfurecido:
—¡Eh! ¿Qué es eso? ¡Llamaré a un oficial!
—¡Pardiez, llámale, idiota! Es lo que yo pido desde hace un cuarto de hora.
Después se oyó el paso de otro, al lado de la puerta. La reina y su amiga se colocaron detrás del conde de Artois, prestas a aprovechar el pasadizo que, según parecía, iba a abrirse.
Se oyó al suizo explicar la causa del ruido.
—Mi teniente, son dos damas con un hombre; acaban de llamarme pobre diablo. Quieren entrar a la fuerza.
—¿Qué tiene de asombroso que nosotros queramos entrar si somos del castillo?
—Eso es, quizá, un deseo natural, monsieur, pero se nos ha prohibido abrir la puerta —replicó el oficial.
—¿Prohibido? ¿Y por quién, pardiez?
—Por el rey.
—Perdonadme, pero el rey no puede querer que un oficial del castillo duerma fuera.
—Monsieur, no soy yo quien debe juzgar las decisiones del rey; sólo debo hacer lo que el rey me ordena.
—Por favor, teniente: abrid un poco la puerta, para que charlemos mejor y no a través de la madera.
—Monsieur, os repito que mi consigna es tener la puerta cerrada, y si sois, como decís, oficial, debéis saber lo que es una consigna.
—Teniente, habláis al coronel de un regimiento.
—Mi coronel, excusadme, pero mi consigna es formal.
—La consigna no está hecha para un príncipe. Sabed que un príncipe no se acuesta fuera. Y yo soy príncipe.
—Alteza, creed en mi desesperación, pero hay una orden del rey.
—¿El rey os ha ordenado tratar a su hermano como un mendigo o un ladrón? Yo soy el conde de Artois. Arriesgáis mucho dejándome helar en la puerta.
—Monseñor conde de Artois —dijo el teniente—, Dios es testigo de que daría toda mi sangre por vuestra Alteza Real, pero el rey me ha hecho el honor de decirme, además de confiarme la guardia de esta puerta, que no le abra a nadie, ni siquiera a él, al rey, que se presente después de las once. Así, monseñor, os pido perdón con toda humildad, pero soy un soldado, y aun cuando viese en vuestro lugar a Su Majestad la reina transida de frío, yo le respondería a Su Majestad lo que acabo de tener el dolor de responderos.
Dicho esto, el oficial murmuró buenas noches, más afectuoso, y se volvió lentamente a su puesto.

En cuanto al soldado, colocado contra la puerta de armas, no osaba respirar, y su corazón latía tan fuerte que el conde de Artois, arrimándose a la puerta, sentía las pulsaciones.
—¡Estamos perdidos! —dijo la reina a su cuñado, tomándole la mano.
Este no contestó.
—¿Se sabe que habéis salido? —preguntó él.
—Lo ignoro —dijo la reina.
—Quizá esto no se relacione más que conmigo, hermana; quizá el rey haya dirigido esta consigna contra mí. El rey sabe que yo salgo de noche y que a veces regreso tarde. La condesa de Artois habrá sabido algo y se habrá quejado a Su Majestad; de ahí esta orden tiránica.
—No, no, hermano. Os agradezco la delicadeza que ponéis para tranquilizarme. Pero es contra mí y no contra vos que se ha tomado esta medida.
—Imposible, hermana.
—Estoy en la puerta y mañana estallará el escándalo, y por una cosa bien inocente. ¡Oh! Tengo un enemigo cerca del rey; lo sé bien.
—Es posible. Pero tengo una idea.
—¿Una idea? Veamos, rápido.
—Una idea que va a volver a vuestro enemigo más tonto que un asno atado por el ronzal.
—Por favor, salvadnos del ridículo de esta posición; es todo lo que yo os pido.
—Sí, yo os salvaré. Al menos lo intentaré. No soy más necio que él, aunque él sea más sabio que yo.
—¿Quién es él?
—¿Quién va a ser? El conde de Provenza.
—¿Reconocéis, pues, como yo, que es mi enemigo?
—¿No es el enemigo de todo lo que es joven, de todo lo que es bello, de todo lo que puede... en lo que él no puede hacer?
—Hermano, ¿sabéis algo sobre esta consigna?
—Quizá, pero primero de todo no continuemos detrás de esta puerta. Hace un frío atroz. Venid conmigo, querida hermana.
—¿Dónde?
—Ya lo veréis; a cualquier sitio donde haga calor por lo menos; venid, y en el camino os diré lo que pienso a propósito de esta cerradura de puerta. ¡Ah, monsieur de Provenza, mi querido e indigno hermano! Dadme el brazo, hermana mía; tomad mi otro brazo, mademoiselle de Taverney, y volvámonos hacia la derecha.
Se pusieron en marcha.
—¿Y vos decís que es obra de monsieur de Provenza...?
—Pues, sí. Esta noche, después de la cena del rey, vino al gran gabinete. El rey había hablado mucho con el conde de Haga, y no os había visto.
—A las diez salí para París.
—Ya lo sabía; el rey, permitidme decíroslo, querida hermana, no pensaba más en vos que en Harun-al-Raschid y en su gran visir Giaffar, y hablaba de geografía. Yo le escuchaba bastante impaciente, porque también quería salir. Claro que nosotros no saldríamos por el mismo motivo, de suerte que me he equivocado...
—Vamos, continuad.
—Volvamos a la izquierda.
—¿Pero dónde me lleváis?
—A veinte pasos. Estad alerta. Hay un trozo nevado. Mademoiselle de Taverney, si soltáis mi brazo, vais a caer, os lo prevengo. Brevemente, para volver a mi conversación

sobre el rey, él no pensaba más que en la latitud, la longitud, cuando De Provenza le dijo: «Quisiera presentar mis saludos a la reina».
—¡Ah, ah! —dijo María Antonieta.
—La reina cena en su cámara —le respondió el rey.
»—Pues yo la creía en París —agregó mi hermano.
»—No, está en su cámara —respondió el rey.
»—Acabo de salir de ella y no me ha recibido —respondió De Provenza.
«Entonces, el rey arrugó el ceño. Sin duda, apenas habíamos salido cuando mi hermano se enteró. Luis es celoso, vos lo sabéis; habrá querido veros, se le habrá negado la entrada y habrá pensado cualquier cosa.
—Precisamente madame de Misery tenía orden de ello.
—Quizá ha sido para asegurarse de vuestra ausencia que el rey habrá dado esta severa consigna que nos deja fuera.
—Esto es un trato afrentoso; confesadlo, conde.
—Lo confieso, pero ya hemos llegado.
—¿Esta casa?
—¿Os desagrada?
—No digáis eso; me encanta. Pero ¿y vuestra gente?
—¿Qué hay con mi gente?
—Si me ven...
—Hermana, entrad, y os garantizo que nadie os verá.
—¿Y el que me abrirá la puerta?
—Ni ése.
—Imposible.
—Vamos a probar —dijo el conde de Artois, riendo. Y acercó la mano a la puerta.
La reina le detuvo.
—Os lo suplico, hermano mío; tened cuidado.
El príncipe apoyó su otra mano sobre un panel bien tallado, y la puerta se abrió.
La reina no pudo reprimir un movimiento de temor.
—Entrad, hermana; os lo ruego. Ved que hasta el presente no hay nadie.
La reina miró a mademoiselle de Taverney como a una persona que se arriesga, y cruzó el umbral con uno de esos gestos tan encantadores en las mujeres y que quería decir: «Gracias a Dios».
La puerta se cerró detrás de ellas sin ruido.
Entonces se encontró en un vestíbulo de estuco con zócalo de mármol, no muy grande y de muy buen gusto; las lozas eran un mosaico figurando ramos de flores y sobre consolas de mármol, cien ramos de rosas deshojaban sus corolas perfumadas, tan raras en aquella estación del año.
Un dulce calor y un olor más dulce todavía cautivaban tanto los sentidos que a su llegada al vestíbulo las dos damas olvidaron no solamente parte de sus temores, sino incluso parte de sus escrúpulos.
—Ahora estamos al abrigo —dijo la reina—, y hay que confesar que el abrigo es bastante cómodo. ¿Pero no sería mejor que os ocuparais de una cosa, hermano mío?
—¿Cuál?
—De alejar a vuestros servidores.
—¡Oh! Nada más fácil.
El príncipe tiró de una campanilla colgada de una columna que vibró en las profundidades de la escalera. Las mujeres emitieron un pequeño grito de espanto.
—¿Es así como alejáis a vuestra gente, hermano? —preguntó la reina—. Yo habría creído que es así como la llamáis.

—Si yo tirara de la campanilla por segunda vez, alguien vendría, pero como no he dado más que un campanillazo, estad tranquila, pues nadie vendrá.
La reina se rió, diciendo:
—Sois un hombre precavido.
—Ahora, hermana, no podéis quedaros en el vestíbulo; tomaos la molestia de subir un piso.
—Obedecemos —dijo la reina—. El genio de esta casa no parece demasiado perverso.
Y subió adonde le decían. El príncipe iba delante de ellas. No se oía ninguno de los pasos sobre los tapices de Aubusson que adornaban la escalera.
El príncipe, que llegó el primero, tocó una segunda campanilla, cuyo ruido hizo de nuevo estremecer a la reina y a mademoiselle de Taverney, que estaban desprevenidas.
Pero su asombro fue todavía mayor cuando vieron que las puertas de este piso se abrían solas.
—De verdad, Andrea —dijo la reina—, comienzo a temblar, ¿y vos?
—Yo, madame, tanto, que sólo porque Vuestra Majestad marcha delante os sigo con confianza.
—Nada es tan simple, hermana mía, como lo que ocurre —dijo el joven príncipe—. La puerta que tenéis en frente es la de vuestro apartamento. Vedlo.
E indicaba a la reina un encantador refugio del cual no podemos omitir la descripción.
Una pequeña cámara de palo de rosa, con dos aparadores de Boule y techo de Boucher, daba a un pequeño tocador de cachemira blanca llena de flores bordadas a mano por los más hábiles artistas.
En este gabinete había unos tapices de punto de seda, tejidos con el arte que hacía de un tapiz de gobelino de la época un lienzo maestro.
Después del tocador había una hermosa alcoba azul con cortinas de encaje de Tours, un lecho suntuoso en un dormitorio oscuro, un fuego ardiendo en una chimenea de mármol blanco, quince bujías encendidas en candelabros de Clodion, un biombo de laca azulada con sus dibujos chinescos...; tales eran las maravillas que aparecieron ante los ojos de las damas cuando penetraron en este elegante refugio.
Ningún ser vivo aparecía. Por todas partes el calor y la luz, sin que pudieran adivinarse las causas de tales efectos.
La reina, que había entrado con recelo, se detuvo un instante en el umbral de la alcoba.
El príncipe se excusó de una manera muy cortés sobre la necesidad que le impulsaba a poner a su hermana en una situación indigna de ella. La reina respondió con una sonrisa que decía muchas más cosas que todas las palabras que hubiera podido pronunciar.
—Hermana mía —agregó entonces el conde de Artois—, esta habitación es mi gabinete; sólo yo entro en él y siempre solo.
—Casi siempre —dijo la reina.
—Siempre.
—¡Ah!
—Por otra parte —continuó él—, hay en el gabinete un sofá y una poltrona donde muchas veces, cuando la noche me sorprendía después de la caza, he dormido tan bien como en mi lecho.
—Comprendo —dijo la reina— que la condesa de Artois se sienta a veces inquieta.
—Sin duda, pero confesad que si la condesa se inquieta por mí esta noche, estará bien equivocada.
—Esta noche no digo, pero las otras noches...
—Hermana, quien se equivoca una vez, siempre se equivoca.
—Abreviemos —dijo la reina, sentándose en un sillón—, pues estoy terriblemente cansada. ¿Y vos, mi pobre Andrea?

—Yo estoy muerta de fatiga, y si Vuestra Majestad lo permite...
—En efecto, estáis pálida —dijo el conde de Artois.
—Vamos, vamos, querida mía —dijo la reina—, acostaos. El conde de Artois nos cede este apartamento. ¿No es verdad, Charles?
—Con toda propiedad, madame.
—Un instante, conde; una última palabra.
—¿Cuál?
—Si os vais, ¿cómo podremos llamaros?
—No tenéis necesidad de mí. Una vez instalada, disponed de la casa.
—¿Hay otras cámaras además de ésta?
—Primero un comedor, que os invito a visitar.
—Con una mesa servida, sin duda.
—Ciertamente, y en la cual mademoiselle de Taverney, que me parece muy agotada, encontrará un buen consomé, un ala de volatería, vino de Jerez, y vos encontraréis una colección de los frutos secos que más os gustan.
—¿Y todo esto sin criados?
—Ninguno.
—Ya se verá. Pero ¿y después?
—¿Después?
—Sí, para...
—¿Para volver al castillo?
—Sí.
—No se puede soñar en entrar en él en toda la noche, puesto que la consigna está dada. Pero la consigna dada para la noche desaparece con el día; a las seis, las puertas se abren. Salid de
aquí a las seis menos cuarto. Encontraréis en los armarios mantos de todos los colores y de todas las formas, si deseáis disfrazaros; entrad como yo os he dicho en el castillo, acostaos y no os inquietéis por el resto.
—¿Y vos?
-¿Yo?
—Sí; ¿qué vais a hacer?
—Salir de la casa.
—¿Cómo? Nosotras no os echamos, mi pobre hermano.
—No sería conveniente que pasara la noche bajo el mismo techo que vos, querida hermana.
—Pero necesitáis un refugio, y nosotras os hemos robado el vuestro.
—Aún me quedan tres parecidos a éste.
La reina se echó a reír.
—Es decir, que la condesa de Artois está equivocada al inquietarse; ya la prevendré —dijo ella, con un encantador gesto de amenaza.
—Entonces yo se lo diré todo al rey —dijo el príncipe en el mismo tono.
—Tiene razón. Aunque no queramos, dependemos de él.
—En efecto, es humillante. ¿Pero qué hacer?
—Someterse. Decís que para salir mañana sin encontrar a nadie...
—Un solo campanillazo en la columna de abajo.
—¿La de la derecha o la de la izquierda?
—Poco importa.
—¿Y la puerta se abrirá?
—Y se cerrará.
—¿Sola?

—Sola.
—Gracias. Buenas noches, hermano mío.
—Buenas noches, hermana mía.
El príncipe saludó y Andrea cerró las puertas al irse él.

VII
LA ALCOBA DE LA REINA

A la mañana siguiente, o más bien aquella misma mañana, ya que nuestro último capítulo ha tenido que cerrarse a las dos de la madrugada; en esta mañana, decíamos, Luis XVI, en un traje violeta, llegó hasta las puertas de la cámara de la reina.
Una dama del servicio entreabrió esta puerta, y reconociendo al rey, dijo:
—Sire...
—¿La reina? —preguntó Luis XVI.
—Su Majestad duerme, Sire.
El rey hizo un ademán como para alejar a la dama, pero ella no se movió.
—Vamos —dijo el rey—, ¿no os movéis? Ved que quiero pasar.
El rey, en algunos momentos, tenía tan vivos los ademanes que sus enemigos los traducían por brutales.
—La reina descansa, Sire —objetó ella tímidamente.
—Os digo que me dejéis pasar —exclamó el rey.
Diciendo estas palabras apartó a la mujer y penetró en la otra cámara. Una vez hubo llegado a la puerta de la alcoba, el rey vio a mademoiselle de Misery, primera camarera de la reina, que leía la misa en su libro de horas, y la cual se puso en pie al ver al rey.
—Sire —dijo en voz baja y con un profundo saludo—, Su Majestad no ha llamado todavía.
—¿Todavía no? —preguntó el rey con ironía.
—Sire, no son más que las seis y media, según creo, y Su Majestad nunca llama hasta las siete.
—¿Y estáis segura de que la reina se encuentra en su lecho? ¿Estáis segura de que duerme?
—Yo no diría, Sire, que Su Majestad duerme; pero estoy segura de que está en su lecho.
—¿De verdad?
—Sí, Sire.
El rey no pudo contenerse más tiempo. Se dirigió a la puerta y levantó el pestillo dorado con brusca precipitación. La cámara de la reina estaba oscura como si fuera de noche, pues los postigos y cortinas estaban cuidadosamente cerrados.
Una lamparilla sobre un velador en el ángulo más alejado del apartamento dejaba la alcoba de la reina bañada en la sombra y las grandes cortinas de seda blanca con flores de lis de oro colgaban en pliegues ondulantes sobre el lecho en desorden.
El rey se dirigió rápidamente hacia el lecho.
—¡Oh, madame de Misery! —gritó la reina—. ¡Qué ruido! Me habéis despertado.
El rey se detuvo estupefacto.
—No es madame de Misery —murmuró él.
—Ah, ¿sois vos, Sire? —preguntó María Antonieta, incorporándose.
—Buenos días, madame —articuló el rey con un tono agridulce.
—¿Qué buen viento os trae, Sire? Madame de Misery, abrid las ventanas.
Las azafatas entraron, y, según la costumbre a que las había habituado la reina, abrieron puertas y ventanas para que circulase el aire puro que María Antonieta respiraba con delicia cuando se despertaba.

—Dormís muy a gusto, madame —dijo el rey, tomando asiento cerca del lecho después de arrojar en torno una mirada investigadora.
—Sí, Sire. He leído hasta muy tarde, y si Vuestra Majestad no hubiera venido a despertarme, todavía dormiría.
—¿Cómo es, madame, que ayer no quisisteis recibirme?
—¿Recibir a quién? ¿A vuestro hermano el conde de Provenza? —dijo la reina con una presencia de espíritu que atajaba las sospechas del rey.
—Sí, a mi hermano; él quiso saludaros y se le echó.
—¿Es posible?
—Diciéndole que estabais ausente.
—¿Se le dijo eso? —preguntó fríamente la reina—. Madame de Misery.
La primera dama de cámara apareció en la puerta con una bandeja de oro con las cartas dirigidas a la reina.
—¿Su Majestad me ha llamado?
—Sí. ¿Por qué se le dijo ayer a monsieur de Provenza que yo estaba ausente del castillo?
Madame de Misery, para no pasar delante del rey, dio la vuelta y tendió la bandeja con las cartas a la reina, la cual reconoció la letra de una de las cartas.
—Responded al rey, madame de Misery —continuó la reina con la misma indolencia—. Decid a Su Majestad lo que se le contestó ayer a monsieur de Provenza cuando llegó a mi puerta. Yo no me acuerdo.
—Sire —dijo De Misery mientras la reina abría el sobre de la carta—, monseñor el conde de Provenza se presentó ayer para ofrecer sus saludos a Su Majestad y se le dijo que Su Majestad no recibía.
—¿Quién dio la orden?
—La orden la dio la reina.
—¡Ah! —murmuró el rey.
La reina había abierto la carta y leído estas dos líneas: «Vos habéis regresado ayer de París y entrado en el castillo a las ocho de la noche. Laurent os ha visto.»
Después, siempre con el mismo aire negligente, la reina abrió media docena de billetes, de cartas y de peticiones que dejaba, una vez leídos, sobre el edredón.
—Y bien —dijo ella, levantando la cabeza hacia el rey.
—Gracias, madame —dijo éste a la primera dama de cámara.
Madame de Misery se alejó.
—Perdón, Sire —dijo la reina—. Aclaradme un punto.
—¿Cuál?
—¿Soy o no soy libre de ver a monsieur de Provenza?
—Perfectamente libre, madame..., pero...
—Su manera de ser me fatiga. Por otro lado, es muy cierto que no me quiere. Yo tampoco le aprecio. Esperaba su molesta visita, y me acosté a las ocho para no recibirle. ¿Qué pensáis, pues, Sire?
—Nada, nada.
—Se diría que dudáis.
—Pero...
—Pero, ¿qué?
—Os creía ayer en París.
—¿A qué hora?
—A la hora en que pretendéis que os acostasteis.
—Es cierto que iba a París. ¿Pero acaso no se vuelve de París?
—Todo depende de la hora a que se regrese.

—¿Queréis saber justamente a qué hora volví de París, entonces?
—Claro.
—Nada más fácil, Sire.
La reina llamó a madame de Misery, la cual apareció en el acto.
La azafata volvió a entrar.
—¿Qué hora era cuando yo volví de París ayer? —preguntó la reina.
—Alrededor de las ocho, Majestad.
—Creo —dijo el rey— que os equivocáis, madame de Misery, debéis informaros.
La azafata, rígida, impasible, se volvió hacia la puerta y llamó:
—¡Madame Duval!
—¿Madame?
—¿A qué hora Su Majestad regresó de París anoche?
—Quizá fuesen las ocho, Majestad —contestó la segunda azafata.
—Debéis engañaros, madame Duval —dijo madame de Misery.
Madame Duval se inclinó hacia la ventana de la antecámara y gritó.
—¡Laurent!
—¿Quién es ese Laurent? —preguntó el rey.
—Es el guardián de la puerta por la cual Su Majestad entró ayer —dijo De Misery.
—Laurent —gritó madame Duval—, ¿a qué hora regresó ayer Su Majestad la reina?
—Hacia las ocho —respondió el portero desde la terraza.
El rey bajó la cabeza. Los esposos quedaron solos.
Luis XVI era tímido y hacía grandes esfuerzos para disimular su timidez.
Pero la reina, en lugar de sentirse triunfante por la victoria que acababa de obtener, dijo fríamente:
—Veamos, Sire; ¿qué deseáis saber ahora?
—No, nada —dijo el rey cogiendo las manos de su mujer—. ¡Nada!
—Sin embargo...
—Perdonadme, madame. Yo no sé lo que me ha pasado por la cabeza. Ved mi alegría; es tan grande como mi arrepentimiento. Vos no me queréis menos por ello, ¿no es así? Callad; por mi fe de gentilhombre que me moriría de desesperación.
La reina retiró su mano de la del rey.
—¿Qué hacéis, madame? —interrogó Luis.
—Una reina de Francia no miente —respondió María Antonieta.
—¿Y bien? —preguntó el rey asombrado.
—Quiero deciros que no he entrado ayer a las ocho de la noche.
El rey dio un paso atrás sorprendido.
—Quiero deciros —continuó la reina con la misma sangre fría— que he entrado esta mañana a las seis.
—¡Madame!
—Y que sin el conde de Artois, que me ha ofrecido un asilo y albergado por piedad en una de sus casas, estaría en la puerta como una mendiga.
—¡Ah! Vos no habéis entrado —dijo el rey con gesto sombrío—. Entonces, ¿yo tenía razón?
—Sire, llegáis, y os pido perdón por ello, a una solución aritmética, pero no a una conclusión de hombre galante.
—¿Por qué, madame?
—Para aseguraros de si yo había entrado pronto o tarde, vos no tendríais necesidad de cerrar vuestras puertas ni de dar vuestras consignas, sino únicamente encontrarme y preguntarme: «¿A qué hora habéis vuelto, madame?»
—¡Oh! —dijo el rey.

—No hubierais tenido por qué dudar, monsieur; vuestros espías no habrían sido engañados o ganados, ni vuestras puertas forzadas o abiertas, ni vuestra aprensión combatida, ni vuestras sospechas disipadas. Yo os veo avergonzado por haber empleado la violencia con una mujer en la plenitud de sus derechos. Yo podía continuar gozando de mi victoria, pero encuentro que vuestro procedimiento es vergonzoso en un rey, desgraciado para un gentilhombre, y no quiero privarme de la satisfacción de decíroslo.
El rey se detuvo con el gesto del hombre que medita una respuesta.
—Digáis lo que digáis, monsieur —dijo la reina sacudiendo la cabeza—, no excusaréis vuestra conducta para conmigo.
—Al contrario, madame; lo haré fácilmente —respondió el rey—. ¿Es que en el castillo una sola persona, por ejemplo, suponía que no hubieseis regresado? Si cada uno sabía que habíais entrado, nadie ha podido sospechar que era por vos mi consigna ordenando el cierre de las puertas. Se hubiera atribuido a las disipaciones del conde de Artois o de cualquier otro, y comprended que no me inquieto por ello.
—¿Y después, Sire? —interrumpió la reina.
—Yo resumo y sigo: si he salvado hacia vos las apariencias, madame, tengo razón, y os digo que os habéis equivocado, vos que no las habéis guardado para conmigo, y si yo he querido simplemente daros una lección secreta, si la lección os ha aprovechado, lo que creo después de la irritación que me testimoniáis... Pues digo que tengo razón y que no me arrepiento de lo que he hecho.
La reina había escuchado la respuesta de su augusto esposo calmándose poco a poco no porque estuviese menos irritada, sino porque quería guardar todas sus fuerzas para la lucha, que, en su opinión, en lugar de haberse terminado, empezaba apenas.
—Magnífico —dijo ella—. ¿Así os excusáis de haber hecho desfallecer a la puerta de su casa, como habríais podido hacerlo con cualquier mujerzuela, a la hija de María Teresa, a vuestra mujer, madre de vuestros hijos? No. Fue a vuestro parecer una broma real, con mucha sal ática9, en la cual la moralidad aumentaba el valor. Así, ante vuestros ojos, esto no es más que una cosa natural. O sea que es natural haber obligado a la reina de Francia a pasar la noche en la casita donde el conde de Artois recibe a las coristas de la ópera y a las mujeres galantes de vuestra corte. Eso no es nada; un rey está por encima de todas estas miserias, un rey filósofo sobre todo. Y vos sois filósofo, Sire. Notad bien que en esto monsieur de Artois ha jugado un hermoso papel. Notad que me ha rendido un señalado servicio. Notad que esta vez he podido agradecer al cielo que mi cuñado fuese un hombre disipado, puesto que su disipación ha servido de manto a mi vergüenza, ya que sus vicios han salvaguardado mi honor.
El rey enrojeció y se movió bruscamente en su asiento.
—¡Oh...! —dijo la reina con una sonrisa amarga—. Sé bien que sois un rey moral, Sire. ¿Pero habéis pensado qué resultado podría obtenerse de vuestra moral? ¿Decís que nadie ha sabido que yo no había regresado? ¡Y a vos mismo os ha costado creerlo ahora! ¿Diréis que el conde de Provenza, vuestro instigador, lo ha creído? ¿Diréis que D'Artagnan lo ha creído? ¿Diréis que mis damas, que por orden mía os han mentido esta mañana, lo han creído? ¿Diréis que Laurent, comprado por el conde de Artois y por mí, lo ha creído? Vamos, el rey tiene siempre razón, pero a veces la reina puede tener razón también. Tomamos este hábito, ¿queréis, Sire? Vos enviad espías y guardias suizos y yo compraré a vuestros suizos y a vuestros espías, y os lo prevengo: antes de un mes, porque vos me conocéis y sabéis que yo no me contendría, antes de un mes la majestad del trono y la dignidad del matrimonio, si sumamos ambas cosas juntas, una mañana, como hoy por ejemplo, veríamos lo que nos cuesta a los dos.
Era evidente que estas palabras habían causado un gran efecto en aquel a quien iban dirigidas.

—Sabéis que soy sincero y que confieso siempre mis errores. ¿Queréis probarme, madame, que tenéis razón al partir de Versalles en trineo con unos gentileshombres por toda compañía? «Loco séquito que os compromete dadas las circunstancias en que vivimos.» ¿Queréis probarme que tenéis razón de desaparecer con ellos en París, como máscaras en un baile, y de no aparecer hasta la noche, escandalosamente tarde, mientras que mi lámpara se ha agotado en el trabajo y cuando todo el mundo duerme? Habéis hablado de la dignidad del matrimonio, de la majestad del trono y de vuestra calidad de madre. ¿Es de una esposa, es de una reina, es de una madre lo que acabáis de hacer?
—Os voy a responder en dos palabras, monsieur, y os diré ante todo que os responderé todavía más desdeñosamente que lo he hecho hasta ahora, porque me parece que ciertas partes de vuestra acusación no merecen más que mi desprecio. Yo he abandonado Versalles en trineo para llegar más rápido a París; yo he salido con mademoiselle de Taverney, la cual, a Dios gracias, posee una de las reputaciones más puras de la corte, y he ido a París a verificar por mí misma que el rey de Francia, este padre de la gran familia, este rey filósofo, este sostén moral de todas las conciencias, el que ha alimentado a los pobres extranjeros, calentado a los mendigos y merecido el amor del pueblo por su beneficencia; he querido verificar, digo, que el rey dejaba morir de hambre, hundirse en el olvido, expuesta a todos los ataques del vicio y de la miseria, a alguien de su familia, un descendiente de uno de los reyes que han gobernado a Francia.
—¡Yo! —exclamó el rey sorprendido.
—He subido —continuó la reina— a una especie de buhardilla y he visto sin fuego, sin luz y sin dinero a la nieta de un gran príncipe; yo he dado cien luises a esta víctima del olvido, de la negligencia real. Y como se me hizo tarde reflexionando en la nada de nuestras grandezas, porque yo también a veces soy filósofo; como la helada era tan fuerte y por la helada los caballos caminaban mal, y sobre todo los caballos del coche de alquiler...
—¡Los caballos del coche de alquiler! —gritó el rey—. ¿Vos habéis vuelto en coche de alquiler?
—Sí, Sire; en el número 107.
—¡Oh! —murmuró el rey balanceando su pierna derecha montada sobre la izquierda, lo que en él era síntoma de impaciencia—. En coche de alquiler...
—Sí, y con la suerte de haber encontrado siquiera ese coche —repuso la reina.
—Madame —interrumpió el rey—, vos habéis obrado bien, tenéis siempre nobles inspiraciones, tomadas quizá a la ligera, pero la falta está en esa impetuosa generosidad que os distingue.
—Gracias, Sire —respondió la reina con ironía.
—Pensad —continuó el rey— que yo no he sospechado nada que no fuera completamente recto y honesto; la marcha sola y la aventurada ida de la reina a París me ha desagradado; habéis hecho el bien como siempre, pero haciendo el bien a los demás habéis encontrado el medio de haceros mal a vos. He aquí lo que yo os reprocho. Ahora he de reparar algún olvido, he de velar por la suerte de unos descendientes de reyes. Estoy pronto a ello: denunciadme esos infortunios, y mis favores no se harán esperar.
—El nombre de Valois, Sire, creo que es bastante ilustre para que vos lo tengáis presente en la memoria.
—¡Ah! —exclamó Luis XVI con una carcajada—. Ya sé ahora lo que os preocupa. La pequeña Valois, ¿no es eso? Una condesa de... esperad... de... Justo, De la Motte. ¿Su marido es gendarme?
—Sí, Sire.

—Y la mujer es una intrigante. No os avergoncéis. Esta dama ha removido cielo y tierra; ha agobiado a los ministros; ha aburrido a mis tías; me ha aplastado a mí mismo con súplicas, ruegos, con pruebas genealógicas.
—Sire, eso prueba que hasta ahora ella ha reclamado inútilmente.
—No lo niego.
—¿Es o no es una Valois?
—Sí, creo que lo es.
—Pues bien, una pensión. Una pensión honorable para ella, un regimiento para su marido, una posición social para los vástagos del tronco real.
—Despacio, madame. Diablo, cómo os lanzáis. La pequeña Valois me arrancará siempre bastantes plumas sin que vos la ayudéis. Tiene buen pico la pequeña Valois.
—Yo no temo por vos. Vuestras plumas tienen fuerza.
—Una pensión honorable, Dios mío. ¡Cómo os dejáis ir, madame! ¿Sabéis qué sangría terrible ha hecho este invierno a mi tesoro particular? ¡Un regimiento para este gendarmillo que ha hecho la especulación de casarse con una Valois! No tengo, madame, más regimientos que dar, incluso a los que los pagan o a los que se lo merecen. Una posición social digna de reyes de los cuales descienden estos mendigos... Cuando otros reyes gozamos de un estado de ricos particulares, el duque de Orleáns ha enviado sus caballos y sus mulas a Inglaterra para hacerlos vender, y ha suprimido los dos tercios de su casa. Yo he suprimido mis cacerías de lobos. Saint-Germain me ha hecho reformar mi mansión militar. Vivimos privándonos todos de muchas cosas grandes y pequeñas, querida mía.
—Sin embargo, Sire, los Valois no pueden morir de hambre.
—¿No decís que le habéis dado cien luises?
—Hermosa limosna.
—Es real.
—Dadle vos otro tanto, entonces.
—Me guardaré bien de ello. Los que le habéis dado bastan por nosotros dos.
—Entonces, una pequeña pensión.
—No, nada fijo. Estas gentes se sostienen bastante bien por sí mismas; pertenecen a la familia de los roedores. Aun cuando yo tuviera deseos de darles, les daría una suma sin obligaciones para el porvenir. En una palabra, daría cuando tuviera bastante dinero. De esa pequeña Valois no puedo contaros todo lo que sé. Vuestro buen corazón ha caído en un lazo, mi querida Antonieta. Yo le pido perdón por ello a vuestro buen corazón.
Y diciendo estas palabras, Luis le tendió la mano a la reina, quien cediendo al primer movimiento se la acercó a los labios, pero de improviso, rechazándole, exclamó:
—¡Vos no habéis sido bueno conmigo! Y os aborrezco.
—¿Vos me aborrecéis? Pues yo..., yo...
—Sí, decid que vos no me aborrecéis; vos, que me habéis hecho cerrar las puertas de Versalles; vos, que llegáis a las seis y media de la mañana a mi antecámara, abrís mi puerta a la fuerza y entráis con ojos furibundos donde yo estoy.
El rey se rió, diciendo:
—No, yo no os aborrezco.
—Vos habéis dejado de quererme de pronto.
—¿Qué me daríais si os probase que yo no os quiero menos, aun viniendo a vuestra cámara con la acritud que habéis visto?
—Veamos primero la prueba de lo que me decís.
—Es muy fácil —repuso el rey—. Tengo la prueba en mi bolsillo.

—¡Bah...! —murmuró la reina sin disimular su curiosidad y sentándose en el lecho—. ¿Tenéis algo que darme? Realmente sois bien amable; porque yo no hubiera creído que trajeseis ninguna prueba. Nada de subterfugios. Quiero lo prometido.
Entonces, con una sonrisa llena de bondad, el rey hurgó en su bolsillo con una lentitud que aumentaba la expectación; esa lentitud que hace estremecer de impaciencia al niño por su juguete, al animal por su golosina, a la mujer por su regalo. Al fin terminó por sacar de su bolsillo una caja de tafilete rojo artísticamente estampado y realzado con dorados.
—¿Un cofrecillo? —dijo la reina—. Veamos.
El rey puso el cofrecillo sobre el lecho. La reina lo cogió vivamente, y apenas hubo abierto la caja exclamó alborozada:
—¡Oh, qué bello, Dios mío, qué bello!
El rey sintió que un estremecimiento de alegría le cosquilleaba el corazón.
—¿Lo encontráis bello?
La reina no podía responder de júbilo.
Después sacó del cofrecillo un collar de diamantes tan grandes, tan puros, tan luminosos, y tan hábilmente engarzados, que parecía que corría sobre sus bellas manos un río de fósforo y de llamas.
El collar ondulaba como los anillos de una serpiente, en que cada anillo ofrece un resplandor distinto.
—¡Oh, es magnífico! —dijo la reina encontrando la palabra—. Magnífico —repetía con ojos que se animaban al contacto de aquellos fabulosos diamantes, acaso porque pensaba que ninguna mujer del mundo podía lucir un collar como aquél.
—¿Estáis contenta?
—Entusiasmada, Sire. Me habéis hecho demasiado feliz.
—Me alegro.
—Ved esta primera fila, los diamantes son como avellanas.
—En efecto, y bien colocados. No se distinguirían los unos de los otros.
—Qué sabias proporciones entre las diferencias del primero al segundo y del segundo al tercero. El joyero que ha reunido estos diamantes y ha hecho este collar es un artista.
—Son dos.
—¿Se trata de Boehmer y Bossange?
—Habéis adivinado.
—De verdad que sólo ellos pueden atreverse a hacer joyas parecidas. ¡Qué bello es, Sire, qué bello!
—Madame, madame, estáis pagando este collar demasiado bien.
—Oh, Sire...
De improviso su radiante expresión se ensombreció y bajó la cabeza, apesadumbrada. El cambio fue tan rápido y se corrigió tan pronto que el rey no tuvo tiempo de notarlo.
—Veamos —dijo él—, proporcionadme un placer.
—¿Cuál?
—El de poneros este collar.
La reina le detuvo.
—Es muy caro, ¿verdad? —dijo ella tristemente.
—Pues sí —dijo el rey riendo—, pero ya os he dicho que acabáis de pagar más de lo que vale, y únicamente puesto en vuestro cuello valdrá su verdadero precio.
Y diciendo estas palabras, Luis se acercó a la reina, cogiendo los extremos del magnífico collar, para fijarlos por el cierre, hecho con un magnífico diamante.
—No —dijo la reina—, no, nada de infantilismos. Volved a poner este collar en vuestro cofrecillo, Sire.

Y sacudió la cabeza.
—¿Rehusáis que yo sea el primero en verlo sobre vos?
—Dios no quiera que yo os rehúse esa alegría si acepto el collar; pero...
—Pero... —dijo el rey sorprendido.
—Pero, ni vos ni nadie, Sire, verá un collar de este precio en mi cuello.
—¿No lo vais a llevar, madame?
—Nunca.
—¿Rehusáis mi regalo?
—No. Rehúso colgar un millón, y acaso un millón y medio, de mi cuello, porque estimo este collar en seiscientas mil libras, ¿no es así?
—No diría yo que no —repuso el rey.
—Pues, rehúso que cuelgue de mi cuello un millón y medio cuando los cofres del rey están vacíos, cuando el rey se ha visto forzado a disminuir sus socorros y a decir a los pobres: «No tengo más dinero; Dios os asista.»
—¿Cómo? ¿Es en serio lo que me acabáis de decir?
—Ved, Sire; monsieur de Sartines me dijo un día que con seiscientas mil libras se podía comprar un barco, y el rey de Francia tiene más necesidad de un barco de línea que la reina de Francia de un collar.
—¡Oh! —exclamó el rey en el colmo de la alegría y con los ojos húmedos de lágrimas—. Lo que acabáis de decir es sublime. ¡Gracias, gracias, gracias! Antonieta, sois una mujer buenísima.
Y para coronar dignamente esta demostración cordial y burguesa, el buen rey la tomó en sus brazos y la besó.
—¡Oh! Cómo se os bendecirá en Francia, madame, cuando se sepan las palabras que acabáis de decir.
La reina suspiró.
—Estáis a tiempo todavía —dijo el rey con vivacidad—. ¿Un suspiro de disgusto?
—No, Sire; un suspiro de alivio. Cerrad ese cofrecillo y devolvedlo a los joyeros.
—Yo ya había concretado mis términos de pago y el dinero estaba dispuesto. ¿Qué haré ahora? No seáis tan desinteresada, madame.
—No, yo he reflexionado bien. No; decididamente, Sire, yo no quiero ese collar, pero quiero otra cosa.
—He aquí mis setecientas mil libras volatilizadas.
—¿Setecientas mil libras? ¿Tan caro?
—Sí, pero yo os he dado mi palabra y no faltaré a ella.
—Tranquilizaos, porque lo que yo voy a pediros costará menos.
—¿De qué se trata?
—Que me dejéis ir a París otra vez.
—Es muy fácil, y sobre todo nada caro.
—Esperad, esperad.
—¡Diablo!
—A París, plaza de Vendóme.
—Diablo, diablo.
—A casa de Mesmer.
El rey se pellizcó la oreja.
—En fin —dijo— si habéis rehusado una fantasía de setecientas mil libras, bien puedo admitir la vuestra. Id, pues, a casa de Mesmer, pero con una condición.
—¿Cuál?
—Que os hagáis acompañar de una princesa de sangre real.
La reina reflexionó.

—¿Os parece bien madame de Lamballe?
—Conforme.
—Entonces todo está dicho
—Lo firmo.
—Gracias.
—De paso —agregó el rey— voy a encargar mi barco de línea y se llamará El collar de la reina. Vos seréis su madrina, y después se lo enviaré a De la Perouse.
El rey besó la mano de su mujer y salió del apartamento rebosando alegría.

VIII
EL TOCADOR DE LA REINA

Apenas el rey hubo salido, la reina se levantó y se acodó en la ventana para respirar el aire glacial de la mañana.
El día se anunciaba brillante y con ese encanto que es un avance de la primavera y que tienen algunos días de abril; a las heladas de la noche sucedía el dulce calor de un sol que ya se dejaba sentir; el viento de la víspera había cambiado del norte al este.
Si se miraba en esta dirección, el invierno, el terrible invierno de 1784, había terminado. Ya se veía flotar en el horizonte ese vapor grisáceo que no es otra cosa que la humedad evaporada por el sol.
El hielo se derretía en las ramas y los pájaros comenzaban a posarse libremente sobre los vástagos recién nacidos.
La flor de abril, el alhelí amarillo, curvado bajo el hielo como esas pobres flores de que habla Dante, levantaba su cabeza del seno de la nieve apenas fundida, y bajo las hojas de la violeta, espesas, duras y largas, el botón oblongo de la flor misteriosa lanzaba sus dos pétalos elípticos que preceden a su floración y a su perfume.
En las avenidas, sobre las estatuas, sobre las rampas de las puertas de hierro, el hielo se deslizaba en diamantes rápidos; no era todavía agua; era hielo.
Todo anunciaba la lucha sorda de la primavera contra la escarcha y presagiaba la próxima derrota del invierno.
—Si queremos aprovecharnos todavía del hielo que queda —exclamó la reina interrogando a la atmósfera—, creo que es preciso apresurarse. ¿No es así, madame de Misery? —agregó volviéndose hacia esa dama—. La primavera acaba de llegar.
—Vuestra Majestad tendrá deseos de ir a patinar al Bassin des Suisses —dijo la primera azafata.
—Es verdad. Hoy haremos una partida —dijo la reina—, porque mañana quizá sería demasiado tarde.
—¿A qué hora hay que hacer la toilette de Vuestra Majestad?
—En seguida. Desayunaré ligeramente y saldré.
—¿Son sólo ésas las órdenes de la reina?
—Infórmese si mademoiselle de Taverney se ha levantado y le decís que deseo verla.
—Mademoiselle de Taverney está ya en el tocador de Su Majestad.
—¿Ya? —preguntó la reina que sabía a qué hora se había acostado Andrea.
—Está esperando desde hace más de veinte minutos.
—Hacedla pasar.
Andrea entró en el gabinete de la reina en el momento en que la primera campanada de las nueve sonaba en el patio de Marbre.
Ya vestida con esmero, como toda mujer de la corte que no tiene el derecho de mostrarse con descuido ante su soberana, De Taverney se presentó un poco inquieta pero sonriendo. La reina sonrió también, lo que tranquilizó a Andrea.

—Vamos, mi buena De Misery —dijo—, enviadme a Léonard y a mi sastre.
Después, habiendo observado a madame de Misery mientras se retiraba y viendo que la puerta se cerraba detrás de ella, dijo:
—El rey ha estado encantador; ha reído y le he desarmado.
—¿Pero él está enterado? —preguntó Andrea.
—Comprenderéis, Andrea, que no se miente cuando se ha equivocado uno y se es reina de Francia.
—Es verdad, madame —respondió Andrea, enrojeciendo.
—Sin embargo, mi querida Andrea, parece que hemos cometido una equivocación.
—¿Una equivocación, madame? Sin duda más de una.
—Es posible, pero he aquí la primera: haberme quejado de la situación de madame de la Motte; el rey no la aprecia. Confieso, sin embargo, que a mí me ha gustado.
—Vuestra Majestad tiene demasiado buen juicio para no inclinarse ante sus mandatos.
—Aquí está Léonard —dijo madame de Misery, volviendo a entrar.
La reina se sentó a su tocador y el célebre peluquero comenzó su trabajo. La reina tenía los más hermosos cabellos del mundo y su coquetería consistía en hacerlos admirar. Léonard lo sabía, y en lugar de proceder con rapidez, como hubiera hecho con otra mujer, dejaba a la reina el tiempo suficiente para que se admirase a sí misma. Esta mañana María Antonieta estaba contenta y más bella que nunca; a través del espejo contemplaba a Andrea y le dirigía las más afectuosas miradas.
—A vos no os han reñido. Vos sois libre y orgullosa, porque todo el mundo os tiene un poco de miedo, pues, como la divina Minerva, sois demasiado sabia.
—Yo, madame —balbució Andrea.
—Sí, vos, vos, la aguafiestas de todos los pisaverdes de la corte. ¡Qué feliz sois de ser doncella, Andrea, y sobre todo, de sentiros feliz siéndolo!
Ella enrojeció y esbozó una triste sonrisa.
—Es un voto que he hecho.
—¿Y que vos mantendréis, mi bella vestal?
—Eso espero.
—A propósito —repuso la reina—; me acuerdo ahora...
—¿De qué, Majestad?
—Que sin estar casada, tenéis un dueño desde ayer.
—¿Un dueño, madame?
—Sí, vuestro querido hermano. ¿Cómo le llamáis? Felipe, me parece.
—Sí, madame; Felipe.
—¿Ha llegado?
—Ayer, como Su Majestad acaba de decirme.
—¿Y no lo habéis visto todavía? Qué egoísta soy por haberos apartado de él ayer para llevaros a París; es algo imperdonable.
—Madame —dijo Andrea sonriendo—, os perdono con todo el alma, y Felipe también.
—¿Estáis bien segura?
—Segura.
—¿Por cuenta propia?
—Por mí y por él.
—¿Cómo es él?
—Siempre gentil y bueno, madame.
—¿Qué edad tiene ahora?
—Treinta y dos años.
—Pobre Felipe... ¿Sabéis que tenía catorce años cuando yo le conocí y que sobre esos catorce años han corrido nueve o diez sin verle?

—Cuando Vuestra Majestad quiera recibirle, será feliz por asegurar a Vuestra Majestad que la ausencia no ha disminuido los sentimientos de respetuosa devoción que profesa a la reina.
—¿Puedo verle inmediatamente?
—Dentro de un cuarto de hora estará a los pies de Vuestra Majestad si Vuestra Majestad lo permite.
—Bien, bien. Yo lo permito. Más aún, lo deseo.
La reina acababa apenas de peinarse, cuando algo vivo, rápido, ruidoso, se deslizó, o más bien saltó sobre el tapiz del gabinete donde la reina hacía su tocado y vino a reflejar su rostro reidor y pícaro en el mismo espejo donde María Antonieta sonreía al suyo.
—Hermano mío De Artois —dijo la reina—. De verdad que me habéis asustado.
—Buenos días, Majestad —dijo el príncipe—. ¿Cómo ha pasado Vuestra Majestad la noche?
—Muy mal; gracias, hermano mío.
—¿Y la mañana?
—Muy bien.
—He ahí lo esencial. Inmediatamente y sin la menor duda comprendí que la prueba se había soportado con toda felicidad, ya que encontré al rey y me ha sonreído deliciosamente. ¡Lo que es la confianza!
La reina se echó a reír. El conde de Artois, que no sabía nada más del asunto, rió también, pero por otro motivo.
—Pero ahora pienso —dijo— en lo distraído que soy; no he preguntado a la deliciosa mademoiselle de Taverney por el empleo de su tiempo.
La reina miró a través de su espejo, gracias al cual nada de lo que pasaba en su cámara se le escapaba.
Léonard acababa de terminar su obra, y la reina, quitándose el peinador de muselina de las Indias, eligió el traje para aquella mañana.
La puerta se abrió, y le dijo al conde de Artois:
—Vedla; si queréis saber algo de Andrea, aquí la tenéis.
Andrea entraba en aquel momento, trayendo de la mano a un bello gentilhombre, moreno de rostro y cuyos ojos negros expresaban una profunda nobleza y melancolía. Un vigoroso soldado de frente inteligente, de aspecto severo, parecido a uno de esos bellos retratos de familia que han pintado Coypel o Gainsborough.
Felipe de Taverney vestía un traje gris finamente bordado en plata, pero ese gris parecía negro y esa plata brillaba como la lumbre; la chorrera blanca mate resaltaba sobre la casaca de color sombrío, y el cabello empolvado completaba la varonil energía del rostro.
Felipe avanzó, una mano en la de su hermana y la otra sosteniendo su sombrero.
—Majestad —dijo Andrea, inclinándose con respeto—, he aquí a mi hermano.
Felipe saludó ceremoniosamente.
Cuando levantó la cabeza, la reina no había cesado todavía de mirarse en su espejo. Es verdad que lo veía todo tan bien como si hubiese mirado a Felipe cara a cara.
—Buenos días, monsieur de Taverney —dijo la reina.
Y entonces se volvió. Estaba muy bella, con ese resplandor real que confundía en torno a su trono a los amigos de la realeza y a los adoradores de la mujer; que poseía en sí misma el poder de la hermosura, y que se nos perdone esta inversión de ideas, que también gozaba la hermosura del poder.
Felipe, viéndola sonreír y sintiendo su mirada límpida, orgullosa y dulce a la vez, posarse sobre él, palideció y dejó ver en su rostro la emoción más viva.

—Parece, monsieur de Taverney —continuó la reina—, que me ofrecéis vuestra primera visita. Gracias.
—Su Majestad se digna olvidar que soy yo quien tiene que agradecerlo.
—¡Cuántos años! —dijo la reina—. ¡Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto! El tiempo más bello de la vida, ¡ay!
—Para mí sí, madame, pero no para Vuestra Majestad, para la cual todos los días son hermosos.
—¿Os gusta tanto América que habéis permanecido allí mientras todo el mundo aguardaba vuestro regreso?
—Madame —dijo Felipe—, monsieur de La Fayette, al abandonar el Nuevo Mundo, tenía necesidad de un oficial de confianza en quien pudiera dejar una parte del mando de los auxiliares. Y me propuso al general Washington, que decidió aceptarme.
—Parece —dijo la reina— que de ese Nuevo Mundo regresan hechos héroes.
—No será por mí que Vuestra Majestad dice eso —repuso Felipe, sonriendo.
—¿Por qué no?
Y después volviéndose hacia el conde de Artois, agregó:
—Miradle, hermano mío, qué bella figura y qué aire marcial el de monsieur de Taverney.
Felipe, viéndose examinado por el conde de Artois, al que no conocía, dio un paso hacia él, solicitando del príncipe licencia para saludarle.
El conde hizo un gesto con la mano, y Felipe se inclinó.
—Un hermoso oficial —exclamó el joven príncipe—, noble gentilhombre, al cual me siento feliz de conocer. ¿Cuáles son vuestras intenciones al regresar a Francia?
Felipe miró a su hermana.
—Monseñor —dijo—, el interés de mi hermana domina el mío: lo que ella quiera que haga, eso haré.
—Pero existe un monsieur de Taverney, según creo —dijo el conde de Artois.
—Hemos tenido la felicidad de conservar a nuestro padre; sí, monseñor.
—Pero no importa —interrumpió vivamente la reina—; yo prefiero a Andrea bajo la protección de su hermano, y a su hermano bajo la vuestra, señor conde. Os vais a encargar, pues, de monsieur de Taverney, si os parece bien.
El conde de Artois hizo un signo de asentimiento.
—¿Sabéis —continuó la reina— que los lazos más estrechos nos unen?
—¿Lazos muy estrechos, hermana mía? Ah, contádmelo, os lo ruego.
—Sí. Felipe de Taverney fue el primer francés que apareció ante mis ojos cuando yo llegaba a Francia, y me había prometido hacer la felicidad del primer francés que yo encontrase.
Felipe sentía que el rubor le subía a las mejillas. Se mordió los labios para continuar impasible. Andrea le miró y bajó la cabeza.
María Antonieta sorprendió una de esas miradas que el hermano y la hermana habían cambiado. Pero no podía adivinar lo que una mirada parecida ocultaba de secretos dolorosamente acumulados.
María Antonieta no sabía nada de los acontecimientos que hemos relatado en la primera parte de esta historia.
La aparente tristeza que notó la reina la atribuyó a otra causa. Ya que tantas gentes eran presas de amor por la delfina en 1774, ¿por qué monsieur de Taverney no había de sufrir de este amor epidémico de los franceses por la hija de María Teresa?
Nada hacía esta suposición inverosímil, nada, ni siquiera el examen hecho al espejo por esta joven belleza que había llegado a ser mujer y reina.

María Antonieta, pues, atribuía el suspiro de Felipe a alguna confidencia de este género hecha a la hermana por el hermano. Ella sonrió al hermano y acarició a la hermana con sus más amables miradas. La reina fue siempre mujer, y se enorgullecía de ser amada. Ciertas almas tienen esta aspiración, desean la simpatía de todos los que las rodean, y no por eso son las almas menos generosas de este mundo.
¡Ay! ¡Vendría un momento, pobre reina, en que la sonrisa que se te reprocha hacia las gentes que te aman la dirigirás en vano a las gentes que te odian!
El conde de Artois se acercó a Felipe mientras la reina consultaba a Andrea sobre el adorno de un vestido de caza.
—Seriamente —dijo el conde de Artois—, ¿es un gran general el general Washington?
—Un gran hombre, sí, monseñor.
—¿Y qué efecto causan los franceses allá?
—Bueno, lo contrario del mal efecto de los ingleses.
—De acuerdo. Sois partidario de ideas nuevas, mi querido Felipe de Taverney. ¿Pero habéis reflexionado bien en una cosa?
—¿Cuál, monseñor? Os confesaré que allí, sobre la hierba de los campos, en las sabanas, al borde de los grandes lagos, he tenido bastante tiempo de reflexionar sobre muchas cosas.
—En ésta, por ejemplo: que haciendo la guerra allá abajo, no es ni a los indios ni a los ingleses a quien vos la habéis hecho.
—¿A quién, pues, monseñor?
—A vos.
—No os desmentiré, pues es posible.
—Vos confesáis...
—Yo confieso la desgraciada repercusión de un acontecimiento que ha salvado a la monarquía.
—Sí, pero una repercusión quizá mortal para los que se habían repuesto del accidente primitivo.
—Ay, monsieur.
—He querido explicar por qué yo no encuentro tan maravillosas como se pretende las victorias de Washington y del marqués de La Fayette. Es egoísmo, lo confieso; pero dejémoslo correr, no es egoísmo únicamente personal.
—Monseñor...
—¿Y sabéis por qué os ayudaré con todas mis fuerzas?
—Cualquiera que sea la razón, profeso a Vuestra Alteza Real el más vivo reconocimiento.
—Es que, mi querido monsieur de Taverney, vos no sois uno de los que las trompetas han exaltado en nuestras plazas; vos habéis realizado valientemente vuestro servicio, pero no habéis querido emborracharos con los clarines. No conocéis París, y es por esto por lo que yo os aprecio. Monsieur de Taverney..., yo soy un egoísta, ya lo veis.
Luego de estas palabras, el príncipe besó la mano de la reina riendo, saludó a Andrea con gesto afable y más respetuoso que el que solía tener con las demás mujeres; después la puerta se abrió y desapareció.
La reina cortó entonces casi bruscamente su diálogo con Andrea, y volviéndose hacia Felipe, le preguntó:
—¿Habéis visto a vuestro padre, monsieur?
—Antes de venir aquí, sí, madame; lo he encontrado en la antecámara; mi hermana le había prevenido.
—¿Por qué no habéis ido a ver primero a vuestro padre?

—Había enviado a su casa a mi ayuda de cámara, madame, lo mismo que mi reducido equipaje, pero monsieur de Taverney ha hecho volver al criado con la orden de presentarme primero en palacio, ante el rey o ante Vuestra Majestad.
—¿Y vos habéis obedecido?
—Y ha sido una suerte, madame, pues así he podido abrazar a mi hermana.
—Hace un tiempo soberbio —exclamó la reina con un movimiento de alegría—. Madame de Misery, mañana se habrá fundido el hielo. Necesito un trineo inmediatamente.
La primera dama salió para transmitir la orden.
—Y servidme aquí el chocolate —agregó la reina.
—¿Vuestra Majestad no almorzará? —preguntó De Misery— Anoche Vuestra Majestad no cenó.
—Os engañáis, mi buena Misery; nosotras cenamos ayer; preguntádselo a mademoiselle de Taverney.
—Y muy bien —afirmó Andrea.
—Lo que no me impedirá tomar el chocolate —agregó la reina—; de prisa, de prisa, mi buena De Misery; este bello sol me atrae; y habrá mucha gente en el Bassin des Suisses.
—¿Vuestra Majestad se propone patinar? —preguntó Felipe.
—Sin duda vais a burlaros de nosotras, monsieur americano, vos que habréis recorrido lagos inmensos, sobre los cuales se hacen seguramente más leguas que nosotros damos pasos aquí.
—Madame —respondió Felipe—, aquí Vuestra Majestad se divierte con el frío y el camino; allá significan la muerte.
—He aquí el chocolate; Andrea, os invito a tomar una taza.
Andrea enrojeció de placer y se inclinó.
—¿Lo veis, monsieur de Taverney? Soy siempre la misma, la etiqueta me da horror como en otro tiempo. ¿Os acordáis de entonces, o habéis cambiado?
Estas palabras estremecieron el corazón del joven, porque a veces el disgusto de una mujer es una amenaza para los propios intereses.
—No, madame; no he cambiado, por lo menos de corazón.
—Entonces, si habéis guardado el mismo corazón —dijo la reina sonriendo—, como vuestro corazón era bueno, vamos a agradecer eso a nuestro modo: una taza para monsieur de Taverney, madame de Misery.
—Oh, madame —repuso Felipe impresionado—, Vuestra Majestad no pensará hacer tal honor a un soldado oscuro como yo.
—Un antiguo amigo —exclamó la reina—, he ahí todo. Hoy me vienen a la memoria todos los recuerdos de mi juventud; hoy me siento feliz, libre, orgullosa, loca... Hoy me acuerdo de mis primeros paseos por mi Trianón querido, y las escapadas que hacíamos Andrea y yo. Mis rosas, mis fresas, mis verbenas, los pájaros que trataba de reconocer en mis parterres, todo, hasta mis jardines queridos en los que siempre había una flor nueva, un fruto sabroso, y De Jussieu y ese original Rousseau, ya muerto... Este hermoso día... Os digo que me vuelve loca. ¿Pero qué os pasa, Andrea? Habéis enrojecido; ¿qué ocurre, Felipe? ¿Estáis pálido?
El rostro de los dos jóvenes había soportado mal la prueba de este recuerdo cruel. Pero a las primeras palabras de la reina recuperaron su valor.
—Es que me he quemado —dijo Andrea—; excusadme, madame.
—Y yo, madame —dijo Felipe—, no puedo todavía hacerme a la idea de que Vuestra Majestad me honre como a un gran señor.

—Vamos, vamos —interrumpió María Antonieta, llenando de chocolate la taza de Felipe—; vos sois un soldado, como habéis dicho, y como tal acostumbrado al fuego; arded gloriosamente con el chocolate, porque no tengo tiempo de esperaros.
Y se echó a reír, pero Felipe tomó la cosa en serio, como un lugareño lo hubiera hecho; solamente que lo que éste hubiera hecho por presumir de gran señor, Felipe lo cumplió por heroísmo.
La reina no le perdía de vista y siguió riendo.
—Tenéis el mejor carácter.
Se levantó. Sus azafatas le habían traído un hermoso sombrero, un manto de armiño y guantes.
Felipe se puso el sombrero bajo el brazo y siguió a las damas.
—Monsieur de Taverney, no quiero que me dejéis —dijo la reina—. Es más, hoy, por cortesía, quiero acaparar a un americano. Tomad mi derecha.
De Taverney obedeció. Andrea se colocó a la izquierda de su soberana.
Cuando la reina descendió la gran escalera, cuando los tambores redoblaron, cuando el clarín de los guardias de Corps y el entrechocamiento al presentar armas resonaron en el palacio, extendiéndose sus ecos por los vestíbulos, esta pompa real, este respeto de todos, esta adoración dirigida al corazón de la reina la compartía De Taverney en su camino, y este triunfo llenó de vértigo la cabeza ya turbada del joven. Un sudor de fiebre brilló en su frente y sus pasos vacilaron.
Y sin el frío que le golpeó los ojos y los labios, seguramente se hubiese desvanecido.
Era para este joven, después de tantos días tristemente pasados entre penalidades y en el exilio, un retorno demasiado súbito a las grandes alegrías del orgullo y del corazón.
Mientras que al paso de la reina, resplandeciente de belleza, se inclinaban las frentes y se presentaban armas, se vio a un viejecito al cual la preocupación hizo olvidar la etiqueta.
Permanecía con la cabeza levantada, la mirada fija sobre la reina y sobre De Taverney, en lugar de bajar la frente y los ojos.
Cuando la reina se alejó, el viejecito salió de su fila y se le vio correr todo lo que le permitieron sus temblorosas piernas.

IX
EL BASSIN DES SUISSES

Todos conocen ese rectángulo glauco y morado en la bella estación, blanco y estriado en el invierno, que se llama todavía hoy el Bassin des Suisses.
Una avenida de tilos que extendían alegremente al sol sus brazos rojizos bordeaban cada ribera del estanque; esta avenida estaba llena de paseantes de todos los rangos y de toda edad que acudían a gozar del espectáculo de los trineos y de los patinadores.

Los vestidos de las damas ofrecían esa abigarrada mezcla del lujo un poco decadente de la antigua corte y la desenvoltura un poco caprichosa de la nueva moda.
Los altos peinados, los mantos prestando sombra a las frentes jóvenes, los sombreros de fieltro en su mayoría, los abrigos de pieles y el vuelo de los vestidos de seda, formaban una mezcla bastante curiosa con los vestidos rojos, los redingotes de un azul cielo, las libreas amarillas y las holgadas levitas blancas.
Criados en azul y rojo emergían de toda esta multitud como amapolas azulinas que el viento hiciese ondular sobre las espigas o los tréboles.

A veces un grito de admiración surgía de en medio de la asamblea. Era que Saint-Georges, el valiente patinador, acababa de ejecutar un círculo tan perfecto, que si un geómetra lo midiese no encontraría defecto alguno.
Mientras que las orillas del estanque estaban llenas de tal cantidad de espectadores, que se prestaban calor por contacto y ofrecían de lejos el aspecto de un tapiz multicolor, sobre el cual flotaba una especie de vapor, el de los alientos en el ambiente frío, el mismo estanque, convertido en un espejo de hielo, presentaba el aspecto más variado y sobre todo más movido.
Aquí un trineo que tres grandes perros adornados como las troikas rusas hacen volar sobre el hielo. Estos perros vestidos con terciopelos blasonados, con la cabeza cubierta de plumas flotantes, se parecen a los quiméricos animales de las intrigas de Callot o de las pinturas negras de Goya.
Su dueño, monsieur de Lauzun, perezosamente sentado en el trineo forrado con piel de tigre, se inclina hacia un costado para respirar con holgura, lo que no haría si siguiese la dirección del viento.
Aquí y allá, algunos trineos de modesto aspecto buscan la soledad. Una dama enmascarada, sin duda por causa del frío, está en uno de estos trineos, mientras que un hermoso patinador, vestido con una hopalanda de terciopelo con adornos de oro, se inclina sobre el respaldo para dar un impulso más rápido al trineo que él mismo empuja a la vez que dirige.
Las palabras entre la dama y el patinador de la hopalanda de terciopelo se cambian en voz muy baja, y nadie se atrevería a criticar una cita secreta dada bajo la bóveda de los cielos y a la vista de todo Versalles.
Lo que se dicen poco importa a quienes les están viendo, y poco les importa a ellos que les vean, ya que no les oyen. Resulta evidente que, aun en medio de toda esta gente, viven una vida de soledad, pasan entre la multitud como pájaros viajeros. ¿Adonde van? A ese mundo desconocido que toda alma busca y que se llama felicidad.
De repente, en medio de estas sílfides que se deslizan más que andan, se produce un gran movimiento, estalla un rumor que lo llena todo.
La reina acaba de aparecer en la orilla del Bassin des Suisses, ha sido reconocida y todos se apresuran a ofrecerle su puesto, mientras ella les hace a todos el ademán de que no se muevan.
El grito de «¡Viva la reina!» repercute, y después, obtenido el permiso, los patinadores que vuelan y los trineos empujados forman, como movidos por un resorte eléctrico, un gran círculo alrededor del lugar donde la augusta visitante se ha detenido.
La atención general está fija en ella.
Los hombres se acercan con deferencia y las mujeres se acomodan con respeto; cada una encuentra el medio de mezclarse casi con los grupos de caballeros y altos oficiales que se presentan para ofrecer sus cumplidos a la reina.
Entre los principales personajes que el público ha reconocido, hay uno que, en lugar de seguir el impulso general de presentarse delante de la reina, abandona su trineo y desaparece acompañado de su séquito.
El conde de Artois, que se encontraba entre los más elegantes y expertos patinadores, no fue de los últimos en franquear el espacio que le separaba de su cuñada, yendo a besarle la mano y diciéndole:
—¿Veis cómo nuestro hermano el conde de Provenza huye de vos?
Diciendo estas palabras señaló a la Alteza Real que a grandes pasos iba por el soto lleno de escarcha en busca de su carroza, detenida en un recodo del camino.
—No desea que le haga reproches —dijo la reina.

—En cuanto a los reproches que espera, es asunto mío, y no es por eso por lo que os teme.
—Entonces —dijo alegremente la reina—, será por culpa de su conciencia.
—Por otro motivo, hermana mía.
—¿Pues por qué?
—Os lo diré. Acaba de enterarse de que monsieur de Suffren, el glorioso vencedor, debe llegar esta noche, y como la noticia es importante, desea que la ignoréis.
La reina advirtió alrededor algunos curiosos, cuyo respeto no alejaba lo suficientemente para que no pudiesen oír las palabras de su cuñado.
—Monsieur de Taverney, os suplico que seáis bueno y os ocupéis de mi trineo, y si vuestro padre está ahí, abrazadle; os doy permiso durante un cuarto de hora.
El joven se inclinó y se perdió entre los grupos para ir a ejecutar la orden de la reina.
También la multitud había comprendido: la multitud tiene a veces instintos maravillosos; ensanchó el círculo, y la reina y el conde de Artois se encontraron más cómodos.
—Hermano —dijo la reina—, decidme, os lo ruego, qué gana mi hermano con no quererme informar de la llegada de monsieur de Suffren.
—¿Cómo es posible que vos, mujer, reina y enemiga, no alcancéis en seguida la intención de este asunto político? Monsieur de Suffren llega, nadie lo sabe en la corte. Es el héroe de los mares de la India, y por lo tanto tiene derecho a una recepción magnífica en Versalles. Es decir, De Suffren llega, el rey ignora su llegada, el rey se muestra negligente porque no lo sabe, y por consiguiente sin desearlo, igual que vos, hermana mía. Por el contrario, durante todo ese tiempo, el conde de Provenza, que conoce la llegada de monsieur de Suffren, acoge al marino, le sonríe, le mima, le acuña una moneda, y uniéndose al héroe de la India, se convierte en el héroe de Francia.
—Claro —dijo la reina.
—Esto es todo.
—No os olvidáis más que de un solo punto, mi querido gacetillero.
—¿Cuál?
—¿Cómo habéis sabido este bello proyecto de nuestro querido hermano y cuñado?
—¿Que cómo lo sé? Como sé todo lo que él hace. Es bien sencillo: habiendo advertido que De Provenza ha decidido saber todo lo que yo hago, he pagado a gentes que me cuentan todo lo que él hace. Esto podrá serme útil, y a vos también, querida hermana.
—Gracias por vuestra alianza, ¿pero, y el rey?
—El rey está sobre aviso.
—¿Por vos?
—Oh, no. Por su ministro de Marina, a quien envié yo. Todo esto no me atañe, como comprenderéis. Yo soy demasiado frívolo, demasiado disipado, demasiado loco, para ocuparme de cosas de tanta importancia.
—¿Y el ministro de Marina ignoraba también la llegada de monsieur de Suffren a Francia?
—Por Dios, mi querida hermana; vos habéis conocido bastantes ministros, ¿no es así? Después de catorce años que sois delfina o reina de Francia, tenéis bastante experiencia para saber que estos señores ignoran siempre las cosas más importantes. He prevenido a nuestro ministro y se ha mostrado entusiasmado.
—Lo creo.
—Comprended, querida hermana, que ahora tengo a un hombre que me estará reconocido toda su vida, y justamente tengo necesidad de gratitud.
—¿Para hacer qué?
—Para negociar un empréstito.

—Oh —exclamó la reina riendo—, acabáis de deslucir vuestra bella acción.
—Hermana mía —dijo el conde de Artois con cierta seriedad—, vos debéis tener también necesidad de dinero, como buena reina de Francia. Yo pongo a vuestra disposición la mitad del dinero que espero.
—Mi buen hermano —repuso María Antonieta—, a Dios gracias no necesito nada por ahora.
—Pero no esperéis demasiado tiempo para aprovechar mi ofrecimiento.
—¿Por qué?
—Porque si esperáis demasiado, yo podría estar en una situación difícil.
—En ese caso trataré de descubrir algún secreto de Estado.
—Querida hermana, tenéis frío; lo veo en el color de vuestras mejillas.
—Ya monsieur de Taverney vuelve con mi trineo.
—¿Entonces no tenéis necesidad de mí, hermana?
—No.
—Pues disculpadme, os lo ruego.
—¿Por qué? ¿Creéis que me aburrís?
—No, pero necesito salir.
—Adiós, entonces.
—Hasta después.
—¿Cuándo?
—Esta noche.
—¿Qué ocurre con esta noche?
—No es que ocurre, sino que ocurrirá.
—¿Qué ocurrirá?
—Que habrá mucha gente en el juego del rey.
—¿Por qué?
—Porque el ministro traerá a monsieur de Suffren.
—Pues, hasta la noche.
Con estas palabras el joven príncipe saludó a su hermana con la gentileza que le era natural y desapareció.
De Taverney padre había seguido con los ojos a su hijo cuando se separaba de la reina para ocuparse del trineo, pero en seguida su mirada vigilante se dirigió a la reina. La animada conversación de María Antonieta con su cuñado despertó algunas inquietudes, pues su diálogo recortaba aquella familiaridad demostrada en otro tiempo a su hijo por la reina.
Al fin se contentó con hacer un gesto amable a Felipe cuando éste terminó los preparativos para la partida del trineo, y el joven, queriendo, como le había dicho la reina, ir a abrazar a su padre, al que no había abrazado desde hacía diez años, éste le despidió con un ademán, diciéndole:
—Más tarde, más tarde; vuelve después de tu servicio y hablaremos.
Felipe se alejó, pues, y el barón vio con alegría que el conde de Artois había pedido licencia a la reina, la cual, seguida de Andrea, subió al trineo, como dos grandes archiduquesas.
—No, no —dijo la reina—; yo no quiero ir de esta manera. ¿Es que vos no patináis, monsieur de Taverney?
—Perdonadme, madame —respondió Felipe.
—Dadle patines al caballero —ordenó la reina, y después, volviéndose hacia él, agregó—: No sé quién me dijo que patináis tan bien como Saint-George.
—Antes —dijo Andrea—, Felipe patinaba bien.
—¡Y ahora no tenéis rival! ¿Verdad, monsieur de Taverney?

—Madame —dijo Felipe—, puesto que Vuestra Majestad tiene confianza en mí, trataré de merecerla.
Felipe se había calzado ya los patines, afilados como láminas de acero. Subiendo a la trasera del trineo, lo impulsó vivamente y la carrera comenzó, ofreciéndose en seguida un curioso espectáculo.
Saint-George, el rey de los gimnastas; Saint-George, el elegante mulato, el hombre de moda, el hombre superior en todos los ejercicios gimnásticos, intuyó un rival en ese joven que osaba lanzarse cerca de él a la carrera.
Entonces se puso a girar alrededor del trineo de la reina con reverencias tan respetuosas y tan ágiles que jamás ningún cortesano en los salones de Versalles lo había ejecutado con mayor seducción: trazaba alrededor del trineo círculos cada vez más rápidos y más justos, enlazando uno con el anillo siguiente, maravillosamente soldados el uno al otro, de suerte que cada nueva curva, preveía siempre la llegada del trineo, el cual dejaba atrás, y después de un golpe vigoroso de patines, volvía a ganar gracias a una elipse el terreno que había perdido.
Ninguno, ni siquiera con la mirada, podía seguir esta maniobra sin quedar maravillado, embobado.
Entonces Felipe, espoleado por el juego de su adversario, tomó una resolución temeraria: lanzó el trineo con una rapidez tan vertiginosa que por dos veces Saint-George, en lugar de encontrarse delante de él, acabó su círculo detrás, y como la rapidez del trineo hacía lanzar a mucha gente gritos de espanto, y temiendo que los gritos pudieran asustar a la reina, dijo:
—Si Su Majestad lo desea, me detendré o frenaré un poco.
—Oh, no, no —replicó la reina con el ardor que ponía en todo—. Yo no tengo miedo; más de prisa si podéis, caballero, más de prisa.
—Gracias por vuestra entereza, madame, sujetaos bien.
Y como su recia mano se afirmase de nuevo al triángulo del respaldo, el movimiento fue tan vigoroso que el trineo dio un salto.
Se habría dicho que acababa de levantarlo en el aire.
Entonces, alargando al trineo su otra mano, esfuerzo que había desdeñado hasta entonces, arrastró la máquina como un juguete en sus manos de acero.
Desde ese momento cruzaba cada uno de los círculos de Saint-George, con círculos más grandes todavía, por lo que el trineo se movía como si fuera una pluma, girando y volviendo a girar ampliamente como si se tratase de simples huellas sobre las cuales Saint-George rajaba el hielo; a pesar del volumen y del peso, el trineo de la reina se había convertido en un patín: giraba, volaba, remolineaba como un danzarín.
Saint-George, más fino y más correcto en sus evoluciones, empezó a inquietarse. Patinaba desde hacía una hora, y Felipe, viéndole sudoroso y notando los esfuerzos de sus temblorosas piernas, resolvió vencerle por la fatiga.
Cambió de marcha, y abandonando los círculos que le proporcionaban el trabajo de levantar cada vez el trineo, se lanzó hacia delante en línea recta, y el trineo partió más rápido que una flecha.
Saint-George, de un solo golpe, se le reunió pronto, pero Felipe había escogido el momento en que el segundo impulso multiplica el arranque del primero, y deslizó el trineo sobre una capa de hielo todavía intacta, y con tanta rapidez que le dejó atrás.
Saint-George se lanzó para alcanzar el trineo, pero Felipe, reuniendo todas sus fuerzas, se deslizó sobre el extremo del patín, que pasó delante de Saint-George y clavando las manos sobre el trineo con un movimiento hercúleo, le hizo dar una vuelta y lo lanzó de nuevo en sentido contrario, mientras que Saint-George, agotado por su supremo

esfuerzo, y no pudiendo detener su carrera, perdía un espacio irreparable, quedando totalmente distanciado.
Fueron tan unánimes las exclamaciones que Felipe se sonrojó y se quedó gratamente sorprendido cuando la reina, después de aplaudirle, se volvió hacia él y sonriéndole le dijo:
—Monsieur de Taverney, la victoria es vuestra y os doy las gracias, pero he temido, y temo, que me matéis.

X
EL TENTADOR

Ante ese temor de la reina, Felipe contrajo sus músculos de acero, hincó los pies en la nieve y el trineo se detuvo en seco, como el caballo árabe que se estremece sobre sus patas en la arena del desierto. —Ahora descansad —dijo la reina saliendo del trineo—. En verdad no hubiera creído que la velocidad pudiese producir esa embriaguez; habéis estado a punto de volverme loca. Y con paso vacilante se apoyó en el brazo de Felipe.
Un estremecimiento de estupor que corrió por el gentío le advirtió que acababa de cometer una de sus faltas contra la etiqueta; faltas imperdonables a los ojos de los celos y del servilismo.
Felipe, aturdido por ese honor, parecía más tembloroso y avergonzado que si su soberana le hubiese injuriado públicamente. Bajó los ojos, y su corazón latía como si se le quisiese romper en el pecho.
Una singular emoción, sin duda a causa de la carrera, agitaba también a la reina, porque retiró inmediatamente el brazo y tomando el de mademoiselle de Taverney le pidió asiento, trayéndole una silla de tijera.
—Perdón, monsieur de Taverney —le dijo a Felipe, y enseguida, bruscamente, agregó por lo bajo—: ¡Dios mío, qué desgracia: estar siempre rodeada de curiosos y de idiotas!
Los gentileshombres y las damas de honor se habían reunido y devoraban con los ojos a Felipe, el cual, para ocultar su rubor, se desataba los patines. Luego retrocedió para dejar sitio a los cortesanos. La reina estuvo algunos momentos pensativa, y después, levantando la cabeza, dijo:
—Creo que me voy a enfriar si me quedo quieta.
Y volvió a subir en el trineo. Felipe esperó inútilmente una orden mientras veinte gentileshombres se presentaron.
—No, mis archiduques —dijo ella—; gracias, señores.
Después, cuando los servidores se colocaron en su puesto, dijo:
—Despacio, despacio.
El trineo se alejaba suavemente, como había ordenado la reina, seguido de grupos de ávidos, de curiosos y de envidiosos.
Felipe se quedó solo, secándose el sudor. Buscaba con los ojos a Saint-Georges para consolarle de su derrota con cualquier leal cumplido, pero Saint-Georges había recibido un recado del duque de Orleáns, su protector, y había abandonado el campo de batalla.
Felipe, un poco triste, un poco cansado, casi asustado de lo que había pasado, seguía inmóvil en su sitio, siguiendo con los ojos el trineo de la reina cuando sintió que algo le rozaba el costado.
Se volvió y reconoció a su padre.
El anciano, arrugado como un hombrecillo de Hoffmann, envuelto en pieles como un samoyedo, había tocado a su hijo con el codo, para no sacar sus manos del manguito que le colgaba del cuello. Sus pupilas, dilatadas por el frío y la alegría, le parecieron llameantes a Felipe.

—¿No me abrazas, hijo mío?
Y pronunció estas palabras en el tono con que el padre de un atleta griego usaría para agradecer a su hijo la victoria conquistada en el circo.
—Querido padre, con todo el corazón.
Pero se podía comprender que no había ninguna armonía entre el acento de estas palabras y su significado.
—Vamos, ahora que ya me has abrazado, ve de prisa.
Y le dio un ligero empujón.
—¿Pero adonde queréis que vaya, monsieur? —preguntó Felipe.
—Allá abajo.
—¿Allá abajo?
—Sí, cerca de la reina.
—Oh, no, padre; no, gracias.
—¿Cómo no, cómo gracias? ¿Estás loco? ¿No quieres ir a reunirte con la reina?
—Es imposible; no penséis en eso, querido padre.
—¿Cómo imposible? ¿Imposible ir a reunirte con la reina, que te espera?
—¿Me espera a mí?
—Claro. La reina que te desea.
—¿Que me desea?
Y De Taverney miró fijamente al barón.
—Padre mío —dijo fríamente—, creo que os estáis olvidando de vuestro decoro.
—Es asombroso, mi palabra de honor —dijo el anciano, irguiéndose y golpeando el suelo con el pie—. Felipe, hazme el honor de decirme de dónde vienes.
—Monsieur —dijo tristemente el caballero—, tengo miedo de llegar a una conclusión.
—¿Cuál?
—Creo que os estáis burlando de mí, o bien...
—¿O bien...?
—O bien, y perdonadme, os habéis vuelto loco.
El viejo estrujó un brazo de su hijo con tanto vigor que Felipe hizo una mueca de dolor.
—Escucha, Felipe: América es un país demasiado alejado de Francia, lo sé.
—Sí, padre; muy lejos, pero no comprendo qué queréis decir; explicaos, pues, os lo ruego.
—Un país donde no hay ni rey ni reina.
—Ni vasallos.
—Muy bien, ni vasallos, monsieur filósofo. Yo no niego eso, aunque ese punto no me interesa. Me es igual. Pero lo que no me es igual, lo que me apena, lo que me humilla, es que yo también tengo miedo de llegar a una conclusión.
—¿Cuál, padre? En todo caso pienso que nuestras conclusiones no se parecen.
—La mía es que eres un necio, hijo mío, y esto no está permitido a un mozo ya experimentado como tú; mira, mira allá abajo.
—Ya lo hago, monsieur.
—La reina regresa, y esto por tercera vez; sí, monsieur, la reina vuelve por tercera vez; mira cómo aún se vuelve. Ella busca a alguien, al monsieur necio, al monsieur puritano, al monsieur de América. ¡Oh...!
Y el viejecillo mordió, no con los dientes, sino con las encías, sus guantes grises.
—Muy bien, monsieur —dijo el joven—, pero aunque fuera verdad, lo que no es probable, ¿es a mí a quien la reina busca?
—¡Oh! —exclamó el viejo, enfurecido—. Ha dicho «aunque fuera verdad», pero ese hombre no es de mi sangre, no es un De Taverney.
—Yo no soy de vuestra sangre —murmuró Felipe.

Después, en voz baja y mirando al cielo, dijo:
—¿Habrá que agradecérselo a Dios?
—Yo digo —exclamó el viejuco— que la reina te reclama; yo digo que la reina te busca.
—Tenéis buena vista, padre —dijo secamente Felipe.
—Veamos —repuso más dulcemente el viejecillo, procurando moderar su impaciencia—, déjame que te explique. Tú tienes tus razones, pero yo poseo la experiencia; veamos, mi buen Felipe, ¿eres o no eres un hombre?
Felipe se encogió de hombros y no respondió.
El viejo, viendo que esperaba vanamente una respuesta, fijó, más por desprecio que por necesidad, los ojos sobre su hijo, y entonces apreció la dignidad, la impenetrable reserva, la inexpugnable voluntad grabadas en el rostro de Felipe.
Reprimió su dolor y se pasó el manguito por la nariz, roja de frío, y con voz dulce, como la de Orfeo hablando a las rocas de Tesalia, dijo:
—Felipe, amigo mío. Veamos, escúchame.
—Me parece, padre, que no hago otra cosa desde hace un cuarto de hora.
«Ah —pensó el viejo—, yo te voy a hacer caer desde lo alto de tu majestad, monsieur americano; tú tienes tu lado débil; pues déjame cogerte por ese lado con mis viejas garras.»
Seguidamente, le preguntó:
—¿No te has apercibido de una cosa?
—¿De cuál?
—De una cosa que hace honor a tu ingenuidad.
—Explicad, monsieur.
—Es muy sencillo: llegas de América; te fuiste en el momento en que no había más que un rey sin reina, si exceptuamos a madame du Barry, una majestad poco respetable; regresas, ves a una reina y te dices «respetémosla».
—Sin duda.
—Pobre hijo mío... —dijo el viejo, y fingió ahogar en su manguito la tos y la risa.
—¿Cómo? —exclamó Felipe—. Vos me censuráis, monsieur, que respete la realeza; vos, un De Taverney-Maison-Rouge; vos, uno de los buenos gentileshombres de Francia.
—Yo no te hablo de la realeza; te hablo de la reina.
—¿Y hacéis una diferencia entre las dos cosas?
—¿Qué es la realeza, querido? Una corona; eso es algo intocable, ¡peste! ¿Qué es una reina? Una mujer. Una mujer es diferente; es algo tangible.
—Algo tangible... —dijo Felipe, enrojeciendo de cólera y de desprecio, acompañando estas palabras con un gesto tan soberbio que ninguna mujer hubiera podido verlo sin amarle y ninguna reina sin adorarle.
—Tú no crees nada de lo que te digo; pues pregunta —volvió a decir el viejecillo en voz baja y sonriendo únicamente—, pregunta a De Coigny, a De Lauzun, a De Vaudreuil.
—Silencio, silencio, padre —pidió Felipe con voz sorda—, o por estas tres blasfemias, puesto que no puedo golpearos tres veces con mi espada, me golpearé a mí mismo y sin piedad.
De Taverney dio un paso atrás, girando sobre sí mismo como lo hubiera hecho Richelieu a los treinta años.
—De verdad, que el animal es estúpido; el caballo es un asno, el águila un ganso y el gallo un capón. Buenas noches; me has divertido; me creía antepasado de Casandra y he aquí que yo soy Valeria, que soy Adonis, que soy Apolo; buenas noches.
Y giró sobre sus talones, pero Felipe detuvo al viejo antes de que saliese.

—Vos no habéis hablado seriamente, ¿verdad? Porque es imposible que un gentilhombre de tan buena raza como vos haya contribuido a extender esas calumnias propaladas por los enemigos, no solamente de la reina, no solamente de la mujer, sino también de la realeza.
—Y todavía duda el noble bruto —gruñó De Taverney.
—¿Me habéis hablado como hablaríais delante de Dios?
—Naturalmente.
—¿Delante de Dios, al que os acercáis más cada día?
El joven había reanudado la conversación tan desdeñosamente interrumpida por él, lo que era un éxito para el anciano, quien dijo:
—Pero me parece que soy gentilhombre, hijo mío, y que yo no miento... siempre.
Este «siempre» era casi jocoso; sin embargo, Felipe no rió.
—Entonces, señor, ¿vuestra opinión es que la reina ha tenido amantes?
—Noticia fresca.
—¿Los que me habéis nombrado?
—Y otros, que sé yo; pregunta en la ciudad y en la corte; hay que venir de América para ignorar lo que se dice.
—¿Y qué dice eso, sino que son unos viles libelistas?
—¿Es que me estáis tomando por un gacetillero?
—No, y ése es el mal, el que hombres como vos, repitiendo esas infamias y haciendo que otros les den crédito, consiguen que terminen pareciendo verdad. Querido padre, por amor de Dios, no repitáis semejantes calumnias.
—Pues las repito.
—¿Y por qué lo hacéis? —preguntó Felipe, con indignación.
—Porque —contestó el viejo, mirando maquiavélicamente a su hijo— no me he equivocado al decirte: «Felipe, la reina vuelve; Felipe, la reina busca, la reina desea; Felipe, corre, la reina te está esperando».
—Por Dios —exclamó el joven, ocultando el rostro en sus manos—, en nombre del cielo, callad, padre, o me volveréis loco.
—De verdad, Felipe, que no te comprendo. ¿Es que es un crimen amar? Eso prueba que se tiene corazón, y en los ojos de esa mujer, en su voz, en su modo de caminar, ¿no sientes su corazón? Ella ama, te lo digo yo, pero tú eres un filósofo, un puritano, un cuáquero, un hombre de América; tú no amas, pero déjala mirar, déjala volver, déjala esperar, insúltala, despréciala, Felipe, es decir, Joseph de Taverney.
Y tras de estas palabras, acentuadas con una ironía salvaje, el viejecillo, viendo el efecto que habían producido, se alejó como el tentador después de dar el primer consejo sobre el crimen.
Felipe continuaba solo, con el corazón oprimido y el cerebro trastornado; no pensaba que desde hacía media hora seguía clavado en el mismo sitio, que la reina había terminado su paseo, que volvía y que le miraba y que le dijo al pasar:
—¿No habéis ya descansado, monsieur de Taverney? Venid, nadie como vos para pasear a una reina. Dejad paso, señores.
Felipe avanzó hacia ella, ciego, aturdido, ebrio.
Y poniendo una mano en el respaldo del trineo, sintió como si la sangre le ardiese. La reina estaba indolentemente inclinada hacia atrás, y los dedos de Felipe habían rozado los cabellos de María Antonieta.

XI
DE SUFFREN

Contra la costumbre de la corte, el secreto había sido fielmente guardado a Luis XVI y al conde de Artois. Nadie supo a qué hora ni cómo debería llegar monsieur de Suffren.
El rey había convocado una reunión para la noche, y a las siete entró en compañía de los príncipes y las princesas. La reina llegó trayendo de la mano a mademoiselle Royale9, que sólo tenía siete años.
La asamblea era numerosa y brillante.
Durante los preliminares, en el momento en que cada uno escogía su sitio en el salón, el conde de Artois se acercó a la reina y le dijo.
—Mirad bien a vuestro alrededor.
—Ya lo hago.
—¿Qué veis?
La reina paseó sus ojos entre la gente que la rodeaba, trató de distinguir los grupos, se fijó en los vacíos, y no viendo más que amigos por todas partes y por todas partes servidores, y entre los cuales estaban Andrea y su hermano, dijo:
—No sé; veo rostros muy agradables, sobre todo rostros amigos.
—No miréis lo que hay, querida hermana; mirad lo que no hay.
—Es verdad.
El conde de Artois la miró riendo.
—Todavía ausente —repuso la reina—. ¿Le estoy haciendo huir todavía?
—No —dijo el conde de Artois—; solamente que la burla se prolonga. El conde ha ido a esperar al oficial real monsieur de Suffren en los límites de Fontainebleau.
—Entonces yo no veo por qué os reís.
—¿No veis por qué me río?
—Si ha ido a esperar al oficial real de Suffren, ha sido más gentil que nosotros, y es el primero que le verá, con lo cual le felicitará antes que nadie.
—Sí, claro —admitió el joven príncipe, riendo—. Pero tenéis una idea muy ambigua de nuestra diplomacia; monsieur de Provenza ha ido a esperar al oficial real a Fontainebleau, pero nosotros tenemos a alguien que le espera en la posta de Villejuif.
—¿Es verdad?
—De suerte —continuó el conde de Artois— que se resfriará en su puesto de guardia, mientras que por una orden del rey, monsieur de Suffren llegará directamente a Versalles, donde le esperamos.
—¡Maravillosamente ideado!
—No del todo mal, y estoy bastante contento de mí mismo. Haced, pues, vuestro juego.
Había en la sala de juego unas cien personas de la más alta condición. De Conde, De Penthievre, De la Tremouille, las princesas... Sólo el rey advirtió que el conde de Artois hacía reír a la reina, y para añadirse a la conspiración le miró con una expresión significativa.
La noticia de la llegada del comendador de Suffren no se había dado, según hemos dicho, y, sin embargo, no se podía eliminar como una especie de presagio que planeaba sobre todos.
Se percibía que alguna incógnita iba a desvelarse de un momento a otro, una novedad que se iba a saber repentinamente; era un interés desconocido que se extendía por todo aquel mundo en que el menor acontecimiento tomaba importancia desde el momento en que el dueño fruncía las cejas para desaprobar o se callaba para sonreír.
El rey, que tenía la costumbre de jugar una apuesta de seis libras, para moderar el juego de los príncipes y de los cortesanos, no se dio cuenta de que colocaba sobre la mesa el oro que tenía en el bolsillo.
La reina, de lleno en su papel, tuvo la diplomacia de atraer la atención de los que la rodeaban con el ardor ficticio que puso en su juego.

Felipe, admitido en la partida y colocado frente a su hermana, absorbía con todos los sentidos la impresión desconocida y asombrosa del pavor que volvía a inquietar su alma.
Las palabras de su padre seguían atormentándole. Se preguntaba si en efecto el viejo, que había visto tres o cuatro reinados de favoritos, no sabía con exactitud la historia de los tiempos y de las costumbres. Se preguntaba si el puritanismo, en el que hay un matiz de adoración religiosa, no era algo ridículo que él había traído de lejanas tierras.
La reina, tan poética, tan bella, tan fraternal para él, ¿no era más que una coqueta terrible, ansiosa de encadenar una pasión más a sus recuerdos, como el entomólogo toma un insecto o una mariposa bajo su cristal, sin inquietarse por lo que sufre cuando un alfiler le atraviesa el corazón?
Sin embargo, la reina no era una mujer vulgar, de un carácter banal. Una mirada suya significaba algo, y jamás dejaba caer una mirada sin calcular a quién iba dirigida.
«De Coigny y De Vaudreuil —se repetía Felipe— han amado a la reina y han sido amados por ella. ¿Por qué, por qué esta calumnia tan vil? ¿Por qué un rayo de luz no se desliza en este profundo abismo que se llama un corazón de mujer, más profundo todavía cuando es un corazón de reina?»
Y mientras Felipe daba vueltas a esos dos nombres, miraba al extremo de la mesa a De Coigny y a De Vaudreuil, quienes por pura casualidad estaban sentados juntos, mirando hacia donde no se encontraba la reina, inconscientes por no decir distraídos.
Felipe se decía que era imposible que esos dos hombres hubiesen amado y estuviesen tan tranquilos, que hubiesen sido amados y fuesen tan olvidadizos. «Si la reina le amase, él se volvería loco de felicidad; si ella le olvidase después de haberle amado, se mataría de desesperación.»
Y de De Coigny y De Vaudreuil, Felipe pasó a María Antonieta.
Y siempre soñando, se preguntaba si aquella frente tan pura, aquella boca tan voluntariosa y su majestuosa mirada no eran los más bellos encantos de la reina, la revelación de sus profundos secretos.
«¡Oh, no, no; calumnias, calumnias! Todo eran rumores que circulaban entre el pueblo, y a los cuales los intereses, los odios o las intrigas de la corte daban cierta consistencia.»
Felipe se encontraba en este punto de sus reflexiones cuando dieron las siete menos cuarto en el reloj de la sala de guardia. En el mismo instante se oyó un ruido de pasos apresurados y de las culatas de los fusiles golpeando las losas. Un murmullo de voces que penetraron por la puerta entreabierta llamó la atención del rey, quien volvió la cabeza hacia atrás para oír mejor, y después hizo una señal a la reina, quien, comprendiendo inmediatamente la indicación, levantó el juego. Y cada jugador, recogiendo el dinero que tenía delante, esperaba para tomar una resolución que la reina dejase adivinar la suya.
El rey y la reina pasaron a la gran sala de recepción.
Un ayuda de campo de monsieur de Castries, ministro de Marina, se acercó al rey y le dijo algo al oído.
—Bien, podéis ir —concedió, y le indicó a la reina—: Todo va bien.
Cada uno interrogaba a su vecino con la mirada. Ese «todo va bien» dio mucho que pensar a todo el mundo.
De pronto, el mariscal de Castries entró en la sala, preguntándole al rey:
—¿Su Majestad quiere recibir al oficial real de Suffren, que llega de Toulon?
A este nombre, pronunciado en voz alta, siguió un rumor indescriptible.
—Sí, monsieur —respondió el rey—, y con el mayor placer.
De Castries salió. Hubo un movimiento de expectación entre la gente que llenaba el salón al mirar hacia la puerta por donde De Castries acababa de irse.

Para explicar esta simpatía de Francia hacia monsieur de Suffren, para hacer comprender el interés que un rey, que una reina, que un príncipe de sangre real ponían en ser los primeros en saludar a De Suffren, pocas palabras bastarán. De Suffren es un hombre esencialmente francés, como Turenne, como Catinat, como Jean-Bart.
Después de la guerra con Inglaterra, o más bien después del último período bélico que precedió a la paz, el comendador de Suffren había librado siete grandes batallas navales sin sufrir una derrota; había tomado Trinquemale y Gondelour, asegurado las posesiones francesas, limpiado el mar y enseñado al Mabab Haider-Aly que Francia era la primera potencia de Europa. Había aportado al ejercicio de la profesión de marino toda la diplomacia de un negociante sutil y honrado, toda la bravura y la táctica de un soldado, toda la habilidad de un sabio administrador. Valeroso, infatigable, orgulloso cuando se trataba del honor del pabellón francés, había castigado a los ingleses por tierra y por mar, hasta tal punto que estos reputados marinos no se atrevían a coronar una victoria comenzada o a intentar un ataque contra De Suffren cuando el león enseñaba los dientes.
Después de la acción, durante la cual había expuesto la vida con la inconsciencia del último marinero, se le había visto humano, generoso, compasivo; era el tipo del verdadero marino, un poco olvidado después de Jean-Bart y de Duguay-Trouin, que Francia volvía a encontrar en De Suffren.
No trataremos de pintar el entusiasmo, los rumores, que su llegada a Versalles hizo estallar entre los gentileshombres convocados.
De Suffren era un hombre de unos cincuenta y seis años, grueso, bajo, ojos de fuego, gesto noble y fácil. Ágil a pesar de su obesidad, majestuoso a pesar de su sencillez, llevaba con altivez su melena leonina; como hombre habituado a superar todas las dificultades, había encontrado el medio de hacerse vestir y peinar en su carroza.
Llevaba un traje bordado en oro, la casaca roja, el pantalón azul. Había conservado el cuello militar sobre el cual su poderoso mentón descansaba como complemento de su enorme cabeza.
Cuando entró en la sala de guardia, alguien dijo una palabra a De Castries, el cual, paseando de un lado a otro con impaciencia, gritó:
—¡El caballero de Suffren, señores!
En el acto, los guardias cogieron sus mosquetones y se alinearon como si se tratase del rey de Francia, y el oficial real, después de pasar, había formado detrás de él y en buen orden cuatro por cuatro, como para servirle de cortejo.
El, estrechando las manos de monsieur de Castries, trató de besarle, pero el ministro de Marina le respondió suavemente:
—No, no, monsieur —dijo—; no quiero privaros de la felicidad de abrazar, antes que nadie, a alguien que es más digno que yo.
Y llevó a De Suffren hasta Luis XVI.
—¡El oficial real! —exclamó el rey, y seguidamente agregó—: Sed bienvenido a Versalles. Traéis la gloria, traéis todo lo que los héroes dan a sus contemporáneos. Abrazadme, señor oficial del rey.
De Suffren había doblado la rodilla, pero el rey le levantó y le abrazó tan cordialmente que un estremecimiento de júbilo y de triunfo recorrió toda la asamblea.
Sin el respeto al rey, los asistentes se hubieran confundido en vítores y en gritos de aprobación. El rey se volvió hacia la reina, diciéndole:
—Madame, he aquí al caballero de Suffren, el vencedor de Trinquemale y de Gondelour, el terror de nuestros vecinos los ingleses; para mí, un Jean-Bart.

—Monsieur —dijo la reina—, yo no tengo elogios que haceros. Sabed solamente que no habéis ordenado un cañonazo por la gloria de Francia sin que mi corazón haya latido de admiración y de reconocimiento.
La reina apenas había acabado cuando el conde de Artois se aproximó con su hijo, el duque de Angulema.
—Hijo mío —le dijo—, estás viendo a un héroe. Mírale bien porque los héroes no se prodigan.
—Monseñor —respondió el joven príncipe a su padre—, yo he leído Los grandes hombres, de Plutarco, pero no los veía. Os agradezco el haberme mostrado a monsieur de Suffren.
Por el murmullo que se hizo a su alrededor, el niño comprendió que acababa de decir la palabra que faltaba.
Entonces, el rey tomó el brazo de De Suffren y se dispuso a llevarlo a su gabinete, para hablar como un geógrafo de sus viajes y de su expedición. Pero De Suffren opuso una respetuosa resistencia.
—Sire —dijo—, permitidme, puesto que Vuestra Majestad tiene tantas bondades para mí...
—No sigáis. ¿Me queréis pedir algo, monsieur de Suffren?
—Sire, uno de mis oficiales ha cometido contra la disciplina una falta tan grave, que he pensado que Vuestra Majestad debe ser el único juez.
—Monsieur —dijo el rey—, yo esperaba que vuestra primera petición sería un favor y no un castigo.
—Vuestra Majestad ya ha tenido el honor de decirlo; juzgará y dirá lo que se debe hacer.
—Os escucho.
—En el último combate, el oficial de quien hablo se encontraba en el Séveré.
—El barco que arrió su bandera —dijo el rey, frunciendo las cejas.
—Sire, el capitán del Séveré había arriado su bandera —respondió De Suffren, inclinándose—, y ya sir Hugo, el almirante inglés, enviaba una embarcación para abordar la presa, pero el primer oficial del barco, que vigilaba las baterías del entrepuente, habiéndose apercibido de que el fuego cesaba, y habiendo recibido la orden de hacer callar los cañones, subió al puente, y vio entonces la bandera arriada y al capitán dispuesto a rendirse. Pido perdón a Vuestra Majestad, pero ante este espectáculo, lo que había en él de sangre francesa se rebeló. Cogió la bandera que tenía a su alcance, blandió un martillo, y, ordenando reanudar el ataque, fue a clavar la bandera bajo el fuego. A este suceso, Sire, se debe el que el Séveré siga en poder de Vuestra Majestad.
—¡Hermosa hazaña! —dijo el rey.
—¡Valiente acción! —dijo la reina.
—Sí, sí, Sire; sí, madame, pero es una grave infracción de la disciplina. La orden la había dado el capitán y el oficial debía obedecerla. Yo os pido, pues, gracia para él, Sire, y os la pido con tanta más insistencia porque es mi sobrino.
—¿Vuestro sobrino? Nunca me hablasteis de él.
—Al rey, no, pero he tenido el honor de hacer mi relación al ministro de Marina, rogándole que no le dijera nada a Su Majestad antes de que no obtuviese gracia para el culpable.
—Concedido, concedido —repuso el rey—, y prometo de antemano mi protección a toda indisciplina que sepa defender así la bandera y al rey de Francia. Habéis debido presentarme a ese oficial, señor oficial del rey.
—Está aquí —contestó De Suffren—, y puesto que Vuestra Majestad lo permite...

De Suffren se volvió, diciendo:
—Acercaos, monsieur de Charny.
La reina se estremeció. Este nombre despertaba en su memoria un recuerdo demasiado reciente para que se le hubiese borrado. Un joven oficial se destacó del grupo que encabezaba De Suffren y apareció ante el rey.
La reina había hecho un movimiento para ir al encuentro del joven, entusiasmada con el relato de su bella acción, pero al oír el nombre que dio al rey monsieur de Suffren, se detuvo, palideció y murmuró algunas palabras. Mademoiselle de Taverney, también pálida, miró con inquietud a la reina.
El oficial de Charny, sin ver nada, sin fijarse en nada, sin que su rostro expresase otra emoción que el respeto, se inclinó delante del rey, quien le dio su mano a besar; después, modesto y trémulo y bajo las miradas ávidas de la asamblea, se volvió hacia el círculo de oficiales, los cuales le felicitaron ruidosamente y le estrujaron con sus abrazos.
Siguió un momento de silencio y de emoción, en el cual se vio radiante al rey, risueña e indecisa a la reina, a De Charny con los ojos bajos, y Felipe, a quien la emoción de la reina no había escapado, inquieto e inquisitivo.
—Vamos, vamos —dijo al fin el rey—, venid, monsieur de Suffren, para que podamos hablar; me muero de deseos de escucharos y de demostraros lo mucho que he pensado en vos.
—Sire, tantas bondades...
—Vos veréis mis cartas, señor oficial del rey; veréis cada fase de vuestra expedición, prevista o adivinada de antemano por mi solicitud. Venid, venid.
Después de dar algunos pasos llevándose a De Suffren, se volvió de pronto hacia la reina, diciéndole:
—A propósito, madame: he hecho construir, como vos sabéis, un barco de diez cañones, y he cambiado de acuerdo con vos el nombre que debe llevar. Pero en vez de llamarle como habíamos dicho... ¿No es así, madame...?
María Antonieta, recobrada la serenidad, cazó al vuelo el pensamiento del rey.
—Sí, sí; le llamaremos El Suffren, y yo seré la madrina con el señor oficial del rey.
Los gritos, hasta entonces contenidos, se hicieron oír con violencia: «¡Viva el rey! ¡Viva la reina!»
—¡Y viva El Suffren! —agregó el rey con regia delicadeza, porque nadie podía gritar: «¡Viva monsieur de Suffren!» en presencia del rey, mientras que los más minuciosos observadores de la etiqueta podían gritar: «¡Viva el barco de Su Majestad!»
—¡Viva El Suffren! —repitió la asamblea, con entusiasmo.
El rey hizo un gesto de agradecimiento por habérsele comprendido tan bien, y se llevó al oficial, cogiéndole del brazo.

XII
EL SEÑOR DE CHARNY

Cuando salió el rey, todos los que estaban en la sala de los príncipes se agruparon alrededor de la reina.
Una indicación del comendador de Suffren bastó para que su sobrino le esperase, y después de un saludo continuó en el grupo donde le vimos antes.
La reina, que había cruzado con Andrea varias miradas significativas, no perdía de vista al joven, y cada vez que le miraba se decía: «Es él, no hay duda».
Mademoiselle de Taverney le respondía con un gesto tan expresivo que era como si le dijese: «Sí, madame, es "él"; claro es "él"».

Felipe observaba la preocupación de la reina, y aunque no comprendiese el motivo, advertía cierta tensión.
Nunca el que ama se equivoca sobre la impresión de los que ama, y adivinaba que la reina estaba impresionada por algún acontecimiento singular, misterioso, desconocido de todos, menos de ella y de Andrea.
En efecto, la reina había perdido su naturalidad al taparse el rostro con su abanico, ella, que normalmente hacía bajar los ojos a todo el mundo.
El joven se preguntaba la causa de la preocupación de Su Majestad y trataba de observar a De Coigny y De Vaudreuil para comprender si sabían el porqué de aquel misterio, pero los vio indiferentes y cumplimentando a monsieur de Haga, que acababa de llegar a Versalles. En ese momento un personaje con majestuoso hábito de cardenal entró, seguido de oficiales y de prelados, en el salón donde estaba la reina, quien reconoció a Louis de Rohan desde el otro extremo de la sala, y volvió la cabeza sin disimular su desdén.
El prelado atravesó la estancia sin saludar a nadie, y fue derecho a la reina, ante la cual se inclinó más a modo de hombre de mundo que saluda a una mujer que de vasallo que saluda a una reina.
Después dirigió un cumplido muy galante a Su Majestad, quien apenas volvió la cabeza, murmurando dos o tres frías palabras, y reanudó su conversación con las señoritas de Lamballe y de Polignac.
El príncipe Louis no pareció que notase la desdeñosa acogida de la reina. Después de sus reverencias sin precipitación y con la discreción de un consumado cortesano, se dirigió a sus altezas las tías del rey, a las que entretuvo un buen rato, pues en virtud del juego de balanza, habitual uso en la corte, en ellas hallaba una acogida tan benévola como había sido glacial la de la reina.
El cardenal de Rohan era un hombre en la plenitud de la edad, con una imponente figura y un noble aspecto; sus rasgos respiraban inteligencia y dulzura e indistintamente se veía al hombre mundano y al hombre de estudio; y acosado por las mujeres que amaban la galantería discreta. Se hablaba de su magnificencia, pero él se creía pobre porque su renta no rebasaba las seiscientas mil libras.
El rey le quería porque era sabio, y la reina, por el contrario, le despreciaba. Las razones de ese odio no se conocen, pero existen dos versiones. Una de ellas sostenía que en su condición de embajador de Viena el príncipe Louis había escrito al rey Luis XV sobre María Teresa unas cartas extremadamente insidiosas que María Antonieta no le perdonó nunca.
La otra versión era más humana, y sobre todo más verosímil. El embajador, a propósito del matrimonio de la joven archiduquesa con el delfín, escribió al rey Luis XV que en una cena en casa de madame du Barry había leído a los comensales una carta llena de inconveniencias respecto a la futura reina de Francia, con alusiones a su delgadez, tan acusada.
Estos ataques hirieron vivamente a María Antonieta, que no pudiendo darse por aludida, se prometió castigar tarde o temprano al autor, convencida de que en el fondo allí no había más que una intriga política.
De la embajada de Viena se había desposeído a monsieur de Breteuil en beneficio de monsieur de Rohan.
Breteuil, demasiado hábil para luchar abiertamente contra el príncipe, empleó lo que en diplomacia se llama mano izquierda, procurándose las copias e incluso los originales de las cartas del prelado entonces embajador, y contrarrestando los servicios reales prestados por el diplomático con la pequeña hostilidad que éste ejercía contra la familia imperial austriaca, había encontrado en la delfina una auxiliar decidida a perder al

príncipe de Rohan. Ese odio minaba sordamente la corte y complicaba la postura del cardenal, quien cada vez que veía a la reina recibía la glacial acogida que hemos indicado.
Pero por grande que fuese el desprecio de que era objeto, Louis de Rohan no abandonaba ninguna ocasión de acercarse a María Antonieta, y los medios no le faltaban toda vez que era el gran limosnero de la corte.
Nunca se había quejado, jamás le había dicho nada a nadie. Un pequeño círculo de amigos, entre los cuales se distinguía el barón de Planta, oficial alemán y su confidente, servía para consolarle de los desprecios reales cuando las damas de la corte se mostraban también severas con el cardenal, porque todas imitaban a la reina.
El cardenal acababa de pasar como una sombra sobre el cuadro risueño que se representaba en la imaginación de la reina, y apenas se separó de ella, María Antonieta volvió a serenarse.
—¿Sabéis —dijo a la princesa de Lamballe— que la bravura de ese joven, sobrino del oficial del rey, es una de las más notables de esta guerra? ¿Cómo se llama?
—De Charny —respondió la princesa.
Después, volviéndose a Andrea, le preguntó:
—¿Charny?
—Sí, Alteza.
—Pues me gustaría que monsieur de Charny nos cuente el episodio. ¿Aún se encuentra aquí?
Un oficial salió en seguida para transmitir el deseo de la reina.
En el mismo instante, al mirar a su alrededor, se dio cuenta de la presencia de Felipe, e impaciente, como siempre, le dijo:
—Monsieur de Taverney, id a buscarle.
Felipe enrojeció; «quizá —pensó para sí— debía haber previsto el deseo de su soberana», y salió en busca del afortunado. Monsieur de Charny llegó un instante después, entre los dos mensajeros de la reina, la cual pudo entonces examinarle con mejor atención que la que le había concedido la víspera.
Era un joven de unos veintiocho años, esbelto y delgado. Su rostro, delicado y grave, acusaba cierta energía cada vez que fijaba en alguien sus grandes ojos azules.
Por extraño que pareciese en un hombre que acababa de llegar de hacer la guerra en la India, era tan blanco como Felipe moreno. Cuando se acercó al grupo en cuyo centro estaba la reina, no había demostrado que conociese a mademoiselle de Taverney ni a la reina.
Rodeado de oficiales que le interrogaban y a los cuales él respondía cortésmente, parecía haber olvidado que había un rey con el que había hablado y una reina que le había mirado.
Esta cortesía, esta reserva, eran de tal naturaleza que le hacían resaltar mucho más a los ojos de la reina, tan puntillosa respecto al proceder de la gente.
No era solamente a los demás a quienes De Charny tenía que ocultar su sorpresa ante la vista tan inesperada de la dama del coche de alquiler. La suprema prudencia sería conseguir que ella no creyese que la había reconocido. De Charny, pues, tuvo el tacto de no levantar los ojos ante la reina mientras ella no le dirigiese la palabra.
—Monsieur de Charny —le dijo la reina—, estas damas desean, y me parece natural porque yo también lo deseo, conocer el suceso del barco con todos sus detalles.
—Madame —repuso el joven marino, en medio de un profundo silencio—, suplico a Vuestra Majestad, y no por modestia, sino por justicia, que me dispense este relato; lo que yo hice como oficial del Sévéré, diez camaradas oficiales pensaron hacerlo al mismo tiempo que yo; si me anticipé, es mi único mérito. Hacer de esto, que no tiene

importancia, una historia a Su Majestad, entiendo que sería una vanidad, y vuestro noble corazón lo comprenderá.

»El ex comandante del Sévéré —prosiguió De Charny— es un bravo oficial que aquel día perdió la cabeza. Vos, madame, habéis oído decir sin duda a los más valientes que no se es bravo todos los días y que a veces bastan diez minutos para recobrarse. Nuestra determinación de no rendirnos le obligó a ello, recuperó su valor, desde aquel momento fue el más valiente de todos. Es por eso por lo que pido a Vuestra Majestad que no exagere el mérito de mi acción, porque sería la mayor humillación de un bravo oficial que llora todos los días el olvido de un minuto.

—Bien, bien —dijo la reina, emocionada y radiante de alegría al oír el favorable murmullo que las generosas palabras del joven oficial habían levantado—. Muy bien, monsieur de Charny, sois un hombre leal, como yo os suponía.

El oficial levantó la cabeza y un rubor juvenil le tiñó su rostro; sus ojos iban de la reina a Andrea con una especie de espanto, temblando ante aquella naturaleza tan generosa y temeraria en su generosidad. De Charny no estaba equivocado.

—Porque —continuó la intrépida reina— conviene que sepáis que a monsieur de Charny, este joven oficial desembarcado ayer y desconocido, ya le conocíamos nosotras antes de que nos fuese presentado esta noche, y merece ser conocido y admirado por todas las mujeres.

Viendo que la reina iba a hablar, que iba a contar una historia de la cual cada uno podía deducir un pequeño escándalo o un pequeño secreto, se agruparon todos y todas alrededor de la reina, escuchando con una avidez asfixiante.

—Figuraos, señoras —dijo la reina—, que monsieur de Charny es tan indulgente con las damas como es despiadado con los ingleses. Se me ha contado de él una historia que todavía le honra más.

—Oh, madame... —balbució él.

Se adivinaba que las palabras de la reina, la presencia de aquel al cual se dirigían no hicieran más que redoblar la curiosidad. De Charny, sudoroso y abrumado, habría dado un año de su vida por encontrarse todavía en la India.

—He aquí lo ocurrido —prosiguió la reina—. A dos damas que yo conozco se les había hecho tarde, perdidas entre el gentío. Corrían un peligro cierto, un gran peligro. Monsieur de Charny pasaba en aquel momento por azar, o mejor si digo por suerte; apartó a los grupos y, sin conocerlas, pues era difícil que supiese su rango, tomó a las dos damas bajo su protección y las acompañó lejos..., a diez leguas de París, según creo.

—Oh, Vuestra Majestad exagera —dijo, riendo, De Charny, tranquilizado por el giro que había tomado la narración.

—Digamos cinco leguas y no hablemos más —interrumpió el conde de Artois, mezclándose en la conversación.

—Sea, hermano —continuó la reina—, pero lo más noble fue que monsieur de Charny no intentó saber el nombre de las dos damas a quienes había rendido su servicio, sino que las dejó donde ellas le indicaron, y se alejó sin volver la cabeza, sin intentar averiguar.

Hubo un nuevo murmullo de admiración; De Charny fue elogiado por veinte mujeres a la vez.

—Es bello, ¿verdad? —concluyó la reina—. Un caballero de la Tabla Redonda no lo habría hecho mejor.

—Es soberbio —convino el coro.

—Monsieur de Charny —continuó la reina—, el rey está sin duda ocupado en recompensar a De Suffren, vuestro tío, y yo quisiera hacer algo por el sobrino de ese gran hombre.

Y le tendió la mano.
Y mientras De Charny, pálido de alegría, posaba en ella sus labios, Felipe, pálido de dolor, trataba de ocultarse entre las amplias cortinas del salón. Andrea también había palidecido, sin imaginar lo que sufría su hermano.
La voz del conde de Artois rompió esta escena, que hubiera sido tan curiosa para un espectador.
—Ah, querido hermano, acercaos; os habéis perdido un buen espectáculo, la recepción de De Suffren. En verdad ha sido un momento que no olvidarán los corazones franceses. ¿Cómo diablos habéis faltado a él, vos que sois el hombre exacto por excelencia?
El conde de Provenza se pellizcaba sus labios, saludó distraídamente a la reina y contestó con palabras triviales.
Después, y en voz baja, le dijo a De Favras, su capitán de guardia:
—¿Cómo se ha conseguido que esté en Versalles?
—Monseñor, me lo estoy preguntando desde hace una hora y todavía no he logrado comprenderlo.

XIII
LOS CIEN LUISES DE LA REINA

Ahora que hemos renovado el conocimiento de nuestros lectores con los principales personajes de esta historia; ahora que les hemos introducido en la casita del conde de Artois y en el palacio de Luis XIV en Versalles, vamos a llevarlos a esta casa de la calle Saint-Claude, donde la reina de Francia había entrado de incógnito y subió con Andrea de Taverney al cuarto piso.
Una vez se hubo ido la reina, Juana de la Motte contó y volvió a contar los cien luises que acababan de caerle tan milagrosamente del cielo.
Cincuenta bellos dobles luises de cuarenta y ocho libras que, depositados sobre la pobre mesa, resplandecían a los escasos reflejos de la lámpara, y parecían humillar con su aristocrática belleza todo lo que había de miseria en la humilde estancia.
Después de recrearse en la alegría de poseer esa fortuna, Juana de la Motte no conocía un placer más grande que el de que la viesen. La posesión no era nada para ella si este hecho no hacía nacer la envidia.
Le repugnaba desde hacía tiempo tener a su camarera por confidente de su miseria, y ahora se iba a desquitar teniéndola por confidente de su fortuna. Entonces llamó al ama Clotilde, que seguía en la antecámara quitando el polvo y limpiando la lámpara que se reflejaba en el cristal de la mesa.
—Clotilde, venid y mirad.
—¡Oh! —exclamó la vieja, juntando las manos y alargando el cuello.
—¿Estabais inquieta por vuestra paga?
—Oh, madame, nunca he dicho una palabra. Madre de Dios... Yo le pedí a la señora condesa que me pagase cuando pudiera y esto era natural, pues no he recibido nada desde hace tres meses.
—¿Creéis que aquí hay bastante para pagaros?
—¡Jesús, madame! ¿Que si hay bastante para pagarme? ¡Y para hacerme rica toda mi vida!
Juana de la Motte miró a la vieja encogiéndose de hombros, con un movimiento desdeñoso.
—Me enorgullece que ciertas personas recuerden el nombre que llevo, mientras que los que deben acordarse lo olvidan.
—¿En qué vais a emplear ese dinero? —preguntó Clotilde.

—En todo.
—Yo pienso, madame, que lo más urgente sería reparar la cocina, porque ahora que tenéis dinero pensaréis, creo yo, en comer, ¿verdad?
—Silencio; llaman.
—Madame se engaña —dijo la vieja, pues, como siempre, quería ahorrar pasos.
—Os he dicho que sí.
—Yo aseguro que no.
—Id a ver.
—No he oído nada.
—Sí, como antes, que tampoco habíais oído nada. ¿Y qué habría ocurrido si las dos damas no hubiesen entrado?
Este razonamiento pareció convencer al ama Clotilde, que se dirigió a la puerta.
—¿Oís ahora?
—Pues es verdad —dijo la vieja—. Ya voy, ya voy.
Juana de la Motte se complació en hacer deslizar los cincuenta dobles luises de la mesa en su mano, y después los metió en un cajón del armario.
Y murmuró al cerrar el cajón:
—Gracias, Providencia, por este centenar de luises.
Estas palabras las pronunció con tan escéptica avidez que habrían hecho sonreír a Voltaire.
La puerta de la escalera se había abierto y un andar recio se oyó en la habitación contigua, y algunas palabras entre el visitante y Clotilde, sin que la condesa pudiese recogerlas.
Después, la puerta se cerró, los pasos se perdieron en la escalera y la vieja entró con una carta en la mano, dándosela a su dueña.
La condesa examinó la letra del sobre, preguntando:
—¿Un criado?
—Sí, madame.
—¿Qué librea?
—Sin librea.
—¿Es, pues, un grisón?
—Sí.
—Conozco estas armas —dijo madame de la Motte, volviendo a mirar el sello.
Después, aproximándolo a la lámpara, agregó: —Dos gules y nueve rombos de oro. ¿Quién lleva gules y nueve rombos de oro?
Y buscó un instante en sus recuerdos, pero inútilmente. —Veamos la carta.
Y habiéndola abierto con cuidado para no romper el sello, leyó: «Madame, la persona que vos habéis solicitado podrá veros mañana a la noche, si sois tan amable de abrirle vuestra puerta.»
—¿Esto es todo?
La condesa trató nuevamente de hacer memoria.
—He escrito a tantas personas... Veamos a quién he escrito yo... A todo el mundo. ¿Es un hombre o es una mujer quien me responde? La letra no dice nada, es insignificante. Letra de secretario... ¿El estilo? Estilo de protector, frío y ambiguo.
«La persona que vos habéis solicitado.»
—La frase tiene la intención de ser humillante. Creo que puede ser una mujer.
«Podrá veros mañana a la noche, si sois tan amable de abrirle vuestra puerta.»
—Pero una mujer habría dicho: «Os esperaré mañana a la noche». Es un hombre... Sin embargo, las damas de ayer vinieron y eran grandes damas. Y sin firma. ¿Quién lleva gules en nueve rombos de oro? ¡Oh...! —exclamó—. ¿He perdido la cabeza? Los

Rohan, claro. Sí, yo he escrito a De Guéménée y a De Rohan; uno de los dos me ha contestado, es muy sencillo... Pero el escudo no está dividido en cuarteles, y la carta es del cardenal... El cardenal de Rohan, ese galanteador, ese mujeriego, ese ambicioso; él vendrá a ver a madame de la Motte, si madame de la Motte le abre su puerta... Pues que esté tranquilo; la puerta le será abierta... ¿Cuándo? Mañana a la noche.
Y se puso a soñar.
«Una dama de caridad que da cien luises puede ser recibida en un desván; puede helarse sobre mi suelo, sufrir sentada en mis sillas, duras como la parrilla de san Lorenzo y sin fuego. Pero un príncipe de la Iglesia, un hombre de salón, un conquistador de corazones... No, no; no es la miseria lo que visitará semejante limosnero.»
Después, volviéndose hacia la doncella, que acababa de prepararle el lecho, dijo:
—Mañana, ama Clotilde, no os olvidéis de despertarme temprano.
Y luego, para poder quedar más a sus anchas, le hizo un ademán para que se fuera.
Clotilde reavivó el fuego que había enterrado en las cenizas para dar un aspecto más miserable al apartamento, cerró la puerta y se retiró a su cuchitril.
Juana de Valois, en lugar de dormir, pasó la noche soñando agradablemente. Tomaba notas con el lápiz a la luz de la lamparilla; después, segura de la jornada del día siguiente, hacia las tres de la madrugada, se adormeció, y Clotilde, que tampoco había dormido más que ella, obedeció sus instrucciones, despertándola al amanecer. Hacia las ocho se había peinado y puesto su mejor vestido.
Transformada en gran dama y en hermosa mujer, la mosca sobre el pómulo izquierdo y los puños bordados, envió a buscar una litera a la plaza, donde se solía encontrar ese género de carruajes, cerca de la calle de Pont-aux-Choux.
Ella hubiera preferido una silla de manos, pero habría que ir a buscarla demasiado lejos. La silla rodante, tirada por un robusto auvernés, recibió la orden de dejar a la señora condesa en la Place Royal, donde, bajo los Ares du Midi, en los bajos de un palacio abandonado, se albergaba el maestro Fingret, tapicero, decorador que vendía y alquilaba muebles de ocasión a un precio muy asequible.
El auvernés llevó rápidamente a su cliente de la calle Saint-Claude a la Place Royal. Diez minutos después, la condesa llegaba a la tienda del maestro Fingret, donde vamos a encontrarla inmediatamente admirando y eligiendo en una especie de pandemónium, del que intentaremos hacer un esbozo.
Figurémonos unas caballerizas de una longitud de cincuenta pies y de unos treinta de ancho y una altura de diecisiete; en las paredes las tapicerías de los reinados de Enrique IV y Luis XIII, y los techos disimulados por la serie de objetos suspendidos, desde las arañas de cristal del siglo xii a los lagartos disecados, las lámparas de iglesia y los peces voladores.
En el suelo y amontonados, tapices y esterillas, muebles de columnas torneadas con pies labrados, alacenas de encina esculpida, consolas Luis XV de patas doradas, sofás forrados de damasco rosa o de terciopelo de Utrecht, lechos de reposo, amplios sillones de cuero, como le gustaban a Sully; armarios con los paneles de ébano en relieve y varillas de cobre, mesas de Boule bajo porcelanas, juegos de damas, muebles de tocador, cómodas cuyas marqueterías eran instrumentos o flores.
Lechos de encina con estrados y baldaquinos, y cortinas de todas las formas, de todos los gustos, de todos los tejidos, se amontonaban, se confundían, armonizaban o chocaban en la penumbra del local.
Clavecinos, arpas y sistros sobre veladores; el perro de Marlborough disecado con ojos de esmalte.
Más allá, lienzos de toda calidad, vestidos colgados al lado de trajes de terciopelo, puñales de acero, de plata, de nácar.

Hachones, retratos de antepasados, pinturas, grabados encuadrados, y todas las imitaciones de Vernet, entonces en boga, al cual la reina le había dicho tan graciosamente:
—Decididamente, monsieur Vernet, no hay como vos en Francia para hacer creer en la lluvia y en el buen tiempo.

XIV
EL MAESTRO FINGRET

He aquí todo cuanto seducía los ojos y, por consiguiente, la imaginación de las pequeñas fortunas, en los almacenes del maestro Fingret en la Place Royal.
Las mercancías no eran nuevas, la muestra lo decía lealmente, pero reunidas se realzaba su valor y acababan por representar un conjunto mucho más importante que el que los comerciantes más desdeñosos hubiesen exigido.
Juana de la Motte, una vez admitida a admirar todas estas riquezas, se dio cuenta de todo lo que faltaba en la calle de Saint-Claude. Le faltaba un salón en el que hubiera sofá, sillones y poltronas. Un comedor con vitrinas y aparadores. Un gabinete donde colgar cortinas persas y colocar los veladores y las pantallas de chimenea.
Y lo que le faltaba, además de salón, comedor o gabinete, era el dinero para conseguir los muebles y colocarlos en su nuevo apartamento.
Con los tapiceros de París hay transacciones fáciles de realizar en todas las épocas, y no hemos oído decir jamás que una joven y hermosa mujer se haya muerto en el umbral de una puerta que se ha negado a abrirse a su deseo.
En París, lo que no se compra se alquila, y son estos comerciantes los que ponen en circulación el proverbio «Ver es tener».
Juana de la Motte, con la esperanza de un alquiler posible, después de tomar las medidas, descubrió una sillería de seda amarilla con flores de oro que la fascinó desde el primer momento. Ella era morena.
Pero todo ese moblaje, compuesto de diez piezas, no habría cabido en el cuarto piso de la calle de Saint-Claude. Había que alquilar el tercer piso, dividido en una antecámara, un comedor, un saloncito y un dormitorio.
Así, en el tercer piso se podían recibir las limosnas de los cardenales, y en el cuarto las de las oficinas de caridad; o sea, en el de lujo las limosnas de las gentes que hacen la caridad por ostentación, y en el otro las ofrendas de las gentes sin prejuicios que no quieren dar más que a los que ciertamente necesitan.
La condesa, una vez lo ordenó todo mentalmente, volvió sus ojos hacia el lado oscuro del sótano, allá donde la riqueza se presentaba más espléndida, hacia la parte de los cristales, de los dorados y los espejos.
Vio allí, con su bonete en la mano, el gesto impaciente y la sonrisa un poco socarrona, una figura de burgués parisién que hacía dar vueltas a una llave en sus dedos índices unidos el uno al otro por las uñas.
Este digno inspector de las mercancías de ocasión no era otro que Fingret, a quien sus empleados habían anunciado la visita de una hermosa dama llegada en carruaje.
Se veían en el patio los mismos empleados vestidos de corto, con ropa de lana, las piernas al aire, con medias y algunas con carreras. Se ocupaban en restaurar, con los muebles más viejos, los menos viejos, lo que quería decir reventar sofás y sillones antiguos para sacarles la crin y la pluma que valdría para rellenar a sus sustitutos. Uno mezclaba la crin con estopa y forraba otro mueble; otro lavaba los sillones, y un tercero repasaba los tejidos lavándolos con jabones aromáticos.

Se restauraban con estos viejos ingredientes los bonitos muebles de ocasión que Juana de la Motte admiraba en este instante. Fingret, viendo que su cliente podía notar las operaciones de sus empleados y opinar menos favorablemente acerca de lo que deseaba adquirir, cerró una puerta vidriera que daba al patio, diciendo que lo hacía para que el polvo no molestase a madame.
—Sobre éste, madame... —y se detuvo.
—La condesa de la Motte-Valois —aclaró indolentemente Juana.
Pareció que el título sonaba bien, y Fingret se metió la llave en el bolsillo, diciendo:
—Nada hay aquí de lo que conviene a madame, pero tengo cosas nuevas y magníficas. No crea la señora condesa que la casa Fingret no tiene también tan bellos muebles como el tapicero del rey. Dejad todo esto, madame, y tened la amabilidad de ver mi otro comercio.
Juana enrojeció, pues lo que había visto allí le parecía demasiado bello, tan bello, que no esperaba poder adquirir nada, pero halagada por las suposiciones de Fingret, temía que éste comprendiese que sus medios no eran muchos, y se disgustó por no haberse anunciado como una simple burguesa. Pero de todo error un espíritu hábil saca una ventaja.
—Nada nuevo, monsieur; yo no quiero nada nuevo.
—¿Madame quizá tenga algún apartamento que amueblar?
—Vos lo habéis dicho, monsieur, un apartamento.
—Maravilloso. Que madame escoja —ofreció Fingret, astuto como un mercader de París, el cual no cifra su amor propio en vender nuevo o viejo mientras pueda ganar en la operación.
—Ese pequeño moblaje, por ejemplo —pidió la condesa.
—No tiene más que diez piezas.
—La habitación es mediana.
—Es nuevo, como puede ver.
—Nuevo..., pero de ocasión.
—Sin duda —repuso Fingret, riendo—, pero así como está vale ochocientas libras.
El precio estremeció a la condesa. ¿Cómo confesar que la heredera de los Valois se contentaba con un mueble de ocasión y que no podía pagar ochocientas libras?
—Pero yo no os hablo de comprar. ¿Cómo queréis que compre muebles tan viejos? No se trata más que de alquilar y todavía...
Fingret hizo una mueca porque insensiblemente el cliente perdía valor. No era un mueble nuevo, ni siquiera un mueble de ocasión lo que quería comprar, sino alquilarlo.
—¿Vos desearíais este mueble floreado y por un año?
—No, por un mes; es un amigo de provincias al que tengo que alojar.
—Será cien libras por mes —dijo el maestro Fingret.
—Supongo que os estáis burlando, porque si saco la cuenta, a los ocho meses el mueble sería mío.
—De acuerdo, señora condesa.
—¿Entonces?
—Entonces sería vuestro y no mío, y yo no tendría que hacerlo restaurar, y todo eso cuesta dinero.
Juana de la Motte reflexionaba. «Cien libras por un mes es mucho, pero hay que razonar: será demasiado caro para un mes, y entonces devuelvo los muebles, dejando una buena opinión al tapicero, o en un mes puedo comprar un mueble nuevo. Y pensaba emplear cinco o seiscientas libras; hagamos las cosas en grande y gastemos cien escudos»

—Guardadme ese moblaje de flores de oro para un salón, con las cortinas haciendo juego.
—Sí, madame.
—¿Y los tapices?
—Aquí están.
—¿Qué me daríais para otra estancia?
—Estas banquetas verdes, este cuerpo de armario de encina, esta mesa de pies torneados y estas cortinas verdes de damasco.
—¿Y para un dormitorio?
—Un lecho largo y bello, un colchón excelente, una colcha de terciopelo bordada en rosa y plata, cortinas azules, guarnición de chimenea un poco gótica, pero de lujoso dorado.
—¿Tocador?
—Uno con encajes de Malinas. Miradlos, madame. Cómoda de delicada marquetería, sofá de tapicería, sillas haciendo juego, todos los utensilios de chimenea de una gran elegancia, porque proceden del dormitorio de madame de Pompadour en Choisy.
—¿Todo por qué precio?
—¿Un mes?
—Sí.
—Cuatrocientas libras.
—Veamos, monsieur Fingret, no me confundáis con una advenediza, os lo ruego. No se desvanecen las gentes de mi calidad ante unos trapos. ¿Observáis que cuatrocientas libras por mes son cuatro mil ochocientas al año, y que por ese precio yo tendría un hotel amueblado?
El maestro Fingret se pellizcó la oreja.
—Vos no me volveréis a ver por la Place Royal —continuó la condesa.
—Eso me entristecería, madame.
—No daré más de cien escudos por ese mobiliario.
Juana dijo estas últimas palabras con tal seguridad que el mercader pensó de nuevo en el porvenir.
—Sea, madame.
—Y con una condición, maestro Fingret.
—¿Cuál?
—La de que todo será colocado en el apartamento que yo os indicaré antes de las tres de la tarde.
—Son ya las diez, madame.
—¿Es sí o es no?
—¿Adonde hay que llevarlo?
—Calle Saint-Claude o Marais.
—¿A dos pasos?
—Precisamente.
El tapicero abrió la puerta del patio y gritó: «Sylvain, Landry, Remy», apareciendo tres de los aprendices, encantados de poder interrumpir su trabajo y ver a la bella dama.
—A ver, los carros de mano. Remy, ve a cargar el mobiliario de flores de oro; Sylvain, la antecámara en el carro, y tú, que eres más reposado, lleva el dormitorio. Revisemos la nota, madame, y si os place os firmaré el recibo.
—He aquí seis dobles luises, y devolvedme un luis simple.
—Aquí tenéis dos escudos de seis libras, madame.
—De los que daré uno a estos mozos si me demuestran su competencia —dijo la condesa.

Una hora después había alquilado el tercer piso, y no habían pasado dos horas cuando ya el salón, la antecámara y el dormitorio estaban amueblados y tapizados.
El escudo de seis libras fue ganado por Landry, Remy y Sylvain casi a los diez minutos.
Una vez estuvo el alojamiento transformado, los cristales limpios y la chimenea encendida, Juana se dedicó a su arreglo personal, saboreando la felicidad de dos horas, la felicidad de pisar una buena alfombra y sentir a su alrededor una atmósfera cálida, respirar el perfume de algunas flores en los vasos japoneses...
Fingret no había olvidado los brazos dorados que sostenían las bujías a cada lado de los espejos, y los candelabros, bajo la llama de los cirios, se irisaban con todos los matices del arco iris.
Fuego, cirios, flores, rosas perfumadas en el paraíso que Juana destinaba a su excelencia.
Prestó incluso atención a lo que la puerta de la alcoba, coquetonamente entreabierta, dejaba ver: un bonito fuego a cuyos reflejos relucían los pies de los sillones, la madera del lecho y los morillos de De Pompadour, las cabezas de las quimeras sobre las cuales se había posado el pie encantador de la condesa.
La coquetería de Juana no se detenía ahí. Si el fuego realzaba el interior de esta cámara misteriosa, si los perfumes denunciaban a la mujer, la mujer denunciaba una raza, una belleza, un espíritu y un gusto dignos de una eminencia.
Juana puso en su arreglo personal un cuidado del cual el caballero de la Motte, su marido ausente, le hubiera pedido cuentas. La mujer fue digna del apartamento y del mobiliario alquilado al maestro Fingret.
Después de una ligera comida, a fin de conservar su presencia de espíritu y su elegante palidez, Juana se hundió en un gran sillón cerca del fuego.
Con un libro en la mano y una chinela sobre un taburete, esperó, escuchando el tic-tac del péndulo y los ruidos lejanos de los carruajes, que raramente turbaban la tranquilidad del desierto de Marais.
Esperaba. El reloj dio las nueve, las diez y las once, y nadie llegaba, ni en carruaje ni a pie.
¡Las once! Era, sin embargo, la hora de los prelados galantes que, habiendo acrecentado su caridad en una cena de arrabal, y no teniendo nada más que dar veinte vueltas de rueda para entrar en la calle Saint-Claude, se jactaban de ser humanos, filántropos y religiosos.
La medianoche sonó lúgubremente en las Filles-du-Calvaire.
Ni prelado ni carruaje; las bujías comenzaron a palidecer llenando de capas diáfanas las arandelas de cobre dorado. El fuego, renovado con suspiros, se estaba transformando en brasas, después en ceniza. Hacía un calor africano en ambas cámaras.
La vieja sirvienta, que se había acicalado poniéndose en el gorro unas cintas pretenciosas, al inclinar la cabeza cuando se dormía debajo de la bujía, sus adornos se deterioraban, debido a la llama o a las gotas de cera.
A las doce y media, Juana se levantó furiosa del sillón que había abandonado más de cien veces aquella noche, para abrir la ventana y mirar ávidamente en las profundidades de la calle, tranquila como antes de la creación del mundo.
Por fin desistió, rehusó cenar, licenció a la vieja, cuyas preguntas comenzaban a importunarla, y sola, en medio de sus tapicerías de seda, bajo sus bellas cortinas y en su excelente lecho, no durmió mejor que la víspera, porque la víspera su inconsciencia, nacida de la esperanza, la hacía más feliz.
Sin embargo, a fuerza de dar vueltas, de crisparse, de desesperarse contra su mala suerte, Juana encontró una excusa para el cardenal. Lo primero: que era cardenal, gran

limosnero, que tenía mil asuntos inquietantes y, por consiguiente, más importantes que una visita a la calle de Saint-Claude.
Después, esta otra excusa: él no conocía a esta pequeña condesa de Valois, circunstancia muy consoladora para Juana. ¡Oh, realmente habría sido más desolador si monsieur de Rohan hubiese faltado a su palabra después de su primera visita!
Esta razón que se dio Juana a sí misma necesitaba una prueba para parecer buena, y no dudó: saltó del lecho, encendió las mariposas de la lamparilla y se miró largo tiempo al espejo. Después del examen sonrió, apagó las mariposas y se acostó. La excusa era buena.

XV
EL CARDENAL DE ROHAN

A la mañana siguiente, Juana, sin descorazonarse, comenzó su arreglo personal y el del apartamento.
El espejo le había demostrado que monsieur de Rohan acudiría por poco que él hubiera oído hablar de ella.
Eran las siete y el fuego del salón ardía en todo su esplendor cuando una carroza rodó por la cuesta de la calle Saint-Claude.
Juana no tuvo tiempo de acercarse a la ventana ni de impacientarse. De la carroza descendió un hombre envuelto en un grueso abrigo; después, la puerta de la casa se cerró a su espalda y la carroza se dirigió a una pequeña calle vecina, en espera del regreso del dueño.
Pronto sonó la campanilla, y el corazón de Juana de la Motte batió tan fuerte que los latidos se podían oír.
Pero, avergonzada de ceder a una emoción tan poco razonable, Juana ordenó silencio a su corazón, colocó lo mejor que le fue posible un bordado en la mesa, una partitura nueva en el clavecino y una gaceta en el rincón de la chimenea.
Al cabo de unos segundos, el ama Clotilde le anunció a la condesa:
—La persona que os escribió anteayer.
—Hacedla entrar.
Un paso ligero, zapatos crujientes, un hermoso personaje vestido de terciopelo y seda, alta la cabeza y pareciendo tener la estatura de diez codos, fue lo que vio Juana al levantarse para recibirlo.
Se había sentido impresionada desagradablemente por el «incógnito» guardado por la «persona».
Así, decidiéndose a tomar la ventaja de la mujer que ha reflexionado, preguntó, no con acento de protegida, sino de protectora:
—¿A quién tengo el honor de hablar?
El príncipe miró a la puerta del salón, tras la cual Clotilde había desaparecido.
—Soy el cardenal de Rohan.
A lo que Juana de la Motte, fingiendo enrojecer y confundirse en humildades, respondió con una reverencia digna de hacérsela a los reyes.
Después acercó un sillón, y en lugar de sentarse en una silla, como aconsejaba el respeto, se acomodó en el gran sitial.
El cardenal, viendo que cada uno podía colocarse a su gusto, puso su sombrero sobre la mesa, y mirando cara a cara a Juana, que le contemplaba también, dijo:
—¿Es verdad, mademoiselle...?
—Madame —precisó Juana.
—Perdón, lo olvidaba. ¿Es, pues, verdad, madame...?

—Mi marido es el conde de la Motte, monseñor.
—Perfectamente. ¿Gendarme del rey o de la reina?
—Sí, monseñor.
—¿Y vos, madame, decís que sois una Valois?
—Valois, monseñor.
—¡Gran nombre! —dijo el cardenal, cruzando las piernas—. Un nombre raro, extinguido.
Juana adivinó la duda del cardenal.
—Extinguido, no, monseñor, puesto que yo lo llevo y tengo un hermano barón de Valois.
—¿Reconocido?
—No es necesario que sea reconocido, monseñor; mi hermano puede ser rico o pobre, pero no por eso dejará de ser nacido barón de Valois.
—Madame, explicadme a grandes rasgos esta genealogía, os lo ruego. Vos me interesáis; me gustan los blasones.
Juana contó, simplemente, lo que el lector sabe ya.
El cardenal escuchaba y la miraba. No se tomaba el trabajo de disimular sus impresiones. ¿Para qué? No creía ni en el mérito ni en la cualidad de Juana; la veía hermosa y pobre, y pensaba que era bastante.
Juana, que se apercibía de todo, adivinó la triste impresión que producía al futuro protector.
—Entonces —dijo el cardenal, con indiferencia—, habéis sido realmente desgraciada.
—No me quejo, monseñor.
—Creo que se me han exagerado mucho vuestras dificultades.
Y miró a su alrededor.
—Este alojamiento es cómodo, agradablemente amueblado.
—Para una modistilla, sin duda —replicó duramente Juana, impaciente para ir a su tema.
El cardenal hizo un movimiento.
—¿Consideráis este mobiliario propio de una modistilla?
—Yo no creo, monseñor, que pudierais llamarlo un mobiliario de princesa.
—Y vos sois princesa —dijo él, con una de esas imperceptibles ironías que sólo los espíritus muy distinguidos o las gentes de noble raza tienen el secreto de mezclar en su charla, sin llegar a ser impertinentes.
—Yo he nacido Valois, monsieur, como vos Rohan. Esto es todo lo que yo sé.
Estas palabras fueron pronunciadas con la dignidad del desgraciado que se rebela; con la entereza de la mujer que se sabe desconocida; fueron tan severas y tan sencillas a la vez, que el príncipe no se sintió herido, pero el hombre se sintió emocionado.
—Madame, olvidaba que mi primera palabra ha debido ser una excusa. Yo os escribí que vendría ayer, pero tuve un compromiso en Versalles debido a la recepción con que se honró al comendador de Suffren. Y tuve que aplazar el placer de visitaros.
—Monseñor, me hacéis demasiado honor al haber pensado hoy en mí, y el conde de la Motte, mi marido, lamentará aún más vivamente el exilio en que le retiene la miseria, porque ese exilio le impide gozar de tan ilustre presencia.
La palabra «marido» llamó la atención del cardenal.
—¿Vivís sola, madame?
—Absolutamente sola, monseñor.
—Es valiente en una mujer tan joven y tan linda.
—Es simple, monseñor, por parte de una mujer que se sentirá desplazada en una sociedad de la cual su pobreza la aleja.

—Parece que los genealogistas no han contrastado vuestra genealogía.
—¿Y de qué me sirve? —dijo desdeñosamente Juana, echando hacia atrás, con un gesto encantador, los pequeños bucles empolvados de sus sienes.
El cardenal acercó su sillón al fuego, para calentarse los pies.
—Madame, quisiera saber en qué puedo seros útil.
—En nada, monseñor.
—¿Cómo en nada?
—Vuestra Eminencia me colma de honor, ciertamente.
—Hablemos con más franqueza.
—Yo no sabría ser más franca de lo que soy, monseñor.
—Vos os quejabais hace un momento —dijo el cardenal, mirando alrededor como para hacer notar a Juana lo que él había dicho sobre el mobiliario de la modistilla.
—Sí, es cierto; me quejaba.
—¿Entonces, madame?
—Monseñor; veo que Vuestra Eminencia desea darme una limosna, ¿no es eso?
—Madame...
—No os preocupéis; antes aceptaba limosnas, pero no las aceptaré más.
—¿Por qué?
—Monseñor, ya he sido bastante humillada durante mucho tiempo, y no puedo soportarlo más.
—Madame, confundís las palabras. En la desgracia no hay deshonra.
—¿Ni con el nombre que llevo? ¿Mendigaríais vos, monsieur de Rohan?
—Yo no hablo de mí —dijo el cardenal, con cierto embarazo mezclado de altivez.
—Monseñor, yo no conozco más que dos formas de mendigar: en carroza o a la puerta de una iglesia; con oro y terciopelo o con harapos. Yo no esperaba el honor de vuestra visita; me creía olvidada.
—¿Sabíais, pues, que era a mí a quien habíais escrito?
—¿No he visto vuestras armas en el sello de la carta que me habéis hecho el honor de escribirme?
—Sin embargo, no habéis demostrado reconocerme.
—Porque vos no me habíais hecho el honor de haceros anunciar.
—Muy bien, vuestro orgullo me place —dijo vivamente el cardenal, mirando con atención los ojos animados y el rostro altivo de Juana.
—Yo diría que había tomado antes de veros la resolución de dejar este miserable manto que vela mi miseria, que cubre la desnudez de mi nombre, y de ir con mis andrajos como toda mendiga cristiana a implorar el pan, no al orgullo, sino a la caridad de los transeúntes.
—Vos no estaréis en el límite de vuestros recursos, madame.
Juana no respondió.
—Vos tendréis alguna tierra, aunque esté hipotecada; joyas de familia; por ejemplo, esto.
Y señaló una caja con la que jugaban los dedos blancos y delicados de la joven.
—¿Esto?
—Una caja original. ¿Me permitís? Ah, un retrato.
—¿Conocéis el original de ese retrato? —preguntó Juana.
—Es el de María Teresa.
—¿De María Teresa?
—Sí, la emperatriz de Austria.
—¿De verdad? —preguntó Juana—. ¿Lo creéis así, monseñor?
El cardenal examinó la caja con atención.

—¿Cómo ha llegado a vuestras manos?
—Es propiedad de una dama que vino anteayer.
—¿A vuestra casa?
—A mi casa.
—¿Una dama?
El cardenal volvió a examinar la cajita con mayor atención.
—Rectifico, monseñor: vinieron dos damas.
—¿Y una de ellas os regaló esta caja? —preguntó él, con desconfianza.
—No me la dio.
—¿Y por qué la tenéis vos?
—La olvidó aquí.
El cardenal se quedó tan pensativo, que la condesa de Valois le miró intrigada, pensando que debía ponerse en guardia.
Después, el cardenal levantó la cabeza, y mirando atentamente a Juana, le dijo:
—¿Y cómo se llama esta dama? Perdonadme por interrogaros, pues parece que me haya convertido en un juez.
—En efecto, monseñor; el interrogatorio es un poco extraño.
—Indiscreto quizá, pero extraño...
—Extraño si yo conociera a la dama que se ha dejado aquí este tarjetero. Ya se lo habría devuelto. Sin duda ella lo tiene en estima y yo no quisiera pagar con una inquietud de cuarenta y ocho horas su generosa visita.
—¿Vos no la conocéis?
—No; sólo sé que es una dama directora de una Casa de Caridad.
—¿De París?
—De Versalles.
—¿De Versalles? ¿La superiora de una Casa de Caridad?
—Monseñor, yo acepto favores de las mujeres; las mujeres no humillan a una mujer pobre llevándole socorros, y esa dama puso cien luises sobre mi chimenea al despedirse.
—¡Cien luises! —dijo el cardenal, con sorpresa; después, viendo que podría herir la susceptibilidad de Juana, pues ella hizo un movimiento, agregó—: Perdón, madame. No me asombra que se os haya dado esa cantidad. Merecéis la solicitud de las gentes caritativas y vuestro nacimiento lo convierte en una ley. Es el título de Dama de Caridad lo que me asombra. Las Damas de Caridad no acostumbran a dar limosnas tan cuantiosas. ¿Podríais decirme cómo es esa dama, condesa?
—No es fácil, monseñor —repuso Juana para aguzar la curiosidad de su interlocutor.
—¿No es fácil? Puesto que ha venido aquí...
—Era dama, y como no quería ser reconocida, se ocultaba el rostro con un capuchón bastante amplio, y llevaba un abrigo de pieles. Sin embargo...
—¿Sin embargo...?
—Creí ver..., pero no lo afirmo.
—¿Qué visteis?
—Unos ojos azules.
—¿Y la boca?
—Pequeña, y labios un poco gruesos, el labio inferior sobre todo.
—¿Alta?
—Talla mediana.
—¿Las manos?
—Perfectas.
—¿El cuello?
—Esbelto.

—¿El rostro?
—Sereno y noble.
—¿El acento?
—Ligeramente forastero. ¿Conocéis quizá a esa dama, monseñor?
—¿Cómo puedo conocerla, señora condesa?
—Por la manera con que me interrogáis, monseñor, o por la simpatía que todos los que realizan buenas obras sienten por los que también las prodigan.
—No, madame, no; no la conozco.
—Sin embargo, monseñor, si vos tenéis alguna sospecha...
—¿Sospecha, yo?
—Inspirada por este retrato, por ejemplo.
—Ah... —murmuró el cardenal, temiendo haber ido demasiado lejos con sus sospechas—. Sí, este retrato...
—¿Este retrato, monseñor?
—Este retrato me hace el efecto de ser...
—El de la emperatriz María Teresa, ¿verdad?
—Yo creo que sí.
—¿Entonces, pensáis...?
—Creo que habéis recibido la visita de alguna dama alemana, quizá de las que han fundado una Casa de Caridad.
—¿En Versalles?
—En Versalles.
El cardenal se calló, pero se veía que todavía dudaba y que aquella carterita en casa de la condesa había aumentado sus recelos.
Lo que Juana no comprendía, lo que trataba inútilmente de explicarse era el recóndito pensamiento del príncipe, en el que sospechaba un lazo tendido con apariencias de cortesía. Ella sabía el interés que el cardenal ponía en los asuntos de la reina. Era un rumor de la corte, pero que no era un secreto para nadie el cuidado que ponían ciertos enemigos en prolongar la animosidad entre la reina y su gran limosnero.
Ese retrato de María Teresa, ese tarjetero que el cardenal había visto tantas veces en sus manos, ¿cómo estaba en las de Juana, la mendiga? ¿Realmente había visitado la reina este pobre alojamiento? Si efectivamente lo había hecho, ¿no descubrió su personalidad a los ojos de Juana? ¿O, por un motivo cualquiera, ésta se callaba el honor que había recibido?
El prelado dudaba. Dudaba ya la víspera. El nombre De Valois le había enseñado a mantenerse en guardia, y ahora no se trataba de una mujer pobre, sino de una mujer socorrida personalmente por la reina.
¿María Antonieta era caritativa hasta ese punto? Mientras el cardenal forcejeaba con sus dudas, Juana, que no le perdía de vista y que ninguna reacción del príncipe se le escapaba, pasaba unos momentos angustiosos.
El silencio, embarazoso para los dos, lo resolvió el cardenal preguntando:
—Y la dama que acompañaba a vuestra bienhechora, ¿la visteis bien? ¿Podríais darme algún detalle?
—Ah, sí, la vi perfectamente. Es alta y bella, en su rostro se advierte decisión y su piel parece de seda.
—¿Y la otra dama no la nombró alguna vez?
—En una ocasión, y por su nombre de pila.
—¿Recordáis el nombre?
—Andrea.

—¿Andrea? —exclamó el cardenal sin reprimir su estupor y sin que su gesto, como todos los anteriores, pasase inadvertido a la condesa de la Motte.
El cardenal sabía ya a qué atenerse, pues el nombre de Andrea bastó para desechar las dudas que aún abrigaba. Se sabía que la reina había ido a París con mademoiselle de Taverney, y una historia que hablaba de que se había retrasado, de que hubo una puerta cerrada, de una querella conyugal entre el rey y la reina corría por todo Versalles.
El cardenal respiró al ver que no había ni lazo ni complot en la calle de Saint-Claude, y Juana de la Motte le pareció tan bella y tan pura como un ángel. Sin embargo, había que intentar una última prueba. El príncipe era diplomático.
—Condesa, os confieso que hay una cosa que me asombra.
—¿Cuál, monseñor?
—Que con vuestro nombre y vuestros títulos no os hayáis dirigido al rey.
—¿Al rey?
—Sí.
—Monseñor, he enviado veinte memoriales, veinte súplicas al rey.
—¿Sin resultado?
—Sin resultado.
—Aparte el rey, los príncipes habrían atendido vuestras reclamaciones. El duque de Orleáns es caritativo, y muchas veces llega adonde no llega el rey.
—También me he dirigido a Su Alteza el duque de Orleáns, pero inútilmente.
—¿Inútilmente? ¡Me asombra!
—Cuando no se es rico, o cuando no median recomendaciones, muchos memoriales se extravían en la antecámara de los príncipes.
—Pero queda todavía el conde de Artois.
—Ha ocurrido con el conde de Artois lo mismo que con Su Alteza el duque de Orleáns, lo mismo que con Su Majestad.
—También están Sus Altezas, las tías del rey. O me engaño mucho o han debido responder favorablemente.
—No, monseñor.
—Por Dios... No puedo creer que Elizabeth, la hermana del rey, haya desatendido vuestras súplicas.
—Su Alteza Real me prometió recibirme, pero no sé qué ha ocurrido para que después de recibir a mi marido no haya querido más contactos con nosotros, y después de insistir en mis súplicas, de ella no he vuelto a saber nada.
—Es muy raro —dijo el cardenal, y de repente, como si acabara de asaltarle un imprevisto pensamiento, dijo—: Por Dios, nos olvidamos...
—¿De qué?
—La persona a la cual vos debisteis dirigiros antes que a nadie.
—¿A quién debí dirigirme?
—A la dispensadora de los favores, a la que jamás ha rehusado un socorro merecido, a la reina.
—¿A la reina?
—Sí, a la reina. ¿La habéis visto?
—Jamás —respondió Juana con la mayor sencillez.
—¿Vos no habéis dirigido una súplica a la reina?
—Jamás.
—¿No habéis tratado de que Su Majestad os concediese una audiencia?
—Lo he intentado, pero no lo he conseguido.
—Debisteis buscar la manera de que os viese en alguno de sus paseos. Pudo ser un medio para haceros llamar a la corte.

—No lo he empleado jamás.
—Verdaderamente, madame, me decís cosas increíbles.
—Yo no he estado más que dos veces en Versalles y yo no he visto más que a dos personas, al doctor Louis que cuidó a mi desgraciado padre en el Hótel-Dieu, y al barón de Taverney, a quien se me había recomendado.
—¿Y qué os dijo el barón? Le habría sido fácil presentaros a la reina.
—Me dijo que había sido muy inhábil.
—¿Por qué?
—Opinó que la invocación de mi parentesco con la familia real tenía que contrariar a Su Majestad, porque los parientes pobres sólo valen para humillar.
—El barón fue egoísta y brutal —dijo el príncipe.
Después, pensando en la visita de Andrea a la condesa, se dijo: «Es curioso; el padre rechaza la solicitud y la reina trae a la hija a esta casa. De esta contradicción tiene que extraerse alguna conclusión.»
—Me maravilla oírle decir a una solicitante, a una mujer de la antigua nobleza, que no ha visto nunca ni al rey ni a la reina.
—Si no es en pintura... —dijo Juana, sonriendo.
—Muy bien —repuso el cardenal, convencido de la ignorancia y de la sinceridad de la condesa—. Si es preciso, yo mismo os llevaré a Versalles, y os haré abrir las puertas.
—¡Oh, monseñor, cuánta bondad! —exclamó la condesa con alborozo.
El cardenal se le acercó, diciéndole:
—Y es imposible que antes de poco tiempo todo el mundo no se interese por vos.
—Ay, monseñor... ¿Vos lo creéis sinceramente?
—Estoy seguro.
—Creo que tratáis de halagarme, monseñor —dijo Juana de la Motte mirando fijamente al cardenal, cuyo repentino cambio debió de sorprender a la condesa, toda vez que diez minutos antes la trató con una superficialidad muy manifiesta.
La mirada de Juana, lanzada como la flecha de un arquero, hirió al cardenal, quizá en su corazón, quizá en su sensualidad. Todo eso encerraba o el fuego de la ambición o el fuego del deseo, pero fuera lo que fuese, allí asomaba el fuego.
El cardenal, que conocía a las mujeres, se confesó que había visto pocas tan seductoras.
«¡Ah, a fe mía! —se dijo con este segundo pensamiento eterno de las gentes de la corte, educadas para la diplomacia—. ¡Ah, a fe mía! Sería demasiado extraordinario y demasiado feliz que yo volviese a encontrar, lo mismo que una honrada mujer a quien la astucia ha colocado en la miseria, a una protectora todopoderosa.»
—Monseñor —interrumpió la condesa—, de vez en cuando os encerráis en un silencio que me inquieta; perdonadme que os lo diga.
—¿Por qué, condesa?
—Un hombre como vos sólo carece de cortesía con dos clases de mujeres.
—¿Qué me vais a decir, condesa? Confieso que me asustáis.
—Sí —repuso la condesa—, con dos clases de mujeres; lo he dicho y lo repito.
—¿Cuáles?
—Con las mujeres a las que se ama demasiado o con las mujeres a las que no se estima bastante.
—Condesa, me hacéis enrojecer. ¿He sido descortés con vos?
—Dios mío...
—No digáis nada más, porque sería doloroso.
—Monseñor, vos no podéis quererme demasiado, y yo no os he dado el derecho de estimarme demasiado poco.
El cardenal cogió la mano de Juana, diciéndole:

—Condesa, me estáis hablando como si estuvierais disgustada conmigo.
—No, monseñor, porque vos no habéis provocado todavía mi cólera.
—Ni la provocaré nunca, madame, desde este día en que tengo el placer de veros y conoceros.
«Mi espejo, mi espejo», pensó Juana.
—Desde hoy —continuó el cardenal— mi solicitud no os abandonará.
—Cuidado, monseñor —dijo la condesa, que no había retirado su mano de las del cardenal—. Eso no.
—¿Qué queréis decir?
—No me habléis de vuestra protección.
—Dios no quiera que pronuncie esta palabra. No es a vos a quien humillaría, sino a mí.
—Entonces, señor cardenal, admitamos una cosa que me halagará mucho.
—Si es así, madame, admitamos esa cosa.
—Admitamos, monseñor, que vos habéis rendido una visita de cortesía a madame de la Motte-Valois. Nada más.
—Y nada menos —repuso galante el cardenal.
Y acercando los dedos de Juana a sus labios imprimió en ellos un largo beso. La condesa retiró la mano.
—Es cortesía —dijo el cardenal con una seriedad exquisita.
Juana le devolvió la mano, sobre la cual esta vez el prelado imprimió un beso completamente respetuoso.
—Está bien así, monseñor.
El cardenal se inclinó.
—Sabed —continuó la condesa— que ocupar un sitio, por insignificante que sea, en la memoria de un hombre tan eminente y tan ocupado como vos, me consolará durante un año.
—¿Un año? Es muy corto... Esperemos más, condesa.
—No digo que no, señor cardenal —respondió ella sonriendo.
«Señor cardenal» era una familiaridad que por segunda vez hacía culpable a Juana de la Motte. El prelado, irritable en su orgullo, hubiera podido sorprenderse, pero las cosas habían llegado a un punto que no sólo no se sorprendió, sino que se sintió satisfecho como si le hubieran concedido un favor.
—Ah, la confianza... —exclamó él, aproximándose todavía más—. Tanto mejor, tanto mejor.
—Tengo confianza, monseñor, porque yo siento en Vuestra Eminencia...
—Decidme «monsieur» desde ahora, condesa.
—Es preciso perdonadme, monseñor; yo no conozco la corte. Digo, pues, que siento confianza porque vos sois capaz de comprender un espíritu como el mío, inquieto y audaz, y un corazón puro. A pesar de las pruebas de la miseria, a pesar de los ataques que me han dirigido innobles enemigos, Vuestra Eminencia sabrá tomar de mí, de mis palabras, lo que hay de digno en ellas. Vuestra Eminencia sabrá ser indulgente.
—Henos amigos, madame. ¿Está firmado, jurado?
—Eso es lo que deseo.
El cardenal se levantó y avanzó hacia Juana de la Motte, pero como tenía los brazos un poco más abiertos como para un simple juramento, ágil y graciosamente la condesa evitó el cerco.
—Amistad entre tres —dijo ella con un inimitable acento de coquetería y de inocencia.
—¿Cómo amistad entre tres?
—¿Acaso no hay un pobre gendarme, un exiliado que se llama el conde de la Motte?
—Oh, condesa..., ¡qué deplorable memoria poseéis!

—Es preciso que yo os hable de él, puesto que vos no lo hacéis.
—¿Sabéis por qué yo no hablo de él, condesa?
—¿Por qué?
—Porque él hablará siempre bastante de sí mismo; los maridos no se olvidan jamás, creedme.
—¿Y si él habla de sí mismo?
—Entonces se hablará de vos, entonces se hablará de nosotros.
—¿Cómo es posible?
—Se dirá, por ejemplo, que el conde de la Motte ha encontrado bien, o ha encontrado mal, que el cardenal de Rohan visite tres, cuatro o cinco veces por semana a la condesa de la Motte, en la calle de Saint-Claude.
—Pero vos no diréis tanto, señor cardenal. ¿Tres, cuatro, cinco veces por semana?
—¿Dónde estaría la amistad entonces, condesa? Yo he dicho cinco veces, y me he equivocado. Serán seis o siete, las que haga falta, sin contar los días bisiestos.
Juana se echó a reír.
El cardenal notó que por primera vez hacía honor a sus bromas, y se sintió halagado.
—¿Impediréis vos que no se hable? ¿Sabéis que es imposible?
—Sí.
—¿Y cómo?
—De un modo muy simple; con derecho o sin él, el pueblo de París me conoce.
—Cierto, tenéis razón, monseñor.
—Pero vos tenéis la desgracia de que no se os conozca.
—Justo.
—Soslayemos la cuestión.
—Soslayada; es decir...
—Si vos queréis..., si, por ejemplo... .
—Acabad.
—¿Y si vos salís, en lugar de hacerme salir a mí?
—¿Que yo vaya a vuestro palacio, monseñor?
—Vois iríais a casa de un ministro.
—Un ministro no es un hombre, monseñor.
—Sois adorable. No se trata de un palacio; tengo una casa...
—Un nido, digamos la palabra justa.
—No, una casa de vuestra propiedad.
—¿Una casa que me pertenece? ¿Dónde? Yo no sabía que tuviera una casa.
El cardenal se levantó a la vez que decía:
—Mañana, a las diez recibiréis su dirección.
La condesa enrojeció, y el cardenal le tomó galantemente la mano. Y esta vez el beso fue respetuoso y a la vez tierno y audaz.
Entonces se saludaron con esa especie de ceremoniosidad risueña que indica una próxima intimidad.
—Alumbrad a monseñor, ama Clotilde.
La vieja apareció con una luz en la mano, precediendo al prelado.
«Creo, pues todo lo afirma —se dijo Juana— que hoy he dado un gran paso en el mundo.»
«Vamos, vamos... —pensó el cardenal mientras subía a su carroza—. Hoy he hecho un doble negocio. Esta mujer tiene demasiado espíritu para no conquistar a la reina cuando me ha conquistado a mí.»

XVI

MESMER Y SAINT-MARTIN

Hubo un tiempo en que París, libre de negocios y lleno de oportunidades, se apasionaba por las cuestiones que hoy son monopolio de los ricos, de los que se llaman inútiles, de los sabios o de los perezosos.

En 1784, o sea en la época en que nosotros estamos, la cuestión de moda que flotaba por encima de todo y se detenía en las cabezas un poco elevadas, como hace la niebla en las montañas, era el mesmerismo, una ciencia misteriosa y mal definida por sus inventores, que no teniendo necesidad de democratizar un descubrimiento, había tomado el nombre de un hombre, de un título aristocrático, en lugar de uno de esos nombres de ciencia arrancados del griego, con la ayuda de los cuales la pública modestia de los sabios modernos vulgariza hoy todo elemento científico.

En efecto, ¿para qué democratizar en 1784 una ciencia? El pueblo, que desde hacía un siglo y medio no había sido consultado por los que lo gobernaban, ¿contaba para algo en el Estado?

No; el pueblo era la tierra fecunda que aportaba la espléndida cosecha que había levantado, pero el dueño de la tierra era el rey y los cosechadores eran la nobleza.

Hoy todo ha cambiado. Francia se parece a un viejo reloj de arena: durante novecientos años marcó la hora de la realeza; el dedo poderoso del Señor le dio vuelta, y durante siglos iba a marcar la hora del pueblo.

En 1784 era, pues, una recomendación que algo llevase el nombre de un nombre, y hoy, por el contrario, el éxito sería un nombre de algo.

Pero abandonemos este «hoy en día», para volver los ojos hacia el ayer. Frente a la eternidad, ¿qué valor tiene la distancia de medio siglo? La misma que existe entre la víspera y el día siguiente.

El doctor Mesmer estaba en París, como María Antonieta nos lo dio a conocer por sí misma, pidiendo permiso al rey para hacerle una visita.

Que se nos permita, pues, decir algunas palabras sobre el doctor Mesmer, cuyo nombre, aún hoy, retiene un pequeño número de adeptos, y en esa época que intentamos pintar se encontraba en todas las bocas.

Hacia 1777, el doctor Mesmer había llegado de Alemania, ese país de los sueños brumosos, trayendo una ciencia todavía más llena de nubes y de relámpagos. Al resplandor de esos relámpagos, el sabio no veía más que las nubes que formaban alrededor de su cabeza una bóveda sombría; el vulgo no veía más que las luces.

Mesmer había debutado en Alemania con una tesis sobre la influencia de los planetas. Había tratado de establecer que los cuerpos celestes, en virtud de la fuerza que producen sus atracciones, ejercen cierta influencia sobre los cuerpos animados, y particularmente sobre el sistema nervioso, por medio de un fluido sutil que llena el universo. Pero esta primera teoría era bastante abstracta. Era preciso, para comprenderla, estar iniciado en la ciencia de Galileo y de Newton. Era una mezcla de grandes variedades astronómicas con los sueños astrológicos, que no podía, no digamos popularizarse, pero sí aristocratizarse, porque fue necesario para esto que el cuerpo de la nobleza se convirtiera en sociedad de sabios. Mesmer abandonó, pues, este primer sistema para dedicarse al de los imanes.

Los imanes, en esa época, eran muy estudiados; sus facultades simpáticas o antipáticas proporcionaban a los minerales una vida casi parecida a la humana, prestándoles las dos grandes pasiones de la humanidad: el amor y el odio. En consecuencia, se atribuía a los imanes virtudes sorprendentes para la curación de las enfermedades. Mesmer unía la acción de los imanes a su primer sistema e hizo ensayos para ver lo que podría deducir de esa unión.

Desgraciadamente para Mesmer, encontró al llegar a Viena un rival ya establecido. El rival se llamaba Hall y pretendía que Mesmer le había robado sus procedimientos. Ante esta situación, Mesmer, que era hombre de imaginación, declaró que abandonaría los imanes como inútiles y que no curaría más por el magnetismo mineral, sino por el magnetismo animal.
Esta palabra, pronunciada como una palabra nueva, no describía, sin embargo, un descubrimiento nuevo; el magnetismo conocido desde la antigüedad, empleado en las iniciaciones egipcias y en el pitonismo griego, se había conservado en la Edad Media en calidad de tradición; algunos fragmentos de esta ciencia habían ocasionado los brujos de los siglos xiii, xiv y xv.
Muchos murieron en la hoguera, y confesaron, en medio de las llamas, la religión extraña de la cual eran los mártires.
Urbano Grandier no era más que un magnetizador.
Mesmer había oído hablar de los milagros de esta ciencia.
José Bálsamo, el héroe de uno de nuestros libros, había dejado la huella de su paso en Alemania, sobre todo en Estrasburgo, Mesmer se dedicó al estudio de esta ciencia, esparcida y desparramada como esos fuegos fatuos que corren por la noche por encima de los estanques; en fin, hizo una teoría completa, un sistema uniforme al cual dio el nombre de mesmerismo.
Mesmer, llegado a este punto, comunicó su sistema a la Academia de Ciencias de París, a la Sociedad Real de Londres y a la Academia de Berlín; las dos primeras no le respondieron; la otra dijo que era un loco.
Mesmer se acordó del filósofo griego que negaba el movimiento y al cual su antagonista confundió poniéndose a caminar. Vino a Francia, tomó de manos del doctor Storck y del oculista Wenzel una muchacha de diecisiete años atacada de una enfermedad al hígado y de aneurosis, y después de tres meses de tratamiento, la enferma estaba curada, la ciega podía ver.
Esta curación convenció a mucha gente, y, entre otros, a un médico llamado Deslon, que de enemigo se convirtió en apóstol.
A partir de este momento, la reputación de Mesmer fue creciendo; la Academia se declaró contra el novato y la corte se declaró en favor de él; las negociaciones fueron iniciadas por el Ministerio para invitar a Mesmer a enriquecer a la humanidad con la publicación de su doctrina. El doctor fijó su precio. Se regateó. De Breteuil le ofreció, en nombre del rey, una renta de veinte mil libras y diez mil para iniciar a tres personas, indicadas por el Gobierno, en la práctica de sus procedimientos. Pero Mesmer, indignado por la parsimonia real, rehusó y partió para las aguas de Spa con algunos de sus enfermos.
Una catástrofe inesperada amenazaba a Mesmer. Deslon, su alumno Deslon, poseedor de los famosos secretos que Mesmer había rehusado vender por treinta mil libras anuales, abrió en su casa un tratamiento público con el método mesmeriano.
Mesmer supo esta dolorosa nueva, gritó denunciando el robo, el fraude; creyó volverse loco. Entonces uno de sus enfermos, un tal De Bergasse (), tuvo la feliz idea de poner la ciencia del ilustre profesor en comandita y se creó un comité de cien personas con el capital de trescientas cuarenta mil libras, con la condición de que se revelaría la doctrina a los accionistas. Mesmer, dejando en prenda esta revelación, abandonó la capital y marchó a París.
La hora era propicia. Hay instantes en la edad de los pueblos, principalmente aquellos que son épocas de transformación, en que la nación entera se detiene como delante de un obstáculo desconocido, duda y siente el abismo, al borde del cual ha llegado y que adivina sin verle.

Francia se encontraba en uno de estos momentos; presentaba el aspecto de una sociedad tranquila, cuyo espíritu únicamente está agitado; de alguna manera se adormecía en una felicidad ficticia, pero en la cual se entreveía el fin como cuando al llegar a la linde de un bosque se adivina la llanura entre los intersticios de los árboles. Esta calma, que no tenía nada de constante, nada de real, fatigaba; se buscaban por todas partes emociones, y las novedades, cualesquiera que fuesen, eran bien recibidas. Se había llegado a ser demasiado frívolo para ocuparse, como otras veces, en graves cuestiones de Gobierno y de molinismo, pero se querellaba a propósito de música, o se tomaba partido por Gluck o por Puccinni, o se apasionaban por la Enciclopedia, o se entusiasmaban con las memorias de Beaumarchais.
La aparición de una ópera nueva preocupaba más las imaginaciones que el tratado de paz con Inglaterra o el reconocimiento de la república de Estados Unidos. Era, en fin, uno de esos períodos en los cuales los espíritus llevados por los filósofos hacia la verdad, es decir, hacia el desencanto, se cansan de esta limpidez de lo posible que deja ver el fondo de todas las cosas y con un paso hacia delante ensaya franquear los límites del mundo real para entrar en el mundo de los sueños y de las ficciones.
En efecto, estaba probado que las verdades bien claras, bien lúcidas, son las únicas que se popularizan prontamente, y no está menos probado también que los misterios son una atracción todopoderosa para todos los pueblos.
El pueblo de Francia estaba, pues, arrastrado, atraído de una forma irresistible por este misterio extraño del fluido mesmeriano que, según los adeptos, devolvía la salud a los enfermos, devolvía el juicio a los locos y enloquecía a los sabios.
Por todas partes se preocupaban de Mesmer. ¿Qué había hecho? ¿Sobre quién había operado sus divinos milagros? ¿A qué gran señor había devuelto la vista, la fuerza? ¿A qué dama fatigada de la vigilia o del juego había él aliviado los nervios? ¿A qué muchacha había logrado hacer prever el porvenir en una crisis magnética?
¡El porvenir! Esta gran palabra de todos los tiempos, este gran interés de todos los espíritus, solución de todos los problemas. En efecto, ¿qué era el presente?
Una realeza sin resplandor, una nobleza sin autoridad, un país sin comercio, un pueblo sin derechos, una sociedad sin confianza.
Desde la familia real, inquieta y aislada en su trono, hasta la familia plebeyamente hambrienta en su tugurio, miseria, vergüenza y miedo por todas partes.
Olvidar a los demás para no pensar más que en uno; extraer agua de fuentes nuevas, extrañas, desconocidas; asegurar una vida más larga y una salud inalterable durante la prolongación de la existencia, arrancar alguna cosa al cielo avaro, ¿no era esto el objeto de una aspiración, fácil de comprender, hacia este misterio del cual Mesmer levantaba un pliegue de velo?
Voltaire había muerto y no había en Francia un solo estallido de risa, excepto la risa de Beaumarchais, más amarga todavía que la de su maestro. Rousseau había muerto y no había en Francia filosofía religiosa. Rousseau quería realmente haber sostenido la fe en Dios, pero después de que Rousseau había desaparecido, nadie osaba arriesgarse por miedo de quedar aplastado bajo su peso.
La guerra había sido en otra época una grave ocupación de los franceses. Los reyes formaban de este modo el heroísmo nacional; ahora la única guerra francesa, era una guerra americana, pero el rey no intervenía personalmente. En efecto, no se combatía más que por esa cosa desconocida que los americanos llamaban independencia, una palabra que los franceses traducían por una abstracción: la libertad.
Y esa guerra lejana, esa guerra que no sólo era contra otro pueblo, sino que se desarrollaba en otro mundo, acababa de terminar. Si se consideraba debidamente, ¿no era mejor ocuparse de Mesmer, ese médico alemán que, por segunda vez después de

seis años, apasionaba a Francia, cuando lord Cornwalis o Washington estaban tan lejos que era posible que no se les viese jamás ni al uno ni al otro. Mientras que si Mesmer estaba allí, se le podía ver, tocar, y, lo que era la ambición suprema de las tres cuartas partes de París, ser tocado por él.
Así este hombre, que a su llegada a París no había sido apoyado por nadie, ni por su compatriota la reina, que, sin embargo, ayudaba voluntariamente a la gente de su país; este hombre que sin el doctor Deslon, que le había traicionado después, hubiera vivido en la oscuridad, este hombre reinaba verdaderamente sobre la opinión pública, dejando muy detrás de él al rey, del cual no se había hablado nunca; a de La Fayette, del cual no se hablaba todavía, y a De Necker, de quien ya no se hablaba.
Y como si ese siglo hubiera tomado sobre sí la tarea de dar a cada espíritu según su aptitud, a cada corazón según su simpatía, a cada cuerpo según sus necesidades, frente a Mesmer, el hombre del materialismo, se elevaba Saint-Martin, el hombre del espiritualismo, cuya doctrina venía a consolar las almas que hería el positivismo del doctor alemán.
Imaginad al ateo con una religión más dulce que la religión misma; figuraos a un republicano lleno de cortesías y de atenciones para los reyes, a un gentilhombre de las clases privilegiadas afectuoso, tierno, amante del pueblo, y os daréis cuenta por consiguiente del triple ataque de este hombre, dotado de la elocuencia más lógica y más seductora, contra los cultos de la tierra, que llaman insensatos por la sola razón de que son divinos. Imaginaos, en fin, a Epicuro empolvado de blanco, con traje de brocado, casaca bordada en lentejuelas de oro, pantalón de satén, con medias de seda y plantillas rojas; un Epicuro que no contentándose con arrojar fuera a los dioses, en los cuales no creía, se ocupaba en destruir a los gobiernos, que menospreciaba como a los cultos, porque jamás concordaban, y casi siempre llevaban a la humanidad a la desgracia.
Se rebelaba contra la ley social, a la cual anulaba con dos palabras, esta ley, castigaba por igual faltas diferentes; castigaba el efecto, sin apreciar la causa.
Suponed ahora que este tentador que se titulaba el filósofo desconocido, reunía, para establecer a los hombres en un círculo de ideas diferentes, todo lo que la imaginación puede agregar de seductor a las promesas de un paraíso moral, que en lugar de decir que los hombres son iguales, lo que es un absurdo, había inventado esta fórmula que parecía escapada de la boca misma que la niega: «¿Los hombres inteligentes son reyes?»
Y después daos cuenta de una parecida sentencia moral, cayendo de golpe en medio de una sociedad sin esperanzas, sin guías; de una sociedad archisembrada de ideas, es decir, de riesgos. Notad que en esta época las mujeres son tiernas y locas, los hombres ávidos de poder, de honores y de placeres, y que los reyes sentían insegura su corona, sobre la cual por primera vez, en la sombra, se presentía una mirada curiosa y amenazante fija en ella. ¿Parecerá, pues, asombroso que esta doctrina hiciese prosélitos? Esta doctrina que decía a las almas:
«Escoged entre vosotros el alma superior, pero superior por el amor, por la caridad, por la voluntad poderosa del bien amado, del bien que se quiere hacer feliz; después, cuando esta alma hecha hombre os sea revelada, inclinaos, humillaos, aniquilad todas las almas superiores, a fin de dejar espacio a la dictadura de esta alma que tiene por misión rehabilitaros en vuestro principio esencial, o sea en la igualdad de los sufrimientos, en el seno de la desigualdad forzosa de las aptitudes y de las funciones.» Añadid a esto que el filósofo desconocido se rodeaba de misterio, que adoptaba la sombra más profunda para discutir en paz, lejos de espías y de parásitos, la gran teoría social que podía llegar a ser la gran política del mundo.
«Escuchadme —decía él—, almas fieles, corazones creyentes; escuchadme y tratad de comprenderme, o más bien no me escuchéis si tenéis interés y curiosidad por

comprenderme, porque sentiréis pena en ello, y yo no revelaré mis secretos a cualquiera, ningún ser vulgar me arrancará el velo. Digo cosas que no quiero de ninguna manera decir, y he aquí a veces por qué parezco decir otra cosa distinta de lo que digo.»
Y Saint-Martin tenía razón. Había realmente alrededor de su obra defensores silenciosos y celosos de sus ideas, misterioso cenáculo donde nadie podía atravesar su oscuro y religioso misticismo.
Así trabajaban, por la glorificación del alma y de la materia, todos soñando en el aniquilamiento de Dios y en el aniquilamiento de la religión de Cristo, estos dos seres que habían dividido en dos campos y en dos necesidades todos los espíritus inteligentes, todas las naturalezas elegidas de Francia.
Así se agrupaban alrededor de la cubeta de Mesmer, donde borboteaba el bienestar, toda la vida de la sensualidad, todo el materialismo elegante de esta nación degenerada, mientras alrededor del libro de los errores y de la verdad, se reunían las almas piadosas, caritativas, amantes, sedientas de su realización después de haber saboreado las quimeras.
Si por debajo de todas estas esferas privilegiadas, las ideas divergían o se embrollaban; si los ruidos que se evadían de todo ello se transformaban en truenos, o si las luces llegaban a ser relámpagos, se comprenderá el bosquejo del estado en el cual vivía la sociedad subalterna, es decir, la burguesía y el pueblo, lo que más tarde se llamaría la orden tercera, la cual adivinaba solamente que se ocupaban de ella, y que en su impaciencia y en su resignación ardía con el deseo de robar el fuego sagrado, como Prometeo, y de animar un mundo, que sería el suyo, y en el cual él arreglaría sus propios asuntos.
Las conspiraciones, bajo la forma de conversación; las asociaciones, en el plan de círculos; los partidos sociales, en el estado de cuadrillas, o sea la guerra civil y la anarquía. He aquí lo que aparecía bajo todo esto al pensador, el cual no adivinaba todavía la segunda vida de esta sociedad.
¡Ay! Hoy que los velos han sido desgarrados, hoy que los Prometeos han sido diez veces quemados por el fuego que han robado ellos mismos, decimos lo que podía prever el pensador al final de este extraño siglo XVIII; no era sino la descomposición de un mundo, algo parecido a lo que pasó después de la muerte de César y antes del advenimiento de Augusto.
Augusto fue el hombre que separó el mundo pagano del mundo cristiano, como Napoleón es el hombre que separó el mundo feudal del mundo democrático.
Quizá acabamos de conducir a nuestros lectores a una digresión que habrá parecido un poco larga, pero en verdad hubiera sido difícil hablar de esta época sin rozar con la pluma las graves cuestiones que forman parte de nuestra carne y de nuestra vida.
Ahora el esfuerzo está hecho; esfuerzo de un niño que raspa con su uña la herrumbre de una estatua antigua para leer bajo su herrumbre una inscripción cuyas tres cuartas partes han sido borradas.
Volvamos, pues, a la apariencia. Y continuando ocupándonos de la realidad, diremos demasiado para el novelista y demasiado poco para el historiador.

XVII
LA CUBETA

El bosquejo que hemos procurado hacer, en el anterior capítulo, del tiempo en que se vivía y de los hombres de los cuales se ocupaban en este instante, puede justificar a los ojos de nuestros lectores ese empeño inexplicable de los parisienses por el espectáculo de las curas conseguidas públicamente por Mesmer.

También el rey Luis XVI, que tenía, si no curiosidad, aprecio por las novedades que hacían furor en su amada ciudad de París, había complacido a la reina, con la condición de que la augusta dama iría acompañada de una princesa; el rey, digo, había permitido a la reina ir a ver por una vez lo que todo el mundo ya había visto.
Sucedió a los dos días de la visita que el cardenal de Rohan había hecho a Juana de la Motte.
El tiempo era más suave y el deshielo había llegado. Un ejército de barrenderos, felices y orgullosos de acabar con el invierno, apaleaban, con el ardor del soldado que abre una trinchera, las últimas nieves pisoteadas y fundidas en sucios arroyos.
El cielo, azul y límpido, se iluminaba con las primeras estrellas cuando madame de la Motte, vestida elegantemente, con todas las apariencias de la riqueza, llegó en un coche de alquiler que el ama Clotilde había procurado fuera el más nuevo, y se detuvo en la plaza de la Vendóme, frente a una imponente mansión cuyas altas ventanas estaban espléndidamente iluminadas.
Era la mansión del doctor Mesmer.
Además del coche de alquiler de Juana de la Motte, había delante de esta casa buen número de carruajes y de sillas; y además, doscientos o trescientos curiosos golpeaban con los pies el helado pavimento y esperaban la salida de los enfermos curados o la entrada de los enfermos que se iban a curar.
Estos, casi todos ricos y aristócratas, llegaban en sus carruajes con sus escudos de armas, se hacían bajar y llevar por lacayos, y estos coolies de nueva especie, envueltos en pieles o en mantos de satén, no eran un pequeño consuelo para los desgraciados, hambrientos y medio desnudos, que venteaban a la puerta esta prueba evidente que Dios hace a los hombres sanos o enfermos, sin consultar su árbol genealógico.
Cuando uno de estos enfermos, de tez pálida y miembros lánguidos, había desaparecido por la gran puerta, un murmullo salía de los asistentes, y era raro que ese gentío curioso y poco inteligente, que veía juntarse a la puerta de los bailes o bajo los pórticos de los teatros toda esa aristocracia ávida de placeres, no reconociese a tal duque paralizado de un brazo, o de una pierna, a tal mariscal de campo cuyos pies se negaban a servirle, más que a causa de las fatigas de la marcha militar a causa de la obesidad conquistada en las casas de las damas de la ópera o de la comedia italiana.
Hay que decir que las investigaciones del gentío no se detenían solamente en los hombres.
También esta mujer que se veía pasar en brazos de sus «archiduques», la cabeza colgando y la mirada sin brillo, como las damas romanas que se apoyaban en sus esclavos de Tesalia, después de las comidas; esta dama, aquejada de dolores nerviosos, o debilitada por los excesos y las veladas, y que no había podido ser curada o resucitada por los comediantes de moda o los ángeles vigorosos de los cuales la Dugazon podía hacer tan maravillosos relatos, acudía a pedir a la cubeta de Mesmer lo que había buscado vanamente en otras partes.
Y no se crea que exageramos a placer el envilecimiento de las costumbres. Es preciso confesar que en esa época habían sido asaltadas por la corrupción lo mismo las damas de la corte que las mujeres de teatro. Estas quitaban a las señoras del gran mundo sus amantes y sus maridos, y las otras robaban a las mujeres de teatro sus camaradas y sus «primos» a la moda de Bretaña.
Algunas de estas damas eran tan conocidas de los hombres y sus nombres circulaban entre el gentío de una forma tan ruidosa, que muchas, tratando de evitar esta noche al menos el ruido y la publicidad, iban a casa de Mesmer con el rostro cubierto por una máscara de seda.

Este día, que marcaba la mitad de la Cuaresma, había baile de máscaras en la Ópera (), y estas damas no contaban con abandonar la plaza de la Vendóme más que para trasladarse inmediatamente al Palais Royal.
Por entre ese gentío, quejicoso y burlón, entre frases de admiración y sobre todo de murmullos, la condesa de la Motte cruzó erguida y firme, con su máscara puesta y no dejando otras huellas de su paso que esta frase repetida de boca en poca: «Esa no debe de estar muy enferma.»
Sin embargo, esta frase no implicaba la ausencia de comentarios, pues si madame de la Motte no estaba enferma, ¿qué buscaba en casa de Mesmer?
Si la multitud estuviese, como nosotros, al corriente de los acontecimientos que acabamos de contar, hubiera encontrado muy simple este incidente.
En efecto, madame de la Motte tenía necesidad de reflexionar con detenimiento sobre sus futuras relaciones con el cardenal de Rohan, y sobre todo había despertado su curiosidad la particular atención que el cardenal había prestado al tarjetero, olvidado o perdido en su casa.
Y como en el nombre de la propietaria se reunía toda la revelación del súbito y gracioso cambio del cardenal, Juana de la Motte había elegido dos medios para llegar a conocer ese nombre. Primero recurrió al más simple. Fue a Versalles para informarse sobre la Oficina de Caridad de las damas alemanas, y es obvio decir que no recogió ninguna información.
Las damas alemanas que vivían en Versalles eran muchas a causa de la simpatía que la reina sentía por sus compatriotas; su número oscilaba entre ciento cincuenta o doscientas. Todas eran muy caritativas, pero ninguna conocía la existencia de una Oficina de Caridad.
Juana había, pues, pedido inútilmente información sobre las dos damas que habían ido a visitarla; había dicho inútilmente; que una de ellas se llamaba Andrea. No se conocía en Versalles ninguna dama alemana con este nombre, por cierto muy poco germano. La búsqueda, pues, no había aportado ningún resultado satisfactorio.
Preguntar directamente al príncipe de Rohan el nombre que sospechaba, era dejarle ver que se tenía idea sobre él; y a continuación retirar el placer y el mérito de un descubrimiento hecho a pesar de todo el mundo y fuera de todas las posibilidades.
Ya que había algo misterioso en la visita de estas damas a casa de Juana, algo misterioso en los asombros y en las reticencias de monsieur de Rohan, era preciso llegar a saber el nombre de tantos enigmas.
No había por otra parte una atracción más poderosa para el carácter de Juana que la lucha con lo desconocido. Había oído decir que en París, desde hacía algún tiempo, un iluminado hombre que hacía milagros había encontrado el medio de expulsar del cuerpo humano las enfermedades y los dolores, como Cristo expulsaba los demonios del cuerpo de los poseídos.
Ella sabía que ese hombre no sólo curaba los males psíquicos, sino que arrancaba del alma el doloroso secreto que le minaba. Se había visto, bajo su poderoso conjuro, relajarse dócilmente la voluntad atenazada de sus clientes.
Así, en el sueño que sucedía a los dolores cuando el sabio médico había calmado el organismo más irritado, hundiéndolo en un olvido completo, el alma, feliz con el reposo que debía a su encantador, se sometía a la voluntad de su nuevo dueño, quien dirigía desde ese momento todas las operaciones, manejaba todos los hilos; también cada pensamiento de esa alma reconocida se le aparecía transmitido en una lengua que tenía sobre el idioma humano la ventaja o la desventaja de que nunca mentía.
Bien pronto, saliendo del cuerpo que le servía de prisión a la primera orden del que momentáneamente la dominaba, esa alma socorría al mundo, se mezclaba con las

restantes almas, las sondeaba, las registraba despiadamente, y la beneficiaba tanto como el perro de caza que hace salir a la presa de la madriguera donde se esconde creyéndose segura. Esa alma, digo, acababa por hacer salir un secreto del corazón donde estuviese enterrado y terminaba por llevarla a los pies del maestro. Imagen bastante fiel del halcón que amaestrado por el halconero lleva a su redil a la perdiz o a la alondra designadas de antemano.

De ahí la revelación de una cantidad de secretos maravillosos.

Madame de Duras había encontrado de esta suerte un niño robado en su infancia; madame de Chantone, un perro inglés que tendría el tamaño de un puño y por el que ella habría dado todos los niños de la tierra, y monsieur de Vaudreuil un bucle por el que habría dado la mitad de su fortuna.

Todo esto se había logrado por medio de videntes masculinos o femeninos, después de las operaciones magnéticas del doctor Mesmer.

Así podía uno ir a buscar, en la casa del ilustre doctor, los secretos más idóneos para ejercer esta facultad de adivinación sobrenatural, y Juana de la Motte confiaba, luego de asistir a una sesión, en encontrar al fénix de sus curiosas búsquedas y descubrir por su mediación a la propietaria del tarjetero que era el objeto de sus más vivas preocupaciones. Por esa razón se mezcló con los enfermos que aguardaban en la sala. Si nuestros lectores nos lo permiten, vamos a ofrecerles una minuciosa descripción del consultorio.

El apartamento se dividía en dos salas. Cuando se había cruzado el vestíbulo y exhibido el permiso necesario al servicio, se era admitido en un salón, donde las ventanas, herméticamente cerradas, interceptaban la luz y el aire, durante el día, y el ruido y el aire durante la noche.

En el centro del salón y junto a un candelabro cuyas bujías daban muy poca luz había una cubeta cerrada por una tapa y sin ningún adorno. Era lo que llamaban la cubeta de Mesmer, ¿Qué misterio encerraba? Nada más simple de explicar. Estaba casi llena de agua, con unos principios sulfurosos, y esa agua concentraba sus miasmas para saturar las botellas colocadas metódicamente en el fondo de la cubeta y en posiciones diferentes. Había cruces de corrientes misteriosas bajo la influencia de las cuales los enfermos buscaban su curación.

A la tapa estaba soldado un anillo de hierro sosteniendo una cuerda cuyo cometido vamos a conocer dirigiendo una mirada a los enfermos. Estos, que hemos visto entrar hace un momento en el hotel, estaban pálidos y languidecientes, sentados en sillones colocados alrededor de la cubeta. Hombres y mujeres mezclados, indiferentes, serios e inquietos, esperaban el resultado de la prueba.

Un doméstico, cogiendo el extremo de esa cuerda atada a la tapa de la cubeta, la hacía dar vueltas alrededor de los miembros enfermos, de tal suerte que todos, ligados por la misma cadena, percibiesen al mismo tiempo los efectos de la electricidad contenida en el recipiente.

Luego, a fin de no interrumpir ninguno de ellos la acción de los fluidos animales, transmitidos y modificados para cada naturaleza, los enfermos tenían cuidado, obedeciendo la recomendación del doctor, de tocarse el uno al otro con el codo, o con el hombro, o con los pies, por lo que la cubeta salvadora enviaba simultáneamente a todos los cuerpos su calor y su poderosa regeneración.

La verdad es que era un curioso espectáculo esta ceremonia médica, y no es raro que excitase la curiosidad parisiense.

Veinte o treinta enfermos, alineados alrededor de este recipiente; un criado, mudo como los asistentes, enlazándolos con una cuerda como Laocoonte y sus hijos en los anillos de sus serpientes; después, este mismo hombre se retiraba con paso furtivo, señalaba a los

enfermos las varillas de hierro que se ajustaban a ciertos agujeros de la cubeta y que debían servir de conductores más inmediatamente localizados para la acción saludable del fluido mesmeriano.
Desde el primer momento en que la sesión se iniciaba, cierto calor suave y penetrante comenzaba a circular por el salón, relajando las fibras un poco contraídas de los enfermos; crecía por grados del suelo al techo, y pronto se cargaba de perfumes delicados, bajo el vapor de los cuales se inclinaban, embotados, los cerebros más rebeldes.
Entonces se veía a los pacientes abandonarse a la impresión voluptuosa de la atmósfera, y de pronto una música apaciguadora y melodiosa, ejecutada por instrumentos y músicos invisibles, se extendía como una dulce llama en medio de esos perfumes y ese calor.
Pura como el cristal, al borde del cual nacía, la música golpeaba los nervios con un poder irresistible. Se hubiera dicho uno de esos ruidos misteriosos y desconocidos de la naturaleza que asombran y encantan a los mismos animales; una ráfaga de viento en las espirales sonoras de las rocas.
Luego, a los sones de esa orquesta, se unían voces armoniosas, agrupadas como un macizo de flores y cuyas notas, esparcidas como las hojas, caían sobre la cabeza de los asistentes.
En todos los rostros, que la sorpresa había animado primero, se pintaba poco a poco la satisfacción física que acariciaba todos los lugares sensibles. El alma cedía, salía del refugio donde se había ocultado cuando los males del cuerpo la sitiaban, y se dilataba, libre y gozosa, por todo el organismo; informaba a la materia y se transformaba.
Este era el momento en que cada uno de los enfermos había cogido una de las varillas de hierro sujetas a la cubierta de la cubeta, y dirigiendo la varilla sobre su pecho, su corazón o su cabeza, el lugar más acusado de la enfermedad, trataban de aliviarse.
Quien se imagine la beatitud, reemplazando en todos los rostros al sufrimiento y la ansiedad; quien se represente la relajación sensual de estas satisfacciones que absorben, el silencio, entrecortado de suspiros, que pesaba sobre la asamblea, tendrá la idea más exacta posible de la escena que acabamos de esbozar.
Ahora algunas palabras más sobre los actores, los cuales se dividían en dos clases. Los unos, enfermos poco cuidadosos de lo que se llama el respeto humano, limitado y venerado por gentes de condición mediocre, pero siempre traspasado por los muy grandes o por los muy pequeños, los unos, decíamos, verdaderos actores, no habían acudido al salón más que para ser curados, y procuraban con todo su corazón conseguirlo.
Los otros, estáticos o simples curiosos, al no sufrir ninguna enfermedad, habían entrado en la casa de Mesmer como se entra en un teatro, bien porque quisieran comprobar el efecto que se experimentaba cuando se rodeaba la cubeta encantada o bien porque, como simples espectadores, querían observar ese nuevo sistema físico y no se ocupaban más que de contemplar a los enfermos y a los que compartían la curación.
Entre los primeros, entusiastas de Mesmer, consagrados a su doctrina por la gratitud quizá, se distinguía una joven de esbelta figura, de hermoso rostro, de un aspecto un poco extravagante, que sometida a la acción del fluido se aplicaba con la varilla de hierro las dosis más fuertes sobre la cabeza y sobre su epigastrio; esta joven hacía girar sus bellos ojos como si todo languideciese en ella, mientras sus manos temblaban bajo esos primeros nerviosos temblores que indicaban la invasión del fluido magnético.
Cuando su cabeza cayó hacia atrás, sobre el respaldo del sillón, todos los presentes vieron cómo en su pálida frente, en sus labios convulsos y en el bello cuello de mármol se notaba cada vez más rápido el flujo y reflujo de la sangre.

Entonces, de entre los asistentes, muchos de los cuales tenían los ojos fijos con asombro sobre esta joven, dos o tres cabezas se inclinaron la una hacia la otra, comunicándose una idea, extraña sin duda, que redoblaba la atención recíproca de estos curiosos.
Entre éstos se encontraba madame de la Motte, que, sin temor de ser reconocida o inquietándose poco por ello, sostenía en la mano la máscara de satén que se había puesto para pasar entre la gente. Por la forma en que se había colocado, se libraba de las miradas. Estaba en pie delante de la puerta, apoyada en una pilastra velada por un cortinaje, y desde allí podía observar sin que la viesen.
Entre todo lo que veía, lo que le parecía más digno de atención era la figura de esta mujer electrizada por el fluido mesmeriano.
En efecto, este rostro la había impresionado de tal manera que desde hacía algunos minutos continuaba en su sitio obsesionada por una aguda avidez de ver y de saber.
«¿Cómo? —se preguntaba sin poder apartar los ojos de la bella enferma—. Es la dama de caridad que vino a mi casa la otra noche, y es la causa del interés que me ha testimoniado monseñor de Rohan.»
Y convencida de que no se equivocaba, queriendo aprovechar el azar que le proporcionaba lo que sus búsquedas no habían conseguido, se aproximó. Pero en el mismo instante la joven enferma cerró los ojos, crispó la boca y golpeó el aire débilmente con las manos, unas manos que no eran las manos finas y afiladas y de una blancura de cera que Juana de la Motte había admirado en su casa unos días antes.
El contagio de las crisis fue eléctrica en la mayor parte de los enfermos, cuyo cerebro estaba saturado de fluidos y de perfumes. La excitación nerviosa era compartida. Muy pronto hombres y mujeres, arrastrados por el ejemplo de su joven compañera, comenzaron a lanzar suspiros, murmullos, gritos, agitando brazos, piernas y cabezas, entraron irresistiblemente en este acceso, al cual el maestro había dado el nombre de crisis.
En este momento, un hombre apareció en el salón, sin que nadie lo hubiera visto entrar, sin que nadie pudiera decir cómo había entrado.
¿Salía de la cubeta como Febo-Apolo de las aguas? ¿Era el vapor armonioso y perfumado de la sala que se condensaba? Siempre es él el que se encuentra ahí súbitamente, con su traje lila, su mirada dulce y juvenil, el bello rostro pálido, inteligente y sereno, no desmintiendo el carácter un poco divino de esta aparición.
Tenía en la mano una larga varilla apoyada, o más bien mojada, en la famosa cubeta.
Hizo una señal y las puertas se abrieron; seguidamente aparecieron veinte robustos criados, y cogiendo con hábil rapidez a cada uno de los enfermos, quienes comenzaban a perder el equilibrio sobre sus sillones, los trasladaron en menos de un minuto a la sala vecina.
En el momento en que se realizaba esta operación, la escena se hizo más interesante, sobre todo por la extremada beatitud de la joven convulsa. Juana de la Motte, que se había acercado con los curiosos hasta esta nueva sala destinada a los enfermos, oyó a un hombre que gritaba:
—¡Pero si es «ella», si es «ella»!
—¿Quién es ella? —le preguntó Juana.
De pronto aparecieron dos damas en el fondo de la primera sala, apoyadas la una en la otra y seguidas a cierta distancia de un hombre, que tenía apariencia de un criado de confianza.
El aspecto de estas dos mujeres, el de una de ellas sobre todo, impresionó tanto a la condesa que se les acercó en el mismo momento en que un grito agudo partió de la sala, escapándose de los labios de la joven presa de convulsiones y que arrastraba a todo el

mundo a su lado. Inmediatamente, el hombre que había dicho «es ella», y que estaba cerca de la condesa de la Motte, gritó con voz sorda y misteriosa.
—Señores, miradla; ¡es la reina!
—¡La reina! —gritaron varias voces espantadas y sorprendidas, a la vez que Juana se estremecía.
—¡La reina en casa de Mesmer!
—¡La reina en una crisis! —repetían otras voces.
—¡Oh...! Es imposible.
—Mirad —respondía el desconocido con tranquilidad—. ¿Conocéis a la reina, sí o no?
—En efecto —murmuraban la mayoría de los asistentes—, el parecido es increíble.
Juana de la Motte se había puesto la máscara, como todas las mujeres que al salir de casa de Mesmer debían regresar al baile de la Ópera. Ella podía, pues, preguntar sin riesgo.
—Monsieur —interrogó al hombre que lanzaba las exclamaciones, de figura corpulenta, rostro lleno y coloreado, ojos centelleantes y singularmente observadores—, ¿decís que la reina está aquí?
—Sin la menor duda.
—¿Y dónde está?
—Pero si es la joven que veis ahí, sufriendo una crisis tan fuerte que no puede moderar sus actos. Es la reina.
—¿Pero en qué os apoyáis, monsieur, para creer que esa mujer es la reina?
—Esa mujer es la reina, y nada más —replicó secamente el personaje acusador.
Y abandonó a su interlocutora para ir a propagar la nueva entre los demás grupos.
Juana se apartó del espectáculo casi repelente que ofrecía la epiléptica. Pero apenas hubo dado unos pasos hacia la puerta cuando se encontró cara a cara con las dos damas que, esperando que pasasen las convulsiones, miraban con el más vivo interés la cubeta, las varillas de hierro y la cubierta del recipiente.
Al ver Juana el rostro de la de más edad, ahogó un grito.
—¿Qué ocurre? —exclamó ésta.
Juana se quitó la máscara.
—¿Me reconocéis?
La dama reprimió un movimiento.
—No, madame —dijo con cierta turbación.
—Pues yo os he reconocido y voy a daros la prueba.
Las dos damas se acercaron la una contra la otra con cierto sobresalto. Juana sacó de su bolsillo el tarjetero con el retrato.
—Os olvidasteis esto en mi casa.
—Y aunque fuese verdad —preguntó la mayor—, ¿por qué tanta emoción?
—Me estremece el peligro que corre aquí Vuestra Majestad.
—Explicaos.
—Antes que nada poneos la máscara, madame.
Y tendió la suya a la reina, que dudaba, pues creía estar a salvo con su tocado.
—Por favor, no se debe perder un instante.
—Hacedlo, madame —aconsejó la que acompañaba a la reina.
La reina se puso maquinalmente la máscara.
—Y ahora venid, venid —pidió Juana.
Y condujo a las dos mujeres hasta la puerta de la calle. —¿Vuestra Majestad no ha visto a nadie?
—No lo creo. —Mejor.
—Pero me explicaréis...

—Por el momento. Majestad, creed lo que os dice vuestra fiel servidora; corréis aquí el mayor de los peligros.
—¿Cuál es ese peligro?
—Tendré el honor de decírselo a Vuestra Majestad si se digna concederme, para el día que señaléis, una hora de audiencia. Su Majestad puede ser reconocida. No debe permanecer aquí.
Y viendo que la reina estaba impaciente, dijo, volviéndose a la princesa de Lamballe:
—Apoyadme, os lo suplico, para que Su Majestad se vaya inmediatamente de aquí.
La princesa hizo un ademán de súplica, recogiéndolo la reina.
—Vamos, puesto que vos lo queréis.
Después, volviéndose hacia Juana de la Motte, le preguntó:
—¿Me habéis pedido una audiencia?
—Aspiro al honor de dar a Vuestra Majestad la explicación de mi conducta.
—Muy bien. Llevadme ese estuche y preguntad por el portero Laurent; estará prevenido.
Y en la calle, gritó en alemán: —Kommen Sie da, Weber.
Una carroza se acercó en el acto, subiendo a ella las dos damas.
Juana de la Motte continuó en la puerta hasta que perdió de vista el carruaje.
«He hecho lo que debía. Ahora, Juana, piensa, reflexiona...»

XVIII
MADEMOISELLE OLIVE

Durante este tiempo, el hombre que había señalado a la presunta reina a las miradas de los asistentes tocó el hombro de uno de los espectadores de mirada ávida y de humilde vestido.
—¿No creéis, vos, que sois periodista, que esto sería un tema interesante para un artículo?
—¿Cómo? —preguntó el periodista.
—¿Queréis el sumario?
—Ya lo creo.
—Helo aquí: «Sobre el peligro que existe de nacer vasallo en un país en el que el rey está gobernado por la reina y cuya reina siente predilección por las crisis.»
El periodista se echó a reír.
—¿Y la Bastilla? —preguntó.
—¿Es que no existen los anagramas, con cuya ayuda se evitan los censores reales? Yo os pregunto si un censor os prohibiría contar la historia del príncipe Silou y de la princesa Etteniotna, soberana de Narfec. ¿Qué decís?
—¡Oh, sí! —exclamó el periodista, entusiasmado con la idea tan admirable que se le proporcionaba.
—Y os ruego que lo tituléis de esta forma: «Las crisis de la princesa Etteniotna en casa del faquir Remsem.» Veréis cómo ese capítulo conseguirá un caluroso éxito en los salones.
—Al igual que vos, estoy convencido.
—Id, pues; y redactad todo esto con vuestra mejor tinta
El periodista estrechó la mano del desconocido.
—¿Me enviaréis algunos números?
—Ya lo creo, y con mucho gusto, si me hacéis el honor de decirme vuestro nombre.
—Claro que sí. La idea me divierte, y ejecutada por vos ganará el ciento por ciento. ¿Cuánto soléis tirar ordinariamente de vuestros pequeños noticieros?

—Dos mil.
—Rendidme todavía otro servicio.
—Pedidme.
—Tomad estos cincuenta luises y haced tirar irnos seis mil.
—¡Cómo, monsieur! Vos me abrumáis... Que sepa yo el nombre de tan generoso protector de las letras.
—Ya os lo diré cuando vaya a recoger a vuestra casa un millar de ejemplares, a dos libras la pieza, dentro de ocho días.
—Está bien. Trabajaré noche y día, monsieur.
—Y que sea divertido.
—Haré reír hasta llorar a todo París, excepto a una persona.
—Que llorará hasta verter sangre. ¿No es eso?
—Monsieur, tenéis un gran sentido del humor.
—Decís bien. A propósito, fechad la publicación en Londres9, como siempre.
—Monsieur, soy vuestro servidor.
Y el gordo desconocido dio licencia al periodista, quien con sus cincuenta luises en el bolsillo, huyó veloz como un pájaro de mal agüero.
El desconocido siguió solo, observando todavía la sala de las crisis donde la joven, cuyo éxtasis había dado lugar a una postración absoluta, era atendida por una dama que se ocupaba de las señoras en los momentos críticos, bajando prudentemente las faldas indiscretas.
Notó en esta delicada belleza los trazos finos y voluptuosos, la gracia noble de este sueño al cual se abandonaba, y después, volviendo sobre sus pasos, se dijo: «Decididamente, el parecido es increíble. Dios que lo ha hecho tiene sus designios; ha condenado de antemano a la mujer de allá abajo, a quien ella se parece».
En el momento en que acababa de formular este pensamiento amenazador, la joven se levantó lentamente, y apoyándose en el brazo de un vecino, despierto ya de su éxtasis, se ocupó de poner un poco en orden su vestido y su peinado.
Enrojeció un poco al ver la atención que los asistentes le prestaban; respondió con una coquetona cortesía a las preguntas graves y fortuitas de Mesmer; después, estirando sus brazos hermosos y sus lindas piernas como una gata al despertarse, atravesó los tres salones, escoltada por todas las miradas, burlonas, codiciosas, asombradas, que le dirigían. Pero lo que la sorprendió hasta hacerla sonreír fue que al pasar por delante de un grupo que cuchicheaba en un rincón, en lugar de ojeadas mudas y palabras traviesas, la acogieron con reverencias tan respetuosas que ningún cortesano francés las hubiera encontrado más perfectas y más severas para saludar a la reina.
Realmente, este grupo estupefacto y reverencioso había sido influido por el infatigable desconocido que, oculto detrás de ellos, les decía a media voz:
—No importa, señores, no importa; no por eso ha desmerecido la reina de Francia; saludemos, saludémosla en silencio.
La personilla, objeto de tanto respeto, franqueó con cierta inquietud el último vestíbulo y salió al patio. Sus ojos fatigados buscaron un coche de alquiler o una silla de manos, sin encontrar ni silla ni coche, pero después de un minuto de indecisión, y cuando ya posaba su encantador pie en el pavimento, un lacayo se aproximó a ella.
—Vuestra carroza, madame.
—Pero yo no tengo carroza.
—¿Madame ha venido en coche de alquiler?
—Sí.
—¿De la calle Delfín?
—Sí.

—Tengo la orden de llevar a madame a su casa.
—Pues llevadme —dijo ella, con acento deliberado, sin haber conservado más de un minuto la inquietud que lo imprevisto de esta proposición hubiera causado en cualquier otra mujer. El lacayo hizo una seña, y en el acto una lujosa carroza abrió su portezuela a la dama. El lacayo le gritó al cochero:
—¡Calle Delfín!
Los caballos arrancaron al trote, y una vez llegaron al Pont Neuf, la damita, que disfrutaba con esta forma de desplazarse, como diría La Fontaine, sintió no vivir más lejos, en el Jardín des Plantes.
El carruaje se detuvo, bajando en el acto el estribo. El lacayo, bien aleccionado, tendía la mano para recibir la llave que tenían para entrar en su casa los habitantes de treinta mil casas de París, los cuales no disponían de palacios ni de portera, ni de suizo.
El lacayo abrió, pues, la puerta, para ahorrar que lo hicieran los dedos de la damita; después, en el momento en que la vio en el pasillo sombrío, saludó y cerró la puerta. La carroza desapareció.
«Vaya, vaya —exclamó la joven—. ¡Qué agradable aventura! Es bien galante monsieur de Mesmer. ¡Oh, qué fatigada estoy! Sin duda él lo había previsto. Es un gran médico.»
Seguidamente se detuvo en el segundo piso de la casa, en un descansillo al que daban dos puertas. A su llamada abrió una vieja.
—Buenas noches, madre. ¿Está la cena?
—Sí, y ya se ha enfriado.
—¿Está «él» aquí?
—Todavía no, pero monsieur sí ha llegado.
—¿Qué monsieur?
—Uno con el que tienes necesidad de hablar esta noche.
—¿Yo?
—Sí, tú.
El breve diálogo tuvo lugar en una pequeña salita contigua a una estancia que daba a la calle.
Desde la ventana de la salita se veía indistintamente la lámpara que alumbraba la estancia, cuyo aspecto era, si no satisfactorio, soportable. Viejas cortinas de una seda que el tiempo había desteñido, algunas sillas de terciopelo de Utrecht, ya raído, y un pequeño escritorio con algunos cajones, un viejo sofá amarillo...
No reconoció a este hombre, pero nuestros lectores sí. Era el que agrupó a los curiosos al paso de la pretendida reina, el hombre de los cincuenta luises dados para el libelo.
Había junto a la chimenea un reloj de péndulo, flanqueado por dos vasos de porcelana azul del Japón, visiblemente agrietados.
La joven abrió bruscamente la puerta vidriera y se acercó al sofá, en el que vio tranquilamente sentado a un hombre de agradable rostro, algo obeso, que jugaba con su bella mano blanca con su rica chorrera de encaje. Ella no tuvo tiempo de comenzar la conversación. El singular personaje hizo una especie de saludo, mitad movimiento, mitad inclinación, y fijando sobre la dueña de la casa una mirada brillante y benevolente, dijo:
—Sé muy bien lo que os estáis preguntando, pero yo os responderé mejor si os interrogo primero. ¿Vos sois mademoiselle Olive?
—Sí, monsieur.
—Encantadora mujer, muy nerviosa y muy adepta al sistema de Mesmer.
—Llego ahora de su casa.
—Muy bien. Y lo que no se explican vuestros bellos ojos es por qué me encuentro acomodado en vuestro bello sofá. ¿Me engaño si creo que deseáis saberlo?

—Habéis adivinado, monsieur.
—¿Me hacéis la gentileza de sentaros? Si continuáis de pie, me veré obligado a levantarme, y ya no hablaríamos cómodamente.
—Os podéis enorgullecer de tener un comportamiento muy original —repuso la joven, a la que llamaremos de aquí en adelante mademoiselle Olive, puesto que se dignaba responder por este nombre.
—Mademoiselle, os he visto hace un momento en casa de Mesmer, y os he encontrado como yo deseaba.
—Monsieur...
—No os alarméis, mademoiselle, no quiero decir que os haya encontrado encantadora, no; esto os causaría el efecto de una declaración de amor, y ésa no es mi intención. No os echéis atrás, os lo ruego, o tendré que gritaros como si fuera sordo.
—¿Qué queréis, entonces? —dijo ingenuamente Olive.
—Sé —continuó el desconocido— que estáis habituada a que os digan que sois bella; yo también opino así, y tengo que proponeros algo.
—Monsieur, me habláis en un tono...
—No quiero que os enojéis sin haberme entendido. ¿Hay alguien oculto aquí?
—Nadie, monsieur, pero...
—Entonces, si no hay nadie, nada nos impedirá hablar. ¿Qué diríais de una pequeña asociación entre nosotros?
—¿Una asociación? Creo, monsieur, que...
—Todavía seguís confundida. No me refiero a unas relaciones amorosas; os he dicho asociación. No os hablo de amor, sino de negocios.
—¿Qué clase de negocios? —preguntó ella, a quien la curiosidad traicionaba.
—¿Qué hacéis durante el día?
—Pero...
—No temáis nada; no quiero enojaros, pero deseo que me contestéis a lo que os pregunto.
—No hago nada, o lo menos posible.
—Sois perezosa.
—Bah...
—Muy bien.
—Vos decís muy bien.
—Sin duda. Me parece muy bien que seáis perezosa. ¿Os gusta pasear?
—Mucho.
—¿Ir a los espectáculos, a los bailes?
—Siempre.
—¿Y vivir bien?
—Sobre todo.
—Si yo os diera veinticinco luises por mes, ¿los rehusaríais?
—Monsieur...
—Mi querida mademoiselle Olive, ya volvéis a dudar. Pero hemos convenido que no os enfadaríais. He dicho veinticinco luises como he podido decir cincuenta.
—Me gustarían más cincuenta que veinticinco, pero más que cincuenta luises me gusta el derecho de elegir mi amante.
—¡Por Dios! Ya os he dicho que no quiero ser vuestro amante. Tranquilizaos.
—Entonces, ¿qué queréis que haga para ganar esos cincuenta luises?
—¿Habíamos dicho cincuenta?
—Sí.

—Pues cincuenta. Vos me recibiréis en vuestra casa, me pondréis la mejor cara posible, me daréis el brazo cuando yo lo desee, y me esperaréis donde yo os diga que debéis hacerlo.
—Pero tengo un amante, monsieur.
-¿Y qué?
—¿Cómo y qué?
—Sí... Cambiadle.
—No se cambia a Beausire tan fácilmente.
—¿Queréis que os ayude?
—No, porque le amo.
—¡Oh...!
—Sólo un poco.
—Ya es demasiado.
—¿Cómo es eso?
—Bueno, admitamos a Beausire.
—Sois cómodo, monsieur.
—A cambio de la revancha. ¿Cuáles son vuestras condiciones?
—No hay condiciones si no me lo decís todo.
—Escuchadme, querida mía. He dicho todo lo que tenía que decir por el momento.
—¿Palabra de honor?
—Palabra de honor. Sin embargo, comprended una cosa...
—¿Cuál?
—Si, por azar, tengo necesidad de que vos seáis realmente mi amante...
—Nunca se tiene esa necesidad.
—De parecerlo.
—¿Parecerlo? Admitido.
—Pues ya está todo dicho.
—Punto final.
—He aquí el primer mes por adelantado.
Le tendió un envoltorio de cincuenta luises, sin tocar ni siquiera la punta de sus dedos, y como ella dudara, se lo metió en un bolsillo de su vestido, procurando no rozar tampoco la mano transparente y blanca que ningún enamoradizo habría desdeñado.
Apenas el oro llegó al fondo del bolsillo, dos golpes secos dados en la puerta de la calle hicieron correr a Olive hacia la ventana, exclamando:
—¡Dios mío! Salvaos, de prisa, es él.
—¿Quién?
—Beausire, mi amante... ¡Levantaos de una vez!
—¿El? Tanto peor.
—¿Cómo tanto peor? Os va a hacer pedazos.
—Bah...
—Oíd cómo golpea; echará la puerta abajo.
—Abridle entonces. ¡Qué diablos! ¿Por qué no le dais la llave?
Y el desconocido se acomodó mejor en el sofá, diciéndose: «Es preciso que vea a este tipo y que le juzgue».
Los golpes continuaban, alternando con rugidos y juramentos que subían más alto que el segundo piso.
—Madre, id a abrir —dijo ella, furiosa—. En cuanto a vos, monsieur, tanto peor si os sucede una desgracia.
—Estoy de acuerdo con vos: tanto peor —contestó el impasible desconocido sin moverse del sofá.

Mademoiselle Olive respiraba con dificultad al acercarse al descansillo para escuchar.

XIX
MONSIEUR BEAUSIRE

Mademoiselle Olive se interpuso bravamente ante un hombre enfurecido que, con los puños crispados, el rostro pálido, los vestidos en desorden, hacía irrupción en el apartamento con terribles imprecaciones.
—Beausire, quieto, Beausire —dijo ella, con una voz que no denotaba el temor suficiente para que nadie se equivocase sobre el valor de esta mujer.
—¡Déjame! —gritó el recién llegado, desembarazándose con brutalidad de los brazos de su amante.
Y continuó, en un tono más rabioso:
—¡Ah! Porque había aquí un hombre no se me abría la puerta. Di.
El desconocido, según hemos dicho, seguía en el sofá, tranquilo e inmóvil, por lo que el tal Beausire tomó por indecisión su postura, incluso por miedo.
Se enfrentó con el hombre con un rechinamiento de dientes de mal augurio.
—Supongo que vos me responderéis —dijo.
—¿Y qué es lo que queréis que yo os diga, mi querido monsieur Beausire?
—¿Qué hacéis aquí? Y primero de todo, ¿quién sois vos?
—Soy un hombre muy tranquilo al que vos miráis enfurecido, y hablaba con mademoiselle con toda honestidad.
—Cierto, cierto —exclamó ella—, con toda honestidad.
—¡Cállate tú! —gruñó Beausire.
—Oh, no —dijo el desconocido—; no riñáis así a mademoiselle, tan inocente ella; si tenéis mal humor...
—Claro que lo tengo.
—Habrá perdido en el juego —murmuró ella.
—He sido despojado, ¡muerte de todos los diablos! —gritó Beausire.
—Pero no estaríais enfadado si vos hubierais despojado al otro —dijo riendo el desconocido—. Se comprende, querido monsieur Beausire.
—Dejaos de bromas y hacedme el favor de largaros de aquí.
—Oh, monsieur Beausire, sed indulgente.
—¡Muerte de todos los diablos del infierno! Levantaos y marchaos de aquí, o destrozo el sofá y todo lo que hay encima.
—Vos no me habíais dicho, mademoiselle, que monsieur Beausire tenía accesos de lunático. Santo Dios, qué ferocidad.
Beausire, exasperado, hizo un gran movimiento de comediante, y para sacar la espada describió con los brazos y la hoja un círculo de no menos diez pies de circunferencia.
—¡Vamos, levantaos rápido! —dijo—. En caso contrario, os clavo contra el respaldo.
—En verdad que sería desagradable —repuso el desconocido, sacando tranquilamente de la vaina el espadín que había puesto detrás de él, en el sofá.
Mademoiselle Olive lanzaba gritos agudos.
—Ah, mademoiselle —dijo el desconocido, con su espada en la mano y sin haberse levantado—, callaos, porque pueden ocurrir dos cosas: la primera, que vais a aturdir a monsieur Beausire y que él se va a hacer atravesar; la segunda, que la policía subirá, llamará y os llevará sin más a Saint-Lazare.
Ella reemplazó los gritos por una pantomima muy expresiva. El espectáculo era curioso. De un lado, Beausire, despechugado, borracho, temblando de rabia, dirigía golpes derechos, sin táctica, a un adversario impenetrable. Del otro, un hombre sentado en un

sofá, con una mano apoyada en las rodillas y la otra armada, parando con agilidad, sin sacudidas, y riéndose de una forma que podía espantar al mismo san Jorge.
La espada de Beausire no había podido ni un solo instante guardar la línea, bloqueada siempre por las paradas del adversario. Beausire comenzaba a fatigarse, a soplar, y la cólera había dejado paso a un terror involuntario; pensaba que si esa espada complaciente quería alargarse, se hundiría en un descuido en él, en Beausire. Entonces le asaltó la incertidumbre, y no dio más que sobre la parte débil de la espada del adversario, quien por último se puso vigorosamente en tercera, le arrancó la espada y la hizo volar como una pluma.
El arma cruzó la estancia, rompió un cristal de la ventana y desapareció fuera. Beausire no sabía qué postura adoptar.
—Eh, monsieur Beausire —dijo el desconocido—; tened cuidado, porque si vuestra espada ha caído de punta y pasa alguien, ése es un hombre muerto.
Beausire, reprendido de esta forma, corrió a la puerta y se precipitó escaleras abajo para recoger su arma y evitar un enredo con la policía.
Durante su ausencia, ella cogió la mano del vencedor y le dijo:
—Oh, monseñor, sois muy valiente, pero Beausire es un traidor, y me estáis comprometiendo; cuando os hayáis ido, me golpeará.
—Entonces, me quedo.
—No, no, por favor; cuando él me pega, yo me rebelo, y como soy más fuerte, también se lleva lo suyo. Retiraos, os lo suplico.
—Tened presente una cosa, y es que si me voy, lo encontraré abajo o me lo tropezaré en las escaleras; volveremos a enzarzarnos, y en una escalera no siempre se para doble contra cuarto, doble contra tercera y medio círculo, como estando en guardia en un sofá.
—¿Entonces?
—Entonces yo mataré a vuestro dueño Beausire, o él me matará a mí.
—Por Dios, es verdad, y el escándalo horripilaría a los vecinos.
—Por eso hay que evitarlo, y me quedo.
—Por el amor del cielo; salid; os quedaréis en el piso de arriba hasta que él haya entrado. Creyendo encontraros aquí, no buscará en otro sitio. Cuando esté dentro, me oiréis cerrar la puerta con doble vuelta de llave. Seré yo quien lo secuestrará. Entonces podréis iros mientras él y yo nos zurramos la badana.
—Sois encantadora. Hasta la vista.
—Hasta la vista. Pero ¿cuándo nos veremos?
—Si os parece bien, esta noche.
—¿Cómo esta noche? ¿Estáis loco?
—Claro que esta noche. ¿Es que esta noche no hay baile en la Ópera?
—Si son ya las doce.
—¿Y eso qué importa?
—Son necesarios unos dominós.
—Beausire irá a buscarlos si le sacudís bien.
—Tenéis razón —dijo ella, riendo.
—Aquí tenéis diez luises para los trajes —dijo el desconocido, riendo también.
—Adiós, adiós, y gracias —le dijo, empujándolo hacia el descansillo.
—Está cerrando la puerta de abajo —advirtió el desconocido.
—Es un pestillo interior. De prisa, ya sube.
—Y si por casualidad vos sois la que se lleva la paliza, ¿cómo podréis comunicármelo?
—Vos debéis tener criados.
—Sí; pondré uno debajo de vuestras ventanas.
—Bien; y que mire arriba hasta que le caiga un papelito en la nariz.

—Justo. Adiós.
El desconocido se dirigió al piso de arriba, lo que no le fue difícil a pesar de que la escalera estaba a oscuras, y ella, llamando a gritos a su Beausire, evitaba que éste oyese los pasos de su cómplice.
—Subid, monsieur enfurruñado —le gritaba a Beausire, quien mientras subía consideraba, sin tenerlas todas consigo, la superioridad moral y física del intruso, tan insolentemente instalado en un domicilio ajeno.
Sin embargo, entró en el piso, donde ella le esperaba.
Había envainado la espada y rumiaba un discurso. La «fiel» Olive lo cogió por los hombros, lo empujó adentro y cerró la puerta con doble vuelta de llave, como había prometido.
Al bajar la escalera para llegar cuanto antes a la calle, el desconocido oyó el comienzo de un pugilato tan ruidoso que le recordó los cobres de una orquesta y pensó en los puñetazos que se confunden en trallazos.
A los trallazos se mezclaban los gritos y los reproches; Beausire rugía y ella recitaba.
«En efecto —se decía el desconocido mientras se alejaba—, nunca habría creído que esa mujer, tan asustada hace un momento por la llegada de su amante, fuese tan brava y resistiese lo que resiste.»
El desconocido no se detuvo para saber quién salía victorioso.
Y dobló la esquina de la calleja de Anjou-Dauphine, donde encontró su carroza. Dirigió unas palabras a uno de sus criados, el cual se situó debajo de las ventanas de la dama, aprovechando la sombra de la arcada de una casa antigua, desde donde veía las ventanas iluminadas, el movimiento de sus inquilinos y casi todo lo que ocurría en la sala indicada por el desconocido. Las imágenes de los dos camorristas, primero muy desbocadas, se fueron sosegando, y al fin ya sólo se veía una en pie.

XX
EL ORO

He aquí lo que pasó detrás de las cortinas: primero, Beausire se sorprendió al ver cerrar la puerta con doble vuelta de llave. Y le sorprendió más oír los gritos de su querida Olive. Y luego la inenarrable sorpresa de hallar a un rival sentado en el sofá como si estuviera en su casa.
Siguieron registros, amenazas, llamadas; si el hombre se ocultaba, tenía miedo; si tenía miedo, Beausire triunfaba.
Olive le obligó a que no buscase más y a que dejase de preguntar. Pero a Beausire, maltratado y humillado, le dio también por gritar, y ella, que sabía que no era culpable, puesto que el cuerpo del delito había desaparecido —quia corpus delicti haberat, como dice el texto—, gritó tan alto que, para hacerla callar, Beausire le aplicó la mano en la boca, o mejor, intentó hacerlo, y se equivocó, porque mademoiselle Olive, a la mano de él, opuso con más rapidez la suya, contundente, elocuente, eficacísima..., como que fue la suya la mano que se estrelló en la mejilla de Beausire, el cual, sin embargo, le replicó con una bofetada que la dejó sorda, y entonces ella se revolvió, arrojándole un jarrón que de milagro no dio en el blanco, que era la cabeza de Beausire, y el bravo Beausire le respondió haciendo molinetes con el bastón, rompiendo varias tazas y dándole de plano en el hombro. ¡Ah! Entonces, ella se le echó encima, clavándole las uñas en la garganta, y si rabioso él, más rabiosa ella al verse con el vestido desgarrado. Y Beausire, agotado, extenuado, en vez de con más golpes, prefirió defenderse con palabras.
—Eres una infame, y me estás arruinando.

—Tú me arruinas a mí —replicó ella, a la vez que le enseñaba unas tenazas de hierro, dispuesta a reanudar el cuerpo a cuerpo. Pero Beausire se dijo que en vez de volver a los mamporros la desarmaría fácilmente acusándola, y le soltó este requiebro:
—De ti me lo podía esperar todo, menos que te echases otro amante.
—¿Y qué me dices de esas furcias que no te dejan ni a sol ni a sombra y que te acompañan a los tugurios donde te juegas el dinero?
—Juego para vivir.
—Y nos morimos de hambre.
—No será porque tú ayudes en nada. No ganas ni para reponer el vestido que te rompo.
—No, ¿verdad? —estalló ella, rabiosa y alegre—. Pues toma.
Y arrojó al suelo un puñado de los luises que le dio el desconocido. Las monedas de oro rodaron con una sonoridad que enternecía, brillando como botones de fuego, y Beausire, ante aquel metálico cabrilleo, se quedó como si no creyese ni en lo que veía, ni en lo que oía. Anonadado, sorprendido, asustado, exclamó:
—¡Luises, dobles luises!
Olive tenía en la mano otro puñado de aquellas monedas, y las arrojó a la cara de Beausire, el cual no se ofendió, sino que le dijo:
—¡Eres rica, mi Olive!
—Para que digas que no puedo reponer mis vestidos.
Beausire andaba de rodillas en la estancia, recogiendo luises, ebrio de entusiasmo.
—Dieciséis, diecisiete, dieciocho...
—Miserable.
—Diecinueve, veintiuno, veintidós...
—Cobarde.
—Veintitrés, veinticuatro, veintiséis.
—Infame.
Al tercer epíteto, Beausire se levantó indignado y avergonzado, exclamando:
—Muy bien, muy bien: mademoiselle coleccionando luises y yo privándome de todo.
Un poco confundida, ella no supo qué contestarle.
—Fantástico, ¿eh? Tú nadando en oro y yo con las medias rotas, con un sombrero viejo, con el cuello deshilachado, con los zapatos... ¿Pero de dónde vienen estos luises? Me gustaría saberlo, si es que puedes explicarlo.
—¿Qué es lo que te atreves a pensar, asqueroso puerco?
Beausire no se ofendió, y la miró sonriendo, casi como si le agradeciese sus insultos, diciéndole que le perdonaba las privaciones que le había hecho pasar.
—Y querías matarme hace un momento.
—Eso ya pasó. Una ofuscación, pero reconozco que eres una mujer de su casa, y una mujer de su casa sabe que él, yo, tiene derecho a administrar la riqueza.
—Te digo que eres un miserable.
—Mi pequeña Olive...
—Y me vas a devolver ese oro.
—Querida mía...
—Me lo vas a devolver o te abriré un ojal en el pecho con tu propia espada.
—Amor mío...
—¿Sí o no?
—Pues no, cariño; no consentiré que me ojales el pecho. Y lo que debes hacer es ser razonable, porque tú ya sabes lo feliz que es uno pudiendo dar. Yo he sido muy feliz cada vez que te he dado, Nicolasa.
—No quiero que me llames Nicolasa.
—Perdóname, cariño. Decía que yo te he dado siempre que he podido.

—Muy generoso, sí. ¿No te da vergüenza? Unas monedas de plata, seis luises de oro, dos vestidos de seda, tres pañuelos bordados, y todo prestado, no regalado.
—Pero, amor mío...
—Devuélveme esos luises.
—¿Qué quieres a cambio de ellos!
—El doble.
—Muy bien —repuso el granuja, con gravedad—. Voy a jugar a la calle de Bussy, y te traeré, no el doble, sino el quíntuple.
Dio dos pasos hacia la puerta, pero ella le cogió por el faldón de la casaca, más raído que los codos.
—Vamos, me vas a romper el vestido.
—Mejor; así te comprarás otro.
—En la calle de Bussy los banqueros y los jugadores no se fijan mucho en si uno viste mejor o peor.
Olive le tiró del otro faldón, rasgándoselo.
Beausire se puso furioso.
—¡Muerte de todos los diablos! Vas a conseguir que te mate. Así no puedo salir. Ya no puedo.
—¿Por qué no? Vas a salir ahora mismo.
—¿Con este vestido?
—Ponte el de invierno.
—Sí, lleno de remiendos.
—Con ése o con otro, pero te vas.
—Nunca.
Olive sacó del bolsillo unos cuarenta luises y se los fue pasando de una mano a otra, aturdiendo a Beausire, quien creyó volverse loco a la vez que se rindió, diciendo:
—Ordena, tú ordena.
—Vas a ir corriendo al Capucin-Magique, calle del Sena, donde venden dominós para el baile de máscaras.
—Bien.
—Me comprarás uno completo, antifaz y medias apropiadas.
—Bien.
—Para ti, uno negro, y para mí, uno blanco de satén,
—Bien.
—Y no te doy más que veinte minutos para eso.
—¿Pero vamos al baile?
—Al baile.
—¿Y me llevarás a cenar al bulevar?
—Sí, pero con una condición.
—¿Cuál?
—Que seas obediente.
—Prometido.
—Demuéstramelo en seguida.
—Salgo volando.
—¿Todavía estás aquí?
—¿Y el dinero?
—Tienes veinticinco luises.
—¿Que yo tengo veinticinco luises? ¿Dónde están?
—Los que me has cogido.
—Niña, niña, esto no está bien.

—¿Qué quieres decir?
—Tú me los has dado.
—Yo no digo que no te los daré, pero si te los diese ahora, ya no volverías. Anda ya y vuelve pronto.
«Pues tiene razón —se dijo el bergante—, porque no pensaba volver.»
—Veinticinco minutos, ¿entiendes?
—Claro que sí.
Y el criado que espiaba desde el nicho fronterizo a las ventanas vio que Beausire salía a la calle sin abrigo y contoneándose él y espada insolentemente, sin fijarse en que la camisa sobresalía por debajo de la casaca.
Mientras se encaminaba a la calle del Sena, ella escribió rápidamente en un papel estas palabras, que lo resumían todo:
«La paz está firmada, el reparto hecho y el baile aceptado. A las dos estaremos en la Ópera. Yo llevaré un dominó blanco y sobre el hombro izquierdo una cinta de seda azul.»
Enrolló el papel en un trozo del jarrón de porcelana roto, sacó la cabeza fuera de la ventana y arrojó el billete a la calle, sin que el espía lo dejase llegar al suelo, yéndose inmediatamente con el documento.
A la media hora, Beausire regresaba con dos muchachos de la sastrería que traían, con una factura de dieciocho luises, dos dominós de muy buen gusto, como era de rigor tratándose del famoso sastre del Capucin-Magique, proveedor de Su Majestad la reina y de sus damas de honor.

XXI
LA CASITA

Habíamos dejado a Juana de la Motte en la puerta del palacio, siguiendo con la mirada el carruaje de la reina, que desaparecía con rapidez.
Cuando ya no lo vio ni oía el ruido de las ruedas, Juana subió a su coche y se fue a su casa para coger un dominó y otra máscara y ver si había alguna novedad en su domicilio.
Madame de la Motte se prometía para esta maravillosa noche una renovación de las emociones del día. Había resuelto «hacerse la valiente», según la vulgar expresión, lo que quería decir que iría sola a disfrutar de las delicias de lo imprevisto.
Pero un contratiempo la esperaba al dar el primer paso en este camino tan seductor para las imaginaciones vivas y que han vivido muchos años reprimidas. En la portería la esperaba un doméstico del príncipe de Rohan, entregándole, de parte de Su Eminencia, un billete que decía:
«Señora condesa: no habréis olvidado que tenemos asuntos pendientes. Quizá no tengáis mucha memoria, pero yo nunca olvido lo que me interesa. Tengo el honor de esperaros donde mi servidor os conducirá si no os oponéis.»
Firmaba con la cruz pastoral.
Juana de la Motte, contrariada de momento, reflexionó un instante y resolvió con la rapidez que la caracterizaba.
—Subid con mi cochero —dijo al doméstico— y dadle las señas.
Diez minutos bastaron para llevar a la condesa a la entrada del arrabal Saint-Antoine, donde grandes árboles tan viejos como el mismo arrabal protegían una de estas lindas casitas construidas bajo Luis XV, con el gusto exterior del siglo xvi y el incomparable confort del xviii.

«¡Oh, oh, un nido de amor! —se dijo la condesa—. Es algo muy natural en un gran príncipe, pero humillante para una Valois. En fin...»
Seguidamente, tras un suspiro de impaciencia, se le escapó una exclamación que revelaba lo que de ambición y de loca codicia había en su espíritu. Pero no había cruzado el umbral del palacete cuando ya su resolución estaba tomada. De cámara en cámara, o de sorpresa en sorpresa, llegó a una agradable salita que hacía las veces de comedor.
Allí encontró al cardenal que la esperaba. Su Eminencia hojeaba unos folletos que se parecían mucho a los libelos que llovían por millares en aquella época, cuando el viento llegaba de Inglaterra o de Holanda.
—Gracias, muchas gracias, señora condesa —dijo el cardenal, acercándosele para besarle la mano.
La condesa retrocedió con un gesto desdeñoso.
—¿Qué pasa? ¿Qué os ocurre, madame?
—Vos no estáis acostumbrado a recibir, ¿no es eso, monseñor? O sólo a ciertas mujeres que Vuestra Eminencia hace el honor de llamarlas aquí.
—Señora condesa...
—Estamos en vuestro nido, ¿verdad, monseñor? —dijo la condesa, dirigiendo a su alrededor una mirada despreciativa.
—Madame...
—Yo esperaba que Vuestra Eminencia se dignaría recordar mi condición. Creía que Vuestra Eminencia se dignaría recordar que si Dios me ha querido pobre, no me ha negado el orgullo de mi rango.
—Por Dios, condesa... Yo os habla creído una mujer de espíritu —dijo el cardenal.
—Parece que llamáis mujer de espíritu a la mujer sin sensibilidad y que nada la afecta, ni siquiera la deshonra; a estas mujeres, y pido perdón a Vuestra Eminencia por ello, tengo la costumbre de darles otro nombre.
—No, condesa; os engañáis. Yo llamo mujer de espíritu a toda mujer que escucha cuando le hablan y no que habla sin antes escuchar.
—Os escucho.
—Voy a hablaros de asuntos muy serios.
—¿Y para eso me habéis hecho venir a un comedor?
—¿Habríais preferido que os esperase en un gabinete íntimo?
—La distinción es delicada.
—Yo lo creo así, condesa.
—¿No se trata más que de cenar con monseñor?
—De ninguna otra cosa.
—Crea Vuestra Eminencia que agradezco este honor como se debe.
—¿Os burláis, condesa?
—Sólo me río.
—¿Os reís?
—Sí. ¿Os gustaría más que me enfadara? Parece que sois de un humor difícil, monseñor.
—Y vos sois encantadora cuando reís, y yo no pediría nada mejor que veros reír siempre. Pero no os riáis en este momento. No, no. ¡Hay cólera detrás de esos bellos labios que enseñan los dientes!
—Admito, monseñor, que el comedor me tranquiliza.
—Gracias a Dios.
—Y espero que cenaréis bien aquí.
—¿Cómo que yo cenaré bien aquí? ¿Y vos?

—No tengo hambre.
—¿Rehusáis mi cena?
—No os comprendo, monseñor.
—Escuchad, querida condesa.
—Escucho.
—Si estuvierais menos enojada os diría que, hagáis lo que sea, no podéis impedir el ser encantadora, pero como a cada cumplido temo que me suspendáis, renuncio.
—¿Teméis ser suspendido? Pido perdón a Vuestra Eminencia, pero sois ininteligible.
—Sin embargo, todo es transparente.
—Excusad mi torpeza, monseñor.
—El otro día me recibisteis con cierta angustia. Sabíais que estabais alojada de una manera poco conveniente para una persona de vuestro rango, y eso me obligó a abreviar mi visita; además, estuvisteis un poco fría conmigo. Entonces pensé que, colocándoos en vuestro medio, sería como devolver el aire al pájaro que el físico ha colocado bajo la máquina neumática.
—¿Entonces? —preguntó la condesa, con ansiedad, porque comenzaba a comprender.
—Entonces, bella condesa, para que vos pudierais recibirme con franqueza y para que yo pueda visitaros sin comprometerme ni comprometeros a vos...
El cardenal miraba fijamente a la condesa.
—¿Entonces?
—Pensé que no desdeñaríais aceptar esta humilde casa. Observad, condesa, que yo no digo nido.
—¿Aceptar yo? ¿Vos me dais esta casa, monseñor? —preguntó la condesa, cuyo corazón le palpitaba de orgullo y de codicia.
—Poca cosa, condesa, demasiado poco; pero si yo os hubiese dado más, vos no lo habríais aceptado.
—Exacto, monseñor.
—¿Qué decís, madame?
—Digo que es imposible que yo acepte tal regalo.
—¿Imposible? ¿Por qué?
—Porque es imposible, simplemente.
—No pronunciéis esa palabra delante de mí, condesa.
—¿Por qué?
—Porque no quiero creer en imposibles cerca de vos.
—¡Monseñor!
—Condesa, la casa os pertenece, las llaves están ahí, sobre una bandeja. Os trato como a un triunfador. ¿Veis todavía una humillación en esto?
—No, pero...
—Aceptad.
—Monseñor, ya os lo he dicho.
—¿Cómo, madame? Escribís a los ministros solicitando una pensión, aceptáis cien luises de dos damas desconocidas...
—Sí, monseñor, pero es diferente. Quien recibe...
—Quien recibe, obliga, condesa —dijo noblemente el príncipe—. Yo os he esperado en vuestro comedor; ni siquiera he visto el gabinete, ni los salones, ni las alcobas; sólo he supuesto que habría todo eso.
—Monseñor, me obligáis a confesar que no hay un hombre más delicado que vos.
Y la condesa, después de haberse dominado tanto tiempo, enrojeció de placer al pensar que podía decir «mi casa».

Después, viendo que se dejaba arrastrar, ante un gesto que hizo el príncipe, dijo, dando un paso atrás:
—Monseñor, ruego a Vuestra Eminencia que me invite a cenar.
El cardenal se quitó la capa y acercó una silla a la condesa. Vestía un traje civil que le cuadraba muy bien. Al instante comenzó su oficio de maître de hotel.
La cena estuvo servida en un momento, pero antes de que apareciese el primer criado, Juana se puso el antifaz.
—Soy yo quien debería taparse el rostro —dijo el cardenal—, porque vos estáis en vuestra casa y el extraño aquí soy yo.
Juana se echó a reír, pero no se quitó la máscara. Y a pesar del placer y de la sorpresa que la acosaban, hizo honor a la comida.
El cardenal, como ya hemos dicho y repetido, era un hombre de gran corazón y de un espíritu magnífico.
Su gran conocimiento de las cortes más civilizadas de Europa, gobernadas por reinas; su costumbre de tratar mujeres, que en esta época complicaban más que resolvían todas las cuestiones políticas...; esa experiencia, transmitida por línea sanguínea, y multiplicada por un estudio personal...; todas estas cualidades tan raras hoy y ya raras entonces, hacían del príncipe un hombre extremadamente difícil de analizar por los diplomáticos, sus rivales, y por las mujeres, sus dueñas.
Y era que sus buenas maneras y su altiva cortesía se defendían con una coraza que nadie podía atravesar.
El cardenal, pues, se creía muy superior a Juana, y ella, provinciana llena de pretensiones y que bajo su falso orgullo no había podido ocultar su avidez, le parecía una fácil conquista, deseable por su belleza, por su espíritu, por lo que había en ella de provocativo y que aún seducía más a los hombres expertos que a los ingenuos. Quizá esta vez el cardenal, más incapaz de penetrar que de ser penetrado, se engañaba; el caso era que Juana, por muy bella que fuese, no le despertaba ningún recelo.
Fue lo que perdió a este hombre superior. No se volvió únicamente menos fuerte de lo que era, sino que se empequeñeció. De María Teresa a Juana de la Motte la diferencia era demasiado grande para que un Rohan de su temple se tomase la pena de luchar.
Así, una vez empezada la guerra, Juana, que comprendía que él creía aparente su inferioridad, se guardó de dejar ver su superioridad real; ella representaba el papel de la provinciana coqueta, se hizo la ingenua para conservar un adversario confiado en su fuerza y por consiguiente débil en sus ataques.
El cardenal, que le había sorprendido en ella todos los movimientos que no pudo reprimir, la creyó embriagada con el regalo que le acababa de hacer, y, efectivamente, ella estaba embriagada porque el regalo estaba no sólo por encima de sus esperanzas, sino por encima de sus pretensiones.
Únicamente el hombre olvidaba que era él quien estaba por debajo de la ambición y del orgullo de una mujer como Juana. Lo que por otra parte atenuaba la embriaguez en ella era la sucesión de deseos nuevos inmediatamente sustituidos por otros.
—Vamos —dijo el cardenal, sirviendo a la condesa vino de Chipre en una pequeña copa de cristal con borde de oro—, puesto que habéis firmado el contrato conmigo, no me disgustéis más, condesa.
—¿Disgustaros? Nunca.
—¿Me recibiréis algunas veces aquí sin demasiada repugnancia?
—Nunca seré tan ingrata como para olvidar que estáis en vuestra casa.
—¿En mi casa? Bah...
—Sí, sí; en vuestra casa; en vuestra propia casa.
—Puedo incomodarme.

—No lo quisiera.
—Os pondré otras condiciones.
—Pero id con cuidado.
—¿Sobre qué?
—Sobre todo.
—Vos diréis.
—Estoy en mi casa.
—Y...
—Y si yo encuentro vuestras condiciones poco razonables, llamo a mis agentes.
El cardenal se echó a reír.
—¿Lo veis?
—No veo nada claro —contestó el cardenal.
—Sí, acabáis de burlaros de mí.
—¿Cómo?
—Os estáis riendo.
—El momento lo merece, creo.
—Sí, el momento lo merece, aunque sabéis bien que si yo llamase a mis agentes, no me obedecerían.
—Seguro que sí, o el diablo me confunda.
—Monseñor...
—¿Qué os ocurre? ¿Qué es lo que yo he hecho?
—Habéis jurado, monseñor.
—Yo no soy cardenal aquí, condesa; estoy en vuestra casa, y con muy buena suerte.
Y también se rió.
La condesa se dijo que decididamente era un hombre excelente.
—A propósito —dijo de repente el cardenal, como si un pensamiento muy alejado de su espíritu se le ocurriese por azar—, ¿qué me decíais el otro día respecto a esas dos damas de caridad alemanas?
—¿Esas dos damas del retrato? —dijo Juana, que habiendo visto a la reina esperaba la pregunta y ya tenía preparada la respuesta.
—Sí, esas damas.
—Monseñor, vos las conocéis mejor que yo, me parece.
—¿Yo? Condesa, os habéis equivocado. ¿No queríais saber quiénes son?
—Es natural que desee conocer a mis bienhechoras.
—Si yo supiese quiénes son, vos lo sabríais ya.
—Señor cardenal, ya os he dicho que vos las conocíais.
—No.
—Una palabra más y os llamo mentiroso.
—Y yo me vengaré del insulto.
—¿Cómo? Si me hacéis el honor de decírmelo.
—Besándoos.
—Señor embajador de la corte de Viena, amigo de la emperatriz María Teresa, a menos que no tenga el menor parecido, habéis reconocido el retrato de vuestra amiga.
—Cierto, condesa; era el retrato de María Teresa.
—Y os hacíais el ignorante, señor diplomático.
—Aun cuando fuese cierto que yo hubiese reconocido a la emperatriz María Teresa, ¿adonde nos llevaría esto?
—Habiendo reconocido el retrato de María Teresa, vos tenéis alguna sospecha de las mujeres a quienes el retrato pertenece.
—¿Por qué pensáis vos que yo lo sabía? —preguntó el cardenal, un poco inquieto.

—Porque no es muy corriente ver un retrato de madre (notad que ese retrato es de madre y no de emperatriz) en otras manos que no sean...
—Acabad.
—Que no sean las de una hija...
—¡La reina! —exclamó Louis de Rohan, en tono tan sincero que hizo dudar a Juana—. La reina. Su Majestad, ha venido a vuestra casa.
—¿Vos no habíais adivinado quién era ella, monseñor?
—Pues no —dijo el cardenal, con sencillez—. En Hungría es costumbre que los retratos de los príncipes reinantes pasen de familia en familia. Yo, por ejemplo, que no soy ni hijo, ni hermano, ni pariente de María Teresa, tengo un retrato de ella conmigo.
—¿Con vos, monseñor?
—Mirad —dijo fríamente el cardenal, y se sacó de un bolsillo una tabaquera que enseñó a Juana, la cual estaba desconcertada.
»Pensad —agregó él— que si yo tengo este retrato, a pesar de no tener el honor de pertenecer a la familia imperial, también otro puede haber olvidado en vuestra casa ese retrato, sin que tenga que ser de la augusta casa de Austria.
Juana se calló. Ella tenía los instintos de la diplomacia, pero le faltaba todavía la práctica.
—Entonces, según vos —continuó el príncipe Louis—, es la reina María Antonieta quien os hizo una visita.
—La reina acompañada de otra dama.
—¿Madame de Polignac?
—No lo sé.
—¿Madame de Lamballe?
—Una mujer joven, muy bella y muy discreta.
—¿Mademoiselle de Taverney quizá?
—Es posible; no la conozco.
—Entonces, si Su Majestad os ha visitado, estáis bajo la protección de la reina. Es un gran paso a favor vuestro.
—Eso creo, monseñor.
—Su Majestad, y perdonadme esta pregunta, ¿fue generosa con vos?
—Me dio cien luises.
—Su Majestad no es rica, sobre todo en este momento.
—Por eso es doble mi reconocimiento.
—¿Y vos le habéis demostrado algún interés particular?
—Uno muy importante.
—Entonces —dijo el prelado, muy pensativo y olvidando a la protegida para pensar en la protectora—, no tendréis que hacer más que una cosa.
—¿Cuál?
—Entrar en Versalles.
La condesa sonrió.
—No queramos ignorar, condesa, que ésa es la verdadera dificultad.
La condesa sonrió otra vez, más intencionadamente que antes.
El cardenal también sonrió, diciendo:
—Vos, como otras provincianas, nunca dudáis. Porque habéis visto Versalles con sus verjas que se abren y las escaleras que se suben, creéis que todo el mundo abre verjas y sube esas escaleras. ¿Habéis visto los monstruos de bronce, de mármol o de plomo que adornan el parque y las terrazas de Versalles?
—Sí, monseñor.

—Hipogrifos, quimeras, gorgonas y otras bestias malignas por centenares; pues figuraos diez veces más bestias vivientes entre los príncipes y sus séquitos, a los que hay que temer.
—Vuestra Eminencia me ayudará entonces a atravesar las filas de esos monstruos, si me cierran el paso.
—Bien o mal, lo procuraré. Pero, si pronunciáis mi nombre, si descubrís vuestro talismán, bastarán dos visitas para que todo sea inútil.
—Felizmente —dijo la condesa—, estoy guardada por este lado por la protección de la reina, y si entro en Versalles, será con el pie derecho.
—¿Cómo, condesa?
—Señor cardenal, es mi secreto..., pero no, ya no lo es, porque no quiero tener secretos para mi más generoso protector.
—¿Hay más, entonces?
—Sí, monseñor; hay más, pero a vos os bastará con saber...
—¿Qué?
—Que mañana iré a Versalles, y espero que seré bien recibida.
Al cardenal el aplomo de Juana le pareció una consecuencia directa de los primeros vapores de la cena.
—Condesa —dijo, riéndose—, veremos si entráis.
—¿Tendríais tanta curiosidad como para hacerme seguir?
—La tendría.
—Pues insisto en lo que he dicho.
—Desde mañana desconfiad, condesa, aunque ya anuncié vuestro interés en entrar en Versalles.
—En los pequeños apartamentos, sí, monseñor.
—Os aseguro, condesa, que sois un enigma.
—¿Uno de esos pequeños monstruos del parque de Versalles?
—Me creéis un hombre de gusto, ¿verdad?
—Ciertamente, monseñor.
—Pues como me encuentro a vuestras plantas y tomo y beso vuestra mano, no podéis hacerme creer que pongo mis labios en una garra o una mano en la cola de un pez.
—Os suplico, monseñor, que recordéis —dijo fríamente Juana— que no soy ni una modistilla ni una suripanta de la Ópera. Me pertenezco a mí misma, aun cuando no perteneciese a mi marido, y me siento igual que todo ser humano en este reino libre para elegir espontáneamente el día en que me plazca al hombre que haya sabido complacerme. Así, monseñor, respetadme un poco y respetad también la nobleza a la cual pertenecemos los dos.
El cardenal se levantó, diciendo:
—Vos queréis que yo os ame seriamente.
—Yo no digo esto, señor cardenal, pero yo quiero amaros. Creedme, cuando el momento llegue, lo adivinaréis fácilmente. Yo os lo haré saber si no lo advertís, porque me sentiré bastante joven y bastante aceptable para no temer insinuarme a vos.
—Condesa —dijo el cardenal—, yo os aseguro que si no dependiese más que de mí, vos me amaríais.
—Veremos.
—Sentís ya amistad por mí, ¿no es eso?
—Más.
—¿De verdad? Entonces estamos ya a mitad del camino.
—No midamos el camino con ninguna vara.
—Condesa, sois una mujer que yo adoraría...

—¿Que adoraríais si...?
—Si vos lo permitieseis —se apresuró a responder el cardenal.
—Monseñor, yo os lo permitiré, quizá cuando la fortuna me haya sonreído lo bastante como para que vos os ahorréis el caer a mis pies y besar mis manos demasiado pronto.
—¿Cómo?
—Sí; cuando yo haya recibido todos vuestros favores, entonces no supondréis que me mueve al recibiros ningún interés. Entonces vuestra protección se ennoblecerá, ganando yo y no perdiendo vos.
—Condesa, me estáis imponiendo condiciones inaceptables.
—¿Cómo?
—Me impedís que os haga la corte.
—¡Qué error! ¿Es que para hacer la corte a una mujer no hay más medio que la genuflexión y la rendición?
—Decidme, condesa: ¿qué es lo que me está permitido?
—Todo lo que sea compatible con mis gustos y mis deberes.
—Habéis acotado los dos terrenos más imprecisos que hay en el mundo.
—Os habéis precipitado al interrumpirme, monseñor; tengo que agregar todavía un tercero.
—Dios mío, ¿cuál?
—El de mis caprichos.
—Estoy perdido.
—¿Retrocedéis ahora?
Al cardenal le angustiaban menos sus propias consideraciones que la seducción que reconocía en su provocativa asociada.
—No, no retrocederé.
—¿Ni ante mis deberes?
—Ni ante vuestros deberes ni ante vuestros caprichos.
—¿La prueba?
—Pedid.
—Quiero ir esta noche al baile de la Ópera.
—Eso es asunto vuestro, condesa; sois libre como el aire, y yo no veo nada que os pueda impedir ir al baile de la Ópera.
—Vos no veis más que la mitad de mi deseo. La otra mitad es que vos vayáis conmigo.
—¿Yo a la Ópera? ¡Condesa...!
Y el cardenal retrocedió un paso, luego otro, mirando a Juana de la Motte como si no creyese que ella era ella.
—¿Veis como ya no queréis complacerme?
—Un cardenal no va al baile de la Ópera, condesa; es como si yo os propusiera que entrásemos en... en un fumadero.
—Un cardenal no baila, ¿es eso?
—Sí.
—¿Y cómo he leído que el cardenal de Richelieu había bailado una zarabanda?
—Delante de Ana de Austria, sí.
—Delante de una reina. Muy bien. Vos lo haríais quizá por una reina...
El príncipe enrojeció, a pesar de su aplomo y su facilidad para salir airoso de cualquier dificultad.
Ya fuera porque la perversa criatura le tuviera piedad o porque él no quiso insistir en el fastidioso tema, ella lo resolvió con la más graciosa sonrisa, diciéndole:

—Sería lógico que me sintiese herida al ver que no haríais por mí lo que haríais por una reina, pero lo comprendo, aunque creo que un dominó y un antifaz... Pero si vos lo rehusáis, ni un reproche, ni uno, mi estimado cardenal.
El cardenal no cabía en sí de satisfacción ante la victoria que Juana le proporcionaba con su extraordinario tacto, diciéndose que era una mujer maravillosa, e inesperadamente le cogió con un fervor sospechoso las manos, diciéndole:
—Por vos, todo; si digo todo, quiero decir hasta lo imposible.
—Gracias, monseñor. El hombre que se dispone a hacer ese sacrificio por mí es mi amigo más preciado, pero os dispenso de ese compromiso ahora que lo habéis aceptado.
—No, no; ya no se puede retroceder. Lo que se ofreció, se cumple. Condesa, os pertenezco... en dominó.
—Pues vamos a la calle Saint-Denis, cerca de la Ópera; sin quitarme el antifaz, compraré en una tienda una máscara y un dominó para vos; podréis vestiros en la carroza.
—Condesa, es una aventura encantadora, ¿lo sabéis?
—Monseñor, sois para mí de una bondad que me confunde, pero... pienso que quizá en el palacio de Rohan Vuestra Excelencia habría encontrado un dominó más a su gusto que el que conseguiremos ahora.
—Veo una malicia imperdonable, condesa. Si voy al baile de la Ópera, creed una cosa...
—¿Cuál, monseñor?
—Me sorprenderá tanto verme allí como a vos el cenar con un hombre que no es vuestro marido.
Juana pensó que no debía contestar, y le agradeció que él no insistiera en la alusión a la reciente cena. Poco después, una carroza sin armas se detuvo frente a la puerta de la casa, e inmediatamente arrancó a trote largo, en dirección hacia los bulevares.

XXII
ALGUNAS PALABRAS SOBRE LA OPERA

La Ópera, ese templo del placer de París, se incendió en el mes de junio del año 1781. Veinte personas murieron en la catástrofe, y como dieciocho años después se repitió el mismo fatídico acontecimiento, el emplazamiento habitual de la Ópera pareció como una fatalidad que truncaba las alegrías parisienses, y el rey ordenó que se construyese el nuevo edificio en un distrito menos céntrico.
Para los vecinos fue una constante preocupación que esta ciudad de tela y de madera, de cartón y de pinturas, no corriese ningún riesgo. La Ópera indemne consolaba el corazón de los financieros y de las gentes de calidad e igualaba los rangos y las fortunas. La Ópera ardiendo podía destruir un distrito, la ciudad entera. No se necesitaba más que un viento caprichoso.
El emplazamiento elegido fue la puerta de Saint-Martin. El rey, apenado al ver que su ciudad de París iba a quedarse sin Ópera durante mucho tiempo, se entristeció como cuando la llegada del grano se retrasaba o el pan sobrepasaba en siete soles las cuatro libras.
Habría que ver a la vieja nobleza, a la abogacía, al ejército y a la finanza desorientados por ese vacío; era penoso ver errar por los paseos a las divinidades sin asilo, desde el director de danza hasta la ilustre cantatriz.
Para consolar al rey, y también a la reina, se presentó a Sus Majestades un arquitecto, Lenoir, que prometía montes y montañas. El insigne caballero tenía proyectos inéditos, y un sistema de circulación tan perfecto que, incluso en caso de incendio, nadie se

quedaría asfixiado en los pasillos. Habría ocho puertas para los que quisieran huir, y en el primer piso habría cinco ventanales tan bajos que hasta los más timoratos podrían saltar al bulevar sin mayor peligro que el romperse una pierna.
Para reemplazar la bella sala de Moreau y las pinturas de Durameaux, Lenoir había imaginado un edificio de ochenta y seis pies sobre el bulevar; una fachada con ocho cariátides adosadas a los pilares, tres puertas de entrada, ocho columnas, un bajorrelieve sobre los capiteles, un balcón y tres ventanas con archivoltas.
El escenario tendría treinta y seis pies de ancho, y la sala setenta y dos pies de profundidad y ochenta y cuatro de muro a muro. Los vestíbulos se embellecerían con espejos y la decoración sería sobria, pero noble.
A lo ancho de la sala, debajo de la orquesta, Lenoir dedicaría un espacio de doce pies para dos cuerpos de bombas contra incendios, a las que se destinarían veinte guardias.
Para coronar su obra, el arquitecto pedía setenta y cinco días y setenta y cinco noches, ni una hora más ni una hora menos, asegurando que al siguiente día del plazo fijado se abrirían las puertas al público, lo que pareció una fantasía que provocó la hilaridad de todo París, pero el rey hizo cálculos con Lenoir, y se empezaron las obras con la venia real.
Lenoir pisaba firme, y el edificio quedó terminado en la fecha prometida.
Pero entonces el público, que nunca está satisfecho ni se cree seguro, empezó a propalar que la sala tenía un armazón previo, que era el único medio de construir de prisa, y que la celeridad no era una garantía, y por consiguiente la Ópera nueva no era sólida. Este teatro, por el que se había suspirado tanto, que los curiosos habían visto subir palmo a palmo; este monumento que todo París había visto crecer día tras día, pensando cada ciudadano en cuál sería su silla de abono, se encontró en que nadie quiso entrar en él, en cuanto fue acabado. Los más audaces, los locos, sacaron los billetes para la primera representación de Adéle de Ponthieu, con música de Puccini, pero al mismo tiempo hicieron testamento.
El arquitecto, desolado, recurrió al rey, quien le dio una idea.
—Los holgazanes que hay en Francia —dijo Su Majestad— son los que pagan, son los que quieren daros diez mil libras de renta y dejarse asfixiar en la apretura, pero no quieren arriesgarse a morir ahogados bajo los techos ante el peligro de que se desplomen. Dejad esas gentes e invitad a los valientes que no pagan. La reina me ha dado un Delfín. La ciudad nada en alegría. Haced anunciar que en regocijo por el nacimiento de mi hijo, la Ópera se abrirá con un espectáculo gratuito, y si dos mil quinientas personas amontonadas, es decir, un promedio de tres mil cien libras no os bastan para probar la solidez, pedid a todos estos hombres alegres que se muevan un poco. Vos sabéis, amigo Lenoir, que el peso se quintuplica cuando cae desde cuatro pulgadas. Vuestros dos mil quinientos valientes pesarán quinientas mil libras si vos los hacéis bailar. Dad, pues, un baile después del espectáculo.
—Gracias, Sire —dijo el arquitecto.
—Pero antes reflexionad que será mucho peso.
—Sire, tengo plena confianza en mi obra, y yo iré a ese baile.
—Y yo —repuso el rey— os prometo que asistiré a la segunda representación.
El arquitecto siguió el consejo del rey. Se representó Adela de Ponthieu ante tres mil plebeyos que aplaudieron más que sus reyes. Estos plebeyos aceptaron de buen grado bailar después del espectáculo, y se divirtieron a sus anchas, y dieron un peso diez veces mayor en lugar de cinco, y no tembló ni una lámpara, ni un atril.
Si se hubiere temido alguna desgracia, habría tenido que ocurrir en las representaciones siguientes, cuando los nobles invadieron la sala, y no pasó nada, para la gloria de

Lenoir. Y ahora, tres años después de su apertura, se dirigían al baile de la Ópera el cardenal de Rohan y Juana de la Motte.
Este preámbulo se lo debíamos a nuestros lectores. Ahora volvamos a nuestros personajes.

XXIII
EL BAILE DE LA OPERA

El baile estaba en todo su apogeo, cuando el cardenal Louis de Rohan y madame de la Motte se deslizaron furtivamente en él, por lo menos, el prelado, confundiéndose con millares de dominós y de máscaras de toda especie. Pronto fueron envueltos en este gentío, donde desaparecieron, como desaparecen en los grandes torbellinos, los remolinos pequeños que se ven un instante desde la orilla, y después son arrastrados y borrados por la corriente.
Dos dominós, uno al lado del otro, en tanto que les fue posible sostenerse en este terrible caos, intentaron, aunando sus fuerzas, resistir la invasión; pero viendo que no podían conseguirlo, decidieron refugiarse bajo el puesto de la reina, donde el gentío era menor y por otra parte la pared ofrecía un punto de apoyo.
Dominó negro y dominó blanco, el uno grande, el otro de mediana talla; el uno un hombre, el otro una mujer; uno agitando los brazos, la otra volviendo una y otra vez la cabeza.
Estos dos dominós se entregaron entonces a un coloquio de lo más animado.
Escuchemos.
—Yo os digo, Olive, que vos esperáis a alguien —repetía el mayor—. Vuestro cuello no es un cuello, es una veleta que no gira solamente al viento, sino a todo el que llega.
—¡Y bien! ¿Qué más?
—¿Cómo?
—Sí. ¿Qué hay de asombroso en esto de que mi cabeza gira? ¿Es que no estoy aquí para eso?
—Sí, pero si la volvéis a los demás...
—¡Y bien, monsieur! ¿Para qué se viene a la Ópera?
—Por mil motivos.
—¡Oh, sí! ¡Los hombres! Pero las mujeres no vienen más que por uno solo.
—¿Cuál?
—El que os he dicho: para hacer volver a su vez cuantas cabezas sean posible. Vos me habéis traído al baile de la Ópera, estoy en él, soportadlo.
—¡Mademoiselle Olive!
—¡Oh! No hagáis oír vuestra ronca voz. Sabéis que vuestra ronca voz no me da miedo y sobre todo procurad no llamarme por mi nombre. Sabed que nada es de peor gusto que llamar a las gentes por su nombre en un baile de la Ópera.
El dominó negro hizo un gesto de cólera, que fue interrumpido por la llegada de un dominó azul, bastante grueso, bastante grande y de una bella apariencia.
—¡Oh, monsieur! —dijo el recién llegado—. Dejad a madame que se divierta todo lo que quiera. ¡Qué diablo! No son todos los días cuaresma y durante la cuaresma no se viene de ningún modo al baile de la Ópera.
—Intervenid en lo que os importa —replicó brutalmente el dominó negro.
—Eh, monsieur —dijo el dominó azul—, reportaos de una vez por todas, que un poco de cortesía no ofende jamás a nadie.
—Yo no os conozco —respondió el dominó negro—. ¿Por qué diablos me he de enfadar con vos?

—Vos no me conocéis, sea, pero...
—¿Pero qué?
—Pero yo os conozco, monsieur Beausire.
A este nombre, el dominó negro se estremeció, sensación que fue visible por las oscilaciones repetidas de su capuchón.
—¡Oh! No tengáis miedo, monsieur Beausire —repuso la máscara—. Yo no soy lo que vos pensáis.
—¡Y pardiez! ¿Qué es lo que yo pienso? ¿Es que vos adivináis los nombres? ¡Si fuera así no os contentaríais y tendríais también la pretensión de adivinar los pensamientos!
—¿Por qué no?
—Entonces adivinad lo que yo pienso. No he visto jamás a un brujo y me daría un gran placer, de verdad, encontrarme con uno.
—Oh, lo que vos pedís de mí no es muy difícil como para hacerme merecer un título que parece que vos otorgáis tan fácilmente.
—Decidlo de todos modos.
—No, buscad otra cosa.
—Eso me bastará. Adivinad.
—¿Lo queréis?
—Sí.
—Pues bien; vos me habéis tomado por un agente de monsieur de Crosne.
—¿De monsieur de Crosne?
—Oh, sí, vos no teméis más que a monsieur de Crosne, el teniente de policía, pardiez.
—¡Monsieur...!
—Todo va bien, querido monsieur Beausire; en verdad que se diría que vos buscáis una espada a vuestro costado.
—Y claro que la busco.
—¡Por Dios, qué temperamento tan belicoso! Pero acordaos, querido monsieur Beausire, que vos habéis dejado vuestra espada en vuestra casa y habéis hecho bien. Hablemos de otra cosa. ¿Queréis cederme, si os place, el brazo de madame?
—¿El brazo de madame?
—Sí, de madame. Esto suele hacerse, me parece, en el baile de la Ópera. ¿O es que llegaré yo de las Indias, para ignorar lo que se acostumbra hacer aquí?
—Sin duda, monsieur, pero eso se hace cuando le conviene al caballero.
—Basta algunas veces, querido monsieur Beausire, que convenga a la dama.
—¿Para largo tiempo me pedís el brazo de mi pareja?
—¡Oh, querido monsieur Beausire, sois demasiado curioso! Puede ser por diez minutos, puede ser para una hora, o quizá para toda la noche.
—Monsieur, os estáis burlando de mí.
—Querido monsieur, responded, sí o no. ¿Queréis, sí o no, cederme el brazo de madame?
—No.
—Vamos, vamos; no os hagáis el malvado.
—¿Por qué?
—Porque, puesto que tenéis una máscara, es inútil que os pongáis dos.
—¡Dios mío, monsieur!
—Bien. He aquí que ya os disgustáis, vos que erais tan dulce hace un momento.
—¿Dónde?
—En la calle Dauphine.
—¡En la calle Dauphine! —exclamó Beausire, estupefacto.
Olive estalló en risas.

—Callaos vos, madame —murmuró el dominó negro.
Después, volviéndose hacia el dominó azul, afirmó:
—No comprendo nada de lo que decís, monsieur. Honradamente, me intrigáis, si esto es posible.
—Pero, querido monsieur, a mí me parece que no hay nada más honrado que la verdad. ¿No es así, mademoiselle Olive?
—¡Y tanto! Pero —exclamó ella—, ¿me conocéis a mí también?
—¿Monsieur no os ha nombrado en alto por vuestro nombre hace un momento?
—Y la verdad —dijo Beausire, volviendo a la conversación—, la verdad es...
—Es que en el momento de matar a esta pobre dama, porque hace una hora que vos la queríais matar; es que en el momento de matar a esta pobre dama, digo, os habéis detenido ante el sonido de una veintena de luises.
—¡Basta, monsieur!
—Sea, dadme el brazo de madame, entonces, puesto que ya sabéis lo que queríais.
—¡Oh, ya veo —murmuró Beausire— que madame y vos...!
—¡Y bien! ¿Que madame y yo...?
—Vos me entendéis.
—Os juro que no.
—¡Oh! ¿Es capaz de decir...? —gritó Olive.
—Y por otra parte... —agregó el dominó azul.
—¿Cómo por otra parte?
—Sí, cuando nosotros nos entendamos, no será más que para vuestro bien.
—¿Para mi bien?
—Sin duda.
—Cuando se dice una cosa, se prueba —dijo caballerosamente Beausire.
—Con la mejor voluntad.
—¡Ah! Me sentiría curioso...
—Os lo probaré, pues —continuó el dominó azul—. Os probaré que vuestra presencia aquí os es tan nociva como vuestra ausencia os será provechosa.
—¿A mí?
—Sí, a vos.
—¿En qué? ¡Decídmelo, os lo ruego!
—Nosotros somos miembros de una cierta academia. ¿No es eso?
—¿Yo?
—¡Oh, no os disgustéis, querido monsieur Beausire, yo no hablo de la Academia Francesa!
—Academia..., academia... —rezongó el amante de Olive.
—Calle del Pot-de-Fer, un piso por encima de la caballeriza. ¿No es así, querido monsieur Beausire?
—¡Silencio!
—¡Bah!
—Sí, silencio. ¡Qué desagradable sois!
—No digáis eso.
—¿Por qué?
—¡Por Dios! ¡No podéis creer ni una sola palabra! Volvamos, pues, a esa academia.
—¿Y bien?
El dominó azul sacó su reloj, un bello reloj adornado de brillantes, sobre el cual se fijaron como dos lentillas inflamadas las dos pupilas de Beausire.
—¡Y bien!

—Y bien, dentro de un cuarto de hora, en vuestra academia de la calle de Pot-de-Fer, querido monsieur Beausire, se va a discutir un pequeño proyecto, de donde obtendrán un beneficio de dos millones los doce asociados, de los cuales vos sois uno de ellos, monsieur Beausire.
—Y que quizá vos sois otro, si...
—Acabad.
—Sois otro, si es que no sois un policía.
—De verdad, os creía un hombre de talento, monsieur Beausire, pero veo con dolor que no sois más que un idiota; si fuera la policía, os hubiera ya detenido y vuelto a prender veinte mil veces por asuntos menos honorables que esta especulación de dos millones que se va a discutir en la academia dentro de algunos minutos.
Beausire reflexionó un momento.
—¡Diablos! Si vos estáis en lo cierto...
Retrocediendo unos pasos, añadió:
—¡Ah! Monsieur, vos me enviáis a la calle de Pot-de-Fer.
—Yo os envío a la calle de Pot-de-Fer.
—Ya sé por qué.
—Decid.
—Para hacerme atrapar allí. ¡Pero no estoy loco!
—Entonces cometéis una tontería.
—¡Monsieur!
—Sin duda, si tengo el poder de hacer lo que decís, si tengo el poder más grande todavía de adivinar lo que se trama en vuestra academia, ¿por qué vengo a pediros permiso para entretener a madame? No. Lo que haría yo en este caso sería deteneros inmediatamente y así nos desembarazaríamos de vos, madame y yo; pero al contrario. ¡Todo por la dulzura y la persuasión, monsieur Beausire, ésa es mi divisa!
—Veamos —gritó de pronto Beausire, abandonando el brazo de Olive—, ¿sois vos el que estabais en el sofá de madame, hace dos horas? Responded.
—¿Qué sofá? —preguntó el dominó azul, al cual Olive pellizcó ligeramente su dedo meñique—. Yo no conozco, hablando de sofás, más que el de monsieur Credillon hijo.
—Bueno; todo esto me es igual —repuso Beausire—. Vuestras razones son buenas; he aquí todo lo que necesito. Más que buenas son excelentes, sería necesario decir. Tomad, pues, el brazo de madame, y si vos habéis conducido a su perdición a un hombre galante, enrojeced de vergüenza.
El dominó azul rió ante este epíteto de hombre galante del cual se gratificaba tan liberalmente Beausire; después, le golpeó amistosamente en un hombro.
—Dormid tranquilo —le dijo—. Enviándoos allí abajo, os hago el regalo de una parte de las cien mil libras al menos; porque si no vais a la academia esta noche, según costumbre de vuestros asociados, estaréis fuera del reparto, mientras que yendo allá...
—Muy bien, os deseo lo mejor del mundo —murmuró Beausire.
Y saludando con una pirueta, desapareció.
El dominó azul tomó posesión del brazo de mademoiselle Olive, que quedaba libre tras la desaparición de Beausire.
—Ahora, entre nosotros —dijo ella—, os he dejado intrigar a vuestro gusto al pobre Beausire, pero os prevengo que seré más difícil de desconcertar, puesto que os conozco. Así que como se trata de continuar, inventad lindas historias o si no...
—Yo conozco historias muy lindas; pero no más bellas que la vuestra propia, querida mademoiselle Nicolasa —dijo el dominó azul, apretando el brazo torneado de la mujercita, que exhaló un grito ahogado ante el nombre que el enmascarado acababa de deslizar en su oído.

Pero se repuso prontamente como persona habituada a no dejarse coger por sorpresa.
—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué decís ese nombre? —preguntó ella—. ¡Nicolasa! ¿Es de mí de quien se trata? ¿Queréis, por casualidad, llamarme por ese nombre? En ese caso, vos habéis naufragado nada más salir del puerto; habéis chocado con la primera roca. No me llamo Nicolasa.
—Ya sé que ahora no; ahora os llamáis Olive. Nicolasa era demasiado provinciano. Hay dos mujeres en vos, lo sé bien: Olive y Nicolasa. Nosotros hablaremos muy pronto de Olive; hablemos primero de Nicolasa. ¿Habéis olvidado el tiempo en que respondíais a este nombre? No lo creo. ¡Ah, mi querida niña! Cuando se ha llevado un nombre siendo muchacha, es siempre este nombre el que se guarda si no por fuera, al menos en el fondo del corazón, aunque sea otro apelativo el que haya que tomar, para hacer olvidar el primero. ¡Pobre Olive! ¡Feliz Nicolasa!
En este momento una oleada de máscaras vino a chocar como una tempestad contra los dos paseantes entrelazados, y Nicolasa —Olive— fue forzada a pesar de ella a apretarse a su compañero, mucho más de lo que hubiera pensado.
—Ved —le dijo él—. Ved a este gentío abigarrado; ved esos grupos que se presentan, bajo los antifaces, el uno al otro para devorar palabras de galantería o de amor. Ved estos grupos que se hacen y se deshacen los unos de risa, los otros con reproches. Todas esas gentes quizá tengan nombres, como vos, y hay muchas que se asombrarían si les dijéramos estos nombres, que ellos creen que han sido olvidados.
—Vos habéis dicho: ¡pobre Olive!
—Sí.
—¿No creéis, pues, que sea feliz?
—Sería difícil que fuerais feliz con un hombre como Beausire.
Olive exhaló un suspiro.
—No lo soy de ninguna manera —dijo.
—¿Acaso le amáis?
—¡Oh! Razonablemente.
—Si no le amáis, abandonadle.
—No.
—¿Por qué?
—Porque en cuanto le hubiese abandonado, le echaría de menos.
—¿Le echaríais de menos?
—Tengo miedo de que así ocurra.
—¿Y qué echaríais de menos en un ebrio, en un jugador, en un hombre que os golpea, en un hampón que será un día arrastrado en Greve?
—Quizá no podáis comprender lo que yo os quiero decir.
—Decidlo.
—Yo echaría de menos el ruido que él hace alrededor de mí.
—Lo hubiera debido adivinar. He aquí lo que es haber pasado la juventud en medio de gentes silenciosas.
—¿Conocéis mi juventud?
—Perfectamente.
—¡Ah! Mi querido monsieur —dijo Olive riendo y sacudiendo la cabeza con un aire de desconfianza.
—¿Lo dudáis?
—Oh, no lo dudo, estoy segura.
—Entonces hablemos de vuestra juventud, mademoiselle Nicolasa.
—Charlemos; pero os prevengo que no os voy a dar la réplica.
—Oh, no es necesario.

—Así lo espero.
—No voy a recordaros la infancia, tiempo que no cuenta en la vida; yo os recordaré la pubertad, en el momento en que os apercibisteis de que Dios había puesto en vos un corazón para amar.
—¿Para amar a quién?
—Para amar a Gilberto.
A esta palabra, a este nombre, un estremecimiento corrió por todas las venas de la joven, y el dominó azul sintió este estremecimiento en su brazo.
—¡Oh! —dijo—. ¿Cómo sabéis, Dios mío?
Y se detuvo asaeteando a través de su máscara y con una emoción indefinible, fijos sus ojos sobre el dominó azul.
El dominó azul guardó silencio.
Olive, o más bien Nicolasa, exhaló un suspiro.
—¡Ah, monsieur! —dijo sin buscar el prolongar la lucha—. Acabáis de pronunciar un nombre que para mí está lleno de recuerdos. ¿Conocéis, pues, a Gilberto?
—Sí, puesto que os hablo de él.
—¡Ay!
—Un muchacho encantador a fe mía. ¿Le amáis?
—Era bello... No... no es eso...; pero yo le encontraba bello. Estaba lleno de espíritu; era mi igual por el nacimiento...; pero no, no, esta vez, sobre todo, me engañó. Igual, no, jamás. Tanto que si Gilberto lo quisiera, ninguna mujer sería su igual.
—Incluso...
—¿Incluso quién?
—Incluso mademoiselle de Ta...
—¡Oh! Yo sé lo que queréis decir —interrumpió Nicolasa—. Estáis bien informado, monsieur, lo compruebo; sí, él amaba algo más alto que la pobre Nicolasa.
—Detengámonos ahí, si queréis.
—Sí, sí, vos sabéis secretos terribles, monsieur —dijo Olive, temblorosa—. Ahora...
Miró al desconocido como si pudiera leer a través de su máscara.
—¿Ahora qué ha llegado a ser?
—Yo creo que vos podréis decirlo mejor que nadie.
—¿Por qué?
—¡Gran Dios!
—Porque si él os ha seguido de Taverney a París, vos lo habéis seguido de París al Trianón.
—Sí, es verdad, pero hace diez años de esto; además no es de este tiempo del cual os hablo. Os hablo de diez años que han corrido después de que yo huí y que él desapareció. ¡Dios mío! ¡Han pasado tantas cosas en diez años!
—Os lo ruego —insistió Nicolasa casi suplicante—, decidme lo que le ha ocurrido a Gilberto. ¿Vos os calláis, volvéis la cabeza? ¿Quizá este recuerdo os hiere? ¿Os entristece?
El dominó azul no había vuelto sino inclinado la cabeza, como si el peso de estos recuerdos hubiera sido demasiado pesado.
—Cuando Gilberto amaba a mademoiselle de Taverney —dijo Olive.
—Pronunciad los nombres en voz baja —dijo el dominó azul—. ¿No habéis notado que yo no los cito?
—Cuando él estaba tan enamorado —continuó Olive con un suspiro— que cada árbol del Trianón sabía su amor...
—¡Y bien! ¿Vos no le amabais ya?

—Yo, al contrario, más que nunca; y fue este amor el que me perdió. Yo soy bella, soy orgullosa, y cuando quiero, soy insolente. Yo pondría mi cabeza sobre un tajo para hacerla abatir, antes que permitir que se diga que la he inclinado.
—Tenéis valor, Nicolasa.
—Sí, lo he tenido... en otro tiempo —dijo la muchacha suspirando.
—¿La conversación os entristece?
—No, al contrario, me hace bien. ¡Remontar hasta mi juventud! Ocurre en la vida como en los ríos. El río más turbulento ha tenido una fuente pura. Continuad y no prestéis atención a un pobre suspiro perdido que sale de mi pecho.
—¡Oh! —dijo el dominó azul con un dulce balanceo que traicionaba una sonrisa oculta bajo la máscara—. De vos, de Gilberto y de otra persona, yo, mi pobre niña, sé todo lo que vos podéis saber.
—Entonces —gritó Olive—, decidme por qué Gilberto huyó del Trianón; y si vos me lo decís...
—¿Os habré convencido? ¡Pues bien! Yo no os lo diré, y os convenceré aún mejor.
—¿Cómo?
—Preguntándome por qué Gilberto ha abandonado el Trianón no es una verdad que vos queréis constatar en mi respuesta, es algo que no sabéis y que deseáis saber.
—Es verdad.
De pronto, ella se estremeció tan vivamente como no lo había hecho hasta entonces y tomó las manos del hombre entre las suyas crispadas.
—¡Dios mío! —dijo—. ¡Dios mío!
—¿Qué ocurre?
Nicolasa pareció querer apartar la idea que le había llevado a esta demostración.
—Nada.
—Si queréis preguntarme algo...
—Sí. Decidme con toda franqueza lo que ha sido de Gilberto.
—¿No habíais oído decir que había muerto?
—Claro.
—Pues bien, está muerto.
—¿Muerto? —dijo Nicolasa con aire de duda.
Después, con un brusco estremecimiento que se parecía al primero, añadió:
—Por favor, monsieur, hacedme otro servicio.
—Y dos, y diez, tantos como vos queráis, mi querida Nicolasa.
—Yo os he visto en mi casa hace dos horas, ¿no es verdad?
—Sin duda.
—Hace dos horas no buscabais ocultaros de mí.
—Al contrario; buscaba hacerme notar.
—¡Oh, loca, loca que soy! Yo que os he mirado tanto. ¡Loca, loca, loca, estúpida! ¡Mujer y nada más que mujer!, como decía Gilberto.
—¡Está bien! Dejad vuestros bellos cabellos. Y dejad de censuraros.
—No. Quiero castigarme por haberos mirado sin haberos visto.
—No os comprendo.
—¿Sabéis lo que yo os pido?
—Pedid.
—Quitaos vuestra máscara.
—Aquí es imposible.
—¡Oh! No es el temor de ser visto por los demás, por otras miradas que las mías, lo que os impide hacerlo; detrás de esta columna, en las sombras de la galería, si quisierais hacerlo, sólo os vería yo.

—¿Qué es lo que me impide hacerlo, según vos?
—Tenéis miedo de que os reconozca.
—¿Yo?
—Y que yo no grite: ¡sois vos, es Gilberto!
—¡Ah, bien lo habéis dicho: loca, loca!
—Quitaos vuestra máscara.
—Está bien, sea; pero con una condición.
—Concedida de antemano.
—Y es que si quiero, a mi vez, que vos os quitéis la vuestra...
—Me la quitaré. Si no me la quito, vos me la arrancaréis.
El dominó azul no se hizo rogar largo tiempo. Ganó el lugar oscuro que la joven le había indicado, y una vez estuvo allí, quitándose su máscara, se colocó delante de Olive que le devoró con una mirada escudriñadora.
—¡Ay, no! —dijo, batiendo el suelo con el pie e hiriendo la palma de sus manos con sus uñas—. ¡Ay, no! No sois Gilberto.
—¿Quién soy?
—Qué me importa. Desde el momento que no sois él...
—¿Y si hubiera sido Gilberto? —preguntó el desconocido, volviendo a colocarse su máscara.
—Si hubieseis sido Gilberto... —gritó la joven con pasión.
—Sí.
—Si él me hubiera dicho: Nicolasa, Nicolasa, acuérdate de De Taverney-Maison-Rouge. ¡Oh, entonces...!
—¿Entonces?
—No habría habido más Beausire en el mundo.
—Yo os he dicho, mi querida niña, que Gilberto está muerto.
—¡Está bien! Quizá sea lo mejor —suspiró Olive.
—Sí; Gilberto no os hubiera amado, por muy bella que seáis.
—¿Queréis decir que Gilberto me despreciaba?
—No, más bien os temía.
—Es posible. Yo tenía algo de él en mí y él se conocía tanto a sí mismo, que yo le causaba miedo.
—Está bien, pues vos lo habéis dicho; vale más que haya muerto.
—¿Por qué tenéis que repetir todas mis palabras? Cuando las oigo en vuestra boca, me hieren. ¿Por qué es mejor que haya muerto según decís?
—Porque hoy, mi querida amiga, ved que ya no os llamo Nicolasa; porque hoy, mi querida Olive, vos tenéis en perspectiva un porvenir feliz, rico, resplandeciente.
—¿Lo creéis?
—Sí, si estáis bien decidida a hacerlo todo para llegar al fin que os prometo.
—¡Oh, estad tranquilo!
—Solamente es preciso que no suspiréis más, como habéis estado suspirando hace un momento.
—Sea. Suspiraba por Gilberto; y como no hay dos Gilberto en el mundo, puesto que Gilberto ha muerto, ya no suspiraré más.
—Gilberto era joven, tenía los defectos y las virtudes de la juventud. Hoy...
—Gilberto no es viejo hoy, está igual que hace diez años.
—No, sin duda, puesto que Gilberto ha muerto.
—Me comprendéis; ha muerto. Los Gilberto no envejecen, mueren.
—¡Oh! —exclamó el desconocido—. ¡Oh, juventud! ¡Oh, valor! ¡Oh, belleza! Semillas eternas del amor, del heroísmo y de la devoción. Quien os pierde, pierde

verdaderamente la vida. La juventud es el paraíso, es el cielo, lo es todo. Lo que Dios nos da después no es más que la triste compensación de la juventud. Cuanto más da a los hombres, una vez que han perdido su juventud, más cree tener que indemnizarlos. Pero nada reemplaza, gran Dios, los tesoros que esta juventud prodiga al hombre.
—Gilberto también hubiera pensado lo que vos decís —dijo Olive—, pero basta sobre este asunto.
—Sí. Hablemos de vos.
—Hablemos de lo que queráis.
—¿Por qué huisteis con Beausire?
—Porque yo quería abandonar el Trianón, y era preciso huir con alguien. Me era imposible vivir más tiempo con Gilberto, sabiendo que podía llegar a ser algo enojoso para él, un despojo desdeñado.
—Diez años de felicidad por orgullo —dijo el dominó azul—. ¡Sí que habéis pagado cara esta vanidad!
Olive comenzó a reír.
—¡Oh! Sé bien de qué os reís —dijo gravemente el desconocido—, os reís de que un hombre que pretende saberlo todo, os acuse de haber sido diez años fiel, cuando vos no tenéis la menor idea de haber sido tan culpable en algo tan ridículo. ¡Oh! ¡Dios mío! Si es cuestión de fidelidad material, pobre mujer, sé muy bien a qué atenerme acerca de ello. Sí, sé que vos habéis ido a Portugal con Beausire, que os quedasteis allí dos años, que de ahí pasasteis a la India, sin Beausire, con un capitán de fragata que os ocultó en su camarote, y os olvidó en Chandernágor, en tierra firme, en el momento en que volvía a Europa. Sé que vos habéis tenido dos millones de rupias de renta en la casa de un nabab que os encerraba bajo tres verjas. Sé que huisteis, saltando por encima de esas verjas sobre los hombros de un esclavo. Sé en fin que, rica, porque habéis llevado dos brazaletes de piedras finas, dos diamantes y tres gruesos rubíes, regresasteis a Francia, a Brest, donde en el puerto, vuestro genio malo os hizo desembarcar, volver a encontrar a Beausire, el cual quedó anonadado al reconoceros, tan bronceada y delgada como llegabais a Francia, pobre exiliada.
—¡Oh! —exclamó Nicolasa—. ¿Quién sois vos, Dios mío, para saber todas esas cosas?
—Yo sé, en fin, que Beausire os llevó con él, os demostró que os amaba, vendió vuestras pedrerías y os redujo a la miseria... Sé que vos le amáis, por lo menos eso decís y que, como el amor es la fuente de todo bien, debéis ser la mujer más feliz del mundo.
Olive bajó la cabeza, apoyó su frente sobre su mano y a través de los dedos de esta mano se vio rodar dos lágrimas, perlas líquidas, más preciosas quizá que las de sus brazaletes y que, sin embargo, nadie ¡ay! hubiera querido comprar a Beausire.
—Y esta mujer tan orgullosa, esta mujer tan feliz —dijo ella—, vos la habéis adquirido esta noche por cincuenta luises.
—¡Oh! Es muy poco, madame, lo sé bien —dijo el desconocido con esta gracia exquisita y esta cortesía perfecta que no abandona jamás al hombre de mundo incluso cuando habla al más ínfimo de los cortesanos.
—¡Oh! Es mucho, demasiado caro, monsieur. Al contrario; y me ha sorprendido extrañamente, os lo juro, que una mujer como yo valga todavía cincuenta luises...
—Valéis mucho más que eso y yo os lo probaré. ¡Oh! No respondáis nada porque no me comprendéis; y después... —agregó el desconocido inclinándose hacia ella.
—¿Y después?
—Y después, en este momento, tengo necesidad de toda mi atención.
—Entonces debo callarme.
—No, por el contrario, habladme.
—¿De qué?

—¡Oh! De lo que queráis, Dios mío. Decidme las cosas más ociosas de la tierra, no importa; lo interesante es que tengamos el aire de estar ocupados.
—Sea; pero vos sois un hombre singular.
—Dadme el brazo y paseemos.
Se acercaron a los demás grupos, ella cimbreando su fino talle y dando a su cabeza, elegante, incluso bajo la capucha, a su cuello, flexible, incluso bajo el dominó, movimientos que todo buen conocedor contemplaba con deseo; porque en el baile de la Ópera, en este tiempo de galantes proezas, cada uno seguía con una mirada el paso de una mujer, y con la misma curiosidad, que hoy día, algunos aficionados siguen la marcha de un hermoso caballo.
Olive, al cabo de algunos minutos, hizo una pregunta.
—¡Silencio! —dijo el desconocido—. O más bien, hablad, si lo queréis, pero no me obliguéis a responderos. Solamente, hablando de todo, disfrazad vuestra voz; tened la cabeza erguida, y ocultad vuestro cuello con vuestro abanico.
Ella obedeció.
En este momento nuestros dos personajes pasaban ante un grupo muy acicalado, en el centro del cual, un hombre de talla elegante, de un talante esbelto y libre, hablaba a tres compañeros que parecían escucharle respetuosamente.
—¿Quién es ese joven? —preguntó Olive—. ¡Qué encantador dominó gris perla!
—Es el señor conde de Artois —respondió el desconocido—, pero no habléis más, por favor.

XXIV
EL BAILE DE LA OPERA
(Continuación)

En el momento en que mademoiselle Olive, atónita ante la importancia del nombre que acababa de elogiar su dominó azul, se alineaba para ver mejor, oyendo la recomendación varias veces repetida, otros dos dominós se destacaron de un grupo charlatán y ruidoso y se refugiaron cerca del anfiteatro, en un sitio en que no había asientos.
Era como una especie de isla desierta que invadían a intervalos los grupos de paseantes empujados desde el centro a los límites de la circunferencia.
—Arrimaos a este pilar, condesa —dijo muy bajo una voz que impresionó al dominó azul.
Casi en el mismo instante un dominó naranja, cuyo aspecto audaz revelaba al hombre útil más que al cortesano agradable, cruzó por entre el gentío y se acercó al dominó azul diciéndole:
—Es él.
—Bien.
Y con un ademán despidió al dominó amarillo.
—Escuchadme —dijo entonces al oído de Olive—, mi buena amiguita. Vamos a comenzar a divertirnos un poco.
—Lo agradezco, porque me habéis entristecido dos veces. La primera separándome de Beausire, que me hace reír siempre, y la segunda hablándome de Gilberto, que me ha hecho llorar tanto.
—Yo seré para vos Gilberto y Beausire —dijo gravemente el dominó azul.
—Oh... —suspiró ella.

—No os voy a pedir que me améis; lo que yo os pido es que recibáis la vida tal como yo voy a dárosla; es decir, satisfaciendo todas vuestras fantasías, puesto que de vez en cuando vos apoyaréis las mías, y ahora os expondré una que acaba de asaltarme.
—¿Cuál?
—El dominó negro que veis es un alemán, uno de mis amigos.
—Ah...
—Un malvado que se ha negado a venir al baile pretextando jaqueca.
—Y a quien vos le habéis dicho que no iríais.
—Justo.
—¿Hay una mujer con él?
—Sí.
—¿Quién?
—No la conozco. Pero vamos a acercarnos. Fingiremos que sois alemana y vos no abriréis la boca por miedo de que vuestro acento descubra que sois una legítima parisiense.
—Muy bien. ¿Y vos le intrigaréis?
—Seguro. Empezad por señalármelo con vuestro abanico.
—¿Así?
—Muy bien; habladme ahora al oído.
Ella obedeció con una docilidad y una inteligencia que encantaron a su compañero.
El dominó negro, objeto de esta demostración, estaba de espaldas a la sala y charlaba con la dama que formaba pareja con él, los ojos de la cual brillaban a través de los agujeros de su máscara.
—Cuidado. Hablad bajo, monseñor; hay dos máscaras que se ocupan de nosotros.
—No temáis nada, condesa; es imposible que seamos reconocidos. Puesto que estamos en el camino de la perdición, dejadme repetiros que jamás talle alguno fue tan encantador como el vuestro, ni nunca una mirada fue tan ardiente; permitidme deciros...
—Todo lo que se dice con una máscara puesta.
—No, condesa; todo lo que se dice...
—No acabéis; os perjudicaríais, y corréis un peligro mayor; nuestros dos espías os oirán.
—¿Dos espías? —exclamó el cardenal emocionado.
—Sí. Mirad, deciden acercarse.
—Fingid bien la voz, condesa, si os veis en la necesidad de hablar.
—Y vos la vuestra, monseñor.
Mademoiselle Olive y su dominó azul se aproximaron, y él, dirigiéndose al cardenal, dijo:
—Mascarita.
—¿Qué es lo que quiere? —preguntó el cardenal disfrazando su voz.
—Esta dama que me acompaña —repuso el dominó azul— me ruega que os haga unas preguntas.
—¿Pues a qué esperáis? —dijo De Rohan.
—Y que sean bien indiscretas —agregó con una voz aflautada Juana de la Motte.
—Tan indiscretas —dijo el dominó azul— que tú no las entenderás, curiosa.
Y se inclinó al oído de Olive, que hizo el mismo juego.
Entonces el desconocido, con un ademán irreprochable, le preguntó al cardenal:
—Monseñor, ¿sois el amante de la mujer que os acompaña?
El cardenal se estremeció, preguntándole a su vez:
—¿Me habéis llamado monseñor?
—Sí.

—Os engañáis, entonces; no soy quien vos creéis.
—Ya lo creo, señor cardenal; no lo neguéis, aunque es lógico, por otro lado; aun cuando yo no os conociera, la dama a la cual sirvo de caballero me encarga que os diga que ella os ha reconocido en el acto.
Se inclinó hacia mademoiselle Olive y le dijo en voz baja:
—Haced señal de que sí. Hacedla cada vez que yo os apriete el brazo.
Ella asintió con los ojos.
—Me asombráis —repuso el cardenal, desorientado—. ¿Quién es la dama que os acompaña?
—Yo creía que vos la habíais reconocido ya. Ella sí os ha conocido. Claro que los celos...
—¿La dama está celosa de mí?
—No diríamos eso —dijo el desconocido con cierta altivez.
—¿Qué es lo que os están diciendo? —preguntó vivamente Juana de la Motte, a la cual el diálogo en alemán, ininteligible para ella, estaba contrariando.
—Nada, nada.
—Madame —dijo entonces el cardenal a Olive—, decidme una palabra, os lo ruego, y prometo adivinar quién sois con esa sola palabra.
Monseñor de Rohan había hablado en alemán, pero ella no comprendió una palabra, y se inclinó hacia el dominó azul, quien le dijo:
—Os ruego que no habláis.
Este misterio avivó la curiosidad del cardenal.
—Una palabra en alemán no compromete, madame.
El dominó azul, que fingía recibir órdenes de Olive, repuso:
—Señor cardenal, he aquí las palabras exactas de madame: «Ese que no vela siempre el pensamiento, ese cuya imaginación no reemplaza la presencia del objeto amado, ése no ama; se equivocaría al decirlo.»
El cardenal pareció como si el sentido de estas palabras le hubiese golpeado. Su actitud expresó la mayor sorpresa, respeto, exaltación, devoción; después, los brazos le cayeron a lo largo del cuerpo.
—Es imposible —murmuró en francés.
—¿Qué es imposible? —preguntó Juana de la Motte, que acababa de comprender estas únicas palabras de la conversación.
—Nada, madame, nada.
—Monseñor, creo que me hacéis jugar un triste papel —dijo con acritud.
Y soltó el brazo del cardenal, sin que éste se diese cuenta debido a lo que le intrigaba la dama alemana.
—Madame, estas palabras que vuestro compañero me ha dicho en nombre vuestro... ¿Son versos alemanes que yo he leído en una casa conocida de vos, quizá?
El desconocido apretó el brazo de Olive.
Ella afirmó con la cabeza.
El cardenal se estremeció.
—Esa casa, ¿no se llama Schoenbrunn?
—Sí —repitió Olive con un gesto.
—¿Fueron escritas en una tabla de cerezo con un punzón de oro por una mano augusta?
—Sí —volvió a afirmar Olive.
El cardenal se detuvo. Una especie de convulsión le agitaba. Vaciló y tendió la mano para buscar un punto de apoyo.
Juana de la Motte acechaba a dos pasos el resultado de la extraña escena. El brazo del cardenal se apoyó en el del dominó azul, diciendo:

—Y he aquí la continuación: «Pero ése que ve por todas partes el objeto amado, que lo adivina en una flor, en un perfume, entre velos impenetrables, ése puede callarse, su voz está en su corazón, y le basta que otro corazón le entienda para ser feliz.»
—¡Pero si hablan en alemán por aquí! —dijo de pronto una voz joven y exaltada salida de un grupo que se acercaba al cardenal—. Veamos de qué se trata. ¿Comprendéis el alemán, mariscal?
—No, monseñor.
—¿Y vos, De Charny?
—Sí, Alteza.
—El conde de Artois —dijo Olive, apretándose al dominó azul porque las cuatro máscaras acababan de rodearla con cierta galantería.
En este momento la orquesta estallaba en fanfarrias ruidosas, y el polvo de las alfombras y el polvo de los peinados subía en nubes irisadas hasta las arañas que doraban la bruma de ámbar y rosa.
Con el movimiento que hicieron las máscaras, el dominó azul se vio empujado.
—Cuidado, señores —dijo en tono autoritario.
—Monsieur —contestó el príncipe enmascarado—, ya veis que se nos empuja. Excusadnos, señoras.
—Marchémonos de aquí, señor cardenal —dijo en voz baja Juana de la Motte.
De pronto el capuchón de Olive fue arrancado desde atrás por una mano invisible; su máscara desanudada se desprendió y sus rasgos aparecieron un segundo en la penumbra de la primera galería, más abajo de la platea.
El dominó azul lanzó un grito de inquietud afectada, y Olive un grito de espanto. Pronto cuatro gritos de sorpresa respondieron a esta doble exclamación. El cardenal estaba a punto de desmayarse. Si hubiera caído en ese momento, lo habría hecho de rodillas. Juana de la Motte le sostuvo.
Una ola de máscaras arrastrada por la corriente separó al conde de Artois del cardenal y de Juana.
El dominó azul, que, rápido como el rayo, acababa de volver a bajar el capuchón de Olive y de recoger su máscara, se aproximó al cardenal y apretándole la mano le dijo:
—He aquí, monsieur, una desgracia irreparable; pensad que el honor de esta dama está en vuestras manos.
—¡Oh, monsieur, monsieur...! —murmuró el príncipe gris, inclinándose.
Y se pasó por la sudorosa frente húmeda el pañuelo que su mano temblorosa sostenía.
—Vámonos deprisa.
—Vámonos pronto —dijo el dominó azul a Olive.
Y desaparecieron.
«Ya sé lo que el cardenal creía que era imposible —se dijo Juana de la Motte—. Ha tomado a esta mujer por la reina, y vaya efecto el que le produce ese parecido. Una nueva experiencia.»
—¿Deseáis que abandonemos el baile, condesa? —dijo el cardenal con voz trémula.
—Como queráis, monseñor —repuso tranquilamente Juana.
—No se ve nada de interés aquí, ¿verdad?
—Creo que no.
Y se abrieron penosamente camino a través de los grupos que conversaban. El cardenal, que era de elevada estatura, miraba por todas partes, para ver si podía encontrar la visión desaparecida.
Pero desde aquel momento, dominós azules, rojos, amarillos, verdes y grises se arremolinaron ante sus ojos, confundiendo sus matices como los colores del prisma. Todo fue azul en la lejanía para el afligido cardenal, y nada lo fue de cerca.

En este estado depresivo llegó a la carroza que les esperaba. Cinco minutos después, y mientras la carroza seguía adelante, el prelado aún no había dirigido la palabra a Juana.

XXV
SAFO

Madame de la Motte, que continuaba siendo dueña de sí misma, arrancó al prelado de su ensimismamiento.
—¿Dónde me lleva esta carroza?
—Condesa, no temáis nada; habéis salido de vuestra casa y a vuestra casa volvéis.
—¿La del arrabal?
—Sí, condesa... Una casa demasiado pequeña para tantos encantos.
Y el príncipe le cogió una mano imprimiendo un galante beso en el dorso.
La carroza se detuvo delante de la casita y Juana saltó al suelo ágilmente; tratando de apearse, el cardenal se preparaba a imitarla.
—No vale la pena, monseñor —le dijo en voz baja ese demonio femenino.
—¿Cómo? ¿Que no vale la pena pasar algunas horas con vos?
—¿Y dormir cuándo, monseñor?
—Creo que tenéis varios dormitorios en vuestra casa, condesa.
—Para mí, sí.
—¿Y para mí?
—De ninguna manera —dijo con un gesto tan gracioso y provocativo que la negación equivalía a una promesa.
—Adiós, pues —repuso el cardenal, tan interesado en el juego que olvidó la escena del baile.
—Hasta la vista, monseñor.
«Está bien. Es preferible así», se dijo alejándose.
Juana entró sola en su nueva casa. Seis sirvientes, cuyo sueño había interrumpido la aldaba de la puerta, se alinearon en el vestíbulo. Juana los miró a todos con ese aire de superioridad que la fortuna no da a todos los ricos.
—¿Y las camareras?
—Dos de ellas esperan en la cámara, madame.
—Llamadlas.
Dos mujeres aparecieron poco después.
—¿Dónde os acostáis todos los días? —les preguntó Juana.
—Pues... todavía no tenemos un lugar fijo —dijo la de más edad—. Nos acostaremos donde ordene madame.
—¿Las llaves de los apartamentos?
—Aquí están.
—Esta noche dormiréis fuera de casa.
Las mujeres la miraron con sorpresa.
—¿Podéis procuraros alojamiento?
—Sí, madame, pero es un poco tarde; aunque si madame quiere estar sola...
—Vosotros las acompañaréis —agregó la condesa, despidiendo a los criados, más satisfechos todavía que las camareras.
—¿Cuándo tenemos que volver? —preguntó uno de ellos con timidez.
—Mañana a mediodía.
Ellos y ellas se miraron, pero ante la expresión altiva de la condesa se dirigieron a la puerta.
Juana los siguió, los hizo salir, y antes de cerrar la puerta preguntó:

—¿Queda alguien en la casa?
—No, madame, nadie, pero es imposible que madame se quede sola; convendría que se quedase una camarera por si madame necesitase algo.
—No necesito nada. Tomad, para que os divirtáis.
Un murmullo jubiloso de todos y unas palabras de gratitud de unos criados muy educados fue su respuesta, y una reverencia de la mejor escuela doméstica.
Juana los oía más allá de la puerta, diciéndose que la suerte les acababa de proteger con una dueña como no había otra. Cuando ya no los oyó, corrió los cerrojos y exclamó con acento de triunfo:
—¡Sola! Estoy sola aquí, en mi casa.
Encendió un candelabro de tres brazos en el vestíbulo y cerró la puerta de la antesala.
Entonces comenzó una escena muda y singular que hubiera interesado vivamente a uno de esos espectadores nocturnos que las ficciones del poeta han hecho planear por encima de las ciudades y de los palacios. Juana recorría sus estados; admiraba una habitación tras otra, donde el menor detalle adquiría a sus ojos un inmenso valor desde el momento en que el egoísmo del propietario había reemplazado la curiosidad del espectador.
El apartamento tenía el suelo de tabla y estaba regiamente amueblado, lo mismo los dos comedores que los salones y el gabinete de recepción.
El mobiliario no era tan ostentoso como el de la Guimard, ni tan coquetón como el de los amigos de monsieur de Soubise, pero tenía distinción, aunque nada era nuevo. La casa le había gustado menos a Juana si se hubiera amueblado la víspera expresamente para ella.
Estas riquezas antiguas, desdeñadas por las damas esclavas de la moda; estos maravillosos muebles de ébano tallado; estas arañas y girándulas de cristal, cuyos dorados brazos despedían brillantes lirios de fuego; estos relojes góticos, obras maestras de orfebrería y de esmalte; estos biombos bordados con figuras chinescas; estos enormes jarrones del Japón llenos de flores exóticas; estas puertas en grisaille, o en color de Boucher, o de Watteau, proporcionaban a la nueva propietaria un indecible éxtasis.

Aquí, sobre una chimenea, dos tritones dorados surgían de los haces de coral, a cuyas ramas se enroscaban como los frutos de todas las fantasías de la joyería de la época.
Más lejos, en una consola de madera dorada y sobre un blanco mármol, un elefante de un verde claro, con las orejas adornadas con unas arracadas de zafiro, tenía en el lomo una torre llena de perfumes y de pomos de esencias.
Libros femeninos dorados y con arabescos de oro en los ángulos, brillaban en la librería de palo de rosa.
Un mueble de finas tapicerías de los gobelinos, obra maestra de paciencia que había costado cien mil libras sólo en manufactura, llenaba un pequeño salón gris y oro, donde cada panel era una tela oblonga pintada por Vernet o por Greuze. En el gabinete de trabajo había los mejores retratos de Chardin y las mejores terracotas de Clodion.
Todo atestiguaba no el apresuramiento que un nuevo rico pone en satisfacer su fantasía o la de su dueña, sino el largo y paciente trabajo de aquellos ricos de otros tiempos que a los tesoros heredados agregaban los tesoros que heredarían sus hijos.
Juana examinó primero el conjunto, y luego se detuvo en cada habitación, fijándose en todos los detalles. Y como el dominó la estorbaba y el corsé la oprimía, entró en su dormitorio, se desnudó y se puso un peinador de seda acolchada, una prenda que nuestras madres, poco escrupulosas cuando se trataba de poner un nombre a la ropa íntima, le pusieron uno que no nos decidimos a escribir.

Medio desnuda, con sólo la falda de satén que acariciaba su seno y su talle, sus finas y nerviosas piernas envueltas, subió ágilmente las escaleras con la luz en la mano. Familiarizada con la soledad, segura de que no la esperaba la impertinente mirada de un criado, iba de una habitación a otra, dejando flotar al viento que se escurría por debajo de las puertas su fino peinador de seda, que se levantaba diez veces en diez minutos sobre su bien torneada rodilla.

Y cuando al abrir un armario levantaba los brazos, cuando el vestido, resbalando, dejaba ver la blanca turgencia del hombro hasta el nacimiento del brazo, que doraba un rutilante reflejo de luz familiar a los pinceles de Rubens, entonces los espíritus invisibles, ocultos tras las tapicerías, o detrás de los paneles, debían de regocijarse por tener en su posesión una seductora huésped que creía poseerles.

Después de ese ir y volver, agotada, rendida, con las tres cuartas partes de su bujía consumidas, volvió a entrar en su dormitorio, cuyas paredes estaban formadas de un satén azul con encajes.

Ya lo había visto todo, contado todo, acariciado todo con la mirada y con el tacto; no le quedaba más que admirarse a sí misma.

Dejó ir la bujía sobre un velador de Sevres en la galería, y de pronto sus ojos se detuvieron en un Endimión de mármol, delicada y voluptuosa figura de Bouchardon que se inclinaba ebrio de amor sobre un pedestal de púrpura, de un rojo oscuro.

Juana cerró la puerta y los postigos de su cámara, corrió los cortinajes y volvió a la estatua, devorando con los ojos ese hermoso amante de Diana que, dándole el último beso, se remontaba hacia el cielo con él.

El fuego, reducido a brasa, caldeaba esta cámara donde todo vivía, excepto el placer.

Juana sentía sus pies hundirse dulcemente en la blanda alfombra; sus piernas vacilaban y se le doblaban; una languidez que no era fatiga ni sueño invadía su pecho y sus párpados con la delicadeza de una caricia amante, mientras que un fuego que no era el calor del hogar subía desde sus pies a su cuerpo e inyectaba en sus venas la viva electricidad que en la bestia se llama placer y en el hombre amor.

En este momento de extrañas sensaciones, Juana se vio a sí misma en un espejo que había en un panel, detrás de Endimión. Su vestido se había deslizado de sus hombros sobre la alfombra. La seda, arrastrada por el satén, había descendido hasta la mitad de los brazos blancos y redondos.

Dos ojos negros, dulces y voluptuosos, brillantes de deseo, los ojos de Juana, golpearon a Juana en lo más profundo del corazón. Se veía bella, joven y ardiente, y se confesaba que en todo lo que la rodeaba, nada, ni siquiera el mismo Endimión, era digno de ser amado. Se acercó al mármol para ver si Endimión se animaba y si antes la criatura mortal desdeñaría a la diosa.

Este transporte la embriagó; inclinó la cabeza hacia un lado con estremecimientos desconocidos; apoyó los labios sobre su propia carne palpitante, y como no había dejado de mirar ávidamente los ojos que la llamaban desde el cristal, su languidez se fue acentuando, un hondo suspiro pareció que le vaciase el pecho, y terminó cayendo casi inerte en el lecho...

XXVI
LA «ACADEMIA» DE BEAUSIRE

Beausire había seguido al pie de la letra el consejo del dominó azul, y regresó a lo que llamaba su academia.

El digno amigo de Olive, impresionado por la enorme cifra de dos millones, consideraba todavía la exclusión que sus colegas habían hecho de él en la velada, no

haciéndole partícipe de un plan tan ventajoso. Sabía que entre las gentes de la academia no se peca siempre de escrúpulos, y era una razón para apresurarse el que los ausentes, saliendo siempre perjudicados cuando se ausentan por azar, eran más perjudicados todavía cuando se aprovechaban de su ausencia.
Beausire tenía entre los socios de la academia una reputación de hombre terrible. Esto no era asombroso ni difícil. Beausire había sido exempt, había llevado uniforme, sabía ponerse una mano sobre la cadera y con la otra sostener en guardia la espada. Tenía por costumbre, a la menor palabra, hundirse el sombrero hasta los ojos, y todo eso, para gentes mediocremente valientes, resulta terrible, sobre todo si temen a exponerse a un duelo y a la curiosidad de la justicia.
Beausire contaba, pues, vengarse del desprecio que se le había hecho, asustando de alguna manera a sus compadres del garito de la calle de Pot-de-Fer. Desde la puerta de Saint-Martin a Saint-Sulpice no hay mucha distancia, pero Beausire se sentía rico, y se metió en un coche de alquiler prometiendo una gratificación de una libra; la carrera nocturna valía en esa época lo que vale hoy durante el día.
Los caballos arrancaron al trote. Beausire adoptó un aire de matasiete, y a falta del sombrero que no tenía porque llevaba el dominó y recurriendo a la espada, su gesto era feroz, imponente, para asustar incluso a su propia sombra.
Su entrada en la academia produjo cierta sensación. Había en el primer salón, un bonito salón gris con una lámpara y mesas de juego, unos veinte jugadores que bebían y sonreían de dientes para fuera a siete u ocho mujeres grotescamente pintarrajeadas que seguían el juego.
Se jugaba al faraón en la mesa principal, y las apuestas eran pequeñas. La animación estaba en proporción a las apuestas. A la llegada del dominó, algunas mujeres se pusieron a fisgar y a sonreírse entre sí, burlonas y zalameras, pues Beausire era apuesto y las mujeres no le hacían dengues.
Sin embargo, avanzó como si no se hubiera dado cuenta de nada ni visto nada, y una vez cerca de la mesa, esperó en silencio, sin disimular su mal humor.
Uno de los jugadores, un viejo financiero algo equívoco, cuyo rostro parecía el de un bonachón, fue el primero que se dirigió a Beausire.
—Caballero, parece que llegáis del baile un poco aturdido.
—Es verdad —dijo una dama.
—Querido caballero —añadió otro jugador—, ¿el dominó os ha causado dolor de cabeza?
—No es el dominó lo que me ha fastidiado —respondió Beausire con aspereza.
—Vaya, vaya... —dijo el banquero, que acababa de recoger una docena de luises—. El caballero Beausire nos ha sido infiel. ¿No veis que ha estado en el baile de la Ópera, y que ha jugado y que seguramente ha perdido?
Algunos se rieron, otros le miraron con indiferencia y las mujeres le miraron apiadadas.
—No es verdad que sea infiel a mis amigos —replicó Beausire—. Soy incapaz de infidelidades. Eso es lo que suelen hacer ciertas gentes que yo me sé; traicionar a sus amigos.
—¿Qué queréis decir, caballero? —preguntó uno de los socios.
—Sé muy bien lo que quiero decir.
—Pero eso no nos basta —observó el viejuco con buen humor.
—Eso no os atañe a vos, señor financiero —replicó desdeñosamente Beausire.
Una mirada expresiva del banquero advirtió a Beausire que su frase era poco oportuna. Ciertamente no era preciso hacer distinción entre los que pagaban y los que se embolsaban el dinero.

Beausire lo comprendió, pero ya estaba lanzado; los falsos valientes se detienen más difícilmente que los hombres de valor acreditado.
—Yo creía tener amigos aquí —dijo.
—¿Y qué? —le preguntó uno.
—Pues que me he engañado.
—¿En qué?
—En que muchas cosas se hacen sin mí.
Nuevo gesto del banquero y nuevas protestas de los asociados.
—Basta lo que yo sé para que los falsos amigos sean castigados.
Y buscó el puño de su espada, no encontrando nada más que su bolsillo, lleno de luises y cuyo sonido fue una revelación.
—¡Oh...! —chilló una dama—. A monsieur Beausire no lo han desplumado esta noche.
—Claro —convino el banquero—. Me parece que si ha perdido, no lo ha perdido todo, y que si ha traicionado a los verdaderos amigos, no es una felonía irreparable. A ver, apostad, querido caballero.
—Gracias —repuso secamente Beausire—. Puesto que cada uno guarda lo que tiene, yo también lo guardo.
—¿Qué diablos queráis decir? —le dijo al oído uno de los jugadores.
—Dentro de un instante ya nos explicaremos.
—Jugad, pues —avisó el banquero.
—Un simple luis —dijo una dama, acariciando el hombro de Beausire para acercarse lo más posible a su bolsillo.
—Yo no juego más que millones —fanfarroneó Beausire—, y no entiendo cómo sólo se crucen unos miserables luises. ¡Millones! Vamos, señores del Pot-de-Fer, puesto que se trata de millones, fuera las apuestas de un luis. ¡Millones, millonarios!
Beausire estaba en ese grado de exaltación que coloca al hombre más allá de los límites del sentido común. Una embriaguez más peligrosa que la del vino le animaba. De pronto recibió por detrás, en las piernas, un violento golpe que le hizo volver el rostro, y vio a su lado una cara verdosa, variolosa y con dos ojos que parecían alquitranados y encendidos.
A la mueca de cólera de Beausire, el extraño personaje le hizo un saludo ceremonioso seguido de una mirada afilada como un puñal.
—¡El portugués! —exclamó Beausire estupefacto ante el saludo del hombre que le acababa de golpear.
—¡El portugués! —repitieron las damas, que abandonaron a Beausire para ir a mariposear alrededor del extranjero.
Ese portugués era el niño mimado de las damas, a las cuales, con pretexto de que no hablaba francés, les llevaba constantemente golosinas, algunas veces envueltas en billetes de Banco de cincuenta o de sesenta libras.
Beausire sabía que el portugués era uno de los asociados. El portugués perdía siempre con los parroquianos habituales del garito. Fijaba su apuestas en una centena de luises por semana, y regularmente los jugadores le ganaban sus cien luises.
Era el cebo de la sociedad. Mientras se dejaba despojar de cien plumas doradas, los demás cofrades concienzudamente despojaban a los jugadores engolosinados.
También el portugués era considerado por los asociados como el hombre útil, y para los habituales como el hombre agradable. Beausire tema para él la consideración tácita que se aplica siempre a lo desconocido, aun cuando la desconfianza influyera en cierto modo.
Beausire, pues, soportó el puntapié que el portugués le acababa de pegar en las corvas en silencio y se sentó. El portugués intervino en el juego, puso veinte luises sobre la

mesa, y en veinte golpes, que tardaron un cuarto de hora, fue desembarazado de sus veinte luises por seis puntos hambrientos que se olvidaron de las garras del banquero y de los otros compadres.
El reloj dio las tres en el momento en que Beausire acababa su jarra de cerveza. Dos criados entraron, el banquero dejó caer el dinero en el doble fondo de la mesa, porque los estatutos de la asociación se habían redactado con tanta confianza en los miembros que nunca se le entregaba a ninguno la libre custodia de los fondos de la sociedad.
El dinero, pues, caía al final de cada sesión por una pequeña rendija de doble fondo, habiendo un post-scriptum al artículo de los estatutos que decía que jamás el banquero podría usar mangas largas ni llevar dinero encima.
Lo que significaba que se le prohibía meterse luises en las mangas y que la dirección se reservaba el derecho de registrarle para recuperar los luises que hubiese conseguido escamotear. Los lacayos entregaron a los miembros del círculo las hopalandas, los mantos y las espadas; varios de los jugadores afortunados dieron el brazo a las damas; los perdedores se hundieron en su silla de manos, todavía de moda en aquellos distritos, y se apagaron las luces del salón.
Beausire también pareció envolverse en su dominó como para irse, pero no pasó del primer piso, cuya puerta se había cerrado, y mientras los coches de alquiler y las literas desaparecían, volvió al salón donde doce de los asociados acababan de entrar. —Aguardo una explicación —dijo por fin Beausire. —Encended esa lámpara y no habléis tan alto —dijo fríamente en buen francés el portugués, que encendía una bujía que había en la mesa.
Beausire gruñó algunas palabras sin que nadie le hiciera caso; el portugués se quedó en el sillón del banquero, se aseguraron de que los postigos y las puertas estaban bien cerrados, y todos se sentaron en silencio, dos sobre el tapete, y con una avidez febril.
—Tengo algo que comunicaros —dijo el portugués—. Felizmente he llegado a tiempo, porque Beausire ha incurrido en excesos verbales.
Beausire iba a replicar, pero el portugués le atajó.
—Silencio, y nada de palabras que no vienen a cuento. Habéis pronunciado frases más que imprudentes. Teníais conocimiento de mi proyecto, y como sois inteligente podíais haberlo adivinado, pero me parece que el amor propio no debe ser lo primero en estos asuntos.
—No os comprendo —replicó Beausire.
—No comprendemos —dijo la respetable asamblea.
—Monsieur Beausire ha querido demostrar que era el primero en conocer el asunto.
—¿Qué asunto? —dijeron los interesados.
—El asunto de los dos millones —gritó Beausire con énfasis.
—¡Dos millones! —exclamaron los asociados.
—Afirmo —advirtió el portugués— que vos exageráis; es imposible que el asunto alcance esa cantidad. Y voy a probarlo en un instante.
—Nadie sabe lo que queréis decir —repuso el banquero.
—Sí, pero nosotros somos todo oídos —agregó otro.
—Hablad el primero —dijo Beausire.
—Es lo que voy a hacer.
Y el portugués se bebió primero un gran vaso de refresco de cebada, sin importarle la impaciencia con que esperaban sus explicaciones.
—Sabed —dijo—, y no sólo se lo digo a Beausire, que el collar no valdrá más de seiscientas mil libras.
—Ah, se trata de un collar —dijo Beausire.
—Sí, monsieur, ¿no es ése vuestro asunto?

—Quizá.
—Ahora quiere ser discreto después de haber sido imprudente —gruñó el portugués.
—Tendréis que emplear otro tono —advirtió Beausire con acento de gallo de pelea.
—Oídme —dijo fríamente el portugués—, y luego me diréis lo que queráis; yo debo hablar primero, ya que el tiempo apremia, pues debéis saber que el embajador llega como máximo dentro de ocho días.
—Esto se complica —exclamó la asamblea—. El collar, seiscientas mil libras, un embajador... ¿Qué es esto?
—Lo explicaré en dos palabras —dijo el portugués—. La firma Boehmer y Bossange ha ofrecido a la reina un collar de diamantes que vale seiscientas mil libras. La reina lo ha rehusado. Los joyeros no saben qué hacer y están muy alarmados porque ese collar no lo puede comprar más que una fortuna real. Yo he encontrado la persona real que comprará el collar y lo hará salir del cofre fuerte de Boehmer y Bossange.
—¿Y es? —dijeron los asociados.
—Mi graciosa soberana la reina de Portugal.
—Ahora lo comprendemos menos —dijeron los asociados.
«Yo no comprendo nada», pensó Beausire. Y dijo:
—Explicaos más claramente, querido monsieur. Las disidencias particulares deben ceder ante el interés público. Vos sois el padre de la idea, lo reconozco, y renuncio a todo derecho de paternidad; pero, por Dios, hablad claro.
—Lo haré —dijo Manoel, bebiéndose otra jarra de cebada— y veréis que la cosa no está embrollada.
—Sabemos que hay un collar de seiscientas mil libras —dijo el banquero—. Este es un punto importante.
—Y que el collar está en el cofre de Boehmer y Bossange; aquí el segundo punto —dijo Beausire.
—Pero don Manoel ha dicho que Su Majestad la reina de Portugal compraría el collar. Esto es lo que nos desconcierta.
—Nada más claro, sin embargo —dijo el portugués—. No hay más que prestar atención a mis palabras. La embajada está vacante, y el nuevo embajador monsieur de Souza no llegará hasta dentro de ocho días.
—¿Y qué más? —quiso saber Beausire.
—En ocho días, ¿quién impide que el embajador, deseoso de ver París, adelante su llegada y se instale en la capital?
Los asistentes se miraron sin comprender nada.
—Observad —dijo vivamente Beausire— que don Manoel quiere decirnos que puede llegar un embajador verdadero o falso.
—Precisamente —agregó el portugués—. Si el embajador que está al llegar tuviera deseos de adquirir el collar para Su Majestad la reina de Portugal, ¿no estaría en su derecho?
—Claro, claro —dijeron algunos.
—Entonces tratará con la firma Boehmer y Bossange. Eso es todo.
—Solamente que habrá que pagar una vez se haya formalizado el trato —observó el banquero del faraón.
—Naturalmente —contestó el portugués.
—Boehmer y Bossange no dejarán el collar en manos de un embajador, aunque sea un verdadero Souza, sin tener verdaderas garantías.
—Ya he pensado en una garantía —anunció el futuro embajador.
—¿Cuál?
—¿No hemos dicho que la embajada está sin embajador?

—Sí.
—Hay el canciller, un francés que destroza el portugués y que está encantado cuando los portugueses le hablan en francés, pues entonces no sufre.
—¿Y qué más? —preguntó Beausire.
—Nosotros, señores, nos presentaremos a este buen hombre con todos los merecimientos propios de la nueva legación.
—Los merecimientos serán buenos —dijo Beausire—, pero los papeles valen más.
—Habrá también papeles —repuso don Manoel.
—Hay que reconocer que don Manoel es un hombre de calidad —dijo Beausire.
—Después de convencer al canciller con las apariencias y los papeles de la identidad de la legación, nos instalaremos en la embajada.
—Es un gran riesgo —interrumpió Beausire.
—Es forzoso —continuó el portugués.
—Es simple —afirmaron los otros asociados.
—¿Pero y el canciller? —objetó Beausire.
—Ya hemos dicho que está convencido.
—Y como empiece a dudar, se le despide. Creo que un embajador tiene derecho a cambiar de canciller.
—Claro que sí.
—Entonces seremos dueños de la embajada y nuestra primera operación será visitar a Boehmer y Bossange.
—No, no —dijo vivamente Beausire—. Me parece que olvidáis un punto capital, y yo sé que es pertinente por haber frecuentado la corte. Y es que una operación como la que decís no la realiza un embajador sin antes haber sido recibido en audiencia, y aquí veo un peligro. El famoso Rizabey, que fue recibido por Luis XIV como embajador del Sha de Persia y que tuvo el aplomo de ofrecer a Su Majestad Muy Cristiana un valioso obsequio...; Rizabey, digo, hablaba muy bien la lengua persa, y al diablo si había en Francia un sabio que pudiera probar que no venía de Ispahan. Pero nosotros seríamos reconocidos inmediatamente. En seguida nos dirían que hablábamos un portugués del más puro francés, y en premio se nos enviaría a la Bastilla. Vayamos con cuidado.
—Vuestra imaginación os lleva demasiado lejos, querido colega —dijo el portugués—. Nosotros no iremos en busca de esos peligros; seguiremos cada uno en nuestro palacio.
—Entonces, Boehmer no nos creerá tan portugueses o tan embajadores como convendría.
—Boehmer comprenderá que venimos a Francia por la misión de comprar el collar. Como el embajador fue sustituido mientras estábamos en camino, la orden de reemplazarle se nos ha remitido. Esta orden, si es preciso, se le enseñará a Bossange, puesto que habrá sido también enseñada al canciller de la Embajada. Solamente a los ministros del rey convendrá no enseñar la orden, porque los ministros son curiosos, desconfiados, y nos complicarían la gestión.
—Eso, eso —gritó la asamblea—. No nos pongamos en relaciones con el Ministerio.
—Y si Boehmer y Bossange pidieran...
—¿Qué? —preguntó don Manoel.
—Un anticipo —dijo Beausire.
—Eso complicaría el asunto —dijo el portugués, ya preocupado.
—Porque —prosiguió Beausire— es costumbre que un embajador llegue con letras de crédito si no trae dinero.
—Es justo —dijeron los asociados.
—El proyecto fracasará —continuó Beausire.

—Vos encontráis siempre —dijo Manoel en tono agrio— medios para hacer fracasar el asunto. En cambio, no los encontráis para hacerlo triunfar.
—Precisamente porque quiero hallar solución a las dificultades —replicó Beausire—. Esperad, esperad, que ya he encontrado la forma de resolverlo.
Todas las cabezas se acercaron, rodeando a Beausire.
—En toda cancillería hay una caja fuerte.
—Sí, una caja y un crédito.
—No hablamos del crédito —repuso Beausire—, porque nada es tan difícil de procurarse. Para tener crédito nos harían falta caballos, equipajes, criados, muebles, la base de todo crédito posible. Hablemos de la caja fuerte. ¿Qué pensáis vos de ella en vuestra embajada?
—Yo siempre he considerado a mi soberana como una magnífica reina. Sabe hacer bien las cosas.
—Es lo que nosotros veremos, y después admitamos que no haya nada en la caja.
—Es posible —dijeron, sonriendo, los asociados.
—Entonces, nada de obstáculos, porque nosotros, embajadores, preguntaremos a la firma Boehmer y Bossange quién es su corresponsal en Lisboa, y les firmaremos, les estampillaremos, les sellaremos letras de cambio para ese corresponsal por la suma pedida.
—Eso ya está mejor —dijo don Manoel—. Preocupado con mi idea, no había reparado en esos detalles.
—Que son naturales —dijo el banquero del faraón.
—Ahora comencemos a repartirnos los papeles —dijo Beausire—. Yo veo a don Manoel en el de embajador.
—¡Muy bien! —dijo la asamblea.
—Y yo veo a monsieur Beausire en el de mi secretario e intérprete —agregó don Manoel.
—¿Cómo es eso? —preguntó Beausire, un poco inquieto.
—No es necesario que yo hable una palabra de francés, puesto que soy monsieur de Souza, y como conozco a ese caballero sé que si habla, lo que es raro, lo hace siempre en portugués, pero vos, monsieur Beausire, que habéis viajado, que tenéis gran experiencia en las transacciones de la nación, que habláis bastante bien el portugués...
—Bastante mal —interrumpió Beausire.
—Bastante bien para que no se os crea un parisién.
—Cierto, pero..., por otra parte —agregó Manoel fijando su mirada en Beausire—, los agentes más útiles perciben los mejores beneficios.
—Seguramente —dijeron los asociados.
—Convenido. Soy el secretario intérprete.
—Hablemos de todo ahora —interrumpió el banquero—. ¿Cómo se repartirá el dinero?
—Muy simplemente —dijo don Manoel—. Nosotros somos doce.
—Sí, doce —dijeron los asociados después de contarse.
—Por docenas entonces —agregó don Manoel, con cierta reserva—, toda vez que algunos entre nosotros recibirán una parte y media; yo, por ejemplo, como padre de la idea y embajador; Beausire, porque ha redondeado el golpe y ha hablado de millones.
Beausire hizo un signo de adhesión.
—Y una parte y media al que venda los diamantes.
—¡Oh —gritaron todos los asociados—, nada de eso! Nada más que media parte.
—¿Por qué? —dijo don Manoel, sorprendido—. Me parece que arriesga mucho.
—Sí —dijo el banquero—, pero obtendrá los tantos por cientos sobre la venta, las primas, las comisiones, que le proporcionarán un pellizco considerable.

Todos se echaron a reír; estas honradas gentes se comprendían de maravilla.
—Entonces, todo está arreglado —dijo Beausire—; mañana concretaremos los detalles, pues ya es tarde.
Él pensaba que Olive seguía sola en el baile, y con aquel dominó azul y su tendencia de alardear de luises de oro, el amante de Nicolasa no las tenía todas consigo.
—No, no; terminemos ahora —dijeron los asociados—. ¿Cuáles serán los detalles?
—Una silla de viaje con las armas De Souza —dijo Beausire.
—Llevará demasiado tiempo pintarlo —dijo don Manoel—, y sobre todo secarse.
—Otro medio, entonces —exclamó Beausire— la silla del embajador se destrozará en el camino y tendrá que tomar la de su secretario.
—¿Tenéis, pues, una silla de manos? —preguntó el portugués.
—La primera que encuentre.
—¿Y vuestras armas?
—Las primeras que encuentre.
—Esto lo simplifica todo. Mucho polvo, mucho barro, sobre todo atrás, donde suelen ir las armas, y el canciller no verá más que el polvo y el barro.
—¿Y los otros componentes de la embajada? —preguntó el banquero.
—Los demás llegarán de noche; es más cómodo para un debut, y vos llegaréis a la mañana siguiente, cuando hayamos preparado lo más importante del plan.
—Muy bien.
—Para un embajador, y también para su secretario, es necesario un ayuda de cámara —dijo don Manoel.
—Señor comendador —dijo el banquero a uno de los pícaros—, vos seréis el ayuda de cámara.
El comendador se inclinó.
—¿Y los fondos para los gastos? —preguntó don Manoel—. Estoy sin blanca.
—Yo tengo dinero —dijo Beausire—, pero es de mi amiga.
—¿Cuánto hay en caja? —preguntaron los asociados.
—Las llaves, señores —dijo el banquero.
Cada uno de los asociados sacó una llavecita que abría un cerrojo de los doce que había, con lo que se cerraba el doble fondo de la mesa, de suerte que en esta honrada sociedad nadie podía abrir la caja sin el permiso de los otros once colegas. Se procedió al arqueo.
—Ciento noventa y ocho luises del fondo de reserva —dijo el banquero, al que habían vigilado.
—Dádnoslos a Beausire y a mí, ¿o creéis que es demasiado? —preguntó don Manoel.
—Dadnos dos tercios, y dejad el tercio para el resto de la embajada —dijo Beausire, con una generosidad que concilió todos los votos.
De esta forma don Manoel y Beausire recibieron ciento treinta y dos luises de oro, y sesenta y seis quedaron para los demás.
Se separaron, conviniendo una entrevista para el día siguiente.
Beausire enrolló su dominó y corrió a la calle Dauphine, donde esperaba encontrar a su amiga Olive con todas sus acreditadas virtudes y sus luises de oro.

XXVII
EL EMBAJADOR

Al día siguiente, al anochecer, un carruaje llegaba por la aduana del Enfer, lo bastante polvoriento y lo bastante embarrado para que nadie pudiera distinguir las armas.
Sus cuatro caballos levantaban chispas del empedrado, y sus postillones acusaban un rango principesco.

La carroza se detuvo delante de un palacio de la mejor apariencia, en la calle de la Jussienne.
En la puerta de ese palacio esperaban dos hombres; uno de ellos, con una postura un poco teatral, para anunciar la ceremonia, y el otro con una vulgar librea, como la que en todos los tiempos han llevado los oficiales de las diferentes administraciones parisienses.
La carroza entró en el palacio, cuyas puertas se cerraron en el acto, desilusionando a los curiosos que se habían agrupado. El sujeto en traje de ceremonia se aproximó respetuosamente a la portezuela, y con una voz un poco temblona, soltó una arenga en un portugués que ni él comprendía.
—¿Quién sois vos? —preguntó, saliendo de la carroza, una voz bronca, en portugués también, pero con acento castizo.
—El indigno canciller de la embajada, Excelencia.
—¿Por qué habláis tan mal nuestra lengua, querido canciller? A ver, señalad el camino.
—Por aquí, monseñor, por aquí.
—¡Qué pobre recepción! —dijo don Manoel, que se hacía el hombre importante, apoyándose en su ayuda de cámara y en su secretario.
—Vuestra Excelencia se dignará perdonarme —pidió el canciller en su pobre portugués—. Hasta las dos de hoy no ha llegado a la embajada el correo de Su Excelencia anunciando su llegada. Yo estaba fuera, monseñor, por asuntos del cargo, y al volver he encontrado la carta de Vuestra Excelencia. Sólo he tenido tiempo de abrir los apartamentos para que se aireasen.
—Bien, bien.
—Es para mí una gran alegría ver a tan ilustre personaje como es nuestro nuevo embajador.
—¡Silencio! No divulguéis nada hasta que las nuevas disposiciones no hayan llegado de Lisboa. Hacedme guiar a mi cámara, pues me siento muy fatigado. Os entenderéis con mi secretario y él os transmitirá mis órdenes.
El canciller se inclinó respetuosamente ante Beausire, quien le devolvió un saludo afectuoso y le dijo, con un aire cortésmente irónico:
—Hablad francés, querido monsieur; os sentiréis más cómodo y yo también.
—Sí, sí —murmuró el canciller—; será mejor, pues os confieso, señor secretario, que mi pronunciación...
—Ya lo veo —repuso Beausire, con aplomo.
—Aprovecharé esta ocasión, señor secretario, ya que os veo tan amable —se apresuró a decir el canciller—, para preguntaros si creéis que monsieur de Souza no querrá oírme destrozar el portugués.
—No lo creo, pero habláis el francés con una gran pureza...
—Sí, es lógico —dijo el canciller, con empaque—, pues soy un parisién de la calle Saint-Honoré.
—Vaya... —dijo Beausire—. ¿Cómo os llamáis? ¿Ducorneau?
—Ducorneau, sí, señor secretario; un nombre que tiene una terminación española, si no yerro. El señor secretario sabía mi nombre, y eso es muy halagüeño.
—Sí, vos sois bien considerado en Lisboa, y por el prestigio de que gozáis no creímos necesario traer otro canciller.
—¡Cuánto os lo agradezco, señor secretario! Qué suerte para mí el nombramiento de monsieur de Souza.
—Me parece que el embajador llama.
—Corramos.

Y corrieron. El señor embajador, gracias a la experiencia de su ayuda de cámara, en un santiamén se quitó el traje de viaje y se puso uno del mejor corte. Un barbero llamado a toda prisa le dejó como nuevo. Algunas cajas y objetos de viaje, aparentemente valiosos, llenaban unas mesas y dos consolas, reflejándose en ellas el fuego de la chimenea.
—Entrad, entrad, señor canciller —dijo el embajador, que acababa de acomodarse en un sillón lleno de cojines delante del fuego.
—¿El señor embajador se molestará si le contesto en francés? —le preguntó el canciller a Beausire.
—No; habladle siempre en vuestro idioma.
Ducorneau presentó sus cumplimientos en francés.
—Esto es sorprendente; habláis admirablemente el francés, monsieur Ducorneau.
«Me cree portugués», pensó el canciller, con alegría, y estrechó la mano de don Manoel.
—Bien —dijo Manoel—, ¿podríamos cenar?
—Ciertamente, sí, Excelencia. El Palais-Royal está a dos pasos de aquí y puede servir una exquisita cena a Vuestra Excelencia.
—Como si fuera para vos, monsieur Ducorneau.
—Sí, monseñor... y yo, si Su Excelencia lo permite, me tomaré la licencia de ofrecerle alguna botella de un vino del país como Su Excelencia no lo encontraría ni en Oporto.
—¿Nuestro canciller tiene una buena bodega? —preguntó Beausire.
—Es mi único lujo —repuso humildemente el buen hombre, en el cual, por primera vez y a la luz de las bujías, Beausire y don Manoel observaron la viveza de su mirada, sus carnosas mejillas y su rojiza nariz.
—Haced lo que creáis mejor, monsieur Ducorneau —dijo el embajador—. Traed vuestro vino y venid a cenar con nosotros.
—Tanto honor...
—Sin etiqueta; hoy soy todavía un viajero. No seré embajador hasta mañana, y entonces hablaremos de negocios.
—Monseñor me permitirá que me arregle un poco.
—Estáis soberbio —dijo Beausire.
—Quedaos como estáis, señor canciller, y dedicad a los preparativos el tiempo que os tomaríais para poneros el traje de gala...
Encantado, Ducorneau abandonó al embajador y echó a correr para beneficiar diez minutos el apetito de Su Excelencia.
Durante este tiempo los tres granujas pasaban revista al mobiliario y a su nuevo reino.
—¿Duerme en el palacio el canciller? —preguntó don Manoel.
—No; el tipo tiene una buena bodega y debe tener en alguna parte una linda modistilla. Es un buen pájaro.
—¿El suizo?
—Habrá que desembarazarse de él.
—Yo me encargo.
—¿Los demás criados del palacio?
—Criados alquilados, que nuestros socios sustituirán mañana.
—¿Qué hay de la cocina?
—Nada. El antiguo embajador no paraba jamás en el palacio. Tenía su casa en la ciudad.
—¿Qué ocurre con la caja fuerte?
—Para la caja fuerte hay que consultar al canciller; eso es delicado.
—Yo me encargo —dijo Beausire—. Somos ya los mejores amigos del mundo.
—Silencio. Aquí viene.

En efecto, Ducorneau regresaba sin aliento. Había hecho el encargo al hostelero de la calle de los Bons-Enfants, había cogido seis botellas de un aspecto respetable y su rostro radiante anunciaba toda suerte de buenas disposiciones. Su buen natural y su diplomacia se combinaban en él para hacer resplandecer lo que los cínicos llaman la fachada humana.
—¿Su Excelencia no bajará al comedor?
—No, no; comeremos en nuestra cámara; una cena íntima, cerca del fuego.
—Monseñor me llena de alegría. He aquí el vino.
—Son topacios —dijo Beausire, elevando uno de los frascos a la altura de las bujías.
—Sentaos, señor canciller, mientras mi ayuda de cámara distribuye los cubiertos.
—¿Qué día llegaron los últimos despachos? —preguntó el embajador.
—La víspera de la partida de Vuestra..., del predecesor de Vuestra Excelencia.
—Bien. ¿La legación está en buen estado?
—Sí, monseñor.
—¿Ningún mal asunto referente al dinero?
—No, que yo sepa.
—Nada de deudas..., y si hay alguna, se paga. Mi predecesor es un gentilhombre y tengo que dejarlo en buen lugar.
—Gracias a Dios, monseñor, no habrá necesidad de ello. Los créditos fueron ordenados hace tres semanas y la mañana misma de la marcha del embajador llegaron cien mil libras.
—¡Cien mil libras! —exclamaron a la vez Beausire y don Manuel, ebrios de alegría.
—En oro —agregó el canciller.
—En oro —repitieron el embajador, el secretario y hasta el ayuda de cámara.
—Entonces —dijo Beausire, reprimiendo su emoción—, en la caja fuerte hay...
—Cien mil trescientas veintiocho libras, señor secretario.
—Es poco —dijo fríamente don Manuel—, pero Su Majestad ha puesto fondos a nuestra disposición. Ya se lo he dicho, querido —agregó, dirigiéndose a Beausire—, que nos harían falta en París.
—Menos mal que en este punto Vuestra Excelencia había tomado sus precauciones —dijo, respetuosamente, Beausire.
Desde esta maravillosa comunicación del canciller, el bienestar de la embajada subió por grados. Una buena cena, con su salmón, sus cangrejos, su carne y sus cremas, contribuyó no poco a aumentar la verborrea del personaje portugués.
Ducorneau, más a sus anchas, comió como diez grandes de España, y enseñó a sus superiores cómo un parisién de la calle Saint-Honoré trataba los vinos de Oporto y de Jerez como los vinos de Brie y de Tonnerre.
Ducorneau bendecía al cielo por haberle enviado un embajador que prefería la lengua francesa a la portuguesa y los vinos portugueses a los vinos de Francia; nadaba en esta deliciosa beatitud que se comunica al cerebro por la satisfacción y la gratitud del estómago, después de una buena comida, cuando monsieur de Souza le ordenó que se fuera a acostar.
Ducorneau se levantó, y con una reverencia muy de canciller se despidió y salió a la calle.
Beausire y don Manoel no habían festejado bastante el vino de la embajada como para sucumbir al sueño en el campo de batalla. Además, el ayuda de cámara debía cenar después que sus amos, operación que el «comendador» cumplió minuciosamente después de las instrucciones del señor embajador y su secretario.
El plan para el día siguiente estaba dispuesto. Los tres asociados hicieron un reconocimiento del palacio después de asegurarse de que el suizo dormía.

XXVIII
BOEHMER Y BOSSANGE

A la mañana siguiente, antes de desayunar y gracias a la actividad de Ducorneau, la embajada había salido de su letargo. Librerías, carteras, escritorios, los caballos relinchando en la cuadra... Todo indicaba la vida allí donde la víspera todavía no se sentía más que la insensibilidad y la parálisis.
Se había esparcido con rapidez el rumor en el distrito de que un gran personaje muy experimentado en negocios había llegado de Portugal aquella noche. Y ese rumor, que debía favorecer a nuestros tres bribones, les resultaba una fuente de sustos cada vez mayores.
En efecto, la policía de Crosne y la de Breteuil tenían orejas muy sensibles, y se guardarían de cerrarlas en un asunto tan singular; tenían también los ojos de Argos, que tampoco se cerrarían cuando se tratase de los señores diplomáticos de Portugal.
Pero don Manoel le hizo ver a Beausire que con audacia impedirían los registros de la policía, si se hacían sospechosos antes de los ocho días; las sospechas no llegarían a ser certidumbre antes de quince, y, por lo tanto, antes de diez días, como término medio, nada estorbaría los planes de la asociación, la cual, para obrar eficazmente, debería terminar sus operaciones antes de los seis días.
Casi no había amanecido cuando dos carruajes de alquiler descargaban el equipaje de los nueve tipos destinados al personal de la embajada.
Fueron instalados rápidamente; mejor dicho: los distribuyó Beausire. Uno junto a la caja fuerte, otro en los archivos, un tercero reemplazó al suizo, al cual Ducorneau despidió porque no sabía portugués. El palacio quedó, pues, en poder de esa patulea que debía evitar la entrada de cualquier intruso.
Naturalmente, la policía es un intruso repelente para los que andan zancadilleando a la ley.
Hacia el mediodía, don Manoel, o sea, De Souza, vestido como era de rigor en un representante de Su Majestad portuguesa, subió en una carroza que Beausire había alquilado por ciento cincuenta libras al mes, pagando quince días adelantados. Se dirigió a la joyería Boehmer y Bossange acompañado de su secretario y su ayuda de cámara.
El canciller recibió la orden de despachar como de costumbre, en ausencia del embajador, todos los asuntos relativos a pasaportes e indemnizaciones, con atención en estos últimos casos de no saldar cuentas más que con el consejo del señor secretario.
Los caballeros querían guardar intacta la cantidad de las cien mil libras, base fundamental de la operación.
Se le dijo al señor embajador que los joyeros de la corona vivían en el muelle de Ecole, donde hicieron su entrada hacia la una de la tarde. El ayuda de cámara llamó discretamente a la puerta del joyero, protegida por macizos cerrojos y tachonada como la puerta de una prisión.
El arte había dispuesto los clavos de manera que formaban dibujos más o menos agradables, pero lo importante era constatar que no había barrena, sierra o lima que pudieran morder un trozo de madera sin romperse un diente en un trozo de hierro.
Un postigo chirrió al abrirse y una voz preguntó al ayuda de cámara quiénes eran.
—El señor embajador de Portugal quiere hablar con Boehmer y Bossange.
Una figura apareció al instante en el primer piso; después se oyeron unos pasos precipitados en la escalera, y la puerta se abrió.
El embajador descendió del carruaje con una noble lentitud.

Beausire se había apeado antes para ofrecer su brazo a Su Excelencia.
El hombre que avanzaba con tanto apresuramiento para recibir a los dos portugueses era el mismo Boehmer, quien al oír que se detenía un carruaje miró por los cristales, y al oír la palabra «embajador» se lanzó por las escaleras para no hacer esperar a Su Excelencia.
El joyero se confundió en excusas mientras el embajador avanzaba hacia él.
Beausire notó que detrás de ellos, una vieja y corpulenta sirvienta corría cerrojos y pasaba llaves, pues era un lujo de cerraduras lo que defendía la puerta de la calle.
Beausire observaba todo esto con mucha atención, cuando Boehmer le dijo:
—Monsieur, perdonad, pero estamos tan expuestos en nuestra desgraciada profesión que todas las precauciones son pocas.
El embajador escuchaba impasible, y Boehmer le repitió la explicación que mereció una sonrisa de Beausire. Pero el embajador siguió sin pestañear.
—Perdonad, señor embajador —dijo Boehmer, desconcertado.
—Su Excelencia no habla el francés —dijo Beausire—, y no puede entenderos, monsieur, pero yo le voy a traducir vuestras excusas..., a no ser que vos, monsieur, habléis el portugués.
—No, monsieur, no lo conozco.
—Yo le hablaré por vos.
Y Beausire farfulló algunas palabras portuguesas al embajador, quien le contestó en el más diáfano portugués.
—Su Excelencia, el señor conde de Souza, embajador de Su Majestad Muy Fiel, acepta vuestras excusas, monsieur, y me encarga que os pregunte si es verdad que tenéis todavía en vuestro poder cierto collar de diamantes.
Boehmer levantó la cabeza y miró a Beausire como hombre que sabe calibrar a los clientes.
Beausire sostuvo su mirada con el más irreprochable aplomo.
—¿Un collar de diamantes? —dijo lentamente Boehmer—. ¿Un collar muy hermoso?
—El que ofrecisteis a la reina de Francia —agregó Beausire—, y del cual Su Majestad Muy Fiel ha oído hablar.
—Monsieur —dijo Boehmer—, ¿sois oficial del señor embajador?
—Su secretario particular.
El embajador se había sentado, siempre con su aire de gran monsieur, y miraba las pinturas de los paneles de una bonita habitación que daba al muelle.
Un hermoso sol hacía brillar el Sena, y los primeros álamos mostraban sus primeros renuevos de un verde tierno por encima de las aguas, altas todavía y amarillas por el deshielo.
Don Manoel pasó del examen de las pinturas al del paisaje.
—Monsieur —dijo Beausire—, me parece que no habéis entendido una palabra de lo que os he dicho.
—¿Cómo es eso, monsieur? —respondió Boehmer, un poco aturdido.
—Es que veo que Su Excelencia se impacienta, monsieur joyero.
—Perdón —dijo Boehmer, enrojeciendo—, yo no puedo enseñar el collar sin estar presente mi socio.
—Pues haced venir a vuestro socio.
Don Manoel se aproximó, y con un aire glacial que le prestaba cierta majestad, comenzó en portugués una alocución que hizo curvar varias veces, y respetuosamente, la cabeza de Beausire.
Después se volvió de espaldas y siguió su contemplación del paisaje a través de los cristales.

—Su Excelencia me dice, monsieur, que hace ya diez minutos que espera, y que no tiene costumbre de esperar en ninguna otra parte, ni siquiera en el palacio real.
Boehmer se inclinó, cogió el cordón de una campanilla y tiró de ella. Poco después otro caballero entró en la cámara. Era Bossange, el socio de Boehmer, quien le puso al corriente en dos palabras. Bossange dirigió una mirada a los dos portugueses y acabó por pedir a Boehmer su llave para abrir el cofre fuerte.
«Me parece que estas honradas gentes —pensó Beausire— toman tantas precauciones los unos respecto a los otros como los ladrones.»
Diez minutos después, Bossange volvió con un cofrecillo en la mano izquierda, y su mano derecha la escondía bajo el traje. Beausire notó el relieve de dos pistolas.
—Podemos tener buen aspecto —dijo don Manoel, gravemente, en portugués—, pero estos mercaderes nos toman más bien por granujas que por embajadores.
Y miró fijamente a los joyeros para ver si había en el rostro de cada uno la menor emoción, en el caso de que hubieran comprendido el portugués; pero nada, nada...
Lo único que apareció fue un collar de diamantes tan maravillosamente bello que su brillo deslumbraba. Pusieron el cofrecillo en las manos de don Manoel, que, repentinamente, exclamó con cólera, dirigiéndose a su secretario:
—Monsieur, decid a estos tipejos que han abusado de la licencia que tiene un mercader. Me enseñan una falsificación cuando yo pido diamantes. Decidles que me quejaré al ministro de Francia y que en nombre de Su Majestad la reina haré arrojar a la Bastilla a los indeseables que se burlan de un embajador de Portugal.
Diciendo estas palabras, arrojó el cofrecillo sobre el escritorio. Beausire no tuvo necesidad de traducir sus palabras, Boehmer y Bossange se confundieron en excusas, diciendo que en Francia se mostraban modelos de diamantes para satisfacer a las honradas gentes y para no tentar a los ladrones.
Monsieur de Souza hizo un ademán de indignación y marchó hacia la puerta ante los ojos de los angustiados mercaderes.
—Su Excelencia me encarga deciros —prosiguió Beausire— que es lamentable que gentes que ostentan el título de joyeros de la corona de Francia no sepan distinguir a un embajador de un miserable, y Su Excelencia me dice que le despida.
Boehmer y Bossange cruzaron una mirada y se inclinaron, presentando de nuevo sus respetos.
Monsieur de Souza les obligó a apartarse y salió.
Los mercaderes, decididamente preocupados, se inclinaron hasta tocarse casi las rodillas con la cabeza.
Beausire siguió con altivez a su superior.
La vieja abrió los cerrojos de la puerta.
—¡Al palacio de la embajada, calle de la Jussienne! —gritó Beausire al ayuda de cámara.
—¡Al palacio de la embajada, calle de la Jussienne! —gritó el lacayo al cochero.
Boehmer lo oyó a través del postigo.
—Negocio fracasado —gruñó el lacayo.
—Negocio hecho —dijo Beausire—. Dentro de una hora estos idiotas estarán en la embajada.
La carroza arrancó como si tirasen de ella ocho caballos.

XXIX
LA EMBAJADA

Al volver al palacio de la embajada, los señores encontraron a Ducorneau que almorzaba tranquilamente en su oficina. Beausire le rogó que subiera a las habitaciones del embajador y le dijo:
—Vos comprenderéis, mi querido canciller, que un caballero como monsieur de Souza no es un embajador ordinario.
—Ya me he dado cuenta —dijo el canciller.
—Su Excelencia quiere ocupar un lugar distinguido en París, entre los ricos y las gentes de gusto, y la estancia de este mezquino palacio de la calle de la Jussienne le es insoportable. Por lo tanto, tendréis que buscar una residencia particular para monsieur de Souza.
—Esto complicará las relaciones diplomáticas; tendremos que ir de un lado a otro cuando haya recepciones.
—Bah, Su Excelencia pondrá una carroza a vuestro servicio, querido monsieur Ducorneau —respondió Beausire.
Ducorneau creyó que iba a desvanecerse de alegría.
—¿Una carroza para mí?
—Es lamentable que no la hayáis tenido siempre. Un canciller de prestigio debe tener su carroza, pero hablaremos de este detalle en el momento oportuno. Ahora demos cuenta al señor embajador del estado de los asuntos extranjeros. ¿Dónde está la caja fuerte?
—Arriba, monsieur, en el apartamento del señor embajador.
—¿Tan lejos de vos?
—Medidas de seguridad, monsieur; los ladrones tienen más trabajo para entrar en el primer piso que en el que da a la calle.
—¿Los ladrones? —dijo desdeñosamente Beausire—. Para una cantidad tan pequeña.
—¡Cien mil libras! —dijo Ducorneau—. Caramba, ya se ve que monsieur de Souza es rico. No hay cien mil libras en ninguna caja fuerte de embajada.
—¿Queréis que hagamos un arqueo? —dijo Beausire—. Tengo prisa por volver a mis asuntos.
—Al instante, monsieur —dijo Ducorneau.
Las cien mil libras aparecieron en hermosas piezas, la mitad en oro, la otra mitad en plata.
Ducorneau ofreció su llave, que Beausire miró detenidamente como si admirase el ingenio del cerrajero, y tomó hábilmente la impresión de la llave con la cera que tenía dispuesta, sin que se diese cuenta el canciller, al cual se la devolvió diciéndole:
—Monsieur Ducorneau, está mejor en vuestras manos que en las mías; pasemos a las habitaciones del señor embajador.
Lo encontraron ensimismado repasando una hoja llena de cifras.
—¿Conocéis la cifra de la antigua correspondencia? —preguntó al canciller.
—No, Excelencia.
—Quiero que de aquí en adelante la sepáis, pues así me ahorraréis que yo resuelva muchos detalles enojosos. A propósito, ¿la caja fuerte? —preguntó a Beausire.
—En perfecto estado, como todo lo que depende del señor canciller —aseguró Beausire.
—¿Las cien mil libras?
—Líquidas, monsieur.
—Sentaos, monsieur Ducorneau; vais a darme unos datos.
—A las órdenes de Vuestra Excelencia —dijo el canciller.
—He aquí el asunto: negocio de Estado, monsieur Ducorneau.
—Soy todo oídos, monseñor.
—Asunto grave, y necesito que me asesoréis. ¿Hay en París joyeros que sean honrados?
—Boehmer y Bossange son los joyeros de la casa real —dijo el canciller.

—Precisamente son los que no quiero tratar —dijo el embajador—. Acabo de romper toda relación con ellos.
—¿Han disgustado a Vuestra Excelencia?
—Gravemente, monsieur Ducorneau, gravemente.
—Si me perdonáis, yo me atrevería...
—Atreveos.
—Os preguntaría cómo esa casa, que goza de tanta reputación...
—Son verdaderos judíos, monsieur Ducorneau, y sus indignos procedimientos han hecho que perdieran más de un millón, quizá dos.
—¡Oh! —exclamó Ducorneau.
—Enviado por Su Majestad Muy Fiel, yo debía negociar un collar de diamantes.
—Sí, el famoso collar que encargó el difunto rey para la condesa du Barry; ya sé, ya sé.
—Sois admirable; lo sabéis todo. Pues se me encargó que comprase ese collar, pero con lo que ha ocurrido, es forzoso renunciar.
—¿Queréis que yo intervenga?
—Monsieur Ducorneau...
—Con diplomacia, monsieur, con mucha diplomacia.
—Sería posible, si conocieseis a esas gentes.
—Bossange es un lejano primo mío, oriundo como yo de Bretaña.
Los dos portugueses se miraron, como si se dispusieran a poner en juego su ingenio, interrumpiéndoles uno de los criados al abrir la puerta y anunciar:
—Los señores Boehmer y Bossange.
El embajador se levantó indignado y exclamó:
—Despedid a esa gente.
El criado se disponía a obedecer, pero lo detuvo el embajador diciendo:
—No, echadles vos mismo, señor secretario.
—Por Dios —suplicó Ducorneau—, dejadme cumplir la orden de monseñor; yo la suavizaré, puesto que no puedo eludirla.
—Hacedlo, si así os parece mejor —dijo fríamente Su Excelencia.
Beausire se le acercó en el momento en que Ducorneau salía con precipitación.
—¡Horror! El negocio va a fracasar —exclamó el embajador.
—No. Ducorneau va a ver si lo arregla.
—Lo va a embrollar ese desgraciado. Hemos hablado en portugués en casa de los joyeros, y vos les habéis dicho que yo no entiendo una palabra en francés. Ducorneau meterá la pata hasta los orejones.
—Corro allí.
—El asunto peligra, Beausire.
—Veréis que no; dadme plenos poderes.
Ducorneau encontró abajo a Boehmer y Bossange, cuyo aspecto, una vez en la embajada, ya no era cortés, sino confiado. No esperaban encontrar un rostro conocido al llegar al vestíbulo del palacio, pero al ver a Ducorneau, Bossange exclamó, sorprendido y entusiasmado:
—¿Vos aquí?
Y se le acercó para abrazarle.
—Sois muy amable —dijo Ducorneau—. Reconocéis a vuestro primo. ¿Será porque estoy en una embajada?
—Quizá sí —dijo Bossange—, y si hemos estado algo distanciados, perdonádmelo y os ruego que me prestéis un servicio.
—Vengo con ese fin.
—Oh, gracias. ¿Os relacionáis con la embajada?

—Claro.
—Un dato.
—¿Cuál y sobre qué?
—Sobre la embajada.
—Soy el canciller.
—¡Oh, de maravilla! Nosotros acabamos de hablar con el embajador.
—Vengo de su parte.
—¿De su parte? ¿Para decirnos...?
—Os ruega que salgáis en seguida de su palacio, cuanto antes, señores.
Los joyeros se miraron apenados.
—Ya que —dijo Ducorneau, con altivez— habéis sido poco corteses y parece que poco serios.
—Escuchadnos.
—Es inútil —les interrumpió Beausire, que apareció, rígido y desdeñoso, en la puerta—. Monsieur Ducorneau, Su Excelencia os ha dicho que despidáis a estos señores.
—Señor secretario...
—Obedeced —dijo Beausire, secamente—. Haced lo que se os ordena —y desapareció.
El canciller tomó a su pariente por el hombro derecho, al socio de su familiar por el izquierdo, y los dejó amablemente fuera.
—Ya lo veis —dijo—; es un negocio fracasado.
—Estos extranjeros son tan susceptibles —murmuró Boehmer, que era alemán.
—Cuando uno se llama De Souza y se tiene novecientas mil libras de renta, mi querido primo —dijo el canciller—, se tiene el derecho de ser lo que se quiere.
—¡Ah! —suspiró Bossange—, ya os lo había dicho, Boehmer, que sois demasiado precipitado con los negocios.
—Muy bien —repuso el testarudo alemán—; si nosotros no tenemos su dinero, tampoco él tendrá nuestro collar.
Se acercó a la puerta de la calle y Ducorneau le dijo, riendo:
—¿Sabéis lo que es un portugués? ¿Sabéis lo que es un embajador, vos que sois tan burgués? ¿No? Pues voy a decíroslo. Un embajador favorito de una reina, Potemkin, todos los años, el día primero de enero, compraba para la reina un cesto de cerezas que costaba cien mil escudos, a mil libras la cereza; es bonito, ¿verdad? ¡Pues monsieur de Souza comprará las minas del Brasil para encontrar un diamante tan grande como todos los vuestros! Eso le costará veinte años de su renta, veinte millones, ¿pero qué le importa? El no tiene hijos. He ahí todo.
Y cerró la puerta cuando Bossange, retrocediendo, le dijo:
—Arreglad eso, y vos tendréis...
—Aquí se es incorruptible —replicó Ducorneau.
Aquella misma noche el embajador recibió la siguiente carta:
«Monseñor:
»Un hombre que espera vuestras órdenes y que desea presentaros las excusas respetuosas de vuestros humildes servidores está en la puerta de vuestro palacio; a una señal de Vuestra Excelencia depositará en las manos de uno de vuestros servidores el collar que felizmente consiguió atraer vuestra atención.
«Dignaos recibir, monseñor, la seguridad del más profundo respeto, etc. etc.
«Boehmer y Bossange.»
—Muy bien —dijo el embajador al terminar la lectura—. El collar es nuestro.
—No, no —dijo Beausire—. Sólo será nuestro cuando lo hayamos comprado. Por lo tanto, hagámoslo.
—¿Cómo?

—Vuestra Excelencia no sabe francés; eso es lo convenido. En primer lugar, desembaracémonos del canciller.
—¿Cómo?
—De la forma más simple: le daremos una misión diplomática importante; yo me encargo de ello.
—Estáis equivocado; él es aquí nuestra garantía.
—El dirá que habláis francés como Bossange y yo.
—No lo dirá; le pediré que no lo diga.
—Pues que se quede. Haced entrar al hombre de los diamantes.
El hombre fue introducido, y era Boehmer, quien hizo las más profundas gentilezas y dio las excusas más fervorosas.
Después presentó los diamantes e hizo el gesto de dejarlos para que los examinasen.
El embajador le retuvo.
—Esta prueba es suficiente —le dijo Beausire—. No sois un mercader desconfiado. Sentaos aquí y hablemos, puesto que el señor embajador os perdona.
—¡Qué difícil es vender! —suspiró Boehmer.
«Qué difícil es robar», pensó Beausire.

XXX
LA COMPRA

Entonces, el señor embajador consintió en examinar el collar con todo detalle.
Boehmer mostró cada pieza e hizo resaltar la menor de sus perfecciones.
—Sobre el conjunto de estas piedras —dijo Beausire, a quien Su Excelencia acababa de hablar en portugués—, el señor embajador no tiene nada que objetar; el conjunto es satisfactorio. En cuanto a los diamantes, ya no es lo mismo. Su Excelencia ha notado que hay diez un poco imperfectos.
—Oh... —dijo Boehmer—. Su Excelencia...
—Su Excelencia —interrumpió Beausire— es mejor conocedor que vos en diamantes; los nobles portugueses jugaban con diamantes en el Brasil como aquí los niños con el vidrio.
En efecto, el embajador puso el dedo sobre varios diamantes, uno después de otro, e hizo notar con admirable seguridad sus imperceptibles defectos y que quizá un conocedor no habría descubierto.
—Sin embargo, este collar —dijo Boehmer, un poco sorprendido al ver a un tan gran señor convertido en un sagaz joyero—, tal como lo ve, es la más bella reunión de diamantes que hay en este momento en toda Europa.
—Eso es verdad —repuso el embajador al traducirle Beausire lo que acababa de decir Boehmer.
—Y bien, monsieur Boehmer —intervino Beausire—, he aquí de qué se trata: Su Majestad la reina de Portugal ha oído hablar del collar, y ha encargado a Su Excelencia negociar este asunto después de que haya visto los diamantes. Los diamantes satisfacen a Su Excelencia. ¿En cuánto queréis vender este collar?
—En seiscientas mil libras.
Beausire repitió la cifra a su embajador, quien contestó:
—Habría que rebajar cien mil libras para que su precio fuera justo.
—Monseñor —dijo el joyero—, no se pueden evaluar los beneficios de un modo justo con un collar de tanta importancia. Conseguir una filigrana de ese mérito exige consultar, averiguaciones y viajes que Sus Excelencias no se pueden imaginar.
—Esas cien mil libras de más lo encarecen —repitió el tenaz portugués.

—Cuando monseñor dice eso —dijo Beausire— es porque está seguro, porque Su Excelencia no regatea jamás.
Pareció que Boehmer se ablandaba. Nada asegura más a los comerciantes desconfiados como un comprador que regatea.
—Yo no podría —dijo, después de un momento de duda— suscribir ese precio sin tratarlo con mi socio.
El embajador escuchó la traducción de Beausire y se levantó. Beausire cerró el cofrecillo y se lo entregó a Boehmer, quien dijo:
—Hablaré de su ofrecimiento con Bossange, si Su Excelencia lo consiente.
—¿Qué queréis decirle? —preguntó Beausire.
—Que el señor embajador parece haber ofrecido quinientas mil libras.
—Sí.
—¿Su Excelencia mantiene ese precio?
—Su Excelencia tiene una sola palabra —contestó, con petulancia, Beausire—, pero Su Excelencia no da un paso adelante si ve que se le obliga a regatear.
—Señor secretario, ¿no comprendéis que debo hablar con mi socio?
—Perfectamente, monsieur Boehmer.
—Perfectamente —repuso en portugués el embajador, a quien Beausire le había repetido la frase de Boehmer—, pero necesito una respuesta rápida y concreta.
—Monseñor, si mi socio acepta esa rebaja, yo la acepto de antemano.
—Muy bien.
—El precio es, pues, de quinientas mil libras.
—Eso.
—No hay más que decir —dijo Boehmer—, salvo la conformidad de Bossange.
—Está bien.
—Y también el modo de pago.
—No tendréis la menor dificultad —dijo Beausire—. ¿Cómo queréis ser pagado?
—Pues —dijo Boehmer, riendo—, si es posible, al contado.
—¿Qué es lo que llamáis al contado? —dijo Beausire, fríamente.
—Sé muy bien que nadie tiene un millón y medio en dinero efectivo —admitió Boehmer, suspirando—. Sin embargo, señor secretario, comprenderéis que debe mediar un adelanto en efectivo.
—Muy justo —reconoció Beausire, y le preguntó a su compinche—: ¿Cuánto adelantaría Su Excelencia en dinero efectivo?
—Cien mil libras —dijo el portugués.
—Cien mil libras —dijo Beausire a Boehmer— a la firma del acuerdo.
—¿Y el resto? —dijo Boehmer.
—El tiempo que necesita una letra de cambio enviada de París a Lisboa por monseñor.
—Ah —dijo Boehmer—, nosotros tenemos un corresponsal en Lisboa; escribiéndole...
—Eso es —dijo Beausire, riendo irónicamente—; escribidle preguntándole si monsieur de Souza es solvente, y si Su Majestad la reina tiene crédito por cuatrocientas mil libras.
—Monsieur —dijo Boehmer, confuso—. ¿Aceptáis o preferís otras condiciones? Las que el señor secretario ha propuesto me parecen aceptables. ¿Y respecto a los vencimientos de los pagos?
—Habrá tres vencimientos, monsieur Boehmer; cada uno de quinientas mil libras, y el negocio será para vos un viaje interesante.
—¿Un viaje a Lisboa?
—¿Por qué no? Tocar un millón y medio en tres meses, ¿no merece que uno se moleste un poco?
—Sin duda, pero...

—Por otro lado, viajaréis con los gastos pagados por la embajada y yo o el señor canciller os acompañará.
—¿Yo llevaré los diamantes?
—Sin duda, a menos que prefiráis enviar aquí la factura y dejar que los diamantes vayan solos a Portugal.
—Yo no sé...; creo que... el viaje sería útil, y que...
—Esa es también mi opinión —dijo Beausire—. Se firmará aquí. Recibiréis vuestras cien mil libras, firmaréis la venta y llevaréis los diamantes a Su Majestad. ¿Quién es vuestro corresponsal?
—Los hermanos Núñez Balboa.
El embajador precisó con una sonrisa:
—Son mis banqueros.
—Son los banqueros de Su Excelencia —dijo Beausire, sonriendo también.
Boehmer pareció radiante; ya no le quedaba la menor duda, y se inclinó con un ademán de agradecimiento, pero una reflexión le detuvo.
—¿Qué pasa? —preguntó Beausire, inquieto.
—La palabra está dada —dijo Boehmer.
—Sí, dada.
—Salvo...
—Salvo la ratificación de Bossange; es lo que hemos convenido.
—Salvo otra cuestión —agregó Boehmer.
—¿Cuál?
—Monsieur, esto es muy delicado, y el honor del hombre portugués un sentimiento demasiado poderoso para que Su Excelencia no comprenda mi pensamiento.
—¡Cuántos rodeos! Hablad.
—El collar ha sido ofrecido a la reina de Francia.
—Que lo ha rehusado. ¿Y...?
—Nosotros no podemos dejar salir de Francia el collar sin comunicárselo a la reina; el respeto y la lealtad exigen que demos la preferencia a Su Majestad la reina.
—Me parece justo —dijo el embajador, con dignidad—. Desearía que un comerciante portugués hablase como monsieur Boehmer.
—Me siento feliz y orgulloso de la aprobación de Su Excelencia. He aquí, pues, los dos casos previstos: ratificación de las condiciones por Bossange, y la conformidad de Su Majestad la reina de Francia. Os pido para esto tres días.
—Por nuestra parte —dijo Beausire—, cien mil libras y tres plazos de quinientas mil libras puestas en vuestras manos. El cofrecillo de diamantes remitido al señor canciller de la embajada o a mí y dispuesto a acompañaros a Lisboa, presentándoos a Núñez Balboa, hermanos. Pago total en tres meses y sin gastos de viajes.
—Sí, monseñor; sí, monsieur —dijo Boehmer, haciendo reverencias.
—¡Ah! —atajó el embajador en portugués.
—¿Qué ocurre? —dijo Boehmer, inquieto y volviéndose.
—Como regalo —dijo el embajador—, una sortija de mil pistolas para mi secretario, o para mi canciller.
—Es muy justo, monseñor —murmuró Boehmer—, y yo ya lo había pensado.
El embajador despidió al joyero con un ademán de gran señor.
—Explicadme —dijo el portugués al quedar solo con Beausire—: ¿por qué diablos no habéis hecho enviar aquí los diamantes? ¡Un viaje a Portugal! ¿Estáis loco? ¿No se podía dar a estos joyeros su dinero y coger los diamantes?
—Tomáis demasiado en serio vuestro papel de embajador —replicó Beausire—. Vos no sois todavía De Souza para Boehmer.

—¡Venga, venga! ¿Habrían hecho el trato si tuvieran sospechas?
—Como queráis, pero no habría trato. Todo hombre que posee quinientas mil libras se cree por encima de todos los reyes y de todos los embajadores del mundo. El hombre que cambia quinientas mil libras contra unos trozos de papel quiere saber si estos papeles valen algo.
—Entonces, id vos a Portugal, vos, que no sabéis el portugués... Os digo que estáis loco.
—No del todo. Iréis vos mismo.
—¡Oh, no! —gritó don Manoel—. ¿Regresar a Portugal? Tengo mis razones para no ir. ¡Nunca!
—Yo os digo que Boehmer nunca habría dado sus diamantes contra unos papeles.
—Papeles firmados por De Souza.
—¡Cuando yo digo que vos os creéis un De Souza! —gritó Beausire.
—Prefiero saber que el negocio ha fracasado —replicó el embajador.
—Por nada del mundo. Venid aquí, señor comendador —dijo Beausire al ayuda de cámara, que había aparecido en el umbral—. Vos sabéis de qué se trata, ¿no es así?
—Sí.
—¿Habéis escuchado?
—Sí.
—Muy bien. ¿Creéis que yo he hecho una tontería?
—Creo que vos tenéis cien mil veces razón.
—Decid por qué.
—Boehmer no hubiera cesado de hacer vigilar el palacio de la embajada y al embajador.
—¿Y bien? —dijo don Manoel.
—Teniendo su dinero en la mano, Boehmer no tendrá ninguna sospecha y partirá tranquilamente para Portugal.
—No iremos hasta allá, señor embajador —le dijo el ayuda de cámara—. ¿No es así, caballero Beausire?
—He aquí un muchacho inteligente —dijo el amante de Olive.
—Decid vuestro plan —contestó con indiferencia el embajador.
—A cincuenta leguas de París —dijo Beausire—, este hombre animoso, con una máscara en el rostro, enseñará una o dos pistolas a nuestro postillón; nos robará nuestros tratados y nuestros diamantes y molerá a palos a Boehmer. Todo estará resuelto.
—Yo no lo veo así —dijo el ayuda de cámara—. Yo veo a Beausire y a Boehmer embarcando en Bayona para Portugal.
—Muy bien.
—Boehmer, como todos los alemanes, ama el mar y se pasea por el puente. Un día de mar gruesa se inclina sobre la borda y cae. Se dice que el cofrecillo ha caído con él; eso es todo. ¿Por qué el mar no guardaría quinientas mil libras de diamantes cuando ha guardado tan bien los galeones de las Indias?
—Ahora comprendo —dijo el portugués.
—Gracias a Dios —gruñó Beausire.
—Sólo que por haberse «traspapelado» unos diamantes le encierran a uno en la Bastilla, y por haber hecho mirar el mar al señor joyero, te ahorcan.
—Por haber robado los diamantes le detienen a uno —dijo el comendador—, y por haber hecho desaparecer a ese hombre no se puede ser sospechoso más que un minuto.
—Veremos lo que ocurre cuando estemos allá —replicó Beausire—. Ahora a nuestros papeles. Hagamos marchar la embajada como portugueses modelo, para que digan «si no eran verdaderos embajadores, lo parecían». Esto siempre halaga. Esperemos los tres días.

XXXI
LA CASA DEL GACETILLERO

Era la mañana siguiente del día en que los portugueses habían formalizado su negocio con Boehmer, y tres días después del baile de la Ópera, al cual hemos visto asistir a algunos de los principales personajes de esta historia.
En la calle Montorgueil, en el fondo de un patio cerrado por una verja, había una casita de humilde aspecto, defendida del ruido de la calle por contraventanas que recordaban la construcción típica de provincias.
En el fondo de este patio aparecía una tienda, abierta a medias a los que habían franqueado la verja y atravesado el patio.
Era la casa de un periodista muy nombrado, de un gacetillero, como se les llamaba entonces. El redactor vivía en el primer piso. Los bajos servían de almacén para las ediciones de la Gaceta, numerado cada ejemplar. Los otros dos pisos pertenecían a gentes pacíficas y que pagaban bastante caro la desgracia de asistir varias veces al año a ruidosas escenas hechas al gacetillero por agentes de la policía, por particulares ofendidos o por actores tratados como ilotas9.
Esos días los inquilinos de la casa de La Grille, como se la llamaba en el distrito, se apostaban tras las ventanas de la fachada a fin de acechar lo que ocurría y oír mejor los aullidos del gacetillero, el cual perseguido, solía refugiarse en la calle de los Vieux-Augustins, huyendo por una salida que comunicaba con su habitación.
Una puerta se abría, se cerraba, y el ruido concluía. El hombre amenazado había desaparecido; los asaltantes se encontraban solos frente a cuatro fusileros de los guardias franceses, que una vieja criada había corrido a requerir al puesto de la Halle.
Ocurría muchas veces que los asaltantes, no encontrando a nadie en quien descargar su cólera, sacaban del almacén los papelotes, húmedos aún de la impresión, y los rompían, los pisoteaban, si por desgracia había fuego cerca, destruyendo la mayor cantidad posible de papeles culpables.
¿Pero qué era un trozo de gaceta para una venganza que reclamaba trozos de piel de gacetillero? Aparte de estas escenas, la tranquilidad de la casa de La Grille era proverbial.
Reteau salía por la mañana, hacía su ronda por los muelles, las plazas y los bulevares. Acechaba las escenas cómicas, los vicios, y los anotaba, los retrataba al vivo y los imprimía en su próximo número.
El periódico era hebdomadario, o sea, que durante cuatro días monsieur Reteau cazaba el artículo, lo hacía imprimir en los tres siguientes, y así llegaba oportunamente el día de la publicación del número.
La hoja acababa de aparecer el día de que nosotros hablamos setenta y dos horas después del baile de la Ópera, en el que mademoiselle Olive había disfrutado tanto del brazo del dominó azul.
Reteau se había levantado a las ocho, recibiendo de su vieja criada el número del día, todavía oliendo a tinta.
Se apresuró a leer el número con el cuidado que un padre lleno de ternura emplea en pasar revista a las cualidades o a los defectos de su querido hijo.
Después, y cuando hubo terminado, le dijo a la vieja:
—Aldegonde, éste sí que es un bonito número; ¿lo habéis leído?
—Cuando termine la sopa lo leeré.
—Estoy contento de este número —dijo el gacetillero, levantando sobre su delgado colchón sus brazos, todavía más delgados.
—Sí —repuso Aldegonde—, ¿pero sabéis lo que se dice en la imprenta?

—¿Qué se dice?
—Que esta vez no podréis libraros de la Bastilla.
Reteau se sentó en el lecho y con voz tranquila dijo:
—Aldegonde, hacedme una buena sopa y no os mezcléis en literatura.
—¡Siempre lo mismo! —replicó la vieja—. Temerario como un gorrión en libertad.
—Os compraré unos pendientes con los beneficios del número de hoy —le dijo el gacetillero, envuelto en una sábana de una blancura sospechosa—. ¿Han venido a comprar muchos ejemplares?
—Ninguno, y mis pendientes no serán lo bastante relucientes si esto continúa. Os acordaréis de aquel buen número contra monsieur de Broglie; no eran las diez y ya se habían vendido cien números.
—Y yo había cruzado tres veces la calle de los Vieux-Augustins. Cada ruido me daba fiebre; esos militares son muy brutos.
—Por eso yo creo que el número de hoy no dará lo que dio el que dedicasteis a Broglie.
—Quizá —dijo Reteau—, pero no tendré que correr tanto y comeré tranquilamente mi sopa. ¿Sabéis por qué, Aldegonde?
—No lo sé, monsieur.
—Porque en lugar de atacar a un hombre, ataco una institución; en lugar de atacar a un militar, ataco a una reina.
—¿A la reina? Alabado sea Dios —murmuró la vieja—. Entonces, no temáis nada; si atacáis a la reina, seréis llevado en triunfo; vamos a vender muchos números y yo tendré mis pendientes.
—Llaman —dijo Reteau, volviendo a meterse en la cama.
La vieja fue a la tienda para recibir la visita.
Poco después volvió a subir, tartamudeando de alegría.
—¡Mil ejemplares! Mil de un golpe. Ved aquí el pedido.
—¿A qué nombre?
—No sé.
—Es preciso saberlo; corred a ver.
—Tenemos tiempo. Supone trabajo contar, empaquetar y cargar mil números.
—Corred, os digo, y preguntad al criado... ¿Es un criado?
—Es un comisionado, un auvernés.
—Bueno, preguntadle adonde va a llevar esos números.
Aldegonde obedeció en el acto. Sus gordas piernas hicieron gemir la escalera de madera, y su voz, mientras preguntaba, no cesó de resonar a través de las paredes de tablas. El comisionado contestó que llevaba aquellos números a la calle Neuve-Saint-Gilles, a Marais, casa del conde de Cagliostro.
El gacetillero dio tal salto de júbilo que estuvo a punto de reventar el catre. Se levantó y activó él mismo el encargo, ayudando al único dependiente, una especie de sombra famélica, más transparente que las hojas impresas. Los mil ejemplares fueron cargados sobre las espaldas del auvernés, el cual desapareció por la verja, doblado bajo el peso.
Monsieur Reteau se disponía a anotar para el próximo número el éxito de éste y a consagrar algunas líneas al generoso monsieur que había tenido la bondad de adquirir mil números de una publicación pretendidamente política. Reteau, decíamos, se felicitaba por haber hecho un conocimiento tan ventajoso cuando un nuevo campanillazo vibró en el patio.
—Seguramente otros mil ejemplares —dijo Aldegonde, embriagada por el primer éxito—. Monsieur, esto no es extraño; en el momento en que se trata de la austriaca, todo el mundo os hará coro.

—Silencio, silencio, Aldegonde. No habléis tan alto de la austriaca; es una injuria que me valdría la Bastilla que me habéis anunciado.
—¿Y qué? —dijo agriamente la vieja—. ¿Es o no es la austriaca?
—Esa es una palabra que los periodistas hemos puesto en circulación, pero que no se debe prodigar.
Volvió a sonar de nuevo la campanilla.
—Id a ver, Aldegonde; no creo que vengan a comprar más ejemplares.
—¿Qué es lo que os hace creer eso?
—No sé, pero me parece que veo a un hombre de aspecto lúgubre en la verja.
Aldegonde terminó de bajar y se dispuso a abrir.
Reteau miraba con una atención que se comprenderá después de nuestra descripción del personaje y de su oficina.
Aldegonde vio a un hombre vestido con sencillez y que preguntó si encontraría en su casa al redactor de la gaceta.
—¿Qué queréis de él? —preguntó Aldegonde, con cierta desconfianza.
Y entreabrió la puerta, dispuesta a cerrarla al primer síntoma de peligro.
El hombre hizo tintinear unos escudos en su bolsillo, lo que ensanchó el corazón de la vieja.
—Vengo a pagar los mil ejemplares de la gaceta de hoy, que han venido a buscar de parte del señor conde de Cagliostro.
—Si es así, entrad.
El hombre cruzó la verja, pero no había tenido tiempo de cerrarla cuando detrás de él otro visitante, joven y esbelto y de bella apariencia, sujetó la cancela, diciendo:
—Perdón, monsieur.
Y sin pedir permiso, se deslizó detrás del pagador enviado por el conde de Cagliostro.
Aldegonde, entusiasmada por la ganancia, fascinada por el sonido de los escudos, llegaba entonces adonde estaba su dueño.
—Vamos, vamos; todo va bien. He aquí las quinientas libras del señor de los mil ejemplares.
—Recibámoslas noblemente —dijo Reteau, parodiando a De Larive en su más reciente creación.
Y se envolvió en su bata bastante bonita, gracias a la generosidad, o más bien al terror, de la Dugazon, a la cual, después de su aventura con Astley, el gacetillero arrancaba un regalo tras otro.
El pagador del conde de Cagliostro se presentó, sacó un saquito de escudos de seis libras y contó hasta ciento, que dividió en doce pilas.
Reteau contaba también escrupulosamente y miraba si las monedas eran de ley. Una vez comprobado todo, dio las gracias, firmó el recibo y despidió con una sonrisa agradable al pagador, a quien pidió servilmente nuevas del señor conde de Cagliostro.
El hombre de los escudos dio las gracias a su vez, como un cumplimiento natural, y se retiró.
—Decid al señor conde que esperaré su primer deseo —le dijo— y agregadle que esté tranquilo; sé guardar un secreto.
—Es inútil —repuso el pagador—; el señor conde de Cagliostro es independiente, y no cree en el magnetismo; lo único que quiere es que se rían de Mesmer y se propague la aventura de la cubeta como una pequeña diversión.
—Muy bien —dijo en aquel momento una voz en el umbral de la puerta—. Nosotros trataremos de que se ría también a expensas del señor conde de Cagliostro.
Reteau vio aparecer a un personaje que le pareció tan lúgubre como el primero. Como hemos dicho, era un hombre joven y vigoroso, pero Reteau no compartía la opinión que

nosotros hemos emitido sobre su buena apariencia. Sólo veía en él una mirada amenazadora y un aspecto muy inquietante.
En efecto, la mano derecha la apoyaba en el puño de la espada, y la izquierda en el puño de un bastón.
—¿Qué puedo hacer en vuestro servicio, monsieur? —preguntó Reteau, con una especie de temblor que le atacaba en cada ocasión difícil, y como las ocasiones difíciles no eran raras, Reteau temblaba con frecuencia.
—¿Monsieur Reteau? —preguntó el desconocido.
—Soy yo.
—¿El que se dice De Villette?
—Soy yo, monsieur.
—¿Gacetillero?
—El mismo.
—¿Autor de este artículo? —dijo fríamente el desconocido, sacando de su bolsillo un ejemplar, fresco todavía, de la gaceta del día.
—Sí, pero no soy precisamente el autor —dijo Reteau—, sino el editor.
—Muy bien; viene a ser exactamente lo mismo, porque si no habéis tenido el valor de escribir el artículo, habéis tenido la cobardía de dejarlo publicar. Y digo cobardía —repitió el desconocido fríamente— porque siendo gentilhombre, debo ser comedido en mis términos, incluso dentro de este tugurio. Pero no es preciso tomar lo que digo al pie de la letra, porque lo que digo no expresa mi pensamiento. Si lo expresara, diría: «El que ha escrito este artículo es un infame, y el que lo ha publicado es un miserable».
—Monsieur... —dijo Reteau, palideciendo.
—He aquí un mal asunto, peor que malo —continuó el joven, animándose a medida que hablaba—, pero escuchadme, monsieur folletista, y cada cosa a su tiempo: hace un momento que habéis recibido un dinero, y ahora vais a recibir una paliza.
—¡Cómo! —replicó Reteau—. Eso vamos a verlo.
—¿Y qué vamos a ver? —dijo en tono seco y belicoso el joven, quien, tras estas palabras, avanzó hacia su adversario.
Pero como no era el primer asunto de este género, y el periodista conocía todos los recursos de su propia casa, no tuvo más que volverse para encontrar una puerta y franquearla, y, volviendo a cerrarla, servirse de ella como de un escudo y pasar a una habitación cuya puerta daba a la calle de los Vieux-Augustins.
Una vez allí, estaba a salvo. Había otra pequeña verja que una vuelta de llave (y la llave estaba siempre puesta) abría, y pudo salvarse valiéndose de las piernas. Pero ese día era nefasto para el pobre gacetillero, porque en el momento en que ponía la mano en la llave, apercibió por la claraboya a otro hombre que, agrandado sin duda por su propio miedo, le pareció un Hércules, el cual, inmóvil, amenazador, parecía esperar, como en otro tiempo el dragón de las Hespérides aguardaba a los ladrones de las manzanas de oro.
Reteau hubiera deseado volver sobre sus pasos, pero el joven del bastón, el que primero se le presentó, había derribado la puerta de una patada, le había seguido, y ahora que estaba parado ante la aparición del nuevo centinela, armado también de una espada y de un bastón, no tenía más que tender una mano para cogerle.
Reteau se encontraba entre dos fuegos, entre dos bastones, en una especie de patinillo oscuro, perdido, sórdido, situado entre las últimas habitaciones del apartamento y la bienhechora verja que daba a la calle de los Vieux-Augustins, y si el paso hubiese estado libre, a la salvación y a la libertad.
—Monsieur, dejadme pasar, os lo ruego —dijo Reteau al joven que guardaba la verja.

—Monsieur —gritó el joven que perseguía a Reteau—, monsieur, detened a ese miserable.
—Estad tranquilo, monsieur de Charny, no pasará —dijo el individuo de la verja.
—Monsieur de Taverney, ¿vos? —exclamó De Charny, porque era él quien primero se había presentado en la casa de Reteau, a continuación del pagador y por la calle Montorgueil.
Habiendo leído la gaceta por la mañana, los dos habían tenido la misma idea, porque alentaba en su corazón un mismo sentimiento, y, sin comunicárselo el uno al otro, habían puesto su idea en ejecución, que era visitar la casa del gacetillero, pedirle satisfacción, y apalearlo si no la quería dar. Sólo que el uno, al reconocer al otro, se quedó contrariado, viendo un adversario en quien había reaccionado igual que él. De ahí la brusca exclamación de monsieur de Charny: «Monsieur de Taverney, ¿vos?»
—Yo mismo —repuso Felipe en el mismo tono, y haciendo un movimiento hacia el asustado gacetillero, quien pasaba los brazos por entre los barrotes de la verja—, pero parece que he llegado demasiado tarde. No haré más que asistir a la fiesta, si vos tenéis la bondad de abrirme la puerta.
—La fiesta —gimió, aterrado, el gacetillero—, la fiesta... ¿Qué queréis decir? ¿Es que vais a estrangularme, señores?
—Oh... —dijo De Charny—. La palabra es fuerte. No, monsieur; nosotros no os estrangularemos, pero os interrogaremos primero, y después ya veremos. Me permitís que interrogue a este hombre, ¿verdad, monsieur de Taverney?
—Seguro, monsieur —respondió Felipe—. Os corresponde a vos, puesto que habéis llegado el primero.
—Muy bien. Acercaos al muro y no habléis —dijo De Charny, agradeciendo con una mirada a De Taverney—. ¿Confesáis, mi querido monsieur, haber escrito y publicado contra la reina el cuento burlón, como lo llamáis, que ha aparecido esta mañana en vuestra gaceta?
—Monsieur, no se ha escrito nada contra la reina.
—No faltaba más que eso.
—Me parece que sois demasiado paciente, monsieur —dijo Felipe, quien, a pesar de su cólera, permanecía al otro lado de la verja.
—Estad tranquilo —respondió De Charny—; este tipo no perderá nada por esperar.
—Sí —murmuró Felipe—, pero es que yo también estoy esperando.
De Charny no respondió, y volviéndose hacia el desgraciado Reteau, dijo:
—«Ateinotna» es Antonieta al revés. ¡No digáis más mentiras, monsieur! Me vería obligado a comportarme tan plebeyamente que en lugar de golpearos o mataros limpiamente, os despellejaría vivo. Responded, pues, y categóricamente. Os pregunto si vos sois el único autor de ese libelo.
—Yo no soy un delator —contestó Reteau, irguiéndose.
—Muy bien. Esto quiere decir que hay un cómplice; primero está ese hombre que os ha comprado mil ejemplares de esta diatriba: el conde de Cagliostro, como decíais hace un momento. Pues el conde pagará lo suyo después de que vos hayáis pagado lo vuestro.
—Monsieur, monsieur, yo no le acuso —aulló el gacetillero, anonadado al verse expuesto a la cólera de aquel hombre, sin contar la de Felipe, que palidecía de ira al otro lado de la verja.
—Pero —continuó De Charny— como antes os he encontrado a vos, vos seréis el primero en pagar. —Y levantó el bastón.
—Ah, monsieur..., si yo tuviera una espada... —gruñó el gacetillero.
De Charny bajó el bastón, diciendo:
—Monsieur Felipe, prestad vuestra espada a este granuja, os lo ruego.

—Nada de eso; yo no presto una espada honrada a ese individuo; aquí tengo mi bastón, si vos no tenéis bastante con el vuestro. Pero, en conciencia, no puedo hacer otra cosa por él, ni por vos.
—¡Un bastón! —dijo Reteau, exasperado—. ¿Sabéis, monsieur, que soy gentilhombre?
—Pues prestadme vuestra espada a mí —dijo De Charny, arrojando la suya a los pies del gacetillero—. Yo le dejaré la mía para que él no toque la vuestra.
Felipe no podía objetar nada, y desenvainó su espada, dándola a De Charny a través de la verja.
De Charny la tomó y le dirigió un saludo.
—¿Conque tú eres gentilhombre? —dijo, volviéndose a Reteau—. Eres gentilhombre y escribes sobre la reina de Francia tales infamias... Muy bien. Recoge esa espada y demuestra que eres gentilhombre.
Pero Reteau no se movió; se hubiera dicho que tenía tanto miedo de la espada que estaba a sus pies como del bastón que hacía un instante había visto sobre su cabeza.
—Demonios —dijo Felipe, desesperado—, abridme la verja.
—Perdón, monsieur —le contestó De Charny—; habéis convenido que este hombre me pertenece a mí primero.
—Pues apresuraos y acabad de una vez, porque yo tengo prisa por comenzar.
—Deseo agotar todos los medios antes de llegar a ese extremo —dijo De Charny—, porque pienso que los bastonazos cuestan casi tanto al que los da como al que los recibe; pero puesto que decididamente monsieur prefiere una paliza a un duelo, será servido como desea.
Apenas había terminado de decir estas palabras cuando un grito de Reteau anunció que De Charny acababa de unir la acción a la palabra. Cinco, seis golpes vigorosamente aplicados, arrancando cada uno un grito equivalente al dolor que producía, siguieron al primero, y los gritos atrajeron a la vieja Aldegonde, chillando ella también, pero De Charny se inquietó tan poco por sus gritos como por los de su amo.
Durante este tiempo, Felipe, colocado como Adán al otro lado del Paraíso, se comía las uñas, lo mismo que los osos cuando huelen carne fresca al otro lado de los barrotes.
Por fin De Charny se detuvo, cansado de apalear, y Reteau se arrodilló, cansado de que lo apaleasen.
—¡Por fin! —dijo Felipe—. ¿Habéis terminado, monsieur?
—Sí.
—Muy bien. Ahora, devolvedme mi espada, que os ha sido inútil, y abridme, os lo ruego.
—Monsieur, monsieur —imploró Reteau, que veía un defensor en el hombre que había terminado sus cuentas con él.
—Comprenderéis que no puedo dejar a este monsieur en la puerta —dijo De Charny—. Tengo que abrirle.
—¡Esto es una agonía! —gimió Reteau—. Matadme de una cuchillada y terminemos.
—Ahora —dijo De Charny— tranquilizaos; creo que monsieur no piensa tocaros.
—Tenéis razón —dijo, con olímpico desprecio, Felipe al entrar—. No lo haré. Habéis sido golpeado, de acuerdo. Y como dice el axioma legal: Non bis in idem. Pero aún quedan ejemplares de la edición y hay que destruirlos.
—¡Muy bien! —dijo De Charny—. Más vale ser dos que uno solo; es posible que lo hubiese olvidado, ¿pero por qué azar os encontrabais en esta puerta, monsieur de Taverney?
—Os lo explicaré —dijo Felipe—. En el barrio me informé de las costumbres de este pillo. Y supe que tiene el hábito de huir cuando se le aprieta demasiado fuerte. Entonces me enteré de sus métodos para escapar, y pensé que al presentarme por la puerta falsa

en vez de por la puerta ordinaria, y cerrando esta puerta detrás de mí, cogería al zorro en su madriguera, y eso ha ocurrido. Igual idea de venganza teníais vos; lo único que ocurre es que, con más prisa que yo, vuestras informaciones no eran completas; habéis entrado por la puerta por donde entra todo el mundo, y se os iba a escapar, pero felizmente me habéis encontrado aquí.
—De lo cual me alegro. Venid, monsieur de Taverney... Ese bergante nos conducirá a su prensa.
—Mi prensa no está aquí —dijo Reteau.
—¡Mentira! —gritó De Charny, amenazador.
—¡No, no! —exclamó Felipe—. Ya veis que tiene razón. Los caracteres han sido destruidos, y sólo queda la edición. Por lo tanto la edición debe estar entera, salvo los mil veintidós al conde de Cagliostro.
—Pues que destruya la edición delante de nosotros.
—Que la queme es más seguro.
Felipe, aprobando esta manera de solucionar el asunto, empujó a Reteau hacia la tienda.

XXXII
COMO DOS AMIGOS SE CONVIERTEN EN ENEMIGOS

Sin embargo, Aldegonde, habiendo oído gritar a su dueño y al encontrar cerrada la puerta, había ido a buscar a la guardia.
Pero antes de que regresara, Felipe y De Charny tuvieron tiempo de encender un magnífico fuego con los primeros ejemplares de la gaceta, y arrojar el resto de las hojas, que ardían al instante.
Llegaban ya a los últimos números cuando la guardia apareció detrás de Aldegonde, en el extremo del patio, y al mismo tiempo que la guardia, cien pilluelos y otras tantas comadres. Los primeros fusiles golpeaban las baldosas del vestíbulo cuando el último número de la gaceta empezaba a arder.
Felizmente, Felipe y De Charny conocían el camino que Reteau les había imprudentemente enseñado; atravesaron el corredor secreto, pasaron los cerrojos, cruzaron la verja de la calle de los Vieux-Augustins, cerraron con dos vueltas de llave y después la arrojaron en la primera alcantarilla que encontraron.
Mientras tanto, Reteau, liberado, pedía auxilio contra los asesinos, y Aldegonde, que veía cómo se reflejaban las llamas de los papeles en los cristales, gritaba «¡fuego!».
Los fusileros llegaron, pero al ver que los dos jóvenes se habían ido y que el fuego se había apagado, no les pareció conveniente llevar más lejos sus pesquisas, y dejaron que Reteau se curase la espalda con alcohol alcanforado y volvieron al cuerpo de guardia.
Pero la multitud, más curiosa siempre que la guardia, permaneció hasta cerca de mediodía en el patio de Reteau, esperando que la escena de la mañana se repitiese.
Aldegonde, en su desesperación, maldijo el nombre de María Antonieta, llamándola «la austriaca», y bendijo el de De Cagliostro, llamándole «protector de las letras».
Poco después De Taverney y De Charny se hallaban en la calle de los Vieux-Augustins.
—Monsieur —comenzó De Charny—, ahora que vuestra ejecución ha terminado, ¿me cabría el honor de serviros en algo?
—Mil gracias, monsieur; iba a haceros la misma pregunta.
—Gracias; yo estoy aquí para negocios particulares que me retendrán probablemente en París buena parte del día.
—Y yo también, monsieur.
—Permitid, entonces, que me despida de vos y me felicite por el honor y la dicha de encontraros.

—Permitidme que os haga los mismos cumplidos y que agregue mi mayor deseo de que el negocio que os ha traído concluya a vuestra conveniencia.
Y los dos hombres se saludaron con una sonrisa y una cortesía que demostraba que las palabras que se acababan de dedicar respondían a mera cortesía.
Al separarse, se volvieron la espalda, pues Felipe subió hacia los bulevares y De Charny bajó por el lado del río.
Los dos se volvieron dos o tres veces, hasta que se perdieron de vista. Y entonces De Charny, que, como ya hemos dicho, se había dirigido hacia el lado del río, entró en la calle Beaurepaire, después en la de Renarol, y luego en la del Gran Burlador, y de aquí a la de Jean-Robert, a la de Gravilliers, a la Pastourelle, a la de Anjou, Perche, Culture, Sainte-Catherine, Saint-Anastase y Saint-Louis, y desde la calle Saint-Louis hacia la calle Neuve-Saint-Gilles. Pero a medida que se acercaba, su mirada se fijaba en un hombre joven que subía por la calle de Saint-Louis y al que creyó reconocer. Dos o tres veces se detuvo, dudando, pera muy pronto la duda desapareció. El que subía era Felipe, precisamente Felipe, quien había tomado la calle Mauconseil, la de Ours, la del Grenier, Saint-Lazare, Michel-Le Comte, la de Vieilles Audriettes, la del Homme Armé, y la de Rosiers; había pasado por delante del palacio de Lamoignon, y desembocó en la calle de Saint-Louis por la esquina de la calle de L'Egout y Sainte-Catherine.
Los dos jóvenes se encontraron en la entrada de la calle Neuve-Saint-Gilles, y se detuvieron y se miraron sin tomarse la molestia de disimular sus pensamientos. Como antes, cada uno había tenido la misma idea: pedirle información al conde de Cagliostro. Al llegar allí, ni el uno ni el otro podía dudar del proyecto del que tenía delante.
—Monsieur de Charny —dijo Felipe—, yo os dejé al vendedor; podíais haberme dejado vos al comprador. Os permití darle varios bastonazos; dejadme usar la espada.
—Monsieur —respondió De Charny—, habéis tenido conmigo esta cortesía porque yo llegué antes que vos, y no por otra razón.
—Sí, pero ahora —dijo De Taverney— llego aquí a la vez que vos, y por eso os digo que no os haré concesiones.
—¿Y quién os dice que yo las pida, monsieur? Defenderé mi derecho; eso es todo.
—¿Y cuál es vuestro derecho, monsieur de Charny?
—Hacer que monsieur de Cagliostro queme los mil ejemplares que compró a ese miserable.
—¿Os acordaréis, monsieur, de que soy yo quien primero tuvo la idea de hacerlos quemar en la calle Montorgueil?
—Muy bien, de acuerdo; si vos los hicisteis quemar en la calle Montorgueil, yo los haré romper en la calle Neuve-Saint-Gilles.
—Monsieur, empiezo a desesperarme a fuerza de deciros con la mayor seriedad que deseo ser el primero que se acerque al conde de Cagliostro.
—Todo lo que puedo hacer por vos, monsieur, es remitirme a la suerte; arrojaré un luis al aire. Quien gane de los dos, tendrá la prioridad.
—Monsieur, yo, por lo general, tengo poca suerte y es posible que pierda.
Felipe dio un paso hacia delante, y De Charny le detuvo.
—Monsieur —dijo—, sólo una palabra y creo que nos entenderemos.
Felipe se volvió rápidamente. Había en la voz de De Charny un acento de amenaza que le gustaba.
—Sea.
—Si para ir a pedir una satisfacción al conde de Cagliostro pasamos por el Bois de Boulogne, tardaremos más, pero creo que eso terminará con nuestras diferencias. Uno de los dos se quedará probablemente en el camino y el que quede en pie no tendrá necesidad de rendir cuentas a nadie.

—En verdad, monsieur —dijo Felipe—, os anticipáis a mis pensamientos; he aquí algo, en efecto, que lo concilia todo. ¿Queréis decirme dónde nos encontraremos?
—Si mi compañía no os fuese demasiado insoportable, monsieur...
—¿Cómo decís?
—Podríamos no separarnos. He ordenado a mi cochero que me espere en la Place Royal, que como sabéis está a dos pasos de aquí.
—Entonces, ¿me concederéis un sitio en vuestro coche?
—Con mucho gusto.
Y los dos jóvenes, que se sintieron rivales a la primera mirada y convertidos en enemigos minutos después, apretaron el paso en dirección a la Place Royal. En el rincón de la calle Pas de la Mulé vieron al coche de De Charny que esperaba. De Charny invitó a Felipe a subir, y el coche arrancó en dirección a Champs Elysées.
Antes de subir, De Charny escribió unas palabras en una hoja y las hizo llevar por su lacayo a su palacio de París.
Los caballos de De Charny eran magníficos, y en menos de media hora estuvieron en el Bois de Boulogne. De Charny ordenó al cochero que se detuviese en cuanto encontrara un sitio conveniente.
El tiempo era bueno, el aire un poco vivo, pero ya el sol calentaba con fuerza y se esparcía el primer perfume de las violetas y los renuevos de saúco a los bordes del camino y en los aledaños del bosque.
Entre las hojas amarillentas del año vencido, la hierba crecía entre un espesor de espigas y de tallos, y los alelíes de oro dejaban caer sus cabezas perfumadas a lo largo de los viejos muros.
—Es un tiempo hermoso para pasear, ¿verdad, monsieur de Taverney? —dijo De Charny.
—Un hermoso tiempo, sí, monsieur.
Al apearse dijo De Charny a su cochero:
—Podéis iros, Delfín.
—Monsieur —advirtió De Taverney—, creo que no hacéis bien en despedir vuestro coche. Uno de los dos quizá lo necesite para regresar.
—Ante todo, monsieur, el secreto —dijo De Charny—. Si se confía a un lacayo, lo más posible es que mañana seamos los héroes del chismorreo de todo París.
—Como vos prefiráis, pero el cochero que nos ha traído sabe ya de qué se trata. Esa gente conoce muy bien las costumbres de los gentileshombres, y cuando se hacen llevar al Bois de Boulogne, a Vincennes o a Satory, como ahora nosotros viniendo aquí, ya saben que no es para pasear. Pero supongamos que vuestro cochero no sospecha nada, ¿y después? A uno de los dos verá herido si no muerto, para comprenderlo todo, aunque un poco tarde. ¿No será mejor hacerle esperar y que se lleve en el coche al que no pueda valerse por su pie, pues sería desconsolador lo mismo para vos que para mí?
—Tenéis razón, monsieur —contestó De Charny, y dirigiéndose al cochero, le dijo—: Delfín, no os vayáis. Esperaréis aquí.
El cochero, receloso, no se había alejado, y se quedó donde estaba para, a través del ramaje, poder ver lo que ocurriese, suponiendo a su dueño protagonista de una escena cuyas consecuencias quizá fuesen fatales.
Lento el paso, Felipe y De Charny se internaron en el bosque, y cinco minutos después no se veía ni su sombra ni se oían sus pisadas en la hojarasca. Fue Felipe, quien, por ir delante, encontró el sitio que le pareció propicio: un claro en el bosque y el suelo duro y sin troncos, y alrededor un cinturón de árboles por el que escasamente penetraba el sol.
—Si no opináis lo contrario, monsieur de Charny —dijo Felipe—, me parece que éste es un buen sitio.

—Excelente, monsieur —contestó De Charny, quitándose la casaca.
Felipe se quitó igualmente la suya, la dejó a un lado junto con el sombrero y desenvainó.
—Monsieur —dijo De Charny, con la espada todavía en la vaina—, a cualquier otro que no fuerais vos, le diría: «Caballero, una palabra, no de excusa, sino de cortesía, ofreciéndole incluso una reconciliación...», pero a un valiente que viene de América, de un país donde el batirse está a la orden del día, no me es posible...
—También a cualquier otro, yo le diría: «Monsieur, quizá he cometido un error», pero al valiente marino que la otra noche fue la admiración de la corte por un glorioso hecho de armas, yo no puedo, monsieur de Charny, decirle más que esto: «Señor conde, hacedme el honor de poneros en guardia.»
El conde saludó y desenvainó.
—Monsieur —dijo De Charny—, creo que ninguno de los dos ha tenido el valor de precisar el verdadero motivo de nuestra rivalidad.
—No os comprendo, conde.
—Bah, me comprendéis perfectamente, y como venís de un país en el que no se sabe qué es la mentira, habéis enrojecido al decir que no me comprendéis.
—En guardia —repitió Felipe.
Cruzaron los aceros, y desde el primer momento Felipe advirtió que tenía sobre su adversario una notable superioridad, y esa ventaja, en lugar de estimularle, pareció que le frenase, sintiendo como si en vez de combatir en duelo se ejercitase en una sala de armas y tuviera en la punta de la espada el botón de los floretes. Y como se limitaba a parar, sin atacar una sola vez cuando ya llevaban más de un minuto cruzándose las espadas. De Charny levantó la suya sobre su cabeza, interrumpiendo momentáneamente el ataque y exclamó:
—Según veo, no me consideráis digno adversario. ¿Podéis decirme qué os proponéis?
Al silencio de Felipe, De Charny, con una ágil finta, se tiró a fondo sobre él, pero De Taverney desvió la espada adversaria con un contraataque todavía más rápido que la finta, sin que, no obstante, se aprovechase de su ventaja al dejarle al descubierto.

De Charny era más joven, y más fogoso sobre todo; se sentía avergonzado, la sangre le bullía ante la calma de su enemigo, y trató con palabras, puesto que no podía con la espada, de humillar aquella calma.
—Os decía que ni vos ni yo hemos precisado la verdadera causa de este duelo.
Felipe no contestó.
—Y voy a decírosla: me habéis provocado intencionadamente, sin otra razón que los celos que sufrís.
Felipe le oyó sin pestañear.
—Decidme —dijo De Charny, más acalorado cuanto mayor la frialdad de Felipe—, ¿qué juego es el vuestro, monsieur de Taverney? ¿Tenéis la intención de fatigarme? Sería un procedimiento indigno de vos. Matadme si podéis, pero matadme atacando.
Felipe contestó ahora:
—Sí, vuestra acusación es justa. Planeé el duelo, pero me he equivocado.
—Eso ya no importa, monsieur; tenéis la espada en la mano; servíos de ella para algo más que parar, y si no queréis atacar, defendeos al menos.
—Monsieur —repuso Felipe—, tengo el honor de deciros por segunda vez que me he equivocado y que me arrepiento.
Cegado por la ira, De Charny no podía comprender la generosidad de su adversario, y lo tomó a ofensa.

—Ya, ya, comprendo; queréis alardear de magnanimidad. ¿No es eso, caballero? Y pensáis que esta noche o mañana podréis decir a algunas damas que me habéis vencido en duelo y que me habéis perdonado la vida.
—Señor conde —dijo Felipe—, temo que os estáis volviendo loco.
—Vos queréis matar al conde de Cagliostro para complacer a la reina. Y para satisfacerla más, deseo que también me matéis a mí, pero no por medio del ridículo.
—¡Basta ya! Habéis hablado demasiado —rugió Felipe—, y para demostrarme que vuestro corazón no es tan generoso como yo creía.
—¡Atravesad, pues, este corazón! —dijo De Charny, descubriéndose en el momento en que Felipe paraba un ataque rápido y se tiraba a fondo.
La espada resbaló sobre un costado de De Charny, abriendo un surco de sangre bajo la fina camisa.
—¡Por fin! —exclamó De Charny, gozoso—. ¡Estoy herido! Si ahora os mato, habré jugado un hermoso papel.
—Decididamente —dijo Felipe—, os habéis vuelto loco; no me mataréis, y habréis desempeñado un vulgar papel, porque habréis sido herido sin motivo ni provecho, pues nadie sabe por qué nos hemos batido.
De Charny atacó con un golpe recto tan rápido que esta vez Felipe sólo tuvo tiempo de pararlo, pero en el acto, con una agilidad felina, simultáneas casi, lanzó dos estocadas, y la espada de De Charny voló y cayó a diez pasos de su adversario.
Y antes de que De Charny pudiera recogerla, Felipe la rompió en dos partes.
—Monsieur de Charny, ya no tenéis que probarme que sois valiente. ¿Tanto me detestáis que sólo habéis deseado batiros conmigo?
De Charny no respondió, y se le veía extremadamente pálido.
Felipe le miró durante unos segundos, esperando una confesión o una negativa.
—Está bien, señor conde —dijo—. Veo que seguimos enemistados.
De Charny vaciló. Felipe se acercó para sostenerle, pero el conde rechazó su mano.
—Gracias —dijo—, espero poder andar hasta el coche.
—Tomad este pañuelo para contener la sangre.
—Gracias.
—Y mi brazo, monsieur, pues un tronco o un bache bastaría para que cayeseis, lo que podría agravar vuestra herida.
—La espada ha entrado en la carne, pero no ha llegado al pecho.
—Mejor, monsieur.
—Espero curar pronto.
—Mejor, mejor... si soñáis curaros pronto para reanudar el duelo, os anuncio que ya no encontraréis en mí al adversario.
De Charny quiso responder, pero las palabras murieron en sus labios, y Felipe, al verle vacilar, sólo tuvo tiempo de recogerlo en sus brazos. Lo levantó como si fuese un niño y medio desvanecido lo llevó hasta su carroza, pero Delfín, habiendo visto a través de los árboles lo que pasaba, abrevió el camino, yendo al encuentro de su amo. Ya en el coche, De Charny miró a Felipe con una expresión de gratitud.
—Id al paso, cochero.
—¿Y vos, monsieur? —murmuró el herido.
—No os inquietéis por mí.
Le saludó y cerró la portezuela, sin moverse hasta que el coche desapareció por una de las curvas de la avenida; luego siguió el camino que le llevaría directamente a París. Antes, sin embargo, al mirar una vez más hacia la dirección que llevaba el coche, vio que en lugar de volver, como él, a París, tomaba el camino de Versalles. Felipe se quedó

pensativo, y luego pronunció tres únicas palabras, sentidas como si le nacieran del corazón:
—Ella le compadecerá.

XXXIII
LA CASA DE LA CALLE NEUVE-SAINT-GILLES

En la puerta de guardia, Felipe encontró un coche de alquiler y lo cogió.
—Calle Neuve-Saint-Gilles —dijo al cochero—. Y deprisa.
Un hombre que acaba de tener un duelo y que conserva todavía el gesto del vencedor; un hombre vigoroso cuya distinción denuncia su nobleza; un hombre vestido como un burgués y al cual, sin embargo, su porte anuncia a un militar, era más de lo que hacía falta para estimular al auriga, cuyo látigo no era, como el tridente de Neptuno, el cetro del mundo, pero para Felipe no dejaba de ser un cetro muy importante.
Por veinticuatro sous el cochero devoró materialmente el espacio y entre traqueteo y traqueteo llevó a Felipe a la calle Neuve-Saint-Gilles, al palacio del conde de Cagliostro, cuya mansión era de una gran simplicidad exterior y de una notable majestad de líneas, como la mayor parte de los edificios construidos bajo Luis XIV, con un estilo barroco de mármol y de ladrillos que el reinado de Luis XIII aportó al Renacimiento.
Una carroza tirada por dos buenos caballos se balanceaba sobre sus muelles en un gran patio. El cochero dormía envuelto en su vasta hopalanda forrada de zorro; dos criados, uno de los cuales llevaba un cuchillo de caza, segaban silenciosamente el césped. Aparte de estos atareados personajes, ningún síntoma de actividad aparecía en el palacio.
El coche de alquiler de Felipe obedeció la orden de entrar, viéndolo en seguida el suizo, quien se acercó para abrirle, haciendo chirriar los goznes de la maciza puerta del patio.
Felipe se apeó, fue hasta el césped y, dirigiéndose a los dos criados, preguntó:
—¿El señor conde de Cagliostro?
—El señor conde va a salir.
—Pues mayor razón para que me apresure, porque tengo necesidad de hablar con él antes de que salga. Anunciad al caballero Felipe de Taverney.
Y siguió al lacayo, con un paso tan vivo que llegaron juntos al salón.
—¿El caballero Felipe de Taverney? —preguntó, después de anunciarlo el criado, una voz viril y educada a la vez—. Hacedle entrar.
Felipe entró sin poder reprimir cierta emoción que aquella tranquila voz le había producido.
—Excusadme, monsieur —dijo Felipe, saludando a un hombre de gran talla, de un vigor y un aire juvenil poco comunes, y que no era otro que el personaje que hemos visto en la mesa del duque de Richelieu, en la cubeta de Mesmer, en el gabinete de mademoiselle Olive y en el baile de la Ópera.
—¿Excusaros, monsieur? ¿De qué?
—De que os impida salir.
—Habríais debido excusaros si hubieseis venido más tarde, caballero.
—¿Por qué?
—Porque os esperaba.
Felipe frunció las cejas.
—¿Cómo? ¿Me esperabais vos?
—Sí; se me había indicado vuestra visita.
—¿Os habían indicado mi visita?

—Claro, hace dos horas. Porque hace una hora o dos, ¿no es eso?, que debíais haber venido aquí, pero un accidente ajeno a vuestra voluntad os ha obligado a retrasaros.
Felipe apretó los puños; sentía que aquel hombre adquiría una extraña influencia sobre él, pero el caballero, sin fijarse en el nerviosismo de Felipe, dijo:
—Sentaos, monsieur de Taverney.
Y acercó a Felipe un sillón, frente a la chimenea. —Este sillón se había puesto aquí para vos.
—Dejémonos de bromas, señor conde —replicó Felipe con una voz que procuraba que fuese tan tranquila como la de su huésped, pero sin poder evitar un ligero temblor.
—Yo no me burlo, monsieur; ya os he dicho que os esperaba.
—Entonces, dejémonos de cuentos, monsieur; si sois adivino, yo no he venido para comprobar vuestra ciencia, y si lo sois, mejor para vos, porque ya sabéis lo que vengo a deciros y podéis poneros de antemano a salvo.
—¿A salvo? —repuso el conde con una singular sonrisa—. ¿A salvo de qué, si os place decírmelo?
—Adivinadlo, puesto que sois adivino.
—Sea. Para complaceros, voy a exponer el motivo de vuestra visita: venís a promover querella.
—¿Sabéis eso?
—Sin duda.
—¿Entonces sabéis por qué motivo? —exclamó Felipe.
—Por causa de la reina. Y ahora, monsieur, vuestro turno. Continuad, os escucho.
Estas últimas palabras fueron pronunciadas, no con el acento cortés del huésped, sino en el tono seco y frío del adversario.
—Tenéis razón —dijo Felipe—. Y lo prefiero así.
—De acuerdo.
—Monsieur, existe cierto libelo...
—Hay muchos libelos, monsieur.
—Publicado por cierto gacetillero...
—Hay muchos gacetilleros.
—Esperad. Ese libelo... Ya nos ocuparemos del gacetillero después.
—Permitidme que os diga —interrumpió De Cagliostro con una sonrisa— que vos ya os habéis ocupado de él.
—Está bien; yo diría, pues, que hay un libelo contra la reina.
De Cagliostro inclinó la cabeza.
—¿Conocéis ese libelo?
—Sí, monsieur.
—¡Y habéis comprado mil ejemplares!
—No lo niego.
—Y estos mil ejemplares no han llegado, felizmente, a vuestras manos.
—¿Qué os hace pensar eso, monsieur?
—El haberme encontrado con el empleado que llevaba los paquetes, al que he pagado el importe y he dicho que los dejase en mi casa, y mi criado, que ya estaba avisado, los habrá recibido.
—¿Por qué no lleváis vos mismo vuestros asuntos hasta el final?
—¿Qué queréis decir?
—Que entonces estarían mejor hechos.
—No ha sido necesario, porque, mientras mi criado estaba ocupado en sustraer a vuestra singular bibliomanía esos mil ejemplares, yo me dedicaba a destruir el resto de la edición.

—Entonces estáis seguro de que los mil ejemplares que tenía destinados están en vuestra casa.
—Estoy seguro.
—Pues os engañáis, monsieur.
—¿Cómo es eso? —preguntó De Taverney con cierta inquietud—. ¿Y por qué no han de estar allí?
—Porque están aquí —dijo tranquilamente el conde, apoyándose en el faldón de la chimenea.
Felipe hizo un gesto amenazador.
—¿Pero creéis —dijo el conde, tan flemático como Néstor— que yo, un adivino, como vos decís, me dejaría manejar así? Habéis creído tener una feliz idea sobornando a un empleado, ¿verdad? Pero yo tengo un intendente, el cual ha tenido una idea feliz, y yo pago para eso; él ha adivinado, pues es muy natural que el intendente de un adivino adivine, y ha adivinado que iríais a casa del gacetillero, que encontraríais al empleado y lo sobornaríais; entonces él lo ha seguido, le ha amenazado con hacerle devolver el dinero que le habíais dado; el hombre ha tenido miedo, y en lugar de dirigirse a vuestro palacio, ha seguido a mi intendente hasta aquí. ¿Lo dudáis?
—Lo dudo.
—Vide pedes, vide manus, ha dicho Jesús a santo Tomás. Yo os diré a vos, monsieur de Taverney: ved el armario y tocad los impresos.
Y diciendo estas palabras abrió un mueble de encina admirablemente tallado, y le señaló a Felipe, que había palidecido, los mil ejemplares de la edición, todavía impregnados de ese olor del papel con la tinta todavía fresca.
Felipe se aproximó al conde, quien seguía inmóvil, a pesar de que la actitud del joven era amenazadora.
—Monsieur —dijo Felipe—, parecéis un hombre valiente, y yo os pido que me deis una satisfacción con la espada en la mano.
—Satisfacción, ¿de qué? —preguntó De Cagliostro.
—Del insulto a la reina, insulto del que vos sois cómplice con sólo retener un ejemplar de ese libelo.
—Monsieur —dijo De Cagliostro sin cambiar de postura—, estáis en un error que me apena. A mí me gustan las novedades, los ruidos escandalosos, las cosas efímeras. Yo colecciono todo eso para acordarme después de mil cosas que olvidaría sin esa precaución. Si he comprado esa gaceta, ¿en qué veis vos que yo haya insultado a nadie?
—Me habéis insultado a mí.
—¿A vos?
—Sí, a mí, ¿lo comprendéis?
—No lo comprendo, palabra de honor.
—¿A qué obedece el querer comprar una edición tan asquerosa?
—Ya os lo he dicho; la manía de las colecciones.
—Cuando se es un nombre de honor, no se coleccionan infamias.
—Perdonadme, pero yo no soy de vuestra opinión sobre el calificativo que merece esa publicación; es un libelo quizá, pero no es una infamia.
—¿Confesaréis siquiera que se trata de una mentira?
—Os engañáis, monsieur, porque Su Majestad la reina ha estado en casa de Mesmer.
—Eso es falso.
—¿Queréis decir que miento?
—No quiero decirlo; lo digo.
—¿Y si os digo que yo la he visto?
—¿Vos la habéis visto?

—Como os veo a vos.
Felipe miró fijamente al conde. Quería oponer su mirada, tan franca y tan noble, contra la mirada centelleante de De Cagliostro, pero el duelo terminó por fatigarle y exclamó:
—Os repito que mentís.
De Cagliostro se encogió de hombros como si hubiera oído el insulto de un loco.
—¿No me oís o no me entendéis?
—No he perdido una sola palabra de las que acabáis de decir.
—¿No sabéis a lo que obliga un mentís?
—Sí —repuso De Cagliostro—, incluso un proverbio francés dice que a un mentís corresponde una bofetada.
—Pues hay algo que me asombra.
—¿Qué?
—No haber visto todavía vuestra mano levantarse sobre mi rostro, puesto que sois gentilhombre, y conocéis el proverbio francés.
—Antes de hacerme gentilhombre y de aprender el proverbio, Dios me ha hecho hombre y me ha dicho que se debe amar a nuestros semejantes.
—Entonces, ¿os negáis a darme satisfacción con la espada en la mano?
—Yo no pago más que lo que debo.
—Supongo, pues, que me daréis satisfacción de alguna otra manera.
—¿Cuál?
—No pienso trataros peor de lo que un hombre de la nobleza debe tratar a otro; sólo os exijo que queméis delante de mí todos los ejemplares que hay en el armario.
—Me niego.
—Pensadlo bien.
—Ya está pensado.
—Me obligaréis a que haga con vos lo que he hecho con el gacetillero.
—¿Unos cuantos bastonazos? —dijo De Cagliostro riendo y sin moverse, lo mismo que si fuese una estatua.
—Ni más ni menos. Y no penséis en llamar a vuestra gente.
—¿Yo? ¿Y por qué he de llamar a mi gente si esto no le incumbe? Mis asuntos los resuelvo yo. Soy más fuerte que vos. ¿Lo dudáis? Os aconsejo que reflexionéis. ¿Queréis intimidarme con vuestro bastón? Acercaos y os cogeré por el cuello y por el espinazo y os arrojaré a diez pasos de mí, y esto, oídme bien, cada vez que os acerquéis.
—Juego de lord inglés, igual a juego de mozo de mulas. Pues sea, monsieur Hércules; acepto.
Y enfurecido, Felipe se arrojó sobre De Cagliostro, quien en el acto trinco sus brazos como con dos ganchos de acero, lo sujetó por el cuello y la cintura y lo arrojó sobre los almohadones del sofá que había en un ángulo del salón.
Tras esa demostración de fuerza, volvió a colocarse delante de la chimenea, como si nada hubiese pasado.
Felipe se había levantado pálido y colérico, pero se sobrepuso en el acto, recobrando su aplomo y su moral combativa.
—Sois fuerte como cuatro hombres, pero tenéis una lógica menos poderosa que los puños. Tratándome como habéis hecho, habéis olvidado que vencido y humillado seré siempre vuestro enemigo, y que me asiste el derecho de deciros: «La espada en la mano, conde, pues de lo contrario os mato.»
De Cagliostro continuó inmóvil.
—¡La espada en la mano, os digo, o moriréis!

—No estáis todavía lo bastante cerca de mí, para que os trate como la primera vez —replicó el conde—. Y no me expondré a ser herido por vos, y ni menos muerto, como ese pobre Gilberto.
—¡Gilberto! —exclamó Felipe, con voz trémula—. ¿Qué nombre habéis pronunciado?
—Felizmente no tenéis un fusil esta vez, sino una espada.
—Monsieur, habéis pronunciado un nombre...
—¿Verdad que ha despertado un terrible eco en vuestros recuerdos?
—Monsieur...
—Un nombre que creíais que no oiríais nunca más porque estabais solo con el pobre muchacho en aquella gruta de las Azores cuando lo asesinasteis.
—¡Oh...! —gritó—. ¡Defendeos, defendeos!
—Si vos supierais qué fácil me sería haceros caer la espada de las manos.
—¿Con la vuestra?
—Sí, primero con mi espada, si yo quisiera.
—¡Veámoslo, pues!
—No, yo no me arriesgaría así. Tengo un medio más seguro.
—La espada en la mano, por última vez, o moriréis —rugió Felipe, saltando hacia el conde, pero De Cagliostro, amenazado ahora por la punta de la espada, a tres pulgadas de su pecho, se sacó de un bolsillo un frasquito y arrojó el líquido que contenía al rostro de Felipe.
En el mismo instante, Felipe vaciló, se le cayó la espada, giró sobre sí mismo y cayendo de rodillas, como si sus piernas careciesen de fuerza, se quedó durante unos segundos desvanecido. Sin embargo, De Cagliostro evitó que llegase al suelo, sosteniéndole, y después de devolver su espada a la vaina le sentó en un sillón, esperando que volviese en sí, diciéndole:
—A vuestra edad, caballero, no se hacen locuras. Dejaos, pues, de locuras propias de un niño y escuchadme.
Felipe se sacudió, se enderezó, dominó el terror que le invadía y dijo en voz baja:
—¿Estas son las armas que vos llamáis de gentilhombre?
De Cagliostro se encogió de hombros.
—Vos repetís siempre la misma frase, cuando nosotros, los caballeros de la nobleza, si pronunciamos la palabra «gentilhombre», ya se ha dicho todo. ¿Qué es lo que vos llamáis un arma de gentilhombre? ¿Es vuestra espada, que os ha servido tan mal contra mí? ¿Es vuestro fusil, que os sirvió tan bien contra Gilberto? ¿Qué es lo que hace superiores a los hombres, caballero? ¿Creéis que es esta sonora palabra «gentilhombre»? No. Es la razón primero, la fuerza después y la ciencia finalmente. Yo he empleado todo eso con vos. Con la razón he combatido vuestras injurias, obligándoos a escucharme; con la fuerza he combatido vuestra fuerza; con mi ciencia he anulado vuestro vigor moral, y me falta ahora probaros que habéis cometido dos errores viniendo aquí con amenazas. ¿Queréis hacerme el honor de escucharme?
—Me habéis aniquilado y no puedo ni siquiera moverme; os habéis adueñado de mis músculos, de mi pensamiento, y me pedís que os escuche cuando no puedo hacer otra cosa.
Entonces, De Cagliostro tomó un frasquito de oro que estaba sobre la chimenea. En las manos tenía un esculapio de bronce.
—Aspirad este frasco, caballero —dijo con noble dulzura.
Felipe obedeció; los vapores que oscurecían su cerebro se disiparon, y le pareció que el sol, metiéndosele en la cabeza, iluminaba sus ideas.
—Oh, renazco —dijo él.
—¿Os encontráis mejor con fuerzas nuevas?

—Sí.
—¿Con la memoria del pasado?
—Sí, sí...
—Y como estoy tratando con un hombre de corazón y espíritu, la memoria que recobráis me da mayor ventaja sobre lo que acaba de ocurrir.
—No —dijo Felipe—, porque yo obraba en virtud de un principio sagrado.
—¿Qué hacíais, pues?
—Defender la monarquía.
—¿Vos defendéis la monarquía?
—Sí.
—¿Vos, un hombre que ha ido a América a defender la república? Por Dios... Sed franco: o no es la república lo que defendíais allí, o no es la monarquía lo que defendéis aquí.
Felipe bajó los ojos; un gran sollozo le atenazaba el corazón.
—Amad —continuó De Cagliostro— a los que os desprecian, amad a los que os olvidan, amad a los que os engañan; es propio de las grandes almas ser traicionadas en sus grandes afectos; es la ley de Jesús, devolver bien por mal. ¿Vos sois cristiano, monsieur de Taverney?
—Monsieur —exclamó Felipe, anonadado al ver que De Cagliostro leía en el presente y en el pasado—, ni una palabra más, porque si yo no defendía la realeza, defendía a la reina, a una mujer respetable e inocente; respetable, aun cuando no lo fuera, pues una ley divina ordena defender a los débiles.
—¿Los débiles? ¿A una reina la llamáis vos un ser débil, ante la cual veintiocho millones de seres vivos y responsables doblan la rodilla y la cabeza? ¡Por Dios, caballero!
—Monsieur, se la calumnia.
—¿Qué sabéis vos?
—Quiero creerlo.
—¿Pensáis que es vuestro derecho?
—Sin duda.
—Pues en mi derecho está el creer lo contrario.
—Vos obráis sin nobleza.
—¿Quién os lo ha dicho? —replicó De Cagliostro, cuyos ojos centellearon sobre Felipe—. ¿De dónde os viene esa temeridad de creer que tenéis razón y que yo estoy equivocado? ¿De dónde os viene la audacia de preferir vuestro principio al mío? ¿Vos defendéis la realeza? ¿Y si yo defendiera a la humanidad? Vos decís: «Dad al César lo que es del César», y yo os digo: «Dad a Dios lo que es de Dios.» ¿Republicano de América? ¿Caballero de la orden de los Cincinatus? Yo os recuerdo el amor a los hombres, el amor a la igualdad. Vos marcháis sobre los pueblos para besar la mano de la reina y yo coloco a las reinas a los pies de los pueblos para elevarlos siquiera un grado. Yo no os molesto en vuestra adoración, pero no me molestéis vos en mis preferencias. Yo os dejo el pleno día: el sol de los cielos y el sol de las cortes; dejadme mi sombra y mi soledad. Vos comprendéis la fuerza de mis palabras, ¿no es así? ¡Como habéis comprendido hace un momento la fuerza de mi individualismo! Vos me decís: «Muere, ya que has ofendido el objeto de mi culto.» Yo os digo: «Vive tú que combates lo que yo adoro», y si os digo esto es porque me siento tan fuerte con mi principio que ni vos ni los demás, hagáis los esfuerzos que queráis, retardaréis mi marcha un solo instante.
—Monsieur, me asustáis —dijo Felipe—. Quizá es la primera vez que acierto a ver, gracias a vos, el fondo del abismo a donde corre la realeza.
—Sed prudente, entonces, si habéis visto el precipicio.

—Vos que me decís esto —repuso Felipe, emocionado por el tono paternal con que De Cagliostro le había hablado—, vos que me reveláis secretos tan terribles, carecéis todavía de generosidad, porque sabed bien que me arrojaré al abismo antes que ver caer en él a los que defiendo.
—Ya que os he prevenido, como el prefecto de Tiberio, me lavaré las manos, monsieur de Taverney.
—Pues bien, yo —exclamó Felipe, yendo hacia De Cagliostro con un ardor febril—, yo que no soy más que un hombre débil e inferior a vos, usaré contra vos las armas de la debilidad, os abordaré con la mirada incierta, la voz temblorosa, las manos unidas; os suplicaré que me concedáis esta vez por lo menos la gracia de lo que vos perseguís. Os pediré para mí, para mí, que no puedo, no sé por qué, ver en vos a un enemigo; os enterneceré, os convenceré, y conseguiré que no me dejéis con el remordimiento de haber visto la pérdida de esta pobre reina sin haber expuesto mi vida por ella. Lo conseguiré, ¿verdad? Lograré que destruyáis ese libelo que hará llorar a una mujer; de lo contrario, por mi honor, por este amor fatal que vos conocéis tan bien, con esta espada, impotente contra vos, me atravesaré el corazón a vuestras plantas.
—¡Ah! —murmuró De Cagliostro, mirando a Felipe con manifiesto dolor—. Si fuesen todos como vos, yo estaría con ellos.
—Monsieur, os lo ruego; atended mi súplica.
—Contad —dijo De Cagliostro después de un silencio— si los mil ejemplares están ahí y quemadlos vos mismo.
Felipe sintió que el corazón le subía a la garganta; corrió al armario, sacó los ejemplares, los arrojó al fuego y, estrechando con efusión la mano de De Cagliostro, dijo:
—Adiós, adiós, monsieur. Cien veces gracias por lo que acabáis de hacer por mí.
Y salió. Al verle ya fuera, De Cagliostro se dijo: «Yo debía al hermano esta compensación por lo que ha sufrido la hermana.»
Después, se asomó a la ventana y gritó:
—Mis caballos.

XXXIV
EL CABEZA DE FAMILIA DE LOS TAVERNEY

Mientras esto ocurría en la calle Neuve-Saint-Gilles, monsieur de Taverney padre se paseaba por su jardín, seguido de dos lacayos que empujaban un sillón de ruedas.
Había en Versalles, y hay quizá todavía hoy, viejos palacios con jardines estilo francés que, por una servil imitación de los gustos y las ideas de su dueño, reproducían el Versalles de Le Nótre y de Mansart.
Varios cortesanos, con un De la Feuillade que debió de ser su modelo, se hacían construir en pequeño un invernadero subterráneo, un Bassin des Suisses y los baños de Apolo.
Había también el patio de Honor y el Trianón, pero todo reducido a un cinco por ciento; cada estanque parecía simbolizado por un cubo de agua.
De Taverney había hecho otro tanto, ya que Su Majestad Luis XV había adoptado el Trianón. La casa de Versalles había tenido sus trianones, sus vergeles y sus parterres. Puesto que Luis XVI tuvo sus talleres de cerrajería y sus tornos, monsieur de Taverney tenía su forja y sus bancos carpinteros. Puesto que María Antonieta había impuesto jardines ingleses, ríos artificiales, praderas y palacetes, monsieur de Taverney levantó

en un rincón de su jardín un pequeño Trianón para muñecas y un riachuelo para patitos y pececitos.
Sin embargo, en el momento en que nosotros le encontramos, se calentaba al sol en la única avenida que quedaba del Gran Siglo: la avenida de los estilos. Andaba muy despacio, las manos abrigadas, y cada cinco minutos los criados le acercaban el sillón para que descansase. Mientras el anciano saboreaba este reposo y se recreaba bajo un tibio sol, se le acercó un criado anunciándole:
—El caballero de Taverney.
—Mi hijo —dijo el anciano con alborozo, y al volverse y ver a Felipe, exclamó—: Mi querido Felipe. Llegas en el momento más oportuno; planeo una serie de alegres proyectos. Pero..., ¿qué cara es ésa? ¿Estás enfadado?
—No, monsieur.
—¿Sabes ya el resultado del asunto?
—¿Qué asunto?
El vejete se volvió para asegurarse de que nadie escuchaba.
—Podéis hablar, monsieur; nadie nos oye.
—Me refiero al asunto del baile.
—Aún comprendo menos.
—Del baile de la Ópera.
Felipe enrojeció, hecho que notó el anciano.
—¡Qué imprudente eres! Haces como los marinos torpes: cuando tienen viento favorable, inflan todas las velas. Vamos, siéntate en ese banco y escucha mi sermón; tengo algo bueno que decirte.
—Monsieur, yo...
—Tú estás abusando, sin que te detenga nada, tú, tan tímido a veces, tan delicado, tan reservado. En estos momentos la comprometes.
—¿De qué queréis hablarme, monsieur? —le preguntó Felipe, riendo.
—De «ella», diablos; de «ella».
—¿Quién es ella?
—¿Crees que ignoro tu escapada, vuestra escapada al baile de la Ópera?
—Monsieur, yo os juro...
—No te enfades, pues lo que te digo es por tu bien; tú no has tomado ninguna precaución, y no sabes que se te ha visto con ella en el baile, y te verán en otro sitio cualquiera...
—¿Que se me ha visto?
—¿Lo preguntas? ¿Tienes o no tienes un dominó azul?
Felipe iba a replicar que no tenía ningún dominó azul, y que le habían confundido, que no había ido al baile, que no sabía de qué baile le hablaba, pero repugna a ciertos corazones defenderse en circunstancias delicadas, y sólo se defienden con bravura cuando saben que se les ama, aunque también saben que defendiéndose rinden un servicio al que les acusa.
«¿Pero para qué —pensó Felipe— dar explicaciones a mi padre? Por otra parte quiero enterarme de lo que sucede.»
Y bajó la cabeza como un culpable que confiesa.
—Ahora te das cuenta —volvió a decir el viejo con acento de triunfo—. Tenía la seguridad de que lo reconocerías. Acaso sabías que monsieur de Richelieu, que te aprecia mucho y que estaba en ese baile a pesar de sus ochenta y cuatro años, se preguntó quién podría ser el del dominó azul a quien la reina le daba el brazo, y no vio de quién sospechar sino de ti, porque reconoció a todos los demás, y tú ya sabes que el duque conoce a todo el mundo.

—¿Así que se supuso que era yo? —preguntó fríamente Felipe—. No me extraña, pero que se reconociese a la reina, me parece increíble.
—¡Pues sí que era difícil de reconocer cuando fue desenmascarada! Eso va más allá de cualquier fantasía. ¡Qué audacia! Esa mujer debe de estar loca por ti.
Felipe enrojeció. Seguir discutiendo comenzaba a serle insoportable.
—Si eso no es audacia —continuó el viejo De Taverney—, es una casualidad que tiene que alarmarte. Ten cuidado, hijo mío; hay muchos celosos y envidiosos a los que hay que temer. Es un puesto muy envidiado el de favorito de una reina cuando la reina es el verdadero rey.
Y De Taverney aspiró lentamente un poco de rapé.
—Tú me perdonas mi sermoncito, ¿verdad? Perdónamelo, querido, y no sabes cómo te lo agradezco. Quisiera impedir que un capricho del azar descalzara ese andamiaje que has levantado tan hábilmente.
Felipe se sentía inundado de sudor y mientras escuchaba mantenía los puños crispados. Se disponía a marchar para cortar aquel discurso, con la alegría con que se rompen las vértebras de una serpiente, pero un extraño sentimiento le detenía, un sentimiento de curiosidad dolorosa, uno de esos incontenibles deseos de saber el mal, ese aguijón que tortura los corazones llenos de amor.
—Yo te diría que se nos tiene envidia —insistió el anciano—. Es muy sencillo. Sin embargo, nosotros no hemos alcanzado todavía la cima adonde quieres hacernos subir. A ti pertenece la gloria de haber elevado el nombre de los De Taverney por encima de su humilde origen. Sólo te ruego que seas prudente; de lo contrario, el resultado puede ser un fracaso del que difícilmente te recobrarías.
Felipe se volvió para disimular la angustia que le atormentaba; su íntimo abatimiento habría desconsolado a su padre si lo hubiese advertido.
—Sin tardar demasiado tiempo podrás alcanzar un gran cargo, y acaso me consigas el puesto de lugarteniente del rey en algún sitio que no esté muy lejos de París; en tu mano estará el que un día sean pares de Francia los De Taverney-Maison-Rouge, y tú serás duque, par, lugarteniente general. Aún viviré dos o más años, y lograrás que me concedan...
—¡Basta, basta! —pidió Felipe con voz sorda.
—¿Basta? Si tú te das por satisfecho, yo no. Tú tienes toda una vida por delante, y yo quizá sólo meses. Y quiero que los meses que me quedan me compensen de mi triste pasado. De mi otra realidad no me quejo. Dios me dio dos hijos. Es mucho para un hombre sin fortuna, pero si mi hija ha sido inútil para nuestra casa, tú repararás ese daño. Tú eres el arquitecto del templo. Yo veo en ti el gran De Taverney, el héroe. Me inspiras el mayor respeto, pues tu conducta en la corte es admirable, la más sagaz que conozco.
—¿Mi conducta? —preguntó Felipe, irritado al verse elogiado por aquel anciano que prodigaba la moral de los reptiles.
—La que vienes siguiendo es soberbia. Tú no demuestras celos. Aparentemente, dejas el campo libre a todo el mundo, pero tienes los pies firmes en el suelo.
—No os comprendo —dijo Felipe, cada vez más indignado.
—Tu enemiga es la modestia. Tu conducta es el calco de la de Potemkin, cuya fortuna ha asombrado al mundo. Potemkin vio que Catalina amaba la vanidad en sus amores, y que si se la dejaba libre revolotearía de flor en flor, volviendo siempre a la más prometedora, a la más bella; que si se la acosaba se le escaparía, y entonces tomó su partido. Era él quien hacía más agradables a la emperatriz los nuevos favoritos; era él quien les hacía valer por un lado, reservándose hábilmente su lado vulnerable; él quien tramaba el hastío de la soberana con caprichos pasajeros, sin caer en el error de aburrirla

con sus propios placeres. Preparando el reinado efímero de estos favoritos que se llamaron irónicamente los Doce Césares, Potemkin convertía su reinado en eterno e indestructible.
«¡Qué de infamias incomprensibles!», se dijo el infeliz Felipe, mirando a su padre con estupor mientras el viejo proseguía en el mismo tono.
—Según el sistema de Potemkin, tú has cometido un ligero error. El no abandonaba nunca la vigilancia, y tú te descuidas. Ten en cuenta que la política francesa no es la política rusa.
Una vez pronunciadas estas palabras con una afectada delicadeza que hubiera desconcertado a la más acreditada cabeza diplomática, Felipe, que creyó que su padre deliraba, no respondió más que con un encogimiento de hombros poco respetuoso.
—Sí, sí; ¿crees que yo no te he adivinado? Lo vas a ver.
—Vos diréis, monsieur —dijo Felipe, mirándole fríamente.
—¿Me dirás que no estás criando como a un pajarito a tu sucesor?
—¿A mi sucesor? —preguntó Felipe, palideciendo.
—¿Me dirás que no sabes lo que hay de firme en las ideas amorosas de la reina cuando está dominada por la pasión? Pero en previsión de un cambio suyo, tú no quieres ser sacrificado, que es lo que ocurre siempre con la reina, porque ella no puede amar el presente y sufrir al mismo tiempo el pasado.
—Estáis hablando en hebreo, señor barón.
El viejo soltó una risotada estridente y diabólica que estremeció a Felipe.
—¿Me harás creer ahora que tu táctica no es la de manejar a De Charny?
—¿De Charny?
—Sí, tu sucesor. El hombre que cuando reine quizá te expulse de Francia, lo mismo que tú puedes desterrar a De Coigny, a Vaudreuil y a los demás.
La sangre se agolpó en los ojos de Felipe.
—¡Basta! —gritó de nuevo—. ¡Basta, monsieur! Me avergüenza haberos escuchado tanto tiempo. Quien diga que la reina de Francia es una Mesalina, ése, monsieur, es un infame calumniador.
—Bien, muy bien —replicó el viejo—. Tienes razón. Ese es tu papel; pero te aseguro que en este momento nadie nos escucha.
—¡Oh!
—En cuanto a De Charny, ya ves que te he descubierto. Por muy hábil que sea tu plan, adivinar está en la sangre de los De Taverney. Continúa, Felipe, continúa. Lisonjea, halaga, consuela a De Charny, ayúdale a pasar dulcemente y sin amargura del estado de hierba al estado de flor, y puedes estar seguro de que, siendo un gentilhombre, cuando más tarde alcance el favor de la reina, te valdrá de algo lo que tú habrás hecho por él.
Después de estas palabras, monsieur de Taverney, envanecido con su alarde de perspicacia, se levantó con una agilidad que le recordó a sí mismo su juventud, una juventud insolente, más insolente cuanto más próspera.
Enfurecido, Felipe le cogió por la manga y le detuvo.
—¿Eso es lo que teníais que decirme? Vuestra lógica es admirable.
—¿Te he descubierto, y por eso me odias? Bah, ya me perdonarás. Por otro lado, yo también quiero a De Charny y estoy muy tranquilo porque sé que en este asunto procedes con él acertadamente.
—Vuestro De Charny es de tal suerte mi favorito, el pájaro criado en mi mano, que hace un momento le he clavado en un costado dos centímetros de esta espada.
—¡Cómo! —exclamó De Taverney, espantado ante aquellos ojos que centelleaban y la belicosidad que descubrían—. ¿No querrás decir que has tenido un duelo con De Charny?

—Y que le he herido.
—Por Dios, por Dios...
—Esta es mi manera de cuidar, de halagar, de manejar a mis sucesores. Ahora que conocéis mi escuela, seguid con vuestras teorías.
Felipe hizo un movimiento desesperado para huir y el viejo le detuvo, exclamando:
—Felipe, Felipe, dime que estás bromeando.
—Llamadlo y sabréis si es una broma.
El anciano miró al cielo, murmuró algunas palabras sin ilación, y dejando a su hijo, corrió a su gabinete.
—¡De prisa, de prisa! —gritó—. Un hombre a caballo que corra a informarse de cómo se encuentra monsieur de Charny, que ha sido herido, y que no se olviden de decirle que van de mi parte.
«Este traidor de Felipe —se dijo al volver a su sillón— no es más que el hermano de su hermana. ¡Y yo que le creía corregido! Ay, no hay más que una cabeza en mi familia, sólo una: la mía.»

XXXV
EL CUARTETO DEL SEÑOR DE PROVENZA

Mientras estos acontecimientos ocurrían en París y en Versalles, el rey, tranquilo como de costumbre, pues sabía que sus flotas habían alcanzado la victoria y que el invierno ya finalizaba, planeaba en su gabinete, entre documentos, cartas y mapamundis, nuevos proyectos, dispuesto a abrir en los mares nuevos surcos a los barcos de De la Perouse.
Un ligero golpe en la puerta le devolvió a la realidad.
—¿Puedo entrar, hermano?
—El conde de Provenza, el inoportuno —gruñó el rey, dejando un libro de astronomía abierto, cuyas láminas había repasado. Y en voz alta—: Adelante.
Un personaje gordinflón, bajo, colorado y de viva mirada, entró con aire demasiado respetuoso para un hermano y demasiado familiar para un súbdito.
—¿No me esperabais?
—Pues no.
—¿Os molesto?
—No, ¿tenéis algo interesante que decirme?
—Un rumor tan divertido, tan grotesco...
—Sí, murmuraciones.
—Justo.
—¿Y os ha divertido?
—Sí, por su rareza.
—Alguna calumnia contra mí.
—Dios es testigo de que yo no me reiría si se tratara de eso.
—Entonces es contra la reina.
—Sire, figuraos que se me ha dicho seriamente, muy seriamente: «Os apuesto uno contra ciento, contra mil, que...»
—Hermano, desde que mi preceptor me hizo admirar esta facultad oratoria, como modelo del género, en madame Sevigné, dejé de admirarla para siempre... Vamos al hecho.
—Pues bien —dijo el conde de Provenza, un poco desconcertado por tan seca acogida—, se dice que la reina durmió el otro día fuera de casa. ¿En, eh? —agregó tratando de reír.
—Sería muy triste si fuera verdad —dijo el rey gravemente.

—Pero no es verdad, ¿no?
—No.
—¿Tampoco es verdad que se ha visto a la reina esperar a la puerta de los reservados?
—No.
—El día, ya sabéis, que ordenasteis cerrar la puerta a las once.
—No sé nada.
—Pues, figuraos que ese rumor pretende...
—¿Y qué es un rumor? ¿Dónde está? ¿Quién lo propaga?
—He aquí un matiz profundo, muy profundo. En efecto, ¿qué es el rumor? Ese ser intangible, incomprensible, que se llama rumor, pretende que se ha visto a la reina con el conde de Artois y cogidos del brazo a las doce y media de tal noche.
—¿Dónde?
—Camino de una casa que el conde de Artois posee por ahí, detrás de las caballerizas. ¿Vuestra Majestad no ha oído hablar de este suceso?
—Sí, he oído hablar de ello y bastante.
—¿Cómo, Sire?
—Sí. ¿Es que vos no hacéis todo lo posible para que se oiga hablar de ello?
—¿Yo?
—Vos.
—Entonces, Sire, ¿qué es lo que he hecho?
—Un cuarteto, por ejemplo, que ha publicado el Mercare.
—¡Un cuarteto! —exclamó el conde, más colorado que al llegar.
—Se sabe que sois favorito de las musas.
—De ningún modo
—Se os acusa de haber hecho un cuarteto que termina con estos versos:
Helena no había dicho nada de ello al buey rey Menelao.
—¿Yo, Sire?
—No lo neguéis. He aquí el original del cuarteto; vuestra letra... Yo no entiendo mucho de poesía, pero en manuscritos... igualo a un experto.
—Sire, una locura es causa de otra.
—Monsieur de Provenza, os aseguro que no ha habido más locura que la vuestra, y me asombra que un filósofo haya cometido esta locura; reservemos este calificativo para vuestro cuarteto.
—Vuestra Majestad es duro conmigo.
—La Ley del Talión, hermano mío. En lugar de escribir versos, hubierais podido informaros de lo que ha hecho la reina, como yo lo hice, y en lugar del cuarteto contra ella, y de rechazo contra mí, habríais escrito un madrigal en honor a vuestra cuñada. Después de esto, diréis que no es un motivo de inspiración, pero yo prefiero una mala poesía a una buena sátira. Horacio decía también esto. Horacio, vuestro poeta.
—Sire, me abrumáis.
—No estando seguro de la inocencia de la reina, como yo lo estoy —repitió el rey con firmeza—, hubierais hecho bien en releer a vuestro Horacio. ¿No es él quien ha dicho tan bellas palabras? Perdón, yo destrozo el latín: Rectius hoc est; hoc faciens vivam melius, sic dulcis amicis occurram. «Esto es mejor; si lo hago, será más honrado; si lo hago, seré bueno para mis amigos.» Vos traduciréis más elegantemente, pero creo que ése es el sentido.
Y el buen rey, después de esta lección, más paternal que fraternal, esperó que el culpable se disculpara. El conde meditó algún tiempo su respuesta, menos como un hombre avergonzado que como un orador empeñado en una cuestión de sutilezas.

—Sire —dijo—, por muy severo que sea el juicio de Vuestra Majestad, tengo una excusa y una esperanza de perdón.
—Explicaos.
—Vos me acusáis de haberme equivocado, ¿no es eso? Y no de haber obrado con mala intención.
—De acuerdo.
—Si es así, Vuestra Majestad, que sabe que no hay hombre que no se equivoque, admitirá que yo no me habré equivocado por algo insignificante.
—Yo nunca acusaría vuestra inteligencia, que es mucha.
—¿Pues cómo no podría cometer un error oyendo todo lo que se murmura? Nosotros los príncipes vivimos en una atmósfera de calumnia, que nos asfixia. Yo no digo que haya creído; yo digo que se me ha informado mal.
—Puede ser así, pero...
—¿El cuarteto? Los poetas somos tipos raros, y por otra parte, ¿no es mejor responder con una suave crítica, que puede ser una advertencia, que con agresividad? Las actitudes amenazadoras, puestas en verso, no ofenden, Sire. Eso no es como los libelos que tratan de que reprendáis violentamente a la reina, y que he creído que yo mismo os lo debía traer.
—¿Un libelo?
—Sí, Sire; el miserable autor de esa vileza es merecedor de una orden de encarcelamiento en la Bastilla.
El rey se levantó bruscamente, diciendo:
—¿Tenéis ese libelo?
—Sí, Sire.
—Dádmelo.
El conde de Provenza sacó del bolsillo un ejemplar de la historia de Ateinotna; la prueba fatal que el bastón de De Charny y la espada de Felipe, lo mismo que el brasero de De Cagliostro, habían puesto fuera de circulación.
El rey lo leyó en un instante, recogiendo más la intención que el texto.
—¡Qué infamia! —dijo—. ¡Qué infamia!
—Como veis, Sire, se pretende que mi hermana visitó la cubeta de Mesmer.
—En efecto, pero ella estuvo allí.
—¿Estuvo allí? —exclamó el conde de Provenza.
—Con mi autorización.
—Oh, Sire...
—Y no es de su presencia en casa de Mesmer de lo que yo deduzco su imprudencia, puesto que le permití que fuera a la plaza Vendóme.
—¿Vuestra Majestad le permitió a la reina que se acercara a la cubeta para experimentar por sí misma...?
El rey golpeó el suelo con el pie. El conde acababa de pronunciar sus palabras en el momento en que los ojos de Luis XVI recorrían el párrafo más insultante para María Antonieta, la historia de su pretendida crisis, de sus contorsiones, de su amago voluptuoso; de todo lo que, en fin, había señalado en casa de Mesmer el paso de mademoiselle Olive.
—¡Imposible, imposible! —dijo el rey palideciendo—. La policía debe saber a qué atenerse acerca de esto.
Tocó la campanilla y le ordenó al criado que acudió:
—Inmediatamente que vayan a buscar a monsieur de Crosne.
—Sire, hoy es día de informe semanal, y monsieur de Crosne espera en el Oeil-de-Boeuf

—Que pase en seguida.
—Permitidme, Sire, que me retire —dijo el conde de Provenza en tono hipócrita y con intención de salir.
—Quedaos —le dijo Luis XVI—. Si la reina es culpable, puesto que sois de la familia, podéis saberlo, y si es inocente, debéis saberlo también, ya que habéis sospechado de ella.
De Crosne entró, y al ver al conde de Provenza con el rey, presentó sus respetuosos saludos a los dos más grandes del reino, y después dirigiéndose al rey, dijo:
—El informe está hecho, Sire.
—Ante todo, monsieur —dijo Luis XVI—, explicadnos cómo se ha permitido publicar en París un libelo denigrante para la reina.
—¿Ateinotna?
—Sí.
—Su autor es un gacetillero llamado Reteau.
—¿Sabéis su nombre y no habéis impedido que lo publicara o detenerle después de la publicación?
—Sire, tengo redactada la orden de detención.
—Entonces, ¿por qué no se le ha detenido?
De Crosne miró intencionadamente al conde de Provenza, quien repuso, haciendo ademán de retirarse:
—Pido licencia a Vuestra Majestad.
—No, no —replicó el rey—. Ya os he dicho que continuéis aquí. Hablad, monsieur de Crosne, y sin reservas; con toda claridad.
—Ocurre —repuso el lugarteniente de policía— que yo no he hecho detener al gacetillero Reteau porque era necesario que antes tuviera una explicación con Vuestra Majestad.
—Os escucho.
—Quizá, Sire, valga más darle a ese gacetillero una cantidad y obligarle a dejar el país, para que lo ahorquen fuera de Francia.
—¿Por qué?
—Porque cuando esos miserables dicen una mentira, el público, que no ignora su falsedad, se regodea viendo que se les escarmienta, a veces con la pena máxima, la horca incluso. Pero cuando, por desgracia, airean una verdad...
—¿Una verdad?
De Crosne se inclinó.
—Sí, la reina estuvo en la cubeta de Mesmer. Fue una desgracia, como vos decís, pero yo se lo permití.
—Sire... —murmuró De Crosne.
El humilde tono del respetuoso súbdito impresionó más al rey, que el tono de reproche con que se había manifestado el intrigante conde de Provenza.
—Esto no es motivo, supongo, para que se ultraje a la reina.
—No, Sire, pero la compromete.
—Monsieur de Crosne, ¿qué os ha dicho vuestra policía?
—Muchas cosas que, al margen del respeto que debo a Vuestra Majestad y de mi fidelidad a la reina, están de acuerdo con algunas acusaciones del libelo.
—¿Decís de acuerdo?
—Una reina de Francia que va vestida como una mujer corriente y se relaciona con una gente equívoca, atraída por esas supercherías de Mesmer, y que, además, va sola...
—¿Sola? —exclamó el rey.
—Sola, Sire.

—Os engañáis, monsieur de Crosne.
—No lo creo, Sire.
—Os han informado mal.
—Diría que fielmente, Sire; puedo informar a Vuestra Majestad del peinado que llevaba la reina, del color de su vestido, el ruido de sus pasos, sus gestos, sus gritos...
—¿Sus gritos?
El rey palideció y estrujó el libelo.
—¡Incluso sus suspiros fueron anotados por mis agentes! —agregó tímidamente De Crosne.
—¿Sus suspiros? La reina no se podía olvidar de sí misma hasta ese punto... La reina no hubiera arrastrado por los suelos mi honor de rey y su honor de mujer.
—Es imposible —dijo el conde de Provenza—. Eso sería más que un escándalo, y Su Majestad es incapaz...
Más que excusarla, esta frase hacía hincapié en la acusación. El rey se dio cuenta, e íntimamente despreció al conde de Provenza.
—Monsieur —dijo al lugarteniente de policía—, ¿estáis seguro de todo lo que habéis dicho?
—Absolutamente seguro, Sire.
—Yo os debo a vos, hermano mío —dijo Luis XVI, pasándose el pañuelo por la frente—, una prueba de lo que antes os he dicho. El honor de la reina y el de mi casa no lo arriesgo jamás. Permití a la reina ir a la cubeta de Mesmer, pero con la condición de que la acompañase una dama virtuosa, irreprochable, incluso santa.
—Ah... —dijo monsieur de Crosne—. Si fue así...
—Sí —dijo el conde de Provenza—; una mujer como madame de Lamballe, por ejemplo...
—Exacto. Para acompañar a la reina designé a la princesa de Lamballe.
—Pero desgraciadamente, Sire, la princesa no la acompañó.
—Entonces —agregó el rey, estremeciéndose—, si la desobediencia ha sido tan grande, debo castigar y castigaré.
Un hondo suspiro le subió del atormentado pecho a los labios.
—Solamente me queda una duda; vos no compartís esta duda, y es natural, porque no sois el rey, el esposo, el amante de la mujer a la que se acusa... Esta duda quiero resolverla.
Llamó al oficial de servicio.
—Que se vea si la princesa de Lamballe está en la cámara de la reina, o en su apartamento.
—Sire, la princesa pasea en el jardín pequeño con Su Majestad y otra dama.
—Rogad a la princesa que suba inmediatamente.
Al salir el oficial, dijo el rey:
—Ahora, señores, diez minutos de espera; no podré tomar partido hasta entonces.
Luis XVI dirigió a los dos testigos de su profundo dolor una mirada que era una amenaza.
Ambos guardaron silencio. De Crosne sentía una tristeza real; el conde de Provenza afectaba tanta tristeza que ni que se la hubiera transmitido el dios Momo.
Un ligero rumor de sedas detrás de las puertas advirtió al rey que llegaba la princesa de Lamballe,

XXXVI
LA PRINCESA DE LAMBALLE

Entró la princesa de Lamballe. Bella y serena, frente descubierta, bucles recogidos sobre las sienes, cejas negras y finas como dos rayas de ébano, ojos azules, transparentes, y nariz recta y pura, labios castos y voluptuosos a la vez... Tal era la belleza de la princesa de Lamballe, tutelando un cuerpo de una hermosura impar.
La princesa llevaba con ella, en torno a ella, ese perfume de virtud, de gracia y de espiritualidad que Mira de la Valliere emanaba de sí antes del favor real y después de su desgracia.
Cuando el rey la vio llegar, risueña y humilde, sintió un gran dolor. «¡Ay!, lo que diga esa boca será acaso una condena.»
—Sentaos, princesa —le dijo tras un respetuoso saludo y mientras el conde de Provenza se le acercaba para besarle la mano.
—¿Qué desea de mí Vuestra Majestad? —preguntó la princesa con su angelical voz.
—Una información, madame.
—Preguntadme, Sire.
—¿Qué día acompañasteis a la reina a París? Recordadlo exactamente.
De Crosne y el conde se miraron sorprendidos.
—Comprenderéis, señores —dijo el rey—. Vos no dudáis y yo todavía dudo; pregunto, pues, como un hombre que duda.
—El miércoles, Sire —contestó la princesa.
—Perdonadme —continuó Luis XVI—, querida prima, pero deseo saber la verdad.
—La sabréis si me preguntáis, Sire —dijo sencillamente madame de Lamballe.
—¿A qué fuisteis a París?
—Fuimos a casa de Mesmer, en la plaza Vendóme.
Los dos testigos se estremecieron y el rey enrojeció.
—¿Sola?
—No, Sire; con Su Majestad la reina.
—¿Con la reina? ¿Decís con la reina? —exclamó Luis XVI, cogiendo nerviosamente su mano.
—Sí, Sire.
El conde de Provenza y De Crosne la miraron con estupor.
—Vuestra Majestad había autorizado a la reina —dijo la princesa—, según me dijo Su Majestad.
—Cierto, yo la había autorizado. Me tranquilizo porque madame de Lamballe es incapaz de mentir.
—Incapaz, Sire —dijo con dulzura la princesa.
—Naturalmente —convino monsieur de Crosne con el mayor respeto—. Pero entonces, Sire, permitidme...
—Os lo permito, monsieur de Crosne; preguntad, buscad; he traído a mi querida princesa al banquillo y la dejo a vuestra merced.
La princesa sonrió, diciendo:
—Estoy dispuesta, pero recordaré que la tortura está abolida.
—Sí, la suprimí para los demás —dijo el rey con una sonrisa—, pero no para mí.
—Madame —dijo De Crosne—, tened la bondad de decirle al rey lo que Su Majestad y vos hicisteis en casa de monsieur Mesmer, y sobre todo cómo iba vestida Su Majestad.
—Su Majestad llevaba un vestido de tafetán gris perla, un manto de muselina bordado, un manguito de armiño y un sombrero de terciopelo rosa con cintas negras.
Era una descripción totalmente opuesta a la que se dio respecto a Olive.
De Crosne demostró una gran sorpresa, y el conde de Provenza se mordió los labios.
El rey se frotaba las manos de alegría, preguntando:
—¿Y qué hizo la reina al entrar allí?

—Sire, tenéis razón diciendo «al entrar allí», porque casi no entramos.
—¿Juntas?
—Juntas, y apenas abríamos la puerta del primer salón, donde nadie habría podido reconocernos debido al apasionamiento con que seguían los experimentos magnéticos, una mujer se acercó a Su Majestad, le ofreció una máscara y le suplicó que no pasara adelante.
—¿Y os detuvisteis? —preguntó vivamente el conde de Provenza.
—Sí, monsieur.
—¿Y no entrasteis en el primer salón? —preguntó De Crosne.
—No, monsieur.
—¿Y no dejasteis el brazo de la reina? —interrogó el rey con un resto de ansiedad.
—Ni un segundo; el brazo de Su Majestad siguió en el mío.
—Muy bien —exclamó el rey—. ¿Qué pensáis de todo eso, monsieur de Crosne? Y vos, hermano, ¿qué decís?
—Es extraordinario, es sobrenatural —dijo el conde fingiendo una alegría que denunciaba su despecho más de lo que lo había demostrado con sus dudas.
—No hay nada de sobrenatural en ello —contestó en el acto De Crosne, a quien la satisfacción del rey producía una especie de remordimiento—. Lo que la princesa ha dicho no puede ser más que la verdad.
—¿Entonces? —preguntó el conde.
—Entonces, monseñor, mis agentes se equivocaron.
—¿Lo decís en serio? —preguntó nerviosamente el conde de Provenza.
—Claro que sí, monseñor; mis agentes se engañaron. Su Majestad sólo hizo lo que acaba de decir la princesa y en cuanto a ese gacetillero, hoy mismo firmaré la orden para que se le detenga inmediatamente.
—Un momento —dijo el rey—, un momento; siempre habrá tiempo para que se ahorque a ese gacetillero. Vos, princesa, habéis hablado de una mujer que detuvo a la reina al ir a entrar en el salón. ¿Podéis decirnos quién era esa mujer?
—Parecía que Su Majestad la conocía, Sire; yo diría que la conocía bastante.
—Es necesario que yo hable con esa mujer. En ella está la clave del misterio.
—Soy de la misma opinión que Su Majestad —dijo De Crosne, a quien el rey se había dirigido.
—Conforme —murmuró el conde de Provenza—. Esa mujer me hace el efecto del dios de los desenlaces. ¿La reina os confesó que la conocía?
—Su Majestad no me confesó nada, monseñor; me lo dijo.
—Sí, sí, perdón.
—Mi hermano quiere decir —precisó el rey— que si la reina conocía a esa mujer, vos también debéis saber su nombre.
—Se llama Juana de la Motte-Valois.
—¡Esa intrigante! —exclamó el rey con indignación.
—¡Esa mendiga! —dijo el conde—. Será difícil hacerla hablar. Es una mujer muy astuta.
—Nosotros seremos tan astutos como ella —dijo De Crosne—. Además, no hay astucia que valga después de la declaración de madame de Lamballe. Y bastará una palabra del rey...
—No, no —dijo Luis XVI con descorazonamiento—. Estoy cansado de ver esta mezquina sociedad alrededor de la reina, a la cual su innata bondad la impulsa a querer remediar miseria sin advertir a veces que la rodea gente equívoca, cuando no se codea con títulos de dudosa raigambre.
—Madame de la Motte es una Valois —dijo la princesa.

—Sea lo que quiera, no quiero que ponga los pies aquí. Prefiero privarme de la alegría que me habría proporcionado la absolución de la reina; sí, prefiero renunciar a esa alegría antes que sufrir la presencia de esa mujer.
—Sin embargo, vos la veréis —exclamó la reina, pálida de cólera, quien apareció en el gabinete, noblemente altiva y mirando fijamente al conde de Provenza, el cual rehuyó su mirada y la saludó inclinando servilmente la cabeza.
—Sí, Sire —continuó la reina—. No es cuestión de temer o no querer ver a esa mujer a quien la agudeza de mis acusadores... —y otra vez miró desdeñosamente a su cuñado el conde de Provenza— y la franqueza de mis jueces... —dirigiéndose ahora al rey y a De Crosne— conseguirán, por el respeto que se debe a sí misma, que diga la verdad, sólo la verdad. Y yo, la acusada, pido que se oiga a esa mujer.
—Madame —se apresuró a decir el rey—, habéis oído que no se irá a buscar a madame de la Motte para hacerle el honor de que declare ni a favor ni en contra de vos. Yo no coloco vuestro honor en una balanza cuyo platillo dependa del testimonio de esa mujer.

—No se enviará a buscar a madame de la Motte, porque ella está aquí.
—¡Aquí! —exclamó el rey, retrocediendo como si hubiera pisado un reptil—. ¡Aquí!
—Sire, sabéis que visité a una desgraciada mujer que lleva un nombre ilustre. Después de mi visita se han dicho tantas vilezas, que vos no ignoráis... —y de nuevo miró al conde de Provenza, con fría agresividad, quien en aquel instante hubiera querido estar a mil leguas, limitándose a mirar a la reina con gestos de aprobación.
—¿Y bien? —dijo Luis XVI.
—Ese día, Sire, olvidé en casa de madame de la Motte un estuche con un retrato, y ella acaba de traérmelo; está aquí.
—No, no; no hace ninguna falta. Estoy convencido —dijo el rey—. Y prefiero que las cosas queden así.
—Pero yo no estoy satisfecha —objetó la reina—, y la haré pasar. Además, ¿por qué esa repugnancia? ¿Qué es lo que ella ha hecho? ¿Qué es ella, pues? Si no lo sé, instruidme. Monsieur de Crosne, vos que lo sabéis todo, decidme...
—Yo no sé nada que sea desfavorable a dicha madame —respondió el magistrado.
—¿De verdad?
—Seguro. Es pobre; he aquí todo. Un poco ambiciosa quizá.
—La ambición es la voz de la sangre. Si no tenéis contra ella más que eso, el rey puede admitir su testimonio.
—No sé —repuso Luis XVI— si es por instinto, pero presiento que esa mujer será causa de una desgracia, de un infortunio en mi vida...
—¡Oh, Sire, qué superstición! Id a buscarla —dijo la reina a la princesa de Lamballe.
Cinco minutos después, Juana, humilde y turbada, pero distinguida en su actitud y en su aspecto, entraba en el gabinete del rey, quien, sin disimular su hostilidad, estaba de espalda a la puerta, con los codos apoyados en el escritorio y la cabeza en las manos, pareciendo un extraño en medio de los presentes.
El conde de Provenza asaeteaba a Juana con miradas tan impertinentes por inquisitivas, que si la modestia de Juana hubiera sido real, difícilmente habría podido superar aquel momento, difícilmente hubiera podido decir nada, pero se necesitaba algo más para desconcertar a Juana de la Motte. Ni rey, ni emperador con su cetro, ni papa con su tiara, ni potencias celestes, ni los poderes de las tinieblas habrían hecho mella en ese espíritu de hierro, ni por medio del temor ni demostrándole afecto.
—Madame —dijo la reina, llevándola delante del rey—, tened la bondad de decir lo que hicisteis el día de mi visita a la consulta de Mesmer. Tratad de recordarlo fielmente. Nada de evasivas ni de rodeos. Sólo la verdad, tal como sigue viva en vuestra memoria.

La reina se sentó en un sillón, sin mirarla, para no influir en ella con la mirada.
¡Qué papel para Juana, cuya perspicacia había adivinado que su soberana tenía necesidad de ella! Para ella, que intuía que María Antonieta era víctima de infundadas sospechas y que podía justificarlas sin apartarse de la verdad. Otra mujer cualquiera hubiera cedido, teniendo esta convicción al placer de justificar a la reina, exagerando sus pruebas. Juana de la Motte era de una naturaleza tan sutil y tan fuerte, que se concretó a un relato cabal y veraz de los hechos.
—Sire —dijo—, yo había ido a casa de Mesmer por curiosidad, como va todo París. El espectáculo me pareció un poco grosero. Iba a retirarme cuando de pronto vi en la puerta de entrada a Su Majestad, a la cual había tenido el honor de ver la antevíspera, sin saber quién era, pues su generosidad fue anónima. Cuando me fijé en sus augustos rasgos, que jamás se borrarán de mi memoria, me pareció que la presencia de la reina era impropia de aquel lugar, donde muchos sufrimientos y ridículas curaciones se realizan como un espectáculo. Suplico humildemente perdón a Su Majestad, por haberme atrevido a pensar tan libremente acerca de su conducta, pero eso fue como un relámpago, un instinto de mujer, y pido perdón de rodillas si traspaso la línea de respeto que debo a los menores movimientos de Su Majestad.
Y se detuvo emocionada, bajando la cabeza y llegando, gracias a un arte inesperado, al sofoco que precede al llanto.
De Crosne se sintió impresionado y madame de Lamballe miraba enternecida a aquella mujer, que parecía delicada, tímida, espiritual y buena.
El conde de Provenza estaba aturdido.
La reina miró a Juana con expresión de gratitud, acaso correspondiendo a la mirada que Juana esperaba de ella.
—Muy bien... —dijo la reina—. ¿Habéis oído, Sire?
—Yo no he necesitado —contestó Luis XVI— el testimonio de madame.
—Se me ha ordenado que hablase —repuso tímidamente Juana—, y he tenido que obedecer.
—Basta —dijo secamente el rey—. Cuando la reina dice una cosa no necesita testigos que confirmen sus palabras. Cuando la reina tiene mi aprobación, está por encima de las maledicencias de nadie.
Y se levantó, acabando con estas palabras de aplastar al conde de Provenza, y a las cuales la reina agregó una desdeñosa sonrisa. El rey volvió la espalda a su hermano, besando la mano de María Antonieta y la de la princesa de Lamballe, despidiendo a ésta y pidiéndole perdón por haberla retenido «para nada».
No dirigió una palabra ni una mirada a Juana de la Motte, pero como tenía que pasar por delante de ella para volver a su sillón, y como temía ofender a la reina con una falta de cortesía hacia la mujer que ella había recibido, dirigió a Juana un sobrio saludo, al cual ella respondió con una profunda reverencia.
La princesa de Lamballe salió la primera, después Juana de la Motte, que la reina hizo pasar delante, y luego la reina, que salió mirando amorosamente al rey. En el acto se oyó en el corredor un rumor de voces femeninas que se alejaban cuchicheando.
—Querido hermano —dijo entonces Luis XVI al conde de Provenza—, no os retengo más. Tengo que terminar el trabajo de la semana con el lugarteniente de policía. Os agradezco que hayáis concedido vuestra atención a esta plena, entera y completa justificación de vuestra hermana. Me complazco en ver que estáis tan contento como yo, lo que no es decir poco. Ahora nos toca a nosotros, monsieur de Crosne. Sentaos, os lo ruego.

El conde de Provenza saludó, siempre sonriente, y salió del gabinete cuando ya no oía aquellas voces femeninas, diciéndose que así podía evitar una mirada intencionadamente acusadora, un gesto hostil, una palabra agresiva...

XXXVII
EN LAS HABITACIONES DE LA REINA

La reina, en cuanto salió del gabinete de Luis XVI, midió en toda su extensión el peligro que acababa de correr. Apreció lo que Juana había puesto de delicadeza y de reserva en su improvisada declaración, y el tacto verdaderamente notable con que después continuaba en la sombra.

En efecto, Juana, que por una inesperada suerte acababa de iniciarse en los íntimos secretos que los cortesanos más hábiles acechan durante años sin conseguirlo, y comprendiendo que había desempeñado un importante papel en una delicada jornada de la reina, no pretendía obtener ninguna ventaja, ni quería que un gesto suyo pusiera en guardia el susceptible orgullo de los grandes, tan quisquillosos cuando advierten sentimientos del más noble linaje en sus inferiores.

Sin embargo, la reina, en lugar de aceptar la intención de Juana, que era ofrecerle sus respetos y retirarse, la retuvo con una amable sonrisa, diciéndole:

—Fue una gran fortuna, condesa, que me impidieseis entrar en casa de Mesmer con la princesa de Lamballe. Ved cómo todo se ha falseado, y aún no habiendo pasado yo más allá de la puerta, ha sido suficiente para aseguraros que yo había estado dentro, en lo que llaman la sala de las crisis. ¿No es ése el nombre que le dan?

—La sala de las crisis, sí, madame.

—Pero —preguntó la princesa de Lamballe—, ¿cómo es posible que los asistentes supieran que la reina estaba allí, y que los agentes de monsieur de Crosne se hayan engañado también? Ahí está el misterio, según creo; los agentes del lugarteniente de policía afirman que la reina se encontraba en la sala de las crisis.

—Es verdad —dijo la reina pensativa—. Y no hay ningún interés por parte de De Crosne, que es un hombre honrado y que me quiere, pero los agentes pueden haber sido sobornados, querida princesa. Tengo enemigos, y vos lo sabéis. Forzosamente ese rumor se apoya en algo. Decidnos todos los detalles, condesa. Primero, el infame libelo me presenta embriagada, fascinada, magnetizada de tal forma que perdí toda dignidad femenina. ¿Qué hay de verdad en eso? ¿Hubo ese día una mujer?

Juana enrojeció. El secreto todavía era suyo; el secreto sobre el cual una sola palabra podía destruir su funesta influencia sobre el destino de la reina. Si ella lo revelaba, perdía ocasión de ser útil, incluso indispensable a Su Majestad. Esa situación arruinaría su porvenir, y siguió reservada como la primera vez.

—Madame —dijo—, había en efecto una mujer muy agitada y que llamó la atención por sus contorsiones y su delirio. Pero me parece que...

—¿Os parece —dijo vivamente la reina— que esa mujer sería cualquier mujerzuela, quizá lo que se entiende por una mujer de vida airada, y no la reina de Francia?

—Ciertamente, madame.

—Condesa, habéis respondido muy bien al rey, y ahora es a mí a quien toca hablar de vos. Decidme, ¿cómo van vuestros asuntos? ¿Qué probabilidades veis para hacer reconocer vuestros derechos?

En ese momento entró madame de Misery.

—¿Vuestra Majestad quiere recibir a mademoiselle de Taverney?

—Claro que sí. ¡Qué ceremoniosa es! Nunca faltará a la etiqueta. Andrea, Andrea, venid aquí.

—Vuestra Majestad es demasiado buena conmigo —dijo mademoiselle de Taverney tras un gentil saludo.
Y vio a Juana, quien reconociendo a la segunda dama alemana de la Oficina de Caridad, adoptó una actitud de timidez y humildad totalmente fingida.
La princesa de Lamballe aprovechó aquel refuerzo que le llegaba a la reina para regresar a Sceaux, al palacio del duque de Penthievre. Andrea, después de expresar su gratitud a María Antonieta, observó a Juana de la Motte.
—Ved, Andrea —dijo la reina—, esta dama es la que fuimos a ver el día de la última nevada.
—La he reconocido —repuso Andrea, inclinándose.
Juana trató de adivinar en la expresión de Andrea un síntoma de celos, y no vio más que una serena indiferencia.
Andrea, con las mismas pasiones que la reina, y mujer superior en bondad, en espíritu, en generosidad, acostumbrada a encerrarse en una impenetrable discreción que la corte traducía por un indomable pudor de Diana virginal.
—¿Sabéis —le preguntó la reina— lo que se le ha dicho de mí al rey?
—Le habrán dicho precisamente todo lo que de malo hayan inventado, porque no sabrán decir todo lo que hay en vos de bueno.
—Esta —dijo Juana— es la más bella frase que he oído. Y digo que es bella porque expresa el sentimiento que llena mi vida y que mi pobre inteligencia no hubiera encontrado palabras para expresarlo.
—Ya os contaré lo que ocurre, Andrea.
—Lo sé, Majestad. El conde de Provenza lo ha contado hace un momento y una amiga mía le ha oído.
—Es un bonito medio —dijo la reina, con indignación— de propagar la mentira después de haber rendido homenaje a la verdad. Dejemos eso. Estaba hablando con la condesa sobre su situación. ¿Quién os protege, condesa?
—Vos, madame —dijo atrevidamente Juana—; vos, que me permitís venir a besaros la mano.
—Tiene valor —dijo María Antonieta a Andrea—, y me gustan sus arranques.
Andrea no respondió.
—Madame —continuó Juana—, pocas personas me han protegido cuando me encontraba en la miseria y en la oscuridad, pero ahora que se me ha visto una vez en Versalles, todo el mundo querrá serle grato a la reina, demostrando interés por una persona a la que Su Majestad se ha dignado honrar con una mirada.
—Entonces —dijo la reina, sentándose—, ¿ninguno ha sido lo bastante valiente, o lo bastante corrompido, para protegeros por sí mismo?
—Yo tuve primero a madame de Boulainvilliers —repuso Juana—, una dama valerosa; más tarde a monsieur de Boulainvilliers, un protector corrompido... Pero después de mi matrimonio, nadie, ¡oh, nadie! —dijo, con un hábil temblor—. No; perdón, Majestad. Me olvidaba de un hombre galante, un príncipe generoso...
—¿Un príncipe, condesa? ¿Quién?
—El cardenal de Rohan.
La reina hizo un movimiento brusco, y dijo, sonriendo:
—Mi enemigo.
—¿Enemigo de Vuestra Majestad? ¿El cardenal? ¡Oh, madame...!
—Parece que eso os asombra, condesa. ¿No creéis que una reina tenga enemigos? Cómo se ve que no habéis vivido en la corte.
—Madame, el cardenal está en adoración ante Vuestra Majestad; y si yo no me he engañado, su respeto hacia la augusta esposa del rey es igual que su devoción.

—Lo creo, condesa —repuso María Antonieta, dejándose llevar de su alegría habitual—; lo creo en parte. Sí, exactamente: el cardenal está en adoración.
Y al decir estas palabras se volvió hacia Andrea de Taverney con un estallido de risa.
—Sí, condesa; el cardenal me adora. He aquí por qué es mi enemigo.
Juana de la Motte fingió una sorpresa propia de una provinciana.
—Entonces, vos sois la protegida del príncipe arzobispo Louis de Rohan. Contadnos cómo es eso, condesa.
—Es muy sencillo, madame. Su Excelencia, con procedimientos muy magnánimos y delicados y con la generosidad más discreta, me ha socorrido.
—El príncipe Louis es generoso; no se le puede negar. ¿Vos no pensáis, Andrea, que el cardenal pueda sentir también alguna adoración por esta linda mujer? Condesa, decidnos cómo ocurrió.
Y María Antonieta volvió a reír con su risa franca y alegre, sin que mademoiselle de Taverney, siempre seria, estimulase su risa.
«Es muy posible que esa alegría ruidosa no sea más que una alegría ficticia», pensó Juana.
—Madame —dijo, con gesto grave—, tengo el honor de asegurar a Vuestra Majestad que el príncipe de Rohan...
—Muy bien, muy bien —dijo la reina, interrumpiendo a la condesa—. Puesto que vos demostráis tanto celo para él porque sois su amiga...
—Oh, madame... —dijo Juana, con una deliciosa expresión de pudor y de respeto.
—Podríais preguntarle —repuso la reina, con una dulce sonrisa— qué ha hecho de los cabellos que me robó por medio de cierto peluquero, a quien esta hazaña ha costado caro cuando lo he sabido.
—Vuestra Majestad me sorprende —dijo Juana—. ¿Monsieur de Rohan ha podido hacer eso?
—La adoración, siempre la adoración. Después de haberme execrado en Viena, y haber recurrido a todo y ensayado todo para romper el matrimonio proyectado entre el rey y yo, se apercibió un buen día de que yo era mujer y que era su reina y que él, gran diplomático, había cometido una falta y no se libraría de las consecuencias. Entonces tuvo miedo acerca de su porvenir ese querido príncipe. Y ha hecho como todas las gentes de su profesión, que a quienes más lisonjean es a los que les inspiran más miedo, y como me sabía joven, me creía tonta y superficial, después de los suspiros y los aires de languidez, se ha consagrado, como vos decís, a la adoración. Y me adora. ¿No es así, Andrea?
—Madame...
—Ah..., Andrea tampoco quiere comprometerse, pero yo me arriesgo; que por lo menos la realeza sea buena en algo. Condesa, yo sé como vos que el cardenal me adora. Podéis decirle que yo no le detesto.
Estas palabras, en las que había una amarga ironía, impresionaron hondamente el infectado corazón de Juana de la Motte. Si ella hubiese sido noble, pura y leal, no habría visto más que el supremo desdén de la mujer de corazón sublime, el desprecio de un alma superior para las intrigas de los subalternos que se agitan a su alrededor. Esta clase de mujeres, estos ángeles que tanto escasean, nunca defienden su reputación de los ataques de que son objeto. Ni siquiera sospechan que el fango pueda ser fango ni que haya zarzas que desgarran las plumas de sus alas.
La naturaleza vulgar y corrompida de Juana sólo veía un colérico despecho en la reina contra la conducta del cardenal de Rohan. Recordaba los rumores de la corte, rumores de frases de escándalo que habían ido desde el Oeil-de-Boeuf del castillo a los arrabales de París y que encontraron el mayor eco en todas partes.

El cardenal, mujeriego impenitente, le había dicho a Luis XV, quien también era de un erotismo desenfrenado, que la delfina era una mujer incompleta. No se ignoran las intencionadas frases de Luis XV, cuando el matrimonio de su nieto y las preguntas que le hizo a cierto ingenuo embajador.
Juana, mujer completa como la que más; Juana, mujer de la cabeza a los pies; Juana, vanidosa hasta del más insignificante de sus cabellos; Juana, que sentía la necesidad de agradar y de vencer y que confiaba en sus encantos, no podía comprender que otra mujer no pensara lo mismo que ella sobre materias tan delicadas.
«Hay despecho en la reina —se dijo—. Entonces, si hay despecho es porque hay algo más.»
Y diciéndose que el choque engendra la luz, se puso a defender al príncipe de Rohan con toda su inteligencia y con la agudeza con que la naturaleza la había dotado. La reina la escuchaba y Juana se dijo: «Me escucha».
Y la condesa, equivocada debido a su descarriada naturaleza, no se daba cuenta de que la reina le prestaba atención por simple generosidad, ignorando que una escuela cortesana es no hablar nunca bien de aquellos de quienes monsieur piensa mal.
Esta infracción, tan nueva en los hábitos de la casa real; esta derogación de las costumbres palaciegas, por lo que había en ella de insólito, más que contrariar a la reina, le producía cierta satisfacción. María Antonieta veía un corazón allí donde Dios había puesto una esponja.
La conversación continuaba bondadosamente admitida por parte de la reina, pero Juana iba perdiendo su inicial aplomo, reflejándose en la confusión que se advertía en sus palabras y en sus gestos, sintiendo el deseo de pedir licencia para irse, cuando un momento antes se había apropiado el bello papel de la extraña que se siente en el mejor de los mundos codiciados... De pronto se oyó una voz joven, alegre y optimista en el gabinete vecino.
—El conde de Artois —dijo la reina.
Andrea se levantó inmediatamente y Juana se dispuso a retirarse, pero el príncipe entró tan inesperadamente y con tan risueña expresión que Juana de la Motte vio más difícil la posibilidad de irse. No obstante su presencia, se inclinó ante la reina con el ademán de despedirse, interrumpiéndola el príncipe, quien se quedó mirándola como embobado.
—La señora condesa de la Motte —dijo la reina, presentándola al príncipe.
—Ah... —dijo, riendo, el conde de Artois—. Tened cuidado que no os cace, señora condesa. Mi afición es la caza.
La reina hizo una señal a Andrea, la cual retuvo a Juana, entendiendo muy bien lo que quería decir Su Majestad. «Tengo que hacerle un favor a madame de la Motte y no he tenido tiempo; dejémoslo para más tarde.»
—Así que ya habéis vuelto de la caza del lobo —dijo la reina, dando la mano a su hermano, una moda inglesa que comenzaba a tener éxito.
—Sí, hermana. Y he hecho muy buena caza, porque he matado siete y uno de ellos muy grande —repuso el príncipe.
—¿Los habéis matado vos?
—No estoy muy seguro —dijo, riendo—, pero se me ha dicho que sí. Y mientras se pone en claro, os preguntaré si sabéis que he ganado setecientas libras.
—¿Y cómo?
—¿No sabíais que se pagan cien libras por cada cabeza de esos animales? Es caro, pero yo daría de corazón doscientas por cada cabeza de gacetillero. ¿Y vos?
—Entonces —dijo la reina—, ya sabéis la historia.
—Me la ha contado el conde de Provenza.

—Sois el tercero —repuso María Antonieta—. Monsieur es un narrador muy ameno. Contadnos, pues, qué versión os ha contado.
—De la manera mejor para haceros aparecer más blanca que el armiño, más blanca que Venus Afrodita. Hay todavía otro nombre que termina en «a»; los sabios podrían decíroslo. Mi hermano el de Provenza, por ejemplo.
—¿Y no os ha contado otra aventura?
—Del gacetillero, sí. Pero Vuestra Majestad ha salido en defensa de su honor. Se podría decir, si se hiciera un juego de palabras, como De Bievre hace cada día: «El asunto de la cubeta ha sido lavado».
—¡Espantoso juego de palabras!
—Hermana mía, no maltratéis a un paladín que venía a ponerse a vuestra disposición con su lanza y su brazo. Felizmente, no tenéis necesidad de nadie. Querida hermana, ¡qué suerte habéis tenido!
—¿Vos llamáis suerte a esto? ¿Lo entendéis, Andrea?
Juana rió al oírles. El conde, que no cesaba de mirarla, le daba valor.
—Habéis tenido suerte —repitió el conde de Artois—, porque habría podido ocurrir, mi querida hermana, que la princesa de Lamballe no hubiera ido con vos.
—¿Y que fuese yo sola?
—Y que madame de la Motte no estuviese allí para evitar que entraseis.
—Ah... ¿Sabéis que la condesa estaba allí?
—Cuando el conde de Provenza cuenta algo, lo cuenta todo. Podía haber ocurrido que madame de la Motte no hubiese estado en Versalles en el momento oportuno para testimoniar. Vais a decirme que la virtud y la inocencia son como la violeta, que no tiene necesidad de ser vista para ser reconocida; pero con la violeta se hace un ramillete cuando se la ve y se la tira cuando se ha aspirado su perfume. He aquí mi moraleja.
—Muy bella.
—Yo la tomo como la encuentro y vos habéis demostrado que tenéis mucha suerte.
—Mal probado.
—¿Es preciso probarlo mejor?
—No sería superfluo.
—Cometéis una injusticia acusando a la fortuna —dijo el conde, cruzando la estancia para sentarse en el sofá, al lado de la reina—, porque salvada de la famosa escapada del cabriolé...
—Una —dijo la reina, contando con los dedos.
—Salvada de la cubeta...
—Dos. ¿Y después?
—Y salvada del asunto del baile —le dijo al oído.
—¿Qué baile?
—El baile de la Ópera.
—¿Qué decís?
—Digo el baile de la Ópera.
—No os comprendo.
—¡Qué tonto soy! —exclamó él, riendo—. Venir aquí a hablaros de un secreto.
—¿Un secreto? De verdad, querido hermano, he comprendido, que habláis del baile de la Ópera, y por eso estoy intrigada.
Las palabras «baile» y «Ópera» se clavaron en el oído de Juana. Y puso mayor atención.
—¡Mutis! —dijo el príncipe.
—De ninguna manera, de ninguna manera —replicó la reina—. Vos habláis de algo de la Ópera. ¿Qué es eso?
—Imploro vuestra piedad.

—Yo insisto, conde, pues quiero saber.
—Y yo, hermana, deseo callarme.
—¿Queréis desobedecerme?
—De ningún modo. Ya he dicho bastante para que vos comprendáis, supongo.
—Vos no habéis dicho nada en absoluto.
—Ahora sois vos quien me intrigáis... ¿De buena fe?
—Palabra de honor que no me burlo.
—¿Queréis que hable?
—Inmediatamente.
—Pero no aquí —dijo él, señalando a Juana y a Andrea.
—Aquí, aquí. Nunca hay demasiada gente para una explicación.
—Tened cuidado, hermana mía.
—Me arriesgo.
—¿Vos no fuisteis al último baile de la Ópera?
—¿Yo? —exclamó la reina—. ¿Yo en el baile de la Ópera?
—Silencio, por favor.
—No, no. Puedo decirlo en voz muy alta. ¿Decís que yo estuve en el baile de la Ópera?
—Cierto; estabais allí.
—¿Acaso me visteis? —preguntó ella, bromeando.
—Claro que os vi.
—¿A mí? ¿Decís que me visteis?
—A vos, a vos.
—¡Esto ya es demasiado!
—Es lo que yo me dije.
—¿Por qué no decís que me hablasteis? Sería más divertido.
—Pues me acerqué para hablaros, pero me empujó una avalancha de máscaras que me apartaron.
—¡Estáis loco!
—Estaba seguro de que me diríais eso, y no he debido exponerme a ello; la culpa es mía.
La reina se levantó bruscamente y anduvo de un lado a otro sin disimular su indignación.
El conde la miraba con asombro; Andrea temblaba de temor y de inquietud, y Juana se clavaba las uñas en los brazos, tratando de mantener una actitud discreta.
La reina se detuvo, diciéndole al joven príncipe:
—Amigo mío, no bromeemos más; tengo muy mal carácter y pierdo la paciencia; confesad que habéis querido divertiros a mi costa y me quedaré tranquila.
—Yo os lo confesaré si así lo queréis.
—Un poco de seriedad, Charles.
—Tanta como un pez, hermana.
—Decidme, por favor, que vos habéis inventado este cuento; ¿verdad que sí?
El miró vagamente a las otras damas, y después dijo:
—Sí, lo he inventado. Excusadme.
—No me habéis comprendido —repuso la reina, con vehemencia—. Delante de estas damas, ¿retiráis lo que habéis dicho? No mintáis, no intentéis complacerme.
Andrea y Juana retrocedieron discretamente, quedando detrás del tapiz de los gobelinos.
—Pues bien, hermana —dijo el príncipe en voz baja al quedar solo con la reina—, os he dicho la verdad. ¿Por qué no me advertiríais vos más pronto?
—¿Vos me habéis visto en el baile de la Ópera?
—Como os veo ahora, y vos me visteis también.

La reina lanzó un grito, llamó a Juana y a Andrea, corrió a buscarlas al otro lado del tapiz y las trajo a cada una de una mano, casi arrastrándolas.
—Señoras, el conde de Artois afirma que me vio en la Ópera!
—¡Oh! —murmuró Andrea.
—Nada de vaguedades —condicionó la reina—. Probadlo, probadlo...
—Puesto que vos lo queréis... He aquí la prueba. Yo estaba con el duque de Richelieu, con monsieur de Calonne, con... Se os cayó la máscara...
—¿Mi máscara?
—Iba a deciros que era una temeridad, pero desaparecisteis, arrastrada por el caballero que os daba el brazo.
—¿Qué caballero? ¡Dios mío, vais a volverme loca!
—Un dominó azul —dijo el príncipe.
La reina se pasó la mano por la frente, y preguntó:
—¿Qué día fue ése?
—El sábado, la víspera de mi partida para la cacería. Vos dormíais todavía cuando yo me fui, sin que yo pudiera deciros lo que os acabo de contar.
—¡Dios mío, Dios mío! ¿A qué hora me visteis?
—Podrían ser entre las dos o las tres...
—Decididamente, yo estoy loca o lo estáis vos.
—Os repito que soy yo. Quizá me engañé. Sin embargo...
—Sin embargo...
—No lo toméis con ese furor. No se ha sabido nada. Durante un momento creí que estabais con el rey, pero el caballero que os acompañaba hablaba en alemán, y el rey no conoce otro idioma extranjero que el inglés.
—Alemán..., un alemán... Tengo una prueba terminante: el sábado me acosté a las ocho.
El conde la miró sonriendo, incrédulo.
La reina tocó la campanilla.
—Madame de Misery os lo confirmará.
El conde se echó a reír, proponiéndole:
—¿Por qué no llamáis también a Laurent, el suizo de la puerta privada? El lo confirmará también. Soy yo quien ha cargado ese cañón, pero no lo disparéis ahora contra mí.
—¡Oh! —exclamó, irritada—. ¡Que no se me crea...!
—Yo os creería si os viese menos enfurecida, pero el medio que empleáis... Si yo digo sí, otros, los que vayan apareciendo, dirán no.
—¿Otros? ¿Qué otros?
—Los que os vieron, como yo.
—Muy interesante. Pues a esos que me vieron, presentádmelos, inmediatamente...
—Felipe de Taverney estaba allí.
—¿Mi hermano? —dijo Andrea.
—Estaba allí, mademoiselle —respondió el príncipe—. ¿Queréis que se le pregunte?
—Al instante.
—¡Dios mío! —murmuró Andrea,
—¿Qué? —dijo la reina.
—¡Mi hermano como testigo!
—¡Lo ordeno!
La reina llamó y mandó que fuesen a buscar a Felipe a casa de su padre, que él acababa de abandonar después de la escena que hemos descrito.
Felipe, dueño del campo de batalla después de su duelo con De Charny, y que acababa de rendir un servicio a la reina, se dirigía con íntimo contento al palacio de Versalles. Se le encontró a mitad de camino. Le informaron la orden de la reina y obedeció.

María Antonieta salió a su encuentro e inmediatamente le preguntó:
—¿Sois capaz de decir la verdad?
—Sí, madame, e incapaz de mentir.
—Entonces, decid... decid francamente si... si me habéis visto en un sitio público después de las ocho de la noche.
—Sí, madame —contestó Felipe.
Los corazones latían, casi hasta oírseles.
—¿Dónde me habéis visto? —dijo la reina, con voz irritada.
Felipe guardó silencio.
—No temáis nada, monsieur; mi hermano, a quien veis aquí, dice que me vio en el baile de la Ópera. Y vos, ¿dónde me habéis visto?
—Igual que monseñor el conde de Artois, en el baile de la Ópera, madame.
Como herida por un rayo, la reina se dejó caer en el sofá.
Y en el acto, levantándose con la rapidez de una pantera herida, exclamó:
—Esto no es posible, puesto que yo no estuve. Tened cuidado, monsieur de Taverney; creo que adoptáis aires de puritano, lo que... es corriente en América con La Fayette, pero en Versalles somos franceses, corteses y sencillos.
—Vuestra Majestad abruma a monsieur de Taverney —dijo Andrea, pálida de indignación—. Si él dice que os vio, será porque os vio.
—¿Vos también? —exclamó María Antonieta—. Ya sólo me faltaría que también vos me hubieseis visto. ¡Por Dios! Si tengo amigos que me defienden, tengo enemigos que me asesinan. Un solo testigo no es un testimonio irrefutable.
—Me hacéis recordar —dijo el conde de Artois— que en el momento en que os vi y me di cuenta de que el dominó azul no era el rey, creí que era el sobrino de monsieur de Suffren. ¿Cómo llamáis vos al bravo oficial que realizó la hazaña del pabellón? Lo recibisteis tan bien el otro día, que le creí vuestro caballero de honor.
La reina enrojeció y Andrea palideció como la muerte. Una y otra se miraron y se estremecieron. Felipe estaba lívido.
—¿Os referís a monsieur de Charny?
—De Charny, justo —continuó el conde de Artois—. ¿No es verdad, caballero Felipe, que ese dominó azul tenía cierta semejanza con monsieur de Charny?
—Yo no observé eso, monseñor —dijo Felipe, sofocado.
—Pero —prosiguió el conde de Artois— pronto me di cuenta de que me había equivocado, porque De Charny apareció de repente ante mis ojos, cerca de monsieur de Richelieu y frente a vos, en el momento en que se os cayó el antifaz.
—¿Y él me vio? —gritó la reina, fuera de sí.
—Sólo que fuera ciego...
La reina hizo un gesto de desesperación y agitó de nuevo la campanilla.
—¿Qué hacéis? —preguntó el príncipe.
—Quiero interrogar también a monsieur de Charny, beber el cáliz hasta el fin.
—Yo no creo que monsieur de Charny esté en Versalles —murmuró Felipe.
—¿Por qué?
—Se me ha dicho que está indispuesto...
—No será tan grave como para que no pueda venir. Yo también estoy indispuesta, y, sin embargo, iría hasta el fin del mundo y descalza para probar...
Con el corazón desgarrado, Felipe se acercó a Andrea, la cual miraba por la ventana que daba a los parterres.
—¿Qué ocurre? —dijo la reina, avanzando hacia ella.
—Nada, nada... Han dicho que De Charny está enfermo, y lo estoy viendo.
—¿Que lo veis? —preguntó Felipe, corriendo a su lado.

—Si, es él.
La reina, trastornada, abrió la ventana con un vigor extraordinario y gritó:
—¡Monsieur de Charny!
Sorprendido, De Charny levantó la cabeza, y en el acto avivó el paso, en dirección a la entrada principal de palacio.

XXXVIII
LA COARTADA

De Charny entró, un poco pálido, pero erguido y sin aparente sufrimiento.
Ante la severidad que observó, tomó la postura respetuosa y rígida del hombre de mundo y del soldado.
—Tened cuidado, hermana —dijo el conde de Artois en voz baja a la reina—. Me parece que estáis interrogando a demasiada gente.
—Interrogaré al mundo entero hasta que alguien me diga que estáis equivocado.
Durante este breve tiempo, De Charny había visto a Felipe y le saludó cortésmente.
—Sois un verdugo de vuestra salud —dijo Felipe al oído de su adversario—. Salir herido y... Parece que queréis morir.
—No se muere por arañarse con una zarza del Bois de Boulogne —replicó De Charny, feliz al devolver a su enemigo un golpe más doloroso que la herida de la espada.
La reina se les acercó, interrumpiendo un coloquio que más bien era un aparte que un diálogo.
—Monsieur de Charny —dijo—, ¿estuvisteis, según dicen estos señores, en el baile de la Ópera?
—Sí, Majestad —respondió De Charny, inclinándose.
—Decidnos lo que visteis allí.
—¿Vuestra Majestad me pide que diga lo que vi o a quién vi?
—Precisamente..., a quién visteis allí. Y nada de discreción, monsieur de Charny; nada de vaguedades...
—¿Es preciso decirlo todo, madame?
Las mejillas de la reina volvieron a tomar aquella palidez que, diez veces desde por la mañana, había reemplazado un rubor febril.
—Para comenzar, lo haré según la jerarquía, según la ley que yo respeto —repuso De Charny.
—Decid, ¿me visteis a mí? —interrumpió la reina.
—Sí, Majestad, en el momento en que la máscara de la reina cayó.
María Antonieta estrujó nerviosamente su pañuelo de encaje.
—Monsieur —dijo con una voz en la que un observador más inteligente habría adivinado sollozos reprimidos—, miradme bien. ¿Estáis seguro?
—Madame, los rasgos de Su Majestad están grabados en el corazón de todos sus súbditos. Haber visto a la reina una vez es verla siempre.
Felipe miró a Andrea, y Andrea clavó sus ojos en los de Felipe. Entre estos dos dolores se pactaba una dolorosa alianza.
—Monsieur —repitió la reina, aproximándose a De Charny—, yo os aseguro que no estuve en el baile de la Ópera.
—Madame —dijo el joven, inclinándose—, ¿no tiene Su Majestad el derecho de ir adonde le plazca? Y aunque hubiera ido al infierno, en el momento en que Su Majestad haya puesto el pie en él, el infierno estaría purificado.
—Yo no os pido que excuséis mi falta —dijo la reina—. Yo os ruego que me creáis si digo que no la he cometido.

—Yo creeré todo lo que Vuestra Majestad me ordene creer —respondió De Charny, emocionado ante la insistencia de la reina, ante tanta humildad en una mujer tan altiva.
—Hermana, hermana, es demasiado —murmuró el conde de Artois al oído de María Antonieta.
Esta escena había aturdido a todos. A unos por el dolor de su amor o de su amor propio herido, y a los otros por la emoción que siempre despierta una mujer a quien se acusa y que se defiende con valor contra pruebas abrumadoras.
—¡Se la cree, se la cree! —gritó la reina, ciega de cólera, y, descorazonada, cayó sobre un sillón, enjugándose con la punta de un dedo una lágrima que la quemaba. De pronto volvió a levantarse.
—Hermana, querida hermana, perdóname —dijo tiernamente el conde de Artois—. Estáis rodeada de amigos devotos; ese secreto, del que os asustáis en exceso, sólo lo conocemos nosotros, y de nuestro corazón, donde está enterrado, nadie lo arrancará, más que con nuestra vida.
—¡El secreto! ¡El secreto! —gritó la reina—. No es eso lo que quiero.
—Hermana...
—Nada de secreto; una prueba.
—Madame —dijo Andrea—, alguien llega.
—Madame —dijo Felipe en voz baja—, el rey.
—El rey —anunció un húsar en la antecámara.
—¿El rey? Tanto mejor. El rey es mi único amigo; el rey no me juzgará culpable, aun cuando creyera esa falta. Bien venido el rey.
El rey entró. Su mirada contrastaba con la desolación que se veía en los rostros que rodeaban a la reina, quien exclamó:
—Sire, llegáis oportunamente. Se trata de una calumnia más, de otro insulto que tenemos que combatir.
—¿Qué ocurre? —preguntó Luis XVI mientras avanzaba.
—Monsieur, un rumor, un rumor infame. Y va a propagarse. Ayudadme, ayudadme, Sire, porque esta vez no son los enemigos los que me acusan, sino mis amigos.
—¿Vuestros amigos?
—Estos señores; mi hermano..., perdón, el conde de Artois, monsieur de Taverney y monsieur de Charny aseguran, me aseguran, que me vieron en el baile de la Ópera.
—¿En el baile de la Ópera? —exclamó el rey, frunciendo las cejas.
—Sí, Sire.
Un silencio amenazador planeaba sobre cada uno.
Juana de la Motte vio la sombría inquietud del rey, la palidez mortal de la reina, y con una palabra, con una sola palabra, podía hacer cesar una pena tan lamentable; podía con una palabra triturar todas las acusaciones del pasado, y salvar a la reina para el porvenir. Pero ni su corazón ni su interés la impulsaban a ello, y se dijo que no era el momento oportuno, que ya con motivo de la cubeta había mentido, y que retractarse de su palabra, dejando ver que había mentido una vez, demostrando a la reina que mintió en la primera acusación, la nueva favorita se arruinaría, sacrificando el provecho que esperaba de los futuros favores reales. Y se calló.
Entonces, el rey repitió con voz angustiada:
—¿En el baile de la Ópera? ¿Quién habla de eso? ¿El conde de Provenza lo sabe?
—¡Pero si no es verdad! —gritó la reina, con el acento de una inocencia desesperada—. No es verdad; el conde de Artois se equivoca, monsieur de Taverney se equivoca. Vos os engañáis, monsieur de Charny. ¿Es tan fácil equivocarse?
Todos se inclinaron.

—¡Veamos! —exclamó la reina—. Que se haga venir a mi gente, a todo el mundo; que se interrogue a cada uno. Ese baile fue el sábado, ¿no es eso?
—Sí, hermana.
—¿Qué hice yo el sábado? Que me lo digan, porque voy a acabar loca si esto continúa; acabaré creyendo yo misma que fui a ese infame baile de la Ópera. Y si yo hubiera estado allí, señores, lo diría.
De pronto el rey se le acercó risueño y con las manos tendidas hacia ella, preguntando:
—¿El sábado? El sábado, ¿verdad, señores?
—Sí, Sire.
—Pues bien —continuó, más tranquilo, más satisfecho—, no tenéis más que preguntar a vuestra camarera María. Ella quizá recordará a qué hora entré yo en vuestra cámara ese día; fue, me parece, hacia las once de la noche.
—¡Oh, sí! —gritó la reina, embriagada de alegría—. Sí, Sire.
Y se arrojó en sus brazos; después, enrojecida y confusa de saberse mirada, ocultó su rostro en el pecho del rey, que besó tiernamente sus hermosos cabellos.
—Muy bien —dijo el conde de Artois, estupefacto de sorpresa y de alegría a la vez—. Me compraré unos lentes, pero vive Dios que no daría esta escena por un millón. ¿No es así, señores?
Felipe estaba apoyado en la pared, extremadamente pálido; De Charny, frío e impasible, se enjugaba la frente, brillante de sudor.
—Y he aquí por qué, señores —dijo el rey, recalcando con su felicidad el efecto que acababa de producir—, es imposible que la reina fuese esa noche al baile de la Ópera. Creedlo si os parece; la reina, estoy seguro de ello, se contenta con ser creída por mí.
—Muy justo —repuso el conde de Artois—. El caballero de Provenza pensará de esto lo que quiera, pero emplazo a su mujer a que pruebe de la misma manera una coartada el día en que se la acuse de haber pasado la noche fuera de casa.
—Hermano mío...
—Sire, os beso las manos.
—Charles, os acompaño —dijo el rey, después de un último beso a la reina.
Felipe no se había movido.
—Monsieur de Taverney —dijo la reina, severamente—, ¿no acompañáis al conde de Artois?
Felipe se irguió de pronto. La sangre afluyó a sus sienes y a sus ojos, pareciendo que se desvanecía. Apenas tuvo fuerzas para saludar, mirar a Andrea, dirigir una mirada hostil a De Charny y ocultar la expresión de su insensato dolor.
La reina retuvo a Andrea y a De Charny. No hubiéramos podido esbozar esta situación de Andrea, colocada entre su hermano y la reina, entre su amistad y su sentimiento, sin hacer más lenta la exposición de la dramática escena en la que el rey llegó con un feliz desenlace.
Sin embargo, nada más merecería nuestra atención si no fuese el sufrimiento de la muchacha, la cual comprendía que Felipe habría dado la vida por impedir el diálogo de la reina y De Charny, y se confesaba que ella misma hubiera sentido su corazón destrozado si por seguir y consolar a Felipe, como debía hacerlo, hubiera dejado a De Charny a solas con Juana de la Motte y la reina. Lo adivinaba en el aire, a la vez humilde y sencillo, de Juana.
Lo que ella sentía, ¿cómo explicarlo?
¿Era el amor? El amor, se había dicho, no germina, no crece con esa rapidez en la fría atmósfera de la corte. El amor, esta planta rara, se complace en florecer en los corazones generosos, puros e intactos. No hunde sus raíces en un corazón profanado por los recuerdos, en un suelo helado por las lágrimas durante años. No, no era el amor lo que

mademoiselle de Taverney sentía por De Charny. Ella rechazaba terminantemente esa posibilidad, porque se había jurado no amar jamás a nadie. Pero entonces, ¿por qué había sufrido tanto cuando De Charny dirigió a la reina algunas palabras de devoción y respeto? Cierto. Eran celos.
Sí, Andrea se confesaba que estaba celosa, no del amor que un hombre pudiera sentir por otra mujer que no fuese ella, sino celos de la mujer que podía inspirar, acoger y autorizar ese amor.
Ella veía con melancolía pasar a su alrededor todos los bellos amores de la corte nueva; almas valerosas y ardientes que no la comprendían, que se alejaban después de haberle ofrecido sus respetos; los unos porque su frialdad no era estudiada, los otros porque su frialdad era un extraño contraste con las liviandades entre las cuales Andrea había empezado a vivir.
Y después los hombres, porque buscasen el placer, o porque soñasen con el amor, desconfiando de la identificación de una mujer de veinticinco años, bella y rica, que era además la favorita de una reina, y que avanzaba sola, pálida y silenciosa, por un camino en el que la suprema alegría y la suprema felicidad casi siempre son un espejismo.
No es atractivo ser un problema viviente, y Andrea se había dado cuenta. Había visto cómo los ojos se apartaban poco a poco de su belleza, cómo los espíritus desconfiaban de su espíritu o lo negaban. Ella veía aún más: ese abandono llegó a ser una costumbre entre los antiguos y un instinto en los contemporáneos; nadie abordaba a mademoiselle de Taverney, como nadie hubiera abordado a Latona o a Diana en Versalles.
Quienquiera que la saludase, hecho su reverencia y sonreído, había cumplido con su deber.
Estos matices no pasaban desapercibidos a la mirada sutil de la joven. Ella, cuyo corazón había probado todas las amarguras sin conocer un solo placer; ella, que sentía avanzar la edad con un cortejo de pálidas tristezas, y de negros recuerdos, invocaba por lo bajo a Aquel que castiga más que a Aquel que perdona, y, en sus insomnios dolorosos, pasando revista a las delicias ofrecidas a los felices amantes de Versalles, suspiraba con una amargura mortal.
«¿Y yo, Dios mío, y yo?»
Por eso cuando encontró a De Charny la noche de aquel terrible frío; cuando vio los ojos del joven detenerse interesados sobre ella y envolverla poco a poco en una mirada llena de simpatía, no notó aquella extraña reserva que advertía en todos los cortesanos. Para este hombre, ella era una mujer. Había despertado en ella la juventud y expulsado a la muerte; había hecho enrojecer el mármol de Diana y de Latona.
Mademoiselle de Taverney se aferró a esta nueva fuente de vida. Y se sintió feliz al mirar a ese joven para quien ella no era un problema. Y se imaginó desgraciada al pensar que otra mujer iba a cortar las alas a su azul fantasía, a destrozar su sueño cuando el sueño no había pasado de la esperanza.
Se nos perdonará haber explicado de esta manera por qué Andrea no siguió a Felipe fuera del gabinete de la reina, aunque había sufrido con la injuria dirigida a su hermano, y aunque ese hermano era para ella una idolatría, una religión, casi un amor.
Andrea, que no soportaba la idea de la reina hablando directamente con De Charny, no pensó, sin embargo, en tomar parte en la conversación después de la marcha de Felipe. Se sentó en un rincón de la chimenea, de espaldas al grupo que formaban la reina, sentada ella, De Charny de pie y Juana de la Motte junto a la ventana, donde su falsa timidez buscaba un refugio, y su curiosidad un puesto favorable para observar.
La reina permaneció algunos minutos en silencio, no sabiendo cómo entablar una nueva conversación después de la escena de que acababa de ser protagonista.

De Charny parecía estar sufriendo y su actitud no desagradaba a la reina, quien al fin rompió el silencio, y respondiendo al mismo tiempo a su propio pensamiento y al de los demás dijo:
—Esto prueba que no carecemos de enemigos. ¿Quién creería que pueden pasar cosas tan miserables en la corte de Francia, monsieur? ¿Puede creerse eso?
De Charny no respondió.
—En vuestros barcos —continuó la reina—, ¡qué alegría vivir a pleno cielo y en plena mar! Se nos habla a nosotros, ciudadanos, de los peligros del océano. ¿Es que las olas, las más furiosas olas, no han arrojado sobre vos la espuma de su ira? ¿Es que sus asaltos no os han derribado algunas veces sobre el puente del navío? Pues ved vuestra realidad: Miraos, sano, joven, y lleno de honores.
—Madame...
—¿Es que los ingleses —continuó la reina, que se animaba por grados— no os han hecho también objeto de su cólera con sus ataques, cóleras peligrosas para la vida? ¿Pero qué os importa? Ahora estáis a salvo, sois fuerte, y es a causa de la ira de los adversarios que habéis vencido, que el rey os haya felicitado y lisonjeado, y que el pueblo sepa vuestro nombre y lo ame.
—¿Y bien, madame? —murmuró De Charny, que veía con temor la fiebre que insensiblemente exaltaba los nervios de María Antonieta.
—¿Adonde quiero llegar? A esto: benditos sean los enemigos que arrojan sobre nosotros la llama, el hierro, la ola espumeante; benditos sean los enemigos que no amenazan más que con la muerte.
—Madame —repuso De Charny—, no hay enemigos para Vuestra Majestad; sólo hay serpientes para el águila. Todo lo que se arrastra a ras de suelo no puede hacer daño a los que planean en las nubes.
—Monsieur —se apresuró a responder la reina—, vos habéis regresado sano y salvo de la batalla, lo sé; habéis salido sano y salvo de la tempestad; por eso os sentís triunfante y amado, mientras que los que tienen un enemigo, como nosotros lo tenemos, ven su honra infectada por la maraña de la calumnia. Es cierto que aquí no corremos ningún riesgo mortal, pero envejecemos con cada tempestad, y nos habituamos a inclinar la frente con el temor de encontrar, como yo he encontrado hoy, la doble injuria de los amigos y de los enemigos, fundidas en un solo ataque. ¡Si vos supierais, monsieur, lo duro que es ser odiado!
Andrea esperaba con ansiedad la respuesta del joven; temblaba ante la idea de que él no replicase con el consuelo afectuoso que parecía solicitar la reina. Pero De Charny, por el contrario, se enjugó la frente con su pañuelo, buscó un punto de apoyo en el respaldo de un sillón y palideció. La reina le miraba.
—¿No hace demasiado calor aquí?
Juana de la Motte abrió la ventana con su pequeña mano y levantó la falleba con el vigor de un puño masculino. De Charny aspiró el aire con ansiedad.
—Monsieur está acostumbrado al viento del mar y se ahoga en los gabinetes de Versalles.
—No es eso, madame —repuso De Charny—; pero tengo un servicio a las dos, y si Su Majestad no me ordena que me quede...
—No, monsieur —dijo la reina—. Nosotros sabemos lo que es una consigna, ¿verdad, Andrea?
Después, volviéndose hacia él y en un tono ligeramente mortificado, dijo:
—Estáis libre, monsieur.
Y despidió al joven oficial con un ademán, quien saludó como si el tiempo le apremiase y desapareció detrás del tapiz.

Al cabo de unos segundos se oyó en la antecámara una queja y el ruido de pasos apresurados de varias personas.
La reina estaba cerca de la puerta, acaso por casualidad o porque quiso seguir con la mirada a De Charny, cuya precipitada retirada le pareció extraña. Levantó el tapiz, lanzó un débil grito y pareció dispuesta a salir, pero Andrea, que no la había perdido de vista, se encontraba entre ella y la puerta.
—No, madame.
La reina miró fijamente a Andrea, que sostuvo firmemente su mirada. Juana de la Motte intentó acercarse. Entre la reina y Andrea había un pequeño claro, y María Antonieta vio a De Charny desvanecido, al cual los servidores y los guardias socorrían en aquel momento. La reina, al ver el movimiento de Juana de la Motte, cerró rápidamente la puerta, pero demasiado tarde, porque madame de la Motte había visto lo ocurrido.
María Antonieta, con el ceño fruncido y el gesto pensativo, volvió a sentarse en su sillón; se sentía presa de esa sombría preocupación que sucede a toda emoción violenta. Se hubiera dicho que no se daba cuenta de nada de lo que sucedía a su alrededor.
Andrea, aunque continuaba de pie y apoyada en el muro, no parecía menos distraída que la reina.
Siguió un momento de silencio.
—Esto ha sido algo realmente extraño —dijo de pronto la reina, y en voz alta, haciendo estremecer con sus palabras a las dos mujeres, sorprendidas porque no esperaban que hablase—. Me parece que De Charny duda todavía...
—¿Duda de qué, madame? —preguntó Andrea.
—De mi estancia en el castillo la noche de ese baile.
—Oh, madame...
—¿No es así, condesa? ¿No creéis que tengo razón? ¿Que monsieur de Charny todavía duda?
—¿A pesar de la palabra del rey? Eso es imposible, madame —dijo Andrea.
—Se puede pensar que por amor propio el rey ha venido en mi socorro. Pero él no lo cree. ¡No, no lo cree!
—Mi hermano no es menos incrédulo que De Charny —dijo Andrea—, y me pareció convencido.
—Sería triste —continuó la reina, que no había escuchado la respuesta de Andrea—. Si fuera así, ese joven no tiene el corazón tan recto y puro como yo creía.
Después, en tono iracundo, exclamó:
—A fin de cuentas, si lo vio, ¿por qué tiene que creerlo? El conde de Artois también me vio; Felipe también me vio, y si no me vio, lo ha dicho. Todo el mundo me vio, y ha sido precisa la palabra del rey para que se me crea, o para que parezca que se me cree. Hay algo sórdido en este asunto, algo que debo poner en claro. Andrea, ¿no creéis que debo buscar y descubrir la causa de lo que ocurre?
—Vuestra Majestad tiene razón —dijo Andrea—. Y estoy segura de que madame de la Motte es de mi opinión y que piensa que Vuestra Majestad debe indagar hasta que encuentre una explicación. ¿No es así, madame?
Juana de la Motte, cogida de improviso, se estremeció y no respondió una palabra.
—Porque —continuó la reina— se ha dicho también que se me había visto en casa de Mesmer.
—Vuestra Majestad estaba allí —se apresuró a decir Juana de la Motte con una sonrisa.
—Sea —respondió la reina—, pero yo no hice allí lo que dice el libelo. Y después se me vio en la Ópera, y allí sí que yo no estuve.
Reflexionó, y después, de pronto y vivamente, exclamó:
—Ya he encontrado la verdad.

—¿La verdad? —balbució la condesa.
—Ojalá —dijo Andrea.
—Que se haga venir a monsieur de Crosne —dijo alegremente la reina, dirigiéndose a madame de Misery, que entraba en aquel instante.

XXXIX
MONSIEUR DE CROSNE

De Crosne, que era un hombre muy cortés, estaba terriblemente confuso después de la explicación del rey y de la reina.
No era una pequeña dificultad para el perfecto conocimiento de los secretos de una mujer, sobre todo cuando esa mujer era la reina, y se tiene la misión de salvaguardar los intereses de una corona y el cuidado de un nombre.
De Crosne sentía que estaba a punto de sufrir el peso de la cólera de una mujer y la indignación de una soberana, pero se había parapetado valientemente en su deber, y su cortesía debía servirle de coraza para amortiguar los primeros golpes.
Entró apaciblemente, con la sonrisa en los labios.
La reina, en cambio, no sonreía.
—Veamos, monsieur de Crosne —dijo—, ha llegado el momento de las explicaciones.
—Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad.
—Vos debéis saber la causa de lo que me sucede, señor lugarteniente de policía.
De Crosne miró en torno con cierta desazón.
—No os inquietéis —prosiguió la reina—; conocéis perfectamente a estas damas; en realidad, conocéis a todo el mundo.
—No tanto —dijo el magistrado—. Conozco a las personas, conozco los efectos, pero no conozco la causa de la cual habla Vuestra Majestad.
—Tendré, pues, que tomarme la molestia de informaros —replicó la reina, irritada ante la tranquilidad del lugarteniente de policía—. Es evidente que debería confiaros mis secretos como se confían los secretos en voz baja, o reservadamente, pero ante el extremo a que se ha llegado, deseo hacerlo con entera claridad y en voz alta. Pues bien, yo atribuyo los efectos, como vos los llamáis, los efectos de los cuales me quejo, a la innoble conducta de una persona que se me parece y que se ofrece en espectáculo por todas partes donde vos creéis verme, vos o vuestros agentes.
—¿Alguien que se os parece? —preguntó De Crosne, demasiado ocupado en sostener el ataque de la reina para darse cuenta de la turbación pasajera de Juana y de la exclamación de Andrea.
—¿Acaso encontráis esta suposición imposible, señor lugarteniente de policía? ¿Preferiríais creer que yo me equivoco o que os equivoco?
—Madame, yo no digo eso, pero sea cual sea el parecido entre cualquier mujer y Vuestra Majestad, hay tal diferencia que ninguna mirada podría engañarse.
—Es posible engañarse, monsieur, ya que hay quien se ha engañado.
—Encontraré un ejemplo para Vuestra Majestad —dijo Andrea.
—Ah...
—Cuando vivíamos en Taverney-Mayson-Rouge con mi padre, teníamos una criada que, por una extraña casualidad...
—Se me parecía.
—Vuestra Majestad debería tener cuidado.
—Y con esta muchacha, ¿qué es lo que ha pasado?
—Entonces no sabíamos aún hasta qué punto el espíritu de Vuestra Majestad es generoso, elevado, superior; mi padre tenía miedo de que su parecido disgustase a la

reina, y cuando estábamos en el Trianón escondíamos a esa muchacha a los ojos de la corte.
—Ya estáis viendo, monsieur de Crosne. Esto os debe interesar.
—Mucho, madame.
—Seguid, mi querida Andrea.
—Esa muchacha, que era un espíritu inquieto y ambicioso, se aburría al verse aislada, encontró sin duda una mala amistad, y una noche, cuando iba a acostarme, me sorprendió no verla. La buscamos y fue inútil. Había desaparecido.
—¿Os había robado algo?
—No, madame; yo no tenía nada.
Juana seguía el diálogo con una atención fácil de imaginar.
—¿No sabíais nada de esto, monsieur de Crosne? —preguntó la reina.
—No, madame.
—Es decir, que existe una mujer cuyo parecido conmigo es sorprendente, y vos no lo sabíais. De modo que un acontecimiento de esta importancia se produce en el reino, causando graves desórdenes, y no sois vos el primero en enterarse. Entonces, confesemos que la policía está mal organizada.
—Me permito —respondió el magistrado— aseguraros que no, madame. Dejemos al vulgo colocar las funciones del lugarteniente de policía a la altura de un dios, pero Vuestra Majestad, colocada por encima de mi en este Olimpo terrestre, sabe que los magistrados del rey son únicamente hombres. Yo no tengo poder sobre todos los acontecimientos, y los hay tan extraños que la inteligencia humana apenas puede comprenderlos.
—Monsieur, cuando un hombre ha recibido todos los poderes para penetrar hasta en el pensamiento de sus semejantes; cuando con sus agentes paga a los espías; cuando con sus espías puede saber hasta los gestos que hago delante de mi espejo, si este hombre no es el dueño de los acontecimientos...
—Madame, cuando Vuestra Majestad pasó la noche fuera de su apartamento, yo lo supe. ¿Estaba, entonces, mi policía mal organizada? Ese día Vuestra Majestad había ido a casa de la dama que está aquí, en la calle Saint-Claude, en Marais. Eso ya no interesa. Cuando os presentasteis en la cubeta de Mesmer con madame de Lamballe, mi policía cumplió bien, ya que los agentes os vieron. Cuando fuisteis a la Ópera...
La reina levantó la cabeza.
—Dejadme continuar, madame. Os digo lo mismo que el señor conde de Artois os dijo: si el cuñado se confunde con los rasgos de su hermana, con más razón se confundirá un agente a quien se le paga un escudo por día. El agente creyó veros y así lo informó. Mi policía estaba bien organizada ese día. Diréis también, madame, que mis agentes no han seguido bien el asunto del gacetillero Reteau, golpeado por monsieur de Charny.
—¡Por monsieur de Charny! —exclamaron a la vez Andrea y la reina.
—El acontecimiento es reciente, madame, y los bastonazos están aún calientes sobre la espalda del libelista. He ahí una de esas aventuras que constituían el triunfo de De Sartines, mi predecesor, cuando las contaba tan espiritualmente al rey difunto o a la favorita.
—¿De Charny puso las manos sobre ese miserable?
—Lo he sabido por mi policía, tan calumniada, madame. Y estaréis de acuerdo conmigo en que esa policía ha tenido necesidad de un poco de inteligencia para descubrir el duelo que ha seguido a este asunto.
—¿Un duelo de De Charny? ¿De Charny se ha batido? —exclamó la reina.
—¿Con el gacetillero? —dijo Andrea vivamente.

—No, señoras mías; el gacetillero tan golpeado no habría sido capaz de pegarle a monsieur de Charny la estocada que le hizo caer enfermo en vuestra cámara.
—¡Herido! ¿Está herido? —exclamó la reina—. ¿Pero cuándo ha sido eso? ¿Cómo ha sido? Os equivocáis, monsieur de Crosne.
—Vuestra Majestad me encuentra tantas veces en falta que no es capaz de concederme que esta vez no me equivoco.
—Hace un momento estaba aquí.
—Ya lo sé.
—Sí, sí —dijo Andrea—. He podido darme cuenta de que sufría.
Pronunció estas palabras en un tono que la reina, al descubrir su hostilidad, se volvió con viveza.
Su mirada fue una respuesta que Andrea sostuvo con energía.
—¿Qué decís? —dijo María Antonieta—. ¿De modo que os habéis dado cuenta de que De Charny sufría y no me lo habéis dicho?
Andrea no replicó. Juana quiso acudir en socorro de la favorita, cuya amistad deseaba procurarse, y dijo:
—Yo también he creído advertir que monsieur de Charny se sostenía a duras penas durante el tiempo que Vuestra Majestad le concedía el honor de hablarle.
—Difícilmente, sí —exclamó la orgullosa Andrea, sin ni siquiera dar las gracias a la condesa con una mirada.
De Crosne, a quien se interrogaba, estaba saboreando sus propias observaciones sobre las tres mujeres, de las cuales ni una, exceptuando a Juana, se daba cuenta de que estaban ante un lugarteniente de policía.
—Monsieur, ¿con quién y por qué De Charny se ha batido?
Durante este tiempo Andrea recuperó la calma.
—Con un gentilhombre que... Madame, creo que es inútil en este momento. Los dos adversarios están ahora en buenas relaciones, pues hace un instante hablaban delante de Vuestra Majestad.
—¿Delante de mí... aquí?
—Aquí mismo. El vencedor salió primero, hace quince minutos.
—¡Monsieur de Taverney! —exclamó la reina con un destello de ira en la mirada.
—¡Mi hermano! —murmuró Andrea, que se reprochaba haber sido lo bastante egoísta para no entenderlo todo.
—Creo —dijo De Crosne— que es con Felipe de Taverney con quien monsieur de Charny se ha batido.
La reina se golpeó violentamente las manos, la una contra la otra, lo que era indicio de su cólera.
—Es un inconveniente, es inaceptable. Las costumbres de América traídas a Versalles... No, no lo consentiré.
Andrea bajó la cabeza, y De Crosne hizo lo mismo.
—Entonces, porque ha combatido al lado de La Fayette y de Washington —la reina pronunciaba ese nombre con acento francés—, se transformará mi corte en una liza del siglo xvi. Y digo que no. Debíais saber que vuestro hermano se ha batido.
—Acabo de enterarme, madame.
—¿Por qué se han batido?
—Hubiéramos podido preguntárselo a De Charny, que se ha batido con él —dijo Andrea, pálida y brillándole los ojos.
—Yo no pregunto —dijo, con altivez, la reina— lo que ha hecho De Charny, sino lo que ha hecho Felipe de Taverney.

—Si mi hermano ha tenido un duelo —dijo Andrea, dejando caer una a una sus palabras—, no puede ser contra el servicio de Vuestra Majestad.
—Es decir, que De Charny no se ha batido en servicio mío, mademoiselle.
—Tengo el honor de hacer observar a Vuestra Majestad —repuso Andrea, en el mismo tono— que hablo únicamente de mi hermano, y de nadie más.
María Antonieta conservó la calma, pero para conseguirlo necesitó reunir todas sus fuerzas.
Se levantó, dio una vuelta por la habitación, fingió mirarse en el espejo, tomó un libro de un cajón de laca, recorrió siete u ocho líneas y lo tiró.
—Gracias, monsieur de Crosne —dijo al magistrado—. Me habéis convencido. Tenía la cabeza un poco trastornada por estas noticias y suposiciones. Sí. La policía está bien organizada, monsieur; pero os lo suplico, pensad en ese parecido del que hemos hablado. Adiós.
Le tendió la mano con la mayor amabilidad, y De Crosne salió halagado y a la vez enterado de algo que ignoraba al entrar.
Andrea percibió el matiz de la palabra «adiós», e hizo una solemne reverencia. La reina le despidió como distraída, pero sin rencor aparente. Juana se inclinó como ante un altar sagrado, y se disponía a pedir licencia para retirarse.
Madame de Misery entró, diciéndole a la reina:
—Madame —dijo—, ¿Vuestra Majestad ha dado hora a los señores Boehmer y Bossange?
—Ah, es cierto, mi buena De Misery. Que entren. Quedaos un poco más, madame de la Motte; deseo que el rey haga una paz más completa con vos.
Al decir estas palabras, la reina acechaba por el espejo la expresión de Andrea, que se acercaba lentamente a la puerta del gabinete. Quizá quería herir su amor propio favoreciendo a la recién llegada.
Andrea desapareció tras los cortinajes; no había pestañeado ni demostrado la menor turbación.
—Acero, acero —suspiró la reina—. Sí, son de acero estos De Taverney, pero también son de oro... Buenos días, señores joyeros. ¿Qué me traéis de nuevo? Sabéis muy bien que no tengo dinero.

XL
LA TENTADORA

Juana de la Motte había regresado a su sitio, humildemente apartada de todos, de pie y atenta, como una mujer a la que se le ha permitido seguir allí y escuchar.
Boehmer y Bossange, con traje de ceremonia, acudieron a la audiencia de la soberana. Y multiplicaron sus saludos hasta llegar al sillón de María Antonieta.
—Los joyeros —dijo ella— no vienen aquí más que para hablar de joyas. Mal momento, señores.
Boehmer tomó la palabra, pues era el orador de la sociedad.
—Madame, nosotros no venimos a ofrecer mercancía a Vuestra Majestad; temeríamos ser indiscretos.
—Oh... —dijo la reina, la cual se arrepentía ya de su crudeza—. Ver joyas no es comprarlas.
—Sin duda, madame —continuó Boehmer, comprendiendo el significado de su frase—, pero nosotros venimos ahora para cumplir un deber.
—¿Un deber? —preguntó la reina, con extrañeza.

—Se trata una vez más de ese bello collar de diamantes que Vuestra Majestad no se ha dignado aceptar.
—Sí, el collar... Otra vez este asunto —exclamó María Antonieta, riendo—. La verdad es que era muy hermoso, monsieur Boehmer.
—Tan hermoso, madame —dijo Bossange, tímidamente—, que sólo Vuestra Majestad era digna de llevarlo.
—Eso es lo que me consuela —dijo María Antonieta, con un ligero suspiro que no pasó desapercibido para Juana de la Motte—. Lo que me consuela es que costaba... un millón y medio. ¿No es así, monsieur Boehmer?
—Sí, Majestad.
—Y en este triste tiempo en que vivimos, cuando los pueblos carecen de lo necesario, no hay soberano que pueda comprar un collar de diamantes de seiscientas mil libras.
—¡Seiscientas mil libras! —replicó, como un eco fiel, Juana de la Motte.
—Entonces, señores, lo que yo no he podido ni debido comprar, no habrá nadie que lo haga... Me diréis que los diamantes son excelentes, es verdad, pero yo no envidiaré a nadie porque compre dos o tres diamantes; yo sólo podría desear sesenta.
La reina se frotó las manos con una especie de satisfacción en la cual entraba cierto deseo de fastidiar un poco a Boehmer y a Bossange.
—He aquí justamente en lo que Vuestra Majestad comete un error —dijo Boehmer—, y he aquí también por qué consideramos un deber venir a deciros que el collar está vendido.
—¿Vendido? —exclamó la reina.
—¿Vendido? —preguntó Juana de la Motte, a la cual el movimiento de su protectora aconsejó fingir una inquietud propia de su pretendida abnegación.
—¿A quién? —quiso saber la reina.
—Madame, es un secreto de Estado.
—¿Un secreto de Estado? Nosotros podemos reírnos de semejante secreto —dijo, sonriendo, María Antonieta—. Muchas veces lo que no se dice es lo que no se debería decir, pero acaba diciéndose, ¿no es así, Boehmer?
—Madame...
—¡Oh, los secretos de Estado! Pero si eso nos es familiar. Tened cuidado, Boehmer, porque si no me confiáis el vuestro, yo os lo haré robar por un empleado de monsieur de Crosne.
Y se rió con alborozo, demostrando sin rodeos su opinión sobre el pretendido secreto que impedía a Boehmer y a Bossange revelar el nombre de los compradores del collar.
—Con Vuestra Majestad —dijo gravemente Boehmer— no podemos comportarnos como con los demás clientes, y por eso hemos venido a decir a Vuestra Majestad que el collar ha sido vendido, porque está vendido, y debemos callar el nombre de su comprador, pues la adquisición se ha hecho en secreto, tras el viaje de un embajador enviado de incógnito.
La reina, ante la palabra «embajador», se sintió otra vez presa de un acceso de hilaridad. Y se volvió hacia madame de la Motte, diciéndole:
—Lo que hay de admirable con Boehmer es que es capaz de creer lo que acaba de decirme. Veamos, Boehmer, decidme solamente el país de donde viene ese embajador... No, es demasiado —dijo, riendo—. La primera letra de su nombre. Me conformo con eso —y siguió riendo con el mismo entusiasmo.
—Es el embajador de Portugal —dijo Boehmer, bajando la voz, para por lo menos salvar su secreto de los oídos de Juana de la Motte.
Ante esta afirmación tan rotunda, la reina se detuvo.
—¿Un embajador de Portugal? —dijo—. No hay ninguno aquí, Boehmer.

—Ha venido expresamente, madame.
—¿A visitaros..., y de incógnito?
—Sí, madame.
—¿Quién es?
—Monsieur de Souza.
La reina no replicó. Movió un poco la cabeza, y después, tomada su decisión, dijo:
—Muy bien. Mejor para Su Majestad la reina de Portugal; los diamantes son bellos. No hablemos más del asunto.
—Madame, si Vuestra Majestad se dignara permitirme hablar de ello.
—Permitirnos —dijo Boehmer, mirando a su socio.
—¿Habéis visto esos diamantes, condesa? —preguntó la reina, dirigiendo la mirada a Juana.
—No, madame.
—¡Son tan hermosos!... Es una lástima que estos señores no los hayan traído.
—Están aquí —dijo Bossange.
Y sacó del fondo de su sombrero, que llevaba bajo el brazo, el pequeño estuche que guardaba el collar.
—Ved, ved, condesa; vos sois mujer y esto os encantará —dijo la reina.
Y se apartó un poco del velador de Sevres, en el cual Boehmer acababa de colocar con arte el collar, de forma que el día, hiriendo las piedras, hizo brillar la luz en casi todas sus facetas.
Juana dio un grito de admiración. Realmente, nada era más bello; se hubiera dicho una lengua de fuego cuyas pequeñas llamas tan pronto eran verdes como rojas o blancas, como la luz misma. Boehmer hacía oscilar el estuche y rielar las maravillas de aquellas llamas líquidas.
—¡Admirable, admirable! —exclamó Juana, con una cálida admiración.
—Seiscientas mil libras que caben en el hueco de la mano —repuso la reina con una afectación de un matiz filosófico que Rousseau, el de Génova, habría adoptado en parecidas circunstancias.
Pero Juana advirtió en ese desdén algo muy distinto del desdén en sí, porque no perdía la esperanza de convencer a la reina, y después de un detenido examen, dijo:
—El señor joyero tiene razón; no hay en el mundo más que una reina que sea digna de llevar este collar, y es Vuestra Majestad.
—Sin embargo, Mi Majestad no lo llevará —repuso María Antonieta.
—Nosotros no podíamos dejarlo salir de Francia, madame, sin venir a rendir a los pies de Vuestra Majestad nuestro disgusto. Es una joya que toda Europa conoce ahora y que se disputa. Que tal o cual soberana se beneficie de lo que la reina de Francia ha rehusado, nuestro orgullo nacional lo permitirá cuando vos, madame, nos hayáis dado una vez más vuestra irrevocable negativa.
—Mi negativa ya fue dada —respondió la reina— y hoy es pública. Y se me ha elogiado demasiado por ella para que ahora me arrepienta.
—Madame —dijo Boehmer—, si el pueblo ha agradecido que Vuestra Majestad haya preferido un barco a un collar, a la nobleza, que también es francesa, no le extrañará que la reina de Francia compre un collar después de comprar un barco.
—No hablemos más de eso —dijo María Antonieta, mirando por última vez el cofrecillo.
Juana suspiró para adherirse al suspiro de la reina.
—Ah, vos suspiráis, condesa, pero si estuvieseis en mi lugar haríais lo mismo que yo.
—No sé —murmuró Juana.
—¿Lo habéis visto bien? —preguntó la reina.

—No me cansaría de mirarlo, madame.
—Permitidle esta curiosidad, señores; quiere admirarlo más. Esto no les resta calidad a los diamantes; desdichadamente, siguen valiendo seiscientas mil libras.
Estas palabras le parecieron oportunas para sus fines a Juana de la Motte.
Si la reina veía como una desdicha el precio del collar, quería decir que lo había deseado, y el no haber satisfecho ese deseo significaba que el deseo persistía. Su lógica la estimuló para decir:
—Seiscientas mil libras, madame, en vuestro cuello harán morir de envidia a todas las mujeres, aunque fuesen Cleopatra o Venus.
Y sacando del cofrecillo el regio collar, lo cerró tan hábilmente en el cuello de María Antonieta, que en un instante la reina sintió como si de la piel de seda de su pecho brotasen gotas de luz que deslumbraban.
—¡Oh! Vuestra Majestad se ennoblece todavía más —dijo Juana.
María Antonieta se miró en un espejo, y enmudeció de asombro. Su cuello, fino y esbelto como el de Jane Grey, ese cuello magnífico como el tallo de un lirio y destinado, lo mismo que la flor de Virgilio, a caer bajo el hierro, aparecía, con sus bucles dorados y sus rizos, tan bello como la garganta de un cisne acariciado por el sol.
Juana se había atrevido a descubrir los hombros de la reina, y las últimas vueltas del collar caían sobre su pecho de nácar. La reina estaba radiante y la mujer soberbia. Enamorados y súbditos se prosternarían ante una belleza realzada con la joya más egregia.
María Antonieta se olvidó de todo lo que la rodeaba mientras se contemplaba. Después, invadida por el escrúpulo ante un derroche al que se había negado, hizo ademán de quitarse el collar, exclamando:
—¡Basta, basta!
—El collar ya conoce el cuello de Vuestra Majestad —repuso Boehmer—, y no puede ser de nadie que no sea la reina de Francia.
—¡Imposible! —replicó firmemente la reina—. Señores, ya he jugado un poco con estos diamantes, pero prolongar el juego sería un imperdonable error.
—Vuestra Majestad tiene el tiempo necesario para acostumbrarse a esta idea —le susurró Boehmer a la reina—. Mañana volveremos.
—Pagar tarde, siempre es pagar. ¿Y con qué objeto pagar tarde? Vos tenéis prisa. Cobrar cuanto antes es la primera máxima del vendedor.
—Cierto, cierto, Majestad —admitió el mercader.
—Tomadlo, tomadlo —exclamó la reina—. Poned en seguida los diamantes en el cofrecillo.
—Vuestra Majestad —dijo Juana de la Motte— olvida quizá que dentro de cien años el collar valdrá más aún de lo que vale hoy.
—Dadme seiscientas mil libras, condesa —contestó, sonriendo forzadamente la reina—, y entonces lo pensaré.
—Si yo las tuviera...
Y se calló. Las frases largas valen siempre menos que una breve y oportuna sugerencia.
Boehmer y Bossange emplearon casi un cuarto de hora en encajar las vueltas del collar en el estuche y en asegurarse del funcionamiento de la llave que protegía tanta riqueza.
Mientras, la reina seguía impasible. Sin embargo, en su inmovilidad y en su silencio se advertía la lucha que sostenía consigo misma. Según acostumbraba en los momentos difíciles, cogió un libro y fue pasando, sin leerlas, algunas páginas.
Los joyeros le pidieron su venia para irse, preguntando todavía:
—¿Vuestra Majestad lo rehúsa?
—Sí... y sí —suspiró la reina, dejando esta vez que todos se diesen cuenta de su suspiro.

Los joyeros abandonaron la cámara.
Juana vio que el pie de María Antonieta se agitaba sobre el almohadón que había bajo el sofá. «Sufre», se dijo.
De pronto, la reina se levantó, dio una vuelta por el gabinete, y deteniéndose ante Juana, cuya mirada la atraía, dijo:
—Condesa, parece que el rey ya no vendrá. Dejaremos nuestro pequeño ruego para una próxima audiencia.
Juana saludó respetuosamente y retrocedió hasta la puerta.
—Pero yo me acordaré de vos —agregó bondadosamente la reina.
Juana besó la mano de la reina como si en sus labios estuviese su corazón, y salió, dejando a María Antonieta vencida por la tristeza y el desencanto.
«La tristeza de la impotencia y el desencanto del deseo frustrado —se dijo Juana—. Y ella es la reina... Pero no. ¡Ella es mujer!»
La reina se quedó sola.

XLI
DOS AMBICIOSOS QUE QUIEREN PASAR POR AMANTES

Juana, que no era reina, también era mujer.
Lógico, pues, que una vez se vio en su carroza comparase el bello palacio de Versalles y su suntuoso interior con su cuarto piso de la calle Neuve-Saint-Gilles; a un lado, soberbios lacayos, y en el suyo, una vieja sirvienta.
En seguida, sin embargo, la humilde vivienda y la vieja criada las desechó de la memoria, como una realidad imprecisa, viendo únicamente su nueva morada del arrabal Saint-Antoine, tan magnífica, tan graciosa y tan acogedora con sus criados, menos engalanados que los lacayos de Versalles, pero respetuosos y serviciales como ellos.
Esa casa y esos domésticos eran su Versalles; reina entre sus paredes, no era menos reina que María Antonieta, sin el tormento de los deseos insatisfechos, toda vez que sabía limitarlos, no a lo superfluo, sino a lo razonable, y cualquier deseo que se le antojara podía satisfacerlo como si fuera otra reina.
Fue, pues, con la frente serena y la sonrisa en los labios que Juana llegó a su casa, temprano todavía. Seguidamente escribió algunas líneas, metió el billete en un sobrecito perfumado, escribió la dirección y llamó. Aún se oía la vibración de la campanilla cuando se abrió la puerta y un lacayo esperaba en el umbral. «Tenía razón —se dijo Juana—. La reina no está mejor servida».
—Esta carta es para monseñor el cardenal de Rohan.
El lacayo tomó el billete y salió sin decir una palabra, con la muda obediencia de los servidores de la mejor escuela.
La condesa dejó que retrocediera su pensamiento, encadenándolo con los pensamientos que llenaron su mente durante el camino de regreso.
No habían transcurrido cinco minutos cuando llamaron a la puerta.
—Adelante.
Era el mismo lacayo.
—¿Vos? —preguntó Juana, con un ligero movimiento de impaciencia.
—Al salir para cumplir la orden de la señora condesa, la carroza de monseñor se paraba ante la puerta. Le he dicho que iba a su palacio. Ha cogido la carta, la ha leído, se ha apeado y ha entrado diciendo: «Anunciadme». Monseñor espera que madame dé instrucciones.
Una ligera sonrisa cruzó por los labios de la condesa, y después de unos segundos, dijo:
—Hacedle entrar.

¿Estos segundos tuvieron por objeto hacer esperar en su antecámara a un príncipe de la Iglesia o le eran necesarios a Juana de la Motte para perfilar su plan?
El príncipe apareció en la puerta.
En su casa, y enviando a buscar al cardenal, y sintiendo tanta alegría porque el cardenal estaba allí, ¿Juana tenía, pues, un plan? Seguramente sí, porque la fantasía de María Antonieta, parecida a uno de esos fuegos fatuos que salpican un valle en sombras; su fantasía de reina, y sobre todo de mujer, acababa de abrir a los ojos de la intrigante condesa los secretos pliegues de un alma tortuosa y lo suficientemente cauta para ocultarlos.
El camino es largo desde Versalles a París, y cuando se recorre llevando consigo el demonio de la ambición, se tiene tiempo para redondear los cálculos más audaces.
Juana sentía como si la embriagase la cifra de seiscientas mil libras, esparcida en diamantes sobre el satén blanco del cofrecillo de Boehmer y Bossange.
¡Seiscientas mil libras! ¿No eran, acaso, una fortuna de príncipe, y sobre todo para la mendiga que, hacía un mes, tendía su mano a la limosna de los grandes?
Indudablemente, no estaba más lejos la Juana de Valois de la calle Neuve-Saint-Gilles de la Juana de Valois del arrabal de Saint-Antoine, ni lo estaba la Juana de Valois del arrabal de Saint-Antoine de la Juana de Valois dueña del collar.
Ella pensaba que había franqueado más de la mitad del camino que lleva a la fortuna, y la fortuna que ambicionaba no era una ilusión como la palabra de un contrato, como una posesión territorial, cosas primordiales, sin duda, pero a las cuales es necesario unir la inteligencia del espíritu.
No, ese collar era algo muy diferente a un contrato o a una tierra; ese collar representaba la fortuna visible; mientras se mostraba a los ojos, ardiente y fascinadora; y puesto que la reina lo deseaba, Juana de Valois podía muy bien soñar con él; puesto que la reina sabía privarse de dicha joya, Juana de la Motte podía limitar a ella su ambición.
Y así mil ideas inconcretas. Estos fantasmas extraños de contornos nebulosos, que según Aristófanes subyugaban a los hombres en los momentos de pasión, mil deseos, mil ansias de posesión tomaron para Juana, durante su camino de París a Versalles, la forma de lobos, de zorros y de serpientes aladas.
El cardenal, que debía realizar sus sueños, los interrumpió, respondiendo con su inesperada presencia al deseo que Juana de la Motte tenía de verle.
El también abrigaba sueños, también tenía su ambición, que ocultaba bajo una máscara aparentemente amorosa.
—Ah, querida Juana —dijo—, ya estoy a vuestro lado. Creedme, me habéis llegado a ser tan necesaria que me desasosegaba sólo de pensar que estabais lejos de mí. ¿Habéis regresado bien de Versalles?
—Como vos podéis ver, monseñor.
—¿Y contenta?
—Encantada.
—¿La reina os ha recibido, entonces?
—En cuanto me anunciaron me hizo pasar y he sido introducida ante ella.
—Habéis tenido suerte. Adivino por vuestro rostro que la reina os ha hablado.
—He estado cerca de tres horas en el gabinete de Su Majestad.
El cardenal se estremeció y estuvo a punto de repetir, con acento asombrado: «¡Tres horas!», pero se contuvo.
—Sois realmente hechicera y nadie puede resistiros.
—Vos exageráis, príncipe mío.
—Es la verdad, ¿entonces, habéis estado tres horas con la reina?
Juana afirmó con la cabeza.

—Tres horas —repitió el cardenal sonriendo—. Cuántas cosas una mujer tan espiritual como vos puede decir en tres horas...
—Os aseguro, monseñor, que no he perdido el tiempo.
—Me parece que durante esas tres horas no habéis pensado en mí ni un solo minuto.
—¡Ingrato!
—¿De verdad? —exclamó el cardenal.
—He hecho más que pensar en vos.
—¿Qué habéis hecho?
—Hablar de vos.
—¿Hablar de mí? ¿Y a quién? —preguntó el prelado, cuyo corazón comenzaba a latir, con voz que, a pesar de su dominio sobre sí, no disimuló su emoción.
—¿A quién si no a la reina?
Y diciendo estas palabras tan halagüeñas para el cardenal, Juana tuvo el tacto de no mirar al príncipe, como si la inquietase un poco el efecto que debían producirle.
—Veamos, querida condesa. Me interesa tanto lo vuestro que no quiero que me ahorréis el más pequeño detalle.
Juana sonrió; sabía qué era lo que interesaba al cardenal. Pero como si hubiera pensado guardar para sí el recuerdo de cuanto había ocurrido, y el cardenal no le hubiera rogado que se lo confiase, comenzó lentamente, tirando una sílaba de otra, a contar la entrevista, la conversación, dando a cada palabra la sensación de que, por uno de esos felices azares que hacen la fortuna de los cortesanos, había caído en Versalles en una de las circunstancias que en un día hacen de una extraña una amiga casi indispensable. En efecto, en un día, Juana de la Motte había sido iniciada en las adversidades de la reina y en las impotencias de la realeza.
No parecía que el cardenal retuviese del relato más que lo que la reina había dicho en favor de Juana, quien sólo destacaba lo que la reina había dicho del príncipe de Rohan.
Relatados los acontecimientos, entró el lacayo anunciando que la cena estaba servida.
Juana invitó al cardenal con una mirada, y el cardenal aceptó con un gesto afirmativo, dando el brazo a la dueña de la casa, la cual pronto se habituó a hacer los honores de su nuevo hogar.
Al terminar la cena, y cuando el prelado hubo bebido a largos tragos la esperanza y el amor en el relato, veinte veces repetido y veinte veces interrumpido, de aquella hechicera, tuvo forzosamente que contar con una mujer que tenía el corazón de los poderosos en su mano. Porque notaba, con una sorpresa que casi rayaba en temor que, en lugar de hacerse valer, como toda mujer a la que se busca y de la cual se tiene necesidad, ella se anticipaba a los deseos de su interlocutor con una gracia bien diferente de aquel orgullo leonino de la última cena, que había tenido lugar en la misma casa.
Ahora, Juana hacía los honores de su hogar no sólo dueña de sí misma, sino dueña también de los demás. Ninguna duda en su mirada, ninguna cautela en su voz. ¿No había aprendido altas lecciones de aristocracia al arrimarse a la flor de la nobleza francesa? Una reina sin rival, ¿no la había llamado «mi querida condesa»?
Y el cardenal, sometido a esta superioridad, como hombre superior él mismo, no intentó resistirse.
—Condesa —dijo tomándole una mano—, hay dos mujeres en vos.
—¿Cómo es eso?
—La de ayer y la de hoy.
—¿Y cuál prefiere Vuestra Eminencia?
—No sé. La de esta noche es una Circe, una Armida, alguien irresistible.

—Y a la cual vos no trataréis de resistir, según espero, monseñor, por muy príncipe que seáis.
El príncipe se le acercó, y en el acto se hincó a los pies de Juana de la Motte.
—¿Estáis pidiendo limosna?
—Y espero que vos me la daréis.
—Hoy es día de prodigalidad —repuso Juana—. La condesa de Valois ha adquirido importancia, es una mujer de la corte; antes no existía para las mujeres más orgullosas de Versalles. Ahora puede abrir su mano y tendérsela a quien le parezca bien.
—¿Incluso a un príncipe? —preguntó el prelado.
—Incluso a un cardenal.
El cardenal imprimió un largo y ardiente beso sobre la bella y traviesa mano; y después de consultar con los ojos la mirada y la sonrisa de la dama, se levantó. Al pasar a la antecámara, le dijo unas palabras a su criado. Dos minutos después se oyó el ruido de la carroza que se alejaba. La condesa levantó la cabeza.
—Confieso, condesa —dijo el cardenal—, que he quemado mis naves.
—No tiene ningún mérito, puesto que estáis en el puerto.

XLII
DONDE SE COMIENZAN A VER LOS ROSTROS BAJO LAS MASCARAS

Las largas charlas son el privilegio feliz de las gentes que no tienen nada que decirse. Después, la felicidad de callarse u omitir un deseo con una palabra aislada y sin respuesta es un momento inefable.
Dos horas después de despedir su carroza, el cardenal y la condesa se encontraban en el punto que describimos. La condesa había cedido y el cardenal había vencido; sin embargo, el cardenal era el esclavo y la condesa la triunfadora.
Dos hombres se engañan el uno al otro dándose la mano. Un hombre y una mujer se traicionan en un beso. Pero aquí el uno no engañaba al otro más que lo que el otro quería ser engañado.
Cada uno tenía su fin particular, y para ese fin la intimidad era necesaria. Cada uno, pues, había atendido a su propio fin.
Tampoco el cardenal se concedió el lujo de disimular su impaciencia. Se contentó con dar un pequeño rodeo, y volviendo a llevar la conversación hacia Versalles y hacia los honores que esperaban allí a la nueva favorita de la reina, dijo:
—Ella es generosa. Nada le parece bastante caro para las personas a quienes quiere. Tiene el raro espíritu de dar un poco a todo el mundo y de dar mucho a muy pocos.
—¿Creéis, pues, que es rica? —preguntó Juana.
—Ella sabe tener recursos con una palabra, un gesto, una sonrisa. Nunca un ministro, excepto Turgot9, ha tenido el valor de negar a la reina lo que ella ha pedido.
—Pues yo la encuentro menos rica de lo que vos suponéis. ¡Pobre reina, o mejor, pobre mujer!
—¿Cómo es eso?
—¿Acaso se es rico cuando uno se ve obligado a imponerse privaciones?
—¿Privaciones? Explicaos, querida Juana.
—Dios mío, os diré lo que he visto, nada más y nada menos.
—Os escucho.
—Figuraos dos suplicios que esa desgraciada reina ha sufrido.
—¿Dos suplicios? ¿Cuáles?
—¿Sabéis lo que es el deseo de una mujer, querido príncipe?
—No, pero pienso que vos podéis informarme, condesa.

—La reina tiene un deseo que no puede satisfacer.
—¿De quién?
—No es de quién, sino de qué.
—¿De qué?
—De un collar de diamantes.
—No sigáis; ya sé. ¿Os referís a los diamantes de Boehmer y Bossange?
—Precisamente.
—Esa es una vieja historia, condesa.
—Vieja o nueva, ¿no es una verdadera desesperación para una reina el que no pueda poseer lo que podría tener una simple favorita? Quince días que hubiera vivido más el rey Luis XV y Juana Vaubernier habría tenido lo que no puede poseer María Antonieta.
—Querida condesa, estáis en un error; la reina ha podido tener mil veces esos diamantes, y se ha negado siempre a aceptarlos.
—Lo pongo en duda.
—Cuando yo os lo digo, es cierto. El rey se los ha ofrecido, y ella los ha rechazado.
Y el cardenal contó la historia del barco, que Juana escuchó con vivo interés.
—¿Y qué? —preguntó después.
—¿Cómo y qué?
—¿Qué es lo que prueba eso?
—Que ella no ha querido esa joya.
Juana se encogió de hombros, preguntando:
—¿Y vos, que conocéis a las mujeres, que conocéis la corte y a los reyes, contestáis eso?
—Confirmo una negativa.
—Mi querido príncipe, eso únicamente confirma una cosa: que la reina tuvo necesidad de decir una palabra brillante, una palabra que la hiciese popular, y la dijo.
—¿Es así como creéis en las virtudes reales? Ah, criatura escéptica... Santo Tomás era un creyente comparado a vos.
—Escéptica o creyente, os afirmo una cosa.
—¿Cuál?
—Que la reina tan pronto como ha rehusado el collar, ha sufrido un deseo loco de poseerlo.
—Os forjáis esas ideas, querida mía, y os diré que a pesar de todos sus defectos, la reina tiene una cualidad extraordinaria.
—¿Cuál?
—Su desinterés. No ama el oro, no la ciegan las piedras preciosas; concede a los minerales su valor, pero para ella una flor en su vestido vale más que un diamante en su oreja.
—No digo que no. Sólo que en este momento sostengo que tiene verdaderos deseos de rodear con varios diamantes su cuello.
—Os sería imposible probármelo.
—Nada más fácil, porque yo también he visto el collar.
—¿Vos?
—Yo, y no sólo lo he visto, sino que lo he tocado.
—¿Dónde?
—En Versalles.
—¿En Versalles?
—Sí, adonde lo llevaron los joyeros para tentar por última vez a la reina.
—¿Y es magnífico?
—Es maravilloso.

—Entonces vos, que sois tan femenina, comprendéis que se piense en este collar.
—Comprendo que por él se pierda el sueño.
—Ay, y que no tenga yo un barco que dárselo al rey.
—¿Un barco?
—Sí, y él me daría el collar, y en cuanto lo tuviera, vos podríais dormir.
—¿Os reís de mí?
—Nunca.
—Entonces os diré algo que seguramente os asombrará.
—¿Qué es?
—Que yo no aceptaría ese collar.
—Mejor así, condesa, porque yo no os lo podría ofrecer.
—Ni vos ni nadie. Eso es lo que la reina sabe, y por esa razón lo desea tanto.
—Pero os repito que el rey se lo ha ofrecido.
Juana hizo un movimiento casi involuntario, diciendo:
—Y yo os digo que las mujeres amamos esos tesoros cuando nos los ofrecen personas que nos obligan a aceptarlos.
El cardenal miró a Juana con más atención.
—No comprendo lo que queréis decir.
—Es mejor que no me entendáis, pero...
—Si yo fuera el rey y vos fuerais la reina, os obligaría a aceptarlo.
—Sin ser el rey, obligad a la reina a que lo acepte y veréis si ella sigue rechazándolo.
—¿Pero estáis segura de que no os engañáis? ¿La reina tiene ese deseo?
—No vive. Escuchad, querido príncipe; ¿no dijisteis un día, o yo os entendí mal, que no os molestaría ser ministro?
—Es posible que lo haya dicho, condesa.
—Hagamos una apuesta.
—¿Cuál?
—Que la reina hará ministro al hombre que consiga que ese collar esté en su tocador antes de ocho días.
—Condesa...
—Mantengo lo que digo. ¿Os gustaría más que pensara sin exteriorizaros lo que pienso?
—Oh, no.
—Además, lo que digo no os concierne. Naturalmente que vos no vais a emplear un millón y medio en un capricho real; sería pagar demasiado cara una cartera que conseguiréis sin abonar nada porque se os debe dar. Tomad, pues, lo que os he dicho por una habladuría. Soy como los loros; me he emborrachado de sol y sólo sé repetir que hace calor. Monseñor, es una prueba muy dura un día de favor real para una humilde provinciana. Para soportar esos rayos hay que ser águila como vos, y poderlos mirar de frente.
El cardenal la miraba con estupor.
—Ahora me juzgáis tan mal, me encontráis tan vulgar y tan insignificante, que ni siquiera me contestáis.
—¿Sobre qué?
—La reina juzgada por mí, soy yo.
—Condesa...
—¿Qué queréis? He creído que deseaba los diamantes por lo que ha suspirado viéndolos, y lo he creído porque yo en su lugar también los habría deseado; perdonad mi flaqueza.
—Sois una mujer adorable, condesa; poseéis, gracias a una alianza increíble, la debilidad del corazón, como vos decís, y la fuerza del espíritu, y sois tan poco mujer en

ciertos momentos, que casi me asustáis. Pero sois tan adorablemente femenina en otros, que bendigo al cielo lo mismo que os bendigo a vos.
Y el galante cardenal selló su galantería con un beso, diciendo después:
—Y no hablemos más de eso.
—Conforme —murmuró Juana, y se dijo para sí: «Me parece que ha mordido el anzuelo.»
En efecto, aunque había dicho: «No hablemos más de eso», el cardenal preguntó:
—¿Y vos creéis que es Boehmer el que ha vuelto a presionar?
—Con Bossange, sí —repuso inocentemente Juana de la Motte.
—Bossange... Esperad —dijo el cardenal, como si tratara de recordar—. ¿Bossange es su socio?
—Sí, un sujeto flacucho.
—Es ése, sí... ¿sabéis dónde vive?
—Quizá por el distrito de la Ferraille, de l'Ecole; no sé, pero seguro que por los alrededores del Pont-Neuf.
—Del Pont-Neuf, tenéis razón. Me parece haber leído esos nombres en una puerta al pasar en mi carroza.
«El pez sigue mordiendo el anzuelo.»
Juana tenía razón: el anzuelo se había clavado en el gaznate de la presa.
A la mañana siguiente, al salir del nido del arrabal Saint-Antoine, el cardenal se hizo llevar a casa de Boehmer. Fiaba en guardar el incógnito, pero Boehmer y Bossange eran los joyeros de la corte, y a las primeras palabras que pronunció le llamaron monseñor.
—Sí, soy monseñor —dijo el cardenal—, pero puesto que me habéis reconocido, sed discretos para que los demás no me reconozcan.
—Monseñor puede estar tranquilo. Nosotros atenderemos las instrucciones de monseñor.
—Vengo para comprar el collar de diamantes que habéis enseñado a la reina.
—Estamos desesperados, pues monseñor llega tarde.
—¿Cómo es eso?
—Está vendido.
—Es imposible, puesto que ayer lo ofrecisteis de nuevo a Su Majestad.
—Que volvió a rechazarlo, monseñor, y de ahí que respetamos un anterior compromiso.
—¿Y con quién se ha concluido esa venta? —preguntó el cardenal.
—Es un secreto, monseñor.
—Demasiados secretos, monsieur Boehmer.
—Pero, monseñor...
—Yo creía, monsieur —continuó el cardenal—, que un joyero de la corona de Francia se enorgullecía de que quedase en Francia esa bella pedrería, pero vos preferís Portugal.
—Monseñor lo sabe todo —gruñó el joyero.
—¿Por qué os extraña?
—Si monseñor lo sabe todo, no puede ser más que por confidencia de la reina.
—¿Y cuándo se cumple ese trato? —preguntó el cardenal sin recoger la halagadora suposición.
—Esto cambiaría las cosas, monseñor.
—Explicaos, pues no os comprendo.
—¿Monseñor me permite que hable con toda libertad?
—Hablad.
—La reina desea nuestro collar.
—¿Lo creéis así?
—Estamos seguros.

—Y entonces, ¿por qué no lo ha comprado?
—Porque se lo rechazó al rey, y volverse atrás de una decisión que le ha valido tantos elogios a Su Majestad, sería demostrar que es caprichosa.
—La reina está por encima del qué dirán.
—Sí, cuando es el pueblo, o cuando son los cortesanos los que hablan, pero no cuando se trata del rey.
—¿No sabéis que el rey quiso regalar el collar a la reina?
—Sí, pero también le agradeció que no lo quisiera.
—¿Y cuál es vuestra conclusión?
—Que a la reina le gustaría tener el collar, sin que pareciese que era ella quien lo compraba.
—Os engañáis, monsieur Boehmer. No hay nada de eso.
—Entonces es lamentable, monseñor, porque habría sido la más poderosa razón que tendríamos para faltar a nuestra palabra con el embajador de Portugal.
El cardenal estaba pensativo. Por muy sutil que sea la diplomacia de los diplomáticos, la de los comerciantes tiene mayor solidez. La diplomacia negocia casi siempre valores que no posee, y el mercader tiene entre sus garras el objeto que excita la curiosidad. Viendo que estaba a merced del vendedor, dijo el cardenal:
—Monsieur, suponed que la reina desea vuestro collar.
—Esto lo cambiaría todo, monseñor. Puedo romper cualquier compromiso cuando se trata de dar la preferencia a la reina.
—¿En cuánto lo vendéis?
—En seiscientas mil libras.
—¿Cómo condicionáis el pago?
—El portugués me hacía un anticipo y yo llevaría el collar a Lisboa, donde se me abonaría la totalidad.
—Este modo de pago no es viable con nosotros, monsieur Boehmer; un anticipo sí lo tendréis, si es razonable.
—Cien mil libras.
—Se pueden encontrar. ¿Y el resto?
—¿Su Eminencia necesita tiempo? Con la garantía de Su Eminencia, la operación se simplifica. Únicamente que la tardanza implica una pérdida, porque, fijaos, monseñor, que en un acuerdo comercial de esta importancia las cifras crecen, ilógicamente si se quiere. Los intereses de seiscientas mil libras, con una garantía de un cinco por ciento, se elevan a setenta y cinco mil libras, y la ganancia de un cinco es una ruina para los comerciantes. El diez por ciento es regularmente la tasa aceptable.
—Significaría ciento cincuenta mil libras, según vuestra cuenta.
—Exacto, monseñor.
—Pongamos que vos vendéis el collar en setecientas mil libras, monsieur Boehmer, y dividís el pago de ciento cincuenta mil libras que quedan en tres plazos a satisfacer en un año. ¿Estáis de acuerdo?
—Monseñor, perdemos cincuenta mil libras en la operación.
—Creo que no. Si obtuvieseis mañana las ciento cincuenta mil libras os sería algo embarazoso, pues un joyero no compra tierras de ese precio.
—Somos dos, monseñor; mi socio y yo.
—Ya lo sé, pero no importa, y quedaréis mucho más satisfechos cuando cobréis las quinientas mil libras, o sea doscientas cincuenta mil cada uno.
—Monseñor olvida que estos diamantes no nos pertenecen. Si fuesen nuestros, seríamos lo bastante ricos para no tener que inquietarnos por las condiciones de pago ni por el sitio donde estuviesen los fondos.

—¿A quién pertenecen, entonces?
—A unos diez fiadores. Hemos adquirido las piedras acudiendo a varias firmas. Conseguimos una en Hamburgo, otra en Nápoles, otra en Buenos Aires, dos en Moscú... Nuestros fiadores esperan la venta del collar para que se les pague. El beneficio que obtendremos será nuestra única ganancia, pero, ¡ay!, monseñor, desde que ese desdichado collar está en venta, hace más de dos años, hemos perdido doscientas mil libras en intereses. Ved cuál ha sido nuestro beneficio.
El cardenal le interrumpió, diciéndole:
—¿Me dejáis que os diga que yo no he visto aún el famoso collar?
—Es verdad, monseñor; aquí lo tenéis.
Y Boehmer, con un cuidado y una lentitud que parecían un rito, exhibió el magnífico collar.
—¡Soberbio! —exclamó el cardenal, acariciando suavemente los broches que debían cerrarse sobre el cuello de la reina.
Luego, con la mayor sencillez, preguntó:
—¿Trato hecho?
—Sí, monseñor; iré en seguida a la embajada para anular el convenio.
—No creía que actualmente hubiese embajador de Portugal en París.
—Monsieur de Souza ha venido de incógnito.
—Para tratar este asunto —dijo el cardenal riendo.
—Sí, monseñor.
—Pobre De Souza... Le conocí mucho. Pobre De Souza.
El cardenal siguió riendo, y Boehmer creyó que debía asociarse a la alegría de su cliente, y uno y otro siguieron riendo como si acabasen de tramar una jugada contra Portugal, hasta que Boehmer, que quería pisar sobre seguro, preguntó:
—Monseñor, ¿queréis decirme cómo se formalizará el acuerdo?
—Como de costumbre.
—¿Con el intendente de monseñor?
—No, vos no negociaréis más que conmigo.
—¿Cuándo?
—A partir de mañana.
—¿Las cien mil libras?
—Las traeré mañana.
—Bien, monseñor. ¿Y los documentos?
—Los suscribiré aquí mañana.
—Me parece lo mejor, monseñor.
—Y puesto que sois un hombre que sabe guardar un secreto, monsieur Boehmer, acordaos de que tenéis en vuestras manos uno de los más importantes.
—Me doy cuenta, y mereceré vuestra confianza, lo mismo que la de Su Majestad la reina.
El cardenal casi se sonrojó, viéndosele algo turbado, pero íntimamente feliz, como quienquiera que se arruine cegado por su pasión.
Al día siguiente, Boehmer se dirigió a la embajada de Portugal. En el momento en que iba a llamar, Beausire, el primer secretario, repasaba el rendimiento de cuentas de Ducorneau, el primer canciller, y don Manoel, o De Souza, el embajador, explicaba un nuevo plan de campaña a su socio, el ayuda de cámara.
Después de la última visita de Boehmer a la calle de la Jussienne, el palacio había sufrido muchas transformaciones. El personal, trasladado, según ya hemos visto, en dos coches de posta, se había distribuido de acuerdo con lo que exigía el momento y

atendiendo cada uno la función que le correspondía en la residencia del nuevo embajador.
Importa decir que los socios, repartiéndose los papeles que desempeñaban admirablemente bien, con un sigilo digno de la mejor causa, vigilaban por sí mismos sus intereses sin distraerse un instante, sin olvidar las consecuencias que podía traer un error.
Ducorneau, encantado de la inteligencia de todos los servidores, admiraba al mismo tiempo que el embajador fuese poco cuidadoso del prejuicio nacional, admitiendo que desde el primer secretario hasta el tercer ayuda de cámara fuesen franceses, refiriéndose a esa grata singularidad, al hablar con Beausire, deshaciéndose en elogios hacia el jefe de la embajada.
—Los De Souza, como podéis ver —decía Beausire—, no son como esos portugueses conservadores que todavía viven apegados al siglo xiv, tan abundantes en nuestras provincias. No, son gentileshombres viajeros, millonarios, que serían reyes en cualquier parte si se les antojase.
—Pero no sienten ese deseo —dijo Ducorneau.
—¿Para qué, señor canciller? Con varios millones y un nombre de príncipe, ¿no vale uno lo que vale un rey?
—Sabia doctrina filosófica, señor secretario —dijo Ducorneau—. No esperaba escuchar estas máximas de igualdad de la boca de un diplomático.
—Nosotros somos una excepción —repuso Beausire, un poco contrariado de su anacronismo—. Sin ser un volteriano o un armenio a la manera de Rousseau, se conoce el mundo filosófico, se conocen las teorías naturales de la desigualdad de las condiciones y de las fuerzas.
—¿Sabéis —exclamó con fervor el canciller— que es una suerte que Portugal sea un pequeño Estado?
—¿Por qué?
—Porque con hombres así en su cumbre, se engrandecería rápidamente.
—Nos lisonjeáis, querido canciller. No, nosotros no hacemos política filosófica. No es aplicable. Olvidémosla. Hay, pues, cien mil libras en la caja fuerte, según decís.
—Sí, señor secretario; ciento ocho mil libras.
—¿Y deudas?
—Ninguna.
—Es ejemplar. Dadme la nota del registro, por favor.
—Aquí está. ¿Cuándo será la presentación, señor secretario? Quiero deciros que en el distrito esto es objeto de curiosidad, de comentarios, casi de inquietudes diría.
—Sí, ¿eh?
—De vez en cuando circulan alrededor del palacio gentes que quisieran que la puerta fuese de vidrio.
—¿Gentes? —exclamó Beausire—. ¿Gentes del distrito?
—Y otras. Siendo la misión del señor embajador secreta, comprended que la policía se ocupará bien pronto de saber los motivos.
—Pienso como vos —dijo Beausire con cierta inquietud.
—Ved, señor secretario —dijo Ducorneau, llevando a Beausire a la ventana de una esquina del pabellón—. ¿No veis en la calle a un hombre con abrigo oscuro y sucio?
—Sí.
—¿Veis cómo mira hacia acá?
—¿Quién creéis que es ese hombre?
—Qué sé yo... Quizá un espía de De Crosne.
—Es probable.

—Entre nosotros, señor secretario, os diré que De Crosne no es un magistrado de la talla de monsieur de Sartines. ¿Conocisteis a De Sartines?
—No.
—Ese ya os habría adivinado diez veces. Claro que vos tomáis unas precauciones... —pero se interrumpió al oír la campanilla.
—El señor embajador llama —dijo precipitadamente Beausire, a quien la conversación comenzaba a fastidiar.
Y abriendo la puerta rápidamente, rechazó a dos de los socios, los cuales, uno con la pluma en la oreja y otro con la escoba en la mano, un servidor de cuarto orden y el otro lacayo, encontraban la conversación demasiado larga, y querían participar, o por lo menos oírla.
Beausire entendió que había algo sospechoso, y se prometió doblar la vigilancia. Subió a la cámara del embajador, después de estrechar con disimulo la mano de sus dos amigos y compinches.

XLIII
DONDE DUCORNEAU NO COMPRENDE NADA DE LO QUE PASA

Don Manoel, De Souza para el caso, estaba menos amarillo que de costumbre, es decir, estaba más colorado. Acababa de tener con el señor comendador, su ayuda de cámara, una penosa explicación, y no había terminado todavía. Cuando llegó Beausire, los dos gallos se arrancaban las últimas plumas.
—Veamos, monsieur Beausire —dijo el comendador—, ponednos de acuerdo.
—¿En qué? —preguntó el secretario, adoptando una actitud de arbitro después de cambiar una mirada con el embajador, su aliado natural.
—Vos sabéis —dijo el ayuda de cámara— que Boehmer debe venir hoy a concluir el asunto del collar.
—Lo sé.
—Y que debe contar con sus cien mil libras.
—También lo sé.
—Estas cien mil libras son propiedad de la asociación, ¿no es así?
—¿Quién lo duda?
—Beausire me da la razón —dijo el comendador, volviéndose hacia el embajador.
—Esperemos, esperemos —dijo el portugués, con un ademán apaciguador.
—Yo no doy la razón más que sobre este punto —dijo Beausire—: Que las cien mil libras pertenecen a los asociados.
—Justo; yo no pido más.
—Entonces, la caja fuerte no debe estar en la única oficina que está contigua a la cámara del señor embajador.
—¿Por qué? —dijo Beausire.
—Y el señor embajador —prosiguió el comendador— debe darnos a cada uno una llave de la caja.
—No —dijo el portugués.
—¿Vuestras razones?
—Sí, vuestras razones —pidió Beausire.
—Si se desconfía de mí —dijo el portugués acariciándose la barba—, ¿por qué no he de desconfiar yo de los demás? Me parece que si puedo ser sospechoso de robar a la asociación, puedo sospechar que la asociación quiera robarme.
—De acuerdo —dijo el ayuda de cámara—, pero justamente por eso tenemos iguales derechos.

—Entonces, mi querido monsieur, si queréis implantar la igualdad, debisteis decidir que desempeñase cada uno el papel de embajador. Quizá habría sido menos verosímil a los ojos del público, pero los asociados se hubieran sentido seguros. ¿No es así?
—Y primero —interrumpió Beausire—, señor comendador, vos no obráis como buen camarada. ¿Es que monsieur don Manuel no tiene un privilegio irrefutable, el de la invención?
—Eso, eso —dijo el embajador—. Y Beausire lo comparte conmigo.
—Bah, bah, bah... —repuso el comendador—. Una vez que un negocio está en marcha, se dejan de lado los privilegios.
—De acuerdo, pero se continúa prestando atención a los procedimientos —dijo Beausire.
—Yo no vengo por mí solo a hacer esta reclamación —murmuró el comendador, un poco turbado—. Nuestros camaradas piensan como yo.
—Están equivocados —aseguró el portugués.
—Están equivocados —repitió Beausire.
—Yo sí que estoy equivocado —replicó el comendador— al pretender que Beausire me dé la razón. El secretario tiene que estar de acuerdo con el embajador.
—Señor comendador —repuso Beausire con una frialdad asombrosa—, vos sois un granuja a quien cortaría las orejas si tuvierais todavía orejas, pero os las han recortado demasiadas veces.
—¿Qué es lo que queréis? —preguntó el comendador irguiéndose.
—Nosotros estamos en el gabinete del señor embajador, y podemos tratar el asunto pacíficamente. ¿Por qué venís a insultarme diciendo que yo me entiendo con Su Excelencia?
—Y también me habéis insultado a mí —dijo desdeñosamente el portugués, acudiendo en ayuda de Beausire.
—Tenéis que darnos razón de ello, señor comendador.
—Yo no soy un Fierabrás —gruñó el ayuda de cámara.
—Ya lo veo —confirmó Beausire—. Y el resultado serán unos cuantos guantazos, comendador.
—¡Socorro! —gritó el comendador al verse sujeto por el amante de Olive y casi estrangulado por el portugués.
Pero en el momento en que los dos jefes iban a tomarse la justicia por su mano, la campanilla de abajo advirtió que había visita.
—Dejémosle —dijo el embajador.
—Y que atienda su trabajo —dijo el primer secretario.
—Los camaradas sabrán esto —replicó el comendador componiéndose el vestido.
—Decidles lo que queráis; nosotros sabemos lo que responderemos.
—¡Monsieur Boehmer! —gritó desde abajo el suizo.
—Todo se va a arreglar, querido comendador —dijo Beausire, soplando cordialmente el cogote de su adversario.
—Ya no tendremos más disputas sobre las cien mil libras, puesto que van a desaparecer con Boehmer. Vamos, desempeñad vuestro papel, señor ayuda de cámara.
El comendador salió gruñendo, y recobró su aire humilde para introducir convenientemente al joyero de la corona.
En este intervalo, antes de que entrase Boehmer, Beausire y el portugués cambiaron una segunda mirada tan significativa como la primera.
Boehmer entró seguido de Bossange. Los dos tenían una apariencia humilde y recelosa, respecto a la cual los finos observadores de la embajada no se engañaron.

Mientras se acomodaban en los sillones ofrecidos por Beausire, éste continuaba estudiándolos y acechaba la mirada del embajador, para dirigir convenientemente la conversación.
El portugués conservaba su postura digna y oficial.
Boehmer, el hombre de las iniciativas, tomó la palabra en esta difícil circunstancia, explicando que razones políticas de alta importancia le impedían proseguir la negociación comenzada.
El embajador emitió un gruñido de protesta y el primer secretario roncó un «¡uf!» que coreó Su Excelencia.
Boehmer estaba cada vez más confuso, pero no cedió, ni cuando el embajador, traducido por Beausire, le recordó que la venta se había convenido y que el dinero del anticipo estaba a su disposición. Y agregó que su Gobierno debía tener conocimiento de la conclusión de la venta y que romperla era exponer a Su Majestad portuguesa a una afrenta.
Boehmer arguyó que había pensado en las consecuencias, pero que volver al acuerdo inicial era imposible.
Beausire no transigía con la ruptura, y advirtió a Boehmer con un lenguaje inequívoco que romper el convenio era de mal negociante y de hombre sin palabra.
Bossange tomó entonces la palabra para defender la seriedad, nunca en entredicho, de la casa Boehmer y Bossange. Pero no fue elocuente.
Beausire le cerró la boca con una sola pregunta.
—¿Vos habéis encontrado un mejor postor?
Los joyeros, que no estaban muy fuertes en política y que tenían de la diplomacia en general y de los diplomáticos portugueses en particular una idea excesivamente alta, enrojecieron, creyéndose adivinados.
Beausire vio que había dado en el clavo, y como le importaba terminar un asunto que significaba una fortuna, fingió consultar en portugués al embajador.
—Señores —dijo entonces a los joyeros—, os ofrecen un beneficio, y nada más natural; esto prueba que los diamantes tienen un precio muy elevado. Pues bien, Su Majestad portuguesa no quiere hacer sino una buena compra que beneficie a los comerciantes honrados. ¿Hay que ofrecer cincuenta mil libras?
Boehmer hizo un gesto negativo.
—¿Cien mil, ciento cincuenta mil libras? —continuó Beausire, decidido a ofrecer un millón con tal de ganar la parte que le correspondía de seiscientas mil libras.
Los joyeros se quedaron durante un momento abrumados, después de haberse consultado entre sí.
—No, señor secretario. No os toméis el trabajo de tentarnos; la venta se ha efectuado. Una voluntad más poderosa que la nuestra nos ha ordenado vender el collar en el país. Sin duda comprenderéis de qué se trata. Excusadnos; no es que nosotros rehusemos, no hubiéramos hecho semejante cosa; es de alguien más grande que nosotros, más grande que vos, de quien nace la oposición.
Beausire y el portugués no supieron qué contestar. Hicieron un ademán de cumplido a los joyeros y trataron de mostrarse indiferentes, sin darse cuenta de que en la antecámara el comendador ayuda de cámara escuchaba detrás de una puerta, para saber cómo iba el negocio del cual se le quería excluir. Pero el digno asociado fue tan torpe que al inclinarse sobre la puerta resbaló y cayó, haciendo un ruido que alarmó a Beausire, quien corrió a la antecámara y encontró al desgraciado tratando de levantarse.
—¿Qué haces aquí, desdichado? —gritó Beausire.
—Monsieur —respondió el comendador—, traía el correo de esta mañana.
—Dádmelo todo y salid de aquí.

Era la correspondencia de la cancillería: letras de Portugal o de España, insignificantes la mayor parte para el normal quehacer de Ducorneau, pero que al pasar por las manos de Beausire o de su jefe antes de pasar a la cancillería les habían informado de una serie de datos sobre los asuntos de la embajada.
Poco después los joyeros se levantaron, conteniendo el impulso de salir corriendo tras una entrevista tan desagradable. El ayuda de cámara recibió la orden de acompañarles hasta el patio, y al quedar solos el embajador y el secretario se miraron significativamente.
—El golpe —dijo monsieur de Souza— ha fracasado.
—Totalmente —reconoció Beausire.
—Sobre cien mil libras, tocamos cada uno a ocho mil cuatrocientas libras.
—Una miseria —precisó Beausire.
—Pero ahí, en la caja fuerte...
—Sí, hay ciento ocho mil libras.
—Cincuenta y cuatro mil cada uno.
—Sí, pero el comendador no nos va a dejar un momento solos desde que sabe que el asunto ha fracasado.
—Voy a buscar un medio.
—Yo ya tengo uno —dijo Beausire.
—¿Cuál?
—¿El comendador va a volver?
—Sí.
—¿Va a pedir su parte y la de sus asociados?
—Sí.
—¿Nosotros vamos a tener la caja en nuestras manos?
—Claro.
—Llamemos al comendador y finjamos decirle un secreto; luego, dejémosle hacer.
—Me parece que adivino —dijo el portugués—. Id por él.
—Os iba a decir que fuerais vos.
Ni el uno ni el otro querían dejar a su amigo solo con la caja. La confianza brillaba por su ausencia. El embajador respondió que su cargo le impedía dar órdenes a un ínfimo subordinado.
—Vos no sois un embajador para él —dijo Beausire—. Pero no importa.
—¿Vais a buscarle?
—No, le llamaré por la ventana.
En efecto, Beausire llamó por la ventana al comendador en el momento que se disponía a tener una conversación con el suizo, pero al oír que le llamaban subió, encontrando a los dos cabecillas en el departamento contiguo al de la caja.
Beausire se dirigió a él con gesto risueño, diciéndole:
—Apuesto a que sé lo que decíais al suizo.
—¿Yo?
—Sí, le contabais que el asunto con Boehmer ha fracasado.
—Os aseguro que no.
—Estáis mintiendo.
—Os lo juro.
—Mejor, porque si le hubieseis dicho nada, habríais hecho una solemne tontería y perdido una bonita cantidad.
—¿Cómo? —exclamo el comendador sorprendido—. ¿Qué cantidad?
—No sois tan cándido para no comprender que sólo nosotros tres conocemos el secreto.
—Es verdad.

—Y que nosotros tres tenemos las ciento ocho mil libras, pues todos creen que Boehmer y Bossange se las han llevado.
—Justo —dijo alborozado el comendador—. ¡Es verdad!
—Unas treinta y tres mil trescientas treinta y tres libras cada uno —dijo el portugués.
—¡Más, más! —exclamó el comendador—. Hay una fracción de ocho mil libras.
—Es verdad —confirmó Beausire—. ¿Aceptáis?
—¿Que si acepto? —dijo el ayuda de cámara frotándose las manos—. Ya lo creo. Esto es hablar bien.
—Esto es hablar como un granuja —replicó Beausire—. Cuando yo decía que vos no sois más que un bribón... Embajador, vos que sois robusto, cogedme a este tipo y entreguémoslo a nuestros asociados, diciéndoles lo que pretendía.
—Por favor, por favor —suplicó el incauto—. Yo bromeaba.
—Pronto —continuó Beausire—. Encerrémosle en la cámara negra, hasta que decidamos la justicia que merece.
— ¡Por favor! —seguía suplicando el comendador.
—Evitad —dijo Beausire al portugués mientras encerraba al pérfido comendador—, tened cuidado de que Ducorneau nos oiga.
—Si no me dejáis —dijo el comendador—, os denunciaré a todos.
—Y yo te estrangularé —replicó encolerizado monsieur de Souza, empujando al ayuda de cámara al gabinete vecino—. Traedme a monsieur Ducorneau —dijo al oído de Beausire.
Este no se hizo rogar. Pasó rápidamente al gabinete contiguo del embajador mientras el jefe encerraba al comendador desleal.
Pasó un minuto y Beausire no volvía. Y entonces el embajador tuvo una idea: se había quedado solo, y la caja fuerte estaba a diez pasos; para abrirla y coger las ciento ocho mil libras en billetes, descolgarse por una ventana y cruzar el jardín, un ladrón que merezca ese título no necesita más de dos minutos.
El portugués calculó que Beausire, para traer a Ducorneau, perdería por lo menos cinco minutos. En el acto fue a la puerta de la cámara donde estaba la caja fuerte, y vio que la puerta tenía el cerrojo puesto, pero él era fuerte y hábil; habría abierto la puerta de una ciudad con una llave de reloj.
«Beausire desconfía de mí —pensó— porque yo tengo la llave, y ha corrido el cerrojo; eso es lógico.»
Con la espada hizo saltar el cerrojo, corrió a la caja y soltó una maldición. La caja era como una enorme boca vacía. Nada, nada, nada...
Beausire, que tenía una segunda llave, había entrado por la otra puerta apoderándose del dinero. El portugués corrió como un insensato hasta donde estaba el suizo, al que encontró cantando.
Beausire le llevaba cinco minutos de ventaja.
Cuando el portugués, con sus gritos y sus juramentos, hubo puesto al corriente a todos de lo ocurrido, y para apoyarse en un testimonio devolvió al comendador la libertad, no encontró más que incrédulos enfurecidos.
Se le acusaba de haber urdido la estafa con Beausire, el cual había salido con tiempo, llevándose la mitad del robo.
Ya no hubo más fingimientos ni más misterios. El honrado Ducorneau no comprendía a aquellas gentes entre las cuales se veía envuelto.
Estaba a punto de desvanecerse cuando vio que aquellos diplomáticos se disponían a colgar al embajador, quien ya no podía defenderse.
—¡Colgar a monsieur de Souza! —gritaba el canciller—. Eso es un crimen de lesa majestad. ¿No comprenden lo que van a hacer?

Y decidieron encerrarle en el sótano, pues gritaba demasiado. Pero en el mismo momento tres golpes dados solemnemente en la puerta hicieron estremecer a los asociados, quienes enmudecieron.
Y los tres golpes se repitieron.
Después una voz aguda ordenó en portugués:
—Abrid en nombre del señor embajador de Portugal.
—¡El embajador! —exclamaron aquellos granujas, dispersándose por el palacio. Y durante algunos minutos, por los jardines, por los muros vecinos, por los tejados... Fue un sálvese quien pueda, el poner los pies en polvorosa.
El verdadero embajador, que acababa efectivamente de llegar, no pudo entrar en su casa más que por medio de los arqueros de la policía, quienes derribaron la puerta a la vista del gentío, atraído por un inesperado espectáculo.
Desde aquel instante ya no se dio cuartel a nadie, y detuvieron a Ducorneau, llevándoselo al Chátelet, donde pasó la noche.
Este fue el final de la aventura de la falsa embajada de Portugal.

XLIV
ILUSIONES Y REALIDADES

Si el suizo de la embajada hubiera corrido detrás de Beausire, como le había mandado monsieur de Souza, convengamos que habría tenido que hacer un gran esfuerzo.
Beausire, apenas fuera del antro, había llegado al trote a la calle Coquilliere y a galope a la calle de Saint-Honoré.
Siempre con el recelo de que le perseguían, había atravesado las tortuosas calles que rodean el mercado del trigo, y al cabo de algunos minutos estaba casi seguro de que nadie le había seguido; también estaba seguro de una cosa, y era la de que sus fuerzas se habían agotado y que ni un buen caballo lo habría hecho mejor.
Beausire se sentó sobre un saco de trigo, en la calle de Viarmes, a la espalda del mercado y fingió que consideraba con la más viva atención la columna de los Médicis, que Bachaumont había comprado para arrancarla a la piqueta de los demoledores y ofrecerla a la ciudad.
El caso es que Beausire no miraba ni la columna de Philibert Delorne, ni el cuadrante solar con que Pingré la había decorado. Jadeaba como si le saliera de los pulmones el ronco silbido de una fragua. Durante algunos instantes le pareció que el aire no circulaba. Pero al final consiguió respirar a todo pulmón, y lanzó un suspiro que lo habrían oído los vecinos de la calle de Viarmes, si no hubiesen estado ocupados en vender y en pesar su mercancía.
«Ahora, ahora —pensó Beausire—, mi sueño se ha realizado. Tengo una fortuna. —Y respiró una vez más—. Ahora podré ser un hombre íntegro, honrado; me parece que engordaré.»
De momento si no engordaba, se hinchaba.
«Ahora podré hacer de Olive una mujer tan honesta como yo.»
¡Desgraciado!
«Ella no deseará más que una vida retirada en provincias, en una bonita alquería que llamaremos "nuestra tierra", cerca de una pequeña ciudad donde pasaremos fácilmente por señores. Ella es buena, y no tiene más que dos defectos: la pereza y el orgullo.»
Nada más. ¡Pobre Beausire! Dos pecados mortales.
«Y con estos defectos que yo corregiré, yo, el equívoco Beausire, lograré convertirla en una cabal mujer.»
No fue más lejos; ahora ya respiraba como era de ley.

Se enjugó la frente, se aseguró de que las cien mil libras estaban todavía en el bolsillo, y tan libre de cuerpo como de espíritu, volvió a meditar.
No le buscarían en la calle de Viarmes, pero le buscarían. Los señores de la embajada no eran gentes que perdieran con alegría la parte que les tocaba del botín. Se dividirían y empezarían por ir a registrar el domicilio del ladrón. Y aquí estaba el mayor peligro. Su domicilio era el de Olive. La atemorizarían o quizá la maltratarían, ¿quién sabe? No ahorrarían crueldad, y tal vez la convirtieran en un rehén. Aquellos bribones sabían que Olive era su pasión. ¿Y no especularían con su pasión?
Beausire sentía que se iba a volver loco ante esos dos mortales peligros. Pero triunfó el amor.
El no admitía que nadie atormentase a la dama de sus pensamientos. Y corrió como un loco a la casa de la calle Dauphine. Tenía una confianza ilimitada en sus piernas, y sus compinches, por agudos que fueran no podían haberlo previsto todo. Pero para ganar tiempo se metió en un coche de alquiler, dando al cochero un escudo de seis libras y diciéndole:
—A Pont-Neuf.
Los caballos no corrieron, volaron.
Anochecía ya, y Beausire se hizo conducir al terraplén del puente, detrás de la estatua de Enrique IV. Después, sacando la cabeza por la portezuela, hundió su mirada en la calle Dauphine. El estaba habituado a tratar con la policía; había pasado diez años relacionándose con algunos agentes, precisamente para evitarles siempre que le conviniese. En la bajada del puente, del lado de la calle Dauphine, vio a dos hombres que vigilaban esa calle para averiguar no se sabía qué. Eran espías. Ver espías en el Pont-Neuf no era raro, porque el proverbio decía que en aquella época para ver a un prelado, a una mujer alegre y a un caballo blanco no había más que pasar por el Pont-Neuf. Porque los caballos blancos, los hábitos de los sacerdotes y las mujeres de vida airada siempre han sido objeto de observación para los hombres de la policía.
Beausire más que contrariado se sentía torturado; se encorvó un poco, y cojeando para que no se le reconociera, atravesó el gentío y llegó a la calle Dauphine. No vio nada que pudiese alarmarle, ni en la casa a cuyas ventanas se asomaba frecuentemente la bella Olive, su estrella. Pero de pronto le pareció ver el casco de un soldado en la avenida de enfrente, y en seguida otro en una ventanilla. Beausire sudaba por todos sus poros, y comprendía que no podía retroceder, que tenía que pasar por delante de la casa, y se atrevió a hacerlo.
¡Qué espectáculo!
Una avenida bloqueada por soldados de infantería de la guardia de París, y al frente de ellos un comisario del Gran Chátelet, todos de negro. ¡Esas gentes...! Una mirada le bastó a Beausire para comprender su temor y su desorientación. Habituado como estaba a leer en el rostro de los individuos de la policía, no tenía necesidad de pasar por delante de ella dos veces para adivinar si el golpe les había fallado. Entonces se dijo que De Crosne, prevenido sin duda por alguien, trató de darle caza a él y sólo había encontrado a Olive. Inde irae. Estaba bien clara la desorientación. Ciertamente, si Beausire se hubiese encontrado en circunstancias ordinarias, si no hubiera tenido cien mil libras en su bolsillo, se habría arrojado sobre los del orden, gritando, como Nisos: «¡Aquí estoy, aquí estoy! Soy yo quien lo ha hecho todo.»
Pero la idea de que le registrarían, encontrándole el dinero, y le encerrarían para toda la vida; la idea de que el audaz golpe de mano llevado a cabo por él, sólo aprovecharía a los agentes del lugarteniente, triunfó sobre todos sus escrúpulos y relegó incluso sus angustias amorosas.

«Lógico —se dijo—. Yo me haré prender, devolveré las cien mil libras, pero no le servirá de nada a Olive. Me arruinaré, le demostraré que la amo como un insensato, pero mereceré que ella me diga: "Has sido un bruto; tienes que quererme menos y salvarme." Nada, lo que hay que hacer es asegurar el dinero, que es la fuente de la libertad, de la felicidad y la filosofía.»
Seguidamente, Beausire se apretó los billetes sobre el corazón y a zancada de galgo se fue hacia el Luxemburgo, adonde no iba más que por instinto hacía una hora y adonde había ido cien veces a buscar a Olive, y por lo tanto dejó que sus piernas le llevasen allá. Para un hombre tan aferrado a lógica era un pobre razonamiento.
En efecto, los arqueros, que sabían las costumbres de los ladrones como Beausire sabía las de los arqueros, habrían ido a buscar a Beausire al Luxemburgo. Pero el cielo, o el diablo, había resuelto que De Crosne fracasase esa vez contra Beausire.
Cuando el amante de Nicolasa daba la vuelta por la calle Saint-Germain-des-Prés estuvo a punto de ser atropellado por una lujosa carroza cuyos briosos caballos corrían hacia la calle Dauphine. Pero gracias a esa agilidad muy parisiense, Beausire tuvo tiempo de esquivar el golpe, aunque no pudo evitar el latigazo del cochero, pero un propietario de cien mil libras no se detiene por un miserable vergajazo, sobre todo cuando las compañías de la Etoile y los esbirros de De Crosne le siguen el rastro. Y lo que hizo Beausire fue pegar un brinco para salvarse de los cascos y de otra caricia del cochero, pero lo que vio al recobrar el equilibrio fue a Olive en la carroza y hablando muy animadamente con un sujeto elegantemente vestido. Beausire soltó un rugido que casi azuzó a los caballos, y habría seguido al carruaje, pero se dirigía a la calle Dauphine, la única de París por la que él no estaba dispuesto a meterse por nada del mundo en aquel momento. Y por otro lado pensaba que la aparición de Olive en aquel carruaje era un producto de su imaginación; visiones absurdas, fantasmas entrevistos en estado de embriaguez, algo que no podía ser verdad. Había, además, una razón que lo corroboraba, y era que Olive no podía estar en la carroza toda vez que los arqueros la habían detenido en su casa de la calle Dauphine.
El pobre Beausire, agotado moral y físicamente, se lanzó por la calle de Fosses-Monsieur-le-Prince, llegó al Luxemburgo, atravesó el distrito ya desierto y terminó fuera de las puertas de la ciudad, refugiándose en un sórdido edificio cuya dueña tenía para él toda clase de atenciones.
Se instaló en este cuchitril, escondió los billetes bajo una baldosa, arrastró hasta la baldosa un pie de la cama y se acostó, sudoroso, y soltando juramentos, pero amenizándolos con expresiones de gratitud a Mercurio, y sus náuseas febriles las atenuó con una infusión de vino azucarado con canela, un brebaje muy propio para reactivar la transpiración de la piel y la confianza del corazón.
Estaba seguro de que la policía no le encontraría; estaba seguro de que nadie le quitaría su dinero; estaba seguro de que Nicolasa, aunque la hubiesen detenido, no era culpable de nada, por lo que sería la suya una reclusión sin motivo. En fin, él estaba seguro de que las cien mil libras le servirían incluso para sacar de la prisión, si esto sucediera, a Olive, su inseparable compañera.
Quedaban los compañeros de la embajada; con ellos la cuenta era más difícil de arreglar. Pero Beausire había previsto todas las dificultades. Se quedarían en Francia y él se iría a Suiza, a la espera de que Olive recobrase la libertad.
Nada de lo que pensaba Beausire, mientras bebía el vino caliente, sucedería según sus previsiones; estaba escrito.
El hombre comete casi siempre la equivocación de figurarse que ve las cosas cuando no las ve, y comete todavía el error de figurarse que no las ha visto cuando realmente las ha visto.

XLV
DONDE MADEMOISELLE OLIVE COMIENZA A PREGUNTARSE
QUE SE QUIERE HACER CON ELLA

Si Beausire hubiera querido confiar en sus ojos, que eran excelentes, en lugar de hacer trabajar su imaginación, que todo lo confundía, se habría librado de muchos disgustos y muchas decepciones.
En efecto, era Olive a quien había visto en la carroza, sentada al lado de un hombre al cual no reconoció porque sólo le miró una vez, pero al que habría reconocido si le hubiese mirado dos veces. Era Olive, que por la mañana había ido a pasear como de costumbre por el jardín del Luxemburgo y que, en lugar de regresar a las dos para comer, encontró y habló con el extraño individuo que conoció el día del baile de la Ópera.
En efecto, en el momento en que pagaba su silla de manos para regresar y sonreía al dueño del café del jardín, del que era una cliente asidua, De Cagliostro, apareciendo por una de las avenidas, llegó hasta ella y la cogió del brazo, preguntándole, sin hacer caso de la exclamación de ella:
—¿Adonde vais?
—A la calle Dauphine, a mi casa.
—Eso satisfará el deseo de la gente que os espera —repuso el desconocido.
—Gente que me espera... ¿Por qué, si nadie me espera?
—Ya lo creo; quizá unos doce visitantes.
—¿Doce visitantes? —preguntó Olive riendo—. ¿Por qué no un regimiento?
—Os aseguro que si hubiera sido posible enviar un regimiento a la calle Dauphine, lo enviarían.
—Me asombráis.
—Y os asombraréis más todavía si os dejo ir a la calle Dauphine.
—¿Por qué?
—Porque os detendrán, querida mía.
—¿Detenida yo?
—Vos. Los doce señores que os esperan son arqueros enviados por De Crosne.
Olive se estremeció; ciertas personas tienen siempre miedo de ciertas cosas. Sin embargo, se rehízo una vez meditó en su conducta y en sus circunstancias.
—Pero si yo no he hecho nada. ¿Por qué me tienen que detener?
—¿Por qué se detiene a una mujer? Por intrigas, por suposiciones.
—Yo no he intrigado contra nadie.
—¿No habéis tomado parte en algo?
—Si no os explicáis mejor...
—Sin duda hay una equivocación al decidir deteneros, pero lo intentan. ¿Nos vamos, entonces, a la calle Dauphine?
Olive se detuvo, pálida y turbada.
—Jugáis conmigo como un gato con un humilde ratón. Si sabéis algo, decídmelo. ¿No es a Beausire a quien se busca?
Olive miró a De Cagliostro suplicándole.
—Quizá sí. Sospecho que tiene la conciencia mucho menos limpia que vos.
—¡Pobre Beausire!
—Compadecedle, pero si está preso, no le imitéis dejándoos prender.
—¿Pero qué interés tenéis vos en protegerme? ¿Qué os guía al ocuparos de mí? No es natural que un hombre como vos...

—No sigáis, porque diríais una tontería, y los minutos son preciosos, pues los agentes de De Crosne, al ver que no regresáis, podrían venir a buscaros aquí.
—¿Aquí? ¿Se sabe que yo estoy aquí?
—Sería una suerte para ellos que lo supieran; yo lo sé, ¿no es así? Entonces continúo, y como me intereso por vos y os quiero bien, lo demás no debe importaros. Rápido, lleguemos a la calle D'Enfer. Mi carroza os espera allí. ¿Todavía dudáis?
—Sí.
—Muy bien. Pues vamos a hacer una cosa bastante imprudente, pero espero que os convencerá. Pasaremos por delante de vuestra casa en mi carroza, y cuando hayáis visto a esos señores de la policía desde un poco lejos para que no os detengan y desde un poco cerca para comprender sus intenciones... Entonces comprenderéis la mías y lo que valen.
Seguidamente llevó a Olive hasta la verja de la calle D'Enfer, subieron a la carroza y De Cagliostro y Olive se dirigieron a la calle Dauphine, pasando por donde Beausire los había visto juntos, y quien seguramente habría gritado si hubiera seguido a la carroza, como Olive lo habría hecho para acercarse a él, para salvarle, si era perseguido o salvarse con él si quedaba libre.
"Pero De Cagliostro vio a ese desgraciado, distrajo la atención de Olive mostrándole el gentío que ya se agolpaba alrededor del puesto de vigilancia, y en el mismo momento en que Olive distinguió a los agentes de la policía y su casa invadida, se arrojó en los brazos de su protector con una desesperación que hubiera enternecido a otro hombre que no fuese aquel hombre de hierro. El se contentó con apretar la mano de la muchacha y ocultarla bajando las cortinillas.
—¡Salvadme, salvadme! —repetía ella con desespero.
—Os lo prometo.
—Si, como vos decís, estos hombres de la policía lo saben todo, terminarán encontrándome.
—No temáis; en el sitio adonde os llevo, nadie os descubrirá. Si vienen a prenderos en vuestra casa, no irán a prenderos en la mía.
—¡Oh! —exclamó ella con espanto—, vuestra casa... Vamos a vuestra casa.
—Estáis loca —repuso él—. Se diría que no os acordáis de lo que convinimos. Yo no soy vuestro amante, y no quiero serlo.
—Entonces, ¿es la prisión la que me ofrecéis?
—Si preferís el hospital, sois libre.
—Vamos —repuso ella aterrada—. Me confío a vos, haced de mí lo que queráis.
La condujo a la calle Neuve-Saint-Gilles, a la casa donde le hemos visto recibir a Felipe de Taverney. Cuando la dejó instalada, lejos de la servidumbre y de toda vigilancia, en un pequeño apartamento en el segundo piso, le dijo:
—Tenéis que ser más feliz de lo que lo habéis sido hasta ahora.
—¡Feliz! ¿Y cómo? —dijo ella, con el corazón oprimido—. ¿Feliz sin libertad, sin poder salir a la calle? Es tan triste todo esto... sin un jardín. Aquí me moriré.
—Tenéis razón —dijo él—, y quiero que no os falte nada; estaréis mal aquí, y mis gentes acabarán por veros y molestaros.
—O por venderme.
—No lo temáis. Mi gente no vende más que lo que yo le compro, pero para que tengáis toda la tranquilidad deseable, voy a ocuparme de procuraros otra vivienda.
Olive se mostró un poco consolada por estas promesas. Además, su nuevo apartamento le gustaba. Veía comodidad y había libros divertidos.
Su protector la dejó sola, diciéndole:

—No quiero conquistaros por el hambre, querida niña. Si queréis verme, llamadme y vendré en seguida si estoy en mi casa, o a mi regreso si he salido.
Le besó una mano y se fue.
—Monsieur —le suplicó ella—, hacedme sobre todo llegar noticias de Beausire.
—Cuanto antes —respondió el conde.
Mientras bajaba las escaleras, De Cagliostro dialogaba consigo.
«Será una impiedad alojarla en esta casa de la calle Saint-Claude, pero es necesario que no la vea nadie, y en esta casa nadie la verá. Y si por el contrario conviene que una persona la vea, sólo la verá aquí. Vamos, un sacrificio más todavía. Apaguemos esta débil llama de la antorcha que brilló en otro tiempo.»
El conde se puso un abrigo muy holgado, buscó entre las llaves que tenía en su escritorio y eligió algunas después de mirarlas detenidamente. Solo y a pie salió de su palacio, subiendo por la calle Saint-Louis de Marais.

XLVI
LA CASA DESIERTA

De Cagliostro llegó solo a esta antigua casa de la calle Saint-Claude, la cual nuestros lectores no habrán olvidado. La noche caía como si se detuviera frente a la puerta, y no se veían más que algunos raros transeúntes a lo largo del bulevar.
Los cascos de un caballo que resonaban en la calle Saint-Louis, una ventana que se cerraba con un gemido de las viejas cerraduras, el chirriar de los goznes de la puerta cochera tras el retorno del dueño del palacio vecino... Estas eran a esa hora las únicas señales de vida del distrito.
Un perro ladraba, o más bien aullaba, en el pequeño cercado del convento, y una ráfaga de viento tibio llevaba hasta la calle Saint-Claude los tres melancólicos cuartos que acababan de sonar en el reloj de Saint-Paul.
Eran las nueve menos cuarto.
El conde llegó frente a la puerta cochera, se sacó del abrigo una pesada llave, y para hacerla entrar en la cerradura tuvo que extraer el polvo y la arena que la taponaba, acumulados por el viento en el transcurso de varios años. Al lograr que diese una vuelta la llave trató de abrir la puerta, pero el tiempo había hecho su obra: la madera estaba hinchada en las junturas y la herrumbre había mordido los goznes. La hierba crecía por entre los intersticios del empedrado, llenando de verdín la parte baja de la puerta, una especie de barro, parecido al de los nidos de las golondrinas, calafateaba cada grieta, y las vigorosas vegetaciones se aferraban a la madera...
De Cagliostro notaba la resistencia de la puerta y apoyó la mano, después el codo, luego el hombro..., y la hizo girar con un crujido que pareció un gemido de la madera herida.
De Cagliostro vio ante sí el patio, solitario, desolado, lleno de musgo como un cementerio abandonado.
Cerró la puerta detrás suyo, y sus pisadas se grabaron en la grama áspera y rebelde que lo invadía todo, ocultando incluso el embaldosado. Nadie le había visto entrar, ni nadie le veía en el recinto, cercado por los altos muros. Se detuvo un momento, y poco a poco su pensamiento retrocedió al pasado, lo mismo que acababa de reintegrarse a su antigua casa.
Del pasado le quedaba la desolación y el vacío, y de la vivienda no veía más que sus ruinas desiertas.
La escalinata de doce peldaños no tenía más que tres escalones intactos. Los otros, minados por el agua y las lluvias, por las ortigas y las adormideras, terminaron

resquebrajándose y desmoronándose. Cascotes, polvo, hierbajo... El tiempo —¿cuántos años?— testimoniaba una vez más su capacidad devastadora.
De Cagliostro consiguió subir por entre los tramos que se estremecían bajo su pie y, valiéndose de otra llave, entró en una inmensa sala, encendiendo la linterna que traía consigo, la cual en el acto apagó el viento, o el hálito siniestro que planeaba bajo el carcomido techo. El aliento de la muerte reaccionaba contra la vida; la oscuridad mataba la luz.
De Cagliostro volvió a encender su linterna y continuó su camino. En el gran comedor, los armarios, enmohecidos y destrozadas sus líneas, habían perdido casi su primitiva forma, y las baldosas resbaladizas eran un peligro. Todas las puertas interiores estaban abiertas, dejando que la mirada penetrase libremente entre aquellas fúnebres profundidades por donde había ya pasado la muerte.
El conde sintió un estremecimiento, porque en el extremo de la sala, allí donde en otro tiempo empezaba la escalera, había oído un ruido. En otro tiempo, cierto ruido anunciaba una presencia querida, y despertaba en los sentidos del dueño de esta casa la vida, la esperanza, la felicidad. Y ese ruido de ahora, que no representaba nada en la hora presente, evocaba todo un pasado.
De Cagliostro, con rostro grave, la respiración lenta, y las manos heladas, se dirigió hacia la estatua de Harpócrate, cerca de la cual había el resorte de una antigua puerta de comunicación, lazo misterioso que unía la casa conocida con la mansión secreta.
El resorte funcionó sin obstáculos, aun cuando las ensambladuras oxidadas chirriasen, pero apenas el conde puso el pie en el primer peldaño de la escalera secreta, el extraño ruido se repitió. De Cagliostro alargó su mano levantando la linterna para descubrir a qué se debía, y vio una enorme serpiente que bajaba muy despacio por la escalera y se valía de su cola como de un látigo golpeando cada escalón. El reptil fijó su negra pupila sobre De Cagliostro, y después se escurrió por el primer agujero de la ensambladura, desapareciendo ante su mirada. Sin duda era el genio de la soledad.
El conde prosiguió su marcha. Por todas partes le acompañaba un recuerdo, o una sombra, y cuando sobre las paredes la luz dibujaba una silueta móvil, el conde se estremecía, pensando que su sombra le era ya como una sombra extraña, que resucitaba para visitar también el misterioso lugar. Caminando y soñando, llegó hasta la plancha que cerraba la chimenea que servía de paso entre la cámara de armas de Bálsamo y el gabinete perfumado de Lorenza Feliciani. Los muros estaban desnudos, y las cámaras vacías. En el hogar todavía dispuesto había un gran brasero lleno de cenizas, entre las cuales centelleaban algunos mínimos medallones de oro y de plata.
Esa fina ceniza, blanca y perfumada, era la del mobiliario de Lorenza que Bálsamo había quemado hasta el último barrote; eran los armarios de ébano, el clavicordio y el canastillo de palo de rosa, el bello lecho con dosel, las porcelanas de Sévres; eran las molduras y los ornamentos de metal, fundidos en el gran fuego hermético; eran las cortinas y los tapices de brocado de seda; eran las cajas de áloe y de sándalo, cuyo penetrante olor que trepaba por las chimeneas había perfumado toda la zona de París por donde se había extendido la humareda, por lo que durante dos días los transeúntes levantaban la cabeza para respirar los raros aromas empujados por el viento, y el hortera del distrito de Halles y la modistilla del distrito Saint-Honoré se sentían como embriagados por esos átomos violentos y encendidos que la brisa robaba a las terrazas del Líbano y a las llanuras de Siria. Aquellos perfumes todavía vagaban por la cámara desierta y fría. De Cagliostro se inclinó y cogió un poco de ceniza, y aspiró su olor largo tiempo con una especie de pasión salvaje.
«También podré aspirar un resto de esta alma que en otra época fue el alma de lo que ahora es polvo.»

Después volvió a examinar los barrotes de hierro, la tristeza del patio vecino, y en la escalera los largos surcos que el incendio había abierto, destruyendo todo lo que se oponía a las llamas.
¡Espectáculo bello y siniestro! La cámara de Althotas había desaparecido, y no quedaban de los muros más que siete u ocho sillares, en los cuales el fuego se había ensañado, ennegreciéndolo todo.
Quien hubiese ignorado la dolorosa historia de Bálsamo y de Lorenza, difícilmente habría deplorado estas ruinas. Todo respiraba la grandeza abatida, el esplendor extinguido, la perdida felicidad.
De Cagliostro seguía sumergido en sus sueños. El hombre había descendido de las alturas de su filosofía para reconcentrarse en este poco de humanidad tierna, los sentimientos del corazón, y que no pertenecen al razonamiento. Después de evocar los dulces fantasmas de la soledad y rehuir todo lo que le hablaba al espíritu, y creía haberse repuesto de su debilidad humana, sus ojos se detuvieron en un objeto que brillaba entre tanto desastre y tanta miseria. Se inclinó y vio en una grieta del suelo, casi enterrada en el polvo, una horquilla de plata que parecía como si hubiese caído recientemente de los cabellos de una mujer. Era uno de esos broches italianos con que las damas de aquel tiempo se sujetaban los bucles.
El filósofo, el sabio, el profeta, el que despreciaba a la humanidad, ese que quería que hasta el cielo contase con él; ese hombre que había concentrado tantos dolores en sí mismo y arrancado tantas gotas de sangre del corazón de los demás; De Cagliostro, el ateo, el charlatán, el risueño escéptico, recogió la horquilla, se la llevó a los labios, y seguro de que nadie podía verle, dejó que una lágrima brotase de sus ojos, mientras murmuraba:
—Lorenza...
Esto fue todo. Latía un demonio dentro de ese hombre. Buscaba la lucha, y para su propia felicidad, la nutría de sí mismo.
Después de besar con pasión esa reliquia sagrada, abrió la ventana, pasó su brazo a través de los barrotes y arrojó el frío trozo de metal al recinto del convento vecino, en las ramas de los árboles, en el aire, en el polvo, no se sabe dónde.
Se castigaba por haberse visto débil el corazón. «Adiós —dijo al insensible objeto que se perdía quizá para siempre—. Adiós, recuerdo enviado para enternecerme, para empequeñecerme. Desde ahora sólo pensaré en la tierra. Sí, esta casa va a ser profanada. ¿Qué es lo que digo? Lo ha sido ya. He vuelto a abrir sus puertas, he traído la luz a estos muros, he visto el interior de la tumba, he removido las cenizas de la muerte. Profanada está la casa. Que lo sea y para el bien de alguien. Otra mujer atravesará este patio, otra mujer pisará la escalera, otra mujer cantará quizá bajo esta bóveda donde vibra todavía el último suspiro de Lorenza... Sea. Pero todas estas profanaciones tenderán a un fin, servir a mi causa. Y si Dios me la hace perder, Satanás me ayudará a ganarla.» Dejó la linterna sobre un peldaño.
«Esta escalera caerá, esta casa se derrumbará también. El misterio se desvanecerá, el palacio se convertirá en escondrijo y dejará de ser santuario.»
Y escribió apresuradamente sobre unas tablillas las líneas siguientes:
«A monsieur Lenoir, mi arquitecto: Limpiar patio y vestíbulos, restaurar bajos y caballerizas, demoler el pabellón interior, reducir el palacio a dos pisos... en ocho días.»
«Veamos ahora si se ve bien desde aquí la ventana de la condesita.»
Se acercó a una ventana del segundo piso del palacio, desde donde se dominaba parte de la calle Saint-Claude por encima de la puerta cochera. Poco más allá, se veía el alojamiento de Juana de la Motte.
«No puede fallar. Las dos mujeres tienen que verse.»

Volvió a tomar su linterna, bajó la escalera y salió. Una hora después llegaba a su casa y enviaba su proyecto al arquitecto.
En efecto, desde el día siguiente, cincuenta obreros invadieron el palacio; el martillo, la sierra y los picos resonaban por todas partes, los montones de hierba humeaban en un rincón del patio, y, al llegar la noche, los transeúntes vieron una gran rata colgada de una pata, pendiendo de un travesaño en el patio, en medio de un grupo de trabajadores que se regodeaban contemplando su gordura y su mostacho gris. Al silencioso habitante del palacio lo había tapiado en su agujero la caída de una gran piedra. Medio muerto cuando la grúa levantó la piedra, fue cogido por la cola y sacrificado para diversión de los jóvenes auverneses que amasaban el yeso, y sea por vergüenza o sea por asfixia, no sobrevivió. El transeúnte le dedicó esta fúnebre oración: «Uno que ha sido feliz durante diez años.»
Sic transit gloria mundi.
En ocho días la casa fue restaurada según las instrucciones que De Cagliostro había enviado al arquitecto.

XLVII
JUANA, PROTECTORA

El cardenal de Rohan recibió, dos días después de su visita a Boehmer, un billete que decía: «Su Eminencia, señor cardenal de Rohan, sabe sin duda dónde cenará esta noche.»
«De la condesita —se dijo, quemando el papel—. Iré.»
He aquí por qué Juana de la Motte solicitaba esta entrevista del cardenal: de los cinco criados puestos a su servicio por Su Eminencia, había distinguido uno de cabellos negros, ojos oscuros, tez morena y sanguínea. Para esta gran observadora eran los síntomas de un organismo activo, inteligente y tenaz. Hizo que le llamaran, y en un cuarto de hora obtuvo de su docilidad y de su perspicacia lo que ella deseaba, que fue hacerle seguir al cardenal, informándola de que había visto a Su Eminencia ir dos veces en dos días al establecimiento Boehmer y Bossange. Juana sacó sus deducciones. Un hombre como el cardenal no regatea. Hábiles comerciantes como Boehmer no dejan irse a un comprador. Por lo tanto, el collar, se había vendido. Vendido por Boehmer y comprado por el príncipe de Rohan, pero él no había dicho una palabra a su confidente, a su dueña. El síntoma era grave. Juana arrugó la frente, se pellizcó los labios y dirigió al cardenal el billete de llamada.
Su Eminencia llegó de noche, haciéndose preceder por un cestillo de Tokay y algunas exquisiteces, igual que si fuese a cenar en casa de madame Guimard o en casa de mademoiselle Dangeville.
El matiz no pasó desapercibido para Juana, como tantos otros que tampoco se le habían escapado; aceptó el no servir nada de lo que el cardenal había enviado, y después, iniciando la conversación con cierta ternura, cuando quedaron solos, le dijo:
—De verdad, monseñor, hay algo que me aflige mucho.
—¿Qué es, condesa? —preguntó el cardenal, afectando esa contrariedad que no siempre es señal de que se esté realmente contrariado.
—Monseñor, la causa de mi disgusto no es porque hayáis dejado de amarme, sino comprobar que no me habéis amado nunca...
—Pero, condesa, ¿qué estáis diciendo?
—No os excuséis, monseñor, porque sería tiempo perdido.
—Para mí —dijo galantemente el cardenal.
—No, para mí —respondió claramente Juana de la Motte—. Además...

—Condesa...
—No os lamentéis, monseñor, porque ya me es indiferente.
—¿Que os ame o que os haya dejado de amar?
—Sí.
—¿Y por qué os es indiferente?
—Porque yo no os amo.
—Condesa, ¿sabéis que no estáis obligada a hacerme el honor de decirme eso?
—En efecto, pero es verdad que nuestras relaciones no se iniciaron con una entrega efectiva; es un hecho, reconozcámoslo.
—¿Qué hecho?
—Que yo no os he querido nunca, monseñor, y que tampoco vos me habéis querido.
—Respecto a mí, no podéis decir eso —repuso el príncipe con un acento casi sincero—. Yo he sentido por vos mucho afecto, condesa. No me alistéis bajo vuestra bandera.
—Monseñor, creo que nos estimamos lo suficiente para decirnos la verdad.
—¿Y cuál es la verdad?
—Existe entre nosotros otro lazo mucho más fuerte que el amor.
—¿Cuál?
—El interés.
—¿El interés? Caramba, condesa.
—Monseñor, yo os diría, como el campesino normando decía de la horca a su hijo: «Si ella te disgusta, no disgustes a los demás.» Vaya con el interés, monseñor. ¡Cómo os dejáis ganar por él!
—Veamos, condesa, supongamos que efectivamente nos guía el interés. ¿En qué puedo yo servir vuestros intereses y vos los míos?
—Primero, y antes de nada, deseo querellarme con vos.
—Hacedlo, condesa.
—Vos habéis tenido poca confianza en mí, es decir, poca estimación.
—¿Yo? ¿Cuándo os he dado motivos? Os ruego que me lo digáis.
—¿Cuándo? ¿Negaréis que después de haberme arrancado hábilmente todos los detalles que yo deseaba daros...?
—¿Sobre qué, condesa?
—Sobre el gusto de cierta gran dama acerca de cierta cosa; vos habéis hecho todo lo posible para satisfacer ese gusto sin hablarme de ello.
—¿Arrancar detalles, adivinar el gusto de cierta dama por cierta cosa, satisfacer ese gusto? Condesa, sois un enigma, una esfinge. Yo había visto la cabeza y el cuello de la mujer, pero no había visto todavía las garras de león. Parece que vais a enseñármelas. Pues, sea.
—No, yo no os enseñaré nada, monseñor, puesto que no deseáis ver nada. Yo os daré simplemente la solución del enigma: los detalles son los que han ocurrido en Versalles; el gusto de cierta dama, es el de la reina, y la satisfacción que se ha dado a ese gusto de la reina es la compra que hicisteis ayer a Boehmer y Bossange de su famoso collar.
—Condesa... —murmuró el cardenal, en tono indeciso y palideciendo.
Juana le miró fijamente, diciéndole:
—¿Por qué me miráis con ese miedo? ¿No negociasteis ayer con los joyeros del distrito de l'Ecole?
—Un De Rohan no miente, ni a una mujer.
El cardenal calló. Pero como iba a enrojecer, por ese disgusto que un hombre no perdona jamás a la mujer que se lo causa, Juana se apresuró a tomarle una mano.
—Perdón, príncipe mío. Tengo que deciros en qué os habéis engañado respecto a mí. ¿Me habéis creído tonta y malvada?

—¡Oh, condesa!
—Entonces...
—Ni una palabra más; dejadme hablar ahora. Yo os persuadiré quizá, porque desde hoy veo claramente que debo tratar mis intereses con vos. Yo esperaba encontrar en vos a una mujer bonita, una mujer espiritual, una dueña encantadora, pero sois algo mejor que eso. Escuchad.
Juana se acercó al cardenal, dejando su mano entre las de él.
—Vos habéis querido ser mi dueña, mi amiga, sin amarme. Me lo acabáis de decir vos misma.
—Y os lo repito una vez más.
—¿Teníais entonces un motivo?
—Seguro.
—¿Y ese motivo, condesa?
—¿Tenéis necesidad de que yo os lo explique?
—No, lo palpo con la mano. Vos queréis hacer mi fortuna. ¿No es bastante claro que, una vez que mi fortuna esté hecha, mi primer cuidado será asegurar la vuestra? ¿Es esto lo que ocurre o me he engañado?
—No os habéis engañado, monseñor. Solamente, y creedme, que ese fin no he tratado de alcanzarlo en medio de antipatías o repugnancias; el camino ha sido agradable.
—Sois una amable mujer, condesa, y da gusto hablar de negocios con vos. Os decía, pues, que habéis acertado. ¿Sabéis que tengo en alguna parte un amor platónico?
—Lo vi en el baile de la Ópera, príncipe mío.
—Este amor no será jamás compartido. Dios me libre de creerlo.
—Una mujer no es siempre reina, y vos valéis tanto, creo yo, como el cardenal Mazarino.
—Era un hombre muy gentil también —dijo riendo el cardenal.
—Y un excelente primer ministro —contestó Juana.
—Condesa, con vos es trabajo perdido pensar mil veces e innecesario decir. Vos pensáis y habláis por vuestros amigos. Sí, yo aspiro a ser primer ministro. Todo me conduce a ello: el nacimiento, el hábito de los negocios, la benevolencia que me testimonian las cortes extranjeras, la simpatía con que me considera el pueblo francés.
—Todo —dijo Juana—, excepto una cosa.
—¿Excepto una repugnancia, queréis decir?
—Sí, de la reina, y esa repugnancia es el verdadero obstáculo. Lo que la reina quiere termina siempre por ser querido por el rey, y lo que ella odia, él lo desprecia.
—¿Y ella me odia?
—¡Oh...!
—Seamos francos. No creo que nos sea permitido continuar en tan hermoso camino, condesa.
—Sabedlo, monseñor, la reina no os quiere.
—Entonces, estoy perdido. No hay collar que la conquiste.
—He aquí en qué os engañáis, príncipe.
—El collar está comprado.
—Al menos la reina verá que si ella no os quiere, vos sí la queréis.
—Ah, condesa...
—Sabéis, monseñor, que hemos convenido en llamar las cosas por su nombre.
—Sea. ¿Decís que no desesperáis de verme un día primer ministro?
—Estoy segura.
—Quisiera preguntaros cuáles son vuestras ambiciones.
—Ya os las diré, príncipe, cuando estéis en situación de satisfacerlas.

—Eso es hablar; esperemos hasta ese día.
—Gracias; ahora supongamos.
El cardenal tomó la mano de Juana y la estrechó entre las suyas, como Juana había deseado fervientemente que su mano fuese oprimida unos días antes, pero ahora esta sensación se había desvanecido.
—Y bien, condesa.
—Cenemos, monseñor...
—No tengo apetito.
—Entonces sigamos hablando.
—No tengo nada que decir.
—Pues separémonos.
—He aquí —dijo él— lo que vos llamáis nuestra alianza. ¿Me despedís?
—Para ser verdaderamente el uno del otro —dijo la condesa—, monseñor, seamos primero uno y otro de nosotros mismos.
—Tenéis razón, condesa; perdón por haberme engañado una vez más. Os aseguro que será la última.
Y volviendo a tomar su mano la besó tan respetuosamente que no vio la diabólica sonrisa de la condesa cuando ella le oyó estas palabras: «Esta será la última vez que me engañaré acerca de vos.» Juana se levantó, llevó al príncipe hasta la antecámara, donde él se detuvo y en voz baja le preguntó:
—¿Qué ocurrirá después, condesa?
—Algo muy sencillo.
—¿Qué haré?
—Nada. Esperadme.
—¿Vos iréis...?
—A Versalles.
—¿Cuándo?
—Mañana.
—¿Y tendré respuesta?
—Inmediatamente.
—Mi protectora, confío en vos.
—Dejadme a mí.
Poco después, Juana de la Motte se acostaba, y mirando vagamente el bello Endimión de mármol que esperaba a Diana, murmuró:
—Decididamente la libertad vale más.

XLVIII
JUANA, PROTEGIDA

Dueña de aquel secreto, enriquecida de antemano con el porvenir que le esperaba, sostenida por dos influencias tan considerables, Juana se veía capaz de levantar el mundo. Se concedió quince días para comenzar a morder el delicioso racimo que la fortuna suspendía sobre su cabeza.
Aparecer en la corte, no ya como una solicitante, ni como la pobre mendiga retirada por madame de Boulainvilliers, sino como una descendiente de los Valois, rica, con cien mil libras de renta, con un marido duque y par, llamarse la favorita de la reina, y en un tiempo de intrigas y de tempestades gobernar el Estado gobernando al rey a través de María Antonieta, he aquí simplemente el panorama que se entreabría ante la inagotable imaginación de la condesa de la Motte.

Al llegar el día que estimó propicio, no hizo más que acercarse a Versalles. Carecía de carta de presentación, pero la fe en su fortuna era ya tal que tenía la certidumbre de que vería doblegarse la etiqueta ante su deseo. Y tenía razón.
Todos los oficiosos de la corte, tan empeñados en adivinar los gustos del dueño, habían notado ya la satisfacción con que María Antonieta acogía a la bella condesa.
Fue bastante para que a su llegada un húsar inteligente y ambicioso fuera colocarse al paso de la reina, que llegaba de la capilla, y, como por azar, pronunció delante del gentilhombre de servicio estas palabras:
—Monsieur, ¿qué debo hacer con la señora condesa de la Motte-Valois, que no tiene carta de presentación?
La reina hablaba en voz baja con la princesa de Lamballe, y el nombre de Juana, hábilmente dejado caer, la detuvo, y se volvió preguntando:
—¿Decís que está en palacio madame de la Motte-Valois?
—Creo que sí, Majestad —contestó el gentilhombre.
—¿Quién la ha visto?
—Este húsar, madame.
—Recibiré a madame de la Motte-Valois —precisó la reina, que continuó su camino, y luego se detuvo para decirle al húsar—: La conduciréis a la Sala de Baños.
Juana, a quien el húsar la informó, hizo ademán de abrir su bolsa, pero el húsar la detuvo con una sonrisa.
—Señora condesa, os ruego que acumuléis las deudas; seguramente que muy pronto podréis pagármelas con intereses más altos.
—Tenéis razón, amigo mío; gracias.
«¿Por qué —se dijo— no he de proteger al húsar que me ha protegido? ¿No estoy también protegiendo a un cardenal?»
Juana estuvo pronto en presencia de su soberana, la cual apareció con expresión un poco seria, quizá precisamente por lo que favorecía a la condesa con su inesperada recepción.
«En el fondo —pensó la amiga del cardenal—, la reina cree que todavía vengo a mendigar... Antes de que yo haya pronunciado una palabra, habrá desarrugado el ceño o me habrá enseñado la puerta.»
—Madame —dijo la reina—, todavía no he tenido ocasión de hablarle al rey.
—Oh, madame... Vuestra Majestad ha sido ya demasiado buena para mí y no espero nada más. Yo venía...
—¿Para qué venís? —dijo la reina, hábil en coger las transiciones—. No habéis pedido audiencia. ¿Acaso se trata de algo urgente... para vos?
—Urgente, sí, madame, pero no para mí.
—¿Para mí, entonces? Habladme, condesa.
La reina condujo a Juana a la Sala de Baños, donde sus camareras la esperaban, pero al ver alrededor de la reina tantas caras desconocidas, Juana no dijo nada, y María Antonieta despidió a sus doncellas.
—Vuestra Majestad —dijo Juana— se dará cuenta de que estoy muy confusa.
—¿Cómo es eso? No he querido confundiros.
—Vuestra Majestad sabe, pues creo habéroslo dicho, todos los favores que me ha hecho el cardenal de Rohan, lo cual me obliga a él.
La reina arrugó el ceño.
—No sé.
—Yo creía...
—No importa; decid.
—Anteayer Su Eminencia me hizo el honor de visitarme.
—Ah...

—Es para una buena obra que presido.
—Muy bien, condesa. Yo también os daré algo... para vuestra buena obra.
—Vuestra Majestad se equivoca. Ya he tenido el honor de decirle que no pedía nada. El señor cardenal, como acostumbra, me habló de la bondad de la reina, de su inagotable gentileza.
—Y desea que yo proteja a sus protegidos.
—Sí, claro, Majestad.
—Lo haré, y no por el cardenal, sino por los desgraciados que acojo siempre bien, vengan de quien vengan. Sólo le diréis a Su Eminencia que estoy muy disgustada.
—¡Ay!, madame, ved lo que yo le he dicho, pues de eso viene la confusión que yo señalaba a la reina.
—Ah...
—Yo le hablaba al señor cardenal de la generosidad de Su Majestad ante cualquier infortunio, sus continuas ayudas, la causa de que la bolsa de la reina muchas veces esté como exprimida.
—Bien.
—«Ved, monseñor —le dije como ejemplo—: Su Majestad es esclava de su bondad. Se sacrifica por sus pobres, y el bien que hace se vuelve a veces contra ella.» Y en este sentido tengo que acusarme.
—¿Cómo es eso, condesa? —preguntó la reina, que escuchaba con sumo interés, quizá porque Juana había sabido cogerla por su lado débil, o porque María Antonieta adivinaba bajo el largo preámbulo la preparación de algo inesperado.
—Digo que Vuestra Majestad me había dado una importante cantidad algunos días antes, donativos que son bastante frecuentes en la reina, pero si la reina hubiera sido menos sensible, menos generosa, tendría dos millones en su caja, gracias a los cuales nada le habría impedido comprar ese bello collar de diamantes tan noblemente, tan valientemente, pero tan injustamente rechazado. Perdonadme que lo diga.
La reina enrojeció y se quedó mirando a Juana. Evidentemente, la conclusión estaba en la última frase. ¿Había allí un lazo? ¿Era sólo una lisonja? Lo cierto era que la cuestión se había expuesto, y cabía el que hubiese en ella un peligro para una reina. Pero Su Majestad vio en el rostro de Juana tanta dulzura, tan limpia benevolencia y tanta lealtad que ella no podía recelar que bajo aquel rostro se escondiesen ni la perfidia ni la adulación.
Y como la reina era una mujer de alma auténticamente generosa, y en la generosidad hay siempre fuerza, y en la fuerza una firme sinceridad, María Antonieta, tras un reprimido suspiro, dijo:
—Sí, el collar era hermoso; no tendría palabras para la alabanza que merece, pero me satisface pensar que una mujer de gusto me bendecirá por haberlo rechazado.
—Si vos supierais, madame, cómo se conocen los sentimientos de las personas cuando se trata del interés de aquellos a quienes esas personas aman.
—¿Qué queréis decir?
—Quiero decir, madame, que al saber vuestro heroico sacrificio del collar, yo vi palidecer a monsieur de Rohan.
—¿Palidecer?
—Los ojos se le llenaron de lágrimas. No sé, madame, si es verdad que el cardenal es un caballero intachable como se asegura, pero sí sé que después de verle tan emocionado ante vuestro generoso desinterés y vuestra sublime abnegación, su rostro no se me olvidará jamás.

—Muy bien, condesa —dijo la reina—; puesto que el príncipe de Rohan os ha parecido tan noble y tan cumplido, no me molestará que le expreséis vuestro juicio. Es un prelado mundano, un pastor que cuida de las ovejas tanto para sí como para el Señor.
—¡Oh, madame!
—¿Qué? ¿Le calumnio? ¿No es ésa su reputación? ¿No ha hecho de todo ello una especie de gloria? ¿No lo veis en los días de ceremonia, cómo agita sus bellas manos, porque, ciertamente, son hermosas, y hace centellear el anillo pastoral, en que las devotas fijan en él sus ojos, más brillantes que el zafiro del cardenal? Los trofeos del cardenal —prosiguió la reina, con calor— son numerosos. Aunque han promovido escándalo. El prelado es un hombre galante como los de la Fronda. El elogio que él merezca por sus actividades me guardaré de precisarlo.
—Madame —dijo Juana, estimulada por la familiaridad con que le hablaba la reina—, yo no sé si el cardenal pensaba en sus devotas cuando me hablaba con tanto fervor de las virtudes de Vuestra Majestad, pero sé que sus bellas manos no las agitaba en el aire, sino que las tenía quietas sobre el corazón.
La reina sacudió la cabeza, riendo forzadamente y diciendo:
—Continuad.
—Vuestra Majestad me desconcierta: esa modestia que le hace rechazar toda alabanza...
—¿Del cardenal? ¡Claro que sí!
—¿Por qué, madame?
—Porque me parece sospechosa, condesa.
—Yo no puedo —repuso Juana, con el mayor respeto— defender a quien ha tenido la desdicha de no ganarse vuestro afecto, y no dudo de que sea culpable, puesto que ha desagradado a la reina.
—Monsieur de Rohan no me ha desagradado; me ha ofendido. Pero como soy reina y cristiana, estoy noblemente obligada a olvidar las ofensas.
La reina dijo sus últimas palabras con aquella majestuosa bondad tan exclusivamente suya. Ante el silencio de Juana, le preguntó:
—¿No decís nada más?
—Le parecería sospechosa a Su Majestad si mi opinión fuese contraria a la suya.
—¿No pensáis como yo respecto al cardenal?
—Totalmente al revés, madame.
—No hablaríais así si supierais lo que el príncipe Louis ha hecho en contra mía.
—Sólo sé lo que le he visto hacer en servicio de Su Majestad.
—¿Galanterías, gentilezas, buenos deseos, cumplimientos? —preguntó la reina.
Juana no contestó.
—Sentís hacia monsieur de Rohan una viva amistad, condesa; no le atacaré más delante de vos —dijo, riendo, la reina.
—Madame —repuso Juana—, prefiero más vuestra cólera que vuestra burla. Lo que siente el cardenal por Vuestra Majestad es un afecto tan respetuoso que estoy segura de que si viera a la reina reírse a causa de él moriría de dolor.
—Entonces, ha cambiado mucho.
—Vuestra Majestad me hizo el honor de decirme el otro día que diez años antes, el cardenal era un apasionado...
—Bromeaba, condesa —dijo severamente la reina.
Reducida al silencio Juana, le pareció a la reina que se resignaba a no luchar más, pero María Antonieta se engañaba. Para esas mujeres en cuya naturaleza forcejean el tigre y la serpiente, el momento en que se repliegan es siempre el preludio del ataque; el reposo concentrado precede al ímpetu.

—Hablabais de esos diamantes —dijo imprudentemente la reina—. Confesad que habéis pensado en ellos.
—Día y noche, madame —dijo Juana con el júbilo del general que en el campo de batalla ve hacer una falsa maniobra a su enemigo—. ¡Son tan bellos y le irán tan bien a Vuestra Majestad!
—¿Cómo es eso?
—Sí, madame; a Vuestra Majestad.
—Pero están vendidos.
—¿Al embajador de Portugal?
Juana negó suavemente con la cabeza.
—¿No? —dijo la reina, con alegría.
—No, madame.
—¿A quién, entonces?
—El príncipe de Rohan los ha comprado.
La reina se estremeció, pero se recobró en el acto, murmurando fríamente:
—Ah...
—Madame —dijo Juana, con audaz elocuencia—, lo que ha hecho el cardenal de soberbio es un impulso de generosidad, de buen corazón; un alma como la de Vuestra Majestad no puede por menos de simpatizar con todo lo que es bueno y sensible.
En cuanto monsieur de Rohan supo por mí, lo confieso, el momentáneo disgusto de Vuestra Majestad... «¡Cómo! —exclamó, apesadumbrado—. ¿La reina de Francia rechaza lo que no rechazaría la mujer de un rico granjero? ¡Cómo! ¿La reina puede exponerse a ver un día a madame Necker adornada con esos diamantes?» El cardenal ignoraba todavía que el embajador de Portugal los hubiera negociado. Se lo dije. Su indignación fue mayor. «Ya no es —dijo— cuestión de complacer a la reina, sino una cuestión de dignidad real. Conozco el espíritu de las cortes extranjeras, minado por la vanidad y la ostentación, y se reirán de que la reina de Francia no haya tenido bastante dinero para satisfacer un gusto tan legítimo y yo sufriré de que se burlen de la reina de Francia. No, jamás.» Y se despidió de mí bruscamente. Una hora después supe que había comprado los diamantes.
—Seiscientas mil libras. ¿Y cuál ha sido su intención al comprar el collar?
—Que si no podía ser de Vuestra Majestad, que no fuesen de ninguna otra mujer.
—¿Y estáis segura de que no es para hacer un obsequio a alguna amante por lo que el cardenal lo ha comprado?
—Estoy segura de que ha sido para impedir que lo vean en un cuello que no sea el de la reina.
María Antonieta reflexionaba, y a través de su noble fisonomía se adivinaba la inquietud en que se debatía su alma.
—Lo que ha hecho monsieur de Rohan —dijo— está bien. Es un rasgo noble, de una delicadeza única.
Juana absorbía ardientemente cada palabra.
—Le daréis mis gracias al cardenal.
—¡Oh, sí, madame!
—Le agregaréis que su amistad está demostrada y que yo, de hombre a hombre, como decía Catalina, lo acepto todo de la amistad, pero correspondiendo a ella. Así que yo acepto, no el obsequio de monsieur de Rohan...
—¿Qué entonces?
—Su anticipo. El cardenal habrá tenido que adelantar su dinero o su crédito para servirme. Yo se lo reembolsaré. Boehmer habrá pedido dinero en efectivo, supongo.
—Sí, Majestad.

—¿Cuánto, doscientas mil libras?
—Doscientas cincuenta mil libras.
—Es la pensión trimestral que me concede el rey. Esta mañana me la han enviado, no sé por qué, adelantada, pero me la han enviado. Por favor, abrid ese cajón.
—¿El primero?
—No, el segundo. ¿Hay una cartera?
—Sí, madame.
—Hay en ella doscientas cincuenta mil libras. Contadlas.
Juana contó el dinero mientras la reina decía:
—Llevádselas al cardenal. Dadle mis gracias. Decidle que cada mes me arreglaré para pagarle de esta forma. Ya ordenaremos los intereses. De esta manera tendré el collar que me agrada tanto, y si me sacrifico para pagarlo, por lo menos no sacrifico al rey, con la ganancia, además, de saber que tengo un gran amigo.
Juana esperaba todavía más.
—Y una amiga que me ha adivinado —concluyó la reina, tendiendo su mano a la condesa, quien la besó con efusión.
Después, al ir a salir, y como si todavía dudase, dijo en voz baja, igual que si tuviera miedo de lo que iba a decir:
—Diréis a monsieur de Rohan que será bien recibido en Versalles y que quiero darle las gracias personalmente.
Juana salió del gabinete real, no ebria, sino demente de alegría y de orgullo satisfecho. Y apretaba los billetes como un buitre su presa.

XLIX
LA CARTERA DE LA REINA

Esa fortuna, real y figurada, que Juana de la Motte llevaba consigo la sufrieron los caballos que la habían llevado a Versalles. Si hubo caballos que tras un premio pareció que volasen, fueron los dos desdichados matalones del coche que había alquilado. El auriga, estimulado por la condesa, los convenció de que eran los veloces cuadrúpedos del país de Elida, y que el premio eran dos talentos de oro para él y triple pienso para ellos.
El cardenal no había salido todavía cuando madame de la Motte llegó, sorprendiéndole en el interior de su palacio y de su mundo, y se hizo anunciar más ceremoniosamente que cuando trató de acercarse a la reina.
—¿Venís de Ver salles?
—Sí, monseñor.
El cardenal demostró su inquietud viéndola fríamente impenetrable, lo que ella notó en el acto, como advirtió su tristeza, su desasosiego, pero no sintió la menor piedad.
—¿Y...? —preguntó él.
—Monseñor, ¿qué es lo que deseabais? Hablad un poco, para que no tenga yo que hacerme demasiados reproches.
—Condesa, me decís eso en un tono...
—Triste, ¿verdad?
—Más que triste.
—¿Vos queríais que yo viese a la reina?
—Sí.
—Pues la he visto. ¿No queríais que ella me dejara hablar de vos, ella, que varias veces ha demostrado su alejamiento y su descontento en cuanto oía vuestro nombre?
—Ya veo, si tuve ese deseo, que hay que renunciar a él.

—Todavía no. La reina me ha hablado de vos.
—O vos habéis sido lo bastante buena para hablarle de mí.
—Es cierto.
—¿Y Su Majestad ha escuchado?
—Eso merece una explicación.
—No me digáis una palabra más, condesa; sé la repugnancia que siente hacia mí Su Majestad.
—No demasiada. Me he atrevido a hablarle del collar.
—¿Os habéis atrevido a decirle que yo he pensado...?
—¿En comprarlo para ella? Sí.
—¡Oh, condesa, eso es maravilloso! ¿Y os ha escuchado?
—Me ha escuchado.
—¿Le habéis dicho que le ofrezco el collar?
—Lo ha rechazado terminantemente.
—Estoy perdido.
—Ha rechazado el regalo, sí, pero el préstamo...
—¿El préstamo? ¿Os habéis atrevido...?
—Me he atrevido y ha aceptado.
—¡Yo haciendo un préstamo a la reina! Condesa... ¿Es posible?
—Es más que si vos se lo hubierais dado, ¿no os parece?
—Mil veces.
—Así lo he creído. En resumen: Su Majestad ha aceptado.
El cardenal se levantó, volvió a sentarse, y luego se acercó a Juana y, tomándole las manos, le dijo:
—No me engañéis. Pensad que con una palabra podéis hacer de mí el más infeliz de los hombres.
—Yo no juego con las pasiones, monseñor; si acaso, con las ridiculeces, y los hombres de vuestro rango y vuestro mérito no pueden nunca ser ridículos.
—Entonces, lo que vos me decís...
—Es la verdad.
—Así... ¿tengo un secreto con la reina?
—Un secreto... mortal.
El cardenal le estrechó las manos nuevamente.
—Me satisface vuestro apretón de manos —dijo la condesa—. Es como de un hombre a otro hombre.
—Es de un hombre feliz a un ángel protector.
—Monseñor, no exageréis.
—Es mi alegría, mi reconocimiento. Jamás...
—Exageráis lo uno y lo otro. Prestar un millón y medio a la reina, ¿no era lo que vos deseabais? Buckingham pidió otra cosa a Ana de Austria, monseñor, después de sus perlas derramadas por el suelo de la cámara real.
—Lo que Buckingham ha sido, condesa, no quiero desearlo; sería un sueño.
—Vos os explicaréis acerca de todo esto con la reina, porque ella me ha encargado que os diga que os recibirá en Versalles con el mejor afecto.
La imprudente había dejado escapar estas palabras cuando el cardenal palideció como cuando un adolescente llega al primer beso amoroso. El cardenal, como si la emoción le venciera, se dejó caer en el sillón que tenía más cerca. Mientras le observaba, Juana se dijo:
«Esto es todavía más serio de lo que yo creía; yo había soñado el ducado, la más alta nobleza de Francia, cien mil libras de renta, y alcanzaré hasta el principado, hasta el

medio millón, porque el príncipe de Rohan no trabaja por ambición ni por avaricia; le mueve el amor.»
El cardenal se repuso en seguida. La alegría no es una enfermedad que dure demasiado, y como era un hombre curtido, entendió conveniente hablar de negocios con Juana, como si quisiera hacerle olvidar que acababa de hablarse a sí misma de amor.
—Amiga mía —dijo, estrechando a Juana entre sus brazos—, ¿qué pretende hacer la reina con ese préstamo que vos le habéis ofrecido?
—¿Me lo preguntáis porque la reina no tiene bastante dinero?
—Justo.
—Pretende pagaros como si ella pagase a Boehmer, con la diferencia de que si ella se lo hubiese comprado a Boehmer, todo París lo sabría, lo que sería inadmisible después de la famosa palabra del barco, y si ella burlase al rey, toda Francia la miraría con disgusto. La reina quiere tener por entregas los diamantes y pagarlos por entregas. Vos le proporcionaréis la ocasión, y seréis un cajero discreto y solvente si ella tuviese dificultades. Esto es todo. Es feliz, paga, y vos no pidáis más que eso.
—¿Paga? ¿Y cómo?
—La reina, una mujer que lo comprende todo, sabe que vos tendréis deudas, monseñor, y por otra parte es orgullosa; no es una amiga que reciba obsequios. Cuando yo le he dicho que habíais anticipado doscientas cincuenta mil libras...
—¿Se lo habéis dicho?
—¿Por qué no?
—Ha sido exponer el negocio al fracaso.
—Era procurarle el medio, la razón para aceptar. Nada por nada; ésa es la divisa de la reina.
—Dios mío...
Juana sacó tranquilamente del bolso la cartera de Su Majestad.
—¿Qué es eso?
—Una cartera con billetes de caja por doscientas cincuenta mil libras.
—Pero...
—Que la reina os envía con toda su gratitud.
—Oh...
—¿Qué es lo que miráis?
—Miro esta cartera.
—¿Os gusta? Tampoco es de la mejor calidad.
—Me agrada, no sé por qué.
—Tenéis buen gusto.
—¿Os burláis de mí? ¿Por qué decís que tengo buen gusto?
—Cuando tenéis el mismo gusto de la reina...
—Esta cartera...
—Era de la reina, monseñor...
—¿La tenéis en mucha estima?
—En mucha.
—Se comprende.
—Sin embargo, si a vos os agrada... —dijo la condesa, con una de esas sonrisas que hasta a los santos hacen vacilar.
—No lo dudéis, condesa, pero no quiero privaros de ella.
—Tomadla.
—Condesa... —murmuró, sonriendo, el cardenal—. Sois la amiga más preciosa, la más espiritual, la más...
—Sí, sí.

—Y entre nosotros...
—«En la vida y en la muerte», se dice siempre. No, no tengo más que un mérito.
—¿Cuál?
—El de haber solucionado vuestros asuntos con mucha suerte.
—Si no hubierais tenido más que esa suerte, diría que valéis poco. Mientras vos habéis ido a Versalles, yo también he trabajado por vos.
Juana miró al cardenal con sorpresa.
—Sí, poca cosa, pero... Ha venido mi banquero a proponerme acciones sobre no sé qué asunto de unos pantanos que hay que desecar o explotar.
—Ya.
—Y con un provecho seguro; he aceptado.
—Habéis hecho bien.
—Vais a verlo, porque yo os tengo siempre en mi pensamiento y en primera línea.
—Creo que esto último es más de lo que yo merezco.
—Mi banquero me ha dado doscientas acciones, y he tomado la cuarta parte para vos.
—¡Oh, monseñor...!
—Permitidme. Dos horas después mi banquero había regresado. El solo hecho de haber colocado las acciones en este día había determinado un alza de un ciento por ciento. Y me dio cien mil libras.
—Magnífica especulación.
—He aquí, pues, vuestra parte, querida condesa; quiero decir, querida amiga.
Y del paquete de las doscientas cincuenta mil libras dadas por la reina, puso veinticinco mil en la mano de Juana.
—Muy bien, monseñor; esto es dar por dar. Lo que me halaga más es que habéis pensado en mí.
—Será siempre así —repuso el cardenal, besando su mano.
—Creed en mi correspondencia. Monseñor, hasta pronto en Versalles.
Y salió después de dar al cardenal la lista de los vencimientos elegidos por la reina, el primero de los cuales, con un plazo de treinta días, era de seiscientas mil libras.

L
DONDE VOLVEMOS A ENCONTRAR AL DOCTOR LOUIS

Quizá nuestros lectores no se acuerden de en qué situación difícil habíamos dejado a monsieur de Charny. Sabíamos algo de lo ocurrido en esta pequeña antecámara de Versalles, donde al bravo marino, a quien ni los hombres ni los elementos jamás intimidaron, le asustó la posibilidad de verse solo entre tres mujeres: la reina, Andrea y madame de la Motte.
Al llegar a la mitad de la antecámara, De Charny comprendió que no tenía fuerzas para avanzar. Vaciló, abrió los brazos, dobló las rodillas... Alguien acudió en su socorro. Fue entonces cuando el joven oficial se desmayó y al volver en sí, poco después, no supo que la reina lo había visto y que quizá hubiera acudido en su ayuda, si Andrea no la hubiese detenido, más bien por celos que por un frío sentido de las conveniencias. Al volver de nuevo a su gabinete, atenta a la advertencia de Andrea, apenas la puerta se había cerrado tras ella, cuando oyó al húsar anunciando:
—El rey.
El rey se dirigía a las caballerizas porque quería, antes del consejo, reprender a sus monteros para corregir la indolencia que les observaba desde hacía algún tiempo.
Al entrar en el gabinete, el rey, al que seguían algunos oficiales de su casa, se detuvo; había visto a un hombre caído sobre el repecho de una ventana y en una posición que

alarmó a los dos guardias de corps que le auxiliaban, sorprendidos de que un oficial se desmayase.
—Monsieur, monsieur, ¿qué os pasa?
El herido no podía hablar, y el rey, comprendiendo en silencio la gravedad del mal, avivó el paso, exigiendo de los guardias la mayor atención para el oficial; pero al oírle, por un movimiento maquinal, dejaron a De Charny, quien entonces se desplomó, tras un doloroso gemido.
—¡Señores! —exclamó el rey—, ¿qué es lo que hacéis?
Inmediatamente recogieron al herido, acomodándolo con el mayor cuidado en un sillón, sin que De Charny se recobrase.
—¡Pero —dijo el rey, de pronto, reconociendo al joven oficial— si es monsieur de Charny!
—¿Monsieur de Charny? —exclamaron varios de los presentes.
—Sí, es el sobrino de monsieur de Suffren.
Bastó que precisara quién era para que todos se desvivieran, tratando de complacer al rey y de socorrer al enfermo. En el acto se llamó al médico que había de guardia, para que viera cuál era el mal que aquejaba a De Charny.
El rey, interesado en toda ciencia y compasivo con todos los males, esperó el diagnóstico del galeno, cuya primera medida fue abrir el vestido y la camisa del paciente para que respirase mejor, y encontró lo que no buscaba.
—¡Una herida! —exclamó el rey, más interesado ahora y acercándose para ver mejor aquel pecho ensangrentado.
—Sí, sí —murmuró De Charny, tratando de levantarse y mirando alrededor—. Una vieja herida que se ha abierto. No es nada, nada...
Y su mano apretó imperceptiblemente los dedos del médico. Un médico comprende o debe comprenderlo todo, pero éste no era el médico oficial de la corte, sino un simple medicucho de los corrientes en Versalles. Y quiso darse importancia.
—¿Vieja? ¿Decís, monsieur, que es una herida vieja? Pero los bordes están demasiado frescos y la sangre demasiado roja. Esta herida no tiene más de veinticuatro horas.
De Charny, a quien la evidente contradicción devolvió las fuerzas, se puso en pie y dijo:
—Supongo que no me vais a descubrir a mí de cuándo data esta herida. Repito que es ya antigua.
Al decir eso, reconoció al rey. Se abrochó la casaca, como avergonzado por haber tenido tan ilustre espectador de su debilidad, murmurando:
—El rey...
—Sí, monsieur de Charny, yo mismo, y bendigo al cielo por haber llegado a tiempo para proporcionaros un poco de alivio.
—Nada grave, Sire —balbució De Charny—. Una antigua herida; no tiene importancia.
—Antigua o nueva —dijo Luis XVI—, la herida me ha permitido ver vuestra sangre, la noble sangre de un bravo gentilhombre.
—Al cual dos horas en su lecho le devolverán la salud —agregó De Charny, y quiso levantarse, pero aún carecía de fuerzas, derrumbándose otra vez en el sillón.
—Está muy enfermo —advirtió el rey—. Pero se le puede salvar.
El rey había adivinado que De Charny ocultaba algo, y su secreto era, para él, sagrado. Otro rey acaso habría interrogado al médico, pero Luis XVI prefería dejar en secreto el secreto.
—No quiero —dijo— que monsieur de Charny se exponga volviendo a su casa. Se le cuidará en Versalles y se llamará rápidamente a su tío, monsieur de Suffren, y cuando se haya agradecido a monsieur sus primeros cuidados —agregó, señalando al oficioso médico—, se irá a buscar al médico de mi casa, el doctor Louis.

Un oficial salió en el acto para transmitir las instrucciones del rey. Otros dos levantaron a De Charny y lo llevaron a la sala de guardia de los oficiales.
Esta escena fue más breve que la de la reina y De Crosne. Llamaron en seguida a monsieur de Suffren y al doctor Louis, a quien ya conocemos: honesto, sabio y humilde, de inteligencia más útil que brillante, esforzado trabajador de este complejo campo de la ciencia, donde no es el más honrado al que recoge el grano, donde no es el más honorable el que abre el surco.
Después del médico, inclinado ya sobre su paciente, apareció apresuradamente el oficial real de Suffren, al cual un mensajero acababa de llevar la noticia. El ilustre marino no comprendía el porqué de aquel desmayo ni a qué obedecía la repentina enfermedad. Luego de acariciar las manos de De Charny y ver sus ojos empañados, dijo:
—¡Qué raro! Sabed, doctor, que mi sobrino jamás ha estado enfermo.
—Eso no prueba nada, señor oficial del rey —dijo el médico.
—Acaso el aire de Versalles..., porque os repito que he visto a mi sobrino en el mar durante diez años, y ha sido siempre fuerte, derecho como un mástil.
—Es su herida lo que le tiene así —dijo uno de los oficiales.
—¿Cómo su herida? —exclamó el almirante—. Olivier nunca ha sido herido.
—Perdón —repuso el oficial, enseñándole la camisa ensangrentada—. Yo creía...
De Suffren vio la sangre, y con una brusquedad familiar, le dijo al doctor, quien acababa de tomar el pulso de su enfermo:
—¿Vamos a discutir ahora el origen del mal? Sabemos el mal, contentémonos con saberlo y curémosle si es posible.
Al oficial del rey le gustaban las frases concretas, por lo que no había habituado a sus subordinados a disfrazar sus palabras.
—¿Está en peligro, doctor? —preguntó, con más emoción de la que hubiera querido demostrar.
—Poco más que una cortadura al afeitarse.
—Expresad mi gratitud al rey, señores. Olivier, volveré a verte.
De Charny movió los ojos y los dedos, agradeciendo a la vez a su tío que le dejaba y al doctor que le libraba de su tío. Después, feliz por descansar en un lecho y feliz por verse en las manos de un hombre en el que competían la inteligencia y la bondad, fingió dormir. El doctor hizo salir a todos. Finalmente, De Charny se durmió, no sin haber agradecido al cielo todo lo que le había ocurrido y lo que no le había ocurrido en circunstancias tan graves.
La fiebre se había apoderado de él, esa maravillosa fiebre regeneradora de la humanidad, eterna savia que florece en la sangre del hombre y, sirviendo los designios de Dios, que es decir de la humanidad, hace germinar la salud de la enfermedad, o devuelve al paciente su inicial salud.
Cuando De Charny hubo reflexionado, con ese ardor de los febriles, su escena con Felipe, con la reina y con el rey, cayó en un estado de abatimiento y de exaltación... y comenzó a delirar.
Tres horas después, en la galería donde se paseaban algunos guardias, se oyeron sus gritos, llamando inmediatamente al doctor, quien hizo que llamasen a su criado, ordenándole que se llevase en brazos al enfermo, el cual pataleó y chilló, y diciéndole:
—Échale la manta sobre la cabeza.
—¿Qué haré con él? —dijo el criado—. Es muy pesado y se defiende con mucha energía. Voy a pedir ayuda a uno de los guardias.
—Eres un gallina, si tienes miedo de un enfermo —dijo el viejo doctor.
—Monsieur...

—Y si lo encuentras demasiado pesado, es que no eres lo fuerte que yo creía, y tendré que devolverte a la Auvergne.
La amenaza surtió efecto. Aún gritando, aullando y delirando, el auvernés lo levantó como una pluma ante los ojos de los guardias, quienes asediaron al doctor a preguntas.
—Señores —dijo el doctor, gritando más fuerte que De Charny, para que le oyeran—, comprended que yo no puedo andar una legua todas las horas para visitar a este enfermo que el rey me ha confiado. Vuestra galería está en el fin del mundo.
—¿Adonde le lleváis entonces, doctor?
—A mi casa, puesto que soy un perezoso. Allí tengo dos habitaciones; le acostaré, y pasado mañana, si nadie se entromete, os traeré nuevas de cómo se encuentra.
—Doctor —dijo el oficial—, os aseguro que aquí el enfermo está muy bien; todos queremos a De Suffren, y...
—Sí, sí; conozco esos cuidados de camarada a camarada. El herido tiene sed, y como se es bueno con él, se le da de beber y muere. Al diablo los buenos cuidados de los guardias. Ya me han matado así diez enfermos. Hago lo que debo, y lo que hago es lo razonable. No hay más enfermo que éste, y el rey querrá ver al enfermo, y si le ve..., le oirá, diablo. Voy a prevenir a la reina y que me aconseje.
El doctor, después de tomar su resolución con la prontitud del hombre al que su naturaleza le hace ahorrar hasta los segundos, lavó con agua fría el rostro del herido, lo acostó, asegurándose de que no podía caer, cerró los postigos y la puerta y se quedó con la llave, luego se dirigió hacia la cámara de la reina, después de asegurarse, escuchando desde fuera, que si De Charny gritaba nadie le oiría.
Y se alejó, pero, para más precaución, al auvernés lo había encerrado con el enfermo. A los pocos pasos se encontró con madame de Misery, a quien la reina enviaba para que le llevase noticias del herido.
—Vamos, vamos, madame. —Pero, doctor, la reina espera... —Yo voy a las habitaciones de la reina, madame. —La reina desea...
—La reina sabrá todo lo que desea saber, pero soy yo quien se lo dirá, madame. Vamos.
Y siguió adelante, obligando a la dama de María Antonieta a apresurar el paso para llegar al mismo tiempo que él.

LI
ALEGRI SOMNIA

La reina esperaba la respuesta de madame de Misery, por lo que no aguardaba al doctor, quien entró en la estancia con su acostumbrada familiaridad.
—Madame, el enfermo por quien el rey y Vuestra Majestad se interesan se encuentra todo lo mejor que se puede encontrar uno cuando tiene fiebre.
La reina conocía al doctor; sabía su horror por las gentes que, según decía él, chillan en cuanto les duele una muela, y supuso que De Charny había exagerado un poco su mal. Las mujeres fuertes tienden a creer débiles a los hombres también fuertes.
—El herido —dijo— es un herido del que hay que reírse.
—No, no —exclamó el doctor.
—Un arañazo...
—No, madame; pero ya sea arañazo o herida, lo que sé es que tiene fiebre.
—Pobre muchacho. ¿Mucha fiebre?
—Mucha.
—Ah... —dijo la reina, con inquietud—.Yo no creía que fuera de cuidado. La fiebre...
El doctor la interrumpió, diciéndole:
—Hay fiebres y fiebres.

—Mi querido Louis, ya veis que me estáis asustando. Vos, que siempre tranquilizáis, os veo distinto esta vez.
—Tampoco es raro.
—No sé, pero miráis de un lado a otro, y parece como si guardaseis un secreto.
—No diré que no.
—¿Un secreto relacionado con esa fiebre?
—Pues sí.
—¿Y habéis querido verme debido a ese secreto?
—Justo.
—Explicaos, entonces. Sabéis que soy curiosa. Empecemos por el principio. Espero, doctor.
—No, soy yo quien espera.
—¿Qué?
—Que me preguntéis. Yo no cuento las cosas demasiado bien, pero si se me pregunta, respondo como un libro.
—Os he preguntado cómo sigue la fiebre de De Charny.
—No, es un mal principio. Preguntadme primero por qué De Charny está en mis habitaciones en lugar de estar en la galería o en el apartamento de los oficiales de guardia.
—Pues os lo pregunto.
—Madame, yo no he querido dejar a De Charny en esa galería, como vos queríais, porque De Charny no es un febril corriente.
—¿Qué queréis decir? —preguntó, sorprendida, la reina.
—De Charny, cuando le sube la fiebre, delira, y cuando delira, el pobre muchacho dice cosas extremadamente delicadas y que no deben oír los guardias del rey ni nadie.
—Doctor...
—No es preciso preguntarme, si no queréis que os responda.
—Decídmelo todo, doctor.
—Ese joven quizá es un ateo, pero cuando delira blasfema.
—No, no. Es sumamente religioso.
—¿Hay quizá una gran exaltación en sus ideas?
—Exaltación, ésa es la palabra.
La reina apareció con esa ecuanimidad comúnmente propia de los príncipes habituados al respeto de los demás y a la estimación de sí mismos, facultad indispensable a los grandes de la tierra para dominar sin traicionarse nunca.
—De Charny —dijo— me ha sido muy recomendado. Es el sobrino de monsieur de Suffren, nuestro héroe. Me ha rendido varios servicios, y quiero ser como un familiar, una amiga. Decidme, pues, la verdad, que debo y quiero saber.
—Yo no os la puedo decir, pero como Vuestra Majestad desea conocerla, no veo más que un medio, y es que Vuestra Majestad la oiga directamente. De esta forma, si dice algo indebido el enfermo, la reina no se molestará con el indiscreto que la haya dejado descubrir el secreto.
—Confío en vuestro afecto, y creo sinceramente que De Charny dice cosas extrañas en su delirio...
—Cosas que es urgente que Vuestra Majestad oiga para interpretarlas —dijo el doctor, mientras suavemente acariciaba la mano temblorosa de la reina.
—Estoy dispuesta, pero asegurándome que no habrá algún espía caritativo detrás de mí.
—Sólo estaré yo cerca de vos. No hay más que atravesar mi corredor, el cual tiene una puerta a cada extremo. Cerraré la puerta por donde entremos, y no habrá nadie que pueda ver ni oír.

—Confío en mi querido doctor.
Y tomando el brazo de Louis, salió del gabinete espoleada por la curiosidad.
El doctor cumplió su promesa. Nunca un rey, yendo al combate, o reconociendo una ciudad en pie de guerra, ni nunca una reina escoltada fue mejor protegida por un capitán de guardias ni por un oficial de palacio.
El doctor cerró la primera puerta, se acercó a la segunda y escuchó.
—Bien —dijo la reina—, ¿es aquí donde está vuestro enfermo?
—No, madame; está en la segunda cámara. Si estuviera en ésa le habríais oído al entrar en el corredor. Escuchad desde aquí.
En efecto, se oía, imprecisa e incoherente, cierta voz quejicosa.
—Sufre, doctor.
—No, no lo creáis. Habla sin coordinar su pensamiento.
—Lo que no quiero es estar cerca de él.
—Ni lo he pensado. Pienso que desde la habitación de al lado, y sin temor de que os vea, podréis oír lo que diga el herido.
—Este misterio y esas preparaciones me inquietan —murmuró la reina.
—¿Y cuando le oigáis?
El doctor entró solo en la sala donde yacía De Charny, quien al oírle trató de levantar la cabeza, pesándole como si fuese de plomo. El sudor le brillaba en la frente y el cabello que le caía lo tenía pegado a las sienes. Estaba abatido, sin hacer el menor movimiento, como si sólo le viviese el sentimiento, ardoroso y vivo como la mariposa en una lamparilla de alabastro. La comparación obedece a la íntima realidad de De Charny, quien en medio de su inconsciencia no hacía más que revivir y repetirse su entrevista en el coche de alquiler con la dama alemana que volvió a encontrar al ir de París a Versalles. «Alemana, alemana», repetía a cada instante.
—Sí, alemana —dijo el doctor—, yendo a Versalles.
—La reina de Francia —exclamó, de pronto.
—¿Cómo? —preguntó el médico, mirando hacia la habitación donde escuchaba la reina—. ¿Qué pensáis de esa madame?
—No hay nada más terrible —gimió De Charny—: amar a una mujer a quien se creyó un ángel, amarla locamente, querer dar la vida por ella, y no hallar al acercarte a ella más que una corona con el cabrilleo aurífero y diamantino de las coronas, pero sin corazón.
—¡Oh! —exclamó el doctor, queriendo reír y sin reír.
—Yo amaría —prosiguió De Charny— a esa mujer, casada o no. La amaría con ese arrebatado amor con que el hombre se olvida de todo. Y le diría: «Nos quedan aún los más bellos días, pues, sin amor, ¿qué valen los días? Vivámoslos, amada mía. La muerte, que ha de llegar un día, será, tras tanto amor, una muerte bella. Ámame, amor.»
—No coordina mal, a pesar de su fiebre —murmuró el doctor—, aunque la moral que entrañan sus palabras sea inadmisible.
—Pero sus hijos... —gimió de pronto De Charny—. Ella no dejará a sus dos hijos.
—He ahí el obstáculo. Hic Nodus —dijo el médico, enjugando el sudor de la frente de De Charny, con cierta caridad no exenta de ironía.
—¡Ay, los niños! —prosiguió De Charny, en su delirio—. Los niños también contigo.
—De Charny, si a la madre, más ligera que una pluma, llevas en tus brazos sin advertir su peso, ¿no llevarías también a los hijos de María...?
Louis dejó al enfermo y se acercó a la reina, hallándola de pie, fría y temblorosa.
—Tenéis razón —dijo María Antonieta—. Es más que un delirio; es un gran peligro el que corre ese oficial si se le entendiese.
—Oídle todavía. Majestad.

—No, ni una palabra más.
—Ahora le inspira la ternura. Ved cómo ruega.
En efecto, De Charny acababa de levantarse y unía sus manos, fijando los ojos con una expresión de asombro en el vago y quimérico infinito.
—María —dijo, con voz nítida y dulce—, yo sentí que vos me amabais. Vuestro pie se acercó al mío en el coche de alquiler, y sentí que desfallecía. Vuestra mano rozó la mía... ¡Oh...!, es el secreto de mi vida. La sangre se agita en mis venas, María, pero el secreto no saldrá como mi sangre, la que me ha hecho verter mi enemigo al clavarme su espada. Pero si él sabe algo de mi secreto, es el mío y no el vuestro. No temáis nada, María; no me digáis que vos también me amáis.
—Estas palabras no se las dicta su fiebre —dijo el doctor—. Eso es...
—¿Qué es? —preguntó la reina, con inquietud.
—Éxtasis, madame; el éxtasis es una prolongación de la memoria. La memoria del alma.
—Ya he oído bastante —repuso la reina, tratando de huir.
El doctor la detuvo cogiéndole una mano.
—Madame, ¿qué deseáis?
—Nada, doctor; nada.
—¿Y si el rey quiere ver a vuestro protegido?
—Sería una desgracia.
—¿Qué le diré?
—No lo sé. Lo que he oído ha sido horrible y me ha deshecho.
—Os habéis contagiado de la fiebre de ese oficial. Vuestro pulso está más agitado todavía que el suyo.
La reina no respondió, soltó la mano del médico y desapareció.

LII
DONDE SE DEMUESTRA QUE LA AUTOPSIA DEL CORAZÓN ES MAS DIFÍCIL QUE LA DEL CUERPO

El doctor se quedó pensativo, mientras veía alejarse a la reina. Después se dijo: «Hay en este castillo misterios que no pertenecen a la ciencia. Contra ciertos males, una sangría puede bastar, pero al corazón no se le sangra».
Luego, como el acceso había cedido, cerró los ojos de De Charny, le refrescó las sienes con agua y vinagre y dispuso esos cuidados que transforman la atmósfera ardiente del enfermo en un paraíso. Al ver que el herido trocaba sus arrebatos por suspiros y que sólo murmuraba incoherencias, se dijo: «No sólo habría espejismos, sino influencia, su delirio parecía anticiparse a la visita que ha recibido; los átomos humanos se desplazan como se desplaza en el reino vegetal el polvo fecundante; si el pensamiento tiene comunicaciones invisibles, los corazones poseen relaciones secretas».
De pronto, se estremeció y se volvió a medias, escuchando a la vez con el oído y con la mirada. «¿Quién está ahí?» Acababa de oír como un murmullo y un roce de vestidos en el extremo del corredor. «Es imposible que sea la reina». Cautamente, abrió una puerta que daba al corredor, y vio a diez pasos de él una mujer inmóvil y parecida a la estatua fría e inerte de la desesperación.
Era de noche, y la débil luz del corredor no alcanzaba los extremos, pero por una ventana se filtraba un rayo de luna que caía sobre ella. El doctor, sin hacer el menor ruido, rápidamente abrió la puerta detrás de la cual se ocultaba aquella mujer, quien ahogó un grito, tendió las manos y encontró las del doctor Louis.

—¿Quién es? —preguntó él, en un tono en el que había más piedad que rigor; porque adivinaba en la inmovilidad de aquella sombra que escuchaba más con el corazón que con el oído.
—Yo, doctor; soy yo —respondió una voz dulce y triste.
Aunque su voz no era totalmente desconocida para el doctor, sólo despertó en él un vago y lejano recuerdo.
—Yo, Andrea de Taverney, doctor.
—Por Dios, ¿qué ocurre? ¿Es que ella se encuentra mal?
—¿Ella? —exclamó Andrea—. «Ella...» ¿Quién es «ella»?
El doctor comprendió que acababa de cometer una imprudencia.
—Perdón, pero he visto hace un momento a una mujer que se alejaba. ¿Acaso erais vos?
—Ya sé —dijo Andrea—; ha venido una mujer antes que yo, ¿verdad?
Andrea pronunció estas palabras en un tono tan intencionado que el doctor comprendió qué sentimiento le asaltaba.
—Mi querida niña —dijo el médico—, me parece que jugamos a las adivinanzas. ¿De quién me habláis? Explicaos.
—Doctor —dijo tristemente Andrea—, no tratéis de engañarme, vos que tenéis la costumbre de decirme la verdad. Confesad que una mujer estaba aquí hace un momento, pues yo la he visto.
—¿Quién os ha dicho que ha venido alguien?
—Una mujer, doctor.
—Sin duda, una mujer, si creéis que no se es mujer hasta los cuarenta años.
—La que ha venido tiene cuarenta años.
—Cuando digo cuarenta años le suprimo cinco o seis, pero hay que ser galante con las amigas, y madame de Misery es una amiga, una de mis buenas amigas.
—¿Madame de Misery? ¿Es ella quien ha venido?
—Naturalmente. ¿No os lo diría si hubiera sido otra?
—Es que...
—Veo que las mujeres son todas iguales, siempre ilógicas, pero yo creía conoceros, y no, no os conozco mejor que a las demás.
—Mi bueno y querido doctor.
—Y bien, explicaos. ¿Es que ella se encuentra peor?
—¿Quién es ella?
—¿Quién va a ser? La reina.
—¿La reina?
—Sí, la reina, por quien madame de Misery ha venido a buscarme hace poco. La reina, a quien se le repiten sus sofocos y sus palpitaciones. Una enfermedad incurable. Decidme lo que haya, si es que venís con ese motivo, y vayamos a verla.
El doctor Louis dio un paso para salir, pero Andrea le detuvo suavemente, diciéndole:
—No, querido doctor. No me trae lo que suponéis e ignoraba que la reina estuviese enferma. Si lo hubiese sabido... Perdonadme, doctor, pero no sé lo que digo.
—Lo veo.
—No solamente no sé lo que digo, sino que no sé lo que hago.
—Pero yo lo sé. Sencillamente, os encontráis mal.
Andrea había dejado el brazo del doctor, quien, al notar que tenía heladas las manos, se las frotó hasta conseguir que recobrasen el color y el calor.
—Doctor, sabéis que soy nerviosa y que la oscuridad me causa verdadero terror. Me extravié en la oscuridad, y de ahí ese abatimiento en que me encuentro.
—¿Y por qué os exponéis a la oscuridad? ¿Quién os obliga? ¿Qué os ha impulsado a venir aquí?

—Yo no he dicho nada, doctor.
—Este no es un sitio para venir con ambigüedades.
—Diez minutos, doctor; es todo lo que os pido.
—Diez minutos, pero no de pie; mis piernas tienen sus exigencias. Vamos a sentarnos.
—¿Dónde?
—En ese banco del corredor.
—¿Nadie nos oirá, doctor?
—Nadie.
—¿Ni siquiera el herido que está ahí?
—Ni siquiera ese pobre muchacho, y si alguien nos oyese, no sería él.
—¡Dios mío...! ¿Está muy mal?
—No está muy bien. Pero hablemos de lo que os ha traído aquí, y pronto, hija mía, pues sabéis que la reina me espera.
—Hablemos de él, doctor.
—¿De quién? ¿De monsieur de Charny?
—Yo he venido a pediros noticias sobre su estado.
El silencio con que el doctor Louis correspondió a su pregunta, aun cuando la esperaba, fue glacial. El doctor relacionaba ese instante con María Antonieta, y veía a esas dos mujeres impelidas por un mismo sentimiento, y sin concretar si su sentimiento obedecía a un violento amor.
Andrea, que ignoraba la visita de la reina, y no podía leer en la expresión del doctor lo que había de tristeza o de piedad, tomó su silencio por un reproche.
—El que yo haya venido aquí podéis, creo, excusarlo, doctor, porque De Charny ha sido herido en duelo, y quien le ha herido es mi hermano.
—¿Vuestro hermano? —exclamó el doctor Louis—. ¿Ha sido De Taverney quien ha herido a De Charny?
—Exacto.
—Lo ignoraba.
—Ahora que lo sabéis, comprenderéis que debo interesarme por su estado.
—Oh, claro, mi querida niña —dijo el doctor, encantado de encontrar una ocasión para ser indulgente—. Yo ignoraba... No podía sospecharlo.
—Doctor —dijo Andrea, poniendo una mano en el brazo del doctor y mirándole con angustia—, decidme la verdad.
—Os la he dicho. ¿Por qué iba a falsearla?
—Un duelo entre gentileshombres no es nada extraordinario; es un suceso que se repite con frecuencia.
—Lo único que podría dar importancia a este duelo sería el hecho de que los dos jóvenes se hubieran batido por una mujer.
—¿Por una mujer, doctor?
—Sí; por vos, por ejemplo.
—¿Por mí? —preguntó Andrea, suspirando—. No, doctor; no ha sido por mí que De Charny se ha batido.
El doctor pareció conformarse con su respuesta, pero trató de explicar su suspiro.
—Comprendo ahora que es vuestro hermano quien os ha enviado para saber cómo sigue el herido.
—Sí, doctor, ha sido mi hermano.
El doctor la miró y se dijo: «Lo que tienes en el corazón, alma inflexible, lo voy a saber muy pronto».
Después, en viva voz:

—Muy bien, os voy a decir la verdad, como se debe decir a quien se interesa por saberla. Que vea vuestro hermano cómo debe resolver una situación tan enojosa. En la actualidad, el rey no admite el duelo, y si a un duelo le sigue el escándalo, Su Majestad destierra o hace detener al culpable, y si por desgracia muere uno de los duelistas, el rey es despiadado. Aconsejad, pues, a vuestro hermano que se ausente durante algún tiempo.
—Doctor —gimió Andrea—, ¿queréis decir, entonces, que monsieur de Charny está muy mal?
—Querida mademoiselle, yo os he prometido la verdad. En esa habitación yace un joven que respira con dificultad. Si no consigo remediar o reducir la fiebre que le devora..., antes de veinticuatro horas habrá muerto.
Andrea ahogó un grito y sintió que se ahogaba, clavándose las uñas en la carne, acaso para atenuar con el dolor físico la angustia que le desgarraba el corazón.
—Mi hermano —dijo— no huirá; se ha batido lealmente, y si ha tenido la desdicha de herir a su adversario ha sido defendiéndose; si le ha matado, Dios le juzgará.
«No ha venido por propio impulso —se dijo el doctor—, sino enviada por la reina. Veamos si Su Majestad ha llevado su ligereza hasta este punto.»
—¿Cómo ha tomado la reina ese duelo?
—¿La reina? No sé —repuso Andrea—. ¿Qué puede importarle a la reina? Pero espero que Su Majestad defenderá a mi hermano si se le acusa.
«No soy un psicólogo —se dijo el doctor—, sino un médico. Aunque sé hasta dónde pueden llegar los nervios y las reacciones humanas. ¿Cómo me voy a mezclar en el juego de las pasiones y los caprichos de las mujeres?»
—Mademoiselle, os he dicho lo que deseabais saber. Haced que huya o no monsieur de Taverney; vos y él debéis decidirlo. Mi misión es tratar de salvar al herido..., evitar que la muerte, que está al acecho, me lo arrebate. Adiós, mademoiselle.
Y sin otras consideraciones, cerró la puerta.
Andrea se pasó la mano, temblorosa, por la frente, y se vio sola, sola ante una espantosa posibilidad. Le parecía que ya la muerte, de la que acababa de hablar tan fríamente el doctor, buscaba el quicio por donde entrar, con su blanco y fatídico sudario...
Lívida y helada ante la sospecha de la fúnebre aparición, llegó a su alcoba, y cayendo de rodillas sobre la alfombra que rodeaba su lecho, gimió con dolor, con pasión, con trágica esperanza: «Dios mío, Tú no eres injusto, ni eres cruel. Tú, que lo puedes todo, no dejes morir a ese joven que no ha hecho daño y es tan amado. Dios mío, nosotros, pobres humanos, creemos en el poder de tu misericordia y temblamos ante el poder de tu ira. Y yo... yo, que te suplico, he sufrido tantas pruebas sin haber delinquido nunca; yo, que nunca me he quejado a Ti, ni he dudado jamás de Ti, hoy te ruego, sí, te suplico la vida de un hombre... No me la niegues, Dios mío, o diré que eres un Dios colérico y vengativo. Diré... ¡Oh, estoy blasfemando! No me castigues, perdón, ¡perdón! Perdóname Tú, Dios de la clemencia y de la misericordia».
Andrea sintió que los ojos se le empañaban, que las fuerzas la abandonaban, que todo en torno suyo temblaba, y un insólito y desconocido estremecimiento se apoderó de ella, cayendo al suelo como un cuerpo que se resiste a latir.
Cuando volvió en sí, y lo recordó todo, le pareció que se había batido con fantasmas, volviendo con más dolor de su dolor.
—Dios mío, has sido despiadado, me has castigado, y yo le amo... ¡Oh, sí, le amo! ¿Le matarás ahora?

LIII
DELIRIO

Es seguro que Dios había oído la oración de Andrea, porque De Charny superó aquellas horas en que su fiebre había alarmado al médico. Al día siguiente, mientras Andrea se enteraba, con esperanza y miedo, de las noticias que le llegaban del herido, éste, gracias a los cuidados del buen doctor Louis, había pasado de la muerte a la vida. A la crisis la habían vencido su fortaleza y el tratamiento.
Una vez salvado De Charny, el doctor se ocupó muy poco de él, pues el enfermo, como caso, dejaba de ser interesante. Para el médico, el paciente redivivo ya no cuenta, sobre todo cuando la convalecencia es el augurio de un restablecimiento absoluto. Sólo después de ocho días, durante los cuales Andrea fue viendo cómo se alejaba el peligro, el doctor, que no olvidaba las manifestaciones de su enfermo cuando deliraba, decidió que había que trasladar a De Charny a un sitio más distante, pero bastó que lo insinuase para que De Charny se rebelase. Iracundo, mirando fijamente al doctor, le dijo que estaba en el palacio del rey y que nadie tenía el derecho de alejar a un hombre al cual Su Majestad ofrecía su hospitalidad, pero el doctor, que no admitía imposiciones de los convalecientes, llamó a cuatro servidores y les ordenó que se llevasen al herido, quien se resistió, aferrándose a los barrotes de la cama y golpeando rabiosamente a uno de los ayudantes y amenazando a los demás, como Carlos XII a Bender9.
El doctor Louis le razonó el porqué de sus medidas, que oyó con cierta mansedumbre, pero al ver que insistían en llevárselo, hizo tal esfuerzo que la herida volvió a abrirse, sangrándole otra vez. Inmediatamente se le repitió el delirio con más violencia que la primera vez. Y comenzó a gritar que se le quería alejar de allí para privarlo de las visiones que había tenido en sus sueños, pero que era en vano, que las visiones le sonreirían siempre, que él las esperaba y que volverían, a pesar del doctor, pues aquella a quien él amaba era de un rango que no admitía la intervención de nadie.
Al oír estas palabras, el doctor se alarmó y en el acto despidió a los criados, vendó de nuevo la herida y decidió cuidar tanto la mente como el cuerpo, pero no pudo detener el delirio, el cual le asustó más que antes, temiendo un principio de locura. De Charny empeoró tanto en un día que el doctor Louis pensó en remedios heroicos, pues el enfermo no solamente se perdía, sino que también perdía a la reina. En vez de hablar, gritaba; en vez de recordar, inventaba, y en sus escasos momentos lúcidos no había síntomas de que mejorase. De Charny estaba más loco que su propia locura.
Extremadamente molesto, Louis, no pudiendo ampararse en la autoridad del rey porque el enfermo la invocaba también, resolvió informar a la reina, y aprovechó para ir a verla un momento en que De Charny dormía, exhausto de tanto gritar y tanto agitarse.
Encontró a María Antonieta pensativa y radiante a la vez, porque suponía que el doctor le llevaba buenas noticias de su enfermo, pero se quedó anonadada al oír que el enfermo había empeorado.
—¿Cómo? —exclamó la reina—. Ayer iba bien.
—No, madame; iba muy mal.
—He enviado a madame de Misery y le habéis dado muy buenas noticias.
—Me engañaba y os engañaba.
—Pero entonces... Si no mejora, ¿por qué se me tiene que ocultar?
—Madame...
—Y si mejora, ¿por qué se me deja en mi inquietud cuando se trata de un buen servidor del rey? ¿Qué ocurre con el enfermo? ¿Hay peligro?
—Para él menos quizá que para los demás, madame.
—Ya empezamos con los enigmas, doctor —exclamó la reina, con impaciencia—. Explicaos.

—Es difícil, Majestad. Quizá os baste saber que la enfermedad del conde de Charny es más bien moral. La herida es la causa de su sufrimiento y del sufrimiento proviene el delirio.
—¿De Charny sufre un mal moral?
—Moral, madame. No me permitáis decir más a Vuestra Majestad.
—Queréis decir que el conde...
—¿La reina le profesa afecto?
—Naturalmente, porque lo merece.
—Debo deciros que el conde está enamorado. Vuestra Majestad pide una explicación y yo se la doy.
La reina hizo un leve movimiento de hombros, como si no acabase de comprender.
—¿Creéis que ese mal se cura como una herida? El mal empeora, y del pasajero delirio De Charny caerá en una gravísima obsesión. Entonces...
—¿Entonces, doctor?
—Vos habréis perdido a ese joven.
—Doctor, me confunde ese lenguaje. ¿Que yo habré perdido a ese joven? ¿Soy yo la causa de que él esté loco?
—Sin duda.
—¿He de ofenderme, doctor?
—Si vos no sois la causa ahora, lo seréis más tarde.
—Aconsejadme entonces —pidió la reina.
—¿O sea, que yo ordene un tratamiento? Sólo veo éste: que De Charny sea curado por el bálsamo o por el hierro, que la mujer que él invoca a cada instante le mate o le cure.
—Veo que recurrís a los extremos —interrumpió la reina, reprimiendo su impaciencia—. Matar..., curar... Solemnes palabras. ¿Se mata a un hombre con la dureza? ¿Se cura a un loco con la sonrisa?
—Si vos también sois incrédula —dijo el doctor—, sólo puedo presentarle su humilde respeto a Vuestra Majestad.
—¿Pero es que se trata de mí?
—Yo no sé nada, ni quiero saber nada; repito solamente que monsieur de Charny es un loco razonable, que la razón puede enloquecerle y matarle, y que la locura puede devolverle el juicio y curarle. Entonces, si queréis librar este palacio de gritos, de sueños y de escándalos, tomad partido.
—¿Cuál?
—¿Cuál? Yo no doy más órdenes ni aconsejo. ¿Me he vuelto sordo oyendo lo que he oído, o ciego habiendo visto lo que he visto?
—Suponed que os comprendo. ¿Qué resultará de todo ello?
—Hay dos perspectivas: una, la mejor para vos y para los demás, es que el enfermo, herido el corazón por ese puñal que se llama la pasión, pierda la noción del mundo en que vive. La otra... Madame, no hay más que una para María Antonieta, para la reina de Francia.
—Habéis hablado con franqueza, doctor. Queréis decir que la mujer, por la cual monsieur de Charny ha perdido la razón, se la devuelva, sea cruel o benigno el procedimiento.
—Eso es.
—Debo tener el valor de triturar sus sueños, de extirpar ese sentimiento que le roe el corazón.
—Sí, Majestad.
—Llamad a mademoiselle de Taverney, pero... es tan expuesto ese paso, del que depende la vida o la muerte de un hombre.

—Es lo que expongo cada vez que me enfrento con una enfermedad cuya raíz ignoro. ¿La atacaré con el remedio que mata el mal o con el remedio que mata al enfermo?
—Vos estáis seguro de matar al enfermo, ¿no es eso? —dijo la reina, estremeciéndose.
—Ah... —dijo el doctor, con gesto sombrío—. Aunque muriese un hombre por el honor de una reina, ¿cuántos mueren todos los días por el capricho de un rey?
La reina suspiró y siguió al viejo doctor, sin encontrar a Andrea. Eran las once de la mañana. De Charny, vestido, dormía en un sillón después de pasar una noche terriblemente agitada. Cerrados los postigos, escasamente se advertía la claridad diurna. Nada de ruido, ninguna presencia, nada ante los ojos. El doctor Louis atacaba hábilmente todo lo que pudiera provocar una recaída. Sin embargo, no retrocedía ante una crisis que podía matar a su enfermo. Sabía que también podía salvarlo.
La reina, vestida con sencillez y peinada con cierto abandono, entró bruscamente en el corredor donde estaba la habitación de De Charny. El doctor le había recomendado que no dudase, que no vacilase, que se presentara con resolución, para que el efecto fuese violento.
La reina abrió con decisión la puerta de la antecámara, encontrándose con una mujer velando en la puerta del dormitorio de De Charny, en la cual se veía el agotamiento y la angustia.
—¡Andrea! —exclamó la reina—. ¿Vos aquí?
—Sí, Majestad —repuso Andrea, pálida y turbada—. También está aquí Vuestra Majestad.
—Qué complicación —murmuró el doctor.
—Os he buscado por todas partes —dijo la reina—. ¿Dónde estabais?
No había en el tono de la reina su habitual amabilidad, como si la asaltase una sospecha. Andrea temió que su presencia allí revelase a los demás sentimientos que eran su íntima tortura. Y no vaciló en mentir al oír que la reina le preguntaba:
—Pero... ¿cómo estáis aquí?
—Me han dicho que Vuestra Majestad me buscaba, y he venido.
—¿Cómo lo habéis hecho para adivinar dónde yo estaba?
—Estabais con el doctor Louis, y os he visto salir con él, y he comprendido que veníais a este pabellón.
—En efecto —repuso la reina, más cordial, pero recelosa aún.
Andrea hizo un último esfuerzo.
—Si Vuestra Majestad —dijo Andrea, sonriendo— no hubiese querido que la viesen, no se habría dejado ver en las galerías para venir aquí. Cuando la reina cruza la terraza, mademoiselle de Taverney la ve desde su apartamento.
—Sí, sí; tenéis razón, Andrea, Como pienso poco, creo que los demás tampoco piensan.
La reina veía que necesitaba indulgencia porque tenía necesidad de una confidente. Por otra parte, no siendo ella un compuesto de coquetería y desconfianza, como la mayoría de las mujeres vulgares, tenía fe en sus amigos, sabiendo que podía quererles. Las mujeres que desconfían de sí mismas desconfían todavía más de las otras. El infortunio de las coquetas es que nunca se creen amadas por sus amantes.
María Antonieta, pues, olvidó rápidamente la impresión que le había producido mademoiselle de Taverney delante de la puerta de De Charny, e inmediatamente entró en el dormitorio del enfermo mientras el doctor se quedaba detrás con Andrea.
Al desaparecer la reina, Andrea miró al cielo con dolor y cólera, reprimiéndose al sentir que el doctor la cogía del brazo y la hacía salir al corredor mientras le preguntaba:
—¿Creéis que triunfará?
—¿Triunfar en qué, Dios mío?

—En conseguir que quiera ir a otro sitio ese pobre loco, que se morirá aquí por poco que le dure esa fiebre.
—¿Se curará, entonces, en otro sitio? —preguntó Andrea, orillándole en los ojos el amor y el dolor.
El doctor la miró sorprendido e inquieto.
—Creo que sí.
—¡Que triunfe, Señor, que triunfe!

LIV
CONVALECENCIA

La reina se dirigió sin vacilar al sillón de De Charny, quien levantó la cabeza al oír unos pasos.
—La reina... —murmuró, tratando de levantarse.
—La reina, sí —se apresuró a decir María Antonieta—. La reina, que sabe cómo os empeñáis en perder la razón y la vida; la reina, a quien ofendéis soñando y la ofendéis despierto; la reina, que ni con el pensamiento se la agravie y que vela por vuestra salud. He aquí por qué viene a veros, y no es así como debéis recibirla.
De Charny se había levantado, tembloroso, pálido, y ante las últimas palabras de la reina, por el dolor físico y por el dolor moral, cayó de rodillas como un culpable.
—¿Es posible —continuó la reina, emocionada ante su respeto y su silencio—, es posible que un famoso gentilhombre y de los más leales pueda agredir la reputación de una mujer? Porque, monsieur de Charny, desde la primera vez que me visteis, no mirasteis en mí a la reina, como yo he querido, sino a la mujer, olvidando lo que un gentilhombre no podía olvidar.
De Charny, emocionado, abrumado, intentó hablar, sin que María Antonieta le dejase.
—¿Qué dirán mis enemigos si vos les ofrecéis el ejemplo de la traición?
—¿De la traición? —balbució De Charny.
—Decidme: o sois un insensato, o sois un traidor.
—Madame, no digáis que soy un traidor. En los reyes esta acusación precede a la pena de muerte; en una mujer es su deshonra. Si sois reina, matadme; si sois mujer, desterradme.
—¿Estáis en vuestro juicio, monsieur de Charny? —preguntó la reina, con voz alterada.
—Sí, madame.
—¿Tenéis conciencia de vuestros errores respecto a mí, de vuestro crimen respecto... al rey?
—¡Dios mío! —murmuró el infortunado.
—Porque, lo olvidáis demasiado fácilmente, señores gentiles-hombres; el rey es el esposo de esta mujer que insultáis levantando los ojos hacia ella; el rey es el padre de vuestro futuro rey, mi Delfín. El rey es un hombre más grande que todos vosotros, un hombre al que amo y venero.
—Dios mío... —repitió De Charny, tras un sordo gemido y cayendo de rodillas, casi tendido.
Un gemido que trastornó a la reina, pues en sus ojos y en su voz comprendió que a su herida le había añadido otra herida más honda. María Antonieta, misericordiosa y dulce, se apiadó de él y estuvo a punto de llamar, pero se contuvo pensando que el doctor y Andrea interpretarían erróneamente el desmayo del enfermo. Y lo levantó con sus propias manos.
—Hablemos —dijo—, yo como reina y vos como hombre. El doctor Louis ha tratado de curaros; esta herida, que no era nada, ha empeorado por vuestras extravagancias.

¿Cuándo estará curada? ¿Cuándo dejaréis de dar al buen doctor el bochornoso espectáculo de una locura que le inquieta? ¿Cuándo saldréis del castillo?
—Vuestra Majestad me echa... —balbució De Charny—. Me iré, madame; me iré.
E hizo un movimiento tan violento, que perdiendo el equilibrio cayó en los brazos de la reina, quien le cerraba el paso.
Apenas sintió el contacto del pecho que le retenía, apenas se apoyó en el brazo que lo sostenía, su razón se extravió, y abrió la boca, sin saber si era una palabra o un beso lo que le ardía en los labios.
La reina, estremecida ante ese contacto, dolida ante su debilidad, trató de colocar el cuerpo inanimado en el sillón y huir, pero la cabeza de De Charny cayó hacia atrás, murmurando, ininteligiblemente casi:
—¡Qué maravilla, Señor! Mejor, mejor así. Muero matado por vos.
La reina lo olvidó todo. Retrocedió, cogió a De Charny, le levantó, oprimió la cabeza inerte de él sobre su seno, y apoyó una mano helada en el corazón del desventurado.
El amor hizo el milagro. De Charny resucitó. Abrió los ojos y la visión desapareció.
Asustada por dejar un recuerdo donde sólo quiso llevar un último adiós, dio unos pasos hacia la puerta, pero De Charny aún tuvo tiempo de sujetarla, cogiéndole la falda del vestido.
—Madame, en nombre del respeto que tengo para Dios, menos grande que el respeto que tengo para vos...
—Adiós, adiós —dijo la reina.
—Madame, perdonadme.
—Os perdono, monsieur de Charny.
—Madame, una última mirada.
—Monsieur de Charny —replicó la reina, temblando de emoción y de cólera—, si es que no sois el más bajo de los hombres, mañana habréis muerto o habréis partido del palacio.
De Charny, juntando las manos con embriaguez, se arrastró de rodillas hasta los pies de María Antonieta, la cual había ya abierto la puerta.
Andrea, cuyos ojos estaban clavados en esa puerta desde el principio de la visita, vio a De Charny arrodillado y a la reina como si desfalleciese; vio en los ojos de él brillar la esperanza y a la reina mirando al suelo. Herida en el corazón, desesperada, llena de odio y de desprecio, no se inclinó cuando vio acercarse a la reina. Le parecía que Dios había otorgado demasiados dones a esta mujer, dándole como superfluo un trono y la belleza, ya que acababa de concederle media hora con De Charny.
El doctor veía en las dos mujeres demasiadas cosas para subrayar ninguna. Preocupado por el éxito de la negociación emprendida por la reina, se limitó a preguntar:
—¿Y bien, madame?
La reina necesitó un minuto para recobrarse.
—¿Qué hará? —repitió el doctor.
—Se irá —murmuró la reina.
Y sin fijarse en Andrea, quien la miraba hostilmente, ni en el médico, que la miraba sonriendo, atravesó con paso rápido el corredor de la galería, envolviéndose maquinalmente en su manto y regresando a sus habitaciones.
Andrea estrechó la mano del doctor y corrió al dormitorio del enfermo; poco después, con paso lento y ausente como una sombra, volvió a su cámara con la cabeza caída y sin ver nada de lo que la rodeaba. No pensó ni en esperar las órdenes de la reina. Para una naturaleza como la de Andrea, la reina no significaba nada; la rival lo era todo.
De Charny, entregado de nuevo a los cuidados del doctor, no pareció el mismo hombre de la víspera. Fuerte hasta la exageración, orgulloso hasta el agravio, hizo al buen

doctor preguntas tan precisas acerca de su próxima convalecencia, sobre el régimen que debía seguir y sobre los medios de transporte, que el médico llegó a creer en una recaída más peligrosa y de otro orden.
De Charny le desengañó pronto; se parecía a esos hierros enrojecidos al fuego en que su color se debilita a medida que el calor disminuye su intensidad. El hierro es negro y no dice nada nuevo a la mirada, pero todavía está bastante caliente para devorar todo lo que se le ponga delante.
Louis vio al joven recobrar la calma y la lógica de sus mejores días. De Charny, más juicioso que nunca, se creyó obligado a explicar al médico su brusco cambio de decisión.
—La reina —le dijo— me ha curado mejor avergonzándome que vuestra ciencia, querido doctor. Atacarme por el lado del amor propio, ha sido domarme como se doma a un caballo con el freno. Sí, me acuerdo de que un español me dijo un día, para probarme su fuerza de voluntad, que le había bastado, en un duelo del que salió herido, apretarse los bordes de la herida para que no saliese la sangre y regocijase a su adversario. Yo me reí del español, pero me parezco un poco a él, porque si ese delirio que me reprocháis se repitiese, yo lo vencería diciéndole: «Delirio y fiebre, cesad de una vez.»
—Tenemos ejemplos de ese fenómeno —dijo gravemente el doctor—, y permitidme que os felicite. ¿Os sentís moralmente curado?
—Sí.
—Entonces, no tardaréis en ver la relación que hay entre lo moral y lo físico en un ser humano.
—Es una interesante teoría que yo trataría en un libro si tuviera tiempo. Sano el espíritu, estaréis sano de cuerpo en ocho días.
—Mi querido doctor, gracias.
—¿Estáis decidido a iros?
—Cuando vos digáis.
—Esperemos la noche. Proceder precipitadamente es siempre temerario. ¿Vais a ir lejos?
—Al fin del mundo si es necesario.
—Es demasiado lejos para la primera salida. ¿Nos contentamos con dejar Versalles primero?
—Conforme.
—Eso no significa desterraros, sino recurrir a remedios heroicos para curar vuestra herida.
—Muy bien, doctor; tengo una casa en Versalles, pero es mejor que la olvide.
—Creo que sí.
—Es posible que no me hayáis entendido. Lo que quisiera sería dar una vuelta por mis tierras.
—Lo veo acertado. Además, vuestras tierras no están en el fin del mundo.
—En la frontera de Picardía, a quince o dieciocho leguas de aquí.
—Pues no lo penséis más.
De Charny estrechó la mano del doctor, agradeciéndole su delicadeza. Y de noche, los cuatro criados que trataron a De Charny con tanta rudeza en la primera tentativa, lo llevaron a su carroza, que le esperaba en el patio.
El rey estuvo cazando todo el día, y después de cenar se acostó. A De Charny, un poco preocupado por irse sin haber pedido licencia, le tranquilizó el doctor prometiéndole que justificaría su marcha defendiendo la necesidad de un cambio.

Antes de subir a la carroza, De Charny aún se torturó con la dolorosa satisfacción de mirar hasta el último instante las ventanas de la reina. Nadie podía verle. No encontró en la escalinata más que varios oficiales amigos suyos, prevenidos a tiempo para que su partida no pareciese una fuga.
Escoltado hasta la carroza por sus joviales compañeros, pudo seguir mirando hacia aquellas ventanas totalmente iluminadas. La reina se sentía indispuesta y había recibido a sus damas en su dormitorio. Las ventanas de Andrea estaban cerradas y sin luz, pero detrás de las cortinas de damasco había una mujer que seguía angustiosamente hasta el último movimiento del enfermo. La carroza arrancó al fin, pero tan despacio que podían contarse los pasos de los caballos, el martilleo de los cascos sobre el enguijarrado.
«Si no es para mí —se dijo Andrea—, tampoco es para nadie.»
«Si vuelven a asaltarle deseos de morir —pensó el doctor al entrar en su casa—, por lo menos no morirá aquí ni en mis manos. ¡Caramba con los enfermos del espíritu...! No es uno el médico de Antíoco para curar estas enfermedades.»
De Charny llegó sano y salvo a su casa. El doctor le había visitado la noche anterior, y lo encontró tan bien que le dijo que era su última visita. Fueron a verle su tío monsieur de Suffren, monsieur de La Fayette, y un enviado del rey. Ya no volvieron a ocuparse de él. Empezó a levantarse y a pasear, andando cada día un poco más. Ocho días después podía montar a caballo, pero yendo al paso, e iba recobrando sus fuerzas. Como su vivienda no quedaba muy lejos, le encargó al médico de su tío que le pidiera al doctor Louis la autorización para trasladarse a sus tierras, pero le contestó que lo hiciera en una silla de manos y que el camino de Picardía estaba liso como un espejo, por lo que no dejaría de ser una temeridad.
De Charny se despidió del rey, que le colmó de mercedes; pidió a monsieur de Suffren que presentase sus respetos a la reina, la cual no recibía por seguir indispuesta. Después se acomodó en su litera, a la puerta misma del palacio real, y partió para la pequeña ciudad de Villers-Cotteréts, desde donde seguiría hacia el castillo de Boursonnes, situado a una legua de esta ciudad que ilustraba ya las primeras poesías de Dumoustier.

LV
DOS CORAZONES SANGRANTES

A la mañana siguiente del día en que Andrea había sorprendido a la reina huyendo y a él arrodillado ante ella, mademoiselle de Taverney entró como de costumbre en la cámara real a la hora del arreglo de la reina antes de la misa, la cual no había recibido todavía visita alguna. Acababa de leer unas líneas de Juana de la Motte y estaba del mejor humor.
Andrea aparecía más pálida todavía que la noche anterior, y con su gravedad y su sencilla y austera sobriedad era la auténtica imagen del dolor.
La reina estaba distraída y no advirtió la pesadez y el abandono con que andaba, ni se fijó en sus enrojecidos ojos, ni se dio cuenta de su palidez, y la saludó sonriéndole.
—Buenos días.
Andrea esperó que la reina le diera la ocasión de hablar, segura de que su silencio y su inmovilidad llamarían la atención de María Antonieta, que fue lo que ocurrió; pues al no oír que le contestase, se volvió para mirarla y vio que en aquel rostro había dolor, mucho dolor...
—Dios mío, ¿qué ocurre, Andrea? ¿Os ha ocurrido alguna desgracia?
—Una gran desgracia, sí, madame —repuso la joven.
—¿Qué es?
—Voy a abandonar a Vuestra Majestad.

—¿Abandonarme? ¿Es que os vais?
—Sí, Majestad.
—¿Pero adonde? ¿A qué se debe una marcha tan inesperada?
—Madame, no soy feliz en mis afectos... familiares —dijo Andrea enrojeciendo.
La reina enrojeció también, y en la mirada que se cruzaron pareció que fuesen dos aceros que se enfrentaban.
—Os aseguro que no os comprendo —dijo María Antonieta—. Ayer me parecisteis feliz.
—No, madame —repuso firmemente Andrea—. Ayer fue uno de los días más desdichados de mi vida.
—Oh... —murmuró la reina, quedando un instante pensativa, y diciendo luego—: Explicaos.
—Tendré que fatigar a Vuestra Majestad con detalles que sólo os pueden desagradar. No tengo ninguna satisfacción en mi familia, y como ya no espero nada de los bienes de la tierra, vengo a pedir permiso a Vuestra Majestad para consagrarme a mi salvación.
No obstante lo que el ruego de Andrea hería su orgullo, se acercó a Andrea y le cogió una mano.
—¿Qué significa ese propósito tan descabellado? ¿No teníais ayer un hermano y un padre? ¿Eran menos fastidiosos y menos desagradables que hoy? ¿Me creéis capaz de dejaros en esa confusión, y no soy acaso una madre de familia que protege a los que no la tienen?
Andrea empezó a temblar como si fuera culpable, e inclinándose ante la reina, dijo:
—Madame, vuestra bondad me emociona, pero he resuelto abandonar la corte; necesito la soledad de un convento.
—¿Desde ayer, entonces?
—Ruego a Vuestra Majestad que no me ordene explicar más motivos.
—Está bien, pues sois libre —dijo la reina con amargura—. Sólo que yo puse en vos una confianza que creía que merecería la vuestra. Pero sería una torpeza querer hacer hablar a quien no quiere. Guardaos vuestro secreto, y Dios quiera que halléis la felicidad que no habéis encontrado aquí. Pero recordad que mi afecto hacia vos seguirá siendo el mismo, que seguiré viéndoos como una amiga. Ahora, Andrea, podéis iros. Sois libre.
Andrea hizo una reverencia para irse, pero al llegar a la puerta la reina volvió a llamarla.
—¿Adonde vais a ir, Andrea?
—A la abadía de Saint-Denis, madame.
—¿A un convento? Quizá no tenéis nada que reprocharos; ¿pero no creéis que sois culpable de ingratitud? En fin... Adiós, mademoiselle de Taverney.
Sin dar las explicaciones que aún esperaba el buen corazón de la reina, Andrea agradeció el permiso que acababa de concederle y salió.
María Antonieta vio poco después que mademoiselle de Taverney abandonaba el palacio, la cual se fue directamente a la residencia de su padre, donde esperaba encontrar a Felipe en el jardín. El hermano soñaba y la hermana actuaba. Ante el aspecto de Andrea, y sabiendo que su servicio debía retenerla en palacio a aquella hora, Felipe la miró sorprendido, y casi asustado al fijarse en su tristeza, pues siempre aparecía ante él con la más tierna de las sonrisas. Y lo mismo que la reina, empezó a hacerle preguntas.
Andrea le comunicó que había pedido licencia para abandonar el servicio a la reina, que se la había concedido y que iba a entrar en un convento.
Felipe se quedó anonadado, como si le hubieran pegado un mazazo.
—¿Qué? ¿Vos también, hermana?
—¿Yo también? ¿Qué queréis decir?

—¿Acaso es un contacto maldito para nuestra familia el de los Borbones? ¿Vos religiosa? ¿La menos capaz de obediencia a las leyes del ascetismo? A ver; ¿qué le reprocháis a la reina?
—Nada, Felipe —repuso fríamente la joven—, pero vos que habéis contado con el favor real, ¿por qué a los tres días abandonasteis la corte? Yo he resistido tres años.
—¿La reina es a veces caprichosa, Andrea?
—Quizá sea eso. Los cortesanos pueden soportar sus caprichos, pero yo no. Si los tiene, que se los sufran sus criadas.
—Pero no me decís qué es lo que os ha ocurrido con la reina.
—Nada, os lo juro; ¿y por qué me lo preguntáis cuando vos también la habéis abandonado? Es ingrata esa mujer, muy ingrata.
—Hay que ser tolerante, Andrea. La adulación quizá la ha envanecido un poco, pero en el fondo es buena.
—Sé muy bien lo que ella ha hecho por vos, Felipe.
—¿Qué ha hecho?
—¿Lo habéis olvidado ya? Yo tengo mejor memoria. En un mismo día y con igual decisión pagó vuestra deuda y la mía, Felipe.
—Me parece demasiado caro, Andrea; no es a vuestra edad y con vuestra belleza cuando se renuncia al mundo. Lo abandonáis siendo joven y lo añoraréis cuando seáis vieja, cuando ya no habrá tiempo para retroceder y os arrepentiréis de haber abandonado a vuestros amigos, de los que sólo una locura puede apartaros.
—¿Razonáis así, vos, un oficial educado en las leyes del honor y del sentimiento? Tan rígido habéis sido que mientras cien individuos han amasado títulos y fortuna, vos sólo habéis contraído deudas y sufrido desaires. Un día me dijisteis que «ella» es caprichosa, coqueta y pérfida, negándoos a servirla. Aunque no os hayáis hecho religioso, habéis renunciado al mundo, y de nosotros dos el que está más cerca de los votos irrevocables no soy yo, que voy a hacerlos, sino vos, que los hicisteis ya.
—Tenéis razón, y sin nuestro padre...
—¿Nuestro padre? Felipe, no habléis así —repuso Andrea con amargura—. ¿Un padre no debe ser el refugio de sus hijos o aceptar su apoyo? Sólo en estas condiciones se es padre. ¿Qué hace el nuestro, os pregunto? ¿Se os ha ocurrido nunca confiarle un secreto? ¿Os ha confiado él alguno? No, —continuó Andrea con una expresión de disgusto—. Monsieur de Taverney está hecho para vivir solo.
—Estoy de acuerdo, Andrea, pero él no ha sido hecho para morir solo.
Estas palabras, dichas con dulce severidad, recordaron a la joven que sacrificaba a sus decepciones y a sus amarguras una parte demasiado grande de su corazón.
—Yo no quería —repuso ella— que me tomaseis por una hija sin entrañas; sabéis que soy una hermana cariñosa; pero aquí abajo cada uno ha querido matar en mí el instinto de simpatía que le correspondía. Dios me ha dado al nacer, como a toda criatura, un alma y un cuerpo; de esta alma y de este cuerpo toda criatura humana puede disponer para su felicidad, en este mundo y en el otro. Un hombre que no conocía ha tomado mi alma: Bálsamo. Un hombre que conocí apenas, y que no estaba a mi altura, tomó mi cuerpo: Gilberto. Os lo repito, Felipe, para ser una buena y piadosa hija, no me falta más que un padre. Pasemos ahora a vos, y examinemos lo que os ha reportado el servicio de los grandes de la tierra, a vos que los amáis.
Felipe bajó la cabeza.
—Excusadme —dijo él—. Los grandes de la tierra no eran para mí más que criaturas parecidas a mí, y los quería. Dios nos ha mandado amarnos los unos a los otros.
—Felipe, casi nunca el corazón amado corresponde al corazón que le ama. Aquellos a quienes hemos elegido elegirán a otros.

Felipe miró asombrado a su hermana.
—¿Por qué me decís eso?
—Por nada —repuso generosamente Andrea, que retrocedió ante la idea de descender a explicaciones o confidencias—. Estoy aturdida y no me fijo en lo que digo.
—Sin embargo...
—No prosigamos, querido hermano. He venido para que me acompañéis a un convento; he escogido Saint-Denis; no haré allí mis votos, estad tranquilo. Eso será más tarde si acaso. En lugar de buscar en un asilo lo que la mayor parte de las mujeres quieren encontrar en él, el olvido, yo voy allí a pedir memoria. Me parece que he olvidado demasiado al Señor. Él es el solo rey, el solo dueño, el único consuelo, y el único que realmente nos castiga. Acercándome a Él, hoy que le comprendo, conseguiré la paz interior que no me ha concedido el mundo con todo su poder y su riqueza. En la soledad, ese umbral de la beatitud eterna; en la soledad, Dios habla al corazón del hombre y el hombre habla al corazón de Dios.
Felipe detuvo a Andrea con un ademán, diciéndole:
—Recordad que moralmente me opongo a ese desesperado deseo; vos no me habéis confiado las causas de vuestra desesperación.
—¿Desesperación? —repuso Andrea con glacial desdén—. Gracias a Dios, no me voy desesperada. No lo penséis, Felipe.
Y con gesto altivo recogió el manto de seda que había dejado en un sillón, poniéndoselo sobre los hombros.
—Puesto que no admitís la palabra desesperación, aceptad la palabra despecho.
—¡Despecho! —exclamó Andrea con una sonrisa en la que se reflejaba su orgullo—. Vos no podéis creer que mademoiselle de Taverney sacrifique su vida por un arrebato, por un momento de despecho. El despecho es la debilidad de las coquetas o de las necias. No sé qué es el despecho, Felipe. Dejadme que os haga una pregunta. Si mañana os retiraseis a la Trapa, si os hicieseis cartujo, ¿qué nombre le daríais al motivo que os habría impulsado a esa resolución?
—Diría que obedece a una tristeza incurable —contestó Felipe como si pensase en su propio dolor.
—Justo, Felipe, he aquí la palabra más acertada. Sí, es una tristeza incurable lo que me empuja a la soledad.
Andrea creyó que el hermano, impulsado por su emoción, le haría nuevas preguntas, pero Felipe sabía por experiencia que las grandes almas se bastan por sí mismas, y se resignó con su decisión.
—¿A qué hora o qué día pensáis partir?
—Mañana y aun hoy mismo si hubiese tiempo.
—¿No daremos un último paseo por el parque?
—No.
Felipe comprendió en el apretón de manos que siguió a la negativa que Andrea quería evitar que tratase de hacerla rectificar.
—Estaré dispuesto para cuando queráis —y le besó la mano, sin agregar una sola palabra que podría haber dado paso a la amargura que intentaba disimular.
Andrea, después de hacer los primeros preparativos, se retiró a su alcoba, donde recibió este billete de Felipe:
«Podéis ver a nuestro padre a las cinco de la tarde. El adiós es indispensable.»
Andrea le contestó:
«A las cinco iré a despedirme de monsieur de Taverney, vestida ya para el viaje. A las siete podemos llegar a Saint-Denis. ¿Me concederéis vuestra velada?»

Por toda respuesta, Felipe gritó desde la ventana más próxima a la cámara de Andrea, para que ella pudiera oírle:
—A las cinco tened enganchados los caballos.

LVI
UN MINISTRO DE HACIENDA

Hemos visto que la reina, antes de recibir a Andrea, había leído un billete de Juana de la Motte y que sonrió al leerlo. El billete sólo tenía estas palabras, con las expresiones del mayor respeto: «...y Vuestra Majestad puede estar segura de que se le concederá el crédito y que la mercancía será entregada...»
Después de leer la nota, la reina sonrió y quemó el papel. Luego, un poco entristecida por la despedida de Andrea, madame de Misery le anunció que monsieur de Calonne le suplicaba que le concediera el honor de recibirle.
Se trata de un personaje nuevo para el lector y que creemos necesario presentar.
Monsieur de Calonne era un hombre de mucho espíritu, perteneciente a la generación incluida en la última mitad del siglo; poco dado a los lamentos e identificado con el análisis más objetivo, tenía conciencia de la desgracia abatida sobre Francia, no sintiendo más interés que el interés común, y, como Luis XV, decía: «Después de nosotros, el interés del mundo.» Sabía mucho de negocios y era cortesano. Todo lo que había en la corte de mujeres ilustres por su espíritu, su riqueza y su belleza, lo había cultivado con homenajes parecidos a los que la abeja rinde a las plantas de las que extrae el néctar. Acumulaba tantos conocimientos que habría podido rebatir a D'Alembert, polemizar con Diderot, ironizar con Voltaire, enmendar a Rousseau... Y se reía abiertamente de la popularidad de Necker.
Necker, el sabio y el profundo, había parecido iluminar a Francia con su actividad; Calonne, habiendo observado todas sus caras, había acabado por volverle ridículo, a los mismos ojos de los que le temían más, y la reina y el rey, a los cuales este nombre hacía estremecer, no estaban acostumbrados que esto que les causaba temblor fuera el objeto de la burla de un hombre de Estado, elegante, de buen humor, que para responder a tantas hermosas cifras se contentara con decir: «¿A qué probar tanto lo que no se puede probar?»
En efecto, Necker no había demostrado más que una cosa: su imposibilidad de continuar administrando las finanzas. Calonne las aceptó como un peso demasiado ligero para sus hombros, y desde los primeros momentos se pudo decir que sucumbió bajo la carta.
¿Qué quería Necker? Reformas. Las reformas parciales espantaban a todos. Pocas gentes ganaban con ellas, y las que ganaban, ganaban muy poco; por el contrario, muchos perdían, y perdían demasiado. Cuando Necker se propuso imponer una justa repartición del impuesto y querer gravar las tierras de la nobleza y de la clerecía, tendía brutalmente a una revolución imposible de llevar a cabo. Dividía la nación y la debilitaba de antemano cuando lo que importaba era concentrar todas sus fuerzas para conseguir una saludable renovación. Al señalar el fin que perseguía, lo que hacía Necker era condenarlo al fracaso, precisamente, porque lo señalaba. Hablar de una supresión de abusos a los que no quieren que los abusos desaparezcan, ¿no es exponerse a la rebelión de los afectados? ¿Qué táctica sería la de anunciar al adversario por dónde y a qué hora se asaltará la plaza?
La estrategia de Calonne era, pues, el reverso de la de Necker. Su plan era audaz, increíblemente ambicioso. Se trataba de conseguir en dos años que el rey y la nobleza llegasen a una bancarrota que por sí mismos habrían retrasado diez años, y ante la total

bancarrota, decir: «Ahora, ricos, pagad por los pobres, porque tienen hambre y devorarán a los que los condenaron a su miseria.»
¿Cómo el rey no vio de antemano las consecuencias de ese plan, ni siquiera el plan? ¿Cómo él, que se había estremecido de indignación ante la cuenta que se le presentó, no se estremeció al observar la trayectoria de su ministro? ¿Cómo no eligió entre los dos sistemas y prefirió cerrar los ojos? Es la sola cuenta real que Luis XVI, hombre político, escamoteó a la posteridad. Era el famoso principio al cual se opone siempre el que no tiene bastante poder para cortar el mal.
Pero para que la venda fuese lo bastante espesa a los ojos del rey, y para que la reina, tan clarividente y tan precisa en sus apreciaciones, fuese tan ciega como su esposo sobre la conducta del ministro, la historia —mejor sería decir la novela— va a dar algunos detalles indispensables.
Calonne entró en el gabinete del rey. Seguro de que María Antonieta lo había mandado llamar para un asunto urgente, llegó con la sonrisa en los labios. La reina lo acogió con afabilidad, y luego de algunas vaguedades le preguntó:
—¿Tenemos dinero, mi querido monsieur Calonne?
—¿Dinero? Naturalmente, madame; lo tenemos siempre.
—Eso es maravilloso. No he conocido a nadie como vos para responder así a mis peticiones de dinero; como financiero sois incomparable.
—¿Qué cantidad necesita Vuestra Majestad?
—Os ruego que me digáis primero cómo hacéis para encontrar dinero, donde Necker decía con perfecta claridad que no lo había.
—Necker tenía razón, madame. No había dinero en los cofres, y esto es tan cierto que el día de mi posesión del Ministerio, el 5 de noviembre de 1783, una fecha que yo no olvido, al hacer el arqueo del tesoro público, no encontré en caja más que doscientas libras.
—¿Y bien?
—Madame, si Necker, en lugar de decir «no hay dinero», hubiera recurrido a los empréstitos, cien millones el primer año, ciento veinticinco el segundo, y un nuevo empréstito de ochenta millones para el tercero, que resolverían la situación, Necker habría sido un verdadero financiero; todo el mundo sabe decir «no hay dinero en caja», pero no todo el mundo puede decir que lo hay.
—Por eso os felicitaba, monsieur. ¿Cómo se pagará? Esa es para mí la dificultad.
—Madame —repuso Calonne con una sonrisa terriblemente significativa—, yo os respondo de que se pagará.
—Confío en vos. ¿Tenéis alguna nueva idea?
—Tengo una idea, madame, que dejará veinte millones en el bolsillo de los franceses y siete u ocho millones en el vuestro, perdón, en el tesoro de Vuestra Majestad.
—Estos millones serán bien venidos aquí y allí. ¿Pero por dónde nos llegarán?
—Vuestra Majestad no ignora que el oro no tiene el mismo valor en todos los países de Europa.
—Lo sé. En España el oro es más caro que en Francia.
—Vuestra Majestad tiene razón. El oro vale en España, desde hace cinco o seis años, dieciocho onzas más por marco que en Francia. Por este motivo los exportadores ganan sobre un marco de oro que exportan de Francia a España el valor de catorce onzas de plata poco más o menos.
—Es considerable —dijo la reina.
—Tan considerable que en un año —continuó el ministro—, si los capitalistas supiesen lo que yo sé, no habría en nuestra casa un solo luis de oro.
—¿Vais a impedir eso?

—Inmediatamente, madame; voy a alzar el valor del oro a quince marcos cuatro onzas, un quinceavo de beneficio. Vuestra Majestad comprende que ni un luis quedará en los cofres cuando se sepa que la Casa de la Moneda concede este beneficio a los portadores de oro. La refundición de esta moneda se hará pues, y en el marco de oro, que contiene hoy día treinta luises, encontraremos treinta y dos.
—Beneficio presente, beneficio futuro —repuso la reina—. Es una gran idea y se acogerá con entusiasmo.
—Lo creo así, madame, y me felicito por ver que merece vuestra aprobación.
—Tened siempre parecidas ideas y estaré segura de que pagaréis todas nuestras deudas.
—Permitidme, madame —dijo el ministro—, volver a lo que deseáis de mí.
—Sería posible conseguir en este momento...?
—¿Qué cantidad?
—Quizá sea demasiado elevada.
La sonrisa de Calonne estimuló a la reina.
—Seiscientas mil libras.
—Ah, madame..., qué miedo el que he pasado. Creí que se trataba de una verdadera cantidad.
—¿Podéis, pues?
—Naturalmente.
—Sin que el rey...
—Majestad, esto sí que es imposible; todas mis cuentas son cada mes sometidas al rey, pero no hay ejemplo de que el rey las haya leído, lo cual me honra.
—¿Cuándo podría contar con ese dinero?
—¿Qué día tiene Vuestra Majestad necesidad de él?
—Para el cinco del próximo mes.
—Las cuentas se rendirán el día dos; tendréis ese dinero el tres, madame.
—Monsieur Calonne, muchas gracias.
—Mi mayor satisfacción es complacer a Vuestra Majestad.
Calonne se levantó, inclinándose ante la mano que le tendió la reina. Le dijo al besársela:
—Todavía una palabra más.
—Escucho, madame.
—Ese dinero me cuesta un remordimiento.
—¿Un remordimiento?
—Sí, es para satisfacer un capricho.
—Mejor, mejor... La consecuencia de esa cantidad significará siempre algún beneficio para nuestra industria o nuestro comercio.
—Confieso —murmuró la reina— que sabéis cómo tranquilizarme.
—Dios sea alabado, madame; que no tengamos nunca otros remordimientos que los de Vuestra Majestad e iremos derechos al paraíso.
—Pensad, monsieur Calonne, que sería demasiado cruel hacer pagar mis caprichos al pobre pueblo.
—Bah... —dijo el ministro, apoyando con su sonrisa siniestra cada una de sus palabras—. No os atormentéis con escrúpulos, madame, porque nunca será el pobre pueblo quien pague.
—¿Por qué? —preguntó la reina, sorprendida.
—Porque el pobre pueblo no tiene nada —respondió imperturbable el ministro— y donde no hay nada, el rey pierde sus derechos.
Saludó y salió.

LVII
ILUSIONES ENCONTRADAS. SECRETO PERDIDO

Apenas Calonne atravesaba la galería para volver a su casa, con la punta de los dedos alguien llamó a la puerta del gabinete de la reina. Era Juana de la Motte, quien le dijo a la reina:

—Madame, él está aquí.

—¿El cardenal? —preguntó la reina, un poco asombrada de la palabra «él», que significaba tantas cosas pronunciadas por una mujer.

Juana había introducido ya al príncipe de Rohan, y apretaba la mano del protector protegido. El cardenal se encontró a tres pasos de la reina, a la cual hizo respetuosamente los saludos obligados.

—Monsieur —dijo la reina—, se me ha contado de vos un rasgo que borra muchos errores.

—Permitidme —dijo el príncipe, con una emoción que no era fingida—, madame, afirmaros que los errores de que habla Vuestra Majestad quedarían atenuados mediante una sincera explicación.

—Yo no os prohíbo que os justifiquéis —repuso la reina con dignidad—, pero lo que me diríais arrojaría una sombra sobre el amor y el respeto que tengo para mi país y mi familia. No podéis disculparos más que hiriéndome, señor cardenal. Entonces, no removamos ese fuego mal extinguido, porque podría quemar todavía vuestros dedos a los míos; voy a veros bajo la nueva luz con que os habéis revelado, solícito, respetuoso, devoto...

—Devoto hasta la muerte —interrumpió el cardenal.

—Dios os lo premie, pero —dijo María Antonieta sonriendo— hasta ahora no se trata más que de la ruina. ¿Me seríais devoto hasta la ruina, señor cardenal? Felizmente yo pondré en buen orden el asunto. Viviréis y no quedaréis arruinado, a no ser que os arruinéis vos mismo.

—Madame...

—Estos son vuestros negocios. De nuevo en plan de amistad, puesto que hemos llegado a ser buenos amigos, os daré un consejo: sed económico, pues es una virtud pastoral; el rey os querrá mejor económico que pródigo.

—Llegaré a ser amado al complacer a Vuestra Majestad.

—El rey —dijo la reina con intencionado acento— no ama a los avaros.

—Seré lo que Vuestra Majestad quiera —interrumpió el cardenal con un fervor sospechoso.

—Ya os he dicho —cortó bruscamente la reina— que no seréis arruinado por culpa mía. Vos habéis respondido por mí, y os lo agradezco, pero puedo hacer honor a mis obligaciones; no os ocupéis más de ese asunto, pues desde el primer pago sólo yo me ocuparé de él.

—Para que el asunto esté terminado —dijo entonces el cardenal inclinándose—, no me queda más que ofrecer el collar a Vuestra Majestad.

Al mismo tiempo se sacó de un bolsillo el estuche que presentó a la reina.

Ella no lo miró, lo que significaba un gran deseo de verlo, y temblando de alegría lo dejó sobre una mesita, al alcance de su mano.

El cardenal intentó todavía algunas palabras de cortesía, que fueron bien recibidas, y después volvió sobre lo que había dicho la reina a propósito de su reconciliación, pero como ella se había prometido no mirar el collar delante de él, y como estaba impaciente por verlo, escuchó sin prestarle casi atención, y distraídamente le tendió la mano, que él

besó con devoción y gratitud. Seguidamente pidió licencia para retirarse, creyendo ser inoportuno, lo que la colmó de alegría. Un simple amigo no molesta nunca, y un indiferente todavía menos.
Así fue la entrevista que cerró las heridas del corazón del cardenal. Salió de la cámara de la reina entusiasmado, ebrio de esperanza, y dispuesto a demostrarle a Juana de la Motte un reconocimiento sin límites por la negociación que había llevado a cabo tan felizmente.
Juana le esperaba en su carroza, y le preguntó después de la primera explosión de su gratitud.
—¿Seréis Richelieu o Mazarino? ¿El labio austriaco os ha impulsado a la ambición o a la ternura? ¿Estáis lanzado para la política o para la intriga?
—No os riáis, querida condesa. Estoy loco de alegría.
—Os comprendo.
—Ayudadme, y en tres semanas podré conseguir un Ministerio.
—¿En tres semanas? Es mucho tiempo. El desenlace de esos primeros acontecimientos hace que lo fijemos para dentro de quince días.
—Todas las alegrías llegan a la vez; la reina tiene dinero y me pagará; quedará el mérito de la intención solamente. Es demasiado poco, condesa, para tanto honor. Dios es testigo de que habría pagado voluntariamente esta reconciliación al precio de seiscientas mil libras.
—Estad tranquilo —le dijo la condesa sonriendo—. Tendréis ese mérito por encima de los demás. ¿No tenéis bastante con eso?
—Confieso que lo preferiría; así la reina me estaría obligada.
—Monseñor, algo me dice que gozaréis de esa satisfacción. ¿Estáis preparado para ello?
—He hecho vender mis últimos bienes y he empeñado para todo el año próximo mis entradas y mis beneficios.
—¿Tenéis las seiscientas mil libras entonces?
—Las tengo; pero después de hacer ese pago, no sabía cómo continuar.
—Ese pago nos proporciona un trimestre de tranquilidad. En tres meses, qué de acontecimientos, buen Dios.
—Es verdad, pero el rey me ha ordenado que no contraiga más deudas.
—Una estancia de dos meses en un Ministerio pondrá todas vuestras cuentas al día.
—Oh, condesa...
—No os rebeléis. Si no lo hicierais, vuestros primos lo harían.
—Tenéis siempre razón. ¿Adonde vais ahora?
—A ver a la reina y saber el efecto que le ha producido vuestro obsequio.
—Muy bien. Yo vuelvo a París.
—Es una buena táctica: no abandonar el terreno.
—Es preciso, desgraciadamente, que devuelva una visita que he recibido esta mañana antes de salir.
—¿Una visita?
—Bastante seria, si juzgo por el contenido del billete que me han enviado. Vedlo.
—Letra de hombre —dijo la condesa.
«Monseñor, alguien quiere hablar con voz sobre el cobro de una importante cantidad. Esa persona se presentará esta noche en vuestra casa de París con la esperanza de que le concedáis una audiencia.»
—¿Anónimo...? Un mendigo.
—No, condesa; nadie se expone alegremente a ser apaleado por mis criados por haber jugado conmigo.
—¿Lo creéis así?

—No sé por qué, pero me parece que conozco esta letra.
—Id, pues, monseñor; tampoco arriesga uno mucho con la gente que promete dinero. Lo peor sería que no pagasen. Adiós, monseñor.
—Condesa, hasta la vista.
—Un momento. Aún debo deciros dos cosas.
—¿Cuáles?
—Si por casualidad se os ofrece una cantidad importante...
—Decid, condesa.
—Algo perdido: un hallazgo, un tesoro, un...
—Entiendo vuestra sutileza: los dos a medias. ¿Es eso lo que queréis decir?
—Quizá sí, monseñor...
—Si me habéis traído la felicidad, ¿por qué no os he de tener en cuenta? ¿Cuál es la otra cosa que me queréis decir?
—No os dediquéis a derrochar las seiscientas mil libras.
—No lo temáis.
Y se separaron. Después, el cardenal regresó a París envuelto en un halo de felicidad celestial. La vida había cambiado por completo para él desde hacía dos horas. Si no fuera más que amante, la reina acababa de darle más de lo que se habría atrevido a esperar de ella; si era ambicioso, ella le proporcionaría todavía más.
El rey, hábilmente guiado por su mujer, sería el instrumento de una fortuna que nada podía detener. El cardenal abundaba en ideas, tenía más genio político que cualquiera de sus rivales, entendía la marcha del progreso y burlaría al clero a favor del pueblo para formar una de esas sólidas mayorías que gobiernan largo tiempo por la fuerza y por el derecho.
Poner a la cabeza de ese movimiento de reforma a la reina, a la que adoraba después de haber cambiado el desafecto siempre creciente en una estimación sin igual, era el sueño del prelado, y una sola palabra de ternura de María Antonieta podía trocarlo en realidad. Entonces renunciaba a sus fáciles triunfos, el mundano se hacía filósofo y el ocioso se convertía en un trabajador infatigable. Es una labor sugestiva para los grandes caracteres cambiar la negación que hay en el libertinaje por la fatiga del estudio. El príncipe de Rohan iba todavía más lejos, arrastrado por ese veneno que se llama el amor y la ambición.
Se puso a la obra desde el momento de su vuelta a París, quemando inmediatamente una caja llena de billetes amorosos. Llamó a su intendente para ordenarle reformas, hizo afinar plumas por su secretario para escribir sus memorias sobre la política de Inglaterra, que él conocía muy bien, y después de una hora de trabajo, cuando empezaba a sentirse dueño de sí mismo, un campanillazo le advirtió que había llegado una visita importante.
Un húsar se detuvo en el umbral.
—¿Quién es?
—El caballero que le ha escrito esta mañana, monseñor.
—Ese caballero tendrá un nombre. Preguntádselo.
El húsar volvió poco después.
—El señor conde de Cagliostro.
—Que entre —dijo el príncipe estremeciéndose.
Luego de entrar el conde, las puertas se cerraron.
—Formidable —exclamó el cardenal—. ¿Qué es lo que veo?
—¿No es verdad, monseñor —dijo De Cagliostro, sonriendo—, que apenas he cambiado?

—Si me parece imposible. José Bálsamo vivo, cuando se le creía muerto en aquel incendio. José Bálsamo...
—Conde de Fénix vivo; sí, monseñor, y más vivo que nunca.
—Pero, monsieur, ¿con qué nombre os presentáis ahora, y por qué no habéis conservado el antiguo?
—Precisamente porque es antiguo y recuerda, a mí antes que a nadie, y a los demás luego, demasiados recuerdos tristes y fastidiosos. Me refiero incluso a vos, monseñor. Decidme, ¿no habríais negado la entrada a José Bálsamo?
—No, monsieur, no.
El cardenal, todavía estupefacto, se olvidó de ofrecer asiento a De Cagliostro.
—Entonces, Vuestra Eminencia tiene más memoria y honradez que todos los hombres juntos.
—Monsieur, en otra época me rendisteis tan gran servicio...
—¿No es verdad, monseñor —interrumpió Bálsamo—, que no he cambiado y que soy una muestra de los resultados de mi elixir de vida?
—Cierto, sí, pero vos que estáis por encima de la humanidad y dispensáis liberalmente el oro y la salud a todos...
—La salud, no digo que no, pero el oro... no, eso no.
—¿Ya no hacéis oro?
—No, monseñor.
—¿Por qué?
—Porque perdí la más indispensable de las combinaciones que mi maestro, el sabio Althotas, me dio cuando salió de Egipto. No tuve la precaución de sacar una copia en previsión de un posible extravío. Y la memoria ya no me ha valido.
—¿El se la guardó?
—No..., es decir, sí, guardada o llevada a la tumba, como vos queráis.
—¿Murió?
—Le he perdido.
—¿Cómo, pues, no habéis prolongado la vida de ese hombre, único poseedor del portentoso secreto, vos que os habéis conservado vivo y joven durante siglos?
—Yo lo puedo todo contra la enfermedad y contra las heridas, pero no puedo nada contra el accidente que mata sin que se me llame.
—Y fue un accidente lo que terminó con la vida de Althotas.
—Vos habéis debido saberlo, puesto que sabíais mi muerte.
—Ese incendio de la calle Saint-Claude, en el que vos desaparecisteis.
—Ese incendio mató a Althotas, o el sabio, cansado de la vida, quiso morir.
—Es extraño.
—No, es natural. Yo mismo he pensado cien veces en terminar con mi vida.
—Sin embargo, habéis seguido viviendo.
—Porque he elegido un estado de juventud en el cual la salud, las pasiones, los placeres carnales me procuran todavía alguna distracción, y Althotas, por el contrario, había elegido el estado de la vejez.
—Althotas debía hacer lo mismo que vos.
—No, él era un hombre profundo y superior; de todas las cosas de este mundo no quería más que la ciencia, y la juventud, con la sangre ardiente, con sus pasiones y sus excesos, le habrían apartado de la eterna contemplación, monseñor, es necesario estar libre siempre de flaquezas; para pensar bien, importa ante todo el conocimiento de sí mismo. El anciano medita mejor que el joven, pero cuando la tristeza se apodera de él, ya no halla remedio. Althotas murió víctima de su devoción por la ciencia. Yo vivo como un

mundano, pierdo mi tiempo y no hago absolutamente nada. Soy una planta...; no me atrevo a decir una flor; yo no vivo, respiro.
—Oh... —murmuró el cardenal—. Con el hombre resucitado, se repiten mis asombros. Me devolvéis a aquel tiempo en que la magia de vuestras palabras y la maravilla de vuestras acciones aguzaban doblemente mis facultades y realzaban ante mis ojos el valor de la criatura humana. Me recordáis los dulces sueños de mi juventud. Han transcurrido diez años desde que os conocí.
—Lo sé, y uno y otro hemos descendido desde entonces. Yo ya no soy una fuerza, sino los despojos de lo que fui. Vos ya no sois un arrogante joven, sino un respetable príncipe. ¿Os acordáis, monseñor, del día que en mi gabinete os prometí el amor de una mujer de la cual mi vidente había consultado sus rubios cabellos?
El cardenal palideció, después enrojeció. El espanto y la alegría regían alternativamente los latidos de su corazón.
—Me acuerdo, pero de un modo confuso...
—Veamos —dijo De Cagliostro sonriendo— si consigo que todavía veáis en mí al mago que conocisteis. Esperad que me concentre.
Luego de un silencio, prosiguió De Cagliostro:
—Esa rubia niña de vuestros sueños amorosos, ¿dónde está?, ¿qué hace? Ah, sí... y vos la habéis visto hoy. Más todavía: habéis estado cerca de ella.
El cardenal se llevó una mano al corazón, como si quisiera sujetárselo.
—Monsieur... —dijo en voz tan baja que De Cagliostro casi no le oyó—, por favor...
—¿Queréis que hablemos de otra cosa? —le preguntó sonriendo el sibilino—. Me parece muy bien. Estoy a vuestras órdenes, monseñor.
Tras sus últimas palabras el conde de Cagliostro se sentó en un sillón, sin recordar que el cardenal se había olvidado de ofrecerle asiento al empezar tan interesante conversación.

CAPITULO LVIII
EL DEUDOR Y EL ACREEDOR

El príncipe Luis de Rohan miraba asombrado a su huésped.
—Pues bien— dijo éste—; ahora que hemos renovado nuestro conocimiento, hablemos si gustáis, monseñor.
—Sí— respondió el prelado reponiéndose paulatinamente—; hablemos de esa devolución que... que...
—Que mencionaba en mi carta, ¿verdad? Vuestra Eminencia tiene prisa por saber...
—Era un pretexto, según presumo, ¿no es cierto?
—No, monseñor, en manera alguna; es una seria realidad, os lo aseguro. Se trata de una deuda que vale la pena porque asciende a quinientas mil libras...
—Cantidad que me prestasteis graciosamente— exclamó el cardenal, en cuyo rostro apareció una ligera palidez.
—En efecto, monseñor; que os presté. Y celebro comprobar que un gran príncipe como vos tiene tan buena memoria— dijo Bálsamo.
El cardenal, ante el rudo golpe notó que un sudor frío corría por su frente.
—Creí por un momento— dijo, tratando de sonreír— que José Bálsamo, el hombre sobrenatural, se había llevado la deuda al sepulcro como el fuego se llevó el recibo.
—Monseñor— respondió con gravedad el conde—: la vida de José Bálsamo es indestructible, como lo es esta hoja de papel que creíais reducida a cenizas. Nada puede la muerte contra el elixir de la vida, ni el fuego contra el amianto.

—No comprendo— dijo deslumbrado el cardenal.
—Me comprenderéis en seguida, monseñor; estoy seguro de ello.
—¿Cómo?
—Reconociendo vuestra firma.
Y mostró un papel doblado al príncipe, quien de inmediato, sin necesidad de abrirlo, exclamó:
—¡Mi recibo!
—Sí, monseñor, vuestro recibo— respondió Cagliostro sonriendo ligeramente, pero atenuando el gesto con una fría reverencia.
—No obstante lo quemasteis, yo vi la llama.
—Yo eché este papel al fuego, ciertamente— dijo el conde—, pero el azar quiso que escribieseis sobre un trozo de amianto en lugar de hacerlo sobre un papel corriente, de manera que hallé el recibo sobre los carbones consumidos.
—Caballero— comentó el cardenal con cierta altanería creyendo adivinar en la presentación del recibo una prueba de desconfianza—; tened por seguro que no hubiera negado la existencia de la deuda aun sin ese documento. Por lo tanto hicisteis mal en engañarme.
—Os juro, monseñor, que no he tenido por un solo momento la intención de engañaros.
El de Rohan hizo un gesto con la cabeza.
—Me hicisteis creer, caballero, que la prueba había sido destruida.
—Para dejaros gozar feliz y tranquilamente de las quinientas mil libras— respondió a su vez Bálsamo, con un ligero movimiento de hombros.
—Pero en fin, caballero— prosiguió el cardenal—. ¿Cómo habéis dejado durante diez años esta cantidad pendiente de cobro?
—Sabía, monseñor, en qué manos quedaba. Los acontecimientos, el juego, los ladrones, me han ido despojando de todos mis bienes. Pero sabiendo que tenía seguro el dinero, he tenido paciencia y he esperado hasta el último momento.
—¿Y el último momento ha llegado?
—¡Ay! Sí, monseñor.
—¿De manera que no podéis esperar más?
—Es absolutamente imposible para mí— respondió Cagliostro.
—¿Por eso me pedís la devolución de vuestro dinero?
—Por eso, monseñor.
—¿Hoy mismo?
—Si no tenéis inconveniente...
El cardenal guardó un silencio que la desesperación dilataba.
Después, con voz alterada, dijo:
—Señor conde, los desgraciadas príncipes de la tierra no pueden improvisar las fortunas tan rápidamente como vosotros los encantadores que mandáis en los espíritus de la tinieblas y de la luz.
—¡Oh, monseñor! tened la seguridad de que yo no os hubiese pedido esta cantidad, de no haber sabido de antemano que la teníais en casa.
—¿Que yo tengo quinientas mil libras?— exclamó el cardenal.
—Treinta mil libras en oro, diez mil en plata y el resto en bonos de caja.
El señor de Rohan palideció...
—Las cuales están en ese armario de Boule— añadió Cagliostro.
—¿Sabéis eso, caballero?
—Sí, monseñor, como también sé los sacrificios que os ha costado reunir esa suma. Me atrevo a decir que habéis pagado por ella el doble de su valor.
—¡Oh! Es cierto.

—Pero...
—¿Pero?...— exclamó el desgraciado príncipe.
—Pero yo, monseñor, desde hace diez años he estado a punto veinte veces de morirme de hambre o de apuros, al lado de este papel, que representaba para mí medio millón; y no obstante, para no poneros en un aprieto, he esperado. Creo, pues, que estamos en paz, poco más o menos.
—¡En paz, caballero!— exclamó el príncipe—. No digáis eso, porque está en favor vuestro el haberme prestado generosamente una cantidad de tal importancia. ¡En paz! ¡Oh, no, no! Yo os debo quedar eternamente agradecido. Lo único que hago, conde, es preguntaros por qué pudiendo haberme pedido la devolución de esta cantidad durante estos diez años, habéis guardado silencio. Durante este tiempo yo hubiera tenido veinte ocasiones de devolvérosla sin la menor molestia.
—¿Mientras que hoy?...— preguntó Cagliostro.
—No os tengo que ocultar que hoy— confesó el cardenal— esta restitución que me exigís, porque me la exigís, ¿no es verdad?...
—¡Ay, monseñor!...
—Pues bien, me pone en un terrible compromiso.
Cagliostro hizo con la cabeza y con los hombros un gesto como dando a entender: "¿Qué queréis, monseñor? Es así y no puede ser de otra manera".
—Pero vos que lo adivináis todo— continuó el príncipe—, vos que sabéis leer en el fondo de los corazones y hasta en el fondo de los armarios, lo que a veces es peor, no tenéis seguramente que averiguar por qué tengo tanto interés en conservar este dinero y cuál es el uso sagrado y misterioso a que lo destino.
—Os equivocáis, monseñor— dijo Cagliostro en tono glacial—. Lo ignoro y mis secretos me han producido bastantes penas, decepciones y miserias para que tenga que ocuparme de los secretos de los demás a no ser que me interesen. Me interesaba saber si teníais o no dinero, toda vez que os lo tenía que reclamar. Pero sabiéndolo, ya no importaba el destino que pensabais darle. Por otra parte, monseñor, si conociese en este momento la causa de vuestro apuro, quizás me pareciese tan grave y respetable, que acaso tendría la debilidad de contemporizar, lo que en las presentes circunstancias me ocasionaría el mayor perjuicio. Prefiero, pues, ignorarlo.
—Caballero— exclamó el cardenal, herido en su orgullo por las últimas palabras—, no creáis que trato de ablandaros hablando de mis compromisos personales. Vos tenéis vuestros intereses, que están garantizados con este recibo firmado por mi mano; es bastante. Os voy a entregar vuestras quinientas mil libras.
Cagliostro se inclinó.
—Yo sé bien— continuó el cardenal, devorado por el dolor de perder en un minuto tanto dinero penosamente reunido— que este documento no es más que un reconocimiento de la deuda que no fija en él vencimiento alguno para el pago.
—Vuestra Eminencia me excusará— contestó el conde—, pero me puedo atener al texto del recibo, que dice lo siguiente:

"Reconozco haber recibido del señor José Bálsamo la suma de quinientas mil libras, que le pagaré a la primera indicación suya. Firmado: Luis de Rohan".

El cardenal se estremeció; no sólo había olvidado la deuda, sino los términos en que estaba reconocida.
—Ya veis, caballero— continuó Bálsamo—, que no os pido lo imposible. No podéis pagar; de acuerdo. Lamento tan sólo que Vuestra Eminencia olvide que la cantidad fue entregada por José Bálsamo espontáneamente, en un momento supremo, al señor de

Rohan, a quien no tenía el honor de conocer. Me parece que fue un gesto de gran señor, y un Rohan de tan ilustre nobleza como vos debiera haberlo imitado en la restitución. Pero puesto que estimáis que esto no debe hacerse así, no hablemos más. Vuelvo a hacerme cargo del recibo. Adiós, monseñor.

Y Cagliostro dobló fríamente el papel disponiéndose a guardarlo en su bolsillo.

El cardenal le detuvo.

—Señor conde— dijo—, un Rohan no admite de nadie lecciones de generosidad. Además, no se trata aquí sino de una cuestión de probidad. Os ruego, pues, caballero, que me entreguéis este recibo para pagaros.

Cagliostro entonces, vaciló a su vez.

En efecto, el pálido rostro, los ojos hinchados, la actitud vacilante del cardenal parecían despertar en él muy viva compasión.

El cardenal, a pesar de su altivez, comprendió esta buena disposición de Cagliostro. Por un momento creyó que sería seguida de alguna proposición favorable.

Pero de pronto la mirada del conde se endureció, una nube pasó a través de su ceño fruncido, y tendió el recibo al cardenal.

El señor de Rohan, sumamente impresionado, no vaciló un momento; se dirigió hacia el armario que había señalado Cagliostro y sacó un montón de billetes de la caja de Aguas y Bosques; indicó luego con el dedo numerosos saquitos de plata y tiró de un pequeño cajón lleno de oro.

—Señor conde— dijo—, aquí tenéis vuestras quinientas mil libras; os debo ahora tan sólo ciento cincuenta mil libras, en concepto de intereses, suponiendo que no admitáis interés compuesto, lo cual daría una cantidad más considerable. Voy a hacer arreglar dichas cuentas por mi administrador y a ofreceros las garantías debidas para asegurar este pago; sólo os ruego me concedáis un plazo.

—Monseñor— respondió Cagliostro—, yo he prestado quinientas mil libras al señor de Rohan. El señor de Rohan me debe, pues, quinientas mil libras y nada más. Si hubiese deseado percibir esos intereses lo habría estipulado en el recibo. Mandatario o heredero de José Bálsamo, como gustéis, porque José Bálsamo está muerto, no debo aceptar otras sumas que las que constan en el reconocimiento; vos me las pagáis, yo las recibo y os doy las gracias, rogándoos que aceptéis mis saludos. Me hago cargo, pues, de los billetes, monseñor, y como necesito con urgencia la suma íntegra, enviaré a buscar el oro y la plata, que os suplico tengáis preparados.

Y dichas estas palabras, a las que el cardenal no tenía nada que responder, Cagliostro guardó los billetes en su bolsillo, saludó respetuosamente al príncipe, en cuyas manos dejó el recibo, y salió.

—La desgracia sólo cae sobre mí— suspiró el señor de Rohan después de la marcha de Cagliostro—, puesto que la reina está en condiciones de pagar y no tendrá ningún José Bálsamo inesperado que le vaya a reclamar una deuda de quinientas mil libras.

CAPITULO LIX
CUENTAS DE CASA

Faltaban dos días para el primer pago indicado por la reina. El señor de Calonne no había cumplido todavía su promesa. Las cuentas no habían sido aún firmadas por el rey. Era que el ministro, demasiado atareado, parecía haber echado algo en olvido a la reina. Ella, por su parte, creía improcedente refrescar su memoria temiendo que con ello se menoscabara su dignidad real. Tenía su promesa, y esperaba.

No obstante, comenzaba ya a inquietarse y a adquirir informes, tratando de hallar un medio de hablar con el señor de Calonne sin comprometerse, cuando recibió la siguiente nota:

"Esta noche será firmado, en el consejo, el asunto que Vuestra Majestad me hizo el honor de encargarme. Los fondos estarán en vuestro poder mañana por la mañana".

María Antonieta recuperó toda su confianza. No pensó en nada más, ni siquiera en aquel mañana que tardaba tanto en llegar.
Se la vio buscar en sus paseos las avenidas más escondidas, para aislar sus pensamientos de todo contacto material y mundano.
Paseaba con la princesa de Lamballe y con el conde de Artois, que se habían unido a ella, cuando el rey entró en el consejo, después del almuerzo.
El monarca estaba de muy mal humor. Las noticias de Rusia eran malas. En el golfo de León se había perdido un buque. Algunas provincias se negaban a pagar los impuestos. Un hermoso mapamundi, terminado y barnizado por el propio monarca, se había abierto por la acción del calor y la Europa se hallaba cortada en dos partes, en la intersección del grado 30 de latitud con el 55 de longitud. Su Majestad le ponía mala cara a todo el mundo, inclusive al señor de Calonne.
En vano este último le presentó con semblante sonriente su hermosa cartera perfumada. El rey, silencioso y taciturno, se puso a trazar en un papel blanco líneas cruzadas, lo que significaba tormenta, de la misma manera que los caballos y muñecos denotaban buen humor. Porque la manía del rey era la de dibujar durante el consejo. Luis XVI no miraba de frente: era tímido. Una pluma en la mano le daba aplomo y seguridad. Mientras él estaba ocupado en esta forma, el orador podía ir desarrollando sus argumentos; el rey levantaba sólo de tanto en tanto la vista, aunque lo suficiente para no olvidar al hombre, y al mismo tiempo, penetrándose de la expresión de sus ojos, juzgar las ideas que vertía. Cuando hablaba él mismo, y lo hacía bien, esa costumbre de dibujar quitaba todo aire de pretensión a su discurso; no tenía que hacer ningún gesto; podía interrumpirse o animarse a voluntad, y los trazos en el papel suplían los ornamentos de la palabra.
El rey tomó la pluma, según su costumbre, y los ministros comenzaron la lectura de sus proyectos y notas diplomáticas.
Luis XVI no movió los labios; dejó pasar el despacho extranjero como si no comprendiese una palabra de este trabajo.
Pero cuando se llegó al detalle de las cuentas del mes, levantó la cabeza.
El señor de Calonne había empezado la memoria relativa al empréstito proyectado para el año próximo.
El rey púsose a borronear el papel con verdadero furor.
—¡Siempre pidiendo prestado—dijo— sin saber cómo podrá pagarse! Esto es un problema, señor de Calonne, y un problema difícil.
—Sire, un empréstito es una sangría hecha a un manantial; el agua desaparece de un punto para resurgir en otro. Es más, se ve doblada por las aspiraciones subterráneas. Y antes que nada, en lugar de decir cómo pagaremos, sería necesario preguntar: ¿cómo y dónde pediremos prestado? Porque el problema de que hablaba Vuestra Majestad no consiste en saber cómo se pagará, sino en averiguar dónde se hallará quién dé crédito.
El rey convirtió el papel en un gran borrón, tal era su malhumor, pero no añadió una palabra; los rasgos de su semblante hablaban con harta elocuencia.
Habiendo expuesto su plan el señor de Calonne, con la aprobación de sus colegas, el rey lo firmó, aunque suspirando.
—Ahora que tenemos dinero— dijo riendo el señor de Calonne—, gastemos.

El rey miró a su ministro haciendo un gesto severo; ya, con los borrones, había hecho enormes manchas en el papel.
El señor de Calonne le pasó un estado en el que constaban las pensiones, gratificaciones, donativos y sueldos.
El trabajo era corto y bien detallado. El rey fue dando vuelta a las páginas y buscó el total.
—¡Un millón cien mil libras en tan poco tiempo! ¿Cómo se explica esto?
Y dejó reposar la pluma.
—Leed, leed, sire, y notad que del millón cien mil libras, un solo artículo asciende a quinientas mil.
—¿A qué artículo os referís?
—Un adelanto hecho a Su Majestad la reina, sire.
—¡A la reina!...— exclamó Luis XVI—. ¡Quinientas mil libras a la reina! ¡No es posible, caballero!
—Perdón, sire, pero la cifra es exacta.
—¡Quinientas mil libras a la reina!— repitió el rey—. En esto hay error. La semana pasada..., no..., la quincena pasada, hice pagar el trimestre a Su Majestad.
—Sire, la reina ha tenido necesidad de dinero, y sabiendo en qué forma lo gasta..., no es extraordinario...
—¡No, no!— exclamó el rey, que sintió la necesidad de hablar de su economía y conquistar algunos aplausos para la reina cuando se presentase en la Ópera—, la reina no quiere esta suma, señor de Calonne. La reina me ha dicho que un buque vale más que las joyas. La reina piensa que si Francia negocia empréstitos para alimentar a sus pobres, nosotros los ricos debemos prestar a Francia. Por lo tanto, si la reina necesita dinero, su mayor mérito consistirá en esperar, y yo os garantizo que esperará.
Los ministros aplaudieron mucho este rasgo patriótico del rey, rasgo que el divino Horacio no habría llamado uxorio, es decir, demasiado complaciente, en aquel momento.
Sólo el señor de Calonne, que conocía el apuro de la reina, insistió a su favor.
—Verdaderamente— dijo el rey—, mostráis más interés que yo mismo. Tranquilizaos, señor de Calonne.
—La reina me acusará de haber puesto poco celo a su servicio, sire.
—Yo os defenderé ante ella.
—La reina no pide nunca, sire, más que obligada por la necesidad.
—Si la reina tiene necesidades, supongo que deben ser menos imperiosas que las de los pobres, y en esto será la primera en estar de acuerdo.
—Señor...
—Asunto terminado— dijo el rey decidido.
Y tomó la pluma para continuar haciendo figuras.
—¿Suprimís este artículo, sire?— dijo consternado el señor de Calonne.
—Lo suprimo— respondió majestuosamente Luis XVI—; y al hacerlo, me parece oír la voz generosa de la reina que me da las gracias por haber comprendido tan bien sus sentimientos.
El señor de Calonne se mordió los labios. El rey, contento por aquel sacrificio personal heroico, firmó ciegamente el resto de las partidas.
Y dibujó una hermosa cebra rodeada de ceros, al tiempo que repetía:
—Esta noche he ganado quinientas mil libras; es una hermosa jornada de rey, Calonne; id a dar esta buena noticia a la reina; ya veréis, ya veréis.
—¡Dios mío, Majestad!— murmuró el ministro—, nunca me perdonaría el privaros de la alegría de esta comunicación. A cada uno su mérito.

—Sea— replicó el rey—. Levantemos la sesión. Basta de tarea, que ésta ha sido buena. ¡Ah! He aquí a la reina que vuelve. Adelantémonos hacia ella, señor de Calonne.
—Sire, pido perdón a Vuestra Majestad, pero aun tengo que firmar.
Y el señor de Calonne se fue lo más prontamente posible por el corredor.
El rey se dirigió gallardamente y con gran satisfacción hacia María Antonieta, que cantaba en el vestíbulo, apoyando el brazo en el del conde de Artois.
—Señora— dijo el rey—, habéis dado un buen paseo, ¿verdad?
—Excelente, sire; y vos, ¿habéis realizado mucho trabajo?
—Podéis juzgar vos misma: os he ganado quinientas mil libras.
"Calonne ha mantenido su palabra", pensó la reina.
—Imaginaos— añadió Luis XVI— que Calonne os asignaba un crédito nada menos que de medio millón.
—¡Oh!— dijo María Antonieta sonriendo.
—Y yo... naturalmente, lo he tachado. He ahí quinientas mil libras ganadas de un plumazo.
—¡Cómo! ¿Lo habéis tachado?—dijo la reina palideciendo.
—En efecto. Y os dará una enorme popularidad. Buenas noches, señora, buenas noches.
—¡Sire! ¡Sire!
—Tengo un gran apetito. Me vuelvo. ¿No es verdad que me he ganado la cena?
—Sire, escuchadme.
Pero Luis XVI desapareció, radiante de satisfacción por la broma, dejando a la reina atónita, silenciosa y consternada.
—Hermano mío, haced que busquen al señor de Calonne— pudo decir por fin al conde de Artois—; tras esto se oculta una mala acción.
Precisamente en aquel momento, entregaban a la reina la siguiente esquela del ministro:

"Vuestra Majestad debe saber ya que el rey ha rehusado el crédito. Es incomprensible, señora, y he tenido que retirarme del consejo enfermo y dolorido".

—Leed— dijo la reina entregando la esquela al conde de Artois.
—¡Y hay quien dice que dilapidamos las finanzas, hermana!— exclamó el príncipe—. Vaya unas maneras...
—...de esposo— murmuró la reina—. Adiós, hermano mío.
—Recibid la expresión de mi condolencia. Me doy por avisado..., ¡porque yo quería pedir dinero mañana!
—Que vayan a buscar a la señora de La Motte— ordenó la reina a la señora de Misery tras una larga meditación—; dondequiera que esté, que venga inmediatamente.

CAPITULO LX
MARÍA ANTONIETA, REINA; JUANA DE LA MOTTE, MUJER

El correo que fue enviado a París en busca de la señora de La Motte, no la encontró en casa del cardenal de Rohan.
Juana había ido a visitar a Su Eminencia; había almorzado, y cenaba y hablaba con él de aquella restitución desventurada, cuando llegaron preguntando si se hallaba en casa. El portero, muy perspicaz, respondió que Su Eminencia había salido y que la señora de La Motte no estaba en el palacio, pero que nada era más fácil que hacerle saber lo que la reina había encargado al mensajero, toda vez que probablemente vendría por la noche a su casa.
—Que se presente en Versalles lo antes que pueda— dijo el correo.

Y partió, no sin antes haber dejado el mismo aviso en todas las casas en que se presumía pudiera estar la nómada condesa.
Apenas hubo partido el mensajero, en cumplimiento de la comisión dada, el portero ordenó a su mujer que avisara a la señora de La Motte, que se hallaba en las habitaciones del señor de Rohan, donde ambos asociados pasaban el tiempo filosofando sobre la inestabilidad de las gruesas sumas de dinero.
La condesa, al enterarse del aviso, comprendió que era urgente partir. Pidió dos buenos caballos al cardenal, que él mismo hizo enganchar a una berlina sin blasones y, mientras el cardenal quedaba haciendo comentarios acerca del mensaje, ella corría en tal forma que a la hora siguiente descendía ante el palacio.
Alguien que la esperaba introdújola sin tardanza ante María Antonieta.
La reina se había retirado a su gabinete. Estaba terminado el servicio de noche, y no quedaba ni una sola mujer en el departamento, salvo la señora de Misery, que leía en el pequeño tocador.
María Antonieta bordaba o simulaba bordar, con el oído atento a todos los ruidos que se producían afuera, cuando Juana corrió precipitadamente hacia ella.
—¡Ah!— exclamó la reina—, ya estáis aquí; tanto mejor. ¡Qué noticia..., condesa!
—¿Buena, señora?.
—Juzgad por vos misma. El rey ha negado las quinientas mil libras.
—¿Al señor de Calonne?
—A todos. El rey no quiere dar más dinero. Esto no le ocurre a nadie sino a mí.
—¡Dios mío!— murmuró la condesa.
—Parece increíble, ¿no es verdad, señora? ¡Rehusar, tachar el crédito estando hecha la relación! Pero no hablemos más de lo que está muerto. Vais a volver en seguida a París.
—Sí, señora.
—Y le diréis al cardenal que, puesto que ha demostrado tanta devoción en complacerme, acepto sus quinientas mil libras hasta el próximo trimestre. Es un egoísmo por mi parte, condesa, pero hay que hacerlo...
—¡Ay!, señora, estamos perdidas. El cardenal ya no tiene dinero.
La reina se sobresaltó como si hubiera sido herida o insultada.
—¿No tiene... dinero?— balbuceó.
—Señora, una deuda con la que no contaba el señor de Rohan, ha tenido que ser saldada. Era una deuda de honor y ha pagado.
—¿Quinientas mil libras?
—Sí, señora.
—Pero...
—Era su último dinero... No tiene más recursos.
La reina se detuvo, como aturdida por esta nueva desventura.
—¿Estoy bien despierta?— dijo—. ¿Es a mí a quien le están ocurriendo todos éstos contratiempos? ¿Cómo sabéis, condesa, que el señor de Rohan no tiene más dinero?
—Me estaba contando este desastre hace una hora y media, señora. Y es tanto menos reparable por cuanto estas quinientas mil libras eran lo que llamamos el fondo del cajón.
La reina apoyó la cabeza entre sus manos.
—Será preciso tomar una determinación— dijo.
"¿Qué hará la reina?"— pensaba Juana.
—Ved, condesa, es un castigo terrible, que se me inflige por haber cometido a hurtadillas del rey una acción de poca importancia, de poca ambición y de mezquina coquetería. Como podéis comprender, no tenía ninguna necesidad de este collar.
—Es verdad, señora, pero si una reina no tuviese en cuenta más que sus necesidades y no sus gustos...

—Debo cuidar, ante todo, mi tranquilidad, la felicidad de mi casa. No faltaba sino este primer fracaso para demostrarme a cuántos disgustos iba a exponerme y cuántas desgracias me esperaban en el camino emprendido y al que renuncio. Obremos franca y libremente, con toda sencillez.
—¡Señora!
—Y para empezar, sacrifiquemos nuestra vanidad en el altar del deber, como diría el señor Dorat.
Y suspirando, murmuró:
—¡No obstante el collar era muy hermoso!
—Lo es todavía, señora, y siempre es dinero.
—Desde este momento no es más que un montón de piedras para mí. Se debe hacer con ellas lo mismo que hacen los niños cuando han jugado con las piedras: tirarlas y olvidarlas.
—¿Qué quiere decir Vuestra Majestad?
—La reina quiere decir, querida condesa, que vais a tomar de nuevo el estuche que me trajo... el señor de Rohan..., para devolverlo a los joyeros Boehmer y Bossange.
—¿Devolvérselo?
—Exactamente.
—Pero Vuestra Majestad ha entregado doscientas cincuenta mil libras como seña.
—Gano todavía doscientas cincuenta mil libras, condesa; en esto estoy de acuerdo con las cuentas del rey.
—¡Señora! ¡Señora!— exclamó la condesa—, ¡perder así un cuarto de millón! Porque puede ocurrir que los joyeros se hallen con dificultades para devolver unos fondos de los que seguramente ya habrán dispuesto.
—Cuento con esto y les abandono el importe de la seña, a condición de que se rompa el contrato. Desde que veo esta posibilidad, condesa, me siento más tranquila. Con el collar han llegado hasta aquí las preocupaciones, las penas, los temores, las sospechas. Jamás estos diamantes tendrían destellos suficientes para poder secar las nubes de lágrimas que siento flotar sobre mí. Condesa, llevaos este estuche en seguida. Los joyeros hacen con esto un lindo negocio. Doscientas cincuenta mil libras de gratificación, es un buen beneficio que obtienen de mí, y, además, continúan poseyendo el collar. Espero que no se lamentarán de esto y que nadie sabrá nada. El cardenal no ha obrado sino para complacerme. Le diréis que mi gusto es no volver a ver este collar. Si es hombre de talento me comprenderá, y si es buen sacerdote, aprobará mi conducta y robustecerá mi sacrificio.
Y diciendo estas palabras la reina tendía el estuche cerrado a Juana. Esta lo rechazó suavemente.
—Señora— dijo—, ¿por qué no tratar de obtener un plazo?
—¿Pedir?... ¡No!
—He dicho obtener, señora.
—Pedirlo es humillarse, condesa; obtenerlo es ser humillada. Concebiría que uno se humillase por una persona amada, para salvar a una criatura viviente, aunque fuese un perro; pero por tener el derecho de guardar unos diamantes que brillan como carbones encendidos, sin ser más luminosos ni más duraderos, ¡oh!, condesa, éste es un consejo que nadie podrá nunca decidirme a seguir. ¡Jamás! Llevaos el estuche, querida, lleváoslo.
—Pero pensad, señora, en el alboroto que armarán estos joyeros, al menos por cortesía y para compadeceros. Vuestra negativa será tan comprometedora como vuestra conformidad. Todo el mundo sabrá que habéis tenido los diamantes en vuestro poder.

—Nadie sabrá nada. Yo no debo nada a estos joyeros; no los recibiré. Bien vale la pena que se callen por mis doscientas cincuenta mil libras. Y mis enemigos, en lugar de decir que compro diamantes por valor de un millón y medio, dirán que pierdo mi dinero en el comercio. Es menos desagradable. Llevaos el collar, condesa, lleváoslo, y agradeced al señor de Rohan su galantería y su buena voluntad.
Y con un gesto imperioso la reina entregó el estuche a Juana, que no sin una cierta emoción sintió el peso de él entre sus manos.
—No tenéis tiempo que perder— prosiguió la reina—; cuanto menos inquietudes sientan los joyeros, más seguros estaremos de que guardarán el secreto. Llegad a vuestra casa en primer término, para evitar las sospechas de la policía por una visita hecha a estas horas a casa de Boehmer, porque la policía se ocupa realmente de cuanto yo hago. Cuando vuestro regreso haya despistado a los agentes, volved a casa de los joyeros y traedme un recibo firmado por ellos.
—Sí, señora, así se hará, puesto que lo deseáis— aseguró la condesa. Y estrechó el estuche bajo su manto, teniendo cuidado de que no revelase el bulto de la caja. Poco después subió en la carroza con todo el celo que reclamaba la augusta cómplice de su acción.
En primer lugar, para obedecer las órdenes recibidas, se hizo llevar hasta su casa y envió la carroza a la residencia del señor de Rohan, a fin de que el cochero que la condujo no averiguase nada del secreto. En seguida hízose desnudar por su doncella, para ponerse un vestido menos elegante y más adecuado a esta salida nocturna.
La camarera vistióla rápidamente y observó que se mostraba pensativa y distraída durante esta operación, a la que, ordinariamente, le dedicaba la atención propia de una dama de la corte. Juana, realmente, no reparaba en su tocado y dejaba hacer, toda vez que su pensamiento estaba concentrado en una idea extraña, inspirada por la ocasión.
Se preguntaba si el cardenal no cometía una grave falta dejando que la reina devolviese la joya, y si esta falta no redundaría en perjuicio de la fortuna con la que el señor de Rohan soñaba y podía esperar, participando de los pequeños secretos de la reina.
¿Obrar según las órdenes de María Antonieta sin consultar con el señor de Rohan, no era faltar a los más elementales deberes de la asociación? ¿Aunque estuviese sin recursos, no preferiría el cardenal venderse él mismo antes que dejar a la reina sin un objeto que había codiciado?
"No puedo hacer otra cosa que consultar al cardenal —se dijo Juana—, Un millón cuatrocientas mil libras —añadió para sí—. ¡Jamás tendrá él un millón cuatrocientas mil libras!"
Después, de pronto, volviéndose hacia su camarera, le dijo:
—Salid, Rosa.
La joven obedeció, y la señora de La Motte continuó su monólogo mental: "¡Qué cifra! ¡Qué fortuna! ¡Qué vida radiante y de qué manera esta pequeña serpiente de pedrería que reluce en esta cajita puede procurar la felicidad y el lujo!"
Abrió el estuche y quedó deslumbrada por los vivos destellos que despedía. Sacó el collar del satén, le dio vueltas entre los dedos, y lo estrechó entre sus pequeñas manos al tiempo que decía para sí:
"Son un millón cuatrocientas mil libras que están aquí encerradas; porque este collar las vale y los joyeros, aun hoy, pagarían este precio.
"Extraño destino, que permite a la pequeña Juana de Valois, desconocida y mendiga, tocar la mano de la primera reina del mundo y tener también entre sus manos, aunque sólo por una hora, un millón cuatrocientas mil libras, una cantidad que no va nunca sola por este mundo, sino escoltada siempre por guardias armados o por garantías que en Francia no pueden ser menores que las que suele ofrecer un cardenal o una reina.

"¡Y todo esto en mis dedos!... ¡Cuánto pesa y qué ligero es al mismo tiempo!
"Para llevar en oro, precioso metal, el equivalente de este collar tendría necesidad de dos caballos; para llevarlo en billetes de banco..., ¿y los billetes son pagados siempre? No, es necesario firmar, fiscalizar. Y además un billete es un papel; el aire, el fuego, el agua, lo destruyen. Un billete de banco no tiene curso en todos los países; revela su origen, descubre su procedencia y el nombre de su portador. Un billete, después de cierto tiempo, pierde una parte de su valor o todo él. Los diamantes, por el contrario, son la dura materia que lo resiste todo y que todos conocen, aprecian, admiran y compran, ya sea en Londres, Berlín, Madrid e inclusive en el propio Brasil. Cualquiera se da cuenta de lo que significa un diamante, y sobre todo de la talla y de la pureza de los que aquí se encuentran. ¡Qué hermosos son! ¡Qué admirables! ¡Qué conjunto y qué detalle! Cada uno, por sí solo, vale más, relativamente, que el conjunto de ellos.
"¿Pero qué estoy pensando?— díjose de pronto—. Tomemos en seguida una decisión, ya sea encontrar al cardenal, ya devolver el collar a Boehmer, como me ha encargado la reina".
Se levantó sin soltar de sus manos los diamantes, de tibio contacto, que resplandecían, y continuó reflexionando:
"Van a volver de nuevo a casa del frío joyero, que los pesará y limpiará el polvo. Ellos, que podían brillar en el pecho de María Antonieta... Boehmer gritará de pronto, después se tranquilizará, al pensar en el beneficio y en que conserva la mercancía. ¡Ah! Me olvidaba... ¿En qué forma debo hacer redactar el recibo del joyero? Es muy importante. Debe emplearse mucha diplomacia en esta redacción. Es necesario que el escrito no comprometa ni a Boehmer, ni a la reina, ni al cardenal, ni a mí...
"Es imposible que pueda redactar yo un documento parecido. Tengo necesidad de consejo.
"El cardenal... ¡Oh!, no. Si el cardenal me quisiese más o fuese más rico para regalarme los diamantes..."
Se sentó en su sofá, con el collar enrollado alrededor de su mano, la frente ardorosa, llena la mente de confusos pensamientos que algunas veces la espantaban, y que rechazaba con energía febril.
De repente su mirada se tranquilizó, se hizo más fija, quedó como detenida sobre un pensamiento determinado; no se dio cuenta de que los minutos pasaban, que todo denotaba en ella un aplomo inconmovible; que semejante a los nadadores que han hecho pie sobre el légamo de los ríos, cada movimiento que hacía para librarse la llevaba más hacia adentro. Una hora transcurrió en esta silenciosa y profunda contemplación de un plan misterioso.
Después se levantó lentamente, pálida como una sacerdotisa inspirada, y llamó a su camarera.
Eran las dos de la mañana.
—Buscadme un coche de alquiler— dijo—, o una silla de manos si no hay ninguno.
La sirvienta halló uno en la vieja calle del Temple.
La señora de La Motte subió sola y despidió a la camarera.
Diez minutos después deteníase ante la casa del panfletista Reteau de Villette.

CAPITULO LXI
EL RECIBO DE BOEHMER Y EL RECONOCIMIENTO DE LA REINA

El resultado de esta visita nocturna hecha al panfletista Reteau de Villette apareció al día siguiente, y he aquí de qué manera:

A las siete de la mañana, la señora de La Motte hizo llegar a la reina una carta, que contenía el recibo de los joyeros. Este importante documento estaba concebido en los siguientes términos:
"Los suscritos, reconocemos habernos hecho cargo nuevamente del collar de diamantes vendido al principio a la reina, en la suma de un millón seiscientas mil libras. No habiendo agradado los diamantes a Su Majestad, nos ha indemnizado, por la renuncia, con la cantidad de doscientas cincuenta mil libras que nos había entregado. Firmado: Boehmer y Bossange".
La reina, tranquila ya sobre el asunto que la había atormentado durante tanto tiempo, guardó el recibo en su velador y no pensó más en ello.
Pero en abierta oposición con este documento, los joyeros Boehmer y Bossange recibieron dos días después la visita del cardenal de Rohan, que conservaba algunas inquietudes acerca del pago del primer plazo convenido entre los vendedores y la reina.
El señor de Rohan halló a Boehmer en su casa del muelle de la Ecole. Esa mañana, vencimiento del primer plazo, si había retraso o negativa, debía haberse producido la alarma en el campo de los joyeros.
Pero, por el contrario, en la casa de Boehmer se respiraba calma y el señor de Rohan tuvo la dicha de notar una cara agradable en los criados y el lomo robusto y la cola agitada en el perro del alojamiento. Boehmer recibió a su ilustre cliente con actitud satisfecha.
—Hoy vencía el primer plazo del pago— dijo—. ¿Ha pagado la reina?
—No, monseñor— respondió Boehmer—. Su Majestad no ha podido entregar ningún dinero. Ya sabéis que el rey negó el crédito al señor de Calonne. Todo el mundo habla de esto.
—Sí, todos hablan, Boehmer, y precisamente esta negativa es lo que me trae aquí.
—Pero Su Majestad es una persona excelente y demuestra muy buena voluntad. No habiendo podido pagar ha garantizado la deuda, y nosotros no pedimos más.
—¡Ah! Tanto mejor— exclamó el cardenal—. ¿Ha garantizado la deuda, decís? Está muy bien. Pero, ¿en qué forma?
—En la más sencilla y delicada— contestó el joyero—, en una forma principesca.
—¿Por intervención de esa espiritual condesa, tal vez?
—No, monseñor, no. La condesa de La Motte no ha venido siquiera y esto nos halaga mucho, tanto a Bossange como a mí.
—¡No ha venido! ¿No ha venido la condesa?... Tened la seguridad, sin embargo, de que ella interviene en esto, Boehmer. Toda inspiración buena debe emanar de la condesa. Esto sin quitar nada a Su Majestad, como comprenderéis.
—Monseñor va a juzgar si Su Majestad se ha portado con nosotros de una manera delicada. Se había difundido el rumor de que el rey había negado su conformidad para el crédito de quinientas mil libras; y nosotros escribimos a la señora de La Motte.
—¿Cuándo?
—Ayer, monseñor.
—¿Que os respondió?
—¿No sabe nada Vuestra Eminencia?— preguntó Boehmer con un imperceptible matiz de respetuosa familiaridad.
—No; hace ya tres días que no tengo el honor de ver a la señora condesa— repuso el príncipe, con acento en el que se traslucía su condición de tal.
—Pues bien, monseñor, la señora de La Motte nos contestó una sola palabra: Esperad.
—¿Por escrito?
—No, monseñor, de viva voz. En nuestra carta rogábamos a la señora de La Motte que nos pidiese una audiencia para avisar a la reina que el pago se acercaba.

—La palabra esperad era muy natural— comentó el cardenal.
—Esperamos, monseñor, y ayer recibimos de la reina una carta por medio de un correo misterioso.
—¿Una carta? ¿Para vos, Boehmer?
—O mejor dicho, un reconocimiento de deuda en debida forma, monseñor.
—¡Veamos!— dijo el cardenal.
—¡Oh! Os la enseñaría si mi asociado y yo no hubiésemos jurado no enseñársela a nadie.
—¿Y por qué?
—Porque esta reserva nos ha sido impuesta por la propia reina, monseñor. Juzgad vos mismo; Su Majestad nos recomienda el secreto...
—¡Ah! Eso es distinto; vosotros los joyeros tenéis la felicidad de poseer cartas de una reina.
—Por un millón trescientas cincuenta mil libras— dijo el joyero bromeando— se pueden poseer...
—Ni diez ni cien millones pagan determinadas cosas, caballero—, respondió severamente el prelado—. En fin, ¿tenéis una garantía completa?
—Ciertamente, monseñor.
—¿La reina reconoce la deuda?
—Bien y debidamente.
—¿Y se compromete a pagar?...
—Dentro de tres meses quinientas mil libras, y el resto en el semestre.
—¿Y... los intereses?
—Una palabra de Su Majestad los garantiza, monseñor. Nos dice gentilmente: Tratemos este asunto entre nosotros, "entre nosotros". Vuestra Excelencia comprenderá bien la importancia de esta recomendación. Después agrega: No tendréis por qué arrepentiros. Y firma. Desde este momento, monseñor, tanto para mi asociado como para mí, es una cuestión de honor.
—Estamos, pues, en paz, señor Boehmer. Hasta que tengamos ocasión de tratar otro negocio.
—Cuando Vuestra Eminencia guste honrarnos con su confianza.
—Pero notad en esto la mano de esa amable condesa...
—Quedamos muy agradecidos a la señora de La Motte, monseñor, y tanto Bossange como yo estamos de acuerdo en hacerle patente nuestra gratitud cuando hayamos percibido el importe del collar en efectivo.
—¡Chist!— dijo el cardenal—. No me habéis comprendido.
Y volvió de nuevo a la carroza, seguido respetuosamente por toda la casa.
Podemos ahora levantar la máscara. Para nadie ha quedado el velo sobre la estatua. Lo que ha fraguado Juana de La Motte contra su protectora todos lo han comprendido al ver que requería el auxilio del panfletista Reteau de Villette. Los joyeros no abrigan inquietud alguna, la reina ningún temor, y el cardenal está sin la menor duda. Tres meses han sido fijados para la perpetración del robo y del crimen; durante estos tres meses el fruto siniestro habrá madurado lo suficiente para que la mano perversa lo pueda recoger.
Juana volvió a casa del señor de Rohan, que le preguntó cómo se las había arreglado la reina para acallar en aquella forma las exigencias de los joyeros.
La señora de La Motte contestó que la reina había hecho una confidencia a los joyeros; que les había recomendado el secreto; que si una reina que paga tiene que ocultarse, con tanta más razón lo hará cuando tiene que solicitar crédito.

El cardenal convino en que tenía razón y al propio tiempo le preguntó si recordaba aún sus buenas intenciones.
Juana le hizo un retrato tal del agradecimiento de la reina, que el señor de Rohan quedó entusiasmado, más como caballero que como súbdito, más en su orgullo que en su devoción.
Juana, dando término a la conversación, había resuelto entrar de nuevo tranquilamente en su casa, ponerse de acuerdo con un comerciante en pedrerías, venderle cien mil escudos de diamantes y alcanzar Inglaterra o Rusia, países libres en los que podría vivir ricamente con esta cantidad durante cinco o seis años sin ser objeto de la menor molestia, después de lo cual empezaría a vender ventajosamente y por separado el resto de los diamantes.
Pero las cosas no sucedieron de acuerdo a sus deseos. A los primeros diamantes que hizo ver a dos expertos, la sorpresa de los Argos y sus reservas espantaron a la vendedora. Uno le ofrecía cantidades despreciables y el otro se extasiaba ante las piedras, diciéndole que no las había visto semejantes sino en el collar de Boehmer.
Juana no prosiguió. Un paso más y se haría traición. Comprendió que la imprudencia en tal caso era la ruina, y ésta suponía la picota y la prisión perpetua. Ocultando los diamantes en el más ignorado de los escondrijos, resolvió proveerse de armas defensivas tan sólidas, y armas ofensivas tan aceradas que, en caso de guerra, sus enemigos quedasen vencidos de antemano, es decir, antes de ir al combate.
Eludir las preguntas del cardenal, que en toda ocasión trataría de saber de la reina, y las indiscreciones de ésta, que se jactaría siempre de haber rehusado la adquisición del collar, era tarea difícil. Bastaría una palabra cambiada entre la reina y el cardenal para que todo quedase descubierto.
Juana se tranquilizó al pensar que el cardenal estaba enamorado de la reina y que, como todos los enamorados, que tienen una venda sobre los ojos, caería en las trampas que le tendiese la astucia bajo la apariencia de amor.
Pero esta trampa tenía que estar preparada en forma tal que atrapase a los dos interesados. Era necesario que, si la reina descubría el robo, no se atreviese a quejarse, y si el cardenal se daba cuenta de la superchería, tuviese la sensación de hallarse perdido. Era un golpe maestro a ejecutar contra dos adversarios que tenían de antemano en su favor todo el apoyo de la opinión pública.
Juana no retrocedió. Era un temperamento intrépido, que llevaba el mal hasta el heroísmo y el bien hasta el mal. En aquel instante sólo un pensamiento la preocupaba: el de impedir una entrevista entre la reina y el cardenal.
En tanto que ella pudiese interponerse entre ambos, no había nada perdido; si a sus espaldas hablaban, el porvenir de la condesa tornaríase incierto.
"No se verán más— sé dijo—. ¡Jamás! No obstante— se objetaba a sí misma—, el cardenal pretenderá ver a la reina y lo intentará... No esperemos a que suceda. Tratemos de influir en su pensamiento. Hagamos que desee verla, que se lo pida y que se comprometa al pedírselo.
"Sí, pero, ¿y si sólo se compromete él?"
Este pensamiento la sumía en una perplejidad dolorosa.
Si solo él quedaba comprometido, la reina tendría recursos, porque las reinas hablan en voz muy alta. Y sabía arrancar tan bien María Antonieta las máscaras a los pícaros...
¿Qué hacer? Para que la reina no acusara, era necesario que no pudiese abrir la boca. Para cerrar esta noble y valiente boca había que oprimir los resortes tomando la iniciativa de una acusación.
No se acusa ante un tribunal a un criado de haber robado, cuando éste puede demostrar la comisión de un delito tan deshonroso como el robo. Que el señor de Rohan estuviera

comprometido ante la reina, y es casi seguro que la reina quedaría comprometida ante el señor de Rohan.
Pero que la casualidad no fuera a aproximar a los interesados para poder descubrir el secreto.
Juana retrocedió al principio ante la inmensidad del peligro que la amenazaba.
"¡Vivir así, jadeante, espantada, ante la amenaza de una cara parecida! ¡Horrible situación! Mas ¿cómo liberarme de ella? ¿Mediante la huída? ¿Por el destierro, escapándome a un país extranjero con los diamantes del collar de la reina? ¡Huir! ¡Cosa cómoda! Un buen carruaje se logra en diez horas, el tiempo de uno de los sueños de María Antonieta; el intervalo que media entre una cena del cardenal con sus amigos y el levantarse del día siguiente. Que la carretera aparezca ante mí y que pueda ofrecer el camino interminable a los ardientes cascos de los caballos, he aquí lo que basta. Pronto estaría libre, sana y salva. Pero, ¡qué escándalo! ¡Qué vergüenza! Libre, pero desaparecida; en seguridad, pero proscrita. No seré ya una gran dama, sino una simple ladrona, una contumaz a la que no espera la justicia, pero que es señalada, vituperada; una delincuente a la que no marca el hierro del verdugo, porque está demasiado lejos, pero que la opinión devora y tritura".
No. Juana no huyó. El colmo de la audacia y la habilidad son como las dos cúspides del Atlas, que se parecen a dos gemelos. Uno dirige al otro y vale lo que el otro. Cuando se ve a uno, sé ve también al otro.
Juana decidió ser audaz y quedarse. Y resolvió esto, especialmente cuando entrevió la posibilidad de crear entre la reina y el cardenal una sensación común de terror, para el día en que el uno o el otro se diesen cuenta de que se había cometido un robo en el círculo de su intimidad.
Se había preguntado la infernal mujer cuánto podría proporcionarle el favor de la reina y el amor del cardenal durante dos años, calculando la renta de esta doble fortuna en quinientas o seiscientas mil libras, después de las cuales el hastío, la desgracia, el abandono serían la expiación del favor, la boga y el capricho.
"Con mi plan, gano de setecientas a ochocientas mil libras"— se dijo la condesa.
Vamos a ver cómo esta alma tortuosa penetraba por el camino que debía conducirla a la vergüenza a ella, y a los demás a la desesperación. "Quedarme en París— resumió la condesa—, sostenerme firmemente asistiendo al juego de los dos actores; dejarles sólo representar el papel que convenga a mis intereses, escoger entre los momentos favorables el más propicio para la huida y conseguir que ésta sea con motivo de una comisión encargada por la reina, que aparezca como una desgracia surgida al vuelo. Impedir al cardenal que se comunique con María Antonieta".
Esta era precisamente la dificultad, puesto que el señor de Rohan estaba enamorado y tenía el derecho a entrar en la residencia de la reina muchas veces durante el año, y la reina, coqueta, ávida de homenajes, agradecida por otra parte al cardenal, no se apartaría si trataban de verla.
"Los acontecimientos proporcionarían el medio de separar a estos dos personajes. Yo ayudaré a los acontecimientos", pensó Juana.
"Para ello, nada tan adecuado y diestro como excitar en la reina el orgullo que corona la castidad. Que una mujer tan fina y susceptible como la reina se sienta herida por la insinuación más leve del cardenal. Los temperamentos como los de la reina gustan de los homenajes, pero temen y, rechazan los ataques.
"Sí, el medio es infalible. Al aconsejar al señor de Rohan que se declare abiertamente, se producirá en el espíritu de María Antonieta la reacción de disgusto, de antipatía, que alejará, no al príncipe de la princesa, sino al hombre de la mujer. Por este medio, se desarmará al cardenal, cuyas maniobras quedarán paralizadas el día que comiencen las

hostilidades. Conforme. Pero si se hace al cardenal antipático a la reina, no se consigue el efecto perseguido más que con respecto a él, pues se deja brillar la virtud de la reina, es decir, se favorece a esta princesa y se le facilita la libertad de lenguaje que permite lanzar una acusación y apoyar sobre la misma todo el peso de su autoridad.
"Lo que hace falta es una prueba contra el señor de Rohan y contra la reina; una especie de espada de doble filo que hiera a derecha e izquierda, que hiera al salir de la vaina e inclusive que corte la propia vaina.
"Lo necesario es una acusación que haga palidecer a la reina, y sonrojar al cardenal dejándome limpia de toda sospecha a mí, que soy confidente de los dos principales culpables. Lo que hace falta es una combinación tras la cual, resguardada en el momento y tiempo oportuno, yo pueda decir: "Si me acusáis acuso, si me perdéis, os pierdo. Dejadme a mí la fortuna, que yo os dejaré el honor".
"Vale la pena buscar esto— se dijo la pérfida condesa—, y lo haré. A partir de hoy tengo el tiempo bien pagado".
En efecto, la señora de La Motte hundióse en los hermosos almohadones, se acercó a la ventana, iluminada por el brillante sol, y en presencia de Dios y ante su magnífica antorcha, comenzó a discurrir.

CAPÍTULO LXII
LA PRISIONERA

Mientras la condesa vivía tan agitada y durante su ensimismamiento, otra escena de diferente orden desarrollábase en la calle de Saint-Claude, frente a la casa habitada por Juana.
El señor de Cagliostro, como se recordará, había alojado en el antiguo palacio de Bálsamo a la fugitiva Olive, perseguida por la policía del señor de Crosne.
La joven, muy inquieta, había aceptado con alegría la ocasión de poder huir al mismo tiempo de la policía y de Beausire; vivía, pues, retraída, oculta, temblorosa, en esta vivienda misteriosa que había abrigado dramas tan horribles, mucho más horribles que la aventura tragicómica de la señorita Nicolasa Legay.
Cagliostro la había colmado de cuidados y obsequios; le parecía algo muy dulce a la joven ser protegida por este gran señor que nada pedía, aunque parecía esperar mucho. Pero ¿qué era lo que esperaba? He aquí lo que se preguntaba inútilmente la reclusa.
Para la señorita Olive, el señor de Cagliostro, el hombre que había vencido a Beausire y triunfado de los agentes de policía, era un dios salvador y un amante muy delicado, puesto que la respetaba.
Porque el amor propio de Olive no le permitía creer otra cosa sino que Cagliostro pensaba hacerla algún día su querida.
Es una virtud, para las mujeres que no la poseen, pensar que se las pueda amar respetuosamente. Su corazón está tan marchito, tan seco, tan insensible, que prescinde ya del amor y del respeto que éste engendra.
Olive se puso, pues, a levantar castillos en el aire desde el fondo de su casa de la calle de Saint-Claude, castillos quiméricos en los que el pobre Beausire, necesario es confesarlo, hallaba raramente algún lugar.
Cuando a la mañana, ataviada con todos los adornos de que Cagliostro había provisto su tocador, se hacía la gran dama y repasaba todos los matices del papel de Celimena, no vivía más que pendiente de la hora en que, dos veces a la semana, su protector venía a informarse si soportaba fácilmente la vida.
Entonces, en el hermoso salón, en medio de un lujo real e inteligente, la joven, enervada, se confesaba a sí misma que todo en su pasado había sido decepción, error,

que contra lo que sostenía el moralista: "la virtud produce la felicidad", era la felicidad lo que conducía indefectiblemente a la virtud.
Por desgracia faltaba en esta felicidad un elemento indispensable para que realmente durase. Olive era feliz, pero se aburría.
Libros, cuadros, instrumentos de música, no podían distraerla suficientemente. Los libros no eran lo bastante libres, o los que lo eran habían sido leídos muy aprisa. Los cuadros siempre son la misma cosa cuando se les ha mirado una vez— es Olive quien juzga— y los instrumentos de música no tienen más que un ruido y nunca una armonía para la mano inexperta que acude a ellos.
Es preciso confesar que Olive no tardó en aburrirse soberanamente de su felicidad, y a menudo añoraba, con los ojos inundados de lágrimas, sus agradables mañanas pasadas en la ventana de la calle de la Delfina, cuando sugestionándolos con sus miradas, hacía levantar la cabeza a todos los transeúntes.
Y aquellos alegres paseos por el barrio de Saint-Germain, cuando sus coquetones zapatos, que dejaban ver un pie de perfil voluptuoso, proporcionaban a la linda doncella un triunfo en cada paso y arrancaban exclamaciones, a los paseantes cuando un vientecillo indiscreto, levantando ligeramente su vestido, hacía entrever las bien torneadas piernas.
Esto era lo que Nicolasa pensaba mientras estaba encerrada. Bien es verdad que los agentes del señor de Crosne eran temibles; que el hospital, en el que las mujeres se agostaban en una cautividad sórdida no podía compararse al encierro efímero y espléndido de la calle de Saint-Claude. ¿Pero de qué le serviría ser mujer y tener el derecho a los caprichos, si algunas veces no pudiese sublevarse contra el bien para trocarlo por el mal, aunque sólo fuese en sueños?
Y además, todo se le oscurece pronto a quien se aburre. Nicolasa comenzó a echar de menos a Beausire, después de añorar la libertad. Confesamos que nada ha cambiado en el mundo de las mujeres, desde el tiempo en que las hijas de Judea, la víspera de su casamiento de amor, iban a una montaña a llorar la pérdida de su virginidad.
Hemos llegado a un día de duelo y de exasperación para Olive, que privada de toda compañía, de toda visita, desde hacía dos semanas, entraba en el más triste período del mal del hastío.
Habiéndolo agotado todo, y no atreviéndose a salir ni asomarse a las ventanas, empezaba a perder su apetito, aunque no su imaginación, que aumentaba a medida que aquél iba disminuyendo. Fue en este momento de agitación moral cuando recibió la inesperada visita de Cagliostro.
Como siempre, entró éste por la puerta baja del palacio y llegó, a través del pequeño jardín recién trazado en los patios, a golpear en la puerta de la habitación ocupada por Olive.
Cuatro golpes, dados a intervalos, eran la señal fijada de antemano para que la joven abriese la cerradura que había creído conveniente pedir, como medida de seguridad entre ella y algún visitante provisto de llaves.
Olive no creía que las precauciones resultasen inútiles para conservar una virtud que, en ciertas ocasiones, le resultaba ya pesada.
Al oír la señal dada por Cagliostro, abrió con una rapidez que demostraba claramente lo ansiosa que se hallaba de tener una conversación.
Lista como una modistilla parisiense, adelantóse al noble carcelero para recibirle, y con voz irritada, ronca, entrecortada, exclamó:
—Caballero, tenéis que saber que me aburro de verdad.
Cagliostro la miró, al tiempo que movía ligeramente la cabeza.
—¿Os aburrís?— dijo cerrando la puerta—. ¡Ay, hija mía, es una lástima!

—Me disgusta estar aquí. Me muero de hastío.
—¿De veras?
—Sí, y se me ocurren tan malos pensamientos...
—¡Bah! ¡Bah!— dijo el conde, calmándola como hubiera hecho con un perro de caza—, si no os encontráis bien en mi casa, es que no me queréis bien. Guardad todo vuestro enojo para el jefe de policía, que es vuestro enemigo.
—Me exasperáis con vuestra sangre fría, caballero— gritó Olive—. Prefiero la cólera a esta dulzura; halláis el medio de calmarme y esto me pone loca de rabia.
—Confesad, señorita, que sois injusta— respondió Cagliostro sentándose lejos de ella, con la afectación de respeto y de indiferencia que tanto éxito le proporcionaba con Olive.
—Os parece muy cómodo hablar así— dijo ella—; vos vais y venís, respiráis; vuestra vida está formada por una cantidad de placeres que escogéis. En cambio, yo lo paso vegetando en el espacio que me habéis limitado; yo no respiro, tiemblo. Yo os advierto que vuestra ayuda me es inútil si no me impide morir.
—¡Morir vos!— repitió sonriendo el conde—. ¡Vamos!
—Os aseguro que os portáis muy mal conmigo; olvidáis que amo profundamente, apasionadamente...
—¿Al señor Beausire?
—Sí, a Beausire. Os aseguro que le quiero. Creo que no os lo he ocultado nunca. ¿Habéis llegado a figuraros que me olvidaría de mi querido Beausire?
—Tan poco lo he creído, señorita, que me he puesto en movimiento para saber noticias suyas y os las traigo.
—¡Ah!— exclamó Olive.
—El señor de Beausire— continuó diciendo Cagliostro— es un joven encantador.
—¡Pardiez!— dijo Olive, que no veía hacia dónde la quería llevar.
—Joven y buen mozo.
—¿No es cierto?
—Pletórico de imaginación.
—De fuego..., algo brutal para mí. Pero..., que sabe querer e imponerse.
—Tenéis un pico de oro, y tan buenos sentimientos como talento. Tanto talento, por último, como belleza. Yo, que sé esto y a quien todo amor interesa— es una manía—, he pensado en acercaros al señor de Beausire.
—No teníais hace un mes esas intenciones— dijo Olive con sonrisa forzada.
—Escuchadme, hija mía; todo caballero que ve a una linda personita, trata de complacerla, cuando es libre como yo. No obstante, habréis de confesar que si os he hecho la corte, ésta no ha durado mucho, ¿no es así?
—Es verdad— replicó Olive en el mismo tono—; cuando más un cuarto de hora.
—Era natural que yo desistiese al ver cómo queríais al señor de Beausire.
—¡Oh! ¡No os burléis de mí!
—¡No, palabra! Vos me habéis resistido muy bien.
—¡Oh! ¿No es verdad que sí?— exclamó Olive, encantada de haber sido sorprendida en pleno delito de resistencia.
—Era consecuencia de vuestro amor— dijo con flema Cagliostro.
—Pero en tal caso, el vuestro no era muy perseverante —respondió Olive.
—Yo no soy lo suficientemente viejo, ni lo bastante feo, ni pobre en tal grado como para soportar una negativa o los riesgos de una derrota, señorita. Vos hubierais preferido siempre al señor de Beausire; lo he comprendido y he tomado mi decisión.

—¡Oh, no!— dijo la coqueta—. No. Ésta famosa asociación que vos me propusisteis, como sabéis, el derecho de darme el brazo, de visitarme, de cortejarme honorablemente, ¿no era acaso una pequeña esperanza?
Y al decir estas palabras, la pérfida devoraba con sus ojos demasiado tiempo ociosos, al visitante, que había venido a caer en el lazo.
—Lo confieso— respondió Cagliostro—, sois de una penetración a la que nada resiste.
Y simuló bajar los ojos, como temiendo ser devorado por las llamas que surgían de las miradas de Olive.
—Volvamos a hablar de Beausire— dijo ella, molesta por la inmovilidad del conde—. ¿Qué hace? ¿dónde está ese querido amigo?
Entonces, Cagliostro, mirándola con cierta timidez todavía, continuó diciendo:
—Os decía que hubiese querido reuniros con él.
—No, no decíais esto— murmuró ella con desdén—; pero puesto que lo decís, lo tengo por dicho. Continuad. ¿Por qué no lo traíais? Esto hubiera sido lo caritativo. El es libre...
—Porque el señor de Beausire, que como vos, posee mucho talento, tiene también un asunto con la policía— dijo el señor de Cagliostro sin darse por enterado de aquella ironía.
—¿También?— exclamó Olive palideciendo, pues sentía esta vez el soplo de la verdad.
—También— repitió cortésmente Cagliostro.
—¿Qué ha hecho?...— balbuceó la pobre joven.
—Una encantadora travesura, una treta muy ingeniosa; yo llamo a esto una tunantería, pero las gentes taciturnas, el señor de Crosne, por ejemplo, que ya sabéis que es muy cerrado, lo llama un robo.
—¡Un robo!— exclamó Olive espantada—. ¡Dios mío!
—Un hermoso robo. Lo que demuestra que ese pobre Beausire se siente inclinado hacia las cosas lindas.
—Caballero..., caballero... ¿Está detenido?
—No, pero ha sido denunciado.
—¿Me aseguráis que no ha sido arrestado y que no corre riesgo alguno?
—Os aseguro que no ha sido arrestado, pero no os puedo dar mi palabra por lo que se refiere al segundo punto. Ya comprenderéis, querida mía, que cuando un hombre está denunciado, se le sigue, se le busca, al menos; y cuando ese hombre tiene el rostro y el aspecto tan conocido del señor de Beausire, si aparece por ahí, en seguida es alcanzado por los sabuesos de la policía. Pensad, pues, en la redada que haría el señor de Crosne. Os arrestaría a vos por medio de Beausire, y a Beausire por medio de vos.
—¡Oh! ¡Sí, sí, es necesario que se oculte! ¡Pobre muchacho! Yo también me esconderé. Mas hacedme salir de Francia, porque aquí encerrada, ahogada, no podría evitar el deseo de cometer algún día una imprudencia...
—¿A qué llamáis imprudencia, mi querida señorita?
—Pues a... mostrarme, a tomar un poco de aire.
—No exageréis, amiga mía; ya estáis pálida y acabaríais por perder vuestra hermosa salud. El señor de Beausire dejaría de amaros. No, tomad el aire que queráis y divertíos viendo pasar algunas personas.
—¡Vamos! Ya estáis despechado contra mí y también vais a abandonarme. ¿Os molesto tal vez?
—¿A mí? ¿Estáis loca? ¿Por qué habíais de molestarme?
—Porque..., un hombre tan respetable como vos, que se siente inclinado hacia una mujer, tiene el derecho de irritarse, inclusive de revolverse, si una loca como yo lo rechaza. ¡Oh! No me dejéis, ni me guardéis odio alguno, caballero...

Y la joven, tan asustada ahora como coqueta antes, fue a rodear con su brazo el cuello de Cagliostro.
—¡Pobre pequeña!— dijo él dándole un casto beso en la frente—; ¡qué miedo tiene! No guardéis de mí tan mala opinión, hija mía. Corríais un peligro y os he hecho un favor; abrigaba alguna intención respecto de vos y he desistido; a esto se reduce todo. No os tengo odio, como vos no tenéis que guardarme gratitud. Yo he obrado en favor mío, vos lo habéis hecho en beneficio propio. Estamos en paz.
—¡Oh! Caballejo, ¡cuánta bondad y qué generoso sois!
Y Olive lo enlazó ahora con los dos brazos.
Cagliostro, mirándola con su tranquilidad habitual, le dijo:
—Ya veis, Olive, ahora, aunque me ofrecierais vuestro amor, yo...
—¿Qué?— interrogó ella sonrojándose.
—Si me ofrecieseis vuestra adorable persona, yo rehusaría; hasta tal punto me gusta inspirar sentimientos verdaderos, puros y desprovistos de todo interés. Habíais pensado que obraba interesadamente y me estáis obligada. Creíais estar comprometida, pero me parecéis más agradecida que sensible, más asustada que enamorada; quedemos, pues, como estamos. Me ajusto así a vuestro deseo y considero todas vuestras reservas.
Olive dejó caer sus hermosos brazos y se alejó avergonzada, humillada por esa generosidad de Cagliostro, con la que no había contado.
—Así, pues, mi querida Olive— dijo el conde—, queda entendido que me consideraréis como un amigo, y pondréis toda la confianza en mí. Disponed de mi casa, mi bolsa, mi crédito y...
—Y podré decir— interrumpió Olive— que hay hombres en este mundo superiores a todos los que he conocido.
Pronunció estas palabras con un encanto y una dignidad que dejaron su huella en esta alma de bronce cuyo cuerpo se había llamado en otro tiempo Bálsamo.
"Toda mujer es buena— pensó— cuando se toca en ella la cuerda que corresponde al corazón". Después, acercándose a Nicolasa, le dijo:
—A partir de esta noche, habitaréis el último piso del palacio. Es un departamento compuesto de tres habitaciones situadas como un observatorio encima del bulevar y de la calle de Saint-Claude. Las ventanas dan sobre Ménilmontant y Belleville. Algunos vecinos podrán veros. Pero no temáis, porque son gentes apacibles, personas sin relaciones, que no sospecharán nada. Dejaos ver por ellos, pero sin exponeros y sobre todo sin mostraros a los transeúntes, porque la calle de Saint-Claude a veces es explorada por los agentes del señor de Crosne. Al menos así tendréis sol.
Olive palmoteo alegremente.
—¿Queréis que yo os acompañe?— interrogó Cagliostro.
—¿Esta noche?
—Esta noche; naturalmente. ¿Es que acaso os molesto?
Olive miró fijamente a Cagliostro. Una vaga esperanza penetró en su corazón, o, mejor dicho, en su cabeza vana y pervertida.
—Vamos— dijo ella.
El conde cogió una linterna de la antesala, abrió numerosas puertas y subiendo por una escalera llegó, seguido de Olive, al tercer piso, a las habitaciones que le había asignado. Ella halló el alojamiento amueblado, lleno de flores y habitable por completo.
—Casi podría decirse que me esperaban aquí— exclamó.
—No a vos, sino a mí, porque me gusta estar en este pabellón, en el que a menudo duermo.
Los ojos de Olive tomaron el color amarillento y fulgurante que irisa a veces las pupilas de los gatos.

Una palabra asomaba a sus labios; Cagliostro la detuvo diciéndole:
—Aquí nada os faltará; una doncella estará a vuestra disposición dentro de un cuarto de hora. Buenas noches, señorita.
Y desapareció después de haber hecho una gran reverencia que complementó con una graciosa sonrisa.
La pobre prisionera cayó abatida sobre el lecho, que estaba preparado en una elegante alcoba.
—No me explico nada de lo que me está ocurriendo— murmuró siguiendo con la mirada a aquel hombre realmente incomprensible para ella.

CAPITULO LXIII
EL OBSERVATORIO

Olive se metió en el lecho tan pronto se marchó la doncella que le había enviado Cagliostro.
Durmió poco, los pensamientos de toda clase que surgían de la conversación con el conde la hacían soñar despierta, proporcionándole una inquietud somnolienta. No se es muy feliz mucho tiempo cuando se dispone de demasiada riqueza y tranquilidad después de haber sido muy pobre y haber llevado una vida muy agitada.
Olive compadecía a Beausire y admiraba al conde, aunque no comprendía su modo de ser, pues no creía que fuese tímido ni lo consideraba insensible. Tenía mucho miedo de verse turbada por algún silfo durante el sueño y los más pequeños ruidos del entarimado le causaban la agitación propia de las heroínas de novela que duermen en la Torre del Norte. Al amanecer desaparecieron estos terrores, que no carecían de encanto...
Nosotros, que no tememos inspirar sospechas al señor de Beausire, podemos aventurar que Nicolasa no vio llegar el momento de la completa seguridad sin un resquicio de despecho coquetón. Matiz intraducible para todo pincel que no fuese el de Watteau y para toda pluma que no fuese la de Marivaux o Crébillon hijo.
Al llegar el día se permitió el placer de dormir, saboreando la voluptuosidad de recibir en su habitación, adornada de flores, los dorados rayos del sol naciente y de ver los pájaros corriendo sobre el alféizar de la ventana, donde sus alas rozaban con alboroto encantador las hojas de los rosales y las flores de los jazmines de España.
Era tarde, muy tarde, cuando se levantó, después de un sueño tranquilo que suavizó sus párpados. Arrullada por los ruidos de la calle y serenada por el reposo, sintióse bastante fuerte para enfrentar el movimiento y con demasiada vida para permanecer ociosa.
Recorrió entonces todos los rincones del nuevo departamento, en el que el incomprensible silfo, hasta tal punto era ignorante, no había sabido hallar una trampa para venir a deslizarse alrededor de la cama, moviendo sus alas. Y no obstante, los silfos, en aquel tiempo, gracias al conde de Gabalis, no habían perdido nada de su inocente reputación.
Olive adivinó las riquezas de su alojamiento en la sencillez de lo imprevisto. El ajuar de mujer había empezado siendo un mobiliario de hombre. Había allí cuanto puede hacer agradable la vida y sobre todo luz y aire sin limitaciones que convertirían los calabozos en jardines si en alguna ocasión el aire y la luz penetrasen en una prisión.
Hablar del gozo infantil con que Olive corrió a la azotea y se tendió en las baldosas, en medio de las flores y el césped, como una culebra que sale del nido, es cosa que haríamos gustosamente si no tuviéramos que pintar su asombro cada vez que un movimiento le descubre nuevas perspectivas.

Oculta al principio en la forma que hemos visto, con el fin de que no la observasen desde afuera, miró las puntas de los árboles del bulevar, las casas del barrio Popincourt y las chimeneas, brumoso océano cuyas desiguales olas se escalonaban a la derecha. Inundada de sol, con el oído atento al rodar de las escasas carrozas que transitaban por el bulevar, permaneció así durante dos horas, completamente feliz.
Desayunó con el chocolate que le sirvió la doncella y leyó un periódico antes de pensar en mirar a la calle.
Era un placer peligroso.
Los sabuesos del señor de Crosne, esos perros humanos que cazaban husmeando en el aire, podían verla. ¡Qué espantoso despertar después de tan dulce sueño!
Pero esa posición horizontal, por agradable que resultase, no podía durar. Nicolasa se incorporó sobre su codo.
Vio entonces los nogales de Ménilmontant, los grandes árboles del cementerio, los millares de casas de todos los colores que surgían por detrás de las colinas desde Charonne hasta el final de Chaumont, entre bosques de verdura, sobre el corte giboso de los acantilados, revestidos de brezos y cardos.
Aquí y allá, en los caminos (delgadas cintas ondulando en las gargantas de esas colinas), en los senderos de las viñas, en las blancas carreteras, se dibujaban pequeños seres vivientes, campesinos que pasaban al trote de sus asnos, muchachos inclinados sobre campos que estaban escardando, viñateros que exponían los racimos al sol. Esta rusticidad encantó a Nicolasa, que siempre añoraba la hermosa campiña de Taverney, desde que dejó el campo, por este París tan suspirado.
No obstante, acabó por cansarse de mirar el campo y como había adoptado una posición segura y cómoda entre las flores y podía mirar sin ser vista, bajó la mirada desde la montaña al valle, desde el horizonte lejano a la casa de enfrente.
Por doquier, es decir, en un espacio que podía abarcar tres casas, Olive encontró ventanas cerradas o poco agradables. Aquí tres pisos habitados por viejos rentistas, que colgaban sus jaulas en el exterior o daban de comer a sus gatos en el interior; allá, cuatro pisos en que el auvernés, el habitante de más categoría, estaba al alcance de la vista y los otros inquilinos, ausentes, en cualquier lugar de campo. En fin, algo a la derecha, en la tercera casa, cortinas de seda amarilla, flores y como mueble complementario de ese bienestar, un sillón cómodo que parecía esperar .cerca de la ventana a cualquier soñador o soñadora.
Olive creyó distinguir en esta habitación, cuya oscuridad hacía resaltar el sol, como una sombra ambulante que se movía con regularidad.
Acalló su impaciencia, se ocultó mejor de lo que había hecho hasta entonces y llamando a su camarera entabló con ella una conversación para variar los placeres de la soledad por los del diálogo con una criatura pensante, y sobre todo habladora.
Pero la doncella, rompiendo con la tradición, se mostró muy reservada. Explicó a su dueña dónde estaban Belleville, Charonne y el Pére Lachaise. Le dijo el nombre de las iglesias de Saint-Ambroise y Saint-Laurent. Le enseñó la curva del bulevar y cómo se inclinaba hacia la orilla derecha del Sena, pero cuando las preguntas se refirieron a los vecinos, la camarera no habló una palabra. Los conocía igual que su dueña.
Los secretos del departamento claroscuro, de cortinas de seda amarilla, no le fueron revelados a Olive.
Nada supo tampoco sobre el sillón ni la sombra ambulante.
Si Olive no había podido conocer a su vecina de antemano, le quedó al menos la esperanza de conocerla por sí misma. Despidió a la doncella, excesivamente discreta, para que no le sirviera de testigo en su exploración.

No se hizo esperar la ocasión. Los vecinos empezaban a abrir sus puertas, a hacer la siesta después de la comida y a vestirse para el paseo en la plaza Royal o por el Camino Verde.
Olive los iba contando. Eran seis, con acentuada diferencia entre ellos, como cuadraba a gentes que habían escogido la calle de Saint-Claude como lugar de residencia.
Olive pasó parte del día en contemplar sus gestos y en estudiar sus costumbres. Examinó a todos, excepto a esa sombra agitada que, sin mostrar su rostro, había venido a hundirse en el sillón cercano a la ventana y estaba absorta e inmóvil en sus pensamientos.
Era una mujer. Había abandonado su cabeza a su peinadora, que, durante una hora y media, estuvo edificando sobre su cráneo y sus sienes uno de esos edificios babilónicos en los que entraban los minerales y los vegetales y hubieran formado parte también los animales si Leonard hubiese intervenido y si se hubiera hallado una mujer que consintiese en hacer de su cabeza un Arca de Noé con sus habitantes.
Una vez peinada y empolvada, con sus blancas puntillas, la mujer se volvió a sentar en el sillón. Veíase su cuello sostenido con almohadones lo bastante duros como para que éste sostuviese el equilibrio del cuerpo entero y permitiese mantener intacto el monumento formado con los cabellos, sin preocuparte por los temblores de tierra que podían conmover su base.
Aquella mujer inmóvil parecía uno de esos dioses indios quietos en anchos sitiales, con la mirada fija como su pensamiento, moviéndose sólo dentro de la órbita, según las necesidades del cuerpo o los caprichos del espíritu.
Olive notó que la dama así peinada era muy linda. Que su pie, apoyado en el borde de la ventana, era delicado y agradable. Admiró el contorno de su brazo y el de la garganta, que aparecía entre la bata y el corsé.
Pero lo que la impresionó más fue la abstracción de su pensamiento, siempre concentrado en un, fin invisible y vago, y tan imperioso, que condenaba todo el cuerpo a la inmovilidad y lo aniquilaba por la acción de su voluntad.
La mujer, a quien nosotros conocemos, pero no así Olive, no podía sospechar que era vista. Delante de sus ventanas, jamás se había abierto otra ventana. El palacio del señor Cagliostro, a pesar de las flores que hallara Nicolasa, de los pájaros que viera volar, nunca había mostrado sus secretos a nadie y descontando los pintores que lo decoraran, ningún ser viviente se había mostrado en las ventanas.
Para explicar este fenómeno que contradecía el supuesto uso de la habitación por parte de Cagliostro en el pabellón, bastará una palabra. El conde había hecho preparar la estancia durante la noche para Olive como si hubiera sido dispuesta para él. Y hasta tal punto sus órdenes habían sido fielmente ejecutadas que habría podido decirse que superaban sus propias previsiones.
La dama del hermoso peinado permanecía ensimismada en sus meditaciones; Olive creyó que tal actitud nacía de algún desengaño amoroso. Le inspiraba simpatía por su belleza, por la soledad, por la edad, por el aburrimiento común... ¡Cuántos lazos para acercar a aquellas dos almas que tal vez se buscaban, gracias a las combinaciones misteriosas, irresistibles e intraducibles del destino!
Desde que hubo visto a la solitaria soñadora, Olive no pudo apartar su mirada de ella. Había un fondo de pureza en esa atracción de una mujer hacia otra mujer. Esas delicadezas son más comunes de lo que ordinariamente se cree entre esas desgraciadas criaturas cuyo cuerpo se ha convertido en el agente principal de las funciones de la vida. Pobres desterradas del paraíso espiritual, echan de menos los perdidos jardines y los ángeles sonrientes que se ocultan entre sus umbríos follajes.

Olive creyó ver una hermana de su alma en la bella reclusa. Edificó una novela parecida a la suya, creyendo la ingenua que no se podía ser linda, elegante y estar perdida en Saint-Claude sin tener alguna grave inquietud en el fondo de su corazón.
Cuando hubo sujetado con bronce y diamantes su novelesca fábula, Olive, como todos los temperamentos excepcionales, se dejó llevar por su hechicería y se proveyó de alas para atravesar el espacio y correr hacia su compañera, a la que, en su impaciencia, había querido también dar alas parecidas a las suyas.
Pero la dama del monumental peinado permanecía inmóvil. Dijérase que dormía en su asiento. Habían pasado dos horas sin que se hubiera movido perceptiblemente.
Olive se desesperaba. Ella no hubiera hecho por Adonis ni por Beausire, la cuarta parte de lo que había hecho para llamar la atención de la desconocida.
Cansada por la observación, pasó de la ternura al encono, abrió y cerró diez veces la ventana, otras tantas asustó a los pajarillos en el follaje e hizo gestos telegráficos tan comprometedores, que el más obtuso de los agentes del señor de Crosne, si hubiese pasado por el bulevar o por el final de la calle de Saint-Claude, habría notado lo anormal de su actitud.
Llegó en fin Nicolasa a persuadirse de que la dama de las bellas trenzas había visto todos sus gestos, comprendido todas sus señales, pero que la despreciaba, que era una mujer vana o una idiota. ¿Idiota? ¡Con unos ojos tan perspicaces, tan espirituales, con un pie tan ligero y una mano tan inquieta! ¡Imposible!
Vana, sí; vana como podía serlo en este tiempo una dama de la gran nobleza con respecto a una burguesa.
Olive, analizando en la fisonomía de la joven todas las características de la aristocracia, acabó por deducir que era una orgullosa incapaz de conmoverse. Y renunció a su proyecto.
Dando la espalda con un enojo encantador, se puso a tomar el sol, que ya se ponía, volvió a las flores, complacientes compañeras, que, nobles también y asimismo elegantes, empolvadas y coquetas como las más grandes damas, se dejan sin embargo tocar y aspirar, devolviendo en perfume y frescura y en estremecidos contactos el beso del amigo o el beso de amor.
Nicolasa no sabía que esta pretendida orgullosa era Juana de Valois, condesa de La Motte que, desde la víspera, estaba abstraída en una idea: impedir que María Antonieta y el cardenal de Rohan se viesen.
Que un interés más grande aun exigía que el cardenal, sin ver particularmente a la reina, creyese firmemente que la estaba viendo siempre y que, por consiguiente, se contentase con esa visión y cesase de reclamar el verla en la realidad.
Pensamientos graves que constituían suficiente excusa para esta preocupación de una joven que la mantenía durante dos largas horas sin mover la cabeza. Si Nicolasa hubiera sabido esto, no se hubiera refugiado en su cólera, entre las flores. Ni hubiese echado por el balcón una maceta, que fue a caer a la calle desierta haciendo un ruido espantoso.
Olive, espantada, asomóse rápidamente para comprobar si había herido a algún transeúnte.
La dama, preocupada, se sobresaltó al oír el ruido y saliendo de su ensimismamiento, vio la maceta en el pavimento, remontó desde el efecto a la causa, es decir, levantó los ojos desde la calzada de la calle a la terraza del palacio. Y vio a Olive.
Al verla lanzó un grito salvaje, un grito de terror, que produjo un rápido movimiento en todo su cuerpo, tan rígido e inmóvil hasta entonces.
Los ojos de Olive y los de esta dama se encontraron al fin, e interrogáronse, adentrándose mutuamente.
Juana exclamó al momento:

—¡La reina!
Después, juntando las manos y frunciendo el ceño, quedóse inmóvil ante el temor de hacer huir la extraña visión.
—¡Oh! ¡Yo buscaba un medio y aquí lo tengo!— murmuró.
En aquel momento Olive oyó ruido tras ella y se volvió rápidamente.
El conde estaba en su habitación y había notado el mutuo reconocimiento.
"¡Se han visto!", díjose.
Olive dejó bruscamente el balcón.

CAPITULO LXIV
LAS DOS VECINAS

A partir de este momento en que las dos mujeres se habían visto, Olive, fascinada por la gracia de su vecina, no trató ya de continuar su desdén y volviéndose con precaución en medio de sus flores, respondió sonriendo a las sonrisas que se le dirigían.
Cagliostro, al visitarla, no había dejado de recomendarle que guardase la mayor circunspección.
—Sobre todo— le había dicho—, no mantengáis relaciones con los vecinos.
Esta frase había caído como un jarro de agua fría sobre la cabeza de Olive, que hallaba un gran placer en los gestos y saludos de la vecina.
No tratarse con los vecinos era tener que dar la espalda a esta mujer encantadora cuya mirada era tan brillante y dulce y cada uno de cuyos gestos encerraba una seducción; era renunciar a distraerse en una conversación telegráfica acerca de la lluvia y del buen tiempo y era romper con una amiga. Porque la imaginación de Olive corría hasta el punto de hacer ya de Juana, un objeto curioso y caro.
Solapadamente contestó a su protector que se guardaría muy bien de desobedecerle y que no mantendría la menor relación con la vecina.
Juana, puede creerse, no podía más que esto, porque ante las primeras demostraciones que se le hicieron respondió con saludos y besos enviados con la punta de los dedos.
Olive correspondía en la mejor forma a estas pruebas de afecto; notó que la desconocida no dejaba la ventana y que siempre tenía buen cuidado en saludarla cuando salía y cuando volvía, pareciendo haber concentrado todas sus facultades afectivas en el balcón de Olive.
Semejante estado de cosas debía traer como inmediata consecuencia una tentativa de acercamiento.
He aquí lo que ocurrió:
Cagliostro, al visitar a Olive, dos días después, se quejó de que una persona desconocida hubiese estado en el palacio.
—¿Una persona desconocida? — preguntó Olive sonrojada.
—Sí— respondió el conde—; una dama muy bonita, joven, elegante, se presentó, habló con el criado atraído por su insistencia en el llamar y le preguntó quién podía ser una mujer que habitaba en el pabellón del tercer piso, que es vuestro departamento, querida. Esta señora se refería sin duda a vos. Os quería ver. Por lo tanto os conoce, os ha visto y ello significa que habéis sido descubierta. Tened cuidado; la policía tiene agentes femeninos de la misma manera que dispone de hombres y os advierto que no podría negarme a entregaros en el caso de que el señor de Crosne os reclamase.
Olive, en lugar de asustarse, reconoció en seguida a su vecina en el retrato que le hacían; le agradeció infinitamente su cortesía y resolvió en su fuero interno recompensar su atención, por todos los medios a su alcance, aun cuando disimulaba ante el conde.
—¿No estáis asustada?— preguntó Cagliostro.

—No me ha visto nadie— replicó Nicolasa.
—No obstante, para haber adivinado que hay una mujer en el pabellón... Tened cuidado, pues.
—¡Señor conde!— dijo Olive—. ¿Por qué tengo que temer? Si me han visto, lo que no creo, no me verán más y si me volviesen a ver, sería de lejos, porque en la casa no se puede entrar, ¿verdad?
—Esta casa es impenetrable— respondió el conde—, porque a menos que escalen la muralla, lo que no es muy cómodo o que abran la puerta de entrada con una llave como la mía, lo que no es fácil, teniendo en cuenta que jamás la abandono...
Y al decir estas palabras mostraba la llave que le servía para entrar por la puerta pequeña.
—Además, como no tengo el menor interés en ser causa de vuestra perdición, no le dejo la llave a nadie; y como vos no obtendríais la menor ventaja en caer en manos del señor de Crosne, no dejaréis que escalen la muralla. De manera, hija mía, que ya quedáis avisada, por lo que podéis arreglar vuestros asuntos como queráis.
Olive se deshizo en protestas de toda clase y se apresuró a acompañar al conde, que no insistió mucho en quedarse.
Al día siguiente, a las seis de la mañana, estaba ya en su balcón, aspirando el aire puro de las colinas cercanas y dirigiendo miradas curiosas hacia las ventanas cerradas de su cortés amiga.
Por su parte, ésta, que se despertaba ordinariamente a las once de la mañana, apareció en cuanto se asomó Olive, como si hubiera estado esperando tras las cortinas el momento oportuno para presentarse.
Saludáronse las dos mujeres, y Juana, sacando medio cuerpo fuera del balcón, miró a su alrededor. No había nadie. Tanto la calle, como las ventanas de las casas estaban desiertas.
Colocó entonces sus manos a guisa de bocina en la boca y con entonación vibrante y sostenida que no era un grito, pero que se dejaba oír bien, dijo a Olive:
—Os he querido visitar, señora.
—¡Chist!—rogó Olive retrocediendo con espanto.
Y puso el dedo sobre los labios.
Juana, a su vez, se echó hacia atrás para esconderse tras las cortinas, pensando que había algún indiscreto, pero casi en seguida reapareció, tranquilizada por la sonrisa de Nicolasa.
—¿No se os puede ver?— preguntó.
—¡Ay!— se dolió Olive—. Es imposible.
—¿Ni podéis recibir cartas?
—¡Tampoco!
Juana reflexionó algunos momentos.
Olive, para agradecerle su tierna solicitud, le envió un beso encantador, que Juana le devolvió por partida doble; después de esto, cerró la ventana.
En la mirada de la condesa adivinó la protegida de Cagliostro que había hallado algún medio de hacer algo más efectiva aquella comunicación.
Y, en efecto, Juana reapareció dos horas después; el sol daba con toda su fuerza. El pavimento de la calle ardía bajo sus rayos.
Olive vio aparecer a su vecina en la ventana con una ballesta. Juana, riendo, hizo un signo para que se apartase.
Obedeció la joven, riendo como su compañera y buscó refugio tras el postigo.

Juana, apuntando con cuidado, lanzó una pequeña bala de plomo, que, desgraciadamente, en lugar de atravesar el balcón, vino a chocar con uno de los barrotes de hierro y cayó a la calle.
Olive lanzó un grito de disgusto. Juana, después de haber levantado los hombros, colérica, buscó con los ojos el proyectil en la calle y desapareció durante algunos minutos.
Olive, inclinándose, miraba desde el balcón hacia abajo; pasó un trapero buscando a derecha e izquierda. ¿Vio o no vio la bala en el arroyo? Olive no lo supo, porque se ocultó para no ser vista.
El segundo esfuerzo de Juana tuvo más éxito.
Su ballesta lanzó con fortuna en la habitación de Nicolasa, más allá del balcón, una segunda bala alrededor de la cual estaba enrollada una esquela concebida en los siguientes términos:
"Me interesáis mucho, hermosa señora. Sois encantadora y el haberos visto me basta para quereros. ¿Estáis, pues, encerrada? Sabed que traté en vano de visitaros. ¿El encantador que os tiene guardada, me dejará en alguna ocasión acercarme a vos para poderos decir que siento simpatía hacia una pobre víctima de la tiranía de los hombres?
"Como veis, tengo imaginación para servir a mis amigos. ¿Queréis ser amiga mía? Parece que no podéis salir, pero sin duda podréis escribir y como yo salgo cuando quiero, esperad a que pase bajo vuestro balcón para echar la respuesta.
"Por si el procedimiento de la ballesta resultara peligroso y fuese descubierto, adoptemos un medio para hablarnos más fácilmente. Dejad que cuelgue desde lo alto de vuestro balcón un hilo, cuando esté oscuro; atad a él vuestra esquela y yo ataré la mía, que subiréis sin ser vista.
"Pensad que, si vuestros ojos no me engañan, cuento con algo de la simpatía que me habéis inspirado y que entre las dos venceremos el universo. Vuestra amiga.
"P. D.— ¿Recogió alguien mi primera esquela?"
Juana no firmaba e inclusive había disfrazado por completo su letra.
Olive, al recibir la esquela, se estremeció de alegría.
Respondió en la siguiente forma:

"Os quiero como me queréis. Soy en efecto una víctima de la maldad de los hombres. Pero el que me retiene aquí es un protector y no un tirano. Me visita secretamente una vez por día. Ya os explicaré esto más tarde. Creo mejor utilizar el hilo que la ballesta para seguir esta correspondencia.
"¡Ay! No, no puedo salir; carezco de llave, pero esto es por mi bien. ¡Cuántas cosas os diría si tuviese la dicha de hablar con vos! ¡Hay tantos detalles que no se pueden escribir!.

"Vuestra primera esquela, de haber sido recogida, lo sería por un miserable trapero que pasaba, pero estas gentes no saben leer; para ellos el plomo no es más que plomo.
Vuestra amiga
Olive Legay".

La infeliz firmaba con todo su nombre.
Hizo a la condesa el ademán de devanar un hilo y esperando que llegase la noche, dejó rodar el ovillo a la calle.
Juana, que estaba bajo el balcón, recogió la hebra y sacó la esquela, movimientos que su corresponsal percibió a través del hilo conductor; luego entró en su casa para leer.
Media hora después ataba al dichoso cordón un billete conteniendo estas palabras:

"Se hace lo que se quiere. No tenéis guardias de vista que os vigilen, porque yo siempre os he visto sola. Por lo tanto, gozáis de libertad para recibir a la gente o mejor aun, para poder salir vos misma. ¿En qué forma se cierra vuestra casa? ¿Con llave? ¿Quién la tiene? El hombre que os visita, ¿verdad? ¿Esta llave, la guarda tan tenazmente que no podáis sacarle un molde? No se trata de obrar mal, sino de procuraros unas horas de libertad, de dulces paseos del brazo de una amiga que os consolará de vuestras desgracias y os devolverá más de lo que habéis perdido. Se trata, además, si lo deseáis, de recuperar por completo vuestra libertad. Ya trataremos este asunto con todos sus detalles en la primera entrevista que tengamos."

Olive devoró esta esquela. Sintió asomar a su espíritu la esperanza de la independencia y a su corazón la voluptuosidad de la fruta prohibida.
Había notado que el conde, cada vez que entraba en sus habitaciones, le traía un libro o un regalo y dejaba la linterna sorda encima de un velador y sobre ella la llave.
Olive preparó de antemano un trozo de cera amasada con la que tomó el molde de su llave en la primera visita que le hizo Cagliostro.
Este no volvió la vista una sola vez, mientras ella realizaba la operación; miraba en el balcón unas nuevas flores abiertas. Olive pudo, pues, sin inquietud, llevar a cabo su proyecto.
El conde partió, Olive hizo bajar en una caja el molde de la llave que Juana recibió con una pequeña esquela.
Y al día siguiente, hacia las doce, la ballesta, medio extraordinario y expeditivo, que era, comparado con el hilo, lo que el telégrafo es en relación con el correo a caballo, lanzó la siguiente esquela:

"Querida mía: Esta noche, hacia las once, cuando vuestro celoso haya partido, bajad, abrid los cerrojos y os hallaréis en los brazos de la que se cree vuestra más tierna amiga."

Sintió Olive al recibir la misiva una alegría como jamás había sentido al recibir los tiernos mensajes de Gilberto, en la primavera de sus amores y de las primeras citas.
Bajó a las once de la noche, sin haber notado la menor sospecha en el conde. Al llegar abajo se encontró con Juana, que la estrechó tiernamente, haciéndola subir en una carroza que estaba detenida en el bulevar. Aturdida, palpitante, enervada, dio con su amiga un paseo de dos horas, durante las cuales, secretos, besos, proyectos para el porvenir, fueron cambiados sin tasa entre las dos compañeras.
Juana aconsejó a Olive que entrase la primera. Acababa de saber que el desconocido protector era Cagliostro. Temía el temperamento de aquel hombre y no veía seguridad para sus planes si no guardaba el más profundo secreto.
Olive se había entregado sin reservas: sus amores con Beausire, el asunto de la policía, todo lo había contado.
Juana había dicho que era una señorita de buena casa que vivía con un amante lejos de su familia.
Una de ellas lo sabía todo, la otra todo lo ignoraba: sobre tales bases se juraron amistad las dos mujeres.
A partir de este día, no tuvieron necesidad de la ballesta ni del hilo. Juana poseía su llave, y hacía bajar a Olive cuantas veces se le antojaba.
Una buena cena, un paseo furtivo, eran los cebos en los que Olive se dejaba siempre prender.

—¿No habrá descubierto nada el señor de Cagliostro?— preguntaba Juana, inquieta, algunas veces.
—¡El! Si se lo dijera, no me creería— contestó Olive.
Bastaron ocho días de estas escapadas nocturnas para que las mismas se trocaran en una necesidad y un placer. Al cabo de ese tiempo el nombre de Juana ocupaba en el pensamiento de Olive un lugar más grande que el que ocuparon nunca el de Gilberto y el de Beausire.

CAPITULO LXV
LA CITA

Apenas el señor de Charny llegó a sus posesiones y se encerró en su residencia, después de haber atendido a las primeras visitas, el médico le ordenó no recibir a nadie y quedarse en la casa, consigna que fue cumplida con tal rigor, que ninguno de los habitantes del cantón pudo ver al héroe de aquel combate naval, que había producido tanto revuelo en toda Francia, héroe al que las jóvenes, sin excepción, buscaban, porque era muy apuesto.
No obstante, Charny no estaba tan enfermo como se creía. Su mal residía en su corazón y en su cabeza; pero ¡qué mal, santo Dios! Un dolor agudo, incesante, inexorable, el dolor de un quemante recuerdo, el dolor de una pena que le desgarraba.
El amor no es más que una nostalgia; el ausente llora un paraíso ideal, en lugar de llorar una patria material y aun hay que admitir, por muy poeta que se sea, que la mujer bien amada es un paraíso algo menos material que el de los ángeles.
El señor de Charny no pudo aguantarse tres días. Furioso al ver todos sus sueños desflorados por la imposibilidad, dispersos en el espacio, hizo conocer por todo el condado la receta del médico que hemos mencionado; confió la custodia de sus puertas a un sirviente de confianza y al llegar la noche partió de la casa solariega en un caballo manso y rápido. Estaba en Versalles ocho horas después, alquilando por intermedio de su ayuda de cámara, una casa situada detrás del parque.
Esta casa, abandonada desde la muerte trágica de un montero del rey, que se había cortado el cuello, convenía a Charny, que quería ocultarse mejor que en sus posesiones. Estaba decentemente amueblada, tenía dos puertas, una sobre la calle desierta y otra sobre la avenida circular del parque. Desde las ventanas que daban al mediodía, Charny podía mirar hacia las avenidas de Charmilles, porque esas ventanas, abiertos los postigos rodeados de viñas y de hiedra, no eran más que puertas que estaban a la altura de un piso bajo poco elevado para quien quisiera saltar al parque real.
Esta vecindad, ya muy rara entonces, era el privilegio concedido a un inspector de montería para que, sin molestias, pudiese vigilar los gamos y los faisanes de Su Majestad.
Contemplando las ventanas, alegremente encuadradas entre verde ramaje vigoroso, veíase con la imaginación, en la del medio, al montero melancólicamente acodado, una tarde de otoño, en tanto que las ciervas hundiendo sus delgadas patas sobre las hojas secas, jugaban bajo los techados a la luz amarillenta de un sol poniente.
Esta soledad encantó a Charny más que cualquier otra cosa. ¿Era por amor al paisaje? Pronto lo sabremos.
Ya instalado, una vez bien cerrado todo, cuando su criado hubo extinguido la curiosidad respetuosa de la vecindad, Charny, de quien ya no se acordaban, empezó una vida cuya sola idea haría estremecer a cualquiera que a su paso por la tierra haya amado u oído hablar de amor.

En menos de quince días conoció todas las costumbres del castillo, las de los guardias, las horas en que el pájaro viene a beber a la balsa y en las que el gamo pasa alargando la cabeza asustado. Conoció los momentos del silencio, los de los paseos de la reina y sus damas, las horas en que se efectuaban las rondas; vivió, en una palabra, con aquellos que vivían en este Trianón, templo de sus insensatas adoraciones.
Como la estación se presentaba magnífica, como las noches dulces y perfumadas permitían más libertad a sus ojos y sueños más alados a su alma, pasaba parte de ellas sobre los jazmines de sus ventanas, tratando de recoger los rumores lejanos que llegaban del palacio, de seguir a través de los huecos del follaje el juego de luces, puesto en movimiento hasta la hora de acostarse.
Muy pronto no le bastó la ventana. Se hallaba demasiado alejado de estos rumores y de estas luces. Saltó desde la casa sobre el césped, cierto como estaba de no hallar, a aquella hora, ni perros, ni guardias, y buscó la deliciosa, la peligrosa voluptuosidad de llegar hasta el lindero del seto, el límite que separaba la sombra espesa del espléndido claro de luna, para tratar de ver desde allí las siluetas negras y pálidas que pasaban tras los cortinajes blancos de la habitación de la reina.
De esta manera la veía todos los días, sin que ella lo supiese.
Reconocíala desde un cuarto de legua, cuando caminando con sus damas o con algún gentilhombre amigo, jugaba con la sombrilla china que tapaba su ancho sombrero adornado de flores.
Ningún paso ni actitud podía inducirle a engaño. Sabía por instinto cuáles eran los vestidos de la reina y adivinaba, a través de las hojas, el abrigo verde con listas de muaré dorado, que el airoso cuerpo de María Antonieta hacía ondular con donaire castamente seductor.
Y cuando la visión había desaparecido, cuando la noche, al alejar a los paseantes, le permitía llegar hasta las estatuas del peristilo y desde allí, acechar los últimos movimientos de esta sombra amada, Charny volvía a su ventana, miraba de lejos, por un hueco que había sabido hacer en el oquedal, la brillante luz en los cristales de la reina y vivía entonces del recuerdo y de la esperanza, de la misma manera que había vivido hasta aquel momento con la vigilancia y la admiración.
Una noche, dos horas después de haber dado su último adiós a la sombra ausente, mientras el rocío que caía de las estrellas empezaba a deslizar sus perlas blancas sobre las hojas de la hiedra, Charny iba a dejar su ventana y a meterse en el lecho, cuando el ruido de una cerradura hirió levemente su oído. Volvió a su observatorio y escuchó.
Era una hora avanzada, la medianoche se oía dar en las parroquias alejadas de Versalles. Charny se asombró al oír aquel crujir de cerrojos al que no estaba acostumbrado.
La cerradura correspondía a una pequeña puerta del parque, situado a unos veinticinco pasos de las cercanías de la casa de Oliverio y no se abría nunca sino en los días de gran caza, para dar paso a los canastos en que se transportaban las piezas.
Charny notó que los que abrían la puerta no hablaban; echaron los cerrojos y penetraron en la alameda que pasaba por debajo de su casa.
Los setos, los pámpanos colgantes, disimulaban bastante los postigos y las paredes para que un paseante las viese.
Por otra parte, los que caminaban por allí, bajaban la cabeza y apresuraban el paso. Charny les distinguía confusamente en la sombra. Sólo en el ruido de las faldas ondulantes reconoció que eran dos mujeres cuyas capitas de seda rozaban el ramaje.
Al dar vuelta por la gran avenida situada frente a la ventana de Charny, quedaron de pronto envueltas por los rayos de la luna y Oliverio estuvo a punto de lanzar un grito de alegre sorpresa al reconocer el contorno y el peinado de María Antonieta, así como la

parte inferior de su rostro, iluminado a pesar de la sombra espesa que proyectaba su sombrero. Tenía una hermosa rosa en la mano.
Con el corazón palpitante, Charny se deslizó en el parque desde lo alto de su ventana. Corrió por la hierba para no hacer ruido, ocultándose detrás de los árboles más gruesos y siguió con la mirada a las dos mujeres, cuyo caminar iba haciéndose más lento por momentos.
¿Qué debía hacer? La reina iba con una compañera, no corría ningún peligro. ¡Oh! Si hubiera estado sola, se habría atrevido a aproximarse y a decirle de .rodillas: "¡Os amo!" ¿Por qué no estaría amenazada por algún inmenso peligro, para ofrecerle la vida salvando así su preciosa existencia?
Pensaba en todo esto, soñando con mil tiernas locuras, cuando las dos paseantes se detuvieron de pronto; una de ellas, de más baja estatura, dijo algunas palabras a su compañera y la dejó.
La reina quedó sola; se veía a la otra dama dirigirse hacia un punto que Charny no distinguía aún. La reina, golpeando la arena con su pequeño pie, se apoyaba en un árbol, envolviéndose en su capa, para poder cubrir su cabeza con el capuchón que, momentos antes caía en anchos pliegues sobre sus hombros.
Cuando Charny la vio sola y en tal forma pensativa, dio un salto como para prosternarse ante ella.
Pero reflexionó que los separaban a lo menos treinta pasos; que antes de haberlos salvado, ella le vería y al no reconocerle, le tendría miedo, gritaría o huiría; que sus gritos atraerían, en primer lugar, a su compañera y después a algunos guardias, quienes, escudriñando el parque, descubrirían al indiscreto o tal vez su refugio, arriesgando para siempre el secreto, la felicidad y el amor.
Supo detenerse e hizo bien, porque apenas frenado su impulso irresistible, volvió la compañera de la reina y no sola.
Charny divisó tras ella, a dos pasos, a un hombre de alta estatura, cubierto por un ancho sombrero y envuelto por una amplia capa.
El desconocido, cuyo aspecto hizo temblar de odio y de celos al señor de Charny, no avanzaba como un triunfador. Vacilante, arrastrando los pies sin seguridad, parecía caminar a tientas en la noche, como si no hubiera tenido como guía la compañera de la reina y como fin la propia reina, blanca y erguida bajo el árbol.
Desde que divisó a María Antonieta, el temblor que había notado Charny fue aumentando. El desconocido apartó su capa, barriendo con ella el suelo. Continuaba adelantándose. Charny le vio entrar en la espesa sombra y saludar profundamente numerosas veces.
La sorpresa de Oliverio se había trocado en estupor. Del estupor iba a pasar pronto a otra emoción en otra forma dolorosa. ¿Qué venía a hacer la reina en el parque a una hora tan avanzada? ¿Qué venía a hacer este hombre? ¿Por qué había estado esperando oculto? ¿Por qué la reina le había enviado a buscar por su compañera en lugar de dirigirse por sí misma a él? Charny estaba a punto de perder la cabeza. Se acordó no obstante de que la reina realizaba una política misteriosa, que intervenía en intrigas con las cortes alemanas, relaciones de las que estaba celoso el rey y que le había prohibido severamente.
Tal vez este caballero misterioso era un correo de Schoenbrunn o de Berlín, algún gentilhombre portador de un mensaje secreto, uno de esos rostros alemanes que Luis XVI no quería ver en Versalles desde que el emperador José II se había permitido venir a dictar en Francia un curso de filosofía y de política crítica en la misma forma que su cuñado el rey Muy Cristiano.

Esta idea, parecida a la venda helada que el médico aplica sobre una frente ardorosa de fiebre, refrescó algo al pobre Oliverio, devolviéndole la inteligencia, y calmó el delirio de su primera cólera. La reina, por otra parte, guardaba una actitud llena de reserva e inclusive de dignidad.
La compañera, colocada a tres pasos, inquieta, atenta como las amigas o las dueñas de las cuadrillas de Watteau, trastornaba con su ansiedad complaciente las castas miradas del señor de Charny. Pero es tan peligroso ser sorprendido en una cita política como vergonzoso en una de amor. Y nada se parece tanto a un hombre enamorado como un conspirador. Los dos utilizan capa, ambos tienen el mismo oído susceptible y la misma incertidumbre en el caminar.
Charny no dispuso de mucho tiempo para profundizar estas reflexiones. La acompañante quebró la entrevista. El caballero hizo un gesto como para prosternarse; recibía sin duda la despedida después de la audiencia.
Charny se ocultó tras de un grueso árbol. Seguramente el grupo, al separarse, iba a pasar por delante suyo. Sólo quedaba retener el aliento y rogar a los gnomos y a los silfos, ya fuesen del cielo o de la tierra, que apagasen todos los ecos.
En aquel momento creyó ver un objeto de un matiz claro deslizarse a lo largo de la capa real; el gentilhombre se inclinó vivamente hasta la hierba y tras esto se levantó con un gesto respetuoso y huyó, porque sería difícil calificar de otra manera la rapidez de su marcha.
Pero fue detenido en su carrera por la compañera de la reina, que le llamó con un pequeño grito y que le dijo a media voz cuando se hubo detenido:
—Esperad.
Era un caballero muy obediente, porque sin titubeos, esperó.
Charny vio entonces pasar a las dos damas, cogidas del brazo, a dos metros de su escondite. El aire desplazado por el vestido de la reina hizo ondular los tallos del césped casi bajo las manos de Charny.
Aspiró los perfumes qué se había acostumbrado a adorar en las habitaciones de la reina, aquella verbena mezclada con reseda: doble embriaguez para sus sentidos y para su recuerdo.
Las mujeres pasaron y desaparecieron.
Unos minutos después, llegó el desconocido, del que el joven no se había ocupado durante el trayecto que recorrió la reina hasta llegar a la puerta. Besaba con pasión, con locura, una fresca rosa, perfumada, que ciertamente era aquella tan hermosa que Charny había visto cuando la reina entró en el parque y que hacía poco acababa de caer de sus manos.
¡Una rosa y un beso en ella! ¿Se trataba de asuntos diplomáticos y de secretos de Estado?
Charny estaba a punto de perder la razón. Iba a lanzarse sobre este hombre para arrancarle la flor, cuando la compañera de la reina apareció de nuevo y le gritó:
—¡Venid, monseñor!
Creyó Oliverio hallarse ante la presencia de algún príncipe de sangre y se apoyó contra un árbol para no dejarse caer medio muerto sobre el césped.
El desconocido se dirigió hacia el lado de donde llegaba la voz y desapareció con la dama.

CAPÍTULO LXVI
LA MANO DE LA REINA

Cuando Charny volvió a su casa, abatido por semejante desventura, no halló fuerzas para hacer frente al nuevo golpe que le hería.
Dijérase que la Providencia le había llevado a Versalles, y proporcionado el precioso escondrijo para excitar sus celos y ponerle sobre las huellas de un crimen cometido por la reina despreciando la probidad conyugal, la dignidad real y la fidelidad amorosa.
No cabía duda qué el hombre así recibido por la soberana era un nuevo amante. Charny, en la fiebre de la noche, en el delirio de su desesperación, procuró en vano convencerse de que se trataba de un embajador y que la rosa era una prenda de convención secreta, destinada a reemplazar una carta que sería harto comprometedora. Nada pudo vencer la sospecha. No le quedaba sino examinar su propia conducta y preguntarse por qué ante semejante desgracia había quedado en situación completamente pasiva.
En las más violentas crisis de la vida, la acción surge momentáneamente del fondo de la naturaleza humana y el instinto que da el impulso, no es otra cosa, en los hombres de complexión bien organizada, que una combinación del hábito y de la reflexión llevados hasta el más alto grado de rapidez y oportunidad. Si Charny no había obrado, no era porque los asuntos de la soberana no le importasen, sino porque, mostrando su curiosidad, ponía de relieve su amor, porque comprometiendo a la reina se traicionaba y porque era una mala postura la del que intenta convencer de su traición a los traidores con una traición.
Si no había obrado era porque, para abordar a un hombre honrado con la confianza real, hubiese sido preciso provocar una querella odiosa, de mal gusto, en una especie de emboscada que la reina no hubiese perdonado nunca.
En fin, la palabra monseñor, pronunciada por la complaciente compañera, era como la advertencia saludable, aunque un tanto tardía, que había salvado a Charny abriéndole los ojos en el momento álgido de su furor. ¿Qué hubiese ocurrido, si estando espada en mano, hubiese oído llamar monseñor a aquel hombre? ¿Y qué gravedad no tenía su desacato recayendo en tan elevado personaje? Tales fueron los pensamientos que absorbieron a Charny durante toda la noche y la primera mitad del siguiente día. Una vez que dieron las doce, la víspera ya no contaba para él. No le quedaba sino la espera febril, devoradora, de la noche, durante la cual se iban tal vez a producir otras revelaciones.
Con parecida ansiedad, el pobre Charny colocóse en aquella ventana, convertida en su única morada, en cuadro infranqueable de su vida. Al verle bajo aquellos pámpanos, tras los agujeros hechos en los postigos por temor de que se supiese que la casa estaba habitada, al verle en aquel cuadrilátero de roble y follaje, se hubiera dicho que era uno de esos viejos retratos ocultos tras las cortinas que atraen hacia los abuelos, en las antiguas casas solariegas, la piadosa solicitud de las familias.
Llegó la noche aportando a nuestro ardiente espía sombríos deseos y locos pensamientos.
Los ruidos ordinarios le parecían tener una significación nueva. Divisó a lo lejos a la reina, que atravesaba la escalinata con algunas antorchas que llevaban ante ella. La actitud de la reina le pareció pensativa, incierta, como si llevara en sí la agitación de la noche.
Poco a poco se fueron extinguiendo todas las luces del servicio; el parque se llenó de silencio y de frescura. Dijérase que los árboles, que durante el día consumen sus energías causando satisfacción a los paseantes, reparaban sus fuerzas durante la noche, cuando nadie les ve ni les toca, almacenando de nuevo su frescura, su perfume y su flexibilidad.
Es que, en efecto, las plantas y los árboles duermen como nosotros.
Charny recordaba muy bien la hora de la cita de la reina. Daba la medianoche.

El corazón del joven estaba a punto de saltar del pecho. Apoyó el cuerpo en la balaustrada de la ventana para ahogar los latidos que se hacían más ruidosos y fuertes. "Pronto, se decía, la puerta se abrirá y rechinarán las cerraduras".
Nada turbaba la paz del bosque.
De pronto admiróse Oliverio de no haber pensado hasta entonces que nunca ocurre lo mismo dos días seguidos. Que nada obligaba tanto en aquel amor, como el amor mismo, y que ellos no debían ser imprudentes hasta el punto de no poder pasar dos días sin verse.
Sí, era una verdad incontestable; la reina no repetiría la imprudencia de la víspera.
De pronto se oyó el rechinar de los cerrojos y la puerta pequeña se abrió.
Una palidez mortal invadió las mejillas de Oliverio cuando divisó a las dos mujeres con los vestidos de la noche anterior.
—Para esto es necesario que esté apasionadamente enamorada— murmuró.
Las dos damas hicieron la misma maniobra que la víspera y pasaron bajo la ventana de Charny apresurando el paso.
El, también como en la víspera, saltó por la ventana en cuanto estuvieron lo suficientemente lejos para que no le pudieran oír, y siempre oculto tras los árboles más gruesos, se juró ser fuerte, prudente, impasible, no olvidar que él era el súbdito y ella la reina; recordar que él era un hombre, es decir, que estaba obligado a ser respetuoso y que ella era una mujer, o sea alguien con derecho a ser respetada.
Y como desconfiaba de su temperamento fogoso, explosivo, tiró su espada tras un macizo de malvas que rodeaban a un castaño.
Entre tanto las dos damas habían llegado al mismo lugar que la noche anterior. Charny reconoció a la reina, que se envolvió la cabeza con una cofia en tanto que la oficiosa amiga iba a buscar en su escondite al desconocido al que llamaba monseñor.
¿Cuál era este escondrijo? Esto era lo que se preguntaba el joven. En la dirección en que se dirigía la complaciente amiga, estaba la sala de baños llamada de Apolo, protegida por altos sotos y por la sombra de las columnas de mármol, pero ¿en qué forma podía esconderse allí aquel extraño? ¿Por dónde entraba?
Charny recordó que en aquella parte del parque había una pequeña puerta parecida a la que las damas abrían para acudir a la cita. El desconocido tenía sin duda una llave de esta puerta. Se deslizaba por allí hasta el techo de los baños de Apolo y esperaba que le vinieran a buscar.
Todo estaba convenido de esta manera y era por allí por donde desaparecía monseñor después de su coloquio con la reina.
Oliverio, al cabo de algunos minutos, divisó la capa y el sombrero que había visto la noche antes.
En esta ocasión el desconocido no se dirigía hacia la reina con la misma reserva respetuosa; sin atreverse a correr, llegaba a grandes pasos; si hubiera ido más ligero, hubiese corrido. La reina, apoyada en el gran árbol, se sentó en la capa que el nuevo Raleigh extendió para ella y mientras la amiga vigilaba, como en la noche anterior, el enamorado señor, arrodillándose sobre el musgo, empezó a hablar con una rapidez apasionada.
La reina bajó la cabeza, poseída de una melancolía amorosa. Charny no entendía las palabras del caballero, pero el aire de estas palabras estaba impregnado de poesía y de amor. Cada una de sus entonaciones podía traducirse por una promesa ardiente.
La reina no respondía nada. Sin embargo, el desconocido acentuaba su acariciante discurso; algunas veces parecía a Charny, al miserable Charny, que la palabra, envuelta en un estremecimiento armonioso, iba a hacerse comprensible y que entonces moriría de rabia y de celos. Pero nada de esto ocurrió. En el momento en que la voz se aclaraba, un

gesto significativo de la compañera obligaba al orador a bajar el diapasón de sus elegías.
La reina guardaba un obstinado silencio.
El otro, dirigiendo súplica tras súplica, según adivinaba Charny por la melodía vibrante de las inflexiones de su voz, no obtenía más que el dulce consentimiento del silencio, insuficiente favor para los labios ardientes que han empezado a libar las dulzuras del amor.
Pero de pronto la reina dejó escapar algunas palabras. Al menos así parecía. Palabras ahogadas, extinguidas, que sólo el desconocido pudo oír, y que hicieron exclamar a éste en alta y jubilosa voz:
—¡Gracias, gracias, mi dulce señora! Hasta mañana entonces.
La reina ocultó por entero su rostro, que resaltaba a medias ya.
Charny sintió un helado sudor, el de la muerte, descender lentamente por sus sienes.
El desconocido acababa de ver las manos de la reina extendidas hacia él. Las cogió entre las suyas y las besó tan larga y tiernamente que Oliverio conoció durante el tiempo que duró el sufrimiento, los suplicios que la ferocidad humana ha extraído de las barbaries infernales.
Una vez recibido el besó, la reina se levantó vivamente, apoyándose en el brazo de su compañera.
Ambas huyeron, pasando, como la víspera, cerca de Charny.
El desconocido, por su lado, huía también. El joven, que no había podido abandonar el suelo en que estaba encadenado por la postración de un dolor indecible, percibió el ruido simultáneo de dos puertas que se cerraban.
No trataremos de pintar la situación en que se halló Charny después de este horrible descubrimiento.
El desventurado pasó la noche vagando frenético por el parque y las calles de árboles, a los cuales reprochaba con desesperación su criminal complicidad.
Enloquecido durante algunas horas, no recuperó la razón más que chocando en su carrera ciega con la espada que había tirado para no caer en la tentación de servirse de ella.
Esta hoja, que trabó sus pies y originó su caída, le hizo recordar de pronto el sentido de su fuerza, así como el de su dignidad. Un hombre que siente una espada en la mano no puede hacer otra cosa, si está loco, todavía, que atravesarse con ella o herir a quien le ofende; no tiene el derecho de ser débil o de tener miedo.
Charny volvió a ser, pues, lo que era siempre; un espíritu bien templado, un cuerpo vigoroso. Dejó de caminar de aquella manera insensata que le hacía tropezar con los árboles y se dirigió rectamente y en silencio por la avenida en la que se notaban aún las huellas de las dos mujeres y del desconocido.
Fue a visitar la plazoleta en que se había sentado la reina. El musgo, aun aplastado, demostraba a Charny su desgracia y la dicha del otro. En lugar de gemir y dejar que su furor se adueñase otra vez de su cabeza, Oliverio se puso a reflexionar sobre la naturaleza de este amor oculto y la condición de la persona que lo inspiraba.
Empezó a explorar los pasos de este señor, con la fría atención que hubiese puesto en examinar las huellas de una fiera. Hizo un reconocimiento en la puerta de los baños de Apolo; vio, escalando la albardilla del muro, pisadas de caballo y hierba comida.
"¡Viene por aquí! Viene, no de París, sino de Versalles— pensó Oliverio—. Viene solo y mañana volverá, puesto que ha dicho: "¡Hasta mañana!"
"Hasta mañana devoraré silencioso, no las lágrimas que vierten mis ojos, sino la sangre que sale a oleadas de mi corazón.
"Mañana será el último día de mi vida, o seré un cobarde y demostraré que no he amado nunca.

"Vamos, vamos—dijo golpeando suavemente su corazón, de la misma manera que el caballero palmea el cuello del corcel que le lleva—, calma, serenidad, puesto que la prueba no ha terminado todavía".
Dicho esto, dirigió una última mirada a su alrededor, apartó los ojos del palacio, en el que temía ver iluminada la ventana de la reina, de la pérfida reina, porque esta luz hubiera sido una última mentira, una mancha más.
En efecto, la ventana iluminada, ¿no significa acaso que está ocupada la habitación? ¿Por qué mentir así cuando se tiene el derecho del impudor y del deshonor y cuando es tan poca la distancia a salvar entre la vergüenza oculta y el escándalo público?
La ventana de la reina estaba iluminada.
—¡Hacer creer que se encuentra en sus habitaciones cuando corre por el parque con un amante...! Verdaderamente es el disimulo de la castidad —lamentó Charny escupiendo las palabras con amarga ironía—. Es demasiado buena la reina para disimular así con nosotros. Quizá tema contrariar a su marido.
Y clavándose las uñas en la carne, el joven emprendió el regreso, con mesurado paso, hasta la casa.
—Han dicho ellos: "Hasta mañana"— añadió después de haber saltado por el balcón—. ¡Sí, hasta mañana..., para todos, porque mañana seremos cuatro en la cita, señora!

CAPITULO LXVII
MUJER Y REINA

Reprodujéronse al día siguiente las mismas peripecias. La puerta se abrió a las doce de la noche en punto. Aparecieron las dos mujeres.
Era, como en el cuento árabe, la asiduidad de los genios obedientes a los talismanes, a horas fijas. Charny había adoptado todas las resoluciones; quería conocer aquella noche al feliz personaje a quien favorecía la reina.
Fiel a sus costumbres, aunque no fuesen inveteradas, caminó escondiéndose en los setos; pero cuando llegó al sitio donde dos días antes había tenido lugar el encuentro entré los dos amantes, no encontró a nadie.
La compañera de la reina arrastraba a Su Majestad hacia los baños de Apolo.
Una horrible ansiedad, un nuevo sufrimiento abrumó a Charny. En su inocente probidad, no se había imaginado que el crimen pudiera llegar hasta allí.
La reina, sonriente y cuchicheando, se dirigía hacia el sombrío asilo en el umbral del cual esperaba con los brazos abiertos el gentilhombre desconocido.
Ella entró, tendiendo también sus brazos, y la reja de hierro cerróse tras ambos.
La cómplice se quedó fuera, apoyada en un ciprés tronchado, rodeado de follaje.
Charny no había calculado sus fuerzas, que no podían resistir un choque parecido. En el momento en que la rabia iba a hacer que se precipitase sobre la confidente de la reina para desenmascararla, para reconocerla, injuriarla, ahogarla tal vez, la sangre se agolpó como un torrente atropellado en las sienes y le abatió.
Cayó sobre el musgo dejando escapar un débil suspiro, que turbó un segundo la tranquilidad de la centinela colocada en las puertas de los baños de Apolo.
Una hemorragia interna, causada por su herida que se había vuelto a abrir, le ahogaba.
Recobró el conocimiento por el frío del rocío, por la humedad de la tierra, por la viva impresión de su propio dolor.
Se levantó dando traspiés, reconoció el lugar, recordó y buscó.
La centinela había desaparecido y no se oía el menor ruido. Un reloj que daba las dos en Versalles le demostró que su desmayo había sido muy largo.

Sin duda alguna la espantosa visión se había esfumado: reina, amante, acompañante, habían tenido tiempo de desaparecer. Charny pudo convencerse de ello mirando por encima de las paredes las huellas recientes de la partida de un caballero.
Estos vestigios y algunas ramas rotas cerca de la reja de los baños de Apolo formaban la convicción del pobre joven.
La noche fue un largo delirio. A la mañana siguiente no se había calmado todavía.
Pálido cual un muerto, como si le hubieran puesto diez años encima, llamó a su ayuda de cámara y se hizo vestir de terciopelo negro, como un rico del Tercer Estado.
Sombrío, silencioso, consumiendo todo su dolor, se encaminó hacia el palacio del Trianón en el momento en que la guardia acababa de ser relevada, es decir, hacia las diez.
La reina salía de la capilla donde había oído misa.
A su paso se inclinaban respetuosamente las cabezas y las espadas.
Charny notó que algunas mujeres enrojecían de despecho al ver que la reina era muy hermosa.
Bella era, en efecto, con sus hermosos cabellos peinados encima de las sienes. Su rostro, de trazos finos, su boca sonriente, sus ojos fatigados pero iluminados por una dulce claridad...
De pronto divisó a Charny en el extremo de la fila. Se sonrojó y dio un grito de sorpresa. Charny no bajó la cabeza. Continuó mirando a la reina, que leyó en su mirada una nueva desgracia. Ella fue hacia él.
—Os creía en vuestras posesiones, señor de Charny— dijo severamente.
—He vuelto, señora— respondió el joven en tono breve y casi descortés.
Ella, a quien jamás se le escapaba un matiz, quedó estupefacta.
Después de aquel cambio de miradas y de palabras casi hostiles, María Antonieta se volvió hacia donde estaban las damas.
—Buen día, condesa— saludó amistosamente a la señora de La Motte.
Esta hizo un guiño familiar con los ojos.
Charny, estremecido, miró más atentamente.
Juana, inquieta por esta atención, volvió la cabeza.
Oliverio la siguió mirando como hubiera hecho un loco, hasta que ella volvió de nuevo el rostro.
Después la examinó estudiando su modo de caminar.
La reina saludaba a derecha e izquierda, pero seguía sin embargo los gestos de los dos observadores; se dijo:
"¿Habrá perdido la cabeza? ¡Pobre muchacho!"
Y volvió de nuevo hacia él.
—¿Cómo os encontráis, señor de Charny?
—¡Muy bien, señora, pero gracias a Dios, menos bien que Vuestra Majestad!
Y saludó a la reina en una forma que la asustó, como antes la había sorprendido.
"Algo ocurre", pensó Juana siempre atenta.
—¿Dónde os alojáis ahora?
—En Versalles, señora.
—¿Desde cuándo?
—Desde hace tres noches— contestó el joven apoyando las palabras con la mirada, el gesto y la voz.
La reina no manifestó la menor emoción; Juana se estremeció.
—¿No tenéis acaso nada que decirme?— preguntó la reina a Charny con voz angelical.
—¡Oh, señora, tendría demasiadas cosas que decir a Vuestra Majestad!
—¡Venid, entonces!— ordenó ella bruscamente.

"Observemos", pensó Juana.
La reina, a grandes pasos, se dirigió hacia sus habitaciones. Todos la seguían, pero con menos viveza que ella. Lo que le pareció providencial a la señora de La Motte fue que María Antonieta, para evitar que pareciese que buscaba una entrevista a solas, dijo a algunas personas que la siguiesen.
Entre ellas se deslizó Juana.
María Antonieta llegó a sus habitaciones y despidió a la señora de Misery y a toda la servidumbre.
Hacía un tiempo dulce y velado, el sol no penetraba a través de las nubes, pero hacía filtrar su calor a través de las espesas masas algodonadas y azules.
La reina abrió la ventana que daba a una pequeña terraza y se colocó delante de un velador lleno de cartas. Esperaba.
Poco a poco, las personas que le habían seguido, comprendieron su deseo de estar sola y se alejaron.
Charny, impaciente, devorado por la cólera, estrujaba el sombrero entre sus manos.
—¡Hablad, hablad!— dijo la reina—. Me parece que estáis muy turbado.
—¿Por dónde podría empezar?.— murmuró el joven, que pensaba en voz alta—. ¿Cómo puedo atreverme a acusar el honor, la fe y la majestad?
—¿Qué decís?— exclamó María Antonieta volviéndose con viveza y lanzándole una mirada centelleante.
—¡Y no obstante no diré sino lo que he visto!— prosiguió Charny.
La reina se levantó.
—Caballero— dijo fríamente—, muy temprano es para suponer que estéis ebrio; sin embargo, observáis una conducta impropia de un gentilhombre en ayunas.
Creía haberle abatido con este apostrofe despreciativo, pero él, inmóvil, dijo:
—En realidad, ¿qué es una reina? Una mujer. ¿Y qué soy yo? Un hombre y un súbdito.
—¡Caballero!
—Señora, no turbemos lo que os tengo que decir con una cólera que me llevaría a la locura. Creo haber demostrado que respeto a la majestad real; temo haber probado que sentía un amor insensato hacia la persona de la reina. Así, pues, elegid a cuál de las dos, reina o mujer, queréis que este adorador lance una acusación de oprobio y de deslealtad.
—Señor de Charny— exclamó la reina palideciendo y dirigiéndose hacia el joven—, si no salís de aquí, os haré echar por mis guardias.
—¡Voy a deciros, antes de ser echado, el por qué sois una reina indigna y una mujer sin honor!— replicó Charny ebrio de furor—. ¡Desde hace tres noches he permanecido en vuestro parque!
En lugar de verla saltar, como esperaba, ante este terrible golpe, Charny comprobó que la reina levantaba la cabeza y que se acercaba.
—Señor de Charny, — dijo ella tomándole la mano— os halláis en un estado que me inspira piedad; tened cuidado; vuestros ojos despiden brasas, vuestras manos tiemblan, estáis pálido, toda vuestra sangre afluye al corazón. Sufrís. Voy a llamar.
—¡Os he visto! ¡Os he visto!— repitió fríamente el joven—; os he visto con aquel hombre cuando le dabais la rosa; cuando os besó las manos y cuando entrasteis con él en los baños de Apolo.
La reina se pasó la mano por la frente para asegurarse de que no soñaba.
—Vamos, sentaos— insistió—, porque vais a caeros si no os sostengo.
Dejóse caer Charny en un sillón; la reina se sentó cerca de él en un taburete; después, con sus manos entre las suyas y mirándole hasta el fondo del alma, le habló:
—Quedaos tranquilo, serenad el corazón y la cabeza y repetidme lo que acabáis de decirme.

—¡Oh! ¿Me queréis matar?— gimió el desgraciado.
—Dejad que os pregunte. ¿Cuándo volvisteis de vuestras posesiones?
—Hace quince días.
—¿Dónde residís?
—En la casa del montero, que arrendé ex profeso.
—¿La casa del suicida, en los límites del parque?
Charny hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.
—¿Decís que visteis conmigo a una persona?
—Digo, en primer término, que os vi a vos.
—¿Dónde?
—En el parque.
—¿A qué hora? ¿Qué día?
—A medianoche, la primera vez el martes.
—¿Vos me visteis?
—Tal como os estoy viendo. Y también a la que os acompañaba.
—¿Alguien me acompañaba? ¿Reconoceríais a esa persona?
—Hace poco me ha parecido verla aquí, pero no me atrevería a afirmarlo, pues sólo puedo juzgar por el porte. El rostro se oculta a la hora de cometer faltas.
—¡Bien!— dijo la reina con calma—; ¿no habéis reconocido a mi compañera, pero sí a mí...?
—¡Oh! A vos, señora..., ¿dudáis de que os veo ahora?
La reina hizo un ademán de impaciencia.
—Y..., ese compañero— dijo— a quien yo he dado una rosa..., ¿porque decís que me visteis dar una rosa...?
—Sí; a ese caballero no he podido alcanzarlo nunca.
—Sin embargo, le conocéis...
—Se le llama monseñor; esto es todo lo que sé.
La reina se golpeó la frente con furor concentrado.
—Proseguid— dijo—, el martes he dado una rosa..., ¿y el miércoles?
—El miércoles disteis vuestras dos manos a besar.
—¡Oh!...— murmuró ella retorciendo sus manos—. En fin, ¿y el jueves?, ¿qué hice ayer?
—Ayer pasasteis una hora y medía en la gruta de Apolo con ese hombre, donde vuestra compañera os había dejado solos.
La reina se levantó impetuosamente.
—Y..., vos..., ¿me habéis visto?
Charny levantó una mano al cielo para jurar.
—¡Oh!...— exclamó la reina arrebatada por el furor—. ¡Y jura!
Charny repitió solemnemente su ademán acusador.
—¿A mí? ¿A mí?— murmuraba María Antonieta—. ¿Me visteis a mí?
—Sí, a vos; el martes llevabais un vestido verde con rayas doradas de muaré; el miércoles el vestido de grandes flores. Ayer el de color de hoja marchita con el que ibais vestida el día en que os besé la mano por primera vez. ¡Erais vos, erais vos! Muero de dolor y de vergüenza cuando os lo digo: os lo juro por mi Dios, por mi vida y por mi honor. ¡Erais vos, señora, erais vos!
La reina empezó a dar vueltas a grandes pasos por la terraza, sin preocuparse de los espectadores que, desde abajo, la devoraban con la mirada.
—Si os hiciese un juramento— dijo—; ¡si jurase por mi hijo, por mi Dios!... ¡Oh, no me creéis! ¡No me creéis!
Charny bajó la cabeza.

—¡Insensato!— gritó la reina sacudiéndole la mano con energía y le arrastró desde la terraza a la habitación—. ¿Es, pues, rara voluptuosidad acusar a una mujer inocente, irreprochable? ¿Es un gran honor deshonrar a una reina?... ¿Me creerás si te digo que no era yo la que has visto? ¿Me creerás si te juro por Cristo que, desde hace tres días, no he salido después de las cuatro de la tarde? ¿Quieres que te demuestre por mis damas, por el propio rey, que me ha visto aquí, que no podía estar en otra parte? ¡No... no... no me cree, no me cree!
—¡Os he visto!— replicó fríamente Charny.
—¡Ah! ¡Ya sé!—exclamó de pronto la reina—. ¿Acaso no se me calumnió ya en modo semejante? ¿No me vieron quizás en la Ópera escandalizando a la corte y en casa de Mesmer en actitud de éxtasis, escandalizando a los curiosos y alegrando a las jóvenes? ¡Vos lo sabéis bien, puesto que os batisteis por mí!
—Señora, en aquel tiempo me batí porque no lo creía. Hoy me batiría porque lo creo.
La reina levantó al cielo sus brazos rígidos por la desesperación; dos lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas hasta su pecho.
—¡Dios mío!— exclamó— enviadme una idea que me salve. Yo no quiero que él me desprecie. ¡Oh Dios mío!
Charny sintió conmoverse hasta el fondo de su corazón por esta sencilla y suprema súplica y ocultó el rostro entre sus manos.
La reina guardó silencio un instante y después de haber reflexionado, dijo:
—Caballero, me debéis una reparación y vais a saber lo que exijo de vos. Decís que durante tres noches seguidas me visteis en el parque con un hombre. Sin embargo ya sabíais que alguien abusaba de su semejanza conmigo; una mujer a quien no conozco. Puesto que preferís creer que era yo quien trasnochaba fuera de palacio, puesto que sostendríais en todo momento que era yo, volved al parque a la misma hora, volved conmigo. Si he sido yo a quien visteis ayer, forzosamente no me veréis hoy, puesto que estaré al lado vuestro. Y si es otra, ¿por qué no la hemos de ver? Y si la vemos..., ¡ah! caballero, ¿no sentiréis todo lo que me hicisteis sufrir?
Charny, llevando ambas manos al corazón, murmuró:
—Hacéis demasiado en mi favor, señora; yo merezco la muerte; no me aniquiléis con vuestra bondad.
—Os aniquilaré con pruebas— dijo la reina—. No digáis una palabra a nadie. Esta noche a las diez esperad en la puerta de la casa del montero y sabréis qué he dispuesto para convenceros.
Charny se arrodilló sin decir una palabra y salió.
Al final del segundo salón, paso involuntariamente rozando el vestido de Juana, que le seguía con los ojos y que, a la primera llamada de la reina estaba dispuesta a entrar en sus habitaciones con todos los demás.

CAPÍTULO LXVIII
MUJER Y DEMONIO

La condesa había notado la turbación de Charny, la solicitud de la reina y el apresuramiento de ambos para entablar conversación.
Era más de lo que necesitaba una mujer de su temperamento para adivinar muchas cosas, y consideramos inútil añadir lo que todos habrán comprendido ya.
Tras el encuentro preparado por Cagliostro entre la señora de La Motte y Olive, la comedia de las tres últimas noches puede pasar sin comentarios.
Juana, que había entrado donde estaba la reina, escuchaba, observaba; quería adivinar en el semblante de María Antonieta las pruebas de lo que ella sospechaba.

Pero la reina, desde poco tiempo atrás se había acostumbrado a desconfiar de todo el mundo. No dejó traslucir nada, y la señora de La Motte quedó reducida al terreno de las conjeturas.
Había ordenado ya a uno de sus lacayos que siguiese al señor de Charny. El criado volvió para anunciarle que el señor conde acababa de entrar en una casa que estaba al final del parque, cerca de los setos.
"No hay duda— pensó Juana—, este hombre es un enamorado que lo ha visto todo".
Oyó que la reina decía a la señora de Misery:
—Me siento muy débil, querida Misery y esta noche me acostaré a las ocho.
Como la dama de honor insistía, añadió la reina:
—No recibiré a nadie. "Está bastante claro— siguió meditando Juana—; sería una loca si no lo comprendiese".
La reina emocionada aún por la entrevista que había tenido con Charny, no tardó en despedir a todo el séquito. Juana lo celebró por primera vez desde su entrada en la corte.
"El juego está enredado— pensó—. ¡A París! Llegó la hora de deshacer lo hecho".
Y partió en seguida de Versalles. Conducida a su casa, en la calle de Saint-Claude, encontró una soberbia vajilla de plata que el cardenal había mandado aquella misma mañana.
Luego de dirigir a este regalo una mirada indiferente, aunque era de precio, miró tras las cortinas a la casa de Olive, cuyas ventanas no estaban abiertas aún. Olive dormía, fatigada sin duda; hacía mucho calor.
Juana se hizo llevar a casa del cardenal, al que halló radiante, henchido, insolente de alegría, y de orgullo. Sentado ante su rica mesa de escribir, obra maestra de Boule, el príncipe rompía y volvía a escribir una carta que empezaba siempre del mismo modo y no acababa nunca.
Al anunciar el criado a Juana, el cardenal exclamó:
—¡Querida condesa!
Y corrió a su encuentro.
Juana recibió los besos que el cardenal le daba en las manos y en los brazos. Sentóse cómodamente para sostener mejor la conversación.
Monseñor empezó renovando sus protestas de agradecimiento, a las que no faltaba una sincera elocuencia.
Juana le interrumpió.
—¿Sabéis que sois un amante muy fino, monseñor, y os lo agradezco mucho?
—¿Por qué?
—No es por el encantador regalo que me enviasteis esta mañana, sino por la atención tenida al no enviarlo a la casita de descanso. Verdaderamente es una delicadeza. Vuestro corazón no se prostituye, se entrega.
—¿Quién osaría hablar de delicadeza ante vos, condesa?
—No sois un hombre feliz, sino un dios triunfante— dijo Juana.
—Lo confieso, y la felicidad me asusta y me entorpece; me hace imposible la vista de otros hombres. Me estoy acordando de aquella fábula pagana de Júpiter fatigado de sus propios rayos.
Juana sonrió.
—¿Venís de Versalles?— preguntó él ávidamente.
—Sí.
—¿La... habéis visto?
—Acabo de dejarla.
—¿No... ha dicho nada?
—¿Qué queríais que dijese?

—Perdonad. No es curiosidad, es frenesí.
—No me preguntéis nada.
—¡Oh! ¡Condesa!...
—Os repito que no me preguntéis.
—¡En qué forma me decís esto! Se creería al oíros que me traéis una mala noticia.
—No me hagáis hablar, monseñor.
—¡Condesa!... ¡Condesa!...
Y el cardenal palideció.
—Una dicha excesiva se parece al punto culminante de la rueda de la fortuna— dijo—. Tras el apogeo comienza el descenso. No disimuléis si hay alguna contrariedad: ¿la hay, verdad?
—Por el contrario, monseñor, yo llamaría a esto una gran suerte— replicó Juana.
—¿Esto?... ¿Qué es esto?.., ¿Qué queréis decir?... ¿Qué es una suerte?
—No haber sido descubierto— contestó secamente Juana.
—¡Oh!— exclamó sonriendo el príncipe—. Con precaución, inteligencia, dos corazones y un espíritu predilecto...
—Un espíritu y dos corazones, monseñor, no impiden nunca a los ojos ver entre el follaje.
—¿Nos han visto?— interrogó espantado el señor de Rohan.
—Todo me induce a creerlo.
—En ese caso... nos habrán conocido también...
—Si os hubiesen reconocido, este secreto estaría en poder de alguien, Juana de Valois en el fin del mundo, y vos muerto.
—Ciertamente. Mas ved que esas reticencias, condesa, me queman a fuego lento. Nos han visto; bien. Pero se ve a mucha gente pasear por el parque. ¿Acaso no está permitido?
—Preguntádselo al rey.
—¿El rey lo sabe?
—Estáis como nunca, monseñor. Si el rey lo supiese, vos estaríais en la Bastilla y yo en el hospital. Pero como un contratiempo evitado vale por dos felicidades prometidas, os vengo a decir que no tentéis de nuevo a Dios.
—¡Cómo!— exclamó el cardenal—. ¿Qué significan vuestras palabras, querida condesa?
—¿Acaso no las comprendéis?
—Tengo miedo de ello.
—En cambio yo tendré miedo si no me tranquilizáis.
—¿De qué modo?
—No yendo más a Versalles.
El cardenal tuvo un sobresalto.
—¿De día?— dijo sonriendo.
—Ni de día ni de noche.
El señor de Rohan se estremeció y dejó la mano de la condesa.
—Imposible— dijo.
—Ahora me toca a mí miraros cara a cara; creo que habéis dicho que era imposible. ¿Por qué imposible?
—Porque tengo en el corazón un amor que no acabará sino con mi vida.
—Me doy cuenta— interrumpió Juana irónicamente— y para llegar más pronto a ello persistís en volver al parque. Si lo hacéis, vuestro amor acabará con vuestra vida y ambos serán segados con el mismo golpe.
—¡Qué miedo tenéis, condesa! ¡Vos que erais tan valiente ayer!

—Tengo la valentía de los animales. Nada temo mientras no hay peligro.
—Yo en cambio tengo el valor de mi casta. No soy feliz sino en presencia del peligro.
—Muy bien, pero en tal caso, permitidme que os diga...
—Nada, condesa, nada— exclamó el enamorado cardenal—; el sacrificio está hecho y la suerte echada. Vendrá tal vez la muerte, pero también el amor ¡Volveré a Versalles!
—¿Solo?— dijo la condesa.
—¿Seríais capaz de abandonarme?— interrogó el señor de Rohan en tono de reproche.
—Desde luego.
—Pero ella irá.
—Os equivocáis.
—¿Vinisteis tal vez a anunciarme esto de su parte?— dijo temblando el cardenal.
—Era el golpe que estaba tratando de atenuar desde hace media hora.
—¿No quiere verme?
—Nunca más y he sido yo quien se lo ha aconsejado.
—Señora— se dolió el prelado—, es una crueldad hundir el puñal en un corazón que sabéis que ama.
—Sería peor para mí, monseñor, que se perdiesen dos locos por falta de un buen consejo. Lo doy y que lo aproveche quien quiera.
—Condesa, es preferible morir.
—Eso es cosa vuestra y no difícil.
—Morir por morir— murmuró el cardenal con voz sombría—, prefiero el fin del réprobo. Bendito sea el infierno, en donde encontraré a mi cómplice.
—¡Santo prelado, estáis blasfemando!— escandalizóse la condesa—. ¡Súbdito, destronáis a vuestra reina! ¡Hombre, perdéis a una mujer!
El cardenal cogió a la condesa por la mano y arrastrado por el delirio, exclamó:
—Confesad que ella no os ha dicho esto y que no me abandonará así.
—Os hablo en su nombre.
—Es un aplazamiento lo que ella pide.
—Consideradlo como queráis, mas cumplid su orden.
—El parque no es el único lugar donde las personas pueden verse..., hay lugares más seguros... La reina estuvo una vez en vuestra casa, Condesa...
—Monseñor, no añadáis una palabra más; llevo conmigo un peso mortal: el de vuestro secreto. No me siento animada a llevarlo durante mucho tiempo. Lo que vuestras indiscreciones, el azar o la malevolencia de un enemigo no podrán conseguir, lo harán los remordimientos. Mirad, la creo capaz, en un momento de desesperación, de confesárselo todo al rey.
—¡Dios, mío! ¿Es posible eso?— exclamó él señor de Rohan—. ¿Ella haría eso?
—Si la vieseis, sentiríais compasión.
El cardenal se levantó rápidamente.
—¿Qué hacer?— inquirió.
—Concederle el consuelo del silencio.
—Creerá que la he olvidado.
Juana levantó los hombros.
—Me acusará de ser un cobarde.
—Cobarde por salvarla, nunca.
—¿Una mujer perdona que no se la vea?
—No la juzguéis como me juzgaríais a mí.
—La considero valiente y fuerte. La amo por su valentía y por su noble corazón. Puede, pues, contar conmigo como con ella misma. La veré por última vez; conocerá todo mi

pensamiento y lo que ella decida después de haberme oído, lo cumpliré como si fuese un voto sagrado.
Juana se levantó y dijo:
—Como queráis. Pero iréis solo. Yo he echado la llave del parque al Sena hoy, cuando volvía, y ahora saldré para Suiza o para Holanda. Cuanto más lejos esté de la bomba, menos temeré el estallido.
—¡Condesa! ¿Me dejáis? ¡Dios mío! ¿Con quién hablaré de ella, entonces?
Juana recordó las escenas de Moliere; jamás un insensato Valerio había dado a la astuta Dorina respuestas más cómodas.
—¿No tenéis el parque y sus ecos?— comentó—.Enseñadles el nombre de vuestra Amarilis.
—Condesa, tened compasión. Estoy desesperado— musitó el prelado con un acento que le salía del corazón.
—Pues bien— replicó Juana con la energía brutal del cirujano que decide la amputación de un miembro—, si estáis desesperado, señor de Rohan, no os abandonéis a chiquilladas más peligrosas que la pólvora, que la peste y que la muerte. Si os sentís tan inclinado hacia esa mujer, conservadla en lugar de perderla, y si no os falta por completo corazón y memoria, no arrastréis en vuestra ruina a aquellos que os han servido por amistad. Yo no juego con fuego. ¿Me juráis no dar un paso en quince días para ver a la reina? Ni siquiera verla ¿me oís bien? Si lo juráis me quedaré y aun podré serviros. ¿Estáis decidido por el contrario a afrontarlo todo para quebrantar su prohibición y la mía? En cuanto lo sepa, partiré a los diez minutos. Y vos saldréis del apuro como podáis.
—Es espantoso— murmuró el cardenal—; la caída es terrible. Perder la felicidad. ¡Oh! ¡Moriré de dolor!
—¡Vamos!— dijo Juana al oído—. En otro tiempo amabais por amor propio.
—Hoy amo con frenesí— repuso el cardenal.
—Sufrid entonces hoy. Es una consecuencia de la situación. Vamos, monseñor, ¿qué decidís? ¿Me quedo o me pongo en camino?
—Quedaos, condesa, pero, buscadme un calmante. La herida es demasiado dolorosa.
—¿Juráis obedecerme?
—¡Palabra de Rohan!
—¡Bien! Ya he hallado vuestro calmante. Os he prohibido verla y hablarle, mas no escribirle.
—¿De veras?— exclamó el insensato, reanimado por esa esperanza—. ¿Podré escribirle?
—Probadlo.
—Y... ¿me responderá ella?
—Lo probaré.
El cardenal besó entusiasmado la mano de Juana llamándola su ángel tutelar.
Mucho debió reírse el demonio que tenía su residencia en el corazón de la condesa...

CAPITULO LXIX
LA NOCHE

A las cuatro de la tarde de aquel mismo día, un hombre a caballo se detuvo en el lindero del parque, detrás de los baños de Apolo.
El caballero daba un paseo; llevaba su cabalgadura al paso, y pensativo como Hipólito, y como él apuesto, dejaba libres las riendas sobre las crines de su corcel.

Se detuvo, como hemos dicho, en el mismo lugar en que desde hacía tres días el señor de Rohan parábase con su caballo. El suelo, en aquel sitio, estaba pisoteado por las herraduras, y los arbustos presentaban señales de haber sido mordidos en el espacio que rodeaba el tronco de roble al que había atado el caballo. El jinete echó pie a tierra.
—He aquí un lugar bien devastado— dijo.
Y se acercó a la pared.
—Aquí hay señales de un escalo y una puerta recientemente abierta. Era realmente lo que yo había pensado. No en vano hice la guerra a los indios; conozco el paso de los caballos y de los hombres. Hace quince días que el señor de Charny ha vuelto y durante este tiempo no ha aparecido. He aquí la puerta que utilizó para entrar en Versalles.
Y al decir estas palabras, el caballero suspiró dolorosamente, como si el alma se le fuera en el suspiro.
—Dejemos al prójimo su felicidad— murmuró al tiempo que contemplaba las huellas sobre el césped y en la pared. Lo que Dios concede a los unos, lo niega a los otros. No en balde creó a los felices y a los desgraciados. ¡Bendita sea, pues, su voluntad! No obstante, me haría falta una prueba. ¿A qué precio y por qué medio conseguirla? ¡Oh! Nada más sencillo. Tras los brezos, por la noche, un hombre no puede ser descubierto y desde su escondrijo, verá a los que llegan. Esta noche yo estaré tras los brezos.
El caballero recogió las riendas, montó lentamente y sin apresurar el paso de su caballo, desapareció tras el recodo que formaba la pared.
Por lo que se refiere a Charny, obediente a las órdenes de la reina, se había encerrado en sus habitaciones esperando la llegada del mensaje.
Llegó la noche y no vino nadie. El joven, en lugar de espiar tras la ventana del pabellón que daba al parque, miraba desde la habitación hacia la ventana que daba a la calle. La reina le había dicho: "En la puerta de la casa del montero". Pero ventana y puerta eran una misma cosa en el piso bajo. Lo interesante era ver todo lo que ocurría.
Aguardaba en la negra noche, esperando de un momento a otro oír el galope de un caballo o el paso apresurado de un mensajero.
Dieron las diez y media. Nada. La reina se había burlado de Charny. Había hecho una concesión ante la primera impresión de la sorpresa.
Avergonzada, había prometido lo que no podía cumplir y, lo que es peor, había hecho esa promesa sabiendo que no podía cumplirla.
Charny, con la rápida facilidad para la sospecha que caracteriza a las personas apasionadas en el amor, se reprochaba ya el haber sido tan crédulo.
—¿Cómo habiendo visto, he podido creer en los embustes y sacrificar mi convicción y mi certeza a una estúpida esperanza?— murmuró.
Y se aferraba a este funesto pensamiento, cuando el ruido de un puñado de arena, lanzado contra los cristales de la otra ventana atrajo su atención y le hizo correr hacia el lado del parque.
Bajo una ancha capa negra, vio entonces, en el soto del parque, una cabeza de mujer que levantaba hacia él su rostro pálido e inquieto.
No pudo contener un grito de alegría y pena al mismo tiempo. ¡La mujer que le esperaba y, que le llamaba, era la reina!
De un salto pasó a través de la ventana y vino a caer cerca de María Antonieta.
—¡Ah! ¿Estáis aquí ya, caballero? ¿Qué estabais haciendo?
—¡Vos! ¡Vos, señora!... ¿Es posible?— replicó Charny prosternándose.
—¿No me esperabais entonces?
—Os esperaba por el lado de la calle, señora.
—¿Podía venir por la calle siendo tan sencillo hacerlo por el parque?

—No me hubiese atrevido a creer que os vería, señora— dijo Charny con acento de apasionada gratitud.
Ella le interrumpió.
—No permanezcamos aquí. Hay luna. ¿Lleváis vuestra espada?
—Sí.
—Bien... ¿Por dónde decís que entraron las personas que visteis?.
—Por esta puerta.
—¿A qué hora?
—Siempre a medianoche.
—No existe ningún motivo para que esta noche no vengan. ¿Hablasteis a alguien de esto?
—A nadie.
—Entremos en los setos y esperemos.
—¡Majestad!...
La reina pasó delante y con caminar bastante rápido recorrió un trecho en sentido diagonal.
—Ya comprenderéis— dijo de pronto adelantándose al pensamiento de Charny— que no me he divertido contando este asunto al jefe de policía. Desde que me quejé, el señor de Crosne debió aclarar el enredo. Si la mujer que usurpa mi nombre después de haber utilizado su parecido conmigo, no ha sido detenida, si este misterio no ha sido descifrado, debéis suponer que se debe a dos motivos: o a la incapacidad del señor de Crosne— que no significa nada— o a su connivencia con mis enemigos. Y me parece difícil que en mi casa, en mi parque, se permita alguien la innoble pantomima que me habéis hecho conocer, sin estar seguro de un apoyo directo o de una tácita complicidad. He aquí por qué las personas que se han hecho culpables me parecen lo suficiente peligrosas para que sea yo misma quien las desenmascare. ¿Qué pensáis sobre esto?
—Pido a Vuestra Majestad autorización para no tener que expresarme. Estoy desesperado. No tengo ya sospechas sino temores.
—Al menos vos sois una persona honrada— dijo con viveza la reina—; sabéis decir las cosas cara a cara. Es un mérito que a veces puede herir a los inocentes cuando a propósito de ellos se hacen falsas suposiciones, pero una herida se cura.
—Señora, son ya las once; estoy temblando.
—Aseguraos de que no hay nadie por aquí— rogó la reina para alejar a su compañero.
Charny obedeció. Recorrió los setos hasta los muros.
—Nadie— informó al volver.
—¿Dónde se desarrolló la escena que me contasteis?
—Señora, en el instante mismo en que volvía de mi recorrida he recibido en mi corazón una impresión terrible. Os he visto en el mismo lugar en que, las noches últimas, vi a la... falsa reina de Francia.
—¡Aquí!— exclamó la reina alejándose con desagrado del lugar en que se encontraba.
—Bajo ese castaño, sí, señora.
—Pues entonces, caballero— dijo María Antonieta—, no nos quedemos aquí, porque si han venido, volverán.
Charny siguió a la reina por otra alameda. Su corazón latía tan fuerte, que temía no poder oír el ruido de la puerta cuando se abriese.
Ella, silenciosa y altiva, esperaba que la prueba viviente de su inocencia no tardase en aparecer.
Dieron las doce. La puerta no se abrió.
Transcurrió media hora durante la cual María Antonieta preguntó diez veces a Charny si los impostores habían sido exactos en las citas anteriores.

Dio la una menos cuarto la iglesia de San Luis de Versalles.
La reina, impaciente, golpeaba el suelo con el pie.
—Ya veréis como hoy no vendrán. ¡Estos contratiempos sólo me ocurren a mí!
Al decir estas palabras miraba a Charny como para amonestarle, en el caso de que hubiese adivinado en sus ojos la menor señal de triunfo o de ironía.
Pero él, palideciendo a medida que sus sospechas iban tomando de nuevo consistencia, guardaba una actitud tan grave y melancólica, que verdaderamente su semblante reflejaba en aquel momento la serena paciencia de los mártires y de los ángeles.
La reina se apoyó en su brazo y le condujo hasta el castaño donde se habían detenido al llegar.
—¿Decís que fue aquí donde visteis? ...
—Aquí mismo, señora.
—Aquí le dio una rosa la mujer al hombre, ¿verdad?
—Sí, Majestad.
La reina estaba tan débil por su larga permanencia en el húmedo parque, que se apoyó en el tronco del árbol e inclinó la cabeza sobre el pecho.
Insensiblemente sus rodillas se doblegaron y como no estaba ya apoyada en el brazo de Charny, cayó sobre la hierba y el musgo.
Charny permanecía inmóvil y sombrío.
Ella apoyó el rostro en sus dos manos y el joven no pudo ver así una lágrima que se deslizaba por entre aquellos dedos afilados y blancos.
De pronto, levantando de nuevo la cabeza, dijo:
—Caballero, tenéis razón; estoy condenada. Os prometí demostraros que me habíais calumniado. Dios no lo permite y yo me conformo.
—Señora...— murmuró Charny.
—Hice lo que ninguna mujer hubiera hecho en mi lugar. Ya no hablo de las reinas. ¡Oh! Caballero, ¿qué es una reina cuando ni siquiera puede reinar sobre un corazón? ¿Qué es una reina cuando ni la estima de un hombre honrado puede obtener? Veamos, ayudadme al menos a levantarme; no me despreciéis hasta el punto de negarme vuestra mano.
Charny, como un enajenado, precipitóse a los pies de ella.
—Señora— dijo golpeando la tierra con su frente—, ¿verdad que me perdonaríais si no fuese un desgraciado que os ama?
—¡Vos!— exclamó la reina con risa amarga—. ¡Vos me amáis y me creéis una infame!
—¡Oh, señora!
—¡Vos!... ¡Vos, que debierais tener memoria, me acusáis de haber dado una flor aquí, allá un beso, más allá mi amor a un hombre... ¿a qué mentir, caballero? ¡Vos no me amáis!
—Señora, ese fantasma de reina enamorada estaba ahí. Donde yo estoy estaba el fantasma del amante. Arrancadme el corazón, puesto que esas imágenes infernales se albergan en él y lo devoran.
Ella le cogió la mano y lo atrajo hacia sí con exaltado ademán.
—¡Vos habéis visto! ¡Vos oísteis!... ¿Era realmente yo? ¡Oh! Era yo, no busquéis más. Pues bien, si en este mismo lugar, bajo este mismo castaño, sentada como creísteis verme, vos a mis pies como estaba el otro, os estrecho las manos y acercándoos a mi pecho, abrazándoos os digo: Yo, que según vos hice todo esto con el otro; yo, que di al otro iguales pruebas de amor, yo, señor de Charny, no he amado, no amo, ni amaré a ningún otro ser en el mundo que a vos... ¡Dios mío! ¿Sería suficiente esto para convenceros de que no se es infame cuando se tiene en el corazón, con la sangre de las emperatrices, el fuego divino de un amor como éste?

Charny lanzó un gemido semejante al que exhala un hombre que expira. La reina al hablarle le había enervado con su aliento; sus palabras le habían enloquecido. Quemábale en los hombros el contacto de sus manos y en el corazón el roce de su pecho.
—Dejadme que dé gracias a Dios— murmuró—. Si no pensase en Dios pensaría demasiado en vos.
Levantóse ella lentamente y fijó en Oliverio una mirada abrasadora, si bien empañada por las lágrimas.
—¿Queréis mi vida?— dijo él arrebatado.
La reina calló sin dejar de mirarle.
—Dadme vuestro brazo— le dijo— y conducidme a todos los sitios donde han estado los otros. Al pie de este castaño entregó la supuesta reina una rosa, ¿verdad? Pues bien, tomad.
Y sacó de su vestido una rosa tibia aun del calor de su seno.
El aspiró el perfume de la flor y la estrechó contra sí.
—¿Fue aquí— continuó María Antonieta— donde la otra dio su mano a besar?
—¡Las dos manos!— respondió vacilando Charny, ebrio al sentir su rostro entre las adoradas manos de la reina.
—Ya queda purificado este sitio— dijo ella con encantadora sonrisa—. Veamos ahora, ¿no fueron ellos a los baños de Apolo?
Charny, como si el cielo se desplomara sobre su cabeza, aturdido, se detuvo estupefacto.
—Es un lugar donde no entro nunca si no es de día. Vamos a ver juntos el lugar por donde huía el amante de la reina.
Alegre, ligera, prendida del brazo del hombre más feliz que Dios había bendecido hasta entonces, atravesó casi corriendo los espacios cubiertos de césped que separaban los setos de las paredes de la rotonda. Llegaron en esta forma a la puerta tras la cual se divisaban las huellas de las herraduras.
—Aquí es— dijo Charny—, mas para cerciorarse habría que abrir.
—Tengo todas las llaves— respondió la reina— Abrid, señor de Charny, averigüemos.
La alegre pareja traspuso la puertecilla. La luna surgía entre unas nubes como para ayudarles en sus investigaciones.
Los blancos rayos iluminaron tenuemente el hermoso rostro de la reina que se apoyaba en el brazo de Charny mirando y escuchando hacia los brezos de los alrededores.
Cuando quedó bien convencida, hizo entrar de nuevo al gentilhombre, atrayéndole con una dulce presión.
Cerróse la puertecilla del parque tras ellos y ambos entraron en los baños de Apolo.

Daban las dos de la mañana cuando la reina, despidiéndose de Charny, le decía:
—Adiós. Retiraos. Hasta mañana.
Le estrechó la mano y sin decir una palabra, se alejó rápidamente bajo los setos en dirección al castillo.
Más allá de la puerta que ambos acababan de cerrar, un hombre surgió detrás de unos zarzales y desapareció entre los bosques que bordeaban el camino.
Aquel hombre llevaba consigo el secreto de la reina.

CAPITULO LXX
LA DESPEDIDA

La reina salía a la mañana siguiente, alegre y hermosa, para dirigirse a la misa.

Los guardias habían recibido orden de dejar que se acercase a ella todo el mundo. Era domingo y Su Majestad, al despertarse, había dicho:
—Hermoso día. La vida me parece hoy más grata.
Parecía respirar con más deleite que ordinariamente, el perfume de sus flores favoritas. Mostróse magnánima al otorgar algún don y se apresuró además a ir a poner su alma bajo la protección de Dios.
Oyó la misa sin la menor distracción. Jamás había inclinado tan profundamente su majestuosa cabeza.
En tanto que ella rogaba con fervor, la multitud se agolpaba como otros domingos en el pasaje que conduce desde las habitaciones particulares a la capilla, e inclusive los peldaños de las escaleras estaban repletos de damas y gentileshombres.
Entre las primeras brillaba, modesta pero elegantemente vestida, la señora de La Motte.
En la doble hilera, formada por gentileshombres, se veía a la derecha, al señor de Charny, cumplimentado por numerosos amigos, que se interesaban por su curación, por su regreso y, sobre todo, por su cara radiante.
El favor es un perfume sutil; se difunde con tal facilidad en el aire, que mucho antes de abrir la redoma que lo contiene, es adivinado por los peritos. Sólo hacía seis horas que Oliverio era el amigo de la reina, pero ya todo el mundo se llamaba amigo de Oliverio.
Mientras él recibía todas las felicitaciones con la buena cara del hombre verdaderamente feliz, y veía que para testimoniarle mayor acatamiento y amistad, toda la hilera de la izquierda había pasado a la derecha, Oliverio, obligado a recorrer con la mirada el grupo que le rodeaba, divisó frente a él una cara cuya sombría palidez e inmovilidad le conmovieron en medio de su dicha.
Reconoció a Felipe de Taverney vestido de uniforme y con la mano en la empuñadura de la espada.
Desde las visitas de cortesía hechas por este último a la antesala de su adversario después del duelo; desde el secuestro de Charny por el doctor Luis, ninguna relación había existido entre los dos rivales.
Charny, al ver a Felipe que le miraba tranquilamente, sin benevolencia ni amenaza, empezó por hacerle un saludo que aquél le devolvió desde lejos.
—Perdón, caballeros—se excusó—, he de cumplir un deber de cortesía. Y atravesando el espacio comprendido entre la hilera derecha y la izquierda, se dirigió directamente hasta donde estaba Felipe, que no se movió en lo más mínimo.
—Señor de Taverney— dijo saludándole más cortésmente que la primera vez—, os tenía que dar las gracias por el interés que demostrasteis por mi salud, pero he llegado ayer.
Felipe se sonrojó y le miró; después bajó los ojos.
—Mañana, caballero— prosiguió Charny—, tendré el honor de haceros una visita y espero que no me guardaréis rencor.
—No os lo guardo, señor— contestó Felipe.
Iba Oliverio a tender a Felipe la mano, cuando el tambor anunció la llegada de la reina.
—He aquí la reina que llega, caballero— dijo lentamente Felipe sin corresponder al ademán amistoso de Charny.
Y acentuó esta frase con una reverencia más melancólica que fría.
Charny, algo sorprendido, se apresuró a reunirse con sus compañeros que se hallaban en la hilera derecha.
Felipe permaneció en su sitio como si se hubiera hallado de centinela.
Se acercaba la reina, se la vio sonreír a muchos, recoger u ordenar que se recogiesen las súplicas que se le presentaban. Había divisado a Charny y sin dejar de mirarle, con la

temeraria valentía con que revelaba sus sentimientos y que sus enemigos llamaban impudor, pronunció en voz alta estas palabras:
—Pedid lo que queráis, caballeros, pedid, hoy no sabría negaros nada.
Charny se sintió conmovido hasta lo más hondo de su corazón por el acento y por el sentido de estas mágicas palabras. Estremecióse de placer, agradeciendo el gesto de la reina.
De pronto, ésta se vio apartada de su dulce pero peligrosa contemplación, por el ruido de unos pasos y por el sonido de una voz extraña.
Los pasos se oían resonar en las losas, hacia la izquierda; la voz, conmovida, pero grave, decía:
—¡Señora!...
La reina divisó a Felipe; no pudo reprimir un primer gesto de sorpresa al verse colocada entre los dos hombres respecto a los cuales se reprochaba amar demasiado a uno y no bastante al otro.
—¡Vos! ¡Señor de Taverney!— exclamó reponiéndose—. ¿Tenéis algo que pedirme? Hablad.
—Solicito diez minutos de audiencia a la elección de Vuestra Majestad— respondió Felipe inclinándose sin que se alterase la palidez de su semblante.
—Al momento, caballero— concedió la reina dirigiendo una furtiva mirada a Charny, como si temiera que se hallase demasiado cerca de su antiguo adversario—. Seguidme.
Apresuró el paso María Antonieta cuando oyó el de Felipe tras el suyo y hubo dejado a Charny en su lugar.
Sin embargo, continuó recogiendo cartas, súplicas, memoriales, dio algunas órdenes y entró en sus habitaciones.
Un cuarto de hora después Felipe era introducido en la biblioteca, donde Su Majestad recibía los domingos.
—Entrad, señor de Taverney— dijo adoptando un tono alegre—, entrad y ponedme en seguida buena cara. Os tengo que confesar que siento una cierta inquietud cada vez que un Taverney desea hablarme. Vuestra familia es de mal augurio. Tranquilizadme en seguida, caballero, diciéndome que no venís a comunicarme ninguna desgracia.
Felipe, más pálido aun después de este preámbulo que cuando la escena con Charny, se limitó a contestar, al ver el poco afecto que la reina ponía en sus palabras:
—Señora, tengo el honor de afirmar a Vuestra Majestad que por esta vez le traigo una buena noticia.
—¡Ah! ¿Es una noticia?
—¡Ay! Sí, Majestad.
—¡Dios mío!— comentó ella, de nuevo con el tono alegre que hacía a Felipe tan desgraciado—. Habéis dicho ¡ay! "¡Qué pobre soy!"— diría un español. El señor de Taverney dice: ¡ay!
—Señora— dijo gravemente Felipe—: dos palabras tranquilizarán tan plenamente a Vuestra Majestad, que no solamente su noble frente no se velará hoy porque un Taverney pida audiencia, sino que jamás se velará por culpa de un Taverney Maison-Rouge. A partir de hoy, señora, el último de esta familia a quien Vuestra Majestad se había dignado conceder algún favor, va a desaparecer de la corte de Francia para siempre.
La reina, dejando de pronto el tono alegre que había adoptado como recurso para defenderse contra las emociones que presumía surgirían de la entrevista, exclamó:
—¿Partís?
—Sí, Majestad.
—¡Vos... también!

Felipe se inclinó.
—Mi hermana, señora, tuvo ya el sentimiento de dejar el servicio de Vuestra Majestad— dijo—; yo, que resulto más inútil todavía a la reina, he decidido partir también.
María Antonieta sentóse muy turbada, recordando que Andrea había pedido permiso para despedirse, al día siguiente de su entrevista en las habitaciones del doctor Luis, donde Charny había recibido el primer indicio de la simpatía que sentía por él.
—¡Es extraño!— murmuró pensativa.
Y no añadió una sola palabra.
Felipe permanecía de pie, inmóvil, esperando que la reina hiciera el ademán de despedida.
María Antonieta, saliendo de pronto de su letargo, interrogó:
—¿A dónde vais?
—A reunirme al señor de La Perouse.
—En este momento, el señor de La Perouse está en Terranova.
—Todo lo he preparado para ir allí.
—¿Sabéis que se le ha pronosticado una muerte espantosa?
—No sé si espantosa, pero sí rápida.
—¿Y entonces..., partís?
El sonrió con noble y bello gesto.
—Por eso quiero unirme a él— respondió.
La reina guardó silencio nuevamente.
Felipe continuaba esperando en actitud respetuosa.
El temperamento noble y valiente de María Antonieta se despertó más temerario que nunca.
Levantóse, acercóse al joven y le dijo mientras cruzaba sus blancos brazos sobre el pecho:
—¿Por qué partís?
—Porque siento gran curiosidad por los viajes— respondió dulcemente Felipe.
—¿Por curiosidad después de haber dado la vuelta al mundo? —comentó la reina, engañada un momento por la calma heroica del joven.
—Recorrí todo el Nuevo Mundo, señora. Mas no el viejo.
La reina hizo un gesto de despecho y repitió lo que ya le había dicho a Andrea.
—Casta de hierro, corazón de acero él de los Taverney. Vuestra hermana y vos sois personas terribles, amigos a los que uno termina por odiar. Vos partís, no para viajar, sino para dejarme. Vuestra hermana decía que la religión la llamaba, y ocultaba un corazón de fuego bajo fría ceniza. Ella quiso partir y se fue. ¡Que Dios le conceda la felicidad! Vos, que podríais ser feliz, os vais también. ¡Cuando yo decía hace poco que los Taverney me traen desgracia!
—Perdonadnos, señora; si Vuestra Majestad se dignase buscar mejor en nuestros corazones no hallaría sino una devoción sin límites.
—¡Oh!— exclamó la reina, colérica—. ¡Vos sois un cuáquero, ella una filósofa, criatura imposible; Andrea se imagina el mundo como un paraíso donde no puede entrarse sino a condición de ser un santo; vos lo tomáis por un infierno donde no entran sino los diablos y ambos huís de él; uno porque halla lo que no busca y él otro porque no halla lo que busca. ¿Tengo razón? Mi querido señor de Taverney, dejad a los humanos ser imperfectos, no exijáis a las familias reales que sean las menos imperfectas de las clases humanas; sed tolerante o, mejor dicho, no seáis egoísta.
María Antonieta acentuó estas palabras con demasiada pasión.
Felipe iba a tomar ventaja.

—Señora— dijo—, el egoísmo es una virtud cuando se utiliza para realzar a las personas a las que se adora.
Ella se sonrojó.
—Sólo sé deciros— respondió— que yo quería a Andrea y ella me ha dejado; que os tengo afecto y me dejáis. Es humillante para mí ver que se alejan de mi lado dos personas tan perfectas.
—Nada puede humillar a una persona augusta como vos, señora— dijo fríamente Taverney—; el baldón no llega a frentes tan elevadas como la vuestra.
—En vano busco algo que haya podido heriros.
—Nada me ha herido, señora— contestó Felipe con viveza.
—Vuestro grado ha sido confirmado; vuestra fortuna estaba bien encaminada; yo os distinguía...
—Repito a Vuestra Majestad, que nada de lo que hay en la corte me halaga.
—¿Y si os pidiera que os quedarais... si os lo ordenara?
—Me vería en el doloroso trance de tener que desobedecer a Vuestra Majestad.
La reina, por tercera vez, sumióse en esa silenciosa reserva que era para ella lo que la orden de recomenzar es para el espadachín fatigado.
Y como acostumbraba a salir de esta reserva con un golpe de efecto, dijo:
—¿Hay alguien que os disgusta aquí? Tenéis un aspecto sombrío.
—Nadie me disgusta.
—Creía... que estabais en malas relaciones con un gentilhombre..., con el señor de Charny... a quien heristeis en duelo— dijo la reina, animándose por momentos—. Y como es natural que uno se aleje de las personas a quienes no quiere, desde que habéis visto que el señor de Charny volvía, habréis deseado dejar la corte.
Felipe no respondió.
La reina, juzgando equivocadamente a este hombre tan leal y tan valiente, creyó hallarse ante un celoso como tantos otros. Lo persiguió sin contemplación:
—Fue hoy, precisamente, cuando supisteis que el señor de Charny está de regreso. Por eso me pedís licencia para retiraros.
Felipe, más lívido que pálido ante semejante ataque, reaccionó violentamente.
—Señora— dijo—, sólo esta mañana supe oficialmente el regreso del señor de Charny, pero sabía que estaba de vuelta mucho antes de lo que piensa Vuestra Majestad, pues encontré al señor de Charny a las dos de la mañana en la puerta del parque que corresponde a los baños de Apolo.
La reina palideció a su vez; y después de haber contemplado con admiración mezclada de terror, la perfecta cortesía que el gentilhombre conservaba en medio de su cólera, murmuró con voz apagada:
—¡Bien! Podéis marcharos. Tenéis mi real licencia.
Felipe saludó por última vez y partió lentamente.
La reina se dejó caer extenuada sobre su sillón, exclamando:
—¡Oh, Francia! ¡País de nobles corazones!

CAPITUXO LXXI
LOS CELOS DEL CARDENAL

Mientras tanto el cardenal había visto transcurrir tres noches harto diferentes de las que su imaginación revivía sin cesar.
¡Sin noticias de nadie ni esperanzas de una visita! Aquel silencio mortal después de lo agitado de la pasión, era la oscuridad del sótano después de la alegre luz del sol. El cardenal había acariciado al principio la esperanza de que su amante, mujer antes que

reina, quisiera conocer de qué clase era el amor que se le testimoniaba y si ella seguía siendo amada después de haber correspondido.
Sentimiento verdaderamente masculino, que era un arma de dos filos y que hirió dolorosamente al cardenal cuando se volvió contra él.
En efecto, no viendo venir a nadie y sin oír otra cosa que el silencio, como dice el señor de Delille, temió el infortunado que esta prueba le era desfavorable. De ahí la angustia, el miedo y la inquietud que le invadían y de los que no se puede tener una idea, si no se han sufrido esas neuralgias generales que convierten cada una de las fibras nerviosas que conducen al cerebro, en una serpiente de fuego que se enrolla y estira según su propia voluntad.
Esta dolencia se hizo insoportable al cardenal; durante medio día envió diez mensajes a casa de la señora de La Motte y diez a Versalles.
El décimo correo le trajo por fin a Juana, que vigilaba allá abajo a Charny y a la reina y se gozaba interiormente de la impaciencia del cardenal, a la que pronto debería el éxito de su empresa.
El de Rohan, al verla, estalló:
—¿Cómo es posible que viváis con esa tranquilidad?... ¡Sabéis que estoy en un suplicio y vos, que os decís amiga mía, me dejáis en él hasta que llegue la muerte!
—Monseñor— contestó Juana—, paciencia. Lo que yo estaba haciendo en Versalles, lejos de vos, es más útil que lo que vos hacíais aquí deseando mi llegada.
—No seáis cruel hasta este punto— dijo Su Excelencia, acariciado por la esperanza de obtener noticias—. Veamos, decidme lo que hacíais allí.
—La ausencia es un mal doloroso, ya se sufra en París o en Versalles.
—Esto es lo que me encanta y os lo agradezco, pero…
—¿Pero?
—¡Me hacen falta pruebas!
—¡Dios mío! ¿Qué decís, monseñor?— exclamó Juana—. ¡Pruebas! ¿Qué significa esta palabra?... ¿Estáis en vuestro juicio, monseñor, cuando tratáis de pedir a una mujer pruebas de sus faltas?
—Yo no pido un testimonio para un proceso, condesa, sino una prenda de amor.
—Me parece— dijo la condesa después de haber mirado a Su Excelencia de cierta manera— que os volvéis muy exigente y además olvidadizo.
—¡Ah! Ya sé lo que vais a decirme..., sé que me tendría que dar por muy satisfecho... por muy honrado; pero poneos en mi lugar, condesa. ¿Aceptaríais ser abandonado después de haber gozado de las apariencias del favor?
—¿Apariencias dijisteis?— dijo Juana con ironía.
—Podéis burlaros impunemente de mí, condesa; es cierto que nada me autoriza a quejarme, pero me quejo...
—Vamos, monseñor, yo no puedo ser responsable de vuestro descontento si para ello no hay causa o las que existen son frívolas y acaso imaginarias.
—Condesa, no me tenéis la menor compasión.
—Monseñor, no hago sino repetir vuestras palabras y seguir el curso de la discusión.
—Seguid vuestra inspiración en lugar de reprochar mis locuras, ayudadme y no me atormentéis.
—¿Ayudaros? No creo que haya nada que hacer.
—¿No creéis que haya nada que hacer?— repitió el cardenal acentuando sus palabras.
—Nada.
—Pues bien, señora; tal vez no crean todos lo mismo que vos.
—¡Ay, monseñor! Ya hemos llegado a la cólera y no nos comprendemos. Perdóneme Vuestra Eminencia que se lo haga observar.

—¡Estoy enojado, sí! Mas sólo a causa de vuestra mala voluntad.
—¿No os dais cuenta de que sois injusto?
—¡Oh! Perdonadme. Ya veo que si no me servís es porque no podéis.
—¿Por qué me acusáis entonces?
—Porque tendríais que decirme toda la verdad, señora.
—¡La verdad! Os he dicho lo que sé.
—No me decís que la reina es una pérfida, una coqueta, que alienta a las personas a que la adoren para desesperarlas luego.
Juana le miró con aire sorprendido.
—Explicaos— dijo temblando, no de miedo sino de alegría.
Acababa de entrever en efecto, en los celos del cardenal, una salida para escapar de la difícil posición en que se hallaba y que las circunstancias no le hubieran proporcionado.
—Confesad— continuó el cardenal, que no discurría sino a través de su pasión— que la reina se niega a verme.
—No digo esto, monseñor.
—Confesad que si no me aparta del todo, lo que me hace confiar aún, me deja a un lado para no alarmar a algún otro amante, al que han podido poner sobre aviso mis asiduidades.
—¡Ah, monseñor!— exclamó Juana con un tono tan maravillosamente meloso que dejaba sospechar más de lo que quería disfrazar.
—Escuchad— prosiguió el señor Se Rohan—, la última vez que vi a Su Majestad, me pareció haber oído que alguien caminaba detrás de los macizos de arbustos.
—Locura.
—Diré todo lo que sospecho.
—No digáis una sola palabra más porque ofendéis a la reina; y por otra parte, si ella fuese lo suficiente desgraciada para temer la vigilancia de un amante, lo que no creo, ¿llegaríais a la injusticia de estimar como un crimen su pasado, que ha sacrificado en favor vuestro?
— ¡El pasado, el pasado! Palabra agobiadora, condesa, cuando este pasado es el presente y debe ser el futuro.
—¡Monseñor, me habláis como a un comisionista al que se acusa de haber aportado un mal negocio! Vuestras sospechas, son en tal forma ofensivas para la reina, que terminan siéndolo para mí.
—Entonces, condesa, probadme...
—Monseñor, si volvéis a repetir esta palabra, consideraré esta injuria como dirigida a mí.
—En fin... ¿me quiere un poco?
—Es muy sencillo averiguarlo, monseñor— contestó Juana mostrando al cardenal la mesa y todo lo necesario para escribir—. Poneos allí y preguntádselo vos mismo.
El cardenal, transportado de alegría cogió la mano de Juana.
—¿Le entregaréis la carta?
—¿Quién lo haría si no?
—¿Me prometéis una respuesta?
—Si no tuvierais una respuesta, ¿cómo sabríais a qué ateneros?
—En buena hora; así me gusta, condesa.
—¡Ya se ve!— asintió ella con sonrisa irónica.
El se sentó, tomó la pluma y empezó una esquela. Mas a pesar de su tradicional elocuencia rompió diez hojas antes de sentirse satisfecho.
—Si seguís así no acabaréis nunca.

—Es que, como veis, condesa, desconfío de mi ternura; a mi pesar se desborda y quizás molestaría a la reina.
—¡Ah!— dijo Juana—, si os parece escribidle en estilo político, ella os contestará diplomáticamente. Esta es vuestra especialidad.
—Tenéis razón y veo que sois una mujer de corazón y espíritu. Mirad, condesa, vos conocéis nuestro secreto y sería pueril ocultaros nada.
Ella sonrió.
—Lo cierto es— dijo— que tenéis muy poco que ocultarme.
—Leed por encima del hombro y tan rápidamente como yo escriba, si es que podéis, porque mi corazón arde y la pluma va a devorar el papel.
Y se puso a escribir una carta tan ardiente, tan llena de reproches amorosos y comprometedoras protestas que, cuando hubo acabado, Juana, que había leído todo, hasta la firma, se decía a sí misma:
"Acaba de escribir lo que nunca me hubiera atrevido a dictarle".
El cardenal volvió a leer y dijo a Juana:
—¿Está bien así?
—Si ella os ama— contestó la traidora— lo veréis mañana; ahora permaneced tranquilo.
—Hasta mañana, sí.
—No os pido más que esto, monseñor.
Tomó la esquela cerrada, se dejó abrazar con la mirada por el cardenal y se dirigió a su casa cuando era ya de noche.
Una vez allí, desvestida, con toda comodidad, se puso a pensar.
La situación era la que desde el principio había calculado.
Dos pasos más y llegaría a buen término.
¿A cuál de los dos debía elegir como escudo: la reina o el cardenal?
Esta carta del cardenal le dejaba en situación de no poder acusar nunca a la señora de La Motte el día que ella le obligase a reembolsar las sumas debidas por el collar.
Y admitiendo que la reina y el cardenal se viesen para hablar, ¿cómo podrían atreverse a perder a la señora de La Motte, depositaria de un secreto tan escandaloso?
La reina no provocaría el estallido y pensaría en el odio del cardenal; éste haría lo mismo con respecto a la coquetería de la reina; pero el debate tendría lugar a puerta cerrada y la señora de La Motte, sobre la que únicamente recaerían las sospechas, tomaría este pretexto para expatriarse llevando consigo la bonita cantidad de un millón y medio.
El cardenal sabría que Juana se había apoderado de los diamantes y lo adivinaría también, pero, ¿de qué le serviría dar la alerta sobre un asunto que estaba tan estrechamente ligado a lo ocurrido en el parque y en los baños de Apolo?
Sólo que no era suficiente una carta para montar un sistema defensivo. El cardenal era impaciente y escribiría siete u ocho veces más todavía.
En cuanto a la reina, ¿quién sabe si en aquel momento no estaba procurando armas, con el señor de Charny, para Juana de La Motte?
Tantas complicaciones podían conducir, en último término, a una huida y Juana preparaba de antemano su salida.
Primeramente el vencimiento, la denuncia de los joyeros. La reina se dirigiría en seguida al señor de Rohan.
¿Cómo? Por la intervención de Juana, esto era inevitable. Juana avisaría al cardenal y le invitaría a pagar. Si él se negaba le amenazaría con publicar las cartas y el de Rohan no tendría más remedio que pagar. Hecho el pago ya no habría peligro. Por lo que respecta al escándalo público, había que utilizar los efectos de la intriga. En este punto,

satisfacción absoluta. El honor de una reina y el de un príncipe de la Iglesia por el precio de un millón y medio, era demasiado barato. Juana creía estar segura de obtener tres millones en cuanto se lo propusiese.
¿Por qué Juana estaba segura en lo que a la intriga se refería?
Porque el cardenal tenía la convicción de haber visto tres noches seguidas a la reina en los bosques de Versalles, y ningún poder en el mundo podría probarle que se equivocaba. Si existía una sola prueba que demostraba la superchería, una prueba viva, irrecusable, Juana iba a hacerla desaparecer.
Cuando hubo llegado a este punto en su meditación, se acercó a la ventana y vio a Olive muy inquieta, curiosa, en su balcón.
"Esta es una cuestión entre las dos", pensó Juana mientras saludaba cariñosamente a su cómplice.
La condesa hizo la señal convenida a Olive para que bajase por la noche.
Muy contenta por haber recibido esta comunicación, Olive entró de nuevo en sus habitaciones; Juana continuó meditando.
Aniquilar el instrumento cuando no puede servir más, es el sistema de todos los intrigantes; sólo que muchos fracasan en ese punto porque le hacen gemir, lo que traiciona su secreto, o lo destruyen en forma incompleta, lo que permite que otros lo utilicen a su vez.
Juana pensaba que la pequeña Olive, ansiosa de vivir, no podría ser apartada en la forma que sería necesario sin que antes lanzase alguna queja.
Era preciso inventar, por tanto, para ella, alguna fábula que la obligase a huir y otra que la hiciese adoptar esta decisión con verdadero placer.
Las dificultades surgen a cada paso, pero hay temperamentos que gozan tanto en ir resolviéndolas como otros en ajar rosas.
Olive, aunque encantada con la sociedad de su nueva amiga, no lo estaba sino relativamente. Es decir, entreviendo este lazo a través de los cristales de su encarcelamiento, le parecía deliciosa. Pero la sincera Nicolasa no disimulaba a su amiga que ella prefería las cosas a la luz del día, los paseos al sol, todas las realidades de la vida, en fin, más que esos paseos nocturnos y esa ficticia realeza.
Juana, sus caricias y su intimidad, no eran sino remedos de la vida; la vida real era el dinero y Beausire.
Juana, que había estudiado a fondo esta teoría, prometió aplicarla cuando se presentase la primera ocasión.
En resumen, decidió poner de relieve, en su conversación con Nicolasa, la necesidad de hacer desaparecer en absoluto las pruebas de las supercherías criminales cometidas en el parque de Versalles.
Llegó la noche y Olive bajó. Juana la esperaba en la puerta.
Ambas tomaron por la calle de Saint-Claude hasta el desierto bulevar, alcanzando el coche, que, para que pudiesen hablar más cómodamente, caminaba al paso por la carretera que se dirige a Vincennes.
Nicolasa, bien disfrazada con un vestido sencillo y bajo una amplia cofia; Juana, vestida de modistilla; nadie podría haberlas reconocido. Aparte de que hubiera sido indispensable para ello mirar dentro de la carroza, y sólo la policía tenía ese derecho.
Pero nada había hecho entrar en sospechas a la policía.
Además, el vehículo llevaba en los tableros las armas de los Valois, respetables centinelas cuya consigna ningún agente se hubiera atrevido a forzar.
Olive empezó por llenar de besos a Juana, que se los devolvió con usura.
—¡Cuánto me he aburrido!— exclamaba Olive—. Os buscaba.

—Era imposible, amiga mía, que os viniese a ver, porque hubiese corrido y os hubiese hecho correr un peligro demasiado grande.
—¿Qué queréis decir?
—Un peligro terrible, querida pequeña, y del que aun me asusto.
—¡Oh! Contadme eso en seguida.
—Ya sabéis que os aburríais mucho aquí.
—¡Ay! Sí.
—Y que para distraeros deseabais salir.
—Para lo que me ayudasteis amistosamente.
—También sabéis que os hablé de un oficial de justicia un poco loco, pero muy amable, que está enamorado de la reina, a quien os parecéis.
—Sí, lo sé.
—Tuve la debilidad de proponeros una diversión inocente que consistía en alegrarnos a costa del pobre joven y engañarle haciéndole creer en un capricho de la reina por él.
—¡Ay!— suspiró Olive.
—No os recordaré los dos primeros paseos que hicimos de noche, en el jardín de Versalles, en compañía de ese pobre muchacho.
Olive suspiró de nuevo.
—De esas dos noches durante las cuales desempeñasteis tan bien el papel, que nuestro amante tomó la cosa en serio.
—Hicimos mal, sin duda— dijo Olive en voz baja—; porque verdaderamente le engañábamos y no merecía eso tan encantador caballero.
—¿Lo reconocéis?
—¡Oh! Sí.
—Mas el mal no está en eso. Haberle dado una rosa, haberos dejado llamar Majestad, haberle dado a besar vuestras manos, son pequeñas travesuras. Pero..., mi pequeña Olive, me parece que no fue eso todo...
Olive se sonrojó en tal forma, que, a no haber sido por la oscuridad de la noche, Juana lo hubiera notado forzosamente. Bien es verdad que, como mujer de talento, miraba hacia el camino y no a su compañera.
—¡Cómo!...— balbuceó Nicolasa—. ¿Qué queréis decir?... ¿No es eso todo?
—Hubo una tercera entrevista— dijo Juana.
—Sí— reconoció Olive vacilando—. ¡Demasiado lo sabéis puesto que estabais allí!
—Perdón, querida amiga; como siempre, estaba lejos, vigilando o haciendo como que vigilaba para dar más veracidad a vuestro papel. Por lo tanto, no vi ni oí lo que ocurría en la gruta. No sé sino lo que vos me contasteis, es decir, que habíais paseado, hablado y que las rosas y los besos en las manos se habían repetido. Yo creo todo lo que se me cuenta, querida.
—Sí.. pero...— dijo temblando Olive.
—Pero parece que nuestro loco dice que la reina le concedió más de lo que cuenta.
—¿Qué?
—Parece que enervado, aturdido, excitado, se vanagloria de haber obtenido de la reina una prueba irrecusable de amor compartido. Decididamente este pobre diablo está loco.
—¡Dios mío!— murmuró Olive.
—En primer lugar está loco porque miente, ¿verdad?— preguntó Juana.
—Ciertamente...
—Sin decírmelo, no os habríais expuesto a un peligro semejante, ¿verdad, querida?
Olive se estremeció.
—¿Cómo puede ser verdad que vos, que amáis al señor de Beausire y me tenéis por compañera— continuó diciendo la terrible amiga—; vos, cortejada por el conde de

Cagliostro, al que rechazáis, habéis tenido el capricho de conceder a ese loco el derecho de... decir?... No; ese hombre ha perdido el juicio, decididamente.
—Pero, en fin, ¿dónde está el peligro?
—Lo vais a comprender. Tenemos que habérnoslas con un loco, es decir, con un hombre que no teme nada ni tiene el menor miramiento. En tanto que se trataba de una rosa entregada o de una mano besada, no había nada que decir; una reina tiene rosas en el parque y sus manos a la disposición de sus súbditos; pero si fuera verdad que en la tercera entrevista... ¡Ah! Hija mía, desde que se me ha ocurrido esto, ya no me río.
Olive se sintió estremecer de miedo,
—¿Qué ocurrirá, pues?— preguntó.
—En primer lugar, vos no sois la reina. Al menos, que yo sepa...
—No.
—Y habiendo usurpado la condición de Su Majestad para cometer una... ligereza de esa índole...
—¿Qué?
—¿Qué? A eso le llaman crimen de lesa majestad, y tal crimen se condena con la muerte.
Olive ocultó el rostro entre sus manos.
—Después de todo, como vos no habéis hecho lo que ese oficial pretende con jactancia, estaréis pronta a demostrarlo. Por lo que se refiere a las dos ligerezas precedentes, son castigadas sólo con unos años de prisión y destierro.
—¡Prisión! ¡Destierro!— exclamó Olive aterrada.
—Esto no es una cosa irreparable. Yo tomaré mis precauciones y me pondré a resguardo.
—¿También vos tenéis algo que temer?
—¡Por Dios! ¿Acaso ese insensato no me denunciará en seguida? ¡Ah, mí pobre Olive, ha sido una mistificación que nos va a costar cara!
Olive comenzó a sollozar.
—¡Cuan infeliz soy! Este maldito carácter mío me perderá; no puedo estar tranquila. Parece que el genio del mal me persigue. ¡Ya veréis, cómo después de esta desgracia me sobrevendrá otra!
—No os desesperéis; tratad tan sólo de evitar el escándalo.
—¡Oh! Me encerraré en la casa de mi protector. ¿Y si se lo confesase todo?
—¡Bonita idea! Decir a un hombre que os lleva en palmas, disimulando el amor que siente por vos, la imprudencia que cometisteis con otro. Digo sólo imprudencia, notadlo bien; sin contar con lo que sospechará.
—¡Dios mío! Tenéis razón.
—Hay más; el rumor sobre esto se va a extender, las búsquedas de los magistrados despertarán los escrúpulos de vuestro protector. ¿Quién sabe si para quedar bien con la corte no os entregará?
—¡Oh!
—Admitamos que se limite pura y simplemente a echaros. ¿Qué será de vos?
—Estaría perdida irremisiblemente.
—Y el señor de Beausire, cuando sepa esto...— dijo lentamente Juana, estudiando el efecto del golpe.
Olive se sobresaltó ante tal idea.
— ¡Me matará! ¡Oh, no— dijo—, me mataré yo antes!
Y volviéndose hacia Juana añadió con desesperación:
—Vos no podéis salvarme, puesto que también estáis perdida.

—Yo tengo en Picardía, en un rincón, una granja. Si se pudiese llegar a ese refugio antes de que se produzca el escándalo, tal vez nos quedaría una probabilidad.
—Pero si este loco os conoce, siempre sabrá encontraros.
—¡Oh! Una vez que vos os hubieseis ido y escondido, cuando no os hallasen, no le temería al loco. Yo diría: "Sois un insensato al decir cosas semejantes; probadlas", lo cual sería imposible; y en voz baja agregaría: "¡Sois un cobarde!"
—Me marcharé cuando y como queráis— decidió Olive.
—Me parece que es lo prudente — contestó Juana.
—¿Es necesario marcharse en seguida?
—No, esperad a que yo tenga preparadas todas mis cosas para evitar contratiempos. Escondeos y no os mostréis ni siquiera a mí. Disfrazaos ante vuestro espejo.
—Sí, sí, contad conmigo, querida amiga.
—Y para empezar, volvamos; ya no tenemos nada más que decirnos.
—Volvamos. ¿Cuánto tiempo necesitáis para vuestros preparativos?
—No lo sé; pero tened presente una cosa; de aquí al día de la partida, yo no apareceré ante vos en la ventana. Si me veis en ella, pensad que la partida es aquel día y estad dispuesta.
—Perfectamente, amiga mía. Muchas gracias.
Volvieron lentamente hacia la calle de Saint-Claude. Olive no se atrevía a hablar a Juana y ésta estaba demasiado abstraída para pensar en hablar a Olive.
Al llegar, se abrazaron; Olive pidió humildemente perdón por todos los sinsabores que le había causado.
—Soy mujer— contestó la señora de La Motte parodiando al poeta latino— y disculpo toda debilidad femenina.

CAPITULO LXXII
LA HUIDA

Olive cumplió lo prometido.
Juana hizo otro tanto.
A partir del día siguiente, Nicolasa había pasado desapercibida para todo el mundo y nadie podía sospechar que vivía en la calle de Saint-Claude.
Juana, por su parte, lo preparaba todo sabiendo que el día siguiente debía coincidir con el vencimiento del primer pago de quinientas mil libras.
Este momento terrible era el último blanco de sus observaciones.
Había calculado sabiamente la alternativa de una huida, cosa fácil, pero que constituía una acusación irrebatible.
Quedarse inmóvil como el duelista que aguarda los golpes de su adversario, con la probabilidad de caer, pero también con la de matar a su enemigo: tal fue la resolución que adoptó la condesa.
He aquí por qué, al día siguiente de su entrevista con Olive, apareció a las dos en su ventana para dar a entender a la falsa reina que aquella noche debía estar preparada para marcharse.
Explicar la alegría y el miedo de Olive sería algo imposible. La necesidad de huir significaba la existencia de un peligro y la posibilidad de la salvación.
Envió un expresivo beso a Juana y se aprestó a hacer sus preparativos.
Juana, después de hecha la señal, desapareció de su casa para buscar la carroza en la cual partiría la señorita Nicolasa.
Y esto fue todo. Nada hubiera podido sospechar el más curioso observador en aquella pantomima.

Cortinas corridas, ventanas cerradas, luz que sólo aparecía de tanto en tanto. Después ruidos misteriosos, rozamientos cuya naturaleza no podía adivinarse y una agitación rara, a la que sucedió un silencio absoluto.
Daban las once de la noche en Saint-Paul y el viento del río traía las campanadas hasta la calle de Saint-Claude, cuando Juana llegó a la calle de Saint-Louis con un carruaje de posta tirado por tres caballos.
En el pescante del coche, un hombre envuelto en una manta indicaba la dirección al postillón.
Juana tiró del extremo de la manta de este hombre e hizo que se detuviese en la esquina de la calle del Roí - Doré.
El hombre volvióse para hablar con su dueña.
—Que se quede aquí el carruaje, querido señor Reteau— ordenó Juana—; una media hora bastará. Traeré a alguien que subirá en la carroza y a quien haréis conducir a mi pequeña casa de Amiens pagando dobles guías.
—Sí, señora condesa.
—Una vez allí acompañaréis a esta persona a la residencia de mi colono Fontaine, que ya sabe lo que tiene, que hacer.
—Perfectamente.
—Me olvidaba..., ¿vais armado, mi querido Reteau?
—Sí, señora.
—Esta dama ha sido amenazada por un loco... Tal vez quiera detenerla en el camino...
—¿Qué debo hacer?
—Dispararéis contra el que pretenda estorbaros el paso.
—Descuidad.
—Me habíais pedido veinte luises de gratificación; os daré cien y pagaré vuestro viaje a Londres, donde me esperaréis antes de tres meses.
—Muy bien, señora.
—Aquí están los cien luises. Sin duda ya no os veré más porque es prudente que alcancéis Saint-Valery y os embarquéis inmediatamente para Inglaterra.
—Contad conmigo.
—Es en favor vuestro.
—En el de los dos— rectificó Reteau besando la mano de la condesa—. Os esperaré.
—Voy a traer a la dama.
Reteau ocupó en el vehículo el lugar de Juana, quien, con paso ligero, llegó a la calle de Saint-Claude y subió a su casa.
Todo dormía en este barrio tranquilo. La propia Juana encendió la bujía que, levantada en el balcón, tenía que ser la señal para que bajase Olive.
"Toma todas las precauciones", se dijo la condesa al ver la ventana oscura.
Juana levantó y bajó tres veces su bujía.
Nada. Le pareció oír como un suspiro o un sí lanzado imperceptiblemente en el aire bajo el follaje de la ventana.
"Bajará sin encender la luz— pensó Juana—; no está mal".
Y a su vez bajó a la calle.
La puerta no se abría. Supuso Juana que Olive estaría molesta con algunos paquetes pesados que embarazarían sus movimientos.
"¡Cómo pierde esta tonta el tiempo por cuatro trapos!", murmuró la condesa.
No venía nadie. Se dirigió hasta la puerta de enfrente.
Nada. Escuchó acercando el oído a los clavos de ancha cabeza que había en la puerta.
Así pasó un cuarto de hora; dieron las once y media.
Caminó Juana en dirección al bulevar para ver si las ventanas estaban iluminadas.

Le pareció ver una débil luz que se movía por entre el hueco de las hojas, tras las dobles cortinas.
"¿Qué estará haciendo? ¡Habrá miserable! Pero, tal vez no haya visto la señal".
Tomó una decisión:
"Subamos de nuevo", dijo.
Y subió otra vez a su casa para repetir las señales con la bujía.
Ninguna señal respondió a las suyas.
"Esta maldita debe estar enferma; Por ello no se moverá. ¡Pero no importa! Viva o muerta haré que desaparezca esta noche".
Descendió de nuevo la escalera. Tenía en la mano la llave que tantas veces había procurado a Olive la libertad nocturna.
En el momento de introducirla en la cerradura del palacio se detuvo.
"¿Y si hubiese alguien con ella?— pensó—. Imposible, yo oiría las voces y siempre tendría tiempo para bajar de nuevo. Si encontrase a alguien en la escalera... ¡Oh!"
Estuvo a punto de retroceder ante esta peligrosa suposición.
El ruido del caracolear de los caballos sobre el sonoro pavimento, la decidió.
"¡Sin peligro no se obtiene nada bueno!— se dijo—. ¡Con audacia jamás existe peligro!"
Dio vuelta al pestillo de la pesada cerradura y la puerta se abrió.
Juana conocía las habitaciones. La escalera estaba a la izquierda y la joven subió por ella, presurosa.
Ningún ruido; ninguna luz; nadie.
Llegó hasta el descansillo de las habitaciones de Nicolasa.
Allí, bajo la puerta, se divisaba una línea luminosa y se oía el rumor de unos pasos agitados.
Juana, jadeante, pero apagando su respiración, escuchó. No hablaban. Olive debía estar sola, caminaba seguramente arreglando sus cosas. No estaba, por lo tanto, enferma y todo se reducía a un retraso.
Golpeó suavemente en la puerta.
—¡Olive! ¡Olive!— dijo—. Querida amiga...
Los pasos se acercaron en la alfombra.
—¡Abrid! ¡Abrid!— rogó.
La puerta se abrió y un gran resplandor inundó a Juana, que se halló frente a un hombre con una antorcha de tres brazos en la mano. Lanzó la condesa un grito terrible, ocultando su cara.
—¿Olive?— dijo aquel hombre—. ¿Acaso no sois vos?— Y levantó suavemente la capa de la condesa—. ¡Señora condesa de La Motte!— exclamó entonces con un tono de sorpresa admirablemente fingido.
—¡Señor de Cagliostro!— murmuró Juana a punto de desvanecerse.
Entre todos los peligros que Juana había podido suponer, jamás imaginó el que entonces encontraba.
El peligro ése no se presentaba muy terrible a primera vista, pero reflexionando un poco, al observar el aire sombrío y el profundo disimulo de ese hombre extraño, el riesgo debía ser extraordinario.
Juana estuvo a punto de perder la cabeza, retrocedió y sintió el deseo de echarse desde lo alto de la escalera.
Cagliostro le tendió cortésmente la mano, invitándola a sentarse.
_—¿A qué debo el honor de vuestra visita, señora?— dijo con voz firme.
—Caballero...— balbuceó la intrigante, que no podía apartar sus ojos de los del conde—, yo venía..., yo buscaba...

—Permitid, señora, que llame para castigar a mis criados, suficientemente groseros para no acompañar a una dama de vuestra alcurnia.
Juana tembló. Detuvo la mano del conde.
—Forzosamente— dijo este último— debéis haber caído en manos de ese bribón suizo que es mi portero y que se embriaga. No os conocería. Habrá abierto la puerta sin decir nada y sin moverse; tal vez se durmió después de abriros.
—No le riñáis, caballero— articuló Juana, que no sospechaba el lazo que le tendían—, os lo ruego.
—¿Es él quien os ha abierto?
—Me parece que sí... Pero me prometisteis no reñirle.
—Y cumpliré mi palabra, condesa— dijo sonriendo—. Os ruego que habléis ahora.
Una vez hallada esta salida, Juana, que no se creía objeto de sospecha alguna, podía mentir acerca del móvil de su visita. No desaprovechó la ocasión.
—Venía a consultaros, conde— dijo muy de prisa—, sobre ciertos rumores que corren.
—¿Qué rumores, condesa?
—Os ruego que no me apuréis— suplicó con melindroso acento—; el paso que doy es tan delicado...
"¡Busca! ¡Busca!— pensaba Cagliostro—; yo ya he encontrado",
—¿Sois amigo de Su Eminencia el cardenal de Rohan?— interrogó Juana.
"No está mal— se dijo Cagliostro—. Quiere llegar hasta el fin del hilo que tengo, pero no irá más lejos".
—Estoy, ciertamente, en buena relación Su Eminencia, señora— contestó.
—Venía a pediros me informarais sobre...
—¿Sobre qué?— apremió Cagliostro con un cierto matiz de ironía.
—Ya os he dicho que mi posición es delicada, caballero, y por ello no debéis abusar. Sabréis que el señor de Rohan me manifiesta algún aprecio y yo quisiera saber hasta qué punto puedo contar... En fin, caballero, se dice que vos leéis hasta lo más profundo de los corazones y del espíritu.
—Ilustradme algo más, señora— respondió el conde—, para que yo pueda leer en las tinieblas de vuestro corazón y vuestra inteligencia.
—Circulan rumores, caballero, de que Su Eminencia tiene amores con muy encumbrada dama. Hay quien afirma...
"Al llegar a este punto Cagliostro dirigió a Juana una mirada centelleante que la hizo enmudecer.
—Señora— dijo—, yo leo, efectivamente, en las tinieblas, pero para leer bien, necesito ser ayudado. Respondedme a las siguientes preguntas: "¿Cómo vinisteis a buscarme aquí si no vivo en esta casa?"
Juana se estremeció.
—¿En qué forma llegasteis hasta aquí? Porque no hay ni suizo ebrio, ni criados en esta parte del palacio.
"Y si no era a mí, ¿a quién veníais a buscar?
"No me respondéis, ¿verdad? Voy a hacerlo por vos:
"Entrasteis aquí con una llave que veo en vuestro bolsillo. Ahí está.
"Veníais a buscar a una joven, que, por pura bondad, yo escondía en mi casa".
Juana se estremeció aterrada.
—Y aun cuando... fuese así— respondió en voz baja—, ¿qué crimen habría cometido? ¿No está permitido a una mujer venir a ver a otra? Llamadla y os dirá si nuestra amistad no es confesable...
—Señora— interrumpió Cagliostro—, me decís eso porque sabéis que no está aquí.
—¿Que no está aquí?— exclamó espantada—. ¿No está aquí Olive?

—¡Ah!— dijo Cagliostro—. ¿Queréis convencerme de que lo ignoráis habiendo cooperado al rapto?
—¿Al rapto? ¡Yo!— exclamó Juana abrigando cierta esperanza—- ¿Se la ha raptado y vos me acusáis?
—Hago más, os lo probaré.
—¡Probadlo!—dijo la condesa.
Cagliostro tomó un papel que estaba encima de la mesa y se lo mostró. Era una esquela dirigida al conde. Decía:
"Caballero y generoso protector: Perdonadme que os deje; pero yo amo al señor de Beausire sobre todo; viene a buscarme y yo le sigo. Adiós. Recibid la expresión de mi gratitud."
—¡Beausire!— dijo Juana anonadada—. ¡Beausire!... ¡Pero él no sabía la dirección de Olive!
—Sí, señora— contestó Cagliostro mostrándole un segundo papel que sacó de su bolsillo—; mirad, he recogido este papel en la escalera; habrá caído del bolsillo del señor de Beausire.
La condesa, estremecida, leyó:
"El señor de Beausire hallará a la señorita Olive en la calle de Saint-Claude, en la esquina del bulevar; la encontrará y la acompañará inmediatamente. Es una amiga sincera la que lo aconseja. Tiempo es ya de que cese la esclavitud de la infeliz".
—¡Oh!— exclamó la condesa.
—Y se la ha llevado— dijo fríamente Cagliostro.
—Pero, ¿quién ha escrito esta esquela?
—Según las apariencias, vos, la sincera amiga de Olive.
—Pero, ¿cómo ha podido entrar hasta aquí?— exclamó Juana mirando con rabia a su impasible interlocutor.
—¿Es que no se puede entrar con vuestra llave?
—Notad que si la tengo yo, no la puede tener Beausire.
—Cuando se dispone de una llave, se pueden tener dos—insistió Cagliostro mirándola de frente.
—Vos poseéis pruebas convincentes— respondió lentamente la condesa—, en tanto que yo sólo tengo meras sospechas.
—¡Oh! Yo también las tengo y más fundadas que las vuestras, señora.
Y después de estas palabras el conde despidió a su interlocutora con un casi imperceptible ademán.
Ella empezó a bajar; pero a lo largo de la antes desierta y sombría escalera, halló ahora veinte bujías y veinte lacayos espaciados, ante los que Cagliostro exclamó en voz alta y por dos veces: "¡La señora condesa de La Motte!"
Como un basilisco que lanza fuego y veneno, salió Juana jurando venganza.

CAPITULO LXXIII
LA CARTA Y EL RECIBO

El día que siguió a aquel en que ocurrieron los acontecimientos relatados era el último del plazo fijado por la misma reina a los joyeros Boehmer y Bossange.
Como la carta de Su Majestad les recomendaba circunspección, esperaban que alguien, portador de las quinientas mil libras, se presentara en su establecimiento. Y en previsión de esto, prepararon entusiasmados un recibo, que resultó un documento inútil pues nadie fue a retirarlo.

La noche transcurrió muy cruel para los joyeros, que esperaron en vano la llegada de un mensajero inverosímil. Sin embargo consoláronse pensando que la reina tenía ocurrencias extraordinarias, y se veía obligada a ocultar la operación, por lo que el emisario no llegaría quizá sino después de la medianoche.
La llegada del alba del siguiente día sacó a Boehmer y a Bossange sus quiméricas esperanzas. Este último tomó una resolución y se dirigió a Versalles acompañado de su socio.
Pidió ser introducido ante la presencia de la reina. Se le respondió que ello sería imposible si no tenía carta de audiencia.
Asombrado, inquieto, insistió; como conocía a la gente y tenía el talento de saber colocar aquí y allá, en las antesalas, algunas piedras de desecho, le proporcionaron el medio de situarse en el lugar por donde había de pasar Su Majestad cuando volviese de su paseo por el Trianón. En efecto, María Antonieta, estremecida aún por la entrevista con Charny, del que se había convertido en amante sin ser su querida, volvía con el corazón rebosante de alegría y el espíritu radiante, cuando divisó la silueta algo contrita y respetuosa de Boehmer, quien viéndose saludado por la reina en forma que él interpretó de la mejor manera, se atrevió a pedirle unos momentos de audiencia, que le fueron prometidos para dos horas más tarde, es decir, para después de la hora de comer.
Se fue el joyero a llevar la noticia a Bossange, que esperaba en el coche.
"No hay la menor duda— se dijeron comentando los menores gestos y las menores palabras de María Antonieta— de que Su Majestad tiene en su cajón la cantidad que no pudo pagar ayer; ella nos ha citado a las dos, porque a esta hora estará sola".
Cuando dieron las dos, el joyero estaba en su puesto e inmediatamente fue introducido ante Su Majestad.
—¿Qué ocurre, Boehmer?— preguntó la reina—. ¿Venís a hablarme otra vez de joyas?
Boehmer creyó que alguien estaba escondido y que la reina tenía miedo de ser oída. Adoptó entonces un cierto aire de inteligencia al responder, a la vez que miraba a su alrededor:
—Sí, señora.
—¿Qué buscáis?— interrogó la reina sorprendida—. ¿Tenéis que comunicarme acaso algún secreto?
El no respondió nada, algo sofocado por este disimulo.
—El mismo secreto de otras veces; una joya para vender— prosiguió María Antonieta—. ¿Algún aderezo incomparable? ¡Oh! No os asustéis así, no hay nadie que pueda oírnos.
—Entonces...— murmuró Boehmer.
—Entonces, ¿qué?
—Entonces, puedo decir a Vuestra Majestad...
—Decid pronto, Boehmer.
El joyero se aproximó con su más amable sonrisa.
—Puedo decir a Vuestra Majestad que se olvidó ayer de nosotros— dijo enseñando sus dientes amarillos.
—¿Que os olvidé? Explicaos.
—Es que..., ayer..., vencía el plazo...
—¡El plazo!... ¿Qué plazo?
—Perdón, Majestad, si me permito... Ya sé que es una indiscreción. Tal vez la reina no esté preparada. Pero...
—Vamos, Boehmer— exclamó la reina—; no comprendo una palabra de lo que me decís. Explicaos.

—Vuestra Majestad no recuerda, sin duda. Es natural, en medio de tantas preocupaciones...
—¿Que no recuerdo? Acabad, señor joyero…
—Ayer vencía el primer plazo del pago del collar, dijo Boehmer tímidamente.
—Así, pues, ¿vendisteis vuestro collar?
—Me parece... que sí— murmuró Boehmer mirándola estupefacto.
—Y los compradores no os lo han pagado, mi pobre Boehmer; tanto peor. Es preciso que esas gentes hagan lo que he hecho yo; si no pueden compraros el collar que os lo devuelvan abandonando las arras.
—¿De veras?...— balbuceó el joyero, vacilante—. ¿Qué hace el honor de decirme Vuestra Majestad?
—Digo, mi pobre Boehmer, que si vuestros compradores os devuelven vuestro collar como lo he hecho, yo, dejándoos doscientas cincuenta mil libras de gratificación, esto aumentará a dos millones el valor del collar.
—¿Vuestra Majestad dice..., que nos ha devuelto el collar?— exclamó Boehmer bañado por un sudor frío.
—Sí, lo digo— respondió la reina tranquilamente—. ¿Qué os pasa?
—¡Cómo! ¿Vuestra Majestad niega haber comprado el collar?— exclamó el joyero.
—Pero ¿qué significa esta comedia?— preguntó severamente la reina—. ¿Acaso este maldito collar está predestinado a hacer perder la cabeza a la gente?
—Me pareció oír de boca de Vuestra Majestad la palabra devuelto— aventuró Boehmer, temblando como un azorado—. ¿Vuestra Majestad ha dicho que nos había devuelto el collar de diamantes?
La reina miró a Boehmer cruzando los brazos.
—Felizmente tengo con qué poderos refrescar la memoria— dijo—, porque sois un hombre bien olvidadizo, señor Boehmer, para no verme obligada a deciros algo más desagradable.
Se dirigió rectamente a su velador, sacó un papel y lo tendió al joyero.
—Me parece que la redacción está bastante clara— dijo.
Y se sentó para poder mirar mejor al desventurado mientras leía.
El rostro de éste expresó al principio la más completa incredulidad y después, paulatinamente, el espanto, más terrible.
—Pues bien— dijo la reina—, no podréis menos de reconocer este recibo que demuestra en debida forma la devolución del collar, a menos que os hayáis olvidado de que os llamáis Boehmer.
—Pero, señora—exclamó Boehmer sofocado a la vez por la rabia y el espanto—, yo no he firmado este recibo.
La reina retrocedió fulminando a su interlocutor con una mirada centelleante.
— ¡Lo negáis!
—En absoluto... Aunque tuviera que dejar aquí mi libertad, mi vida, tengo que decir que yo no he recibido ese collar jamás ni he firmado este recibo. Aunque aquí se hallase la horca y el verdugo, repetiría de nuevo: No, majestad, este recibo no es mío.
—Vamos, caballero— dijo la reina palideciendo ligeramente—, ¿os he robado entonces? ¿Tengo, pues, vuestro collar?
Boehmer buscó en su bolsillo y sacó una carta que a su vez entregó a la reina.
—No creo, señora— dijo con voz respetuosa, pero alterada por la emoción—, que si Vuestra Majestad hubiese querido devolver el collar, hubiera escrito este reconocimiento.
—¿Qué es este pedazo de papel?— exclamó la reina—. ¡Yo no he escrito nunca esto! ¿Acaso es ésta mi letra?

—Está firmado— dijo Boehmer vacilante.
—¡María Antonieta de Francia!... ¡Estáis loco! ¿Soy yo de Francia? ¿No soy archiduquesa de Austria? ¿No es absurdo decir que yo haya escrito esto? Vamos, señor Boehmer, el lazo es demasiado burdo y debéis comunicarlo así a vuestros falsarios.
—¡A mis falsarios!...— balbuceó el joyero, que estuvo a punto de desmayarse al oír estas palabras—. ¿Vuestra Majestad sospecha de mí, de Boehmer?
—¿No sospecháis vos de mí, de María Antonieta?— dijo la reina con altivez.—
—Pero esa carta...— insistió él indicando el papel que la reina tenía en sus manos.
—¿Y ese recibo?— contestó ella mostrando el papel que él no había dejado todavía.
Boehmer se vio obligado a apoyarse en un sillón; el entarimado bailaba bajo sus pies; aspiraba el aire a grandes bocanadas y el color purpúreo de la apoplejía había sustituido a la lívida palidez del desfallecimiento.
—Devolvedme mi recibo— dijo la reina—; lo tengo por válido y vos quedaos con vuestra carta firmada por María Antonieta de Francia; cualquier juez os dirá el valor que tiene.
Y tras haberle lanzado la esquela y haberle arrancado el recibo de las manos, le dio la espalda y pasó a una habitación vecina, abandonando a su suerte al desdichado.
No obstante, después de algunos minutos, que le sirvieron para recuperarse, salió, aturdido, del gabinete y se dirigió al encuentro de Bossange, al que contó lo sucedido en tal forma que se hizo sospechoso para su propio asociado.
Pero repitió tanto y con tal convicción lo ocurrido, que Bossange empezó por arrancarse la peluca, lo que para las personas que pasaban y que miraban hacia el carruaje, fue, a la vez, el más doloroso y cómico de los espectáculos.
Sin embargo, como no era cosa de pasar el día entero dentro de la carroza, desesperándose, los dos joyeros pensaron que debían unirse para forzar si era posible, la puerta de la reina y obtener algo que se pareciese; a una explicación.
Se encaminaron, pues, hacia el palacio con un aspecto que inspiraba lástima, cuando se encontraron con un oficial que iba a buscar a uno o al otro. Calcúlese la alegría de los infelices, y su prisa para obedecer.
Los dos joyeros fueron introducidos sin tardanza.

CAPÍTULO LXXIV
REY, NO PUEDO; PRINCIPE, NO QUIERO; ROHAN, LO ACEPTO

La reina parecía esperar impacientemente. Por eso, cuando divisó a los joyeros, dijo con viveza:
—¡Ah! Ya tenemos aquí al señor Bossange; habéis acudido a buscar refuerzos, Boehmer; tanto mejor.
El aludido no encontró nada que decir, pero pensaba muchas cosas. Lo que mejor cuadra en estas ocasiones, es proceder con ademanes; Boehmer se echó a los pies de María Antonieta.
El ademán no podía ser más expresivo.
Bossange lo imitó.
—Caballeros, en este momento estoy tranquila y no me irritaré más. Se me ha ocurrido por otra parte una idea que modifica mi modo de pensar respecto a vosotros. No hay duda de que en este asunto somos víctimas de algún engaño misterioso..., que no es misterioso para mí.
—¡Ah, señora!— exclamó Boehmer entusiasmado por las palabras de la reina—, ¿no sospecháis ya que nosotros hayamos...? ¡Oh, cómo cuesta pronunciar esa palabra: falsario!...

—Creed que para mí es tan dura de oír como para vos de pronunciar— dijo la reina—. No sospecho de vosotros, no.
—¿Vuestra Majestad sospecha entonces de alguien?
—Contestad a mis preguntas. ¿Decís que no tenéis los diamantes?
—No los tenemos— respondieron al mismo tiempo los dos joyeros.
—No os importa saber a quién se los había entregado yo para que os los devolviese, porque esto me concierne. ¿Visteis a la condesa de La Motte?
—Perdonad, señora, la hemos visto...
—¿Y no os dio nada de mi parte?
—No, Majestad. La señora condesa nos dijo tan sólo: "Esperad".
—Pero esa carta mía, ¿quién os la entregó?
—¿Esta carta?— contestó Boehmer—. ¿La que Vuestra Majestad ha tenido en sus manos? Un mensajero desconocido que la trajo a nuestra casa durante la noche.
Y mostró la carta falsa.
—¡Ah!— exclamó la reina—; bien: ya veis que no procede directamente de mí.
Llamó y apareció un criado.
—Que hagan venir a la señora condesa de La Motte— ordenó tranquilamente—. ¿No habéis visto a nadie más?— continuó diciendo con la misma calma—. ¿No visteis al señor de Rohan?
—Al señor de Rohan sí, señora; vino a hacernos una visita y a informarse...
—¡Muy bien! No vayamos más lejos; desde el momento en que el señor cardenal de Rohan se encuentra mezclado en este asunto, haríais mal en desesperaros. Ya adivino lo que ha pasado: la señora de La Motte, al deciros esta palabra: esperad, habrá querido decir... No, no adivino nada ni quiero hacerlo. Id a encontrar al señor cardenal y contadle lo que me acabáis de decir; no perdáis tiempo y añadid que yo lo sé todo.
Los joyeros, reanimados por este pequeño hálito de esperanza, cambiaron entre ellos una mirada más tranquila.
Bossange, que quería decir algo, se atrevió a insinuar en voz baja:
—Sin embargo, la reina tiene entre sus manos un recibo falso y lo que es falso es un delito.
María Antonieta frunció el ceño.
—Es verdad— dijo—, puesto que si vosotros no recibisteis el collar, esto es una falsedad. Pero para comprobarlo es indispensable que os caree con la persona a quien encargué la misión de entregaros los diamantes.
—Cuando quiera Vuestra Majestad— exclamó Bossange—; nosotros, cómo honrados comerciantes, no tememos la luz.
—Id, pues, a buscar la evidencia a casa del cardenal, sólo él puede aclarar todo esto.
—¿Nos permitirá Vuestra Majestad que le traigamos la respuesta?— preguntó Boehmer.
—Lo sabré antes que vosotros— respondió la reina—, y os sacaré, del apuro. Id.
Los despidió y cuando hubieron partido, cada vez más inquieta, empezó a enviar emisario tras emisario en busca de la señora de La Motte.
No la seguiremos en sus averiguaciones y en sus sospechas. Por el contrario, vamos a abandonarla, para unirnos a los joyeros en busca de la tan deseada verdad.
El cardenal estaba en su casa leyendo con ira imposible de describir una pequeña carta que la señora de La Motte acababa de remitirle, según decía, desde Versalles. La misiva era dura y sacaba toda esperanza al cardenal; le conminaba para que no pensase en nada; le prohibía que apareciese en Versalles y hacía un llamamiento a su lealtad para no reanudar unas relaciones que se habían convertido en imposibles.

Al leer de nuevo estas palabras, el cardenal sobresaltábase, leyendo deletreaba palabra por palabra y parecía querer pedir cuentas al papel de las duras frases que una mano cruel había acumulado.

—¡Coqueta, caprichosa, pérfida!— decía en su desesperación—. ¡Oh! ¡Me vengaré!

Reunía entonces todas las ruindades que consuelan a los corazones débiles en sus dolores de amor, pero que no bastan a curarlos.

—Me ha escrito cuatro cartas, cada una de las cuales es más injusta y tiránica que las anteriores. Me ha tomado por mera distracción. Es una humillación que apenas podría perdonarle si no me sacrificase a un nuevo capricho.

Y el infeliz, creyéndose burlado, releía con el fervor de la esperanza carta por carta, cuyo rigor estaba apuntalado con un arte de proporciones despiadadas.

La última era una obra maestra de maldad que había consternado al cardenal, y sin embargo amaba éste hasta tal punto que, por espíritu de paradoja, se deleitaba leyendo y volviendo a leer las frías líneas llenas de dureza que procedían de Versalles, según la señora de La Motte.

En aquel preciso momento se presentaron en su palacio los joyeros.

Quedó el cardenal muy sorprendido por su insistencia en forzar la consigna. Despidió tres veces a su ayuda de cámara, el cual volvió por cuarta vez diciendo que Boehmer y Bossange habían expresado su propósito de no retirarse sino por la fuerza.

—¿Qué significa esto?— inquirió el cardenal—. Hacedlos entrar.

Entraron. Sus rostros trastornados demostraban de manera elocuente los combates que habían tenido que sostener moral y físicamente. Si bien es cierto que habían quedado vencedores en uno de estos combates, también lo es que habían perdido el otro.

—Ante todo, ¿qué significa esa brutalidad, señores joyeros?— clamó el cardenal—. ¿Se os debe algo aquí acaso?

El tono de esta acogida espantó a los dos asociados.

—¿Es que las escenas anteriores se van a repetir?— sugirió Boehmer con un guiño a su compañero.

— ¡Oh! No, no— dijo este último sujetando su peluca con un gesto belicoso—, en cuanto a mí estoy dispuesto a todos los ataques.

Y dio un paso adelante en forma casi amenazadora mientras Boehmer, más prudente, quedaba algo atrás.

El cardenal creyó que se habían vuelto locos y así lo dijo claramente.

—Monseñor— suplicó desesperado Boehmer cortando las palabras con un suspiro—, ¡justicia, misericordia!

—Evitad que desesperemos y no nos forcéis a faltar al respeto al más grande e ilustre de los príncipes.

—Caballeros, o no sois locos, y en tal caso os haré echar por las ventanas, o lo sois, en cuyo caso os haré poner sencillamente en la puerta. Elegid.

—Monseñor, no somos locos, sino robados.

—¿Qué me importa a mí?— replicó el señor de Rohan—; no soy el jefe de policía.

—Pero tenéis el collar en vuestras manos, monseñor— dijo Boehmer sollozando—; os veréis obligado a deponer ante la justicia...

—¿Que yo lo tengo? ¿Acaso ha sido robado el collar?

—Sí, monseñor.

—¿Y qué dice la reina?

—La reina nos ha enviado a vos, monseñor.

—Su Majestad es muy amable. ¿Pero qué puedo hacer yo, amigos míos?

—Lo podéis todo, monseñor. Por ejemplo, decir qué se ha hecho del collar.

—¿Yo?

—Sin duda.
—Mi querido señor Boehmer, podríais utilizar semejante lenguaje si yo perteneciese a la banda de ladrones que ha robado el collar a la reina.
—No es a la reina a quien se lo han robado.
—¡Dios mío! ¿A quién entonces?
—La reina niega haberlo tenido en su poder.
—¡Que lo niega!— repitió el cardenal vacilando—. ¿No tenéis un recibo de ella?
—La reina dice que es falso.
—¡Vamos! Habéis perdido la cabeza, caballeros.
—¿Es verdad?— interrogó Boehmer a Bossange, que contestó con un triple asentimiento.
—La reina niega no sólo que haya escrito el reconocimiento, puesto que dice que es falso, sino que nos ha enseñado un recibo según el cual nos había devuelto el collar.
—¿Un recibo vuestro?— se interesó el cardenal—. ¿Y este recibo?
—Es tan falso como el otro, señor cardenal; vos lo sabéis bien.
—¿Falso?... ¿Dos documentos falsos?... ¿Y decís que yo lo sé?
—Seguramente, puesto que vinisteis para confirmar lo que nos había dicho la señora de La Motte; porque sabíais que habíamos vendido el collar y que estaba en poder de la reina.
—Veamos— dijo el cardenal pasando una mano por su frente—, me parece que todas éstas son cosas muy graves. Entendámonos. He aquí mis operaciones con vosotros.
—Sí, monseñor.
—En primer término, compra hecha por mí por cuenta de Su Majestad de un collar de cuyo importe os adelanté doscientas cincuenta mil libras.
—Es verdad, monseñor.
—Tras esto, venta suscrita directamente por la reina, al menos según me habéis dicho, a plazos fijados por ella y bajo la responsabilidad de su firma.
—¿De su firma?... ¿Decís la firma de la reina, monseñor?
—Mostrádmela.
—Aquí está;
Los joyeros sacaron la carta. El cardenal pasó la mirada por ella.
—¡Pero, sois unos cándidos!... María Antonieta de Francia... ¿No es acaso la reina una descendiente de la casa de Austria? ¡Os han robado! ¡La letra y la firma, todo es falso!
—Pero entonces— exclamaron los joyeros en el colmo de la desesperación—, la señora de La Motte debe conocer al ladrón y al falsario...
La verdad de esta aserción impresionó al cardenal.
—Llamemos a la señora de La Motte— dijo muy turbado.
Sus criados se lanzaron a la busca de Juana, cuya carroza no podía estar muy lejos todavía.
Sin embargo, Boehmer y Bossange, agazapándose, como las liebres en su agujero, en las promesas de la reina, repetían:
—¿Dónde está el collar? ¿Dónde está el collar?
—Me vais a dejar sordo— respondió el cardenal de mal humor—. Yo se lo he entregado personalmente a la reina, esto es todo lo que sé.
—¡El collar! ¡Si no se nos paga, queremos el collar!— repetían los dos comerciantes.
—Señores, esto no me afecta en lo más mínimo— repitió el cardenal fuera de sí y decidido a despedirlos.
—¡La señora de La Motte! ¡La señora de La Motte! — gritaban Boehmer y Bossange, roncos ya—. ¡Ella es la que nos ha perdido!

—La señora de La Motte es de una probidad sobre la que os prohíbo sospechar, bajo pena de ser apaleados en mi palacio.
—En fin, hay un culpable— dijo Boehmer en un tono lastimero—; estas dos falsedades han sido cometidas por alguien.
—¿Yo, acaso?— desafió el señor de Rohan con altivez.
—En realidad, monseñor, no queremos decir esto.
—Pues bien, ¿entonces?
—Entonces, monseñor, una explicación, en nombre del cielo.
—Esperad a que pueda darme una a mí mismo.
—Pero, monseñor, ¿qué le diremos a la reina?, porque Su Majestad está indignada contra nosotros.
—¿Y qué dice ella?
—Dice que vos o la señora de La Motte tenéis que poseer el collar, pero no ella.
—Pues bien— decidió el cardenal pálido de vergüenza y de cólera—, id a decir a la reina que... ¡No, no le digáis nada! Ya ha habido bastante escándalo. Pero mañana... me oís, yo oficio en la capilla de Versalles; venid, veréis cómo me acerco a la reina, le hablo, le pregunto si ella tiene el collar y oiréis lo que ella responde; si frente a mí, niega... entonces, caballeros, como soy un Rohan ¡pagaré!
Y dichas estas palabras, con un énfasis del que la prosa no puede dar una idea, el príncipe despidió a los dos asociados.
—Hasta mañana, pues, ¿no es así, monseñor?
—Hasta mañana a las once de la mañana, en la capilla de Versalles— respondió el cardenal.

CAPITULO LXXV
ESGRIMA Y DIPLOMACIA

A las diez del día siguiente, entraba en Versalles una carroza con las armas del señor de Breteuil. Aquellos de nuestros lectores que se acuerden de la historia de Bálsamo y de Gilberto, no habrán olvidado que el señor de Breteuil, rival y enemigo personal del señor de Rohan, buscaba desde hacía mucho tiempo la ocasión de inferir una herida mortal a su enemigo.
La diplomacia es a este respecto muy superior a la esgrima, ya que en este último arte, una respuesta, buena o mala, debe ser dada en un segundo, mientras que los diplomáticos tienen quince años y más, si es preciso, para dar su golpe y hacerlo mortal.
El señor de Breteuil había hecho pedir, una hora antes, audiencia al rey y halló a Su Majestad vistiéndose para ir a misa.
—Tiempo soberbio— dijo Luis XVI alegre, cuando el diplomático entró en el gabinete—; un verdadero tiempo de la Asunción; ved, no hay una sola nube en el cielo.
—Me hallo desolado por tener que traer una nube a vuestra tranquilidad— respondió el ministro.
—¡Vamos!— exclamó el rey frunciendo el ceño—; ya tenemos un mal principio del día. ¿Qué ocurre?
—Me encuentro en un verdadero apuro para contar esto, sire, más aún porque se trata de un asunto que no se refiere a mi ministerio. Es algo así como un robo y concierne al jefe de policía.
—¡Un robo!— murmuró el rey—. Vos sois el guardasellos y los ladrones acaban por hallar siempre a la justicia. Esto concierne al guardasellos y como lo sois podéis hablar.
—Pues bien, Majestad, he aquí la cuestión. ¿Habéis oído hablar de un collar de diamantes?

—¿El del señor Boehmer?
—El mismo, sire.
—¿El que la reina rechazó?
—Precisamente.
—Esta negativa me ha valido un hermoso buque, el Suffren— dijo, el rey frotándose las manos.
—Pues bien, Majestad— dijo el barón de Breteuil, insensible a todo el daño que iba a hacer—, ese collar ha sido robado.
—Tanto peor. Era muy caro, pero los diamantes pueden ser identificados. Separarlos sería perder el fruto del robo. Se dejará el collar entero y la policía lo encontrará.
—Sire— contestó el barón de Breteuil—, no se trata de un robo ordinario. Circulan muchos rumores.
—¡Rumores! ¿Qué queréis decir?
—Se pretende, señor, que la reina ha guardado ese collar.
—¡Cómo! ¿Guardado? En presencia mía no lo quiso y ni siquiera lo miró. Locuras, cosas absurdas, barón; la reina no ha guardado el collar.
—Sire, no he utilizado la palabra adecuada; las calumnias son siempre tan ciegas a propósito de los soberanos, que la expresión es harto molesta para los oídos reales. La palabra guardado...
—Bueno, señor Breteuil— dijo el rey sonriendo—, ¿supongo que no se dirá que la reina lo ha robado?...
—Majestad— respondió el señor de Breteuil con viveza—, se dice que la reina volvió a adquirirlo después de habéroslo rechazado; se dice, y no tengo necesidad de repetir aquí hasta qué punto mi respeto y mi devoción desprecian estas infames suposiciones, que los joyeros poseen un recibo de Su Majestad la reina para dar fe de que ella guarda el collar.
El rey palideció.
—¡Se dice esto!— repitió—.¡Qué no se dice! Pero, después de todo, esto no me asombra. La reina habrá comprado secretamente el collar y yo no la censuraré por esto. La reina es una mujer y el collar es una pieza rara y maravillosa. A Dios gracias, María Antonieta puede gastar un millón y medio para su tocado si lo desea. Yo lo aprobaré; no habrá hecho mal más que en una cosa: no decírmelo. Pero no es al rey al que le interesa mezclarse en este asunto, sino al marido. Este reñirá a la mujer si quiere o si puede. No reconozco a nadie el derecho a intervenir ni siquiera con una maledicencia.
El barón se inclinó ante tan nobles y firmes palabras del rey. Pero Luis XVI no tenía más que la apariencia de la firmeza. Un momento después de haberla manifestado aparecía vacilante, inquieto...
—Y puesto que habláis de robo... ¿no habíais dicho que era un robo?... Si lo ha habido, el collar no estaría en las manos de la reina. Sed lógico.
—Vuestra Majestad me ha sorprendido con su cólera y no he podido concluir.
—¡Mi cólera!... ¿Yo colérico?... ¡Barón, barón!...
Y el buen rey se echó a reír.
—Mirad, decídmelo todo, inclusive que la reina ha vendido el collar a los judíos. ¡Desdichada, algunas veces tiene necesidad de dinero y yo no se lo doy siempre!
—He aquí precisamente lo que iba a tener el honor de decir a Vuestra Majestad. La reina hizo pedir hace dos meses por mediación del señor de Calonne, quinientas mil libras y Vuestra Majestad se negó a firmar el crédito.
—Es verdad.
—Pues bien, sire, ese dinero, según se dice, debía servir para pagar la primera entrega de la compra del collar. La reina, al no tenerlo, no pagó.

—Y bien— dijo el rey interesado paulatinamente como cuando la duda va convirtiéndose en certeza.
—Pues bien, señor, aquí empieza la historia que mi celo me obliga a contar a Vuestra Majestad.
—¡Qué! ¿Decís que la historia comienza aquí? ¿Qué ha ocurrido, entonces, Dios mío?— exclamó el rey.
—Sire, se dice que la reina se dirigió a determinada persona para disponer de dinero.
—¿A quién? A un judío, ¿verdad?
—No, Majestad.
—¡Dios mío! Decís esto con un aire extraño, Breteuil. Vamos, ya lo adivino, una intriga extranjera, la reina habrá pedido dinero a su hermano, a su familia. Está el de Austria en todo esto. Ya se sabe hasta qué punto se mostraba susceptible el rey a propósito de la corte de Viena.
—Ojalá hubiera sido así— contestó el señor de Breteuil.
—¡Cómo! ¿A quién, pues, ha podido pedir la reina ese dinero?
—Sire, no me atrevo...
—Me sorprendéis, caballero— dijo el rey levantando la cabeza y adoptando de nuevo una actitud firme— Hablad inmediatamente y nombradme al prestamista del dinero.
—El señor de Rohan, sire.
—¿No os ruborizáis al nombrar al señor de Rohan, el hombre más arruinado del reino?
—Majestad...— aventuró el señor de Breteuil bajando la mirada.
—He aquí un aire que me disgusta— añadió el rey— y os debéis explicar pronto, señor guardasellos.
—No, sire; por nada del mundo, teniendo en cuenta que nada me puede obligar a que pronuncie una palabra comprometedora para el honor de mi rey y de mi soberana.
El rey frunció el ceño.
—Descendemos mucho, señor de Breteuil— dijo—; esta relación policíaca está impregnada de emanaciones pestilentes de la sentina de donde surge.
—Toda calumnia emana miasmas mortales, sire, y he aquí por qué es necesario que los reyes realicen una acción purificadora acudiendo a los grandes remedios, si quieren evitar que ese veneno empañe el brillo de su trono.
—¡El señor de Rohan!— murmuró el rey—. Pero, ¿es verosímil?... ¿El cardenal deja decir...?
—Vuestra Majestad se convencerá, de que el señor de Rohan ha estado en negociaciones con los joyeros Boehmer, y Bossange; que el asunto de la venta ha sido arreglado por él, que estipuló las condiciones del pago.
—¿De veras?— exclamó el rey turbado por la cólera y los celos.
—Es un hecho que el más sencillo interrogatorio demostrará. Os aseguro, sire, que así ocurrirá.
—¿Me lo aseguráis?
—Bajo mi responsabilidad, sire, y sin la menor reserva.
El rey empezó a dar grandes pasos por su gabinete.
—Cosas muy graves son éstas, ciertamente. Mas no veo todavía en todo esto el robo de que me hablabais.
—Sire, los joyeros dicen tener de la reina un recibo firmado según el cual posee el collar.
—¡Ah!— exclamó el rey animado por un rayo de esperanza—. ¡Ella niega! Ya veis, pues, que niega, Breteuil.
—Sire, yo no he dejado creer a Vuestra Majestad en ningún momento que no estuviese seguro de la inocencia de la reina. ¡Yo me haría digno de lástima si Vuestra Majestad no

creyese que guardo todo el respeto, todo el amor posible en mi corazón para la más pura de las mujeres!
—Entonces, ¿acusáis al señor de Rohan?...
—¡Oh!, Majestad, las apariencias aconsejan...
—Grave acusación, Breteuil.
—Que quedará destruida tal vez ante una encuesta, pero ésta es indispensable. Pensad, señor, que la reina asegura que no tiene el collar; que los joyeros pretenden habérselo vendido; que el collar no se encuentra y que la palabra robo ha sido pronunciada por el pueblo junto al nombre del señor de Rohan y al nombre sagrado de la reina.
—Es verdad, es verdad— reconoció el rey trastornado—; Breteuil, es necesario que todo este asunto quede aclarado.
—Absolutamente, sire.
—¡Dios mío! ¿Quién pasa allá por la galería? ¿No es el señor de Rohan que se dirige a la capilla?
—Todavía, no, Majestad; el señor de Rohan no puede dirigirse a la capilla. No son las once y como oficia hoy, tiene que revestirse de los hábitos pontificales. No es él quien pasa. Vuestra Majestad dispone aún de media hora.
—¿Qué hacer entonces? ¿Hablarle? ¿Llamarlo?
—No, sire; permitid que dé un consejo a Vuestra Majestad. No hagáis que salga a la luz el asunto antes de haber hablado con Su Majestad la reina.
—Sí— asintió el rey—; ella me dirá la verdad.
—No dudemos un solo instante de ello, señor.
—Vamos, barón, colocaos allí y sin la menor reserva ni atenuante, contadme lo que se dice.
—Lo tengo detallado en esta cartera, con las correspondientes pruebas.
—Empecemos, pues, la tarea; dejad que haga cerrar la puerta del gabinete. Tenía dos audiencias por la mañana, pero las haré aplazar.
El rey dio unas órdenes y volviéndose a sentar, dirigió una última mirada por la ventana.
—Ahora sí es el cardenal. Mirad.
Breteuil se levantó, acercóse a la ventana y desde detrás de las cortinas divisó al señor de Rohan, que, con su gran ropaje de cardenal y de arzobispo, se dirigía a las habitaciones que le habían sido designadas cada vez que debía oficiar solemnemente en Versalles.
—Al fin ha llegado— exclamó el rey levantándose.
—Tanto mejor— dijo el señor de Breteuil—, la explicación no sufrirá ningún retraso.
Y se puso a informar al rey con todo el celo de un hombre que está decidido a perder a otro.
Un arte infernal había reunido en la cartera todo lo que podía abatir al cardenal. El rey veía cómo se iban amontonando las pruebas de la culpabilidad del señor de Rohan, pero se desesperaba al notar que no llegaban las pruebas de la inocencia de la reina.
Sufría impacientemente este suplicio desde hacía un cuarto de hora, cuando de pronto se oyeron unos gritos en la galería vecina.
El rey prestó atención y Breteuil interrumpió la lectura.
Un oficial vino a golpear en la puerta del gabinete.
—¿Qué ocurre?— preguntó el rey, cuyos nervios estaban en tensión desde la revelación del señor de Breteuil.
El oficial se presentó.
—Sire, Su Majestad la reina ruega a Vuestra Majestad que tenga a bien pasar a sus habitaciones.
—Hay algo nuevo— dijo Luis XVI palideciendo.

—Tal vez— murmuró Breteuil.
—Voy a las habitaciones de la reina. Esperadme aquí, señor de Breteuil.
"Bien, ya llegamos al desenlace", se dijo el guardasellos.

CAPITULO LXXVI
GENTILHOMBRE, CARDENAL Y REINA

En el momento en que el señor de Breteuil entraba en el gabinete del rey, el señor de Charny, pálido, agitado, había hecho solicitar una audiencia a la reina. Esta se estaba vistiendo; vio desde la ventana de su tocador, que daba a la terraza, a Charny, que insistía en ser introducido.
Antes de que hubiese terminado la petición, la reina dio orden de que se le hiciese pasar.
Charny entró, estrechó temblando la mano que la soberana le tendía y con voz ahogada, dijo:
—¡Ah, señora, qué desgracia!
—¿Qué os ocurre?— exclamó la reina palideciendo al ver que su amigo estaba sin color en el rostro.
—Señora, ¿sabéis de lo que acabo de enterarme? ¿Sabéis lo que se dice? ¿Sabéis de lo que el rey debe ya estar enterado o lo estará mañana?
—Decídmelo todo, soy fuerte— exclamó apoyando una mano sobre el corazón.
—Se dice, señora, que habéis comprado un collar a Boehmer y Bossange.
—Lo he devuelto— dijo ella con viveza.
—Escuchad; se dice que habéis simulado devolverlo, que creíais poder pagarlo; que el rey os lo impidió negándose a firmar la orden del señor de Calonne; que entonces os dirigisteis a determinada persona para encontrar dinero y que esta persona es... vuestro amante.
—¡Vos!— exclamó la reina con un gesto de sublime confianza—. ¡Vos, caballero! Dejad que digan lo que quieran. El título de amante no es para ellos una injuria tan dulce, como agradable verdad es que queda para siempre el título de amigo entre los dos.
Charny se detuvo confuso ante esta incontrastable elocuencia que exhala el verdadero amor.
Pero el tiempo que tardó en responder inquietó a la reina, y la hizo exclamar: .—¿De quién queréis hablar, señor de Charny? La calumnia es un lenguaje que no comprendo. ¿Acaso vos lo conseguís?
—Señora, prestadme mucha atención, porque los momentos son graves. Ayer fui con mi tío, el señor de Suffren, a casa de los joyeros de la corte, Boehmer y Bossange. Mi tío había traído unos diamantes de la India. Quería que se los tasasen. Se habló de todo y de todos. Los joyeros contaron al bailío una espantosa historia que hacen circular los enemigos de Vuestra Majestad. Señora, estoy desesperado; si habéis comprado el collar, contádmelo; si no lo habéis pagado, decídmelo también, pero no me dejéis creer que el señor de Rohan ha pagado por vos.
—¡El señor de Rohan!— exclamó la reina.
—Sí, el señor de Rohan, el que pasa por ser el amante de la reina; aquel a quien la reina pide prestado dinero; el que el desgraciado señor de Charny ha visto en el parque de Versalles, sonriendo a la reina, arrodillado ante la reina, el que...
—¡Caballero!— interrumpió María Antonieta—. Si cuando no me veis dais crédito a todo lo que os dicen es que no me amáis cuando me veis.
—¡Oh!— replicó el joven—; hay un peligro cercano; y os vengo a pedir un favor.
—¿Cuál es el peligro que me amenaza?— interrogó la reina.

—¿El peligro? Señora, quien no lo adivina es un insensato. El cardenal sirviendo de garantía a la reina, pagando en su nombre, la pierde. No quiero referirme al disgusto que pueda causarme la confianza que os inspira el señor de Rohan...
—¡Estáis loco!— dijo María Antonieta, colérica.
—No estoy loco, señora, pero vos sois desgraciada, estáis perdida. Yo os he visto en el parque... Me dijisteis que me había equivocado. Hoy se ha sabido todo, la mortal verdad…
La reina tomó el brazo de Charny.
—¡Loco, loco!— dijo con inexpresable angustia—. ¡Creed en el odio, en lo imposible, ved sombras, pero en nombre del cielo, después de lo que os he dicho, no creáis que sea culpable!... ¡Culpable!, esta palabra me haría saltar en un brasero encendido..., culpable... con..., yo, que jamás he pensado en vos sin rogar a Dios que me perdonase este pensamiento que me parecía un crimen. ¡Oh! Señor de Charny, si no queréis que hoy me vea perdida y muerta mañana, no me digáis que me creéis culpable.
Oliverio se retorcía las manos con angustia.
—Escuchadme si queréis que os preste un favor eficaz— dijo.
—¡Un favor de vos!— exclamó la reina—; de vos, más cruel que mis enemigos..., porque éstos no hacen sino acusarme, mientras que vos sospecháis de mí. ¡Un favor del hombre que me desprecia! ¡Jamás!
Oliverio se acercó y retuvo entre sus manos la de la reina.
—Pronto os convenceréis de que no sólo sé gemir y llorar; los momentos son preciosos; esta tarde, y a no habrá tiempo para hacer lo que procede. ¿Queréis salvarme de la desesperación salvándoos al propio tiempo del oprobio? ...
—¡Caballero!...
—¡Oh! No regatearé las palabras frente a la muerte. Si no me escucháis, os aseguro que esta noche los dos estaremos muertos, vos de vergüenza y yo por haberos visto morir. ¡De cara al enemigo como en una batalla, señora! ¡De cara al peligro! ¡De cara a la muerte! Luchemos juntos. Si sucumbís, no estaréis sola. Mirad, señora, ved en mí un hermano... ¿Tenéis... necesidad de este dinero… para pagar el collar?...
—¿Yo?
—No lo neguéis.
—Os digo...
—No me digáis que no tenéis el collar.
—Os juro...
—No juréis si queréis que os ame.
—¡Oliverio!
—Os queda aún un procedimiento para salvar vuestro honor y mi amor. El collar vale un millón seiscientas mil libras, de las que vos habéis pagado doscientas cincuenta mil. Aquí tenéis un millón y medio, tomadlo.
—¿Qué es esto?
—No lo miréis, tomadlo y pagad.
—¡Vuestros bienes vendidos! ¡Yo liquidar vuestras posesiones! ¡Oh, os despojáis por mí! Sois un noble corazón y yo no puedo comerciar con un amor así. ¡Oliverio, yo os amo!
—Aceptad.
— ¡No, pero os amo!
—¿El señor de Rohan pagará, entonces? Pensad, señora que no es una generosidad de vuestra parte, sino una crueldad que me aniquila... ¿Lo aceptáis del cardenal?
—¡Yo! ¡Deliráis, señor de Charny! ¡Soy la reina y si doy a mis súbditos amor y fortuna, jamás acepto de ellos don alguno!

—¿Qué haréis entonces?
—Vos me dictaréis la norma de conducta. ¿Qué decís que piensa el señor de Rohan?
—Cree que sois su querida.
—Sois muy duro, Oliverio...
—Hablo como se habla frente a la muerte.
—¿Qué decís que piensan los joyeros?
—Que no pudiendo pagar la reina, pagará el señor de Rohan por ella.
—¿Qué piensa el público a propósito del collar?
—Que vos lo tenéis escondido y sólo confesaréis cuando esté pagado, ya sea por el cardenal, impulsado por su amor hacia vos, ya sea por el rey por miedo al escándalo.
—Bien. Dejadme ahora que os mire de frente y os pregunte: ¿qué pensáis de las escenas que visteis en el parque de Versalles?
—Creo, señora, que tenéis necesidad de demostrarme vuestra inocencia—contestó enérgicamente Charny.
La reina enjugó el sudor que humedecía su frente.
—¡El príncipe Luis, cardenal de Rohan, gran limosnero de Francia!— gritó la voz del ujier en el corredor.
—¡El!— murmuró Charny.
—Vais a ver complacidos vuestros deseos— dijo la reina.
—¿Le recibiréis?
—Iba a hacerle llamar.
—Pero yo...
—Entrad en mi tocador y dejad la puerta entreabierta para poder oír.
—¡Señora!
—Apuraos, porque el cardenal está aquí ya.
Y empujando al señor de Charny hacia la habitación que ella le había indicado, dejó la puerta como convenía e hizo entrar al cardenal.
El señor de Rohan apareció en el umbral de la puerta. Estaba resplandeciente con su vestido de oficiante. Tras de él había quedado un séquito numeroso, en el que figuraban Boehmer y Bossange, algo turbados con sus vestidos de ceremonia.
La reina se dirigió al encuentro del cardenal tratando de sonreír.
Luis de Rohan estaba serio, e inclusive triste. Tenía la calma del hombre valiente que va a combatir, el gesto imperceptiblemente amenazante del prelado que quizás tenga que perdonar.
La reina le indicó un taburete; el cardenal permaneció de pie.
—Señora— dijo después de haber vacilado visiblemente—, yo tengo numerosas cosas importantes que comunicar a Vuestra Majestad, que parece que ha tomado la tarea de evitar mi presencia.
—¿Yo?— se extrañó la reina—. Os he visto tan poco, señor cardenal, que pensaba mandar un correo para que vinieseis.
—¿Estoy solo con Vuestra Majestad?— preguntó el cardenal en voz baja—. ¿Tengo el derecho de hablar con toda libertad?
—Con toda libertad, señor cardenal. No os violentéis, estamos solos.
Y con su firme voz, parecía querer enviar estas palabras al gentilhombre escondido en la habitación vecina. Gozaba con orgullo de su valor y de la seguridad que, desde las primeras palabras, infundiría al señor de Charny que estaría oyendo.
El cardenal se decidió a hablar. Acercó el taburete al sillón de la reina con el fin de estar lo más lejos posible de la puerta de dos hojas.
—Andáis con preámbulos— anotó la reina, afectando jovialidad.
—Es que...— dijo el cardenal.

—¿Es qué?...— repitió la reina.
—¿No vendrá el rey?
—No tengáis miedo ni del rey ni de nadie— replicó con viveza la reina.
—¡Oh! Es de vos de quien tengo miedo— expresó el cardenal con voz conmovida.
—Entonces, razón de más; yo no soy temible; hablad con pocas palabras y en alta e inteligible voz. Me gusta la claridad y si andáis con rodeos creeré que no sois un hombre honorable. Nada de gestos; me han dicho que teníais agravios contra mí. ¡Hablad; me gusta la guerra y llevo en mis venas sangre que no teme a nada! ¡Vos también, ya lo sé! ¿Qué tenéis que reprocharme?
El cardenal suspiró y levantóse como para aspirar más ampliamente el aire de la habitación. Al fin, dueño de sí mismo, se dispuso a hablar.

CAPITULO LXXVII
EXPLICACIONES

Como hemos dicho, la reina y el cardenal se hallaban cara a cara. Charny, desde el gabinete, podía oír hasta las menores palabras de los interlocutores, y las explicaciones tan impacientemente esperadas.
—Señora— dijo el cardenal inclinándose—, ¿sabéis lo que pasa a propósito de nuestro collar?
—No, caballero, no lo sé y tengo deseos de que me lo comuniquéis.
—¿Por qué me condena Vuestra Majestad desde hace tanto tiempo a servirme de un intermediario para comunicarme con ella? ¿Por qué si tenéis algún motivo de odio no me lo explicáis personalmente?
—No os comprendo, señor cardenal. No tengo ningún motivo para odiaros, pero éste no es, según creo, el motivo de nuestra conversación. Hacedme el favor de informarme de una manera precisa de lo relativo a ese desgraciado collar. Ante todo, ¿dónde está la señora de La Motte?
—La misma pregunta iba a formular a Vuestra Majestad.
—Perdonadme; si alguien puede saber dónde está la señora de La Motte sois vos.
—¿Yo, señora? ¿Y a título de qué?
—¡Oh! No estoy aquí para recibir vuestras confesiones, señor cardenal; tengo necesidad de hablar con la señora de La Motte; la he mandado llamar, la han ido a buscar a su casa diez veces y nadie responde. No dejaréis de reconocer que esta desaparición es extraña.
—Yo también, señora, me asombro de ella, porque he rogado a la señora de La Motte que viniese a verme y no he obtenido mejor resultado que Vuestra Majestad.
—Entonces dejemos a la condesa y hablemos de nosotros.
—¡Oh! No, señora, hablemos de ella primero, porque ciertas palabras de Vuestra Majestad me han dejado en una dolorosa sospecha. Me ha parecido que reprochabais mis asiduidades cerca de la condesa.
—Todavía no os he reprochado nada, caballero, pero aguardad.
—¡Oh, señora, es que una parecida sospecha me explicaría todas las susceptibilidades de vuestra alma y entonces comprendería, aun con toda mi desesperación, el rigor hasta aquí inexplicable de que habéis usado para conmigo!
—He aquí dónde dejamos de comprendernos. Habláis con una oscuridad impenetrable y no os pedí explicaciones para que embarulléis más las cosas. ¡Expresaos claramente!
—Señora— exclamó el cardenal juntando sus manos y acercándose a la reina—, hacedme el favor de no cambiar de conversación; dos palabras más a propósito de lo que hablamos hace poco y nos hubiésemos entendido.

—Verdaderamente, caballero, empleáis un lenguaje que no conozco; os ruego, pues, que utilicemos el francés. ¿Dónde está el collar que yo he devuelto a los joyeros?
—¿El collar que vos habéis devuelto?— exclamó el señor de Rohan.
—Sí, ¿qué hicisteis de él?
—¿Yo? No sé nada, señora.
—Veamos. Es una cosa muy sencilla. La señora de La Motte se llevó el collar, lo ha devuelto en mi nombre; los joyeros pretenden que no lo han recibido. Tengo un recibo que demuestra lo contrario; los joyeros dicen que el recibo es falso. La señora de La Motte podría explicarlo todo con una palabra... pero no se la encuentra. Pues bien, dejadme hacer suposiciones en lugar de comentar los hechos oscuros. La señora de La Motte ha querido devolver el collar. Vos; que habéis tenido siempre la manía, guiado por un espíritu benévolo sin duda, de que yo comprase el collar, vos que me hicisteis llegar el ofrecimiento de pagar en mi nombre, ofrecimiento...
—.. .que Vuestra Majestad rechazó muy duramente— se apresuró a decir el cardenal suspirando.
—Bien. Vos habéis perseverado en esta idea fija de que yo continuase en posesión del collar y no lo habréis devuelto a los joyeros para hacer que yo lo adquiriese en cualquier otra ocasión. La señora de La Motte ha sido débil; ella conocía mis repugnancias, la imposibilidad en que me hallaba de pagar y la resolución inquebrantable que había tomado de no tener el collar sin el dinero; ella ha conspirado con vos, llevada de su celo hacia mí, y hoy teme mi enojo y no se presenta. ¿Es esto? ¿He reconstruido los hechos en medio de esta oscuridad?, decidme que sí. Dejadme que os reproche esta ligereza, esta desobediencia a mis órdenes formales. Pagaréis con una reprimenda y todo habrá terminado. Hago más: os prometo el perdón de la señora de La Motte y que salga de su escondite. Pero, ¡por favor!, claridad, claridad, caballero; yo no quiero que en este momento se proyecte una sombra sobre mi vida. ¡No lo quiero! ¿Lo entendéis?
La reina había pronunciado estas palabras con tal vivacidad y las había acentuado con tanta firmeza, que el cardenal no se había atrevido a interrumpirla, pero tan pronto como hubo acabado, se apresuró a decir:
—Señora, voy a responder a todas esas suposiciones. No, yo no he perseverado en la idea de que vos debíais tener el collar, porque yo creía que el collar estaba en vuestras manos. Yo no me he puesto de acuerdo para nada con la señora de La Motte a propósito del collar. Yo no lo tengo tampoco, como no lo tienen los joyeros y como vos negáis tenerlo.
—¿Es posible?— dijo la reina estupefacta—. ¿No tenéis el collar?
—No, señora.
—¿No aconsejasteis a la señora de La Motte que se mantuviera al margen de esto?
—No, señora.
—¿No la escondéis?
—No, señora.
—¿Ni sabéis tampoco dónde está?
.—Lo mismo que vos, señora.
—Pero entonces, ¿cómo os explicáis todo lo que está ocurriendo?
—Señora, me veo obligado a confesar que no me lo explico. Pero además no es la primera vez que me quejo ante la reina de no ser comprendido por ella.
—¿Cuándo ha ocurrido esto otra vez, caballero? Yo no me acuerdo.
—Sed bondadosa, señora—dijo el cardenal—, y leed con el pensamiento mis cartas.
—¿Vuestras cartas?— repitió la reina sorprendida—. ¿Vos me habéis escrito?
—Demasiado poco para lo que guardaba dentro del corazón.
La reina se levantó.

—Parece que nos burlamos el uno del otro. Acabemos esta broma. ¿Qué estáis hablando de cartas? ¿A qué cartas os referís y qué tenéis bajo el corazón o en el corazón, que no sé cómo dijisteis?
—¡Dios mío, señora, quizás he dejado ir en voz alta el secreto de mi alma!
—¿Qué secreto? ¿Estáis en vuestro sano juicio, señor cardenal?
—¡Señora!
—¡Oh! No tergiversemos las cosas; habláis como un hombre que me quiere tender un lazo o que me quiere comprometer ante testigos.
—Os juro, señora, que no he dicho nada... ¿Es que alguien escucha?
—No, caballero, mil veces no, no hay nadie; explicaos por completo y si estáis en posesión de vuestro juicio, probadlo.
—¡Oh, por qué no estará aquí la señora de La Motte! Ella me ayudaría, como amiga nuestra que es, a despertar de nuevo, si no el afecto, al menos la memoria de Vuestra Majestad.
—¿Nuestra amiga? ¿Mi afecto? ¿Mi memoria? Me parece estar soñando.
—¡Señora, os lo ruego!— dijo el cardenal, que se rebelaba contra el tono agrio de la reina—; no me torturéis. Si no me queréis amar más, no me ofendáis.
—¡Ah! ¡Dios mío!— exclamó la reina palideciendo—. ¡Dios mío! ¿Qué está diciendo este hombre?
—¡Muy bien!— continuó el señor de Rohan, que se iba animando a medida que se apoderaba de él una violenta cólera—. Yo creía haber sido suficientemente discreto y bastante reservado para que no me maltrataseis; por otra parte no os reprocho sino agravios frívolos. He hecho mal en repetirlo. Yo hubiera debido saber que cuando una reina dice: "Ya no quiero" dictaba una ley tan imperiosa como la que dicta una mujer al decir "Quiero".
La reina lanzó un grito terrible y tomó al cardenal por los encajes de su manga.
—¡Hablad en el acto, caballero!— dijo con voz temblorosa—. ¿Yo he dicho: No quiero ya y había dicho: Quiero? ¿A quién dije lo uno y a quién lo otro?
—A mí me dijisteis ambas cosas.
—¿A vos?
—Olvidáis que dijisteis lo uno; yo no olvidaré que dijisteis lo otro.
—¡Sois un miserable, señor de Rohan, y un embustero!
—¿Yo?
—Sois un cobarde y calumniáis a una mujer.
—¿Yo?
—Sois un traidor e insultáis a la reina.
—Y vos una mujer sin corazón y una reina sin fe.
—¡Desdichado!
—Me impulsasteis paulatinamente a un amor loco hacia vos. Me dejasteis entrever una esperanza.
—¡Esperanza, Dios mío! ¿Estaré loca? ¿Es un malvado?
—¿Me habría atrevido nunca a pediros las entrevistas nocturnas que me concedisteis?
La reina lanzó un grito de rabia al que respondió un largo suspiro en el tocador.
—¿Me hubiera atrevido yo a venir solo al parque de Versalles, si no hubieseis enviado a la señora de La Motte?
—¡Dios mío!
—¿Me hubiera atrevido a robar la llave que abre la puerta del pabellón de caza?
—¡Cielos!
—¿Y me hubiera atrevido a llevarme la rosa que aquí veis? ¡Rosa adorada, rosa maldita! ¡Seca, quemada con el fuego de mis besos!...

—¡Dios mío!
—¿Y me hubiera atrevido, al día siguiente, a que bajaseis y me entregaseis ambas manos cuyo perfume devora constantemente mi cerebro y me vuelve loco? ¡Tenéis razón en reprochármelo!
—¡Oh! ¡Basta, basta!
—Aun poseído de mi más violento orgullo ¿me hubiera jamás atrevido a soñar en esa tercera noche de blanco cielo, dulce silencio y pérfidos amores?
—¡Caballero! ¡Caballero! ¡Estáis blasfemando!
—¡Dios mío— contestó el cardenal levantando los ojos al cielo—, tú sabes que para continuar siendo amado por esta mujer engañosa, yo hubiese dado todos mis bienes, mi libertad y la vida!
—Señor de Rohan, si queréis continuar poseyendo todo esto, vais a decir de inmediato que buscáis perderme; que habéis inventado todos estos horrores; que no vinisteis a Versalles de noche...
—He venido— contestó firmemente el cardenal.
—Sois hombre muerto si continuáis usando este lenguaje.
—Un Rohan no miente nunca. ¡He venido!
—Señor de Rohan, señor de Rohan, en nombre del cielo, decid que no me habéis visto en el parque...
—Moriré si es preciso, como me amenazabais hace poco, pero yo os he visto en el parque de Versalles, hasta donde me acompañó la señora de La Motte.
— ¡Otra vez!— exclamó la reina lívida y temblorosa—. ¿No os retractáis?
—¡No!
—Por segunda vez, ¡decid que habéis tramado contra mí esa infamia!
—¡No!
—Por última vez, señor de Rohan, confesad que os podéis haber equivocado, que todo esto es una calumnia, un sueño, algo imposible, qué sé yo qué, pero confesad que soy inocente, que puedo serlo.
— ¡No!
La reina se irguió solemne y terrible.
—Puesto que recusáis la justicia de Dios, vais a entendéroslas con la justicia del rey— dijo.
El cardenal se inclinó sin decir nada.
La reina llamó tan violentamente, que numerosas damas acudieron a la vez.
—Avísese a Su Majestad— ordenó enjugándose los labios—, que le ruego me dispense el honor de pasar a mis habitaciones.
Un oficial partió para ejecutar la orden. El cardenal, decidido a todo, permaneció intrépidamente en una esquina de la habitación.
María Antonieta se dirigió diez veces hasta la puerta del tocador, pero sin entrar, como si, perdida la razón, la hallase cada vez frente a esa puerta.
No habían transcurrido aún diez minutos de esta terrible escena cuando el rey apareció en el umbral, con la mano sobre su pechera de encajes.
Continuaban viéndose, en lo último del grupo, las caras asustadas de Boehmer y Bossange que husmeaban la tormenta.

CAPITULO LXXVIII
EL ARRESTO

Apenas había aparecido el rey en el umbral del gabinete cuando la reina le interpeló con una volubilidad extraordinaria:

—Sire, aquí tenemos al señor de Rohan, que dice cosas increíbles; os ruego le ordenéis que las repita.
Ante estas inesperadas palabras, el cardenal palideció. La situación era tan extraña que el prelado cesó de comprender lo que ocurría. ¿El, pretendido amante, podía repetir a su rey; podía declarar al marido, él, súbdito respetuoso, todo cuanto creía tener derecho a decir a la reina y a la mujer?
Pero el rey, volviéndose hacia el cardenal, absorto en sus reflexiones, dijo:
—A propósito de un cierto collar, ¿no es verdad, caballero? ¿Es cierto que tenéis que decirme cosas increíbles y yo tengo que escuchar cosas increíbles también? Hablad entonces, os escucho.
El señor de Rohan tomó inmediatamente su decisión; de las dos dificultades escogería la menor; de los dos ataques sufriría el más honorable para el rey y para la reina y si imprudentemente se le lanzaba al segundo peligro, saldría de él como un hombre intrépido y como un caballero.
—A propósito del collar, sí, sire— murmuró.
—¿Habéis comprado el collar, caballero?— preguntó el rey.
—Sire...
—¿Sí o no?
El cardenal miró a la reina y no contestó.
—¿Sí o no?— repitió élla.
—La verdad, caballero, la verdad.
El señor de Rohan volvió la cabeza, sin replicar.
—Puesto que el señor de Rohan no quiere contestar, responded vos, señora— dijo el rey—; vos debéis saber algo de todo esto. ¿Comprasteis el collar, sí o no?
—¡No!— respondió la reina con energía.
El señor de Rohan se estremeció.
—¡Esta es una palabra de reina!— exclamó el rey con solemnidad—. ¡Tened cuidado, señor cardenal!
El señor de Rohan dejó asomar a sus labios una sonrisa de desprecio.
—¿No decís nada, pues?— apremió el rey.
—¿De qué se me acusa, sire?
—Los joyeros sostienen haber vendido el collar a vos o a la reina. Muestran un recibo de Su Majestad.
—¡El recibo es falso!— intervino la reina.
—Los joyeros— continuó diciendo el rey— afirman que, de no pagar la reina, os habíais comprometido a hacerlo vos, señor cardenal.
—Yo no me niego a pagar, sire— expresó el señor de Rohan—. Debe ser la verdad, puesto que la reina deja que se diga.
Y una segunda mirada, más despreciativa que la primera, acabó la frase y su pensamiento.
La reina se estremeció. Este desprecio del cardenal no era para ella un insulto, porque no lo merecía, pero era la venganza de un hombre honrado y por eso se espantó.
—Señor cardenal— prosiguió el rey—, en este asunto no aparece más que un infame que ha falsificado la firma de la reina de Francia.
—Otra calumnia— exclamó la reina—, y ésta tal vez pueda ser imputada a un gentilhombre, es la de pretender que los joyeros han recuperado el collar.
—La reina es libre de atribuirme las dos falsedades— respondió el señor de Rohan en el mismo tono—. Entre haber hecho una o dos, ¿qué diferencia hay?
La reina estuvo a punto de estallar de indignación, pero el rey la contuvo con un gesto.

—Tened cuidado— dijo de nuevo al cardenal—; estáis agravando vuestra situación, caballero. Yo os digo: "justificaos" y vos adoptáis aires de acusador.
El cardenal reflexionó un momento; después, como si sucumbiese bajo el peso de esta misteriosa calumnia que menguaba su honor, dijo:
—¿Justificarme? ¡Imposible!
—Caballero; hay personas que sostienen que les ha sido robado un collar; proponiendo pagarlo, os confesáis culpable.
—¿Habrá quién lo crea?— dijo el cardenal con soberbio desdén.
—Entonces, caballero, si suponéis que no se creerá, es que pensáis...
Y un estremecimiento de cólera alteró el semblante comúnmente plácido del rey.
—Sire, ignoro lo que se dice— prosiguió el cardenal—; no sé nada tampoco de lo que se hace; todo lo más que puedo afirmar, es que no tengo el collar y que los diamantes están en poder de alguien que debería aparecer y no quiere, y esto me obliga a repetir estas palabras de la Sagrada Escritura: "El mal cae sobre la cabeza del que lo ha cometido".
—La cuestión está entre vos y él, señora. Os pregunto otra vez: ¿tenéis el collar?
—¡No, por el honor de mi madre y por la vida de mi hijo!— respondió la reina.
El rey, lleno de alegría, después de esta declaración, se volvió hacia el cardenal.
—En este caso es un asunto entre la justicia y vos, caballero— dijo—; a no ser que prefiráis apelar a mi clemencia.
—La clemencia de los reyes está hecha para los culpables, sire— respondió el cardenal—. Yo prefiero la justicia de los hombres.
—¿No queréis confesar nada?
—No tengo más que decir.
— ¡Pero, caballero— exclamó la reina—, vuestro silencio deja mi honor en juego!
El cardenal nada replicó.
—Pues bien, yo no me callaré— continuó la reina—; este silencio me angustia y demuestra una generosidad que yo rechazo. Sabed, sire, que el crimen del señor cardenal no estriba sólo en la venta o en el robo del collar.
El señor de Rohan levantó la cabeza y palideció.
—¿Qué estáis diciendo?— interrogó el rey inquieto.
—¡Señora!— murmuró el cardenal espantado.
—¡Oh! Ningún razonamiento, ningún temor ni debilidad me hará cerrar la boca; tengo en mi corazón motivos que me empujarían a gritar mi inocencia en plena plaza pública.
—¡Vuestra inocencia!— repitió el rey—. Señora, ¿quién sería suficientemente temerario o cobarde para obligaros a pronunciar esa palabra?
—Os suplico, señora...— dijo el cardenal.
—¡Ah! Ya empezáis a temblar. Lo había adivinado. Vuestras conjuras prefieren las sombras. A mí me gusta la luz del día. Sire, conminad al señor cardenal a que repita lo que ha dicho hace poco aquí, en este sitio.
—¡Señora! ¡Señora!.— exclamó el príncipe de Rohan—, tened cuidado. Excedéis toda prudencia.
—¡Cómo!— dijo el rey con altivez—. ¿Quién se atreve a hablar así a la reina? No soy yo, creo...; —Precisamente, sire— asintió María Antonieta—; el señor cardenal habla así a la reina porque pretende tener derecho a ello.
—¿Vos, caballero?— murmuró el rey, que se había puesto lívido.
—¡Él!— exclamó la reina con desprecio—. ¡Él!
—¿El señor cardenal tiene pruebas?— prosiguió diciendo el rey dirigiéndose hacia el príncipe.
—El señor de Rohan, según afirma, tiene unas cartas— dijo la reina.

—¡Veamos, caballero!— insistió el rey.
—¡Las cartas!— gritó la reina arrebatada—. ¡Las cartas!
El cardenal se pasó la mano por la frente, cubierta de sudor frío. Parecía preguntar a Dios cómo era posible crear en una criatura tanta audacia y tanta perfidia. Pero guardó silencio. "—¡Ah! Pero esto no es todo— continuó la reina, que se iba animando bajo la influencia de su misma generosidad—. El señor cardenal ha obtenido, a lo que parece, unas citas.
—¡Señora, por compasión!— dijo el rey.
—¡Por pudor!— agregó el cardenal.
—En fin, caballero, si no sois el último de los hombres, si para vos existe algo sagrado en el mundo, si tenéis pruebas, aportadlas.
El señor de Rohan levantó lentamente la cabeza y replicó:
—No, señora, no las tengo.
—¡No añadiréis este crimen a los otros— continuó la reina—, no amontonaréis sobre mí, oprobio tras oprobio! Tenéis una persona que os ayuda, un testigo, en todo esto, una cómplice: nombradlo o nombradla.
—¿Quién es?— preguntó el rey.
—La señora de La Motte, sire— dijo la reina.
—¡Ah!— exclamó el rey triunfante al ver que sus prevenciones contra Juana tenían una justificación—. ¡Vamos! ¡Interroguémosla!
—Esa mujer ha desaparecido. Preguntad a este caballero lo que ha hecho de ella. Tenía demasiado interés en que no apareciese en la cuestión.
—Otras personas la habrán hecho desaparecer, porque tendrían más interés que yo— replicó el cardenal—. Esto hace que no se la pueda hallar.
—Pero, caballero, puesto que sois inocente— dijo la reina furiosa—, ayudadnos a hallar a los culpables.
Mas el cardenal de Rohan, después de haberle dirigido una última mirada, volvió la espalda y cruzó los brazos.
—Caballero— dijo el rey ofendido—, vais a ser llevado a la Bastilla.
El cardenal se inclinó y con voz segura repuso:
—¿Así vestido? ¿Con los hábitos pontificales? ¿Ante toda la corte? Reflexionad, sire; el escándalo será muy grande. E inclusive no dejará de ser agobiante para la cabeza en que recaiga.
—Quiero que sea así— dijo el rey muy agitado.
—Es un dolor injusto que hacéis sufrir prematuramente a un prelado, sire, y es ilegal condenar sin previa causa.
—Es necesario que sea así— respondió el rey al tiempo que abría la puerta principal para buscar a alguien a quien comunicar la orden.
El señor de Breteuil estaba allí; sus ojos ansiosos habían adivinado en la exaltación de la reina, en la agitación del rey y en la actitud del cardenal, la ruina de su enemigo. Aun no había acabado el rey de hablarle en voz baja, cuando el guardasellos, usurpando las funciones del capitán de guardias, gritó con voz sonora que resonó hasta el fondo de las galerías:
—¡Arrestad al señor cardenal!
El señor de Rohan se estremeció. Los murmullos que oyó bajo las arcadas, la agitación de los cortesanos, la súbita llegada de los guardias de corps, dieron a la escena un carácter de siniestro augurio.
El cardenal pasó ante la reina sin saludarla, lo que hizo que se sublevase la sangre de la altiva princesa. Se inclinó muy humildemente al pasar ante el rey, y al hacerlo ante el

señor de Breteuil adoptó una actitud compasiva tan hábilmente matizada, que el barón debió creer que no se había vengado suficientemente.
Un teniente de guardias se acercó tímidamente y pareció pedir al propio cardenal la confirmación de la orden que acababa de oír.
—Sí, caballero— le dijo el señor de Rohan—; es mí a quien debéis arrestar.
—Conduciréis a este caballero a sus habitaciones a la espera de lo que yo decida durante la misa— dijo el rey en medio de un silencio de muerte.
Luis XVI permaneció solo en la habitación de la reina, con las puertas abiertas, en tanto que el cardenal se alejaba lentamente por la galería, precedido por el teniente de los guardias con el sombrero en la mano.
—Señora— dijo el rey vacilante, porque se contenía a duras penas—, ya sabéis que esto conduce a un juicio público, es decir, a un escándalo que caerá sobre el honor de los culpables.
—¡Gracias!— exclamó la reina estrechando con efusión las manos del rey—; habéis escogido el única medio de justificarme.
—¿Y me dais las gracias?
—¡Con toda mi alma! ¡Habéis obrado como rey y yo como reina; creedlo!
—Está bien— respondió el rey colmado por la alegría—, pondremos así fin a todas estas bajezas. Cuando una vez por toda la serpiente sea aplastada por mí y por vos, espero que viviremos tranquilos.
Besó a la reina en la frente y volvió a sus habitaciones.
Mientras tanto, en el extremo de la galería, el señor de Rohan había encontrado a Boehmer y Bossange casi desvanecidos el uno en los brazos del otro.
Unos pasos más allá, el cardenal divisó a su emisario, que, espantado ante este desastre, espiaba a su dueño con la mirada.
—Caballero— dijo el cardenal al oficial que le guiaba—, al pasar todo el día aquí voy a tener que molestar a mucha gente, ¿no puedo dar aviso a mi casa de que he sido arrestado?
—Sí, monseñor, siempre que no lo vea nadie— dijo el joven oficial.
El cardenal le dio las gracias. Después de hablar en alemán a su emisario, escribió algunas palabras en una hoja que arrancó de su misal.
Y tras el oficial, que vigilaba para que no fuese sorprendido, el cardenal enrolló esta hoja y la dejó caer.
—Os sigo— dijo al oficial.
Y en efecto, desaparecieron los dos. El emisario se arrojó sobre el papel como un gavilán sobre su presa, salió fuera del castillo, montó sobre su caballo y huyó hacia París.
El cardenal pudo verle atravesando los campos, por una de las ventanas de la escalera por la que, con su guía, estaba bajando.
—¡Ella me pierde y yo la salvo! ¡Obro así, por vos, mi rey! Y por vos, Dios mío, que ordenáis el perdón de las injurias, perdono yo las ajenas... ¡Perdonadme vos también!...

CAPITULO LXXVII
EL PROCESO VERBAL

Apenas el rey hubo entrado en sus habitaciones, y firmó la orden de conducir al señor de Rohan a la Bastilla, apareció el señor conde de Provenza haciendo tantos gestos al señor de Breteuil que éste, a pesar de su respeto y buena voluntad, no pudo comprender nada.

Los tales gestos no iban dirigidos al guardasellos: el príncipe los multiplicaba con el fin de atraer la atención del rey, que miraba a un espejo en tanto que redactaba la orden. Estos gestos consiguieron el fin que se proponían, pues el rey terminó notándolos y después de haber despedido al señor de Breteuil, le dijo a su hermano:
—¿Por qué le hacíais señales a Breteuil?
—¡Oh, sire!...
—Esos gestos tan vivos, este aire preocupado, significan algo.
—Sin duda, pero...
—Sois libre de no decir nada, hermano mío— dijo el rey algo molesto.
—Sire, es que acabo de enterarme del arresto del señor cardenal de Rohan.
—Pues bien, hermano mío, ¿por qué esta noticia puede causar en vos tal agitación? ¿Hago mal acaso en castigar incluso a los poderosos?
—¿Mal? No, hermano mío. No hacéis mal. No es esto lo que quiero deciros.
—Me hubiese sorprendido mucho, señor conde de Provenza, que hubieseis apoyado al hombre que ha tratado de deshonrar a la reina. Acabo de verla a ella, hermano mío y una sola palabra suya ha bastado...
—¡No permita Dios, sire, que yo trate de acusar a la reina! Bien lo sabéis. Su Majestad... mi hermana, no tiene amigo más devoto que yo. ¿Cuántas veces no me ha tocado defenderla, dicho sea sin reproche, inclusive contra vos?
—¿En verdad, se la acusa, pues, muy a menudo?
—Tengo desgracia; me reprendéis a propósito de todas mis palabras... Quiero decir que ni la reina me creería si yo pareciese dudar de su inocencia.
—¿En tal caso aplaudís conmigo la humillación que hago sufrir al cardenal, el proceso que se va a instruir, el escándalo que va a poner fin a todas esas calumnias que no se permitirían contra una simple dama de la corte y de las que todos se hacen eco, porque la reina según se dice está por encima de estas miserias?
—Sí, sire; apruebo por completo la conducta de Vuestra Majestad y me parece muy bien por lo que se refiere al asunto del collar.
—¡Por Dios, hermano mío—dijo el rey—, nada puede ser más claro. ¿Acaso no se ve a través de todo esto al señor de Rohan, jactándose de la familiar amistad con la reina, concertando en su nombre la compra de los diamantes que ella no quiso aceptar y dejando que se diga que esos diamantes han ido a manos de la reina o que están en las habitaciones de ella? Esto es monstruoso y como decía la reina: "¿Qué se creería si yo tuviese al señor de Rohan como cómplice de este tráfico misterioso?"
—Sire...
—Y además, no ignoráis, hermano mío, que la calumnia nunca se detiene en la mitad del camino, que la ligereza del señor de Rohan compromete a la reina y el relato de sus ligerezas la deshonra...
—¡Oh! Sí, lo repito; tenéis toda la razón en cuanto se refiere al asunto del collar.
—Pero— dijo el rey sorprendido—, ¿acaso hay otro asunto?
—Sire..., la reina ha debido deciros...
—Decirme..., ¿qué?
—Sire...
—¡Ah! ¿Las jactancias del señor de Rohan, sus reticencias, sus pretendidas correspondencias?
—No, sire, no.
—¿Entonces, qué? ¿Las entrevistas que la reina hubiese concedido al señor de Rohan para el asunto del collar de que se trata...?
—"No, Majestad, no es esto.

—Todo lo que sé, es que tengo en la reina la confianza absoluta que ella merece por la nobleza de su carácter. Hubiera sido muy fácil no decir nada de lo que pasa. Habría sido cómodo para ella pagar o dejar que los demás pagasen por ella; la reina, al poner coto a estos misterios que se convierten en escándalos, me ha demostrado que acudía a mí, antes que a nadie. Ha sido a mí a quien la reina ha llamado y ha sido a mí a quien ha dejado el cuidado de vengar su honor. Me tomó por confesor, por juez, al decírmelo todo.
—De nuevo— replicó el conde de Provenza menos turbado de lo que podría estar, porque se daba cuenta de que la convicción del rey era menos sólida de lo que quería hacer creer— ponéis en duda mi amistad, mi respeto por la reina, mi hermana. Si vos procedéis así contra mí, con esa susceptibilidad, no os diré nada, temiendo siempre, a pesar de que hago de defensor, pasar por acusador o por enemigo. Y sin embargo ya veis que en esto procedéis sin lógica. Las confesiones de la reina os han permitido hallar una verdad que justifica a mi hermana. ¿Por qué negaros entonces a que brillen ante vuestros ojos otros resplandores que contribuirán aún más a demostrar la inocencia de la reina?
—Es que...— dijo el rey molesto— comenzáis siempre, hermano mío, con unos circunloquios que me confunden.
—Precauciones oratorias, sire, falta de calor. ¡Ay! Pido por ello perdón a Vuestra Majestad. Es un defecto de mi educación. Cicerón me ha echado a perder.
—Hermano mío, Cicerón no es ambiguo más que cuando defiende una mala causa; pero vos tenéis una buena, explicaos pues con claridad, ¡por el amor de Dios!
—Criticar mi manera de hablar es condenarme al silencio.
—Vamos, he aquí el irritabile genus rhetorum que se ha enojado— exclamó el rey, engañado por esta última picardía—. ¡Al hecho, abogado, al hecho! ¿Qué más sabéis vos aparte de lo que me ha dicho la reina?
—¡Dios mío! Todo y nada. Sepamos, ante todo, lo que os ha dicho la reina.
—La reina me ha dicho que no tenía el collar.
—Bien.
—Que no había firmado el recibo que tienen los joyeros.
—¡Perfectamente!
—Que cuanto se decía referente a una inteligencia con el señor de Rohan, era una falsedad inventada por sus enemigos.
—Muy bien, sire.
—Me ha dicho, en fin, que nunca había dado al señor de Rohan el derecho de creer que fuese más que un súbdito, un indiferente, un desconocido.
—¡Ah! ¿Dijo eso?
—Y en un tono que no admitía réplica, porque el cardenal no ha contestado.
—Entonces, Majestad, si el cardenal no ha contestado, se confiesa embustero y desmiente los rumores que corrían a propósito de ciertas preferencias acordadas por la reina a ciertas personas.
—¡Dios mío! ¿Qué decís ahora?— preguntó el rey con desaliento.
—Nada sino algo muy absurdo, como vais a ver. Desde el momento en que se ha probado que la reina no se ha paseado con el señor de Rohan...
—¡Cómo!,— exclamó el rey—. ¿El señor de Rohan decía que se había paseado con la reina?
—Lo cual ha sido desmentido por la reina y por el propio señor de Rohan; pero, en fin, señor, desde el momento en que esto ha sido comprobado, no hay por qué hacer caso de la malignidad que no se ha detenido y que sostenía que la reina se paseaba durante la noche por el parque de Versalles.

—¡Durante la noche por el parque de Versalles! ¡La reina!...
—Ni vale la pena citar la persona con que se dice paseaba— continuó fríamente el conde de Provenza.
—¿Quién?— murmuró el rey. .—¡Oh!... ¿Acaso todos los ojos no se concentran en lo que hace una reina? ¿Acaso esos ojos que no se deslumbran jamás ante la luz del día ni ante el resplandor de la majestad, no son más clarividentes cuando se trata de ver durante la noche?
—¡Pero, hermano mío, estáis diciendo cosas infames, tened cuidado!
—Sire, yo me limito a repetir y lo hago con la indignación que impulsaría a Vuestra Majestad, estoy seguro de ello, a descubrir la verdad.
—¡Cómo, caballero! ¿Se dice que la reina se pasea de noche en compañía..., por el parque de Versalles?
—No en compañía, sire, sino a solas. Si no se dijese más que paseaba en compañía, la cosa no debía preocuparnos.
—Me vais a demostrar que sólo repetís y para ello me probaréis qué se dice— expresó el rey, exaltado.
—¡Oh! Es demasiado fácil— respondió el señor de Provenza—. Hay cuatro testimonios: el primero es el de mi capitán de caza, que ha visto a la reina dos días seguidos, o, mejor dicho, dos noches seguidas, salir del parque de Versalles por la puerta del pabellón de caza. He aquí el documento con su firma. Leed.
El rey tembló al coger el papel, lo leyó y lo devolvió a su hermano.
—Vais a ver otro, sire, más curioso; es el del guarda de noche, que vela en el Trianón. Declara que la noche era buena, que se oyó un disparo, hecho sin duda por los cazadores furtivos en el bosque de Satory y que en lo que respecta a los parques no hubo novedad, salvo el día en que Su Majestad la reina dio un paseo con un gentilhombre al que ella daba el brazo. Ved, el proceso verbal está bien explícito.
El rey leyó de nuevo, se estremeció y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.
—El tercero— continuó imperturbablemente el señor conde de Provenza—: es del suizo de la puerta del Este, que vio y reconoció a la reina cuando ella salía de la puerta del pabellón de caza. Dice cómo iba vestida; ved, sire; dice también que, de lejos, no pudo reconocer al gentilhombre al que Su Majestad dejaba; está escrito; pero que, por su aspecto parecía un oficial. Ésta declaración está firmada. Añade una cosa curiosa: que la presencia de la reina no pueda ser puesta en duda porque Su Majestad iba acompañada de la señora de La Motte, amiga de la reina.
—¡Amiga de la reina!— exclamó el rey furioso—. ¡Sí, esto es: amiga de la reina!
—No le toméis encono a este honrado servidor, sire; no puede ser culpable de un exceso de celo. Está encargado de guardar y guarda, de vigilar y vigila.
Hubo una pausa.
—El último— prosiguió el conde de Provenza— me parece el más claro de todos. Es del maestro cerrajero encargado de comprobar si todas las puertas están cerradas después del toque de retreta. Vuestra Majestad conoce a este hombre: certifica haber visto entrar a la reina en los baños de Apolo con un gentilhombre.
El rey, pálido y ahogando su resentimiento, arrancó el papel de manos del conde y leyó.
El señor de Provenza, no obstante, continuó diciendo durante la lectura:
—Es verdad que la señora de La Motte estaba fuera, a una veintena de pasos y que la reina no permaneció más que una hora en esa habitación.
—¿Pero cómo se llama el gentilhombre?— exclamó el rey.
—Sire, no se le nombra en el informe. Es necesario que Su Majestad lo busque en un último certificado que está aquí. Es el de un guardabosque que estaba al acecho detrás de la pared del recinto, cerca de los baños de Apolo.

—Lleva firma del siguiente día— dijo el rey.
—Sí, Majestad, dice haber visto a la reina salir del parque por la puerta pequeña y mirar hacia afuera, dando el brazo al señor de Charny.
—¿El señor de Charny?...— exclamó el rey medio loco de cólera y de vergüenza—: bien..., bien... Esperadme aquí, conde, al fin vamos a saber la verdad.
Y Luis XVI salió apresuradamente del gabinete.

CAPITULO LXXX
UNA ÚLTIMA ACUSACIÓN

En el momento en que el rey había dejado la habitación de la reina, ésta se dirigió al tocador donde el señor de Charny había podido oír todo.
Abrió la puerta y volvió a cerrar la de su departamento; esperó silenciosamente que Charny dijese su veredicto. No tuvo que esperar mucho; el conde salió del tocador más triste y más pálido que nunca.
—¿Y bien?— interrogó ella.
—Señora— contestó aquél—, ya veis que todo se opone a que seamos amigos. Aunque no sea mi convicción lo que os hiera, será en adelante el rumor público; con el escándalo que se ha producido hoy, ya no hay tranquilidad para mí ni tregua para vos. Después de esta primera herida que os han inferido, los enemigos más encarnizados caerán sobre vos como las moscas sobre la gacela herida...
—Tratáis de buscar desde hace tiempo una palabra natural y no la halláis— dijo la reina con melancolía.
—Creo que no he dado nunca a Su Majestad ocasión para que dude de mi sinceridad— contestó Charny—; os pido perdón si algunas veces se ha manifestado con excesiva dureza.
—Entonces— replicó la reina conmovida—, lo que termino de hacer, la situación que he provocado, ese peligroso ataque contra uno de los grandes señores del reino, mi hostilidad declarada contra la iglesia, mi nombre expuesto a las pasiones del parlamento, nada de eso basta. No hablo de la confianza inquebrantable del rey porque ello no debe preocuparos, ¿verdad?... ¡El rey! ¡No es más que... un esposo!
Y sonrió con una amargura tan dolorosa que las lágrimas asomaron a sus ojos.
—¡Oh! Vos sois la más noble y generosa de las mujeres— exclamó Charny—. Si no os respondo inmediatamente, como a ello me induce mi corazón, es porque me siento inferior en todo y no me atrevo a profanar ese sublime corazón pidiendo un lugar en él.
—Señor de Charny, vos me creéis culpable.
—¡Señora!...
—Señor de Charny, vos habéis dado fe a las palabras del cardenal.
—¡Señora!...
—Señor de Charny, os requiero para que me digáis qué impresión ha hecho sobre vos la actitud del señor de Rohan.
—Cumple a mi lealtad deciros, señora, que el príncipe de Rohan no ha sido un insensato como le habéis reprochado, ni un hombre débil, como podría creerse; es un hombre convencido, que os quiere y que en este momento es víctima de un error que le conducirá a la ruina, y a vos...
—¿Y a mí?
—A vos, señora, a un deshonor inevitable.
—¡Dios mío!
—Ante mí se levanta un espectro amenazante, esa mujer odiosa, la señora de La Motte, desaparecida cuando su testimonio podría devolvernos el reposo, el honor, la seguridad

para el porvenir. Esa mujer es el genio malo de vuestra persona, es la calamidad de la realeza; esa mujer que imprudentemente habéis admitido a compartir vuestros secretos y quizá ¡ay! vuestra intimidad...
—¡Mis secretos, mi intimidad, caballero!— exclamó la reina.
—Señora, el cardenal os ha dicho bastante claramente, y lo ha probado con suficiente claridad también, que habéis concertado con él la compra del collar.
—¡Ah! ¡Volvéis de nuevo sobre esto, señor de Charny!— dijo la reina sonrojándose.
—Perdón, perdón, pero ya veis que mi corazón es menos generoso que el vuestro; ya veis que soy indigno de conocer vuestros pensamientos. En lugar de dulcificar, irrito.
—Mirad, caballero— dijo la reina con altivez y cólera a un tiempo—, lo que el rey cree, todo el mundo puede creerlo. No puedo ofrecer a mis amigos más que a mi esposo. Me parece que un hombre no puede amar a una mujer, si no siente por ella una estima. Y no hablo de vos— interrumpió con viveza—; no soy una mujer, soy una reina; vos no sois un hombre, sino un juez para mí.
Charny se inclinó tan profundamente, que a la reina le debió parecer suficiente reparación la humildad de este súbdito fiel.
—Os aconsejé— dijo de pronto— que os quedaseis en vuestras posesiones; era un prudente consejo. Lejos de la corte que contraría vuestras costumbres, vuestra rectitud, vuestra inexperiencia, permitidme que os lo diga, hubieseis apreciado mejor a los personajes que desempeñan su papel en este teatro. Hay que evitar la ilusión óptica, señor de Charny; hay que mantener el colorete y los afeites ante la muchedumbre. ¡Ah, señor de Charny! La aureola que proyecta la corona en la frente de las reinas, les otorga la castidad, la dulzura, el talento y sobre todo el corazón. Cuando se es reina, caballero, hay que dominar. ¿De qué sirve, pues, hacerse amar?
—No sabría explicaros hasta qué punto la severidad de Vuestra Majestad me hiere, señora— dijo Charny muy conmovido—. Yo he podido olvidar que fueseis mi reina, pero hacedme la justicia de reconocer que nunca he olvidado que fueseis la primera de las mujeres dignas de mi respeto y de...
—No acabéis, yo no mendigo nunca. Sí, yo os afirmé que una ausencia os era necesaria. Algo me dice que vuestro nombre acabará por pronunciarse en todo esto.
—¡Señora, es imposible!
—¡Decís imposible! Reflexionad en el poder de los que, desde hace seis meses juegan con mi reputación y con mi vida. ¡No decíais que el cardenal está convencido de que obra como consecuencia de un error en el que ha caído! Los que provocan convicciones parecidas, conde, los que causan errores de esta índole, pueden demostrar que sois un súbdito desleal para el rey y un amigo vergonzante para mí. ¡Los que inventan tan sencillamente lo falso, descubrirán fácilmente lo verdadero! No perdáis el tiempo, el peligro es grave; retiraos a vuestras posesiones, huid del escándalo que va a producirse con ocasión del proceso; no quiero que mi destino os arrastre ni que vuestra carrera se pierda. Yo, que, a Dios gracias, soy inocente y fuerte, que no tengo una mancha en mi vida, yo resistiré. Para vos sería la ruina, la difamación, tal vez la prisión; llevaos este dinero tan noblemente ofrecido, llevaos la seguridad de que ninguna de las indicaciones generosas de vuestra alma se me ha ocultado; que ninguna de vuestras dudas me ha herido; que no me ha dejado impasible ninguno de vuestros sufrimientos. Por eso os digo que partáis y busquéis en otra parte lo que la reina de Francia no os puede dar: la fe, la esperanza y la felicidad. ¡Partid! Vuestro tío tiene dos buques prestos en Cherburgo y en Nantes; escoged. Pero alejaos de mí. Yo traigo desgracia; alejaos de mí. No tenía más que una cosa en el mundo y como me falta, me siento perdida.
Al decir estas palabras, la reina se levantó bruscamente como si quisiese despedir a Charny.

El se aproximó con rapidez, aunque con el mayor respeto.
—Vuestra Majestad— dijo con voz alterada— acaba de indicarme cuál es mi deber. Pero no es en mis tierras, ni fuera de Francia donde está el peligro, sino en Versalles. Importa, señora, que toda sospecha se borre, que la sentencia sea una justificación y como vos no podéis tener un testigo más leal ni un sostén más resuelto que yo, me quedo. Los que saben tantas cosas, señora, lo dirán. Pero al menos tendremos la inefable dicha, que tanto complace a las personas de temple, de ver cara a cara a nuestros enemigos. Que tiemblen ante la majestad de una reina inocente o ante el valor de un hombre mejor que ellos. Sí, me quedo, señora. Lo que debe saberse es que no huyo y no temo; lo que Vuestra Majestad sabe también, es que, para no verme más, no hay necesidad de enviarme al destierro. ¡Oh, señora! De lejos los corazones se oyen y las aspiraciones son más ardientes que de cerca. Queréis que yo parta por vos y no por mí; mas no temáis nada. Estando pronto a socorreros y a defenderos, no os ofenderé ni os molestaré. ¿No me visteis cuando, hace ocho días, vivía no lejos de vos, espiando cada uno de vuestros gestos, contando vuestros pasos y viviendo vuestra vida?... ¡Pues bien, ahora será lo mismo, porque no puedo ejecutar vuestra orden, no puedo partir! Por otra parte, ¿qué os importa?... ¿Acaso pensaréis en mí?
Ella hizo un movimiento y se alejó del joven.
—Como queráis— dijo—, pero..., ya me habéis comprendido; no es necesario que os equivoquéis nunca sobre el sentido de mis palabras; yo no soy una coqueta, señor de Charny. Decir lo que piensa, pensar lo que dice, he aquí el privilegio de una verdadera reina: yo soy así. Un día, caballero, os escogí entre todos. No sé lo que impulsaba a mi corazón hacia vos. Tenía deseos de una amistad fuerte y pura. Os la he otorgado, ¿no es así? Pero hoy no pienso lo mismo que antes. Vuestra alma ya no es hermana de la mía. Os lo digo francamente. Evitémonos el uno al otro.
—Está bien, señora— interrumpió Charny—; yo no creí nunca que me hubieseis escogido, no creí... ¡Ah, señora! No puedo resistir la idea de perderos. Estoy ebrio de celos y de miedo. No puedo sufrir que apartéis de mí vuestro corazón. Es mío, me lo habéis dado y nadie me lo sacará si no es con mi vida. Sed mujer, sed buena, no abuséis de mi debilidad, porque me habéis reprochado hace poco mis dudas y ahora me aniquiláis con las vuestras.
—Un corazón de niño apoyado en uno de mujer...— dijo ella—. ¡Queréis que disponga de vos!... ¡Buenos defensores el uno para el otro! ¡Débiles! Si vos lo sois, yo no soy más fuerte que vos!
—Yo no os amaría si fueseis distinta de lo que sois.
—¡Qué!— dijo ella cediendo a un arranque de pasión—. ¡Esta reina maldita, esta reina perdida, esta mujer a la que va a juzgar un parlamento, que la opinión va a condenar, que un rey, su marido, tal vez repudie, esta mujer encuentra aún un corazón que la ama!...
—Un servidor que la venera y que le ofrece toda la sangre de su corazón a cambio de la lágrima que ha vertido hace poco.
—¡Esta mujer— exclamó la reina— se siente bendecida; está orgullosa; se considera la primera de las mujeres, la más feliz de todas!... ¡Esta mujer es demasiado feliz, señor de Charny, y no sé cómo ha podido quejarse! ¡Perdonadla!
Charny cayó a los pies de María Antonieta y los besó en un transporte de amor religioso. En aquel momento se abrió la puerta del corredor secreto y el rey se detuvo, temblando y como fulminado, en el umbral.
Acababa de sorprender al hombre al que acusaba el señor de Provenza, de hinojos ante María Antonieta.

CAPITULO LXXXI
LA PETICIÓN DE MANO

La reina y Charny cambiaron una mirada tan llena de espanto, que su más cruel enemigo hubiera sentido compasión de ellos en aquel momento.
Charny se levantó lentamente y saludó al rey con profundo respeto.
Se veía latir violentamente el corazón de Luis XVI bajo su pechera.
—¡Ah!...— dijo con voz sorda—. ¡Señor de Charny!
El conde no respondió más que con un nuevo saludo.
La reina se dio cuenta de que no podía hablar y de que estaba perdida.
El rey continuó, diciendo con increíble serenidad:
—¡Señor de Charny, es poco honorable para un gentilhombre ser sorprendido en flagrante delito de robo!
—¡De robo!—murmuró Charny.
—¡De robo!— repitió la reina, que creía aún estar oyendo las horribles acusaciones relativas al collar y en las que supuso que el conde se iba a ver mezclado también como ella.
—Sí— prosiguió el rey—; arrodillarse ante la mujer de otro, es una usurpación, un robo; y cuando esta mujer es una reina, caballero, este crimen se llama de lesa majestad. Os haré decir todo esto, señor de Charny, por mi guardasellos.
El conde iba a hablar, a protestar de su inocencia, cuando la reina, impaciente en su generosidad, no quiso sufrir que se acusase de indigno al hombre que ella amaba; y vino en su ayuda.
—Sire— dijo con viveza—; me parece que os adentráis en un camino de sospechas equivocadas y de suposiciones desfavorables; os advierto que estas sospechas y estas prevenciones tienen una base falsa. Ya veo que el respeto traba la lengua del conde, pero yo, que conozco el fondo de su corazón, no dejaré que le acusen sin defenderle.
Se detuvo, agotada por la emoción, espantada por el embuste que debía hallar y perdida en fin, porque no lo podría encontrar.
Pero esta vacilación, que le parecía odiosa a ella, orgulloso espíritu de reina, era sencillamente la salvación de la mujer. En estas terribles sorpresas, en que a menudo se juega el honor y la vida de la que ha sido sorprendida, un minuto ganado es suficiente para la salvación, lo mismo que un segundo desperdiciado basta para perderla.
La reina, sólo por instinto había apelado al recurso de ganar tiempo; había cortado en el acto la sospecha del rey, impresionando su espíritu y tranquilizando el del conde.
—¿Vais a decirme tal vez, señora— respondió Luis XVI, pasando del papel de rey al de marido inquieto—, que no he visto al señor de Charny arrodillado ante vos? Y para arrodillarse sin que se le obligue a levantarse, es necesario...
—Es necesario, señor— dijo severamente la reina—, que un súbdito de la reina de Francia tenga una súplica que hacerle... Me parece un caso frecuente en la corte.
—¡Una súplica que haceros!— exclamó el rey.
—Y una súplica a la que yo no podía acceder. De no ser así, os juro que el señor de Charny no hubiera insistido y yo le hubiera hecho levantar en seguida con la alegría de complacer los deseos de un gentilhombre por el que siento estima particular.
Charny respiró. La mirada del rey se había hecho indecisa; de su frente iba desapareciendo la insólita amenaza que su sorpresa había hecho asomar a ella.
Mientras tanto, María Antonieta pensaba algo que expresar, disgustada por tener que mentir y con el dolor de no hallar nada que fuese verosímil.
Había creído, al confesar su impotencia para acordar la gracia pedida por el conde, que despertaría la curiosidad del rey. Había creído que el interrogatorio se detendría en este

punto. Pero se equivocaba; cualquier otra mujer se hubiera conducido más hábilmente mostrando menos rigidez, pero para ella constituía un espantoso suplicio mentir ante el hombre a quien amaba. Mostrarse bajo la luz miserable y falsa de la superchería de las comedias, era dar como ciertas todas las falsedades, todas las astucias, todos los manejos de las intrigas del parque con un desenlace propio de su infamia; era casi mostrarse culpable; era peor que la muerte...
Vaciló todavía. Habría dado la vida porque hubiese sido Charny quien hallase la mentira, pero él, leal gentilhombre, no podía ni pensar en ello. Temía inclusive parecer que defendía el honor de la reina.
María Antonieta, esperaba, fijos sus ojos en los labios del rey, la pregunta que al fin surgió.
—Veamos, señora, decidme cuál era la gracia vanamente solicitada por el señor de Charny y qué le ha llevado a arrodillarse ante vos.
Y para dulcificar la excesiva dureza de la sospechosa pregunta añadió el rey:
—Quizá sea yo más afortunado que vos, señora, y el señor de Charny no tendrá necesidad de arrodillarse ante mí.
—Majestad, os repito que el señor de Charny pedía una cosa imposible.
—Decidme al menos qué era.
—Sire, la petición del señor de Charny es un secreto de familia.
—No existen secretos para el rey, señor que es de su reino y padre de familia interesado en el honor y la seguridad de todos sus súbditos, que son también hijos suyos aquellos que, desnaturalizados, atacan el honor y la seguridad de su padre— dijo Luis XVI con gesto de majestuosa dignidad.
La reina intervino ante esta última amenaza de peligro.
—El señor de Charny— exclamó, turbada y con voz temblorosa—, quería obtener de mí...
—¿Qué, señora?
—Una autorización para casarse.
—¿De veras?— exclamó el rey tranquilizado de momento.
Pero en seguida, vuelto de nuevo a sus celos, añadió sin notar lo que la desdichada sufría al decir estas palabras y cómo había palidecido Charny al ver el sufrimiento de la reina:
—Pero, ¿por qué es imposible casar al señor de Charny? ¿No es, quizás, de noble familia? ¿No posee acaso una sólida fortuna? Verdaderamente, para no darle entrada en una familia o para negarse, si es una mujer, es necesario ser princesa de sangre real o casada. No veo sino estas dos razones que constituyan una imposibilidad. Decidme, pues, señora, el nombre de la dama con la cual querría casarse el señor Charny y si se encuentra en uno de esos dos casos, os respondo que solventaré la dificultad..., para complaceros.
La reina, llevada por el peligro cada vez mayor, arrastrada por las consecuencias del primer embuste, prosiguió con energía:
—No, señor, no; es una dificultad que no se puede vencer.
—Razón de más para que yo sepa qué es imposible para el rey— interrumpió Luis XVI con sorda cólera.
Charny miró a la reina, que parecía vacilante. Hubiese dado un paso hacia ella, pero el rey le detuvo con su inmovilidad. ¿Con qué derecho, él, que no era nada para esta mujer, le podía ofrecer la mano o su apoyo cuando el rey y esposo la abandonaba?
"¿Cuál es la potencia contra la que el rey nada puede?— se preguntaba ella—. ¡Dios mío, inspiradme, ayudadme!"
De pronto la luz se hizo en su espíritu.

"¡Ah, Dios me envía este socorro! — pensó—. Las mujeres que pertenecen a Dios, no pueden ser obligadas ni siquiera por el rey".
Levantando entonces la cabeza, expresó:
—Señor, la que el señor de Charny pretende para casarse, está en un convento.
—¡Ah! Es realmente un motivo, pues resulta difícil arrebatar a Dios su bien para entregárselo a los hombres. Pero es extraño que el señor de Charny haya sentido tan súbitos amores. Nadie me ha hablado nunca de ello, ni siquiera su propio tío que puede obtenerlo todo de mí. ¿Cuál es la mujer que vos amáis, señor de Charny? Decídmelo, os lo ruego.
La reina sintió un dolor punzante. Iba a oír un nombre salir de la boca de Charny e iba a sufrir la tortura de este embuste. Y quién sabe si Charny no iba a revelar el nombre de una persona amada en otro tiempo, algún recuerdo sangrante aún del pasado, o un nombre, germen de amor, esperanza vaga para el porvenir. Para no recibir este golpe terrible María Antonieta se adelantó y; exclamó de pronto:
—Pero sire, ya conocéis a la que el señor de Charny pide en casamiento, es..., la señorita Andrea de Taverney.
Charny lanzó un grito y ocultó el rostro.
La reina apoyó su mano sobre el pecho y se dirigió vacilante hacia su sillón.
—¡La señorita de Taverney!— repitió el rey—. ¿La señorita de Taverney que se retiró a Saint-Denis?
—Sí, Majestad— asintió débilmente la reina.
—Pero, que yo sepa no ha hecho sus votos...
—No, pero está a punto de hacerlos.
—Los condicionaremos— decidió el rey—. Sin embargo— añadió con un leve dejo de desconfianza—, ¿por qué quería hacer votos?
—Es pobre— respondió la reina—; no enriquecisteis más que a su padre— añadió duramente.
—Es una falta que repararé, señora. ¿El señor de Charny la ama? ...
La reina se estremeció y dirigió una ávida mirada al joven, como suplicándole que negase.
Charny miró fijamente a María Antonieta y no respondió.
—Bien— dijo el rey que tomó el silencio como una respetuosa conformidad—; y sin duda la señorita de Taverney ama al señor de Charny.
Dotaré a la señorita de Taverney con las quinientas mil libras que os negué el otro día al pedirlas el señor de Calonne. Dad las gracias a la reina, señor de Charny, por lo que ha tenido a bien contarme de este asunto, asegurando así la felicidad de vuestra vida.
Charny dio un paso adelante y se inclinó como una marmórea estatua a la que Dios, por un milagro, hubiese dotado de vida.
—¡Oh! Esto no vale la pena de que os volváis a arrodillar de nuevo— dijo el rey con un ligero matiz burlón que desvirtuaba harto a menudo la nobleza tradicional de sus antepasados. La reina se estremeció y tendió, con un ademán espontáneo, las dos manos al joven. Este se arrodilló ante ella y depositó en sus manos heladas un beso, suplicando a Dios que su alma entera se fuese con aquel beso.
—Vamos— dijo el rey—, dejemos ahora a la reina el cuidado de vuestros asuntos; venid, caballero, venid.
Y pasó delante tan de prisa, que Charny pudo volverse en el umbral para ver el infinito dolor de ese adiós eterno que le enviaban los ojos de la reina.
La puerta se cerró tras ellos, como barrera insalvable en adelante para sus inocentes amores.

CAPITULO LXXXII
SAINT - DENIS

La reina estaba sola y desesperada.
Después de haber permanecido una hora en este estado de duda y abatimiento, se dijo que era necesario buscar una salida. El peligro iba aumentando. El rey, orgulloso de haber conseguido una victoria sobre las apariencias, se apresuraría a extender el rumor. Y podría ocurrir que este rumor fuese acogido afuera en tal forma que todo el beneficio de la simulación quedara en nada.
¡Cómo se reprochaba la reina esta simulación; cómo hubiera querido dejar sin efecto la palabra dada e inclusive cómo hubiera querido sustraer a Andrea la quimérica felicidad que tal vez ella iba a rechazar!
En esto, efectivamente, surgía otra dificultad. El nombre de Andrea lo había salvado todo ante el rey. Pero, ¿quién podía responder de este espíritu caprichoso, independiente, voluntarioso que se llamaba señorita de Taverney? ¿Quién podía contar con que esta orgullosa persona enajenaría su libertad, su porvenir en provecho de una reina a la que pocos días antes había dejado como una enemiga?
¿Qué ocurriría entonces? Si Andrea rehusaba, lo que era muy verosímil, todo el andamio de embustes se venía abajo. La reina quedaría convertida en una intrigante de mediano talento, Charny en embustero y la calumnia trocada en acusación tomaría las proporciones de un adulterio indiscutible.
María Antonieta se dio cuenta de que su razón se trastornaba ante estos razonamientos. ¿De quién fiarse? ¿Quién era realmente amiga de la reina? ¿La señora de Lamballe? Pensó en la incomprensión de sus damas de honor, indecisas y temblorosas al solo soplo de la desgracia.
No le quedaba más que la propia señorita de Taverney.
María Antonieta iría, pues, al encuentro de Andrea. Le expondría su desgracia y le suplicaría que se inmolase. Sin duda, Andrea se negaría porque no era de las qué se dejaban imponer; pero, poco a poco, dulcificada por las súplicas, cedería. ¡Quién sabe si entonces no obtendrían un aplazamiento; si habiendo pasado el primer impulso, el rey, apaciguado por el consentimiento aparente de los dos prometidos, no acabaría por olvidar!... En tal caso un viaje lo arreglaría todo. Andrea y Charny, al separarse por algún tiempo hasta que la hidra de la calumnia estuviese saciada, podrían insinuar que habían dejado sin efecto el compromiso amistosamente y nadie adivinaría entonces que el proyecto de matrimonio había sido un ardid.
Así, la libertad de la señorita de Taverney no se vería comprometida ni la de Charny tampoco. No le quedaría a la reina el espantoso remordimiento de haber sacrificado dos existencias al egoísmo de su honor y por lo mismo este honor, que comprendía el de su marido y el de sus hijos, no sería rozado. Ella podría transmitirlo sin tacha a la futura reina de Francia. Tales eran sus reflexiones.
Así creía haberlo conciliado todo de antemano: conveniencias e intereses privados. Era necesario razonar con esta lógica firmeza en presencia de tan horrible peligro. Había que proveerse de todas las armas ante un adversario tan difícil de combatir como la señorita de Taverney cuando daba oído a su orgullo o a su corazón.
Una vez preparada, María Antonieta se dispuso a la partida. Hubiera querido avisar a Charny que no diera ningún paso, pero se lo impidió el pensar que los espías la estaban vigilando.
Dieron las tres y llegó la hora de la comida de gala, las presentaciones, las visitas. La reina recibió a todos con el semblante sereno y una afabilidad que no le quitaba nada de su bien conocido orgullo.

Jamás la afluencia había sido mayor en la corte; jamás la curiosidad había tratado de adivinar como entonces los rasgos de una reina en peligro. María Antonieta hizo frente a todo, aniquiló a sus enemigos, exaltó a sus amigos; trocó a los indiferentes en entusiastas y apareció tan bella y cumplida, que el propio rey la felicitó públicamente.
Una vez hubo terminado todo, dejando las sonrisas de rigor, vuelta a sus recuerdos, es decir, a sus dolores, sola, muy sola en el mundo, cambió de tocado, tomó un sombrero gris, y sin guardia, con una sola dama, se hizo conducir a Saint-Denis.
Era la hora en que las religiosas, de nuevo en sus celdas, pasaban del modesto alboroto del refectorio al silencio de las meditaciones que preceden a los rezos de la noche.
La reina hizo llamar al locutorio a la señorita de Taverney.
Ésta, arrodillada, envuelta en su hábito de lana blanca, miraba a través de su ventana la luna que surgía de detrás de los tilos y en esta poesía de la noche que empieza, hallaba tema para sus preces fervientes, apasionadas, que elevaba a Dios para aliviar su alma.
Bebía a grandes sorbos el irremediable dolor de la ausencia voluntaria, ese suplicio sólo conocido por las almas fuertes, que es a la vez una tortura y un placer. Por sus angustias se parece a todos los dolores vulgares. Conduce a una voluptuosidad que sólo pueden sentir los que saben inmolar la felicidad al orgullo.
Andrea había dejado por su propia iniciativa la corte e inclusive había roto con todo lo que podía conservar su amor. Orgullosa como Cleopatra, no había podido soportar la idea de que el señor de Charny hubiese pensado en otra mujer aunque esta mujer fuese la reina.
No tenía ninguna prueba de este ardiente amor por otra. La celosa Andrea hubiese obtenido de esta prueba la convicción que hace sangrar un corazón. Pero, ¿no había visto a Charny pasar indiferente por su lado? ¿No había sospechado que la reina guardaba para sí, inocentemente sin duda, los homenajes y las preferencias de Charny?
¿Por qué, entonces, vivir en Versalles? ¿Para mendigar atenciones? ¿Para espigar sonrisas? ¿Para obtener de tanto en tanto el favor de un brazo tendido en actitud cortés, o de una mano galante cuando en los paseos era preterida por Charny, cuyas cortesías recogía la reina?
No, ninguna debilidad cobarde ni ninguna transacción podía existir para esta alma estoica. La vida con el amor y la preferencia; el claustro con el amor y el orgullo herido.
"¡Jamás! ¡Jamás!— se repetía la orgullosa Andrea—. ¡Quiero que el que yo amo en la sombra, el que para mí es una nube, un retrato, un recuerdo, jamás me ofenda, siempre me sonría y no lo haga sino a mí!"
Prefería la ausencia voluntaria, que le dejaba la integridad de su amor y de su dignidad, a poder ver de nuevo a un hombre al que odiaba porque se veía obligada a amarle.
Hemos dicho ya que durante la tarde del día de San Luis, la reina había venido a buscar a Andrea a Saint-Denis, encontrándola pensativa en su celda.
Vinieron, en efecto, a comunicar a Andrea, que la reina acababa de llegar, que el capítulo la recibía en el gran locutorio y que Su Majestad, después de los primeros saludos, había pedido hablar a la señorita de Taverney.
¡Cosa extraña! ¡Le bastó esto a Andrea, corazón enternecido por el amor, para correr hacia ese perfume de Versalles, perfume maldecido el día antes, pero que se hacía deseable a medida que se iba alejando, como todo lo que se evapora, como todo lo que se olvida, como el amor!
—¡La reina!—murmuró Andrea—. ¡La reina está en Saint-Denis y me llama!
—Pronto, apresuraos— se le dijo.
Se apresuró, en efecto; siguió presurosa a la tornera que había venido a buscarla.
Pero apenas había dado cien pasos, cuando se sintió humillada de haberse alegrado tanto.

"¿Por qué se ha estremecido mi corazón?— preguntóse—. ¿Qué significa para Andrea de Taverney el hecho de que la reina de Francia visite el monasterio de Saint-Denis? ¿Es orgullo lo que siento? La reina no ha venido aquí por mí. ¿Es acaso una dicha? Yo no quiero a la reina.
"Vamos, calma, mala religiosa que no perteneces ni a Dios ni al mundo; trata al menos de ser dueña de ti misma".
Andrea se censuraba así mientras bajaba la gran escalinata, y, dueña de su voluntad, alejó de sus mejillas el rubor fugitivo de la precipitación y moderó la rapidez de sus movimientos. Pero para conseguirlo, tardó largos instantes.
Cuando llegó por detrás del coro al locutorio de ceremonia, que parecía más grande por el resplandor de las lámparas y de los cirios en las manos apretadas de las hermanas conversas, Andrea estaba fría y pálida.
Cuando oyó su nombre pronunciado por la tornera que la acompañaba, cuando divisó a María Antonieta sentada en el sillón abacial, mientras que a su lado se inclinaban y agrupaban las más nobles frentes del capítulo, Andrea sintióse acometida por palpitaciones que detuvieron sus pasos durante algunos segundos.
—¡Ah! Venid, señorita; deseo hablaros— dijo la reina sonriendo apenas.
Andrea acercóse e inclinó la cabeza.
—¿Me permitís, señora?— dijo la reina volviéndose hacia la superiora.
Esta respondió con una reverencia y dejó el locutorio, seguida de todas las religiosas.
La reina permaneció sola, sentada junto a Andrea, cuyo corazón latía con tal fuerza, que se le hubiera podido oír a no ser por el ruido monótono del péndulo del viejo reloj.

CAPITULO LXXXIII
UN CORAZÓN MUERTO

Como procedía según la etiqueta, la reina comenzó la conversación.
—Ya os tenemos aquí, señorita— dijo con fina sonrisa—. Vestida de religiosa me producís una impresión singular.
Andrea no contestó.
—Ver a una antigua compañera— prosiguió la reina— ya perdida para el mundo en el que nosotros continuamos viviendo, es como un consejo severo que nos da la tumba. ¿No pensáis lo mismo, señorita?
—Señora— contestó Andrea—, ¿quién se puede permitir dar consejos a Vuestra Majestad? Ni siquiera la muerte avisará a la reina el día en que llegue. No podría ser de otra manera.
—¿Por qué?
—Porque una reina, por la elevación de su jerarquía, está destinada a no sufrir más que las necesidades inevitables. Todo lo que puede hacer mejor la vida, lo posee; todo lo que en los demás puede contribuir a embellecer esta vida, la reina puede tomárselo.
María Antonieta hizo un gesto de sorpresa.
—Es un derecho— se apresuró a decir Andrea—. Los demás, para una reina, son una colección de súbditos cuyos bienes, honor y vida pertenecen a los soberanos. Vida, honor y bienes, morales y materiales, son así propiedad de las reinas.
—He aquí doctrinas que me asombran— dijo lentamente María Antonieta—. Convertís a la soberana de este país en algo semejante a un ogro como los de los cuentos, que engulle la fortuna y la felicidad de los simples ciudadanos. ¿Acaso soy yo una mujer así, Andrea? ¿Tuvisteis motivo de queja durante vuestra permanencia en la corte?
—Vuestra Majestad ya tuvo la bondad de hacerme esta pregunta cuando me separé de su servicio y yo le respondí lo mismo que hoy: No, señora.

—Pero a menudo un agravio mortifica sin que nos afecte personalmente. ¿He molestado yo a alguno de los vuestros y por ello merezco las duras palabras que acabáis de dirigirme? Andrea, el retiro que habéis escogido, es un asilo contra las malas pasiones del mundo. Dios nos enseña en él la dulzura, la moderación, el olvido de las injurias, virtud de la que Él es el más puro modelo. Al venir aquí, ¿debo encontrarme con una hermana de Jesucristo o con una frente severa y palabras amargas como la hiel? Yo, que vengo como una amiga, ¿merezco los reproches o la animosidad velada de una enemiga irreconciliable?
Andrea levantó los ojos estupefacta. Las palabras amistosas de la reina conmovieron sensiblemente a la hosca solitaria.
—Su Majestad sabe bien— dijo en voz más baja—, que los Taverney no pueden ser enemigos suyos.
—Comprendo que no me perdonéis haber sido fría con vuestro hermano— contestó la reina—, y tal vez él mismo me acuse de frívola y de caprichosa.
—Mi hermano es un súbdito demasiado respetuoso para acusar a la reina— respondió Andrea.
La reina se dio cuenta de que se haría sospechosa extremando la dulzura destinada a conmover a la novicia. Por eso se detuvo en sus manifestaciones.
—Sea lo que fuese— dijo—, al venir a Saint-Denis para hablar con Madame, he querido veros para aseguraros que, tanto de cerca como de lejos, soy vuestra amiga.
Andrea notó el cambio de matiz; a su vez temía haber ofendido a la que la acariciaba y más que esto temía haber puesto de manifiesto su dolorosa llaga ante la mirada clarividente de una mujer.
—Vuestra Majestad me colma de honor y de alegría— dijo tristemente.
—No habléis así, Andrea— contestó la reina estrechándole la mano—; me desgarráis el corazón. ¿Acaso podrá decirse que una miserable reina tiene una amiga, dispone de un alma, fija la mirada en unos ojos encantadores como los vuestros, sin sospechar que en el fondo de esos ojos existe el interés o el resentimiento? ¡Oh, Andrea!; tenedle envidia a estas reinas, dueñas de los bienes, el honor y la vida de todos! Ellas son reinas y poseen el oro y la sangre de los pueblos, pero el corazón, ¡jamás!, ¡jamás!. Del corazón no puede apropiarse nadie; es preciso que se entregue.
—Yo os aseguro, señora— dijo Andrea conmovida por esta calurosa alocución—, que he querido a Vuestra Majestad tanto como es posible querer en este mundo.
Y al decir estas palabras, sonrojada, bajó la cabeza.
—¡Vos..., me habéis..., querido!— exclamó la reina recogiendo al vuelo esta palabras—. Así pues, ¿no me queréis ya?
—¡Oh, señora!
—No os pido nada, Andrea... Maldito sea el claustro que apaga tan pronto el recuerdo en ciertos corazones.
—No acuséis a mi corazón— dijo vivamente Andrea—, porque ha muerto.
—¡Vuestro corazón ha muerto! ¿Vos, Andrea, joven y bella, decís que vuestro corazón ha muerto? No juguéis con estas fúnebres palabras. El corazón no muere cuando se conserva esa sonrisa, esa belleza. No digáis tal, Andrea.
—Os lo repito, señora; nada de la corte, nada del mundo puede existir ya para mí. Aquí vivo como la planta y la hierba; tengo alegrías que sólo yo comprendo. No es un crimen muy grande el olvido de las gloriosas vanidades del mundo. Mi confesor me felicita diariamente por ello; no seáis vos más severa que él.
—¡Cómo! ¿Os halláis bien en el convento?— interrogó la reina.
—Llevo con placer la vida solitaria.
—¿No halláis nada aquí que os recuerde las alegrías del mundo?

—Nada.
"¡Dios mío!— pensó inquieta la reina—. ¿Fracasaré?"
Y un estremecimiento mortal recorrió sus venas.
"Tratemos de tentarla— se dijo—. Si este medio fracasa, tendré que acudir a las súplicas. ¡Oh, suplicarle para que haga esto, para que acepte al señor de Charny! ¡Bondad del cielo, hay que ser muy desgraciada para llegar a tal extremo!"
—Andrea— prosiguió María Antonieta dominando su emoción —, acabáis de expresar vuestra satisfacción en unos términos que me sacan la esperanza que yo había concebido. —¿Qué esperanza, señora?
—Si como parece, estáis decidida, no vale la pena que hablemos... ¡Ay! ¡Era para mí una ilusión placentera que huye! Todo ha quedado ahora en una sombra. No pensemos más en ello.
—Pero en fin, señora, si esto os tenía que producir una satisfacción, explicadme...
—¿Para qué? Os habéis retirado del mundo, ¿verdad?
—¿Y ratificáis lo hecho?
—Sí, señora.
—¿Con gusto?
—Con mi mejor voluntad.
—¿Y ratificáis lo hecho?
—Más que nunca.
—Ya veis que es una cosa superflua el que hable. Pero Dios es testigo de que por un momento he creído que os iba a hacer feliz.
—¿A mí?
—Sí, a vos, ingrata, que me acusáis.
Pero hoy, que entrevisteis otras alegrías, debéis conocer mejor que yo vuestros gustos y vuestra vocación. Renuncio...
—En fin, señora, hacedme el honor de contarme.
—¡Oh, es una cosa sencilla! Quería haceros volver de nuevo a la corte.
—¡Yo!— exclamó Andrea con una sonrisa llena de amargura—. ¿Yo volver a la corte?... ¡Dios mío! ¡No! ¡No señora; jamás..., aunque esto implique una desobediencia a Vuestra Majestad!
La reina se estremeció. Un dolor inexplicable embargó su corazón. Ella, poderoso navío, se estrellaba ante un átomo de granito.
—¿Os negáis?— murmuró.
Y para ocultar su turbación escondió la cara entre sus manos.
Andrea, creyéndola abatida, acercóse a ella y se arrodilló como para dulcificar con su respeto el golpe que acababa de darle a la amistad o al orgullo.
—Veamos— dijo—, ¿qué hubieseis hecho de mí en la corte? ¡De mí, triste, insignificante, pobre, maldita que ni siquiera he sabido inspirar, miserable de mí, a las mujeres la vulgar inquietud de la rivalidad ni a los hombres la vulgar simpatía de la diferencia de los sexos!... ¡Ah, querida soberana, dejad a esta religiosa no aceptada aún por Dios que la encuentra demasiado defectuosa, Él, que ha sentido los dolores del cuerpo y del corazón! Dejadme en mi miseria y en mi soledad... Dejadme.
—¡Ah!— dijo la reina levantando su mirada— la situación que venía a proponeros suponía un mentís a todas las humillaciones de que os quejabais. El matrimonio de que se trataba os convertía en una de las más grandes damas de Francia.
—¿Un... matrimonio?— balbuceó Andrea estupefacta.
—¿Os negáis?— interrogó la reina, cada vez más desanimada.
—¡Oh! Sí; me niego. ¡Me niego!
—Andrea...— aventuró María Antonieta con suplicante acento.

—Me niego, señora, me niego.
La reina se preparó desde aquel instante, con una espantosa opresión en el corazón, a acudir a la súplica. Andrea vino a ponerse en su camino, en el momento en que ella se levantaba indecisa, temblorosa, abatida, sin acertar con la primera de las palabras que iba a pronunciar.
—Al menos, señora— dijo ella reteniéndola por el vestido, porque creía que iba a partir—, hacedme el gran favor de nombrarme al hombre que me aceptaría por compañera; he sufrido tantas humillaciones en mi vida, que el nombre de ese hombre generoso...— Y sonrió con una ironía punzante—: será el bálsamo que en lo sucesivo colocaré sobre las heridas de mi orgullo.
La reina vaciló; pero tenía necesidad de llegar hasta el fin.
—El señor de Charny —dijo con un tono triste e indiferente.
—¿El señor de Charny?— exclamó Andrea con inusitada agitación—. ¿El señor Oliverio de Charny?
—Oliverio, sí— asintió la reina contemplando a la joven con asombro.
—¿El sobrino del señor de Suffren?— siguió interrogando Andrea cuyas mejillas se tiñeron de rojo y cuyos ojos resplandecieron como estrellas.
—El sobrino del señor de Suffren— respondió María Antonieta, cada vez más sobrecogida por el cambio notado en los rasgos de Andrea.
—¿Era con Oliverio con quien me queríais casar? ¿Con él, señora?
—Con el mismo.
—¿Y él..., consiente?
—Os pide en matrimonio.
—¡Oh! Acepto, acepto— dijo Andrea loca de alegría—. ¡Era el que yo amaba..., y me quiere a mí como yo le quería a él!
La reina retrocedió lívida y temblorosa; se dejó caer abatida en un sillón. Andrea le besaba el vestido y humedecía las manos con sus lágrimas.
—¿Cuándo partimos?— habló ésta al fin, cuando la palabra ocupó el sitio de los gritos ahogados y de los suspiros.
—Venid— dijo la reina, que sentía que la vida se le escapaba y quería salvar su honor antes de morir.
Se levantó, apoyándose en Andrea, cuyos labios ardorosos buscaban sus mejillas heladas. Y mientras la joven se aprestaba para la partida, murmuró sollozando amargamente la infortunada soberana que disponía de la vida y del honor de treinta millones de súbditos:
—¡Dios mío!... ¿No es bastante sufrimiento para un solo corazón? ¡Pero es preciso que os dé las gracias, Dios mío, porque salváis a mis hijos del oprobio y me concedéis el derecho de morir bajo la capa de la realeza!

CAPITULO LXXXIV
DONDE SE EXPLICA POR QUE ENGORDABA EL BARÓN

Mientras la reina decidía de la suerte de la señorita de Taverney en Saint-Denis, Felipe, con el corazón destrozado por todo lo que había sabido y por todo lo que acababa de descubrir, apresuraba los preparativos de la partida.
Felipe tenía motivos más poderosos que ningún otro para alejarse de Versalles rápidamente; no quería ser testigo del deshonor probable e inminente de la reina, su única pasión.
Se le vio por eso más decidido que nunca, hacer ensillar sus caballos, cargar sus armas, amontonar en su valija lo que más corrientemente se necesita para la vida ordinaria y

terminados esos preparativos avisar al señor de Taverney padre, que tenía que hablarle.
El anciano volvía de Versalles moviendo las flacas piernas lo mejor que podía para sostener su grueso vientre. El barón, desde hacía tres o cuatro meses engordaba, lo que le producía un orgullo fácil de comprender teniendo en cuenta que el grado sumo de la obesidad era en él signo de una satisfacción completa.
Y la satisfacción completa, en el señor de Taverney, era una frase que tenía muchos sentidos.
El barón volvía, decíamos, muy orondo de su paseo al palacio, después de haber tomado parte en el escándalo del día. Había sonreído al señor de Breteuil contra el señor de Rohan; a los señores de Soubisse y de Guemenée contra el señor de Breteuil; al señor de Provenza contra la reina y al señor de Artois contra el de Provenza, a cien personas contra otras tantas. Traía su provisión de maldades, de pequeñas infamias. Volvía feliz con la cesta llena.
Cuando se enteró por el ayuda de cámara de que su hijo quería hablarle, en lugar de esperar la visita de Felipe, atravesó el descansillo para ir al encuentro del viajero, y penetró, sin hacerse anunciar, en la habitación.
Felipe no contaba con manifestaciones de gran sentimiento por parte de su padre, pero tampoco esperaba demasiada indiferencia.
Pero Felipe se quedó asombrado, cuando oyó al barón que exclamaba con risa jubilosa:
—¡Ah, Dios mío! Se va, se va...
Felipe se detuvo y miró a su padre con estupor.
—Yo estaba seguro— continuó el barón—. Lo hubiese apostado. Bien representado, Felipe, bien representado.
—¿De veras, señor?— dijo el joven—-. ¿Qué está bien representado?
El anciano se puso a canturrear saltando con una sola pierna y sosteniendo su vientre con ambas manos. Al mismo tiempo guiñaba repetidamente los ojos a Felipe para que despidiese al ayuda de cámara.
Al comprenderle, Felipe obedeció. El barón empujó a Champagne hacia afuera, cerró la puerta tras él y volviendo hacia donde estaba su hijo, díjole en voz baja:
—¡Admirable! ¡Admirable!
—Me prodigáis unos elogios, señor, cuya razón no se me alcanza— respondió fríamente Felipe.
—¡Ah! ¡Ah!— rió el anciano contoneándose.
—Si esa hilaridad nace de mi marcha, señor...
—¡Oh!— exclamó el anciano barón—. No vale la pena que disimules ante mí; ya sabes que no me dejo engañar... ¡Diablos!
Felipe se cruzó de brazos preguntándose si su padre no empezaba a volverse loco.
—¿En qué pretendo engañaros?
—En lo que a tu partida se refiere, ¡pardiez! ¿Piensas acaso que creo en ella?
—¿No lo creéis?
—Te repito que Champagne ya no está aquí. No te molestes. Por otra parte reconozco que no te quedaba otro camino que seguir y es el que tomas; está bien.
—¡Señor, me sorprendéis hasta tal punto!...
—Sí, es bastante sorprendente que lo haya adivinado, pero ¡qué quieres, Felipe!, no hay persona más curiosa que yo, que busco cuando siento curiosidad. Ni hay tampoco hombre más feliz que yo cuando encuentro lo qué buscaba. Por eso he averiguado que tú simulas partir y te felicito por ello.
—¿Que yo simulo?— gritó Felipe intrigado.
El anciano se acercó, y palmeando al joven, le dijo:

—Palabra de honor, que, sin acudir a este expediente, todo quedaría descubierto. Haces las cosas a tiempo. Mañana la cosa sería demasiado tarde. Vete en seguida, hijo mío, vete en seguida.
—Señor— dijo Felipe en un tono frío—, os aseguro que no comprendo una sola palabra.
—¿Dónde ocultarás tus caballos?— prosiguió el anciano sin responder directamente—. Tienes una yegua que es fácilmente reconocible; ten cuidado de que no se la vea aquí cuando se te crea en... A propósito, ¿a dónde simularás ir?
—Me dirijo a Taverney Maison-Rouge, señor.
—Bien..., muy bien... Simulas ir a Maison-Rouge... Nadie podrá comprobarlo... ¡Oh, muy bien!... Sin embargo debes ser prudente, hay muchos ojos fijos en los tuyos.
—¿En los míos?... ¿Los de quién?
—Ella es impetuosa— continuó diciendo el anciano—, tiene impulsos capaces de echarlo todo a perder. ¡Ten cuidado! Se más razonable que ella...
—Verdaderamente— exclamó Felipe con sorda cólera—, imagino, señor, que os estáis divirtiendo a mi costa, y me exponéis, apenado como estoy, a que os falte al respeto.
—Sí, al respeto. Te dispenso de él. Ya eres lo suficiente grande para solventar nuestros asuntos, y te desenvuelves tan bien que eres tú el que me inspiras respeto. Tú eres el Geronte y yo el Aturdido. Vamos, déjame tu dirección para poder avisarte en el caso de que ocurriese algo anormal.
—En Taverney, señor— respondió Felipe, creyendo que su padre recobraba al fin el buen sentido.
—¡Otra vez con esas!... ¡En Taverney, a ochenta leguas! ¿Te imaginas que si tengo alguna indicación importante que darte con urgencia, me divertiré en ir matando correos en el camino de Taverney, para que parezca verosímil? ¡Tú tienes imaginación, qué diablos! Cuando se ha hecho por estos amores lo que has hecho tú, se es hombre de recursos. Elige una dirección más próxima.
—¡Una casa en el parque, amores, imaginación! ¡Señor, estamos jugando a los enigmas, sólo que os guardáis las palabras para vos!...
—¡No conozco un animal más discreto que tú!— exclamó el padre con despecho—; ni considero otras reservas más ofensivas que las tuyas. No parece sino que temes ser traicionado por mí. ¡Sería curioso!
—¡Señor!— dijo Felipe exasperado.
—¡Bueno, bueno! Guarda tus secretos para ti; guarda el secreto de tu casa alquilada en el antiguo pabellón de caza.
—¿Yo he alquilado el pabellón de caza?
—Guarda el secreto de tus paseos nocturnos con tus dos adorables amigas.
—¡Yo..., he paseado!— murmuró Felipe palideciendo.
—Guarda el secreto de esos besos que aparecen como la miel y el rocío sobre las flores.
—¡Señor!— rugió Felipe ebrio de furia y de celos—. ¡Señor! ¿Os callaréis?
—Bueno. Como ya te he dicho, sé todo lo que tú has hecho. ¿Dudabas de ello? Esto debería inspirarte confianza. Tu intimidad con la reina, tus entrevistas, tus paseos por los baños de Apolo. ¡Dios mío!, son nuestra vida y la fortuna de todos. No tengas miedo de mí, Felipe... Confía en mí.
—¡Señor, me inspiráis horror!—exclamó Felipe.
En efecto, sentía realmente horror por ese hombre que le atribuía toda la felicidad de otro y que, creyendo acariciarle, le flagelaba con la dicha de su rival.
Todo lo que el padre había sabido, lo que había adivinado, lo que los mal intencionados cargaban en la cuenta del señor de Rohan y los mejor informados en la de Charny, el barón lo atribuía a su hijo. Para él era Felipe el que la reina amaba y empujaba poco a

poco hacia los más altos peldaños del favoritismo. He aquí la completa satisfacción que, desde hacía algunas semanas engordaba al señor de Taverney.
Cuando Felipe hubo descubierto este nuevo cenagal de infamias, se estremeció al verse arrastrado al mismo por el único ser que debiera haber hecho causa común con él en defensa del honor; pero el golpe había sido tan violento, que quedó aturdido, silencioso, en tanto que el barón charlaba a más y mejor.
—¡Has hecho una obra maestra, has despistado a todo el mundo! Esta noche, cincuenta ojos me han dicho: "Es Rohan". Otros cien aseguraban: "Es Charny", Doscientos me han dicho: "Son Rohan y Charny". Ni uno solo, fíjate bien, ni uno solo me ha dicho: "Es Taverney". Te repito que es una obra maestra y en su virtud lo menos que puedo hacer es felicitarte... Por otra parte todo esto os honra a los dos. A ella porque te ha escogido y a ti porque la tienes a tu albedrío.
En el momento en que Felipe, furioso por este último golpe, fulminaba con una mirada terrible al inexorable anciano, mirada preludio de una tormenta, el ruido de una carroza se oyó en el patio del palacio y ciertos rumores y determinadas idas y venidas extrañas atrajeron hacia afuera la atención de Felipe.
Se oyó a Champagne exclamar:
—¡La señorita! ¡Es la señorita!
Y muchas voces que repetían:
—¡La señorita!...
—¿Cómo la señorita?— asombróse Taverney—. ¿De qué señorita se trata?
—¡Es mi hermana!— murmuró Felipe, casi sobrecogido de asombro cuando reconoció a Andrea que bajaba de la carroza a la luz de la antorcha del portero.
—¡Vuestra hermana!— repitió el anciano—. ¿Andrea?... ¿Será posible?
Champagne venía a confirmar lo anunciado.
—Señor— dijo a Felipe—, la señorita, vuestra hermana, está en el tocador cercano al gran salón. Os espera allí.
—Vamos a su encuentro— exclamó el barón.
—Es conmigo con quien quiere hablar— dijo Felipe saludando al anciano—. Si os parece, iré primero.
En aquel momento, otra carroza se detenía ruidosamente en el patio.
—¿Quién diablos llega ahora?— murmuró el barón—. Es una noche de aventuras...
—¡El señor conde Oliverio de Charny!— gritó el portero a los criados.
—Conducid al señor conde al salón— ordenó Felipe a un criado—. El señor barón le recibirá... Yo voy al tocador a hablar con mi hermana.
Los dos hombres bajaron lentamente la escalera.
"¿Qué vendrá a hacer aquí el conde?", preguntábase Felipe.
"¿Qué habrá venido a hacer aquí Andrea?", pensaba el barón.

CAPITULO LXXXV
EL PADRE Y LA PROMETIDA

El salón del palacio estaba situado en el primer cuerpo de la casa, en el piso bajo, y a la izquierda el tocador, con una salida hacia la escalera que conducía a las habitaciones de Andrea.
A la derecha, había otro salón más reducido por el cual se pasaba al grande.
Felipe llegó primero al tocador donde le esperaba su hermana.
Tan pronto como hubo abierto la doble puerta del tocador, Andrea se echó a su cuello y le abrazó con una alegría a la que no estaba acostumbrado, desde hacía mucho tiempo, este triste amante, este desgraciado hermano.

—¡Bondad del cielo! ¿Qué te pasa?— preguntó el joven a Andrea.
—¡Algo muy feliz, muy feliz, hermano mío!
—¿Y vuelves para anunciármelo?
—¡Vuelvo para siempre!— exclamó la joven transportada por la dicha.
—Más bajo, hermana mía, más bajo— rogó Felipe—. Hay alguien en el salón de al lado, alguien que puede oírte.
—¿Alguien?— inquirió Andrea—. ¿Quién?
—Escucha— contestó Felipe.
—¡El señor conde de Charny!— anunció el criado al introducir a Oliverio en el salón grande a través del pequeño.
—¡El, él!— exclamó Andrea redoblando las caricias a su hermano—. ¡Oh! Ya sé a qué viene aquí.
—¿Eh?
—Lo sé tan bien, que me estoy dando cuenta del desorden de mi tocado y como adivino que llegará el momento en que a mi vez tendré que entrar en el salón para oír yo misma lo que viene a decir el señor de Charny...
—¿Hablas, seriamente, querida Andrea?
—Escucha, escucha Felipe y déjame subir a mis habitaciones. La reina me ha traído algo deprisa y voy a cambiar mi vestido descuidado del convento por un vestido de... prometida.
Y pronunciada esta palabra que dijo en voz baja a Felipe, acompañándola con un beso de alegría, Andrea, ligera y arrebatada, desapareció por la escalera que conducía a sus habitaciones. Felipe quedó solo y acercó la cara a la puerta que comunicaba al tocador con el salón. Escuchó.
El conde de Charny había entrado. Recorría lentamente el vasto entarimado y más bien parecía meditar que esperar.
El señor de Taverney padre, entró a su vez y fue a saludar al conde con una cortesía rebuscada.
—¿A qué debo el honor de esta visita imprevista, señor conde? Creed que de todas formas me colma de alegría.
—He venido vestido de ceremonia, como veis y os ruego que me perdonéis si no me acompaña mi tío, el señor bailío de Suffren, como hubiera debido ser.
—¡Cómo! ¿Que os excuse, mi querido señor de Charny?— balbuceó el barón.
—Esto era conveniente, bien lo sé, para la petición que me propongo haceros.
—¿Una petición?
—Tengo el honor— dijo Charny con voz emocionada— de pediros la mano de la señorita Andrea de Taverney, vuestra hija.
El barón sufrió un sobresalto en su sillón. Abrió los ojos centelleantes, que parecían querer devorar las palabras pronunciadas por el conde de Charny.
—¡Mi hija!...— murmuró—; ¿me pedís a Andrea en matrimonio?
—Sí, señor barón, a no ser que la señorita de Taverney oponga algún reparo a esta unión.
"¿Es tan grande ya el favor de Felipe, que uno de sus rivales quiere aprovecharse casándose con su hermana?— pensaba el anciano—. A fe mía, no está mal el paso, señor de Charny".
Y añadió en voz alta con una sonrisa:
—Esta elección es tan honorable para nuestra casa, señor conde, que por lo que a mí se refiere, consiento con alegría. Iré a avisar a mi hija.

—Caballero— dijo el conde con frialdad—, me parece que os tomáis un trabajo inútil. La reina ha tenido a bien consultar a la señorita de Taverney a este respecto y la respuesta de vuestra hija me ha sido favorable.
—¡Ah!— dijo el barón cada vez más maravillado—. ¡Es la reina!...
—Que se ha tomado la molestia de trasladarse a Saint-Denis, sí, caballero.
El barón se levantó.
—No me queda más que poneros en antecedentes, señor conde, de cuanto concierne a la situación de la señorita de Taverney. Tengo arriba los títulos de fortuna de su madre. No os casáis con una rica heredera, señor conde y antes de concretar nada...
—Es inútil, señor barón. Mi fortuna es suficiente para ambos y la señorita de Taverney no es una de esas mujeres que deban ser objeto de regateo. Pero esta cuestión que queréis tratar por vuestra cuenta, es indispensable que lo haga yo por la mía.
Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando se abrió la puerta del tocador y apareció Felipe pálido, descompuesto, con una mano en la casaca y la otra convulsivamente cerrada.
Charny saludó ceremoniosamente y recibió idéntico saludo.
—Caballero— dijo Felipe—, mi padre tenía razón cuando os proponía una conversación sobre el estado económico de la familia; ambos tenemos que daros varias explicaciones. En tanto que el señor barón va a sus habitaciones para buscar los papeles de que os hablaba, yo voy a tener que tratar con vos esta cuestión con más detalle.
Y Felipe, con una mirada de autoridad inexcusable, despidió al barón que salió a disgusto, previendo algún contratiempo.
Felipe acompañó al anciano hasta la puerta de salida del pequeño salón, y seguro de que no podía ser oído por nadie, dijo:
—Señor de Charny, ¿cómo se explica que os atreváis a pedir a mi hermana en matrimonio?
Oliverio retrocedió, sonrojándose.
—¿Es— continuó Felipe— para ocultar mejor vuestros amores con esa mujer a la que perseguís y que os ama? ¿Es para que, al veros casado no se pueda decir que tenéis una querida?
—En verdad, caballero...— respondió Charny vacilante y aterrado.
—¿Es— añadió Felipe— porque, convertido en el esposo de una mujer que os acercará a vuestra querida a toda hora, tendréis más facilidad para ver a esa amante adorada?
—¡Caballero, os extralimitáis!
—¿Es tal vez, y creo más bien esto— prosiguió Felipe acercándose a Charny—, para que, convertido en vuestro cuñado, no revele lo que sé de vuestros amores pasados?
—¿Lo que vos sabéis?— exclamó Charny espantado—. ¡Tened cuidado!
—Sí— dijo Felipe animándose—; la casa del pabellón alquilada por vos, vuestros paseos misteriosos por el parque de Versalles..., la noche... vuestras manos enlazadas, vuestros suspiros y sobre todo el tierno cambio de miradas en la pequeña puerta del parque.
—¡Caballero, en nombre del Cielo, vos no sabéis nada, decid que no!...
—¡Yo no sé nada!— exclamó Felipe con sangrante ironía—. ¿Cómo no puedo saber nada, yo que estaba escondido en los zarzales detrás de los baños de Apolo, cuando salisteis dando el brazo a la reina?
Charny retrocedió espantado.
Felipe le miró con hosco silencio.
Le dejaba sufrir, le dejaba expiar mediante este sufrimiento pasajero las horas de inefables delicias que acababa de reprocharle.
Charny se irguió de su postración.

—Pues bien, caballero— dijo a Felipe—, inclusive después de lo que me acabáis de decir, os pido la mano de la señorita de Taverney. Si no fuese más que un cobarde calculador, como suponíais hace un momento, si me casase por mi conveniencia, sería tan miserable que tendría miedo del hombre que posee mi secreto y el de la reina. Pero es necesario que la reina sea salvada; es indispensable.
—¿Es que la reina está perdida— preguntó Felipe— porque el señor de Taverney la ha visto estrechar el brazo del señor de Charny y levantar al cielo los ojos brillantes de felicidad? ¿Es que la reina está perdida porque yo sé que os ama? ¡Oh! No es una razón para sacrificar a mi hermana. No lo permitiré yo.
—Caballero, ¿sabéis que la reina está perdida si ese matrimonio no se realiza? Esta misma mañana, mientras se arrestaba al señor de Rohan, el rey me ha sorprendido arrodillado ante la reina.
—¡Dios mío!
—Y la reina, interrogada por el rey, celoso, ha respondido que me arrodillaba para pedirle la mano de vuestra hermana. He aquí por qué, si no me caso con vuestra hermana, la reina está perdida. ¿Lo comprendéis ahora?
Un doble ruido— un grito y un gemido— cortó la frase de Oliverio. Se había oído uno en el tocador y el otro en el pequeño salón.
Oliverio corrió hacia donde se había oído el gemido; vio en el tocador a Andrea de Taverney, vestida de blanco como una prometida. Había estado escuchando y acababa de desvanecerse.
Felipe acudió a donde se había oído el grito, en el salón pequeño. Vio el cuerpo del barón de Taverney, al que esta revelación del amor de la reina por Charny había fulminado con la ruina de todas sus esperanzas.
El anciano, herido por una apoplejía fulminante, había exhalado su último suspiro.
La predicción de Cagliostro acababa de cumplirse.
Felipe, que lo comprendía todo, inclusive la vergüenza de esta muerte, abandonó silenciosamente el cadáver y volvió al salón, hacia Charny, que contemplaba temblando y sin atreverse a tocarla, a la joven, fría e inanimada.
Las dos puertas abiertas dejaban ver a los dos cuerpos, paralelamente, simétricamente colocados, por decirlo así, en el lugar donde les había herido la revelación.
Felipe, con los ojos enrojecidos y el corazón agitado, tuvo aún el valor de tomar la palabra para decir al señor de Charny:
—El señor barón de Taverney acaba de morir. Después de él, yo soy el jefe de la familia. Si la señorita de Taverney sobrevive, os la entrego en matrimonio.
Charny miró el cadáver del barón con horror y el cuerpo de Andrea con desesperación. Felipe, aterrorizado, se mesaba el cabello.
—Conde de Charny— dijo después de haber calmado la tormenta interior—, me comprometo en nombre de mi hermana que no me oye: ella devolverá su felicidad a una reina y yo quizás algún día seré lo bastante feliz para poderle dar mi vida. Adiós, señor de Charny.
Y saludando a Oliverio, que no sabía cómo alejarse sin pasar por encima de una de las dos víctimas, Felipe levantó a Andrea, la estrechó en sus brazos y dio en esta forma paso al conde que desapareció por el tocador.

CAPITULO LXXXVI
DESPUÉS DEL DRAGÓN, LA VÍBORA

Es hora ya de que volvamos a los personajes de nuestro relato que la necesidad y la intriga, más que la verdad histórica, han relegado al segundo plano.

Olive se preparaba a huir, mediante los preparativos de Juana, cuando Beausire, advertido por un aviso anónimo, jadeante por el encuentro de Nicolasa entre cuyos brazos se encontró, se la llevaba de la casa de Cagliostro mientras que el señor Reteau de Villette esperaba en vano al final de la calle Roi-Doré.
Para hallar a los dos amantes, que el señor de Crosne tenía tanto interés en descubrir, la señora de La Motte, que se sentía engañada, puso en campaña a todos sus confidentes. Ella prefería, y se explica, cuidar por sí misma su secreto que dejarlo en manos de terceras personas, y para el buen éxito del negocio que preparaba le era indispensable que Nicolasa no fuera hallada.
Sería imposible describir las angustias que sufrió cuando los emisarios, al volver, le anunciaron que sus averiguaciones habían resultado inútiles.
En aquel momento recibía, una tras otra, numerosas órdenes de la reina en el sentido de que compareciera ante ella para responder de su conducta a propósito del collar.
De noche, tapada, partió para Bar-Sur-Aube, donde tenía un apeadero y a donde llegó por atajos, sin ser reconocida.
Podía ganar así dos o tres días y adquiría tiempo y fuerza, para apuntalar con una sólida energía interior, el edificio de sus calumnias.
Dos días de soledad para esta alma profunda, significarían una lucha al final de la cual resultarían domados el cuerpo y el espíritu y no se sublevaría la conciencia obediente, instrumento peligroso para el culpable.
La reina y el rey, que la hacían buscar, no supieron que estaba en Bar-Sur-Aube sino en el momento en que estaba ya preparada para hacer la guerra. Enviaron un mensajero para conducirla.
Fue entonces cuando se enteró del arresto del cardenal.
Pero no se sintió afectada por ello. Asociándolo al escándalo que ofreciera María Antonieta, pensó fríamente:
"La reina ha quemado sus buques; imposible por ahora volver atrás. Al negarse a transigir con el cardenal y pagar a los joyeros, se arriesga a todo. Esto prueba que no cuenta conmigo y no sospecha las fuerzas de que dispongo".
He aquí las piezas de que estaba formada la armadura que llevaba Juana cuando un hombre, que tanto parecía soldado como mensajero, se presentó de pronto ante ella anunciándole que tenía órdenes de conducirla a la corte.
El mensajero encargado de llevarla a la corte quería conducirla directamente a la presencia del rey, pero Juana, con la habilidad que le era propia, dijo:
—Caballero, vos amáis a vuestra reina, ¿no es cierto?
—¿Lo dudáis, señora condesa?— contestó el enviado.
—Pues bien, en nombre de este amor leal y del respeto que tenéis por la soberana, os conjuro para que, ante todo, me llevéis a su presencia.
El mensajero quiso hacer objeciones. Mas ella insistió:
—Debéis saber mejor que yo de lo que se trata. Por esto comprenderéis que una entrevista secreta de la reina conmigo es indispensable.
El mensajero, que estaba saturado de los rumores calumniosos que apestaban el aire de Versalles desde hacía algunos meses, creyó realmente prestar un servicio a la reina acompañando a la señora La Motte cerca de ella antes de hacerla comparecer ante el rey.
Puede imaginarse la altivez, el orgullo, el aspecto altanero de la reina puesta en presencia de este demonio al que no conocía aún, pero del que sospechaba su pérfida influencia en sus asuntos.
El supremo desdén, la cólera mal contenida, el odio de mujer a mujer, el sentimiento de una incomparable superioridad, he aquí las armas de las adversarias. La reina empezó

por hacer entrar, como testigos, a dos de sus damas. Cuando la señora de La Motte vio a las dos damas, se dijo:
"¡Bueno! He aquí a dos testigos a los que despedirá pronto".
—¡Al fin os vemos, señora!— exclamó la reina.
Juana se inclinó por segunda vez.
—¿Os ocultabais, pues?
—¡Ocultarme! No, señora— contestó Juana con voz dulce y apenas timbrada—; no me ocultaba. Si me hubiera ocultado, no me hubieran hallado.
—¡Sin embargo huisteis! Llamemos a esto como queráis.
—Dejé París, señora. Eso es todo.
—¿Sin mi permiso?
—Temía que Vuestra Majestad no me concediese las pequeñas vacaciones que yo necesitaba para arreglar mis asuntos en Bar-Sur-Aube, donde me hallaba desde hacía seis días, cuando me vinieron a buscar por orden de Vuestra Majestad. Por otra parte, es preciso decirlo, no creía seros tan necesaria para verme obligada a avisaros por una ausencia de ocho días.
—¡Ah! Tenéis razón, señora. ¿Por qué temíais que os negase un permiso? ¿Qué vacaciones teníais que pedirme? ¿Y cuál era la licencia que tenía que concederos? ¿Ocupáis acaso algún cargo aquí?.
Advirtiendo el desprecio de esas palabras, Juana, herida, repuso humildemente:
—Señora, yo no tengo cargo en la corte, es verdad, pero Vuestra Majestad me honraba con una confianza tan preciosa, que me sentía ligada a ella por el agradecimiento, más que otras por el deber.
Juana había buscado durante mucho tiempo y halló la palabra confianza que recalcó ostensiblemente.
—Sobre esa confianza— contestó la reina aumentando más el desprecio exteriorizado en el primer apostrofe— vamos a pasar cuentas. ¿Visteis al rey?
—No, señora.
—Le vais a ver.
Juana saludó de nuevo y dijo:
—Será un gran honor para mí.
La reina trató de tranquilizarse para poder hacer las preguntas con ventaja.
Juana aprovechó este intervalo para decir:
—¡Pero, Dios mío, señora, qué severa se muestra Vuestra Majestad conmigo! Estoy temblando.
—No hemos llegado al fin todavía— dijo bruscamente la reina—. ¿Sabéis que el señor de Rohan está en la Bastilla?
—Eso me han dicho, señora.
—Y adivináis por qué, ¿no es cierto?
Juana miró fijamente a la reina y volviéndose hacia las damas cuya presencia parecía molestarle, respondió:
—No lo sé, señora.
—Recordaréis, no obstante, que me hablasteis de un collar, ¿no es verdad?
—De un collar de diamantes, sí, señora.
—¿Y que, por encargo del cardenal, me propusisteis un arreglo para pagarlo?
—Es verdad, señora.
—¿Acepté este arreglo o me negué a él?
—Vuestra Majestad se negó.
—¡Ah!— exclamó la reina con una satisfacción mezclada de sorpresa.
—Inclusive Su Majestad entregó un anticipo de doscientas mil libras— añadió Juana.

—Bien... ¿y después?—Después, no pudiendo pagar Vuestra Majestad, porque el señor de Calonne le había negado el dinero, devolvió el estuche a los joyeros Boehmer y Bossange.
—¿Por conducto de quién?.
—Por conducto mío.
—¿Y qué hicisteis vos?
—Yo— respondió Juana lentamente, porque sentía el peso de las palabras que iba a pronunciar— yo entregué los diamantes al cardenal.
—¡Al cardenal!— exclamó la reina—. ¿Y por qué, en lugar de entregarlo a los joyeros?
—Señora, porque estando interesado el señor de Rohan en este asunto, que complacía a Vuestra Majestad, le hubiese disgustado si no le hubiera dado ocasión para terminarlo por sí mismo.
—Pero, ¿cómo obtuvisteis el recibo de los joyeros?
—Me lo envió el señor de Rohan.
—¿Y esa carta que según habéis dicho enviaba yo a los joyeros?
—El señor de Rohan me rogó que se la entregara.
—¡Entonces el que ha intervenido en todo es el señor de Rohan!— exclamó la reina.
—Ignoro lo que quiere decir Vuestra Majestad. No sé tampoco en qué ha intervenido el señor de Rohan— contestó con aire distraído la condesa.
—¡Digo que el recibo de los joyeros, entregado por vos a mí, es falso!
—¡Falso!— exclamó cándidamente Juana—. ¡Oh, señora!
—¡Digo que la pretendida carta de aceptación del collar que se supone firmada por mí, es falsa!
—¡Oh!— volvió a exclamar Juana, más asombrada, al parecer, que la primera vez.
—¡Digo, en fin— prosiguió la reina—, que seréis careada con el señor de Rohan para aclarar debidamente este asunto.
—¡Careada!— repitió Juana—. Pero Majestad, ¿qué necesidad hay de carearme con el cardenal?
—El mismo lo ha pedido.
—¿El?
—Os ha buscado por todas partes.
—Pero, señora, es imposible.
—Quería demostraros que le habíais engañado, según dijo.
—¡Oh! Si es por esto, soy yo quien pide el careo.
—Tendrá lugar, señora, estad segura de esto. ¿De manera que negáis saber dónde está el collar?
—¿Cómo puedo saberlo?
—¿Negáis haber ayudado al cardenal en ciertas intrigas?...
—Vuestra Majestad tiene el derecho de hacerme caer en desgracia, pero no le cabe el de ofenderme. Yo soy una Valois, señora.
—El señor cardenal ha sostenido ante el rey calumnias que yo espero tendrán una base sólida.
—No comprendo a qué puede referirse.
—El cardenal ha declarado haberme escrito.
Juana miró a la reina de frente y no contestó.
—¿Me oís?— interrogó la reina.
—Oigo, sí, Majestad.
—¿Y qué tenéis que responder?
—Responderé cuando se me caree con el señor cardenal.
—Si conocéis la verdad, ayudadnos.

—La verdad es, señora, que Vuestra Majestad me abruma sin motivo y me maltrata sin razón.
—Esto no es una respuesta.
—Aquí no puedo dar otra, señora.
Y Juana miró de nuevo a las dos damas.
La reina comprendió, pero no cedió. La curiosidad no se impuso sobre el respeto a sí misma. En las reticencias de Juana, en su actitud, humilde e insolente a la vez, percibía la seguridad de un secreto averiguado. Este secreto tal vez la reina hubiera podido adquirirlo por la dulzura.
Pero rechazó este medio como indigno de ella.
—El señor de Rohan ha sido encerrado en la Bastilla por haber querido hablar demasiado— dijo María Antonieta—; tened cuidado, señora, de que no os ocurra lo mismo por querer callar.
Juana se clavó las uñas en las manos, pero sonrió.
—A una conciencia pura, no le importa la persecución. ¿Acaso la Bastilla me hará confesar un crimen que no he cometido?— fue su respuesta.
La reina miró a Juana irritada.
—¿Hablaréis?
—No tengo que decir nada sino a vos, señora.
—¿A mí? ¿No estáis hablando conmigo acaso?
—No con vos sola.
—¡Ah! Deseáis hablar a puerta cerrada. Teméis el escándalo de la confesión pública después de haber herido con él escándalo de la sospecha pública.
Juana se irguió:
—No hablemos más— dijo —. Lo hacía por vos.
—¡Qué insolencia!
—Sufro respetuosamente las injurias de mi reina— rectificó Juana sin inmutarse.
—Esta noche dormiréis en la Bastilla, señora de La Motte.
—Conforme, señora. Pero antes de acostarme, según acostumbro, rogaré a Dios para que conserve el honor y la alegría a Vuestra Majestad— contestó la acusada.
La reina se levantó furiosa y pasó a la habitación próxima, golpeando las puertas con fuerza.
—¡Después de haber vencido al dragón— exclamó— aplastaré a la víbora!
"Conozco de memoria lo que piensa— se dijo Juana—; me parece que he ganado".

CAPITULO LXXXVII
DE COMO EL SEÑOR DE BEAUSIRE, CREYENDO HABER CAZADO LA LIEBRE, FUE CAZADO POR LOS AGENTES DEL SEÑOR DE CROSNE

La señora de La Motte fue encarcelada, como había anticipado la reina.
Ninguna compensación podía parecer más agradable al rey, que odiaba instintivamente a esta mujer.
El proceso sobre el asunto del collar se instruía con celeridad.
Fue un clamor en toda Francia. En las alternativas del mismo la reina pudo apreciar quiénes eran sus partidarios y quiénes sus enemigos.
Desde que había sido encarcelado, el señor de Rohan pedía insistentemente un careo con la señora de La Motte. Esta petición le fue concedida. El príncipe vivía en la Bastilla como un gran señor vive en una casa que ha alquilado. Excepción hecha de la libertad, todo cuanto pidió le fue concedido.

En el público causaba asombro que un Rohan pudiese ser acusado de robo. Por eso, los oficiales y el gobernador de La Bastilla testimoniaban al cardenal la deferencia y el respeto debidos al infortunio. Para ellos no era un acusado, sino un hombre en desgracia.

Apenas se difundió en el público el rumor de que el señor de Rohan sucumbía víctima de las intrigas de la corte, creció su prestigio, pues la simpatía que inspiraba se trocó en respeto.

El señor de Rohan, uno de los primeros entre los nobles del reino, no comprendía que el amor del pueblo se debiese únicamente al hecho de haber sido perseguido por alguien más noble que él. El señor de Rohan, última víctima del despotismo, era, de hecho, uno de los primeros revolucionarios de Francia.

Su entrevista con la señora de La Motte quedó señalada por un incidente notable. La condesa, a quien se permitía hablar en voz baja cuando se trataba de la reina, conseguía éxito al decirle al cardenal:

—Alejad a todo el mundo y os aclararé cuanto gustéis.

Entonces el señor de Rohan deseó hallarse solo y pidió se le interrogase en voz baja. Negósele esta petición, pero se permitió a su consejero que se entrevistase con la condesa. Por lo que respecta al collar, ella contestó que ignoraba lo que había sido de él, agregando que acaso se lo hubieran entregado.

Cuando el defensor, indignado por su audacia se la reprochó, preguntóle ella si el servicio que había prestado a la reina y al cardenal no valía un millón.

El abogado repitió estas palabras al cardenal, que palideció al oírlas, bajó la cabeza y adivinó que había caído en el lazo tendido por esta mujer infernal.

Pero si él estaba dispuesto ya a ahogar el alboroto del asunto, que perdía a la reina, tanto sus enemigos como sus amigos le impulsaban a continuar las hostilidades.

Se le objetaba que su honor estaba en juego; que se trataba de un robo; que sin sentencia del parlamento su inocencia no quedaría probada, y que para hacer resplandecer esta inocencia era necesario demostrar las relaciones del cardenal con la reina y poner de relieve por lo tanto el crimen de ésta.

Ante tal reflexión, Juana contestó que ella no acusaría jamás a la reina, como tampoco al cardenal, pero que si se persistía en hacerla responsable del robo del collar, se vería obligada a decir lo que no quería: que tanto la reina como el cardenal tenían interés en acusarla de embustera.

Cuando estas conclusiones fueron comunicadas al cardenal, el príncipe hizo patente su desprecio por la que intentaba sacrificarle así. Añadió que hasta cierto punto comprendía la conducta de Juana, pero no así la de la reina.

Todas estas palabras, que se le comunicaban debidamente comentadas, suscitaban la irritación de la reina. Quiso que se preparase un interrogatorio particular sobre las partes misteriosas del proceso. El agravio de las entrevistas nocturnas apareció entonces, ampliado por los calumniadores y los forjadores de noticias.

Pero fue entonces cuando la reina se halló amenazada. Ante personas adictas a la reina, Juana sostenía que no sabía de qué se le hablaba, pero frente a las del cardenal, no se mostraba tan discreta y repetía:

—Si no me dejan tranquila hablaré...

Estas reticencias y esta modestia la habían convertido en heroína y enredado el proceso hasta el punto de que los más intrépidos escudriñadores de legajos se embarullaban consultando las piezas y ningún juez instructor se atrevía a proseguir los interrogatorios de la condesa.

¿Era el cardenal más débil, más franco? ¿Confesaba a algún amigo lo que llamaba su secreto de amor? No se sabe; pero no hay que creer tal cosa, porque el príncipe era un

noble y devoto corazón. Pero por muy leal que fuese, su coloquio con la reina se difundió. Todo lo que había dicho el conde de Provenza, todo lo que Charny y Felipe habían sabido y visto, todos los arcanos indescifrables para quienes no fuesen pretendientes, como el hermano del rey, o rivales en amor, como Charny y Felipe, todo el misterio de estos calumniados y castos amores, se evaporó como un perfume y difundido en una atmósfera vulgar, perdió el aroma ilustre de su origen.
Puede imaginarse si la reina halló cálidos defensores y si el señor de Rohan encontró celosos adictos. La cuestión no era el preguntar si la reina había robado o no un collar de diamantes, pregunta bastante deshonrosa en sí, pero insuficiente. En realidad, la interrogación que se hacía la gente era ésta:
"¿Había dejado robar la reina el collar por alguien que estaba al tanto de sus amores adúlteros?"
He aquí en qué forma había conseguido la señora de La Motte plantear las cosas. De esta manera la reina no tenía otra salida que el deshonor. Pero no se dejó abatir, resolvió luchar y el rey apoyó su decisión.
También el ministerio apoyóla con todas sus fuerzas. María Antonieta recordó que el señor de Rohan era un hombre honrado incapaz de querer perder a una mujer. Pensó en la seguridad del príncipe cuando le juraba haber acudido a las citas de Versalles. Dedujo de esto que el cardenal no era su enemigo directo y que no tenía en la cuestión más que el interés de defender su honor.
Desde aquel momento se dirigió todo el esfuerzo del proceso hacia la condesa, tratándose de buscar las huellas del collar perdido.
La reina, aceptando el debate sobre la acusación de adulterio lanzaba contra Juana la acusación de robo.
Todo se alzaba contra la condesa: sus antecedentes, su primera miseria, su extraña elevación; la nobleza no aceptaba aquella princesa del azar; el pueblo no podía reivindicarla; el pueblo odia por instinto a los aventureros y no les perdona ni el éxito.
Juana se dio cuenta de que había seguido un camino equivocado y que la reina, al sufrir la acusación y no cediendo ante el temor al escándalo, comprometía al cardenal a imitarla; que ambos temperamentos leales acabarían por entenderse y por hallar la luz, e inclusive en el caso de que sucumbiesen, la caída sería tan terrible que la arrastrarían también a ella, princesa de un millón robado que ni siquiera tenía en la mano para corromper a losjueces.
Así estaban las cosas cuando un nuevo episodio cambió el curso de los acontecimientos.
El señor de Beausire y la señorita Olive vivían felices y ricos en el fondo de una casa de campo, cuando un día, el caballero, que había dejado a la señora en la casa para ir a cazar,
trabó conocimiento con dos de los agentes del señor de Crosne que estaban desparramados por toda Francia buscando la clave de esta intriga.
Los dos amantes ignoraban todo lo que ocurría en París; no pensaban más que en sí mismos.
Beausire, como decíamos, había salido aquel día para cazar liebres. Halló una bandada de perdices que le obligó a atravesar una carretera. He aquí cómo buscando lo que buscar no debía, encontró lo que no buscaba.
También los agentes buscaban a Olive y hallaron a Beausire.
Uno de estos agentes era hombre de talento. Cuando hubo reconocido a Beausire, en lugar de arrestarle brutalmente, lo que no hubiera conducido a nada, proyectó lo siguiente con su compañero:
—Beausire caza; luego es bastante rico y libre; tal vez tiene cinco o seis luises en el bolsillo y hasta es posible que tenga doscientos o trescientos en su domicilio. Dejémosle

entrar en su casa; sigámosle hasta allí y señalémosle rescate. Conducir a Beausire a París no nos producirá más que cien libras, como una detención corriente; quizás nos riñan por entorpecer la prisión con un personaje tan poco importante. Hagamos con Beausire una especulación personal.
Y comenzaron a cazar las perdices y las liebres como Beausire, ayudando a los perros cuando era una liebre y ojeando la alfalfa cuando se trataba de perdices, no perdiendo en lo más mínimo de vista a su hombre.
Beausire, viendo que unos extraños se metían en sus dominios se asombró primero y después se irritó. Mostrábase receloso a propósito de nuevas amistades. Encargó a un guardia que fuese a preguntar a los dos caballeros por qué cazaban allí.
El guardia le contestó que no los conocía y manifestó su propósito de interrumpirles la caza, como así lo hizo. Pero los dos forasteros le contestaron que cazaban con su amigo.
Y designaban a Beausire, El guardia les condujo hasta donde él estaba.
—Señor de Linville—dijo—.estos caballeros afirman cazar con vos.
—¡Conmigo!— exclamó Beausire irritado—. ¿De veras?
—¡Ah!— exclamó uno de los agentes en voz baja—. ¿Os llamáis señor de Linville, mi querido Beausire?
Beausire se estremeció porque ocultaba su nombre en la comarca.
Asustado, miró al agente y a su compañero y creyendo reconocer sus rostros, para no complicar las cosas despidió al guardia tomando la caza de estos caballeros a cargo suyo.
—¿Les conocéis pues?— preguntó el guardia.
—Sí, acabamos de reconocernos— contestó uno de los agentes.
Beausire se halló entonces en presencia de los dos cazadores.
—Ofrécenos de comer en tu casa, Beausire— dijo el más listo de ellos.
—¡En mi casa! ¡Pero!...— objetó Beausire.
Estaba completamente aturdido; más que acompañarles, dejábase llevar.
Cuando los agentes divisaron la casita, alabaron su situación, su elegancia, la arboleda, la perspectiva, como era propio de personas de buen gusto.
Era un vallecito arbolado cortado por un riachuelo; la casa se levantaba sobre un talud que daba al levante. Un mirador, especie de torrecilla sin campana, servía de observatorio a Beausire para dominar la campiña, en los días de tedio, cuando se ajaban los pensamientos de color de rosa y veía un alguacil en cada campesino inclinado sobre el arado.
Esta habitación alegre era sólo visible desde un lado; por los otros estaba oculta por el follaje y los accidentes del terreno.
—¡Qué bien escondido se está aquí dentro!—comentó uno de los agentes.
Beausire estremecióse por la broma y entró el primero en su casa entre los ladridos de los perros que había en el patio.
Los agentes, muy ceremoniosos, le siguieron.

CAPITULO LXXXVIII
LOS TÓRTOLOS SON METIDOS EN LA JAULA

Al entrar por la puerta del patio, Beausire lo hacía guiado por una idea: quería hacer bastante ruido para prevenir a Olive con objeto de que estuviese sobre aviso. Sin saber nada del asunto del collar, sabía lo suficiente en lo que se refería al asunto del baile de la Ópera y el de la cubeta de Mesmer como para temer que Olive apareciese ante los desconocidos. Obraba razonablemente, porque era joven que leía novelas frívolas en el

sofá del saloncito, oyó ladrar a los perros, miró al patio y vio a Beausire acompañado, lo que impidió que saliese a recibirle como siempre.
Desgraciadamente los dos tórtolos no estaban fuera del alcance de las garras de los gavilanes.
Fue necesario disponer la comida y un criado torpe— los habitantes del campo no son precisamente linces para estos casos— preguntó dos o tres veces si era necesario consultar con la señora.
Estas palabras hicieron aguzar el oído a los sabuesos. Se burlaron agradablemente de Beausire a propósito de esa dama escondida.
Beausire dejó que se burlasen de él, pero no mostró a Olive.
Sirvióse una abundante comida a la que hicieron honor los dos agentes. Se bebió mucho y se brindó a menudo por la salud de la dama ausente.
A los postres, las cabezas estaban trastornadas. Los señores de la policía encaminaron hábilmente la conversación a propósito del placer que causa a las personas de buen corazón hallar antiguos conocidos.
Beausire entonces, al tiempo que destapaba una botella de licor, preguntó a los dos desconocidos en qué ocasión y lugar se habían encontrado.
—Nosotros somos amigos de uno de vuestros asociados, desde un pequeño asunto en que intervinisteis junto con otros: el asunto de la embajada de Portugal.
Beausire palideció.
—¡Ah! ¿De veras?—dijo temblando en su apuro—. ¿Y venís a preguntarme por vuestro amigo?...
—Realmente, es una idea— respondió el agente a su compañero—. Pedir una restitución en nombre de un amigo ausente, es una cosa moral.
—Además esto permite hacer reserva sobre todo lo otro— contestó el amigo del moralista con una sonrisa agridulce que hizo estremecer a Beausire.
—¿De manera?...— aventuró.
—De manera, querido señor Beausire, que obraríais en forma agradable devolviendo a uno de nosotros la parte de nuestro amigo. Unas diez mil libras, según creo.
—A lo menos, porque ya no hablamos de los intereses— dijo el sabueso más práctico.
—Caballero— contestó Beausire atontado por la firmeza de la petición—, no se tienen diez mil libras en casa, cuando se vive en el campo.
—Se comprende, querido señor y nosotros no pedimos cosas imposibles. ¿Cuánto podéis darnos en seguida?
—Unos cincuenta o sesenta luises; no tengo más.
—Empezaremos por hacernos cargo de ellos y desde ahora agradecemos vuestra cortesía.
"¡Ah— pensó Beausire encantado de verles tan acomodaticios— son de fácil arreglo! ¿Tendrán miedo de mí como yo lo tengo de ellos? Probemos".
Se puso a reflexionar que levantando la voz aquellos hombres no harían otra cosa que declararse cómplices suyos lo que, a los ojos de las autoridades de la provincia, sería una mala recomendación. Llegó a la conclusión de que se darían por satisfechos y guardarían silencio absoluto. En su imprudente confianza arrepintióse de no haberles ofrecido treinta luises en lugar de sesenta; pero, adoptó la decisión de desembarazarse de ellos una vez se los hubiese dado.
No contaba, sin embargo, con los huéspedes; éstos se encontraban bien en su casa; gozaban de la plácida alegría que proporciona una buena digestión, y se conducían como buenas personas porque lo contrario les hubiera causado molestia.
—Este Beausire es un amigo encantador— dijo Positivo a su compañero—. Los sesenta luises que nos da son de aprovechar.

—Os los voy a dar en seguida— exclamó el anfitrión, asustado al notar las burlonas familiaridades de sus invitados.
—No os apresuréis— le dijeron.
—Sí, así tendré la conciencia tranquila después de haber pagado. Se tiene o no se tiene delicadeza.
E intentó dejarlos para ir a buscar el dinero.
Pero aquellos hombres tenían costumbres de alguacil, hábitos arraigados que difícilmente se pierden una vez adquiridos. Teniendo a su presa, no se sabían separar ya de ella, de la misma manera que el buen perro de caza no abandona la perdiz herida hasta ponerla en manos del cazador.
Por eso, los dos, se quedaron tan aturdidos, que, con una simultaneidad admirable pusiéronse a gritar:
—¡Señor Beausire! ¡Querido señor Beausire!
Y le detuvieron, asiéndole por los faldones de su vestido de paño verde.
—¿Qué ocurre?— preguntó Beausire.
—No nos dejéis, por favor— dijeron ambos obligándole galantemente a sentarse de nuevo.
—¿Pero cómo queréis que os dé el dinero si no subo a buscarlo?
—Ya os acompañaremos— respondió Positivo con amenazadora tranquilidad.
—Es que está en la habitación de mi mujer— objetó Beausire.
Mas esta palabra que él consideraba como un medio de cortar todo altercado fue para los esbirros la chispa que encendió la pólvora.
—¡Ah!— gritó uno de los agentes—. ¿Por qué ocultáis a vuestra mujer?
—¿Acaso nosotros no somos presentables?— apoyó el otro.
—Si supieseis lo que hemos hecho por vos, os portaríais más honradamente— prosiguió el primero.
—Y nos daríais todo lo que os pedimos— agregó temerariamente el segundo.
—¡Cómo! ¡Me parece que levantáis mucho la voz, caballeros!—. dijo Beausire.
—Queremos ver a tu mujer— contestó Positivo.
—Y yo os declaro que os echaré fuera— gritó Beausire, que se sentía fuerte bajo los efectos de la bebida.
Le contestaron con una carcajada que debió cohibirle. Mas no hizo caso y se obstinó.
—Ahora no tendréis ni siquiera el dinero que os prometí. Marchaos.
Ellos se pusieron a reír más estrepitosamente que antes.
Beausire, temblando y colérico, dijo con voz ahogada:
—Bien sé lo que queréis: armar alboroto y hablar; pero si lo hacéis os perderéis como yo.
Continuaron riendo entre ellos; la broma les parecía excelente. Esta fue su sola respuesta. Beausire creyó que les iba a espantar con un golpe de audacia y corrió hacia la escalera, no como un hombre que se dirige a buscar dinero, sino como quien va en busca de un arma. Los esbirros se levantaron de la mesa y lo sujetaron con sus largas manos.
Este empezó a gritar. En aquel momento se abrió una puerta de las habitaciones del primer piso y apareció una mujer, al ver la cual los hombres dejaron a Beausire y lanzaron un grito que era de alegría, de triunfo.
Acababan de reconocer a la que tanto se parecía a la reina de Francia.
Beausire, que les creyó por un momento desarmados por la aparición de una mujer, se vio muy pronto cruelmente desilusionado.
Acercóse Positivo a la señorita Olive y con tono muy cortés, teniendo en cuenta el parecido, le dijo:

—¡Hola, hola! ¡Os arresto en nombre de la ley!
—¡Arrestarla!— gritó Beausire—. ¿Por qué?
—Porque el señor de Crosne nos ha dado la orden de hacerlo así— dijo el otro agente— y como pertenecemos al servicio del señor de Crosne...
Un rayo, cayendo entre los dos amantes, no les hubiera espantado más que esta declaración.
—He aquí a lo que conduce el no haber sido gentil— dijo Positivo a Beausire.
El agente no procedía con lógica y su compañero se lo hizo observar diciéndole:
—Dices mal, Legrigneux, porque si Beausire se hubiera mostrado gentil nos habría presentado a la señora y de todas maneras la hubiéramos detenido.
Beausire tenía su ardorosa cabeza entre las manos. No se daba cuenta ni de que sus dos criados, hombre y mujer, contemplaban desde el final de la escalera la extraña escena que tenía lugar en mitad de ella.
Tuvo una idea que le hizo sonreír y le despejó rápidamente.
—¿Vinisteis para arrestarme a mí?— preguntó a los agentes.
—No, fue obra de la casualidad— respondiéronle ingenuamente.
—No importa; podíais arrestarme y por sesenta luises me dejabais libre.
—¡Oh, no! Nuestra intención era pedir sesenta más.
—Y no tenemos más que una sola palabra— agregó el otro—; de manera que, por ciento veinte luises os dejaremos libre.
—¿Y la señora?— dijo Beausire.
—¡Oh! La señora es diferente— replicó Positivo.
—La señora vale doscientos luises, ¿no es cierto? — insinuó Beausire.
Los agentes comenzaron de nuevo aquella risa terrible, comprensible ahora para Beausire.
—¡Trescientos!...— dijo—; cuatrocientos.. ., mil luises. Pero dejadla libre.
Los ojos de Beausire brillaban mientras hablaba.
—¿No me respondéis? Vosotros sabéis que tengo dinero y me queréis hacer pagar. Os daré mil luises, cuarenta, mil libras, pero dejadla libre.
—¿Quieres, pues, mucho a esta mujer?— preguntó Positivo.
Fue a su vez Beausire quien rió; esa espantosa risa irónica pintaba muy bien su amor desesperado. Los dos esbirros tuvieron miedo y decidieron evitar que estallase la desesperación que se leía en los angustiados ojos del amante de Nicolasa.
Tomaron dos pistolas de sus bolsillos y apuntándole, le dijeron:
—Por cien mil escudos no te devolveríamos esta mujer. El señor de Rohan nos dará quinientas mil libras y la reina un millón.
Beausire levantó los ojos al cielo con una expresión que hubiera enternecido a cualquier fiera que no hubiera sido un esbirro.
—Vamos— dijo Positivo—. Debéis tener por aquí algún carruaje. Haced que enganchen para la señora; bien le debéis esta atención.
—Y como somos buenos diablos, no abusaremos— dijo el otro—. Vos nos acompañaréis, cumpliendo las fórmulas; cuando estemos en la carretera, volveremos la cabeza y vos saltaréis sin que reparemos en ello hasta qué tengáis mil pasos de ventaja. ¿No os parece bien?
Beausire se limitó a responder:
—Donde ella vaya iré yo. No la abandonaré jamás en esta vida.
—¡Oh! Ni en la otra— dijo Olive helada por el terror.
—Tanto mejor, entonces— interrumpió Positivo—; cuantos más presos llevamos al señor de Crosne, más nos reímos.

Un cuarto de hora después, el carruaje de Beausire salía de la casa llevando a los cuatro personajes.

CAPITULO LXXXIX
LA BIBLIOTECA DE LA REINA

Puede imaginarse el efecto que produjo esta captura al señor de Crosne.
Los agentes no recibieron probablemente el millón que esperaban, pero hay que pensar que debieron quedar satisfechos.
Por lo que respecta al jefe de policía, se dirigió a Versalles en una carroza tras la cual seguía otra herméticamente cerrada con cadenas.
Era al día siguiente a aquel en que Positivo y su amigo le habían entregado a Nicolasa.
El señor de Crosne hizo entrar las dos carrozas en el Trianón, descendió de la que ocupaba él y dejó la otra bajo la custodia de su primer empleado, y se hizo anunciar a la reina, a la que, de antemano, pidiera audiencia.
María Antonieta accedió inmediatamente a la petición del funcionario y se fue por la mañana a su casa favorita, poco acompañada, para el caso de que fuese necesario el secreto.
En cuanto apareció ante ella, con cara radiante, el señor de Crosne, juzgó que las noticias debían ser buenas.
Una alegría repentina, la primera desde hacía treinta días mortales, agitó su corazón herido por tantas emociones lacerantes.
El magistrado, después de haberle besado la mano, le dijo:
—Majestad, ¿tenéis en el Trianón una sala en la que, sin ser vista, podáis mirar lo que pasa?
—Tengo la biblioteca— respondió la reina—; tras los armarios hice construir unas mirillas en el cuarto de la merienda y algunas veces, mientras comíamos, me divertía, con la señora de Lamballe o con la señorita de Taverney, cuando la tenía, en contemplar los cómicos guiños del abate Vermond en trance de leer algún panfleto referente a su persona.
—Muy bien, señora. Ahora tengo abajo una carroza que quisiera hacer entrar en el palacio sin que lo que transporta fuera visto por nadie, a no ser por Vuestra Majestad.
—Nada más sencillo— replicó la reina—. ¿Dónde está esa carroza?
—En el primer patio, Majestad.
La reina llamó y un servidor vino a recibir sus órdenes.
—Haced entrar en el vestíbulo la carroza que el señor de Crosne os designará y cerrad las puertas de manera que quede a oscuras y que nadie vea antes que yo lo qué el jefe de policía me trae en ella.
La orden fue ejecutada fielmente.
—Ahora, señora— dijo el señor de Crosne—, venid conmigo al salón de la merienda y dad orden de que dejen entrar a mi empleado, con lo que traiga, en la biblioteca.
Diez minutos después la reina espiaba, impaciente, tras de los estantes. Vio entrar en la biblioteca una forma cubierta por un velo que levantó el empleado. Apenas la reina reconoció a aquella persona lanzó un grito de espanto. Era Olive, vestida con uno de los trajes preferidos por María Antonieta.
La reina creyó verse en un espejo y devoró con los ojos esta aparición.
—¿Qué opina Vuestra Majestad de este parecido?— preguntó con gesto triunfante el señor de Crosne al ver el efecto que había producido.
—Digo..., digo..., caballero— balbuceó la reina aturdida—. ¡Ah! Oliverio, ¿por qué no estaréis aquí?

—¿Qué desea Vuestra Majestad?
—Nada, caballero, nada, sino que el rey sepa bien...
—Y que vea el señor de Provenza, ¿verdad, señora?
—¡Gracias, señor de Crosne, gracias! ¿Pero qué se le hará a esta mujer?
—¿Es esta mujer a la que se le atribuye todo lo ocurrido?— preguntó a su vez el señor de Crosne.
—Vos tendréis ya todos los hilos del complot.
—Casi, señora.
—¿Y el señor de Rohan?
—El señor de Rohan no sabe nada todavía.
—¡Oh!— dijo la reina ocultando la cabeza entre sus manos—. Me estoy dando cuenta de que en esta mujer estriba todo el error del cardenal.
—Conforme, señora; pero si en el señor de Rohan es un error, tiene que ser un crimen en otra persona.
—Buscad bien, caballero; tenéis el honor de la casa de Francia entre las manos.
—Confiad, señora, que está en buen lugar— respondió el señor de Crosne.
—¿Y el proceso?
—Prosigue su trámite. Todos niegan; pero espero un momento oportuno para presentar este elemento de prueba que se halla en la biblioteca.
—¿Y la señora de La Motte?
—No sabe que hallé a esta joven y acusa al señor de Cagliostro de haber sugestionado al cardenal hasta hacerle perder la razón.
—¿Qué dice a eso él señor de Cagliostro?
—El señor de Cagliostro, al que he hecho preguntar, me ha prometido visitarme esta misma mañana.
—Es un hombre peligroso.
—Será un hombre útil. Picado por una víbora como la señora de La Motte, absorberá el veneno y nos proporcionará el contraveneno.
—¿Esperáis revelaciones suyas?
—Estoy seguro de ello.
—¿Qué queréis decir, caballero? Contadme todo lo que pueda tranquilizarme.
—He aquí mis razones, señora; la condesa de La Motte vivía en la calle de Saint-Claude.
—Lo sé, lo sé— dijo la reina sonrojándose.
—Sí; Vuestra Majestad le hizo el honor de ser caritativa con ella.
—Y ella me lo ha pagado bien, ¿no es eso?... Continuad...
—Y el señor de Cagliostro, precisamente, frente a su casa.
—¿Suponéis?...
—Que si existe un secreto de cualquiera de estos dos vecinos, no lo es para el otro... Pero perdón, Majestad. Es la hora de la cita con el señor de Cagliostro, en París, y por nada del mundo querría perderme estas explicaciones...
—Id, caballero, y recibid una vez más la seguridad de mi agradecimiento.
Cuando partió el señor de Crosne la reina exclamó sollozando:
—He aquí una justificación que empieza. Voy a leer mi triunfo en todos los rostros. ¡Pero el del único amigo al que desearía probar que soy inocente, no lo veré!
Mientras tanto el señor de Crosne volaba hacia París y entraba en su residencia, donde esperaba al señor de Cagliostro.
Este sabía todo desde la víspera. Había ido a casa de Beausire, cuyo refugio conocía, para incitarle a que dejase Francia, cuando en la carretera, entre dos agentes, le vio en la calesa. Olive estaba oculta en el fondo, avergonzada y llorosa.

Beausire vio al conde que cruzaba en la posta y le reconoció. La idea de que el misterioso influyente señor le fuera de alguna utilidad, cambió su modo de pensar en lo relativo a la actitud a adoptar.
Renovó a los agentes la propuesta que les había hecho para una evasión. Estos aceptaron cien luises que él tenía y le dejaron a pesar de los lloros de Nicolasa.
Mientras tanto, Beausire, abrazando .a su querida, le decía al oído:
—Espera; voy a tratar de salvarte.
Y empezó a recorrer rápidamente la carretera en el sentido que seguía Cagliostro. Este se había detenido. No tenía necesidad de ir en busca de Beausire si éste volvía. Esperólo, pues, durante media hora en el recodo del camino y pronto vio llegar pálido, sofocado, medio muerto, al desgraciado amante de Olive.
Beausire, al ver la carroza detenida, lanzó un grito de alegría.
—¿Qué ocurre, hijo. mío?— preguntó el conde ayudándole a subir.
Contóle el infeliz toda la lamentable historia.
—Está perdida— comentó.
—¿Qué queréis decir?— exclamó Beausire.
Cagliostro le contó lo que él no sabía, la intriga de la calle de Saint-Claude y la de Versalles.
Beausire se desesperó.
—Salvadla, salvadla— dijo cayendo de rodillas en la carroza—, y os la daré si es que todavía la amáis.
—Amigo mío— replicó Cagliostro—, estáis en un error; yo no he amado nunca a la señorita Olive. No me guiaba otro fin que el de sustraerla a la vida de corrupción que vos le hacíais compartir.
—Pero...— dijo Beausire sorprendido.
—¿Esto os asombra? Debéis saber que yo soy uno de los síndicos de una sociedad de reforma moral que tiene por objeto arrancar del vicio a todo aquel que ofrece posibilidades de regeneración. Yo hubiese curado a Olive apartándola de vuestro lado; he aquí por qué la saqué de vuestra compañía. ¡Que ella os diga si jamás oyó de mis labios una galantería!
—Razón de más, caballero; ¡salvadla, salvadla!
—Voy a intentarlo, pero esto depende de vos, Beausire.
—Pedidme la vida.
—No os pediré tanto. Volved a París conmigo y si seguís punto por punto mis instrucciones, tal vez salvaremos a vuestra querida. No pongo más que una condición..
—¿Cuál, caballero?
—Os la diré en mi casa de París.
—¡La acepto de antemano, pero quiero volverla a ver!
—He aquí, precisamente, en lo que estoy pensando; antes de dos horas la volveréis a ver.
—¿Y podré abrazarla?
—Creo que sí; mejor dicho, le diréis lo que os voy a decir yo.
Cagliostro tomó con Beausire el camino de retorno hacia París.
Dos horas después, era ya de noche, se habían unido a la calesa.
Y una hora más tarde, Beausire compraba por cincuenta luises, a los agentes, el derecho de abrazar a Nicolasa, pudiendo deslizar así en su oído las recomendaciones del conde.
Los agentes admiraban este amor apasionado y se prometían ya cincuenta luises en cada parada.
Pero Beausire no volvió a aparecer más y la carroza de Cagliostro le llevó rápidamente hacia París, donde se preparaban tantos acontecimientos.

Era necesario hacerle saber al lector todo esto antes de relatarle la entrevista entre el señor de Cagliostro y el señor de Crosne. Ahora podemos introducirle en el gabinete del jefe de policía.

CAPITULO XC
EL GABINETE DEL JEFE DE POLICÍA

El señor de Crosne sabía de Cagliostro todo lo que un hábil jefe de policía puede saber de un hombre que vive en Francia, lo que no es poco decir. Sabía todos sus nombres pretéritos, sus secretos de alquimista, su magnetismo y adivinación; conocía su pretendido don de ubicuidad, de regeneración perpetua y le consideraba como un gran señor charlatán.

El señor de Crosne era un hombre bien templado, conocedor de todos los recursos de su cargo, en buenas relaciones con la corte, insensible al favor, intransigente en lo relativo a su orgullo; un hombre que no sucumbía ante el primer recién llegado.

A individuo semejante no le podría ofrecer Cagliostro, como al señor de Rohan, luises, calientes todavía, surgidos del horno hermético; ni el cañón de una pistola como Bálsamo al señor de Sartines. Tampoco Bálsamo tenía otra Lorenza que pedir, pero Cagliostro tenía que ajustar cuentas. He aquí por qué el conde, en lugar de esperar los acontecimientos, se había creído en el caso de solicitar una audiencia al magistrado.

El señor de Crosne se daba cuenta de las ventajas de su posición y se. aprestaba a hacer uso de ellas. Cagliostro comprendía que estaba atascado y se aprestaba a salir del apuro. Esta partida de ajedrez, jugada al descubierto, tenía un recurso que uno de los jugadores no sospechaba, y este jugador, forzoso es confesarlo, no era el señor de Crosne.

Este no conocía en Cagliostro, como hemos dicho, más que al charlatán; como adepto le era desconocido. Eran tantas las piedras que la filosofía había sembrado en el camino de la monarquía, que muchos habían tropezado con ellas porque no las veían.

El señor de Crosne esperaba de Cagliostro revelaciones sobre el collar y los manejos de la señora de la Motte. Esta era su desventaja. Tenía el derecho de interrogar y de arrestar y en esto consistía su superioridad.

Recibió al conde como hombre que se da cuenta de su importancia, pero no quiere ser descortés con nadie aunque se trate de un alquimista.

Cagliostro se mantuvo alerta. Y la única debilidad que juzgó oportuno dejar sospechar fue la de aparecer como un gran señor.

—Caballero— le dijo el jefe de policía—, me pedisteis una audiencia. Llego ex profeso de Versalles para concedérosla.

—Había pensado, señor de Crosne, que podríais tener interés en preguntarme acerca de lo que ocurre y sabiendo que sois persona de mérito y conociendo la importancia de vuestras funciones, he acudido a vos.

—¿Preguntaros?— dijo el magistrado afectando sorpresa—. ¿Acerca de qué, caballero, y con qué carácter?

—Señor— contestó claramente Cagliostro—, os veo demasiado ocupado con la señora de La Motte y la desaparición del collar.

—¿Lo hallasteis acaso?—preguntó el señor de Crosne casi burlón.

—No— dijo gravemente el conde—. Pero si no he hallado el collar al menos sé que la señora de La Motte vivía en la calle de Saint-Claude.

—Frente a vuestra casa, caballero; también yo lo sabía— dijo el magistrado.

—Entonces si sabíais lo que hacía la señora de La Motte, no hablemos más del asunto.

—Al contrario— replicó el señor de Crosne con aire indiferente—, hablemos.

—Lo único gracioso de la cuestión era lo relativo a la pequeña Olive— dijo Cagliostro—; pero puesto que sabéis todo lo de la señora de la Motte, no tengo nada que enseñaros. .
Al oír el nombre de Olive, el señor de Crosne se estremeció.
—¿Qué habláis de Olive?— preguntó—. ¿Quién es Olive?
—¿No lo sabéis? ¡Ahí caballero, es una curiosidad que me sorprendería mucho tener que contárosla. Imaginaos una joven muy bonita, un talle..., ojos azules, rostro de óvalo perfecto; una belleza, en fin, que recuerda un poco a la de Su Majestad la reina.
—¡Ah!— dijo el señor de Crosne—. ¿Y bien?
—Y bien: esta joven vivía mal, lo que me apenaba; en otro tiempo había sido sirvienta de un viejo amigo mío, el señor de Taverney....
—¿El barón que falleció hace unos días?
—Precisamente. Ella había pertenecido a un sabio, a quien no conocéis, señor jefe de policía, y que... Pero veo que voy por otro lado y os empiezo a molestar.
—Al contrario, caballero, os ruego que continuéis. ¿Decíais que esta... Olive?...
—Vivía mal. Sufría casi miseria, con cierto pícaro que era su querido, su amante para robarle y pegarle, uno de los bribones más conocidos de vuestros agentes, un ladrón del que posiblemente no habéis oído hablar...
—¿Cierto Beausire, tal vez?—dijo el magistrado, feliz por parecer bien informado.
—¡Ah, le conocéis! ¡Es sorprendente!— comentó Cagliostro con admiración—. Muy bien, caballero, sois pues, más adivino que yo. Un día en que este Beausire había robado y golpeado a la joven más que de ordinario, ella vino a refugiarse a mi lado y a pedirme protección. Como soy bueno, le concedí el derecho a esconderse en no sé qué rincón del pabellón de uno de mis palacios...
—¡En vuestra casa!...— exclamó el magistrado sorprendido.
—Naturalmente— replicó Cagliostro fingiendo asombrarse a su vez—. ¿Por qué no podía yo darle refugio en mi casa, siendo soltero?
Y se puso a reír con tan sabia desenvoltura, que el señor de Crosne cayó en la trampa.
—¡En vuestra casa!— dijo—. ¡Por eso mis agentes hubieron de buscar tanto para encontrarla!
—¡Cómo!—. sorprendióse Cagliostro—. ¿Se buscaba a esa pequeña? ¿Acaso había hecho algo que yo no supiese?...
—No, no, caballero; os requiero para que prosigáis.
—¡Oh Dios mío! Ya he acabado. La alojaba en mi casa. Esto es todo.
—No, no, señor conde, esto no es todo, puesto que vos parecíais asociar hace poco el nombre de Olive al de la señora de La Motte.
—Cierto. Con motivo de la vecindad— dijo Cagliostro.
—Y de algo más, señor conde... ¿No me habíais dicho que la señora de La Motte y la señorita Olive eran vecinas?
—Esta es otra cosa que no vale la pena contar. No es lógico importunar al primer magistrado del reino con el relato de estas puerilidades de rentista ocioso.
—Me interesáis, caballero, porque esta Olive que decís haber alojado en vuestra casa, la he hallado en provincias.
—¡La habéis hallado!...
—Junto con el señor de Beausire...
—¡Ah! ¡Ya lo suponía!— exclamó Cagliostro—. ¿Estaba con Beausire? ¡Muy bien! Debo entonces una reparación a la señora de La Motte.
—¿Qué queréis decir?
—Digo, caballero, que después de haber sospechado por un momento de la señora de La Motte, declaro haberme equivocado totalmente.

—¿Sospechado? ¿De qué?
—¡Buen Dios! ¿Escucháis pacientemente todos los cuentos de las comadres? Sabed, pues, que cuando yo creía poder corregir a Olive, encaminarla hacia la honradez y el trabajo— yo me ocupo en obras morales, caballero— alguien vino y la raptó.
—¿La raptaron? ¿De vuestra casa?
—De mi casa.
—¡Es extraño!
—¿Verdad? Yo hubiera apostado que era la señora de La Motte. Para que veáis lo que son los juicios apresurados ...
El señor de Crosne se acercó a Cagliostro.
—Os ruego que preciséis—dijo.
—Caballero, actualmente, sabiendo que tenéis a Olive con Beausire, nada puede hacerme pensar en la señora de La Motte: ni sus asiduidades, ni sus connivencias, ni su correspondencia con la joven.
—¿Con Olive?
—Naturalmente.
—¿La señora de La Motte y Olive se entendían?
—Perfectamente.
—¿Y se veían?
—La señora de La Motte había hallado el medio de poder salir todas las noches con Olive.
—¡Todas las noches! ¿Estáis seguro?
—Todo lo seguro que puede estar un hombre que ha visto y oído.
—¡Caballero, me decís cosas que llegaría a pagar a mil libras por palabra! ¡Es una dicha que os dediquéis a fabricar oro!
—Ya no lo hago, señor; me resultaba demasiado caro.
—¿Sois amigo del señor de Rohan?
—Tal creo.
—Debéis estar enterado hasta qué punto esa intrigante que es la señora de La Motte interviene en este escandaloso asunto.
—No; quiero ignorarlo.
—Pero sabéis tal vez, las consecuencias de los paseos dados por Olive y la señora de La Motte, ¿no es así?
—Caballero, hay cosas que el hombre prudente debe tratar siempre de ignorar— repuso sentenciosamente Cagliostro.
—Yo no voy a tener más que el honor de pediros una cosa— replicó vivamente el señor de Crosne—. ¿Poseéis pruebas de que la señora de La Motte mantenía correspondencia con Olive?
—Cien.
—¿Cuáles?
—Esquelas que la señora de La Motte lanzaba a la habitación de aquélla con una ballesta que se hallará sin duda en su alojamiento. Muchas de estas esquelas, envolviendo trozos de plomo, no llegaban a su destino. Caían en la calle y mis criados o yo las recogíamos.
—¿Las facilitaréis a la justicia?
—Son de una inocencia tal que no tendré el menor escrúpulo en entregarlas. Espero no merecer por ello el menor reproche de la señora de La Motte.
—¿Y... las pruebas de connivencia y las citas?
—Mil.
—Una sola.

—La mejor. Parece que la señora de La Motte había hallado el medio de penetrar en mi casa para ver a Olive, porque yo mismo la vi el día en que desapareció la joven.
—¿El mismo día?
—Mis criados la vieron como yo.—¿Y qué iba a hacer si Olive había desaparecido?...
—Eso me pregunté yo en seguida, pero no hallé respuesta. Vi a la señora de La Motte bajar de un carruaje de posta que esperaba en la calle de Roi-Doré. Mis criados habían observado este carruaje desde un rato antes y confieso que atribuí a la señora de La Motte el propósito de llevarse a Olive.
—¿La dejasteis obrar?
—¿Por qué no? La señora de La Motte es una dama caritativa, favorecida por la suerte. Se la recibe en la corte. ¿Por qué tenía que impedirle que me desembarazase de Olive? Hubiera hecho mal, puesto que otro se la llevó para perderla de nuevo.
—¿Así pues— dijo el señor de Crosne meditando profundamente—, la señorita Olive estaba alojada en vuestra casa?
—En efecto, caballero.
—¿De manera que la señorita Olive y la señora de La Motte se conocían, veíanse y salían juntas?
—Ciertamente.
—¿La señora de La Motte fue vista por vos el día que se llevaron a Olive?
—Sí, señor.
—¿Pensasteis que la condesa quería atraerse a la joven?
—¿Cómo podía pensarse otra cosa?
—¿Y qué dijo la señora de La Motte cuando no encontró a Olive en vuestra casa?
—Me pareció muy turbada.
—¿Suponéis que fue Beausire el que la raptó?
—Lo supongo únicamente, ya que vos me decís que la raptaron, porque si no, no sospecharía tal cosa. Este hombre no conocía la residencia de Olive. ¿Quién pudo decírsela?
—La propia Olive.
—No lo creo, porque en lugar de hacerse raptar por él de mi casa, habría huido y podéis creer que él no hubiera entrado si la señora de La Motte no le hubiera facilitado una llave.
—¿Tenía, pues, una llave?
—Sin duda.
—¿Qué día la raptaron?— preguntó el señor de Crosne, que acababa de ver claro en aquel momento en virtud de la luz tan hábilmente aportada por Cagliostro.
—Sobre esto no puedo equivocarme; era la víspera de San Luis.
—¡Eso es!— exclamó el jefe de policía—. ¡Eso es! Caballero, acabáis de prestar un gran servicio al Estado.
—Lo celebro mucho, señor de Crosne.
—Se os agradecerá como es debido.
—En primer lugar, por mi conciencia— dijo el conde.
El señor de Crosne saludó.
—¿Puedo contar con que aportaréis las pruebas de que hablabais?— interrogó.
—En todo estoy a entera disposición de la justicia.
—Bien, caballero, os tomo la palabra; hasta la vista.
Y despidió a Cagliostro, que iba diciéndose cuando salía:
"Ah, condesa. ¡Víbora! Quisiste acusarme; pero me parece que has mordido en la lima. ¡Cuidado con tus dientes!"

CAPÍTULO XCI
LOS INTERROGATORIOS

Mientras el señor de Crosne tenía esta conversación con Cagliostro, el señor de Breteuil se presentaba en la Bastilla, por orden del rey, para interrogar al cardenal de Rohan. Entre ambos enemigos la entrevista podía ser tormentosa. El señor de Breteuil conocía la altivez del de Rohan. Se había vengado demasiado terriblemente de él para descuidar en lo sucesivo los procedimientos corteses. Se condujo por ello en forma atenta, mas el cardenal negóse a contestar.

Insistió el guardasellos y el cardenal manifestó que se atenía a las medidas que pudieran acordar el parlamento y sus jueces.

El señor de Breteuil tuvo que retirarse ante la inquebrantable voluntad del acusado.

Hizo llamar a la señora de La Motte, que estaba ocupada en escribir sus Memorias, la cual acudió en seguida.

Explicóle claramente él su situación, recibiendo de la condesa la respuesta de que tenía pruebas de su inocencia y que las facilitaría cuando llegase la ocasión, a lo que replicó el señor de Breteuil que ello era lo más urgente.

Fue detallando toda la fábula que había imaginado; eran siempre las mismas insinuaciones contra todos, la misma afirmación de que las falsas afrentas emanaban de no sabía dónde. También declaró que habiéndose hecho cargo del proceso el parlamento, no diría absolutamente nada sino en presencia del señor cardenal y una vez conociese los cargos que se acumulaban contra ella.

El señor de Breteuil manifestó entonces que el cardenal la culpaba de todo.

—¿De todo?— preguntó Juana—. ¿Inclusive del robo?

—En efecto.

—Decidle al señor cardenal— respondió fríamente Juana— que le requiero para que deseche a la brevedad tan mal sistema de defensa.

Esto fue todo. Pero el señor de Breteuil no estaba satisfecho. Le faltaban algunos detalles íntimos. Para corroborar sus argumentos, necesitaba conocer la causa de lo que había podido inducir al cardenal a tanta temeridad para con la reina y a la reina para dar pruebas de tanta cólera contra el cardenal.

Le hacía falta la explicación de todas las declaraciones recogidas por el señor conde de Provenza las cuales eran ya rumor público.

El guardasellos era un hombre de talento y sabía actuar sobre el temperamento de las mujeres. Le prometió todo a la señora de La Motte si acusaba a alguien.

—Tened cuidado— le dijo—; no diciendo nada, acusáis a la reina; si persistís en esta actitud, seréis condenada por lesa majestad. ¡Es la vergüenza y el vilipendio!

—Yo no acuso a la reina— contestó Juana—. Pero, ¿por qué me acusan a mí?

—Acusad entonces a alguien— insinuó el inflexible Breteuil—. No tenéis otro medio de salvaros.

Ella se encerró en un prudente silencio y la entrevista no dio ningún resultado.

Se difundió, sin embargo, el rumor de que habían surgido pruebas, que los diamantes habían sido vendidos en Inglaterra donde el señor de Villette había sido detenido por los agentes del señor de Vergennes.

El primer asalto que Juana tuvo que sostener fue terrible. Careada con Reteau, a quien debía creer su aliado hasta la muerte, le oyó confesarse humildemente falsario, autor del recibo de los diamantes y de la carta de la reina, para lo cual dijo haber falsificado las firmas de los joyeros y la de Su Majestad.

Interrogado por qué motivo había cometido estos delitos, respondió que a petición de la señora de La Motte.

Aturdida, furiosa, ella negó, defendióse como una leona; pretendía no haber visto ni conocido nunca al señor Reteau de Villette.
Pero faltábale recibir dos rudos golpes; dos testigos la aniquilaron.
El primero era un cochero hallado por el señor de Crosne, que declaró haber conducido, el día y hora citados por Reteau a una dama como la descrita, a la calle de Montmartre. Esta dama que se rodeaba de tanto misterio, y que fue recogida por el cochero en el barrio del Marais, ¿quién podía ser sino la señora de La Motte, que vivía en la calle de Saint-Claude?
En cuanto a la familiaridad que existía entre ambos cómplices, cómo negarla, cuando un testigo afirmó haber, visto, la víspera de San Luis, en el asiento de un carruaje de posta del que había salido la señora de La Motte, al señor de Reteau de Villette, fácilmente reconocible por su aspecto pálido e inquieto.
El testigo era uno de los principales criados del señor de Cagliostro.
Este nombre estremeció a Juana haciéndola llegar al paroxismo. Se revolvió entonces contra Cagliostro al que acusaba de haber fascinado al cardenal de Rohan, inspirándole por medio de encantos y sortilegios ideas delictuosas contra la Majestad Real.
Era el primer eslabón de la acusación de adulterio.
El señor de Rohan se defendió al defender a Cagliostro. Negó tan tenazmente, que Juana, exasperada, formuló, por primera vez, la acusación de un amor insensato del cardenal por la reina.
El señor de Cagliostro solicitó inmediatamente, obteniéndolo, ser encarcelado, para responder de su inocencia ante todo el mundo. Acusadores y jueces se apasionaron, como ocurre cuando llega el primer soplo de la verdad; la opinión pública tomó inmediatamente partido por el cardenal y Cagliostro, contra la reina.
Fue entonces cuando esta infortunada princesa, para que se compren- , diese su interés en la continuación del proceso, dejó que se publicasen los informes elevados al rey sobre sus paseos nocturnos y llamando al señor de Crosne, le requirió para que declarase lo que sabía.
El golpe, hábilmente calculado, cayó sobre Juana aniquilándola.
El magistrado interrogante, en pleno consejo de instrucción, pidió al señor de Rohan que declarase lo que sabía de los paseos nocturnos por los jardines de Versalles.
El cardenal replicó que no sabía mentir y que acudía al testimonió de la señora de La Motte.
Esta negó que jamás se hubieran dado paseos con su aquiescencia y conocimiento. Declaró contrarios a la verdad los procesos verbales y relaciones según los cuales ella había aparecido en los jardines, ya en compañía de la reina, ya en la del cardenal.
Esta declaración probaba la inocencia de María Antonieta, en el caso de que hubiera sido posible creer en la palabra de una mujer acusada de falsaria y ladrona. Pero viniendo de donde venía, la justificación parecía ser una complacencia y la reina no consintió verse justificada en tan poco efectiva forma.
Por eso, cuando Juana exclamaba indignada que ella no había estado nunca de noche en los jardines de Versalles y que jamás había visto ni sabido nada respecto a los asuntos particulares de la reina y el cardenal, apareció Olive, vivo testimonio que hizo cambiar la opinión y destruyó todo el andamiaje de embustes levantado por la condesa.
¿Por qué no se hundió entre sus ruinas? ¿Por qué se levantó más odiosa y terrible? Se explica no sólo por su voluntad, sino por la fatal atracción que la llevaba hacia la reina.
¡Qué golpe terrible era el del careo entre Olive y el cardenal! El señor de Rohan comprendió que se había burlado de él de una manera infame. ¡Este hombre lleno de delicadeza y de noble pasión descubriendo que una aventurera, asociada a una bribona

le habían llevado a despreciar a la reina de Francia, a esa reina a la que él amaba y que no era culpable!
El efecto que tal aparición produjo en el señor de Rohan, sería en nuestra opinión la escena más dramática e importante de este asunto, y nos holgaríamos de bosquejarla si, acercándonos a la Historia, no cayésemos en el fango, la sangre y el horror.
Cuando el señor de Rohan vio a Olive, esta reina de callejuelas y cuando se acordó de la rosa, de la mano estrechada y de los baños de Apolo, palideció. Hubiera vertido toda su sangre a los pies de María Antonieta si la hubiera visto al lado de la otra en aquel momento. ¡Cuántas disculpas y remordimientos surgieron de su alma para con sus lágrimas purificar el último peldaño de aquel trono en el que cierto día había hecho patente su desprecio al ver desdeñado su amor!
Pero hasta ese consuelo le estaba prohibido. No podía aceptar la identidad de Olive sin confesar que amaba a la verdadera reina, porque la confesión de su error suponía una acusación, una mancha. Dejó que Juana lo negase todo y guardó silencio.
Cuando el señor de Breteuil quiso con el señor de Crosne forzar a Juana a que se explicase con más detalles, dijo ella:
—El mejor medio de probar que la reina no se ha paseado por el parque durante la noche, es mostrar a una mujer que se parece a la reina y a la que se pretende haber visto en el parque. Presentándola, es suficiente.
La infame insinuación tuvo éxito. Oscureció de nuevo la verdad.
Pero como Olive, en su ingenua inquietud, daba todos los detalles y todas las pruebas, como no omitía nada, como era más creída que la condesa, Juana acudió a un medio desesperado: confesó.
Confesó que había acompañado al cardenal a Versalles; que Su Excelencia quería a todo precio ver a la reina, ofrecerle la seguridad de su respetuoso afecto; confesó porque advirtió que perdería el apoyo de todo un partido si se empeñaba en la negativa; confesó porque sin acusar a la reina, convertía en auxiliares suyos a todos los enemigos de la reina, que eran numerosos.
Entonces, por décima vez en este infernal proceso, los papeles se cambiaron: el cardenal apareció como víctima de un engaño, Olive como una prostituta sin sentimiento ni poesía y Juana como una intrigante, que era el mejor papel que podía elegir.
Pero como para hacer triunfar el innoble plan era necesario que la reina desempeñase también un papel, se le asignó el más odioso y abyecto, el más comprometedor para la dignidad real, el de una coqueta aturdida, el de una modistilla que se dedica a la mistificación. María Antonieta quedó convertida en Dorimena conspirando con Frosina contra el cardenal Jourdain.
Juana declaró que estos paseos se hacían de acuerdo con María Antonieta que, oculta tras un seto, escuchaba hasta desternillarse de risa los discursos apasionados del enamorado señor de Rohan.
Esta fue la última trinchera escogida por esta ladrona que no sabía dónde esconder su robo; fue el manto real formado por el honor de María Teresa y María Leckzinska.
La reina sucumbió ante esta última acusación cuya falsedad no podía probar. No podía hacerlo porque Juana declaró que, en último extremo, publicaría todas las cartas amorosas escritas por el señor de Rohan a la reina y que poseía cartas ardientes, de una pasión insensata.
No podía porque la señorita Olive, que afirmaba haber sido inducida por Juana a dirigirse al parque de Versalles, no podía decir si hubo o no alguien escuchando tras los setos.
En fin, la reina no podía demostrar su inocencia, porque había muchas personas que tenían interés en considerar como verdaderas estas mentiras infames.

CAPITULO XCII
LA ULTIMA ESPERANZA PERDIDA

Por la forma en que había enredado el asunto Juana, era imposible descubrir la verdad. Convicta irrecusablemente por veinte testimonios procedentes de personas dignas de fe, Juana no podía resignarse a pasar por una ladrona vulgar. Necesitaba que alguien pasase vergüenza al lado suyo. Estaba persuadida de que el alboroto del escándalo de Versalles cubriría su delito hasta tal punto, que aunque ella, la condesa de La Motte fuera condenada, la sentencia heriría a la reina a los ojos de todo el mundo.

Su cálculo había fracasado. La reina, al aceptar el doble debate, y el cardenal sufriendo el interrogatorio, jueces y escándalo arrebatábanle la aureola de inocencia con que ella había pretendido dorar sus hipócritas reservas.

Pero, ¡cosa extraña! el público iba a ver cómo se desarrollaba un proceso en el cual nadie sería inocente, ni aun aquellos a los que absolviese la justicia.

Después de careos sin fin en los que el cardenal apareció siempre tranquilo y cortés, inclusive con Juana, y en los que ésta se mostró violenta y enojosa para con todos, la opinión pública en general y la de los jueces en particular, se había formado irrevocablemente.

Ya no había posibilidad de incidentes y las revelaciones se habían agotado. Juana se percató de que no podía producir ningún efecto sobre los jueces.

Trató entonces de reunir en el silencio del calabozo todas sus fuerzas y todas sus esperanzas.

Cuantos rodeaban o servían al señor de Breteuil aconsejaban a Juana que dejase a un lado a la reina y que atacase implacablemente al cardenal.

Todos los que eran afectos al cardenal, su poderosa familia, jueces parciales en favor de la causa popular, el clero fecundo en recursos, aconsejaban a la señora de La Motte que dijese la verdad, que desenmascarase las intrigas cortesanas y llevase el escándalo a tal punto que aturdiese mortalmente a las testas coronadas.

Los de este partido trataban de intimidar a Juana; le decían lo que ella sabía demasiado bien, que la mayoría de los jueces se inclinaba en favor del cardenal, que ella se quebrantaría sin utilidad en la lucha y añadían que, perdida a medias, valía más dejarse condenar por el asunto de los diamantes, que arrostrar la responsabilidad del delito de lesa majestad, lodo sangriento que dormía en el fondo de los códigos feudales y que no aparecía nunca en la superficie sin ir acompañado por la muerte.

Este partido parecía seguro de la victoria. Y lo estaba.

El entusiasmo del pueblo se manifestaba en favor del cardenal. Los hombres admiraban su paciencia y las mujeres su discreción. Los primeros se indignaban de que hubiese sido tan cobardemente engañado y las segundas no querían creerlo. Para un gran número de personas, Olive, con su parecido y sus confesiones, no existía, y si existía, era la reina la que la había hecho aparecer ex profeso.

Juana reflexionaba sobre todo esto. Sus propios abogados la abandonaban; sus jueces no ocultaban su repulsión hacia ella; los Rohan atacaban vigorosamente; la opinión pública la despreciaba. Intentó dar un último golpe para producir inquietud a sus jueces, inspirar temor a los amigos del cardenal y pretexto a la opinión pública para pronunciarse contra María Antonieta.

Este medio, por lo que se refería a la corte, consistía en lo siguiente:

Hacer creer que continuamente había soslayado la responsabilidad de la reina y que tendría que decirlo todo cuando llegase al último extremo. En cuanto al cardenal, hacerle creer que guardaba silencio para imitar su delicadeza, pero en el momento en

que él hablase, hablaría ella también y ambos descubrirían a la vez su inocencia y la verdad.
Esto no era, en realidad, más que el resumen de su conducta durante la instrucción del proceso. Pero es necesario decir que todo plato conocido se puede renovar con condimentos nuevos. He aquí lo que había imaginado la condesa para modernizar sus estratagemas.
Escribió una carta a la reina, cuyos solos términos demostraban su carácter y alcance:

"Señora:
"A pesar de lo penosa y rigurosa que resulta mi situación, no ha salido de mí una sola queja. Todos los rodeos de que se ha hecho uso para obtener de mí confesiones, no han servido sino para fortificar mi resolución de no comprometer nunca a mi soberana.
"Sin embargo, aunque persuadida de que mi constancia y mi discreción deben facilitarme los medios para salir del apuro en que me hallo, confieso que los esfuerzos de la familia del esclavo (la reina llamaba así al cardenal en los días de su reconciliación) me hacen temer que llegue a ser su víctima.
"Una larga prisión, careos que no terminan nunca, la vergüenza y la desesperación de verme acusada de un delito del que soy inocente, han debilitado mi valor y temo que mi constancia sucumba ante tantos golpes recibidos al mismo tiempo.
"Vos podéis, señora, con una sola palabra, poner fin a este desgraciado asunto por la mediación del señor de Breteuil, que puede darle, a los ojos del ministro (el rey), el aspecto que su inteligencia le sugiera, sin que vos, señora, quedéis comprometida en lo más mínimo. El temor a verme obligada a revelarlo todo, es el motivo del paso que me decido a dar hoy convencida de que vos, señora, tendréis en cuenta las causas que me obligan a recurrir a él y espero que daréis las órdenes para sacarme de la penosa situación en que me hallo. "Con profundo respeto, quedo de vos, señora, humilde y obediente servidora.
"Condesa de Valois de La Motte."

Como se ve, Juana lo había calculado todo. O esta carta llegaría a María Antonieta y la espantaría por la perseverancia que denotaba, después de tantas peripecias, y en tal caso la reina, que debía estar fatigada por la lucha, se decidiría a sobreseer la causa terminándola con la libertad de Juana, puesto que su prisión y el proceso no habían aclarado nada, o lo que era más fácil, y lo prueba el final de la carta, Juana nada esperaba de su escrito pues que la reina, tan complicada como estaba en el proceso, no podía suspenderlo sin condenarse a sí misma. Era, pues, evidente que Juana no había contado en ningún caso con que su carta fuese remitida a la reina.
Sabía muy bien que todos sus guardianes eran adictos al gobernador de la Bastilla, es decir, al señor de Breteuil. Sabía que todo el mundo en Francia convertía este asunto del collar en una cuestión política, lo que no había ocurrido desde los tiempos de los parlamentos del señor de Maupeou. Era seguro que el mensajero elegido para llevar la carta, si no se la daba al gobernador, la guardaría para él y para los jueces de su partido. En fin, había dispuesto todo para que la misiva, cayendo en manos de determinadas personas, dejase una levadura de odio, de desconfianza y de irreverencia contra la reina.
Al tiempo que escribía aquellas líneas a María Antonieta, redactaba otras para el cardenal:

"No puedo concebir, monseñor, que os obstinéis en no hablar con claridad. Me parece haríais bien depositando una confianza sin límites en nuestros jueces. Nuestra suerte sería así más venturosa. En cuanto a mí, estoy dispuesta a callarme si no queréis

secundarme. Pero, ¿por qué no habláis? Aclararé las circunstancias de este misterioso asunto y os juro que confirmaré todo cuanto habéis adelantado. Reflexionad bien, señor cardenal, que si tomo sobre mí la responsabilidad de hablar la primera y vos desaprobáis lo que yo podría decir, estoy perdida y no escaparé de la venganza de la que nos quiere sacrificar.
"Vos, en cambio, no tenéis nada semejante que temer de mi parte, puesto que mi adhesión os es bien conocida. Si ella se mostrara implacable, vuestra causa sería también la mía; lo sacrificaría todo para sustraeros de los efectos de su odio, o nuestra desgracia será común.
"P. D. Le he escrito a ella una carta que la decidirá, según espero, si no a decir la verdad, al menos a no aniquilarnos a nosotros que no hemos cometido otro delito que nuestro error y nuestro silencio."

Esta carta fue entregada por Juana al cardenal en su último careo en el gran locutorio de la Bastilla y se vio al cardenal, sonrojarse, palidecer y estremecerse ante semejante audacia, viéndosele salir luego para tomar aliento.
En cuanto a la carta de la reina, fue entregada en el mismo instante por la condesa al abate Lekel, limosnero de la Bastilla que había acompañado al cardenal al locutorio y que era adicto a los intereses de los Rohan.
—Señor— dijóle ella—, si os encargáis de hacer llegar este mensaje, podéis cambiar la suerte del señor de Rohan y la mía. Enteraos de lo que dice. Sois un hombre obligado a guardar secreto por vuestro cargo. Os convenceréis que llamo en la única puerta ante la que podemos pedir socorro el señor cardenal y yo.
El limosnero se negó.
—No veis que, siendo yo eclesiástico— contestó—, Su Majestad creerá que la habéis escrito después de mis consejos y me lo habéis confesado todo; yo no puedo consentir en perderme.
—Pues bien— dijo Juana desesperando del éxito de su astucia, pero queriendo obligar al cardenal por la intimidación—, decid al señor de Rohan que me queda un medio de probar mi inocencia presentando las cartas que él escribía a la reina. Me repugna utilizar este medio, pero en nuestro común interés me decidiré a ello.
Y viendo al limosnero espantado por estas amenazas, trató de nuevo de poner en sus manos la terrible carta dirigida a la reina.
—Si recoge la carta, estoy salvada, porque entonces, en plena audiencia, le preguntaré qué ha hecho de ella y si la ha entregado a la reina, requiriéndole para que me dé su respuesta. Si no la ha entregado, la reina está perdida, pues la vacilación de los Rohan habrá demostrado su delito y mi inocencia.
Pero apenas el abate Lekel tocó la carta con sus manos, la devolvió como si le quemase.
—Prestad atención— dijo Juana pálida de cólera—, no corréis ningún riesgo, porque he metido la carta de la reina en un sobre dirigido a la señora de Misery.
—¡Razón de más!— exclamó el abate—; dos personas sabrían entonces el secreto. Doble motivo de resentimiento para la reina. No, me niego.
Y rechazó la mano de la condesa.
—Notad que me obligáis a hacer uso de las cartas del señor de Rohan.
—Haced lo que gustéis, señora.
—Cuando os declaro que la prueba de una correspondencia secreta con Su Majestad hará caer sobre el cadalso la cabeza del cardenal, os limitáis a decirme: "Haced lo que gustéis". Bien; mas tened en cuenta que os advertí.
La puerta se abrió en aquel momento y apareció en el umbral, soberbio y majestuoso, el príncipe de Rohan.

—Haced que caiga en el cadalso la cabeza de un Rohan, señora— dijo—; no será la primera vez que la Bastilla haya visto este espectáculo. Pero ya que tales son vuestras intenciones os declaro que nada me importaría el patíbulo si he de veros en esto marcada con el estigma de los ladrones y falsarios. ¡Venid, abate, venid!
Volvió la espalda a Juana después de pronunciar estas palabras fulminantes y salió con el limosnero, dejando rabiosa y desesperada a aquella desgraciada criatura que no podía hacer el menor movimiento sin hundirse más y más en el fango mortal que no había de tardar en cubrirla por completo.

CAPITULO XCIII
EL BAUTIZO DEL PEQUEÑO BEAUSIRE

La señora de La Motte se había equivocado en todos sus cálculos. Cagliostro no erró en ninguno de los suyos.
Apenas ingresado en la Bastilla, comprendió que se le daba pretexto para contribuir abiertamente a la ruina de aquella monarquía que, desde hacía tantos años, socavaba sordamente por medio del iluminismo y los trabajos ocultos.
Seguro de no poder ser acusado de nada, como víctima llegada al desenlace más favorable desde su punto de vista, cumplió religiosamente su promesa con todos.
Preparó los materiales de la famosa carta de Londres, que, al ser conocida, un mes después de la época que estamos hablando, fue el primer golpe de ariete sobre las murallas de la vieja Bastilla, la primera hostilidad de la revolución, el primer choque material que precedió al del 1 de Julio de 1789.
En esta carta, en que Cagliostro, después de haber pulverizado al rey, a la reina y al cardenal como agiotistas públicos, hacía lo propio con el señor de Breteuil, personificación de la tiranía ministerial, nuestro demoledor, se expresaba así:
"Sí, lo repito libre, después de haberlo dicho cautivo: sin el menor delito se pasan seis meses en la Bastilla. Cuando se me pregunta si volveré a Francia alguna vez, yo respondo: Seguramente, cuando la Bastilla sea convertida en un paseo público. ¡Dios lo quiera! Tenéis todo lo que os hace falta para ser felices, franceses: suelo fecundo, dulce clima, buen corazón, alegría encantadora, genio y facultades para todo; sin rivales en el arte de agradar, sin maestros en los demás, no os falta, amigos míos, más que una sola cosa: estar seguros de poderos acostar tranquilamente en vuestros lechos a pesar de vuestra irreprochable conducta."
Cagliostro había cumplido también su palabra a Olive. Esta, por su parte, le fue religiosamente fiel. No se le escapó ni una palabra que pudiese comprometer a su protector. No tuvo otra confesión funesta que para la señora de La Motte y expuso de una manera clara e irrecusable su participación inocente en una mistificación dirigida, según ella, a un gentilhombre desconocido que se le había designado con el nombre de Luis.
Durante el tiempo que había transcurrido para los cautivos bajo los cerrojos, y en los interrogatorios, Olive no había podido volver a ver a su querido Beausire, pero no se hallaba abandonada por él como vamos a ver, puesto que tenía de su amante el recuerdo que deseaba Dido cuando decía soñando: "¡Ah! Si me fuese dado ver jugando en mis rodillas a un pequeño Ascanio".
En el mes de mayo del año 1786, un hombre esperaba en medio de los pobres, en los peldaños de la portada de Saint-Paul, calle de Saint-Antoine. Estaba inquieto, vacilante, miraba, sin poder apartar los ojos, en dirección a la Bastilla.

Cerca de él se vino a colocar un hombre de larga barba, uno de los servidores alemanes de Cagliostro, el que Bálsamo empleaba como chambelán en las misteriosas recepciones de la antigua casa de la calle dé Saint-Claude.
Este hombre calmó la impaciencia de Beausire diciéndole en voz baja:
—Esperad, esperad, ya vendrán.
—¡Ah!— exclamó el hombre inquieto—, ¿sois vos?
Y como la frase ya vendrán, no le tranquilizaba, al parecer, y continuaba gesticulando más de la cuenta, el alemán le dijo junto al oído:
—Señor Beausire, vais a armar tanto alboroto que la policía nos verá... Mi amo os había prometido noticias y os las envía.
—¡Dádmelas, amigo mío!
—Más bajo. La madre y el niño se encuentran bien.
—¡Oh!— exclamó Beausire transportado por la alegría en forma imposible de describir—. ¡Ha dado a luz, está salvada!
—Sí, caballero, pero alejaos, os lo ruego.
—¿Es una niña? —No, caballero, un muchacho.
—¡Tanto mejor! ¡Oh, amigo mío, qué feliz soy, qué feliz soy! Dad las gracias a vuestro amo; decidle que mi vida, que todo lo que yo soy le pertenece...
—Sí, señor Beausire, sí, se lo diré cuando lo vuelva a ver.
—Amigo mío, ¿por qué me decíais hace poco?..., pero tomad estos dos luises.
—Caballero, no acepto nada sino de mi amo.
—¡Ah! Perdón, no os quería ofender.
—Tal creo, caballero. Pero me estabais diciendo...
—Os preguntaba por qué hace poco, habíais dicho: "Vendrán". ¿Me queréis decir quiénes vendrán?
—Me refería al cirujano de la Bastilla y la dama Chopin, partera, que han asistido al parto de la señorita Olive.
—¿Vendrán aquí? ¿Por qué?
—Para hacer bautizar el niño.
—¡Voy a ver a mi hijo!—exclamó Beausire saltando como un loco—-. ¿Decís que voy a ver el hijo de Olive? ¿Aquí, dentro de poco?....
—Aquí, dentro de poco, pero moderaos, os lo suplico, porque de no ser así, dos o tres agentes del señor de Crosne, que reconozco ocultos tras los andrajos de estos mendigos, os descubrirán y se darán cuenta de que estáis en comunicación con un prisionero de la Bastilla. Os perderéis y comprometeréis a mi amo.
—¡Ohl—dijo Beausire con respeto y agradecimiento—; antes morir que pronunciar una sílaba que pueda molestar a mi bienhechor. Me ahogaré si es preciso, pero no añadiré nada más. ¡No vienen!...
—Paciencia.
Beausire se acercó al alemán.
—¿Ella es feliz, allá abajo?— preguntó juntando las manos.
—Perfectamente feliz— respondió el otro—. Pero... He ahí un coche que llega.
—Sí, sí.
—Y se detiene...
—Se ve algo blanco, encajes...
—El faldón del niño.
—¡Dios mío!
Y Beausire se vio obligado a apoyarse en una columna para no vacilar cuando vio salir del vehículo a la partera, el cirujano y un carcelero de la Bastilla, como testigos en la ceremonia.

Al pasar estas tres personas, los pobres elevaban con voz nasal sus peticiones.
Se vio entonces, ¡cosa extraña! que los padrinos pasaban apartando con los codos a estos miserables y una persona ajena les distribuía monedas y escudos llorando de alegría.
El pequeño cortejo entró después en la iglesia. Beausire siguiólo y fue a buscar, con los curas y los fieles curiosos, el mejor lugar en la sacristía donde iba a celebrarse el sacramento del bautismo.
El sacerdote, al reconocer a la partera y al cirujano, que ya en numerosas ocasiones habían solicitado los servicios de su ministerio, les hizo un saludo amistoso acompañado de una sonrisa.
Beausire saludó y sonrió al mismo tiempo que el sacerdote.
La puerta de la sacristía se cerró entonces y el sacerdote, tomando la pluma, empezó a escribir en el registro las frases sacramentales que constituyen la formalidad.
Cuando preguntó los nombres y apellidos del niño, dijo el cirujano:
—Sé que es un niño; eso es todo.
Y se oyeron sendas carcajadas que no parecieron muy respetuosas a Beausire.
—Pongámosle un nombre cualquiera con tal que sea de santo— propuso el sacerdote.
—Sí, la señorita desea que se llame Toussaint.
—¡Así los tendrá todos!—contestó el sacerdote riendo con este juego de palabras, lo que hizo que en la sacristía la hilaridad se generalizara.
Beausire comenzaba a perder la paciencia, pero la prudente influencia del alemán se hacía sentir en él todavía. Y se contuvo.
—¡Pues bien!— dijo el sacerdote—.teniendo este nombre de pila y con todos los santos como patrones, bien podemos prescindir del padre. Escribamos pues: "En el día de hoy nos ha sido presentado un niño del sexo masculino, nacido ayer, en la Bastilla, hijo de Nicolasa Olive Legay y de... padre desconocido".
Beausire se levantó furioso acercándose al sacerdote y deteniéndole con fuerza la muñeca, exclamó:
—¡Toussaint tiene padre de la misma manera que tiene madre! Tiene un padre que no renegará de su sangre;
¡Os ruego, pues, escribáis que Toussaint, nacido ayer, es hijo de la señorita Nicolasa Olive Legay y de Juan Bautista Toussaint de Beausire, aquí presente!
¡Puede imaginarse la estupefacción del sacerdote y de los padrinos! La pluma cayó de manos del primero y el niño estuvo a punto de caer de los brazos de la partera.
Beausire lo tomó en sus brazos y cubriéndolo de ávidos besos, dejó caer sobre la frente del pobre pequeño el primer bautismo, el más sagrado en el mundo después del de Dios, el de las lágrimas paternas.
Los asistentes, a pesar de estar acostumbrados a escenas dramáticas y no obstante el escepticismo propio de los volterianos de esa época, quedaron enternecidos. Sólo el sacerdote conservó la sangre fría y puso en duda esa paternidad; tal vez estaba contrariado por tener que empezar de nuevo la escritura.
Pero Beausire adivinó la dificultad; dejó en las fuentes bautismales tres luises de oro que establecieron su derecho de padre y su buena fe mejor que sus lágrimas.
El sacerdote saludó, recogió las setenta y dos libras y tachó las dos frases que acababa de escribir, diciendo:
—Caballero, he de haceros observar tan sólo, que, como la declaración del señor cirujano de la Bastilla y de la dama Chopin ha sido formal, tendréis a bien escribir vos mismo y declarar que sois el padre de este niño.
—¡Yo!— exclamó Beausire en el colmo de la alegría—. ¡Lo escribiría con mi sangre!
Y tomó la pluma con entusiasmo.

—Tened cuidado— le dijo en voz baja el carcelero Guyón, que no había olvidado su papel de hombre escrupuloso—. Me parece, mi querido señor, que vuestro nombre no suena bien en determinados sitios; hay peligro en escribir en los registros públicos en una fecha que prueba a la vez vuestra presencia y vuestras relaciones con una acusada.
—Gracias por vuestro consejo, amigo mío— contestó Beausire con altivez—; sois una persona honrada y esto vale dos luises de oro que os ofrezco; pero renegar del hijo de mi mujer...
—¿Es vuestra mujer?—exclamó el cirujano .
—¿Legítima?— interrogó el sacerdote.
—¡Que Dios le devuelva la libertad y al día siguiente Nicolasa Legay se llamará de Beausire como su hijo y como yo!
—Mientras tanto os arriesgáis— repitió Guyón—; creo que os buscan.
—No seré yo quien os delate— dijo el cirujano.
—Ni yo— afirmó la partera.
—Ni yo— agregó el sacerdote.
—Y aun cuando fuera traicionado— continuó Beausire con exaltación de mártir—, yo sufriría hasta ser puesto en la rueda por haber tenido el consuelo de reconocer a mi hijo.
—Si fuese puesto en la rueda— dijo en voz baja a la partera Guyón, que gustaba de la réplica—, no sería por declararse padre del pequeño Toussaint.
Tras esta broma, que hizo sonreír a la dama Chopin, se procedió formalmente al registro y reconocimiento del joven Beausire.
Beausire escribió su declaración en términos magníficos, aunque algo ampulosos, como suelen ser siempre los relatos de los que se enorgullece su autor.
La releyó, la puntuó, la firmó y la hizo rubricar por las cuatro personas presentes.
Después, habiéndolo leído y comprobado todo de nuevo, besó a su hijo, deslizó diez luises debajo de su faldón, suspendió un anillo de su cuello destinado a la parturienta, y altivo como Jenofonte durante su famosa retirada, abrió la puerta de la sacristía, decidido a no usar la menor estratagema para escapar de los esbirros si los hallaba tan desnaturalizados como para detenerle en aquel momento.
Los grupos de mendigos no habían dejado la iglesia. Si Beausire hubiera podido mirarles con ojos más firmes, habría podido reconocer entre ellos al famoso Positivo, autor de su desgracia, pero nadie se movió. La nueva distribución que llevó a cabo Beausire, fue recibida con la frase de: "¡Dios os proteja!" constantemente repetida y el feliz padre se escapó de Saint-Paul con todas las apariencias de un gentilhombre venerado, mimado, y bendecido por los pobres de su parroquia.
Por lo que respecta a los testigos del bautizo, también se retiraron y subieron al coche, maravillados por la aventura.
Beausire les contempló desde la esquina de la calle de Culture-Sainte-Catherine; les vio subir en el coche, envió dos o tres besos a su hijo y cuando su corazón quedó suficientemente desahogado, cuando el vehículo desapareció ante sus ojos, pensó que no había que tentar a Dios ni a la policía y logró llegar a un lugar de asilo conocido sólo por él, por Cagliostro y por el señor de Crosne.
También el señor de Crosne cumplió la palabra dada a Cagliostro y no había inquietado a Beausire.
Cuando el niño entró de nuevo en la Bastilla y la dama Chopin hubo contado a Olive las sorprendentes aventuras que habían ocurrido, ésta, poniendo el anillo de Beausire en su dedo mayor y teniendo entre sus brazos toda llorosa a su hijo, a quien ya se buscaba una nodriza, dijo:
—No; Gilberto, discípulo del señor Rousseau, sostenía que toda buena madre debe criar a su hijo y yo lo haré con el mío; al menos quiero ser siempre una buena madre.

CAPITULO XCIV
EL BANQUILLO

Después de largos debates, había llegado el día en que iba a dictarse la sentencia del tribunal del parlamento por las conclusiones del procurador general.
Los acusados, excepción hecha del señor de Rohan, habían sido trasladados a la Conserjería, para que estuvieran más cerca de la sala de audiencias, que se abría cada mañana a las siete.
Ante los jueces, presididos por Aligre, la actitud de aquéllos continuó siendo la misma que durante la instrucción.
Olive, franca y tímida; Cagliostro, tranquilo, superior.
Villete, avergonzado, con la cabeza baja y llorando.
Juana, insolente, con la mirada centelleante, siempre amenazadora.
El cardenal, sencillo, pensativo y abúlico.
Juana se había acomodado en seguida a las costumbres de la Conserjería cautivando con sus mejores halagos y con sus pequeños secretos al conserje del palacio, a su mujer y a su hijo.
De esta manera consiguió hacer, su vida más dulce y las comunicaciones más libres.
Los debates no enseñaron nada nuevo a Francia. Continuaba tratándose del collar robado con igual audacia.
Decidir cuál de las dos personas era culpable: a esto se reducía el proceso.
Pero el espíritu que animó siempre a los franceses y que les empujaba sobre todo en aquella época a los extremos, les había hecho injertar otro proceso sobre el que se tramitaba.
Tratábase de saber si la reina había tenido razón en hacer arrestar al cardenal y acusarle de temerarias descortesías.
Para quien intervenía en la política de Francia, este anexo al proceso era la verdadera causa. ¿El señor de Rohan había creído poder decirle a la reina lo que le había dicho, obrar en su nombre como lo había hecho? ¿Había sido el agente secreto de María Antonieta, agente que se retractaba en cuanto el asunto había producido escándalo?
En una palabra, en esta causa incidental, ¿el cardenal había obrado de buena fe, como un confidente íntimo de la reina?
Si él había obrado de buena fe, la reina era culpable de todas esas intimidades, acaso inocentes, que había negado y que la señora de La Motte insinuaba. Ante la opinión, que no tiene miramiento alguno, las intimidades no son inocentes cuando hay que ocultarlas al marido, a los ministros y a los súbditos.
Tal era el proceso que las conclusiones del procurador general querían encaminar hacia su fin. El procurador general tomó la palabra.
Era el representante de la corte, hablaba en nombre de la dignidad real menospreciada, ultrajada y abogaba por el inmenso principio de la inviolabilidad real.
El procurador general entraba en el verdadero proceso sólo con respecto a ciertos acusados y recogía el proceso incidental en cuanto se refería al cardenal. No podía admitir que en el asunto del collar la reina tuviera a su cargo un solo acto reprobable. Y si no tenía ninguno, todos caían sobre el cardenal.
Por ello pidió inflexiblemente:
Que se condenase a galeras a Villette.
Que se condenase a Juana de La Motte, a ser marcada, golpeada con el látigo y a reclusión perpetua en un hospicio.
Que se sobreseyera la causa para Cagliostro.

Que se libertase a Olive.
Que el príncipe de Rohan se declarara culpable de haber ofendido temerariamente a la Majestad Real y que, en virtud de esa confesión, fuera desterrado y despojado de todos sus cargos y dignidades.
Esta petición llenó al parlamento de indecisión, y de terror a los acusados. La voluntad real aparecía con tal fuerza, que si se hubiera vivido un cuarto de siglo antes, cuando los parlamentos habían empezado a sacudir el yugo y a reivindicar sus prerrogativas, las conclusiones del procurador del rey, hubieran sido excedidas por el celo y el respeto de los jueces por el principio, todavía venerado, de la infalibilidad del trono.
Pero sólo catorce consejeros se adhirieron por completo a la opinión del procurador general y desde entonces se produjo una división en la asamblea.
Se procedió a un último interrogatorio, formalidad casi inútil con tales acusados, puesto que tenía por finalidad provocar confesiones antes de la sentencia y era ocioso pedir paz ni tregua a los encarnizados enemigos que luchaban desde hacía tanto tiempo.
Todos estos querían menos la propia absolución que la condena de la parte contraria.
La costumbre era que el acusado compareciese ante sus jueces sentado en una pequeña silla de madera, asiento humilde, bajo, vergonzoso, deshonrado por el contacto de acusados que, desde este asiento, habían pasado al cadalso.
Allí fue a sentarse el falsario Villette, que pidió perdón con lágrimas y súplicas.
Declaró todo lo que ya sabemos, o sea que se reconocía culpable de falsedad en complicidad con Juana de La Motte. Hizo presente que su arrepentimiento y sus remordimientos eran ya para él un suplicio capaz de desarmar a los jueces.
Pero esto no interesaba a nadie; no era y no parecía sino un bribón. Despedido por el tribunal se dirigió lagrimeando a su celda de la Conserjería.
Tras él, hizo su aparición en la sala la señora de La Motte conducida por el escribano Fremyn.
Su presencia produjo viva impresión en la asamblea.
Acababa de sufrir el primero de los ultrajes que le estaban reservados; se la había hecho pasar por la escalera pequeña como a los delincuentes vulgares.
El calor de la sala, el ruido de las conversaciones, el movimiento de las cabezas que ondulaban en todas direcciones, empezaron por turbarla; sus ojos vacilaron un momento como para habituarse al rebullir de aquel conjunto.
Entonces, el mismo escribano que la tenía sujeta por la mano, la condujo con bastante viveza al banquillo, colocado en el centro del hemiciclo.
Al ver este asiento infamante que se le destinaba, orgullosa de llamarse Valois y de tener en sus manos el destino de una reina de Francia, Juana de La Motte palideció y dirigió una mirada de ira, como para intimidar a los jueces que se permitían tal ultraje; pero hallando en todas partes firmes voluntades y curiosidad en lugar de misericordia, contuvo su furiosa indignación y se sentó para que no pareciese que caía sobre el banquillo.
Notóse en los interrogatorios, que ella daba a sus respuestas la mayor vaguedad, a fin de que los adversarios de la reina pudieran obtener la máxima ventaja para defender su punto de vista. No precisó más que sus afirmaciones respecto a su inocencia y obligó al presidente a dirigirle una pregunta sobre la existencia de las cartas que decía tener del cardenal dirigidas a la reina, así como las que la reina hubiese escrito al señor de Rohan.
Todo el veneno de la serpiente iba a verterse en esa contestación.
Juana comenzó protestando de su deseo de no comprometer a la reina y añadió que nadie mejor que el cardenal podía contestar la pregunta.
—Invitadle— dijo— a que presente las cartas o las copias para que se lean y así poder satisfacer vuestra curiosidad. En cuanto a mí, no podría afirmar si las cartas son del

cardenal a la reina o de la reina al cardenal; me parece que éstas son demasiado libres y familiares para ser de una soberana a un súbdito, y demasiado irreverentes para ser de un súbdito a una reina.
El silencio profundo y terrible que acogió este ataque, debió probar a Juana que no había hecho sino inspirar horror a sus enemigos, espanto a sus partidarios y desconfianza a los jueces imparciales. No dejó el banquillo sino con la dulce esperanza de que el cardenal se sentara también en él. Esta venganza le satisfacía. Hay que pensar, pues, lo que fue de ella cuando al volverse una última vez para ver ese asiento de oprobio en el que forzara a un Rohan a sentarse, no vio ya el banquillo, el que, cumpliendo órdenes del tribunal, había sido sacado por los ujieres y sustituido por un sillón.
Un rugido de rabia salió de su pecho, corrió fuera de la sala y se mordió las manos frenéticamente.
Comenzaba su suplicio.
El cardenal avanzaba lentamente a su vez.
Dos ujieres y dos escribanos le acompañaban; el gobernador de la Bastilla marchaba a su lado. Al entrar, un murmullo de simpatía y de respeto partió de los bancos del tribunal. Fuertes aclamaciones se oyeron afuera. Era el pueblo que saludaba al acusado y lo recomendaba a los jueces.
El príncipe Luis estaba pálido, muy emocionado. Vestido con un largo traje de ceremonia, se presentaba con el respeto y la condescendencia debida a los jueces por un acusado que acepta su jurisdicción y la invoca.
Indicaron el sillón al cardenal, cuya mirada temía abarcar el recinto y después que el presidente le hubo dirigido un saludo y unas palabras de aliento, todo el tribunal le rogó que se sentase, con una benevolencia que redoblaba la palidez y la emoción del acusado.
Cuando tomó la palabra, su voz temblorosa, cortada por los suspiros, sus ojos turbados, su aspecto humilde, provocaron profunda compasión en el auditorio. Se explicó lentamente, alegando excusas más que pruebas, súplicas más que razonamientos; deteniéndose de pronto, él, hombre elocuente, produjo con esta paralización de su espíritu y de su valor, un efecto más poderoso que todos los alegatos y todos los argumentos.
Tras él apareció Olive. La pobre joven tuvo que sentarse en el banquillo. Muchas personas se estremecieron al ver esta viva imagen de la reina en el banquillo odioso en que se había sentado Juana de La Motte. Este fantasma de María Antonieta, reina de Francia, en el banquillo de los ladrones y falsarios, espantó a los más ardientes perseguidores de la monarquía. Mas el espectáculo sedujo a muchos, como le ocurre al tigre al que se hace gustar la sangre.
Se decía por doquier que el escribano había sacado a Olive el hijo que estaba amamantando, pero cuando se abrió la puerta los lloros del hijo de Beausire vinieron a abogar dolorosamente en favor de su madre.
Después de Olive compareció Cagliostro, el menos culpable de todos. No se le ordenó que se sentase, aunque el sillón había sido conservado cerca del banquillo.
El tribunal temía los alegatos de Cagliostro. Un simulacro de interrogatorio, cortado por un ¡está bien! del presidente Alígre, satisfizo las exigencias de la formalidad.
Entonces el tribunal anunció que los debates habían terminado y que empezaba la deliberación.
La muchedumbre desfiló lentamente por las calles y muelles, prometiéndose volver por la noche para oír la sentencia que, según se decía, no tardaría en ser pronunciada.

CAPITULO XCV

UNA REJA Y UN ABATE

Una vez terminados los debates, después del alboroto del interrogatorio y las emociones del banquillo, los acusados quedaron alojados por aquella noche en la Conserjería.
Como hemos dicho, la muchedumbre volvió al anochecer, en grupos silenciosos, aunque animados, a la plaza del Palacio, para recibir la noticia de la sentencia tan pronto como se hubiese dictado.
En París —cosa extraña— los grandes secretos, son precisamente aquellos que la muchedumbre conoce antes de que se hayan esclarecido por completo.
Hacía calor. Las nubes de junio se amontonaban como penachos de humareda espesa. El cielo brillaba en el horizonte iluminado por relámpagos intermitentes.
Mientras el cardenal, al que se había concedido el favor de pasear por las terrazas que comunicaban los torreones, hablaba con Cagliostro del éxito probable de su mutua defensa; mientras Olive en su celda, acariciaba a su hijito y lo balanceaba en sus brazos, y Reteau, en la suya mordiéndose las uñas, contaba con el pensamiento los escudos prometidos por el señor de Crosne y los comparaba con los meses de cautividad que le prometía el parlamento, Juana, que estaba en la habitación de la conserje, la señora Hubert, trataba de distraer su acalorado ánimo con algo de ruido y movimiento.
Esta pieza, de alto plafón, vasta como una sala, enlosada como una galería, recibía luz del muelle por medio de una gran ventana de forma ojival. Los pequeños vidrios de esta ventana interceptaban la mayor parte de la luz y como si en la habitación, donde se alojaban personas libres, se hubiese deseado espantar a la libertad, una enorme reja de hierro colocada desde fuera sobre la ventana, venía a aumentar la oscuridad con su tejido de barras de hierro y listones de plomo que unían cada rombo de cristal.
Por otra parte, la luz que llegaba después de ser tamizada por esta doble criba, resultaba dulce para la vista de los presos. No tenía nada de ese resplandor insolente del sol libre ni ofendía para nada a los que no podían salir. Hay en todas las cosas, inclusive en las malas, que el hombre ha hecho, armonías que dulcifican el dolor y permiten una transición entre éste y la sonrisa, si el tiempo, ese elemento de ponderación intermediario entre Dios y el hombre ha pasado por ellas.
Desde su reclusión en la Conserjería, era en esta sala donde vivía la señora de La Motte, en compañía de la conserje, de su hijo y de su marido. Ya hemos dicho que tenía el espíritu sutil y un carácter seductor. Se había hecho querer por esta gente; había hallado el medio de demostrarles, que la reina era culpable.
La señora de La Motte iba, pues— lo dice en sus Memorias—, a olvidar en compañía de esta conserje y sus amigos, sus ideas melancólicas y correspondía con su buen humor a las complacencias que se le tenían. El día en que se clausuraron las audiencias, Juana llegó a hacer compañía a aquellas buenas gentes, y las halló pensativas y molestas.
Para la astuta Juana no podía pasar desapercibido semejante matiz. Trató en vano de arrancar la verdad a la señora Hubert, pero ésta y los suyos se limitaron a contestar con banalidades.
Aquel día, decíamos, Juana divisó en una esquina de la chimenea a un abate, frecuente comensal de la casa. Era un antiguo secretario del preceptor del señor conde de Provenza; hombre de sencillas maneras, cáustico con mesura, que sabía desenvolverse y que, alejado desde hacía tiempo de la casa de la señora Hubert, se había hecho asiduo concurrente desde la llegada de la señora de La Motte a la Conserjería.
Había también dos o tres altos empleados del Palacio. Se miraba mucho a la señora de La Motte y se hablaba poco.
Ella tomó alegremente la iniciativa.
—Estoy segura— dijo— de que se habla arriba con más calor que aquí.
Un débil murmullo de asentimiento fue la única respuesta a esta tentativa.

—¿Allá arriba?— preguntó el abate haciéndose el ignorante—. ¿Dónde queréis decir, señora condesa?
—En la sala en donde deliberan mis jueces— contestó Juana.
—¡Ah! Sí, sí.
Y se hizo de nuevo el silencio.
—Yo creo que mi actitud de hoy ha hecho buen efecto. ¿Ya debéis saberlo, verdad?
—Sí, señora— respondió tímidamente el conserje.
—¿Cuál es vuestra creencia, señor abate?— prosiguió Juana—. ¿Creéis que mi asunto no se presenta bien? Pensad que no se presenta ninguna prueba.
—Es verdad, señora. Por eso tenéis mucho que esperar.
—¿No es cierto?
—Sin embargo— añadió el abate—, suponed que el rey...
—¿Qué puede hacer el rey?— dijo Juana con vehemencia.
—Señora, el rey puede querer que no se le desmienta.
—En tal caso haría condenar al señor de Rohan, y esto es imposible.
—Verdaderamente es difícil— respondieron de todas partes.
—Y en esta causa— se apresuró a deslizar Juana—, quien dice el señor de Rohan, dice yo.
—No, no— respondió el abate— no os hagáis ilusiones, señora. Habrá un acusado absuelto... Creo que seréis vos e inclusive lo espero. Pero no habrá más que uno. Al rey le hace falta un culpable, porque en otro caso, ¿qué sería de la reina?
—Es verdad— dijo sordamente Juana, molesta por verse contradecida inclusive en una esperanza—. Le hace falta un culpable al rey. Pues bien, para este fin el señor de Rohan tiene las mismas posibilidades que yo.
Después de estas palabras se hizo un silencio espantoso.
El abate fue el primero en romperlo.
—Señora, el rey no es rencoroso y una vez satisfecha su primera cólera, no pensará en lo pasado.
—¿Y a qué llamáis vos una cólera satisfecha?—interrogó Juana con ironía—. Nerón tenía sus cóleras como Tito tenía las suyas.
—Una condena... cualquiera— se apresuró a decir el abate—, es una satisfacción.
—¡Cualquiera!... Caballero— exclamó Juana—, vaya una espantosa palabra... Es demasiado vaga. ¡Decir cualquiera es suponerlo todo!
—¡Oh! No me refiero sino a una reclusión en un convento— contestó fríamente el abate—; es el pensamiento, que, según los rumores que circulan, habría adoptado el rey respecto a vos.
Juana miró a este hombre con un terror que en seguida dejó lugar a la más furiosa exaltación.
—¡La reclusión en un convento! ¡Es decir, una muerte lenta, ignominiosa, una muerte feroz que parecería un acto de clemencia!... La reclusión en el in pace, ¿no es así? ¿Las torturas del hambre, del frío, las correcciones? ¡No, basta de suplicios, de vergüenza, de desgracia para la inocencia cuando la culpable es poderosa, libre y honrada! ¡La muerte enseguida, pero la que yo elija; el libre arbitrio para castigarme por haber nacido en este mundo infame!
Y sin escuchar razones ni súplicas, sin dejar que la detuviesen, luego de rechazar al conserje, derribar al abate y apartar a la señora Hubert, corrió a un aparador para apoderarse de un cuchillo.
Las tres personas lograron sujetarla; pero tomando carrera como una pantera a la que los cazadores han inquietado, aunque no espantado, lanzando alaridos que eran demasiado terribles para ser naturales, se lanzó hacia un gabinete que estaba próximo a la sala y

levantando un enorme jarrón de porcelana en el que vegetaba un rosal marchito, se golpeó con él muchas veces la cabeza.
El jarrón se rompió y quedó un fragmento en manos de la furiosa mujer. Se le vio correr la sangre por las heridas de la frente que se había abierto con los golpes. La conserje se echó llorando en sus brazos. La sentaron en un sillón y la inundaron de agua perfumada y de vinagre. Después de varias convulsiones, desvanecióse.
Cuando volvió en sí, él abate pensó que se ahogaba.
—Esta reja— dijo— intercepta la luz y el aire. Esta pobre mujer no puede respirar aquí.
Entonces, la señora Hubert, olvidándolo todo, corrió a un armario situado cerca de la chimenea, sacó una llave que servía para abrir la reja y pronto el aire y la vida entraron a oleadas en la habitación.
—¡Ah!—dijo el abate—. Yo no sabía que esta reja podía abrirse con ayuda de una llave. ¿Por qué tantas precauciones, Dios mío?
—¡Es la orden!— contestó la conserje.
—Sí, lo comprendo— reconoció el abate con acentuada intención—; esta ventana no está sino a siete pies aproximadamente del suelo y da al muelle. Si algunos presos se escapasen del interior de la Conserjería, pasando por vuestra sala, hallarían la libertad sin haber encontrado un carcelero ni un centinela.
—Precisamente— dijo la conserje.
El abate notó, con el rabillo del ojo que la señora de La Motte había oído, entendido e inclusive estremecido y que ante las palabras del abate levantó los ojos hacia el armario, cerrado únicamente con una aldaba, en el que el conserje guardaba la llave.
Fue suficiente para él. Su presencia ya no parecía ser necesaria y se despidió.
Sin embargo, volviendo sobre sus pasos, como los personajes del teatro que hacen una falsa salida, dijo:
—¡Cuánta gente en la plaza! La multitud pugna tan encarnizadamente por acercarse a este lado del palacio, que no hay un alma en el muelle.
Él conserje asintió.
—Es verdad— dijo.
—No es fácil que la sentencia sea acordada esta noche, ¿verdad?— interrogó el abate como si la señora de La Motte no pudiese oírle. Y sin embargo le oía muy bien.
—Supongo que no se acordará antes de mañana por la mañana.
—Pues bien— añadió el abate—, tratad que repose un poco esta pobre señora de La Motte.
—Nos retiraremos a nuestra habitación— dijo el buen conserje a su mujer— y dejaremos aquí a la señora en el sillón, a no ser que desee irse a la cama.
Juana, incorporándose, halló la mirada del abate que espiaba su respuesta. Hizo como que se dormía.
Entonces el abate desapareció y el conserje y su mujer marcháronse también, después de haber cerrado suavemente la reja y colocado la llave en su lugar.
Tan pronto como estuvo sola, Juana abrió los ojos.
"El abate me aconseja huir —pensó—. ¿Se me puede indicar más claramente la necesidad de la evasión y los medios para conseguirlo? Amenazarme con una condena antes de la sentencia de los jueces, es propio de un amigo que me impulsa a recobrar mi libertad.
"Para huir no tengo que dar más que un paso; abro el armario, después la reja y estoy en el muelle desierto.
"¡Desierto, sí!... No hay nadie; hasta la luna se oculta en el cielo.
"¡Huir!... ¡La libertad! ¡La felicidad de hallar de nuevo mis riquezas.!, la felicidad de devolver a mis enemigos todo el mal que me han hecho!"

Se lanzó hacia el armario, apoderándose de la llave. Ya se aproximaba a la cerradura de la reja.
De pronto creyó ver en la línea negra del parapeto del puente, una forma negra que cortaba su uniforme regularidad.
"Un hombre está ahí, en la sombra— pensó—. El abate, tal vez; vigila; me espera para prestarme socorro. Sí, pero... ¿Y si fuese un lazo?... ¿Si después de bajar al muelle fuese detenida en flagrante delito de evasión? ... ¡La evasión es la confesión del delito, o al menos del miedo! Quien se evade huye ante su conciencia... ¿De dónde viene este hombre? ... Parece que depende del señor de Provenza... Pero, ¿quién me dice que no es un emisario de la reina o de los Rohan?... ¿A qué precio se pagaría por parte de ellos un paso en falso dado por mí? Sí, hay alguien ahí que espía.
"¡Hacerme huir unas horas antes de la sentencia! ¿No podían haberlo hecho antes si realmente querían ayudarme? ¡Dios mío! ¿Quién sabe si no ha llegado ya a oídos de mis enemigos la noticia de mi absolución acordada por el tribunal? ¿Quién sabe si no se quiere detener este golpe terrible para la reina, con una prueba o una confesión de mi culpabilidad? La confesión, la prueba, sería mi huida. ¡Me quedaré!"
Juana se convenció de que había escapado de un lazo. Sonrió, levantó su astuta e intrépida cabeza y con paso seguro fue a colocar de nuevo la llave en el pequeño armario al lado de la chimenea.
Después, sentada de nuevo en el sillón, entre la luz y la ventana, observó de lejos, simulando que dormía, la sombra de ese hombre que espiaba y que, cansado al fin de hacerlo, acabó por levantarse y desaparecer con los primeros resplandores del alba, a las dos y media de la mañana, cuando los ojos empiezan a distinguir el agua de los ríos.

CAPITULO XCVI
LA SENTENCIA

Por la mañana, cuando todos los ruidos renacen, cuando París emprende de nuevo la vida, la condesa esperaba que la noticia de su absolución penetraría de pronto en la cárcel con la alegría y las felicitaciones de sus amigos.
¿Tenía amigos? ¡ay! Nunca la fortuna y el favor quedan sin cortejo, y sin embargo Juana, que había alcanzado la riqueza, que fue poderosa, había recibido y dado sin conseguir siquiera la amistad banal del que desconoce a la persona caída en desgracia y a la que adulara el día antes.
Pero después del triunfo que ella esperaba, Juana tendría partidarios, admiradores y envidiosos.
Esperaba en vano, sin embargo, que penetrase en la sala del conserje Hubert esta oleada de gente de rostro alegre que le diera sus felicitaciones.
De la inmovilidad de una persona convencida que deja que los brazos se dirijan a ella, Juana pasó, tal era la inclinación de su carácter, a una inquietud excesiva.
Y como no siempre se puede disimular, no se molestó en ocultar sus impresiones a los guardianes.
No le estaba permitido salir para ir a informarse, pero, pasó su cabeza por uno de los postigos de una ventana y así, ansiosa, prestó oído atento a los rumores de la plaza vecina.
Juana oyó entonces, no un rumor, sino una verdadera explosión de bravos, gritos, aclamaciones; un estallido que la asustó, porque no tenía la seguridad de que fuese a ella a quien se testimoniase tanta simpatía.
Estos aplausos alborotados se repitieron dos veces y dejaron paso a rumores de otra índole.

Le pareció que eran de aprobación también, pero más apagados.
En seguida los transeúntes se hicieron más numerosos en el muelle, como si los grupos de la plaza se disolviesen para reunirse allí.
—¡Gran día para el cardenal!— dijo un pasante de procurador.
—¡Para el cardenal!— repitió Juana—. Hay, pues, noticia de que el cardenal ha sido absuelto.
Entró de nuevo precipitadamente en la sala, agitada, inquieta.
—Señora, señora— preguntó a la mujer de Hubert—, oigo decir: "¡Qué gran día para el cardenal!" ¿Cómo se explica?
—No lo sé— replicó la conserje.
Juana la miró de frente.
—Preguntádselo a vuestro marido, os lo ruego— añadió.
La conserje obedeció por complacerla y Hubert contestó desde afuera:
—¡No lo sé!
Juana, impaciente, insistió:
—¿Qué querían decir los transeúntes entonces? ¿Acaso no se equivoca uno con esta clase de oráculos? Seguro que hablaban del proceso.
—Tal vez— dijo el caritativo Hubert— querían decir que si el señor de Rohan fuese absuelto sería un gran día para él.
—¿Creéis que será absuelto?— exclamó Juana crispando los dedos.
—Podría ocurrir.
—¿Entonces, yo?
—¡Oh, señora..., vos como él! ¿Por qué no vos?
—¡Extraña hipótesis!— murmuró Juana.
Y volvió hacia los cristales.
—Me parece que hacéis mal, señora— le dijo el conserje—, en ir a recoger así las impresiones mal comprensibles que os llegan de fuera. Quedaos tranquila, creedme y esperad que vuestro consejero o el señor Fremyn vengan a leeros...
—¡La sentencia!... ¡No! ¡No!
Y se puso a escuchar.
Pasaba una mujer con sus amigas. Sombreros de fiesta, grandes ramos en la mano. El aroma de estas rosas subió como un bálsamo precioso hasta Juana, que lo aspiraba.
—¡Por quien soy que este ramo y otros cien serán para él!... Como pueda, he de abrazar a ese digno varón.
—Y yo también— dijo una compañera.
—Pues yo lo que quiero es que me abrace él— afirmó una tercera.
"¿De quién hablarán?",pensó Juana.
—¡Oh, eso lo desea cualquiera! Es muy arrogante el hombre— comentó otra mujer.
Y pasaron.
—¡Hablan del cardenal! ¡Siempre él!— murmuró Juana—. ¡Ha sido absuelto, ha sido absuelto!
Y pronunció estas palabras con tanto desánimo y certeza al mismo tiempo, que los conserjes, resueltos a no dar ocasión a una tormenta como la de la víspera, dijeron a la vez:
—Señora, ¿por qué no queréis que el pobre preso sea absuelto?
Juana sintió el golpe y notó sobre todo el cambio de sus huéspedes. No queriendo perder su simpatía, dijo:
— ¡Oh! No me comprendéis. ¿Me creéis, acaso, tan envidiosa o mala que desee el mal de mis compañeros de infortunio? ¡Dios mío! ¡Que sea absuelto el cardenal, sí, pero que yo sepa al fin!... Creedme, amigos míos, es la impaciencia lo que me tiene así.

Hubert y su mujer se miraron el uno al otro como para calcular el alcance de lo que querían hacer.
Un destello amarillento que surgió de los ojos de Juana, a su pesar, les detuvo cuando iban a decidirse.
—¿No me decís nada?— dijo ella dándose cuenta de su error.
—No sabemos nada— contestaron en voz baja.
En aquel momento una orden hizo que Hubert saliera fuera de la habitación. La conserje, que había quedado sola con Juana, trató de distraerla; fue en vano, porque todos los sentidos de la cautiva, su inteligencia, eran atraídos por los ruidos del exterior, por los soplos que ella percibía con una sensibilidad duplicada por la fiebre.
La conserje, no pudiendo impedirle que mirase o escuchase, se resignó.
De pronto, se notaron grandes rumores y expectación en la plaza. La muchedumbre afluyó hacia el puente desde el muelle con gritos tan unánimes, que Juana se estremeció.
Los gritos no cesaban; iban dirigidos a un coche descubierto, cuyos caballos, retenidos más por la muchedumbre que por las manos del cochero, marchaba al paso.
Poco a poco, la multitud, apretándolos, estrechándolos, llevaba en vilo a los caballos, carroza y a las dos personas que iban dentro.
A pleno sol, bajo una lluvia de flores, bajo un palio de follaje que mil manos agitaban por encima de sus cabezas, la condesa reconoció a estos dos hombres que enloquecían a la multitud entusiasta.
Uno de ellos, pálido por el triunfo, espantado por su popularidad, se había quedado grave, aturdido, tembloroso. Dos mujeres iban subidas en los estribos del carruaje, y le asían las manos para llenárselas de besos.
Otras, más felices todavía, habían montado en la parte trasera de la carroza, al lado de los lacayos e insensiblemente, apartando los obstáculos que molestaban a su amor, se apoderaban de la cabeza del personaje idolatrado y le daban un beso respetuoso y sensual, dejando después sitio para otras tantas afortunadas. Este hombre adorado, era el cardenal de Rohan. Su compañero, fresco, alegre, centelleante, había recibido una acogida menos expresiva, pero también muy halagadora, en proporción. Por otra parte se le retribuía con vivas, con gritos; las mujeres se disputaban el cardenal y los hombres gritaban: "¡Viva Cagliostro!"
Esta embriaguez hizo que durase media hora el cruce del puente de Change y hasta su punto más alto, Juana divisó a los triunfadores.
Esta manifestación de entusiasmo público hacia las víctimas de la reina, porque así se les llamaba, dio un momento de alegría a Juana.
Pero en seguida dijo:
—¡Cómo! ¡Ellos ya están libres; para ellos se han cumplido ya las formalidades y yo no sé nada! ¿Por qué no me dicen nada a mí?
Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo.
A su lado, había visto a la señora Hubert, que, silenciosa, atenta a todo lo que pasaba, debía haber comprendido y no daba ninguna explicación.
Juana iba a pedírsela, cuando un nuevo ruido atrajo su atención del lado del puente de Change.
Un coche, rodeado por la multitud pasaba a su vez por el puente.
En él, sonriente y mostrando a su hijo al pueblo, iba Olive que partía también, libre y loca de alegría por las bromas un tanto audaces que se le hacían y por los besos que se le enviaban.
En medio del puente esperaba una carroza de posta. El señor de Beausire se escondía tras uno de sus amigos, que era el único que osaba mostrarse ante la admiración pública.

Hizo una señal a Olive, que bajó del vehículo en medio de una gran gritería y una silbatina considerable.
Pero para ciertos actores los silbidos no representan nada cuando le podían haber sido lanzados proyectiles.
Olive, que había subido a la carroza, cayó en los brazos de Beausire, que, estrechándola hasta casi ahogarla, no la dejó en una legua, inundándola de besos y lágrimas y no respiró hasta llegar a Saint-Denis donde cambió los caballos sin haber sido molestado por la policía.
Mientras tanto, Juana, al ver a todas estas personas libres, felices, festejadas, se preguntaba por qué era ella la única que no recibía noticias.
—¿Pero y yo?— exclamó—. ¿Por qué refinamiento de crueldad no me notifican mi sentencia?
—Calmaos, señora— dijo Hubert entrando—; calmaos.
—Es imposible que no sepáis nada— contestó Juana—. ¡Vos sabéis!
—¡Señora!...
—Si no sois un desalmado, contadme; ved lo que estoy sufriendo.
—Nos está prohibido a nosotros, oficiales de la prisión, revelar las sentencias cuya lectura corresponde a los escribanos del tribunal.
—¡Pero, entonces, es tan espantosa que no os atrevéis!— exclamó Juana con irrefrenable desesperación.
—No— dijo—; calmaos, calmaos.
—Hablad, entonces.
—¿Seréis complaciente y no me comprometeréis?
—¡Os lo prometo, os lo juro!
—Pues bien, el señor cardenal ha sido absuelto.
—Ya lo sé.
—El señor de Cagliostro ha quedado excluido de la causa...
—¡Lo sé, lo sé!
—A la señorita Olive se le ha retirado la acusación.
—¿Qué más? ¿Qué más?
—El señor Reteau de Villette ha sido condenado...
Juana se estremeció.
—¡A las galeras!
—¿Y yo?— gritó ella con furia.
—Paciencia, señora, paciencia. ¿No me lo prometisteis?
—¡Ya tengo paciencia! ¡Hablad!... ¿Qué harán de mí?
—Seréis desterrada— dijo con débil voz el conserje apartando los ojos.
Un destello de alegría brilló en los de la condesa, pero se apagó con la misma rapidez que había aparecido.
Dio un grito, fingió desvanecerse, y cayó en los brazos de sus huéspedes.
—¿Qué hubiese sido— dijo Hubert al oído a su mujer— si le hubiese dicho la verdad?
"El destierro— pensaba Juana simulando un ataque de nervios— es la libertad, es la riqueza, es la venganza, es lo que he soñado... ¡Triunfé!"

CAPITULO XCVII
LA EJECUCIÓN

Juana continuaba esperando que el escribano prometido por el conserje viniese a leerle la sentencia.

En efecto, ya no sentía angustia ni duda, conservando apenas el resquemor de la comparación, es decir, el orgullo y se decía:
"¿Qué me importa a mí que creo tener un espíritu sólido, que el señor de Rohan haya sido considerado menos culpable que yo?
"¿Es a mí a quien se inflige la pena de una falta? No. Si hubiese sido reconocida como una Valois por todo el mundo, si hubiera podido ver como el cardenal, toda una hilera de príncipes y de duques escalonados al paso de los jueces, suplicando con su actitud, con sus crespones en la empuñadura de la espada, con sus lloros, me parece que no se le hubiera negado nada a esta pobre condesa de La Motte y ciertamente, en previsión de esa ilustre súplica, se le hubiera ahorrado a la descendiente de los Valois, la afrenta del banquillo. "¿Mas para qué ocuparme del pasado que ha muerto? Está ya terminado el gran asunto de mi vida. Colocada de una manera equívoca en el mundo, en la Corte, expuesta a ser derribada por el primer soplo llegado de lo alto, yo vegetaba, volvía quizá a la miseria primera que ha sido el aprendizaje doloroso de mi vida. Ahora no ocurre nada de todo esto. ¡Desterrada! ¡Soy desterrada! Es decir, que tengo el derecho de llevarme mi millón en mi coche, de vivir bajo los naranjos de Sevilla o de Agrigente durante el invierno y en Alemania o Inglaterra durante el verano; nada me impedirá pues, joven, bella, célebre, pudiendo explicar el proceso a mi manera, vivir como me parezca, ya sea en compañía de mi marido, en el caso de que sea desterrado como yo, pues es libre, ya sea con los amigos que proporcionan siempre la felicidad y la juventud.
"Y que vengan a decirme— continuaba Juana arrebatada por sus ardientes ilusiones—, que yo, la condenada, la desterrada, la pobre humillada, no soy más rica que la reina, más honrada que la reina habiendo quedado más absuelta que ella, porque para ella no se trataba de mi condena. El gusano de la tierra no le importa al león. ¡Se trata de hacer condenar al señor de Rohan y éste ha sido excluido de la causa!
"¿En qué forma cumplirán ellos la sentencia y de qué manera me sacarán del reino? ¿Se vengarán de una mujer sujetándose a las. formalidades más estrictas de la penalidad? ¿Me confiarán a los arqueros para conducirme a la frontera? ¿Me dirán solemnemente: "¡Mujer indigna, el rey os destierra de su reino!" No, los soberanos son bondadosos— pensó sonriendo—. No me tienen encono. No se lo guardan sino a este buen pueblo parisiense que aúlla bajo sus balcones: "¡Viva el cardenal! ¡Viva Cagliostro! ¡Viva el parlamento!" Este es su verdadero enemigo: el pueblo. Sí, es su enemigo directo, puesto que yo había contado con el apoyo moral del pueblo... y he tenido éxito!"
Juana, en esta situación de ánimo, hacía sus pequeños preparativos y arreglaba sus cuentas consigo misma. Se ocupaba ya de la colocación de sus diamantes, de su residencia en Londres (era verano) cuando el recuerdo de Reteau de Villete, le vino a la mente y no al corazón.
"¡Pobre muchacho!— pensó sonriendo malignamente—. El ha sido el que ha pagado por todos. Hace falta siempre en las expiaciones un alma vil, en el sentido filosófico, y cada vez que una necesidad de éstas aparece, surge la víctima propiciatoria y con ella el golpe que tiene que herirle.
"¡Pobre Reteau! Desmedrado, miserable, paga hoy sus panfletos contra la reina, los atrevimientos de su pluma, y Dios, que señala a todos un lugar en el mundo, habrá querido destinarle una existencia de bastonazos, intermitentes entregas de luises de oro, celadas, calabozos, con un desenlace de galeras. He aquí a lo que conduce la astucia en lugar de la inteligencia, la malicia en lugar de la maldad, el espíritu de agresión sin la perseverancia y la fuerza. ¡Cuántos otros seres dañinos en la creación, desde el gusano venenoso hasta el escorpión, existen en el universo y se hacen temer por el hombre! Todos estos enemigos quieren molestar, pero no se les concede el honor de la lucha: ¡se les aplasta!"

Y Juana enterraba con esta pompa cómoda a su cómplice Reteau, a pesar de lo decidida que estaba a informarse del presidio en que se encerraría al miserable para no viajar en aquella dirección, para no infligir esta humillación a un desgraciado mostrándole la ventura de una antigua amiga. Como se ve, Juana tenía buen corazón.
Comió alegremente con los conserjes; éstos, por su parte, habían perdido por completo su alegría; apenas se tomaban el trabajo de disimular su desazón. Juana atribuía el enfriamiento a la condena de que acababa de ser objeto. Al hacerles esa observación le contestaron que nada era para ellos tan doloroso, como ver a las personas después de pronunciada la sentencia.
Juana se sentía tan feliz en el fondo de su corazón, disimulaba tan mal su alegría, que sólo le podía resultar agradable hallar ocasión de estar sola, libre, con sus pensamientos. Pensó, que, después de la comida, podría volver a su habitación.
Quedó sorprendida, cuando el conserje Hubert tomó la palabra a los postres con una solemnidad obligada que no le era propia.
—Señora— dijo—, tenemos órdenes de no mantener en la cárcel a las personas sobre cuya suerte se ha pronunciado el parlamento.
"Bien— pensó Juana—, Se adelantan a mis deseos".
Y se levantó.
—No quisiera— dijo— que incurrieseis en una infracción; sería agradecer mal las bondades qué habéis tenido conmigo... Voy, pues, a volver a mi habitación.
Miró para ver el efecto que causaban sus palabras. Hubert le daba vuelta con los dedos a una llave. La conserje volvía la cabeza como para ocultar una nueva emoción.
—¿Pero vendrán o no a leerme la sentencia? En este caso, ¿cuándo será?
—Tal vez esperan que la señora esté en sus habitaciones— se apresuró a decir Hubert.
"Decididamente quiere alejarme— pensó Juana".
Y un vago sentimiento de inquietud la hizo estremecer, aunque desapareció tan pronto como había venido.
Juana subió los tres peldaños que conducían desde la habitación del conserje hasta el corredor de la escribanía.
Al verla partir, la señora Hubert corrió presurosa hacia ella y le cogió las manos, no con respeto, no con verdadera amistad ni con el sentimiento que honra al que lo testimonia y al que lo recibe, sino con profunda compasión, con un impulso piadoso.
Esta vez la impresión fue tan clara, que Juana sintió espanto. Pero ésta fue tan fugaz como la de antes en aquella alma llena hasta los bordes por la alegría y la esperanza.
Juana quería preguntarle a la señora Hubert la razón de su piedad, cuando Hubert le tomó la mano, con menos cortesía que viveza, y abrió la puerta.
La condesa llegó al corredor. Ocho arqueros del preboste esperaban allí. ¿Qué esperaban? Esto era lo que se preguntaba al verles. Pero la puerta del conserje estaba ya cerrada. Delante de los arqueros vio a uno de los carceleros comunes de la prisión, el que cada noche acompañaba a la condesa a su habitación.
El hombre precedió a Juana, como para mostrarle el camino.
—¿Vamos a mi habitación?— preguntó la condesa.
—Sí, señora— dijo el carcelero.
Juana se cogió a la barandilla de hierro y subió tras aquel hombre.
Tranquilizada, se dejó encerrar en su celda e inclusive dio afectuosamente las gracias al carcelero.
Este se retiró.
Tan pronto se vio libre y sola en su habitación, Juana dio rienda suelta a la alegría más extravagante, amordazada tanto tiempo con la máscara con que hipócritamente había ocultado sus sentimientos en la habitación del conserje.

Así en el cubil como en la jaula, cuando es de noche, cuando ningún ruido anuncia a la fiera cautiva la vigilancia, cuando su olfato sutil no percibe en los alrededores ninguna huella, comienzan los desahogos de su naturaleza salvaje.
Con Juana ocurría lo mismo. De pronto sintió ruido de pasos, tintineo de las llaves en el manojo del carcelero y poco después alguien abría la cerradura grande.
"¿Qué querrán de mí?— pensó en tanto se erguía, atenta.
El carcelero entró.
—¿Qué ocurre, Juan?— preguntó la condesa con voz dulce e indiferente.
—¿La señora tendría la bondad de seguirme?
—¿Adónde?
—Abajo, señora.
—¿Cómo, abajo?...
—A la escribanía.
—¿Para qué?
—Señora...
Juana se adelantó hasta el hombre, que vacilaba, y divisó, en el extremo del corredor, a los arqueros del preboste que antes había hallado abajo.
—En fin— dijo ella con emoción—, decidme qué quieren de mí en la escribanía.
—Señora, es el señor Doillot, vuestro defensor, que quiere hablaros.
—¿En la escribanía? ¿Por qué no aquí, puesto que muchas veces tenía permiso para venir?
—Señora, el señor Doillot ha recibido cartas de Versalles de las que os quiere dar cuenta.
Juana no notó lo ilógico de esta respuesta. Una sola frase la conmovió: cartas de Versalles, cartas de la corte, sin duda.
"¿Será que la reina ha intercedido cerca del rey después de la sentencia? ¿Será que...?"
Pero, ¿para qué hacer conjeturas? Tenía tiempo; esto sería necesario, cuando dentro de dos minutos pudiera hallar la solución del problema.
Por otra parte, el carcelero insistía; agitaba sus llaves como hombre que, en defecto de buenas razones, alega una consigna.
—Esperadme un poco— dijo Juana—. Ya veis que me estaba desvistiendo para reposar algo. ¡Estoy tan fatigada estos últimos días!
—Esperaré, señora, pero os ruego que penséis que el señor Doillot tiene mucha prisa.
Juana cerró la puerta, se puso un vestido algo más fresco, tomó una capita y arregló a toda prisa sus cabellos. Apenas empleó cinco minutos en estos preparativos. Su corazón le anunciaba que el señor Doillot le traía la orden de partir inmediatamente y el medio de atravesar Francia de una manera discreta y cómoda. Sí, la reina habría pensado que su enemiga debía salir lo antes posible. La reina, ahora que estaba dictada la sentencia, debía esforzarse en irritar lo menos posible a esta enemiga, porque si una pantera es peligrosa cuando está encadenada, ¿qué no hay que temer de ella cuando está libre?
Mecida por estos venturosos pensamientos, Juana, más que correr, voló tras el carcelero que la hizo descender por la pequeña escalera que la había llevado ya a la sala de audiencia. Pero en lugar de ir hacia dicha sala, y de dirigirse a la izquierda para entrar en la escribanía, el carcelero se dirigió hacia una pequeña puerta situada a la derecha.
—¿Dónde vais?— preguntó Juana—. La escribanía está aquí.
—Venid, venid, señora— dijo melosamente el carcelero—; es aquí donde os espera el señor Doillot.
Pasó él primero y atrajo hacia sí a la condesa, que oyó cómo cerraba con estrépito tras ella las cerraduras exteriores de la maciza puerta.
Juana, sorprendida, no se atrevió a preguntar nada a su guardián.

Dio dos o tres pasos y se detuvo.
La luz se filtraba desde lo alto de una reja antigua, a través de las telas de araña y la centésima capa de un polvo secular.
Juana sintió de pronto la humedad del calabozo; adivinó algo terrible en los ojos centelleantes del carcelero.
—Caballero— dijo ella entonces dominando la impresión de terror que la hacía estremecer, ¿qué hacemos aquí los dos? ¿Dónde está el señor Doillot el que según vos deseaba verme?
El carcelero no respondió nada.
Juana siguió este movimiento con espanto. Se le ocurrió la idea, como en esas novelas sombrías de la época, que tenía que habérselas con uno de esos carceleros, fieramente enamorados de sus presas, que, el día en que éstas van a salir por la puerta abierta de la jaula, se hacen los tiranos de la bella cautiva y les proponen su amor a cambio de la libertad.
Juana era fuerte y no temía las sorpresas, no tenía el pudor del alma. Su imaginación luchaba victoriosamente contra los caprichos sofísticos de los señores Crebillón hijo y Loúvet. Se dirigió sonriendo hacia el carcelero.
—Amigo mío— dijo—, ¿qué pedís? ¿Tenéis que decirme algo? El tiempo de una cautiva cuando está cerca de la libertad, es precioso. Parece que para hablarme habéis escogido un lugar siniestro.
El hombre de las llaves no le contestó nada porque no comprendía. Sentóse en un rincón de la chimenea y esperó.
—¿Pero qué hacemos?— volvió a interrogar Juana.
Temía hallarse ante un loco.
—Espero al licenciado Doillot— contestó el carcelero.
Juana movió la cabeza.
—Tendréis que confesarme— dijo— que si el licenciado Doillot tiene cartas de Versalles que comunicarme, ha elegido mal el momento y el lugar de la audiencia... No es posible que el licenciado Doillot me haga esperar aquí; debe haber otra cosa.
Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando una puerta que no había notado se abrió frente a ella.
Era una de esas trampas circulares, verdaderos monumentos de madera y de hierro, que, al abrirse, recortan en el fondo que ocultan, un círculo cabalístico, en el centro del cual los personajes o el paisaje aparecen vivos como por arte de magia.
En efecto, tras esta puerta había unos peldaños que desembocaban en algún corredor mal iluminado, pero por el que circulaba viento fresco, y más allá de aquel corredor, por un momento, uno tan sólo, tan rápido como una centella, Juana divisó, levantándose sobre sus pies, un espacio parecido al de una plaza en el que había un tropel de hombres y mujeres de ojos centelleantes.
Pero repetimos que fue para Juana más bien una visión que un golpe de vista; ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta. Ante ella, y en un plano más cercano, aparecieron tres personas, subiendo el último escalón.
Tras estas personas, en peldaños inferiores, surgieron cuatro bayonetas, blancas y aceradas, parecidas a cirios siniestros que hubiesen querido iluminar la escena.
Pero la trampa circular se cerró. Sólo los tres hombres penetraron en el calabozo en que se hallaba Juana.
Esta iba de sorpresa en sorpresa, o mejor dicho, su inquietud se convertía en terror.
El carcelero al que ella temía un instante antes, fue la persona a quien se dirigió como para solicitar su protección contra los desconocidos.

El carcelero se pegó contra la muralla del calabozo, mostrando así que quería quedar como espectador pasivo de lo que allí iba a ocurrir.
Juana fue interrogada antes de que se le ocurriese tomar la palabra.
Lo hizo uno de los tres hombres, el más joven. Iba vestido de negro. Llevaba el sombrero en la cabeza y daba vueltas con las manos a unos papeles enrollados.
Los otros dos, imitando la actitud del carcelero, se sustrajeron a las miradas colocándose en la parte más sombría de la sala.
—¿Sois, señora— dijo el desconocido—, Juana de Saint-Remy de Valois, esposa de María-Antonio Nicolás, conde de la Motte?
—Sí, caballero— replicó Juana.
—¿Nacisteis en Fontette, el día 22 de julio de 1756?
—Sí, caballero.
—¿Vivís en París, calle de Neuve-Saint-Gilles?
—Sí, caballero..., pero, ¿por qué me hacéis todas estas preguntas?
—Señora, lamento que no me conozcáis; tengo el honor de ser el escribano del tribunal.
—Os reconozco.
—Entonces, señora, ¿puedo cumplir mis funciones en la calidad que acabáis de reconocerme?
—Un momento, caballero. ¿En qué consisten esas funciones?
—En leeros, señora, la sentencia que ha sido pronunciada contra vos en la sesión del 31 de mayo de 1786.
Juana se estremeció. Dirigió a su alrededor una mirada llena de angustia y desconfianza. No en balde escribimos en segundo término la palabra desconfianza que puede parecer más débil que la otra. Juana se estremeció con angustia irreflexiva; puesta en guardia, sus ojos centelleaban en las tinieblas.
—Sois el escribano Bretón— dijo ella—. ¿Pero quiénes son estos caballeros acólitos vuestros?
El escribano iba a responder, cuando el carcelero, anticipándose, corrió hacia él y deslizó en su oído estas palabras llenas de miedo o de elocuente compasión:
—¡No se lo digáis!
Juana oyó; miró a los dos hombres más atentamente que hasta entonces. Le extrañó ver el traje gris con botones de hierro del uno y la casaca y el gorro de pelo del otro; el extraño mandil que cubría el pecho de este último llamó la atención de Juana; parecía quemado en algunas de sus partes y manchado de sangre y aceite en otras. Retrocedió, atónita.
El escribano, acercándose, le dijo:
—De rodillas, señora.
—¿De rodillas?— exclamó Juana—. ¡De rodillas yo! ¡Yo, una Valois, de rodillas!
—Es la orden, señora— dijo inclinándose el escribano.
—Pero caballero— objetó Juana con fatal sonrisa—, ¿no pensáis que hace falta que os enseñe la ley? No se puede colocar a nadie de rodillas sino para imponerle la retractación pública.
—¿Y bien, señora?
—Y bien, caballero, no se obliga a la retractación pública sino en virtud de sentencia que imponga una pena infamante. El destierro, no es, que yo sepa, una pena infamante en la ley francesa.
—Yo no os he dicho que fueseis condenada al destierro— dijo el escribano con grave y triste gesto.
—Entonces— exclamó Juana arrebatada—, ¿a qué se me condena?

—Es lo que vais a saber escuchando la sentencia, señora, y para oírla, me haréis el favor de arrodillaros.
—¡Jamás! ¡Jamás!...
—Señora, es el artículo primero de mis instrucciones.
—¡Os he dicho que jamás! ¡Jamás!
—Señora, está escrito que si la condenada se niega a arrodillarse...
—¿Qué?
—La obligará a ello la fuerza pública.
—¡La fuerza! ¡A una mujer!
—Una mujer no tiene más prerrogativas que un hombre en cuanto al respeto del rey y de la justicia.
—¡Y a la reina! ¿No es así?— gritó furiosamente Juana—. ¡Porque en todo esto adivino la mano de una mujer enemiga!
—Hacéis mal en acusar a la reina, señora. Su Majestad no interviene para nada en la redacción de las sentencias del tribunal. Vamos, os conjuro a que me evitéis la necesidad de la violencia. ¡De rodillas!
—¡Jamás! ¡Jamás!
El escribano enrolló los papeles, sacó de su ancho bolsillo uno muy grueso que tenía de reserva en previsión de lo que estaba ocurriendo, y leyó la orden formal, dada por el procurador general a la fuerza pública, para obligar a la acusada rebelde a arrodillarse conforme lo requiere la justicia.
Juana se agazapó en una esquina de la prisión, desafiando con la mirada a esta fuerza pública que ella creía que eran las bayonetas que surgían en la escalera, tras la puerta.
Pero el escribano no ordenó abrir esa puerta; hizo una señal a los dos hombres de que hemos hablado, los cuales se acercaron tranquilamente, fuertes e inconmovibles, como las máquinas de guerra que se preparan en los sitios.
Cada uno de ellos tomó a Juana por los hombros y la arrastró hasta la mitad de la sala a pesar de sus gritos.
El escribano se sentó, impasible, y esperó.
Juana no comprendía por qué se la arrastraba así y no tuvo más remedio que permanecer casi arrodillada. Unas palabras del escribano hicieron que se diese cuenta de esto.
Inmediatamente el resorte se distendió y Juana dio un salto de dos pies sobre el suelo a pesar de los brazos que la sujetaban.
—Es inútil que gritéis así— dijo el escribano— porque no se os oye desde afuera y además no oiréis vos tampoco la lectura de la sentencia.
—Permitid que la oiga de pie y escucharé en silencio— propuso Juana.
—Siempre que un culpable es castigado a la pena de látigo— replicó el escribano—, la pena se estima infamante y lleva consigo la genuflexión.
—¡El látigo!— aulló Juana—. ¡El látigo! ¡Ah! ¡Miserable!...
Y sus vociferaciones fueron tales que aturdieron al carcelero, al escribano y a sus dos ayudantes, todos los cuales, perdiendo la cabeza, como personas ebrias, comenzaron a emplear la fuerza para dominar la fuerza.
Arrojáronse sobre Juana y la derribaron; pero ella resistió victoriosamente; quisieron que doblase las piernas, pero tendió sus músculos como hojas de acero.
Estaba suspendida en el aire en manos de aquellos hombres y movía manos y pies para poder infligir los más rudos golpes.
Se dividieron la tarea; uno de ellos le sujetó los pies como en un tornillo y los demás la levantaron por las muñecas y gritaron al escribano:
—¡Leed! ¡Continuad leyendo la sentencia, señor escribano, o no acabaremos nunca con esta rabiosa!

—¡No dejaré leer nunca una sentencia que me condena a la infamia!— gritó Juana debatiéndose con una fuerza sobrehumana.
Y uniendo la acción a la palabra dominó la voz del escribano con rugidos y gritos tales que no se oyó ni una sola de las palabras que él leyó.
Una vez acabada la lectura, el escribano dobló los papeles y guardóselos de nuevo en el bolsillo.
Juana, creyendo que había acabado, se calló y trató de hacer acopio de fuerzas para continuar desafiando todavía a esos hombres. A los rugidos siguieron carcajadas más feroces aún.
—¡Y la sentencia será cumplida en la plaza de las ejecuciones, en el patio de Justicia del Palacio!— continuó leyendo el escribano.
—¡Públicamente!...— aulló la desgraciada—. ¡Oh!...
—Señor de París, os entrego esta mujer— acabó diciendo el escribano al hombre del mandil de cuero.
—¿Quién es este hombre?— dijo Juana en el paroxismo de su furia.
—¡El verdugo!— respondió el escribano inclinándose.
Apenas el escribano hubo terminado estas palabras, los dos ejecutores se apoderaron de Juana y la levantaron para conducirla hacia el lado de la galería que ella viera.
Más allá de la puerta, donde los soldados contenían a la muchedumbre, el patio pequeño, llamado de la Justicia, apareció de pronto con los dos o tres mil espectadores a los que la curiosidad de los preparativos y el montaje del cadalso había reunido.
Sobre un estrado elevado cerca de ocho pies, un poste negro, provisto de anillos de hierro, se levantaba ostentando un cartel en la parte superior que el escribano, seguramente cumpliendo órdenes recibidas, había tratado de que fuese ilegible.
Este estrado no tenía barandilla y se subía a él por una escalera que tampoco la tenía. La sola balaustrada que se notaba era la que formaban las bayonetas de los arqueros, las cuales impedían el acceso como una reja de puntas relucientes.
La muchedumbre, viendo que las puertas del Palacio se abrían, que los comisarios llegaban con sus varillas, que el escribano venía con los papeles en la mano, inició un movimiento de ondulación parecido al del mar.
De todas partes surgían gritos de: "¡Ahí está! ¡ahí está!" resonando junto con epítetos poco honorables para la condenada y aquí y allá algunas observaciones poco caritativas para los jueces.
Porque Juana tenía razón; después de su condena se había hecho un partido. Todos los que la despreciaban dos meses antes, la hubiesen rehabilitado desde que la supieron antagonista de la reina.
Pero el señor de Crosne lo había previsto todo. Las primeras filas de esta sala de espectáculo habían sido ocupadas por un núcleo de gentes adictas a los que pagaban los gastos del mismo. Se notaba, cerca de agentes de anchas espaldas, a las mujeres más devotas del cardenal de Rohan. Se había hallado el medio de utilizar en favor de la reina los enconos despertados en su contra. Los mismos que habían aplaudido al señor de Rohan por antipatía a María Antonieta, venían a silbar a la señora de La Motte, que había sido lo suficiente imprudente para separar su causa de la del cardenal.
Su aparición en la pequeña plaza fue saludada con furiosos gritos de: "¡Abajo La Motte! ¡Abajo la falsaria!" que eran la mayoría de los que escaparon de los más robustos pechos.
Ocurrió también que aquellos que intentaron expresar su piedad hacia Juana o su indignación contra la sentencia que la condenaba, fueron considerados como enemigos del cardenal por las damas de la Halle, o como enemigos de la reina por los agentes, viéndose en esta forma maltratados por los dos sexos interesados en conseguir el

envilecimiento de la condenada. Juana había llegado al final de sus fuerzas, pero no de su rabia; ya no gritaba, porque sus gritos se perdían en el clamor conjunto de los ruidos y de la lucha. Pero con su voz clara, vibrante, metálica, dirigió algunas palabras que hicieron cesar como por encanto todos los murmullos.

—¿Sabéis quién soy?— dijo—. ¿Sabéis que llevo en mis venas la sangre de vuestros reyes? ¿Sabéis que se castiga en mí, no a una culpable sino a una rival? ¿No sólo una rival, sino una cómplice?

Aquí se vio interrumpida por los clamores de los más inteligentes empleados del señor de Crosne.

Pero ella había despertado, sino el interés, al menos la curiosidad; la curiosidad del pueblo es una sed que debe ser saciada. El silencio que Juana notó, le demostró que quería escuchársele.

—¡Sí— repitió—, una cómplice! Se castiga en mí a la que sabe los secretos de...

—¡Tened cuidado!— le dijo al oído el escribano.

Ella se volvió. El verdugo tenía un látigo en la mano.

Al verle, Juana olvidó su discurso, su odio, su deseo de captar a la multitud; no vio más que el estigma, no temió más que el dolor.

—¡Favor! ¡Favor!— gritó con voz desgarradora.

Un inmenso griterío apagó su súplica. Juana se asió, sobrecogida por una sensación de vértigo, a las rodillas del ejecutor y logró apoderarse de su mano.

Pero él levantó el otro brazo y dejó caer el látigo suavemente sobre los hombros de la condesa.

¡Cosa inaudita! Esta mujer, a la que el dolor físico hubiese aniquilado, abatido, domado tal vez, se irguió al ver que se le tenían consideraciones; precipitóse sobre el ayudante y trató de derribarle para ver si podía echarle fuera del cadalso, a la plaza. De pronto retrocedió.

El hombre tenía en la mano un hierro al rojo que acababa de retirar de un brasero ardiente. Levantó este hierro y el calor abrasador que despedía hizo saltar a Juana hacia atrás con aullido salvaje…

—¡Marcada!— exclamó—. ¡Marcada!

Todo el pueblo respondió a. ese grito con otro terrible.

—¡Sí! ¡Sí!— rugieron tres mil bocas.

—¡Socorro! ¡Socorro!— dijo Juana enloquecida, tratando de romper las cuerdas con que se le acababan de atar las manos.

No pudiendo desabrochar el vestido de la condesa, el verdugo lo desgarraba y mientras apartaba con una mano el tejido hecho trizas, trataba de apoderarse del hierro ardiente que le ofrecía su ayudante.

Pero Juana se lanzaba sobre el hombre, le hacía retroceder siempre, porque no se atrevía a tocarla; de manera que el verdugo, desesperando de apoderarse del siniestro instrumento, empezaba a escuchar, por si en las hileras de la multitud surgía algún improperio contra él. Su amor propio le preocupaba.

La muchedumbre palpitante empezaba a admirar la vigorosa defensa de esta mujer, se estremecía con sorda impaciencia; el escribano había descendido la escalera; los soldados contemplaban el espectáculo; era un desorden, una confusión que presentaba un aspecto amenazador.

—¡Acabad!—gritó alguien desde la primera hilera de la muchedumbre.

Voz imperiosa que sin duda reconoció el verdugo, porque, derribando a Juana con un impulso vigoroso, la hizo postrarse y le inclinó la cabeza con la mano izquierda.

Ella se levantó más ardiente que el hierro con el que se le amenazaba y con una voz que dominó todo el tumulto y todas las imprecaciones de los torpes verdugos, exclamó:

—¡Franceses cobardes! ¿No me defendéis? ¿Dejáis que se me torture?
—¡Callaos!— gritó el escribano.
—¡Callaos!— le gritó el comisario.
—¡Callarme!... Bien, sí, ¿qué me harán?... Sí, sufro esta vergüenza, pero es por mi culpa.
—¡Ah! ¡Ah!—gritó la muchedumbre interpretando mal el sentido de esta confesión.
—¡Callaos!— repitió el escribano.
—Sí, por mi culpa— continuó Juana retorciéndose— porque si hubiera querido hablar...
—¡Callaos!— gritaron rugiendo escribanos, comisarios y verdugos.
—Si hubiera querido decir todo lo que sabía de la reina..., pues bien, entonces hubiera sido colgada; no hubiera sido deshonrada.
No pudo añadir nada más; porque el comisario subió al cadalso seguido de agentes que amordazaron a la miserable y la entregaron, palpitante, flagelada, con el rostro hinchado, lívida, sangrando, a los dos ejecutores, uno de los cuales había hecho inclinar a la víctima y al mismo tiempo se apoderaba del hierro que su ayudante había conseguido darle.
Pero Juana aprovechó como una culebra la insuficiencia de esta mano que le estrechaba la nuca; saltó por última vez y dándose vuelta con alegría frenética, ofreció su pecho al verdugo mirándole provocativamente; de manera que el instrumento fatal, que descendía sobre su hombro, vino a herirla en el seno izquierdo dejando en el mismo sobre la carne, su huella humeante y abrasadora, arrancando a la víctima, a pesar de la mordaza, uno de esos aullidos que no tienen equivalente en ninguna de las entonaciones que puede reproducir la voz humana,
Juana se doblegó ante el dolor y la vergüenza. Estaba vencida. Sus labios no dejaron escapar ya el menor sonido, sus miembros no se estremecieron más; se había desvanecido.
El verdugo se la llevó, cargándola sobre sus hombros, y descendió con ella, con paso incierto, la escalera de la ignominia.
En cuanto al pueblo, silencioso también, ya porque aprobase o porque estuviese consternado, no se dispersó por las cuatro salidas de la plaza sino cuando vio cerrarse las puertas de la Conserjería tras Juana; después de haber contemplado cómo demolían lentamente el cadalso, pieza a pieza; después de haberse convencido de que no había epílogo en el drama espantoso cuya representación le había sido ofrecida.
Los agentes vigilaron hasta las últimas manifestaciones de los asistentes; sus primeras órdenes habían sido expresadas tan claramente, que hubiera sido una locura oponer alguna objeción a la lógica, armada de garrotes y de esposas.
La objeción, si se produjo, debió ser tranquila e interiormente. Poco a poco la plaza adquirió su calma ordinaria; sólo en el extremo del puente, cuando este tropel se hubo disgregado, dos jóvenes irreflexivos, que se retiraban como los demás, tuvieron entre ellos el siguiente diálogo:
—¿Ha sido realmente la señora de La Motte la que el verdugo ha marcado? ¿Lo creéis, Maximiliano?
—Se dice, pero yo no lo creo...— replicó el mayor de los dos jóvenes.
—De manera que opináis que no era ella, ¿verdad?— añadió el otro, un hombre de corta estatura, ojos grandes y luminosos como los de las aves nocturnas y cabello corto y grasoso—. No; ¿verdad que no ha sido la señora de La Motte a la que han marcado? Los agentes de estos tiranos han apartado a su cómplice. Hallaron para descargar la acusación que pesaba sobre María Antonieta, una señorita Olive que se ha confesado entregada al cardenal; y una supuesta señora de La Motte que se reconoció falsaria. Me

diréis que existe la marca... ¡Bah! ¡Comedia pagada al verdugo y a la víctima! Eso es todo...
El compañero de esté hombre escuchaba, sonriendo.
—¿Qué contestáis?— dijo el hombrecillo—. ¿No pensáis como yo?
—Difícil es que haya quien acepte por dinero, ser marcada en el pecho— replicó el interpelado—. La comedia de que habláis, no me parece tal.
—Asunto de dinero, os digo; se paga a una condenada que debe ser marcada por cualquier otra causa, se le paga para decir tres o cuatro frases pomposas y después se la amordaza cuando está a punto de renunciar...
—¡Bah! ¡Bah!— dijo flemáticamente el que había sido llamado Maximiliano—, seguís por un terreno por el que no puedo acompañaros. Es poco sólido.
—¡Hum!— dijo el otro—. Entonces haréis lo mismo que los demás papanatas; acabaréis por decir que visteis marcar a la señora de La Motte; son caprichos vuestros. Hace poco no os expresabais así, porque positivamente me habéis dicho: "No creo que sea la señora de La Motte, la que ha sido marcada".
—No, no lo creo aún— prosiguió el joven sonriendo—, pero tampoco creo que la marcada sea una de las criminales que vos decís.
—Entonces, ¿quién creéis que sea?
—¡La reina!— dijo el joven con voz aguda a su siniestro compañero. Y acentuó estas palabras con indefinible sonrisa.
El otro retrocedió soltando una carcajada y aplaudiendo la broma. Después, mirando a su alrededor, dijo:
—Adiós, Robespierre.
—Adiós, Marat— respondió el otro.
Y se separaron.

CAPÍTULO XCVIII
EL MATRIMONIO

El mismo día de la ejecución, al mediodía, el rey salió de su gabinete de Versalles y se le oyó despedir al señor de Provenza con estas palabras, rudamente pronunciadas:
—Caballero, asisto hoy a una misa de casamiento. Os ruego que no me habléis de cosas de casa y sobre todo si son malas, sería de mal augurio para los nuevos esposos a los que yo quiero ya los que protegeré.
El conde de Provenza frunció el ceño, sonriendo no obstante; saludó profundamente a su hermano y entró en sus habitaciones.
El rey prosiguió su camino en medio de los cortesanos esparcidos en las galerías, sonriendo a unos y mirando altivamente a los otros, según que hubiesen estado a su favor o en su contra en el asunto que el parlamento acababa de juzgar.
Llegó en esta forma hasta el salón cuadrado en el que estaba la reina, rodeada de sus damas de honor y de sus gentileshombres.
María Antonieta, pálida bajo el colorete, escuchaba con una atención afectada las dulces preguntas que acerca de su salud le dirigían la señora de Lamballe y el señor de Calonne. Pero de pronto, a hurtadillas, miró hacia la puerta, buscando como quien arde en deseos de ver y volviéndose como quien tiembla por haber visto.
—El rey— gritó uno de los ujieres.
Y entre un mar de bordados, de encajes y de luz, vio entrar a Luis XVI, cuya primera mirada, en el umbral del salón, fue para ella.
María Antonieta se levantó y dio tres pasos hacia Luis XVI, que le besó graciosamente la mano.

—¡Estáis muy bella, señora; milagrosamente bella!— le dijo.
Ella sonrió con tristeza y de nuevo buscó con vaga mirada, en medio de la muchedumbre, ese punto desconocido a que nos hemos referido.
—¿No vinieron todavía nuestros jóvenes esposos?—preguntó el rey—. Me parece que van a dar las doce.
—Sire— respondió la reina con un esfuerzo muy violento—, sólo ha llegado el señor de Charny; espera en la galería que Vuestra Majestad le ordene entrar.
—¡Charny!— dijo el rey sin notar El silencio expresivo que había seguido a las palabras de la reina—. ¿Charny está ahí? ¡Que venga! ¡Que venga!
Algunos gentileshombres se adelantaron para dirigirse al encuentro del señor de Charny.
La reina apoyó nerviosamente sus dedos sobre su corazón y adoptó una actitud rígida dando la espalda a la puerta.
—Verdaderamente es mediodía— repitió el rey— y la prometida debiera ya estar aquí.
Cuando Su Majestad decía esto, el señor de Charny aparecía en la entrada del salón; oyó las últimas palabras del rey y respondió inmediatamente:
—Ruego a Vuestra Majestad excuse el retardo involuntario de la señorita de Taverney; desde la muerte de su padre no ha dejado el lecho. Hoy se levanta por primera vez y estaría ya a las órdenes de Vuestra Majestad a no haber sido por un desvanecimiento que ha tenido.
—¡Esta querida niña amaba tanto a su padre!— dijo en voz alta el rey—; pero como encuentra un buen marido, esperemos que se consolará.
La reina escuchó, o, mejor dicho, oyó, sin hacer el menor gesto. Cualquiera que la hubiese seguido con la mirada, hubiera notado que la sangre bajaba de su rostro a su corazón, como un nivel que desciende.
El rey, notando la cantidad de nobles y clero que llenaba el salón, levantó de pronto la cabeza.
—Señor de Breteuil— dijo—, ¿habéis expedido la orden de destierro para Cagliostro?
—Sí, sire— contestó humildemente el ministro.
El soplo de un pájaro que duerme habría turbado el silencio de la asamblea.
—¿Y a esa La Motte, que se llama de Valois— continuó el rey con voz firme—, no es hoy cuando la marcan?.
—En este momento, sire— replicó el guardasellos—, debe estar ya cumplida la sentencia.
Los ojos de la reina centellearon. Un murmullo que quería ser de aprobación circuló por el salón.
—Contrariará al señor cardenal el saber que han marcado a su cómplice— añadió Luis XVI, con un rigor que jamás se había notado en él antes de este asunto.
Y tras esta frase, su cómplice, dirigida a un acusado que el parlamento acababa de absolver, tras esta frase que maltrataba al ídolo de los parisienses y que condenaba como ladrón y falsario a uno de los primeros príncipes de la Iglesia, uno de los primeros príncipes franceses, el rey, como si hubiera desafiado solemnemente al clero, a la nobleza, al parlamento y al pueblo, para sostener el honor de su mujer, dirigió a su alrededor una mirada impregnada de la cólera y la majestad que nadie había sentido en Francia desde que los ojos de Luis XIV se habían cerrado para el sueño eterno.
Ni un murmullo, ni una palabra de asentimiento acogieron esta venganza que el rey se tomaba contra aquellos que habían conspirado para deshonrar a la monarquía. Entonces se aproximó a la reina que le tendía las dos manos con la efusión de un profundo agradecimiento.

En aquel momento aparecieron en un extremo de la galería, la señorita de Taverney, de vestido blanco, como una prometida, y de rostro blanco como un espectro, y Felipe de Taverney, su hermano, que le daba la mano.
Andrea caminaba con pasos rápidos, turbada la mirada, el pecho jadeante; la mano de su hermano le daba la fuerza, el coraje y la dirigía.
La muchedumbre de cortesanos sonrió al paso de la novia. Todas las damas ocuparon su sitio detrás de la reina y todos los hombres se alinearon tras del rey.
El bailío de Suffren, teniendo de la mano a Oliverio de Charny, se dirigió al encuentro de Andrea y de su hermano, saludóles y se confundió en el grupo de sus amigos y parientes.
Felipe continuó su camino sin que su mirada hubiera hallado la de Oliverio, sin que la presión de sus dedos advirtiese a Andrea que ella debía levantar la cabeza.
Llegado frente al rey, estrechó la mano de su hermana y ésta, como una muerta galvanizada, abrió sus grandes ojos y vio a Luis XVI que le sonreía con bondad.
Saludó la infeliz en medio de los murmullos de los asistentes que de esta manera aplaudían su belleza.
—Señorita— dijo el rey tomándole la mano—, habéis tenido que esperar el fin de vuestro luto para casaros con el señor de Charny; tal vez, si yo no os hubiese pedido apresurar el matrimonio, vuestro futuro esposo, a pesar de su impaciencia, os hubiese permitido tomar un mes más de plazo; porque según me han dicho sufrís y esto me aflige; pero yo debo asegurar la felicidad de los gentileshombres que me sirven como el señor de Charny; si vos no os hubieseis casado hoy, yo no hubiera podido asistir a la ceremonia teniendo en cuenta que mañana parto de viaje por Francia con la reina. Por eso tendré el placer de firmar vuestro contrato hoy y de veros casada en mi capilla. Saludad a la reina, señorita, y dadle las gracias, porque Su Majestad ha sido muy buena para vos.
Y al tiempo que decía; esto acompañó a Andrea hasta donde estaba María Antonieta.
Esta se había puesto de pie, con las rodillas temblorosas y las manos heladas. No se atrevió a levantar los ojos y vio solamente algo blanco que se aproximaba y se inclinaba hacia ella. Era el vestido de boda de Andrea.
El rey entregó la mano de la prometida a Felipe, dio la suya a María Antonieta y en voz alta, dijo:
—A la capilla, caballeros.
Toda aquella muchedumbre pasó detrás de Sus Majestades.
La misa comenzó en seguida. La reina la escuchó sobre su reclinatorio, con la cabeza hundida entre sus manos. Rogó con toda su alma y todas sus fuerzas; elevó al cielo votos tan ardientes que el soplo de sus labios consumió la huella de sus lágrimas.
El señor de Charny, pálido y hermoso, sintiendo sobre su persona el peso de todas las miradas, permaneció tranquilo y valiente como si hubiera estado a bordo, en medio de torbellinos de llamas y entre tormentas de metralla inglesa; sólo que sufriendo más.

Felipe, con la mirada dirigida hacia su hermana, a la que veía estremecerse y vacilar, parecía presto a ofrecerle ayuda con una palabra, un gesto de consuelo o de amistad.
Pero Andrea no se hizo traición a sí misma; permaneció con la cabeza alta, respirando continuamente el frasco de sales, vacilante como la llama de un cirio, pero de pie y tratando de vivir por la fuerza de su voluntad.
Ella no dirigía súplicas al cielo, ni hacía votos para el porvenir; no tenía nada que esperar ni temer; no era nada para los hombres ni para Dios.
Mientras el sacerdote hablaba, mientras se sentía el tintineo de la campana sagrada, cuando se cumplía a su alrededor el misterio divino, se decía Andrea:

"¿Soy acaso una cristiana? ¿Soy una criatura parecida a las otras? ¿Me has creado para la piedad, Tú a quien se llama Dios soberano, árbitro de todas las cosas? ¿Tú, de quien se dice que eres justo por excelencia y que siempre me has castigado sin que nunca hubiese pecado? ¿Tú, de quien se dice que eres el Dios de la paz y del amor y a quien debo el vivir en la turbación, las cóleras y las venganzas sangrientas? ¿Tú, a quien debo el tener como el más mortal enemigo al único hombre al que hubiese amado?
"¡No— continuó diciéndose—, no, las cosas de este mundo y las leyes de Dios, no me conciernen! Sin duda he sido maldecida antes de nacer y puesta, cuando vi la luz, fuera de las leyes de la humanidad".
Volviendo su pensamiento al pasado doloroso, se dijo:
"¡Extraño! ¡Extraño! Está cerca de mí un hombre cuyo solo nombre me hacía morir de felicidad. Si este hombre hubiera venido a pedirme por mí misma, me hubiese visto forzada a caer a sus pies y pedirle perdón por mi falta de otro tiempo. ¡Dios mío! Y este hombre que adoraba, tal vez me hubiese rechazado. Hoy se casa conmigo y es él el que vendrá a pedirme perdón de rodillas. ¡Extraño! ¡Oh, sí; bien extraño!"
En aquel momento la voz del oficiante sonó en su oído. Decía:
—Jacobo Oliverio de Charny, ¿tomáis por esposa a María Andrea de Taverney?
—Sí— respondió con voz firme Oliverio.
—Y vos, María Andrea de Taverney, ¿tomáis como esposo a Jacobo Oliverio de Charny?
—¡Sí!— respondió Andrea con una entonación casi salvaje, que hizo estremecer a la reina y a más de una dama en el auditorio.
Entonces Charny puso en el dedo de su mujer el anillo de oro.
En seguida se levantó el rey. La misa estaba acabada. Todos los cortesanos fueron a la galería a saludar a los dos esposos.
Al volver, el señor de Suffren había tomado la mano de su sobrina; le prometía, en nombre de Oliverio, la felicidad que merecía tener.
Andrea dio las gracias al bailío sin sonreír un solo momento y rogó tan sólo a su tío que la condujese pronto a la presencia del rey, para darle las gracias, porque se sentía débil. En efecto, en aquel momento una palidez espantosa cubrió su rostro.
Charny la vio de lejos sin atreverse a acercarse a ella.
El bailío atravesó el gran salón, acompañó a Andrea hasta la presencia del rey, que la besó en la frente y le dijo:
—Señora condesa, pasad a la habitación de la reina; Su Majestad os quiere hacer su regalo de bodas.
Después de decir estas palabras, que él creyó llenas de gracia, se retiró seguido por toda la corte, dejando a la recién casada, atontada, desesperada en brazos de Felipe.
—¡Oh!— murmuró—. ¡Es demasiado, es demasiado, Felipe! ¡No obstante, yo creía haber sufrido ya lo suficiente!...
—¡Valor!— le dijo en voz baja Felipe—; sólo falta esta prueba, hermana mía.
—¡No, no— respondió Andrea—, no podría! Las fuerzas de una mujer son limitadas; tal vez haré lo que me piden, pero pensad Felipe que si ella me habla y me felicita, ¡me moriré!
—Os moriréis si es preciso, querida hermana— dijo el joven—, y entonces seréis más feliz que yo, que quisiera estar muerto.
Y pronunció estas palabras con acento tan sombrío y doloroso, que Andrea, como si se hubiera sentido desgarrada por un aguijón, corrió hacia adelante y penetró en las habitaciones de la reina.

Oliverio la vio pasar. Colocóse junto a los tapices para no rozar siquiera, a su paso, su vestido. Quedó solo en el salón con Felipe, bajando la cabeza como su cuñado y esperando el resultado de esta entrevista que la reina iba a tener con Andrea.
Esta halló a María Antonieta en el gran gabinete.
A pesar de la estación, era el mes de junio, había hecho encender fuego; estaba sentada en su sillón, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y las manos juntas como una muerta. Estaba tiritando.
La señora de Misery, que había introducido a Andrea, corrió las cortinas, cerró las puertas y salió de la habitación.
Andrea, de pie, temblando de emoción y de cólera y también de debilidad, esperaba con la vista baja que llegase una palabra a su corazón. Esperaba la voz de la reina, como el condenado espera el hacha que tiene que troncharle la vida.
Seguramente que si María Antonieta hubiera abierto la boca en aquel momento, Andrea, aniquilada como estaba, habría sucumbido antes de comprender o de contestar.
Un minuto, un siglo en este espantoso sufrimiento, transcurrió antes de que la reina hiciese un gesto. Al fin se levantó apoyando sus brazos en los del sillón, tomó de la mesa un papel que sus dedos vacilantes dejaron escapar muchas veces.
Después, caminando como una sombra, sin que se oyese otro ruido que el roce de su vestido con la alfombra, llegó hasta donde estaba Andrea y le entregó el papel sin pronunciar una palabra.
Entre ambos corazones la palabra era superflua; la reina no tenía necesidad de estimular la comprensión de Andrea y ésta no podía dudar un momento de la grandeza de alma de la reina. Cualquiera otra hubiera supuesto que María Antonieta le ofrecía una crecida pensión, la firma de un acta de propiedad o el título de algún cargo en la corte.
Andrea adivinó que el papel contenía otra cosa. Lo tomó y sin moverse del lugar que ocupaba, se puso a leerlo.
Los brazos de María Antonieta cayeron a lo largo de su cuerpo. Sus ojos se levantaron lentamente hasta Andrea.

"Andrea— había escrito la reina—, me habéis salvado. Me devolvisteis el honor: mi vida es vuestra. En nombre de este honor que os cuesta tan caro, yo os juro que me podéis llamar hermana. Probadlo, no me veréis ruborizar.
"Pongo este escrito en vuestras manos; es el compromiso de mi agradecimiento; es la dote que os entrego.
"Vuestro corazón es el más noble de todos los corazones y por lo mismo me sabrá agradecer el regalo que os ofrezco.
"María Antonieta de Lorena y de Austria."

Andrea, a su vez, miró a la reina. La vio con los ojos inundados de lágrimas, con la cabeza aturdida, esperando una respuesta.
Atravesó lentamente la habitación en dirección a la chimenea, arrojó el papel al fuego, saludó profundamente y sin pronunciar una palabra salió del gabinete.
María Antonieta dio un paso para detenerla, para seguirla; pero la inflexible condesa, dejando la puerta abierta, fue al encuentro de su hermano en el salón vecino.
Felipe llamó a Charny, le tomó la mano que puso en la de Andrea, mientras que en el umbral del gabinete, tras los tapices, que ella apartaba con la mano, la reina asistía a la dolorosa escena.
Charny se fue como el prometido de la muerte a quien su lívida novia se lleva; se fue mirando hacia atrás la pálida cara de María Antonieta que, paso a paso, le vio desaparecer para siempre.

Al menos, ella lo creía así.
En la puerta del castillo, dos carruajes de viaje esperaban. Andrea subió en el primero.
El conde de Charny se aprestaba a seguirla.
—Caballero— dijo la nueva condesa—, me parece que partís para Picardía...
—Sí, señora— respondió Charny.
—Yo parto hacia el país en que murió mi madre, conde. Adiós.
Charny se inclinó sin responder. Andrea partió sola.
—¿Os quedáis aquí conmigo para anunciarme que sois mi enemigo?— dijo entonces Oliverio a Felipe.
—No, conde— replicó éste—, vos no sois mi enemigo, porque sois mi cuñado.
Oliverio le tendió la mano, subió a su vez a la segunda carroza y partió.
Felipe quedó solo, retorció un momento los brazos con la angustia de la desesperación y dijo con voz ahogada:
—Dios mío, a los que cumplen sus deberes en la tierra, ¿les reserváis un poco de alegría en el cielo? ¡Alegría— prosiguió en tono sombrío y mirando una última vez hacia el Palacio—, yo hablo de alegría!... ¿Para qué? Sólo pueden aguardar otra vida los que esperen allá arriba a los corazones que les aman. A mí no me ama nadie aquí en la tierra; no tengo siquiera como ellos la dulzura de desear la muerte.
Dirigió hacia el cielo una mirada sin amargura, dulce reproche de cristiano cuya fe vacila, y desapareció como Andrea, como Charny, en el último torbellino de esa tormenta que acababa de socavar un trono, quebrando tantos amores y poniendo en entredicho el honor de tan ilustres personas.

